
THE LIBRARY OF CONGRESS


THE LIBRARY OF CONGRESS



MORATIN.

COMEDIAS

DE

DON LEANDRO FERNANDEZ

DE MORATIN,

CON EL PRÓLOGO

Y LAS NOTICIAS DE LA REAL ACADEMIA

DE LA HISTORIA.





PARIS,

EN LA LIBRERÍA EUROPEA DE BAUDRY,

CALLE DU COQ-SAINT-HONORÉ, 9,

CERCA DEL LOUVRE.

—

1838

NOTICIA DE LA VIDA

Y ESCRITOS

DE D. LEANDRO FERNANDEZ DE MORATIN.

Don Leandro Fernandez de Moratin, descendiente de una familia noble de Asturias, nació en Madrid á 10 de marzo de 1760. A su padre don Nicolas debió casi toda su educacion no solo moral sino tambien literaria, y en verdad ningun maestro pudo guiarle mejor por la senda del Parnaso. Habíale dado la naturaleza escelentes disposiciones, y tan grande inclinacion á la poesía, que á los seis ó siete años empezó á hacer versos; y cultivado su entendimiento con esmero, se halló á los diez y ocho apto para aspirar al premio y obtener el *accessit* que le concedió la real Academia Española en el concurso de 1779 por su romance heróico de la *Toma de Granada.* No fué pequeña la sorpresa del padre cuando lo supo, pues como para que mejor asegurase su mantenimiento hubiese aplicado el hijo al oficio de joyero, apartándole de la carrera de las letras, el jóven hizo su composicion á hurtadillas de aquel, y la presentó con fingido nombre. Al año siguiente tuvo el dolor de perderle, y para cumplir con la sagrada obligacion de mantener á su madre, viuda, infeliz, continuó trabajando en el ejercicio de hacer joyas, en el cual ganaba diez y ocho reales diarios. Pocos años despues falleció tambien esta, y entonces pasó á vivir con un tio suyo, que asimismo trabajaba en la joyería del rey: mas ni antes ni despues abandonó sus ocupaciones literarias, fomentadas con el trato y amistad de don Juan Antonio Melon y de los PP. Estala y Navarrete, ambos escolapios, todos ellos humanistas distinguidos. Así que en el concurso de 1782 volvió á obtener el *accessit* de la real Academia Española por la sátira contra los vicios introducidos en la poesía castellana, que presentó con el título de *Leccion poética* bajo el nombre de don Meliton Fernandez. Duro era á la verdad el estado de Moratin, precisado á oscurecer sus luces é instruccion con un arte mecánico que apenas le proporcionaba mezquino sustento, por cuya razon trató de solicitar un destino que le dejase tiempo suficiente para el comercio de las musas; y como ya se tenia noticia de su mérito, consiguió por medio de D. Gaspar Melchor de Jovellanos que le llevase en clase de secretario á Francia el conde de Cabarrús, adonde este pasó comisionado por el gobierno en 1787. No tardó en adquirir la confianza de su jefe: con él fué á Paris y volvió á España: en aquella capital conoció y trató al famoso poeta cómico italiano Goldoni: durante su viaje siguió correspondencia con los mas célebres literatos que residian en esta corte, Jovellanos,

Llaguno, Cean, Forner, Signorelli, Conti. Ya habia por entonces empezado sus ensayos en la poesía dramática, en la cual habia de ser en adelante, si no el verdadero restaurador de nuestro teatro, el mas sobresaliente de cuantos poetas cómicos han unido el ingenio con el arte. Dos veces entregó al teatro, y retiró de él por causas que no son de este lugar, la comedia de *el Viejo y la Niña*, en la que se propuso demostrar los inconvenientes de matrimonios entre personas de edad muy desigual. Mas aun no era conocido del público sino por las otras composiciones ya citadas, y por la *Derrota de los pedantes,* folleto en prosa, que publicó en 1789 sin nombre de autor, para ridiculizar á los malos poetas de aquel tiempo, siguiendo un plan bastante conforme al del *Viaje al Parnaso* del inmortal Cervantes, cuando sabedor de que el conde de Floridablanca oia con gusto los romances de Marcolini, músico de la capilla real, le dirigió otro burlesco pidiéndole alguna merced: y como por entonces hubiese compuesto su oda á la proclamacion de Cárlos IV, obtuvo en recompensa una prestamera de trecientos ducados en el arzobispado de Búrgos, á cuyo título se ordenó de tonsura en aquel mismo año. Tan escasa renta no podia servir de remedio á la mala fortuna de Moratin: pero cambió de repente su situacion; porque habiéndole dado á conocer don Francisco Bernabeu y don Luis Godoy á don Manuel, hermano del último, este le alcanzó un beneficio en Montoro de tres mil ducados, y una pension de seiscientos sobre la mitra de Oviedo. Mostrándose ya al público en el verdadero puesto que le señalaba Apolo, dió al teatro y á la imprenta en 1790 *el Viejo y la Niña,* y en 92 *la Comedia nueva*, obra no menos ingeniosa que original, y fuerte censura de los grandes defectos que afeaban nuestra escena. El buen éxito de ambas piezas le hubiera sin duda estimulado á no interrumpir en aquel tiempo su carrera dramática, si el deseo de observar los teatros estranjeros no le hubiese determinado á pedir licencia para viajar. Obtenida, salió de España, y estuvo en Francia, en Inglaterra, en Flandes, en Alemania, en la Suiza, y en Italia, cuyas principales ciudades recorrió, fijando su residencia en Bolonia. Escribió la relacion de su viaje, que conserva manuscrita don Manuel Silvela (1), y no puede negarse que le fué muy útil cuanto observó en las diversas regiones por donde anduvo. Vió y detestó las crueldades y horribles máximas de los revolucionarios de Francia: juzgó con imparcialidad de los ingleses, sin alabarlo ni vituperarlo todo con pasion: admiró los preciosos monumentos y las riquezas naturales de Italia. Regresó á España á fines de 96, y despues de una larga y penosa navegacion desembarcó en Algeciras. Apenas saltó en tierra, le restauró de sus fatigas anteriores, mas que ninguna otra cosa, la noticia de haber sido nombrado en 4 de octubre secretario de la interpretacion de lenguas por diligencia de don Juan Antonio Melon. Vino pues en febrero del año siguiente á Aranjuez y á Madrid á desempeñar su destino, despues de haber visitado á Cádiz, Sevilla, Córdoba y otros pueblos.

---

(1) Don Manuel Silvela falleció en Paris en el año de 1830. En cuanto al manuscrito de que aquí se hace mencion, ignoramos cual sea su paradero, pues á pesar del vivo interes que ciertamente ofreceria su lectura, ni se ha publicado todavía, ni hay anuncios de que piensen en publicarle por ahora los que tienen la dicha de poseerle.

Alternó las ocupaciones de la secretaría con sus tareas literarias : asistia tambien con frecuencia á la tertulia que en casa de don Juan Tineo tenian diversas personas aficionadas á los estudios amenos, y á la que llamaba Moratin por zumba *sociedad de los Acalófilos*, y pasaba asimismo algunas temporadas en Pastrana, donde habia comprado una casa. En 1798 imprimió su traduccion del *Hamlet* de *Shakspeare* con notas, en que le juzga conforme á los severos principios de crítica clásica que profesaba. Ciertamente aquella traduccion exacta pero débil no podia asignarle lugar tan distinguido en la república de las letras, como el eminente talento dramático que descubrió en las piezas originales, y la belleza de estilo, facilidad y desembarazo en la ejecucion de otras composiciones métricas de diversos géneros, que hizo tambien en diferentes tiempos, parte de las cuales se han impreso, parte dejó inéditas. Bien persuadido se hallaba el gobierno del celo con que miraba la correccion del teatro, pues le nombró individuo de una junta erigida para reformarle, y despues único director de los mismos. Moratin á poco tiempo renunció lo primero y no admitió lo segundo; y sin duda obró con acierto, como quiera que su índole y su ingenio eran mas á propósito para corregir las ridiculeces de los hombres en la escena, que para dar providencias que la mejorasen. Lo que principalmente contribuyó á su gloria fué la continuacion de sus obras dramáticas. En 1823 se representó en el coliseo de la Cruz, notablemente corregida, aumentada y reducida á forma mas regular, la comedia de *el Baron*, compuesta á modo de zarzuela en 1787, la cual figura con admirable propiedad los embustes y trápalas de los petardistas metidos á grandes señores. La compañía de los Caños del Peral, ofendida de la preferencia que para su representacion se habia dado á la de la Cruz, buscó en los enemigos del poeta medio de desquitarse; y sabiendo estos que sobre el mismo argumento se habia compuesto otra comedia con el título de *la Lugareña orgullosa*, se apresuraron por una parte á representarla para oponerla á la de Moratin, y por otra á pagar gente que silbase la de este insigne poeta. Solo sirvieron estas arterías, como era de esperar, para asegurar el triunfo del verdadero mérito. *La Lugareña orgullosa*, pieza que carecia de él enteramente, cayó al instante en olvido, y *el Baron* sobrevivió á los esfuerzos con que habian pretendido desacreditarla. Al año siguiente se representó tambien en la Cruz *la Mogigata*, escrita muchos años antes, cuyo nombre indica que el autor acometió en ella á la hipócrita gazmoñería. No se notó el empeño de deslucirla, y al contrario fué recibida con aplauso, sin que se publicasen acerca de ella mas que algunas críticas urbanas y moderadas. En 1806 se representó *el Si de las Niñas*, cuyo fin moral es el de mostrar la influencia de la educacion en la eleccion de estado, y los riesgos que se siguen de no dirigir aquella con suma prudencia. Lejos de haber entonces partidos y aun críticas, obtuvo tan estraordinario aplauso que duraron sus primeras representaciones veintiseis dias consecutivos, y acaso hubieran durado mas si por causa de la cuaresma no se hubieran interrumpido, y en aquel mismo año se hicieron de la pieza cuatro ediciones que se despacharon al instante. Pero los que miraban con envidia su gloria apelaron para derribarle á otro arbitrio tan bajo como odioso, que si bien no logró su efecto por el influjo de Godoy, bastó para que Moratin, de genio tímido y aun receloso,

abandonase el teatro, inutilizando las apuntaciones que habia hecho relativas á otras cuatro ó cinco comedias, cuyos planes tenia trazados. Procuró pues hacer vida retirada sin mas trato que el de sus amigos, y sin mas cuidados que los de su secretaría, y el cultivo de un jardincito que habia comprado casi al mismo tiempo que una casa en la calle de Fuencarral donde vivia, y mientras tanto iba recogiendo materiales para componer su obra sobre los *Orígenes del teatro español*. Nada faltaba entonces para colmar los deseos de un hombre sobrio, frugal, sin ambicion ni pretensiones, ni mas inclinacion que al ocio de las musas; pero la suerte le preparaba muy grandes sinsabores y amarguras en medio de continuas agitaciones por la parte de donde menos pudiera prever ni aun imaginar.

Vino el año de 1808, fecundo en acontecimientos de indeleble memoria, preparados en el anterior por la entrada de los franceses en la Península y ocupacion de sus principales fortalezas, y por la causa del Escorial. Cayó el valido de la cumbre de la fortuna: subió al trono el príncipe Fernando: fué dolosamente cautivado en Bayona: alzóse España para vengar el ultraje hecho á su soberano: venció al enemigo en Bailen, y antes los muros de Zaragoza y de Valencia: huyeron los franceses de Madrid al Ebro. En medio de aquellos sucesos creyéndose Moratin espuesto por el favor que habia debido á Godoy, y sin arbitrio para reflexionar, luego que los franceses evacuaron la corte, salió de ella tambien con su íntimo amigo don José Antonio Conde, y ocultándose primero en su casa de Pastrana, se dirigió luego á Vitoria. Efecto de este paso fatal fué la conducta que guardó durante la guerra. Volvió pues con los franceses á Madrid á fines de aquel año, y se retiró con ellos á Valencia en 1812, desde donde por último se refugió en Peñíscola. Pero en honor de Moratin es necesario decir que en su pecho, ageno de falsedad y de infidelidad, no tuvo entrada ningun género de traicion contra su patria: siguió maquinalmente el camino por donde le arrastraba la suerte, y no sólo no tomó parte activa contra los que defendian los derechos de Fernando VII, ni admitió del gobierno intruso otro cargo que el de bibliotecario mayor, el cual ni habia pretendido ni era capaz de comprometerle, sino que favoreció en cuanto estuvo de su parte á los vasallos leales que por su mala ventura caian en poder de los que seguian á Bonaparte. En una de estas ocasiones habiendo intercedido por algunos patriotas con don Manuel Silvela, que era alcalde de corte y vocal de la junta criminal de Madrid, y que desempeñaba con humanidad su encargo, la conformidad de sentimientos entre ambos produjo una amistad que fué creciendo de dia en dia sin haberse desmentido jamas. No era posible que en medio de tantas calamidades prosiguiese este, continuamente angustiado y oprimido, componiendo para el teatro; y así no obstante las repetidas instancias que para ello le hicieron, solo se pudo conseguir que se representase é imprimiese *la Escuela de los Maridos*, concluida ya en 1808, y traduccion de la que con el mismo título habia escrito el célebre Moliere. Habia decaido notablemente su renta, y mas aun su salud y su espíritu en tan deshecha borrasca, por lo que cansado ya de sufrir incomodidades y trabajos, pensó retirarse á un rincon donde vivir tranquilo lo que le quedára de vida. Llevado de este pensamiento, en lugar de seguir á los franceses, luego que se rindió

Peñíscola á nuestras armas, huyó de ella y fué á Valencia, ocupada ya por las tropas españolas, y se presentó, como hombre á quien no remordia la conciencia de ningun delito, al general en jefe. Mas este no viendo en Moratin sino uno que pertenecia al partido frances, le trató con rigor, y mandó despues de otras providencias embarcarle en un falucho que le condujo á Barcelona. Allí le dieron favorable acogida el baron de Eroles y el marques de Casacagigal, y asimismo don Francisco Javier de Castaños y el marques de Campo Sagrado, capitanes generales que fueron sucesivamente del principado. Entre tanto la guerra, seguida con encarnizamiento por espacio de seis años, en los cuales la nacion entera habia hecho heróicos sacrificios para rescatar á su monarca, se acercaba á su término. Ya pisaban las tropas españolas el territorio frances, ahuyentados del nuestro casi todos los ejércitos enemigos, y por el norte los de las potencias coligadas ganando repetidas victorias amenazaban muy de cerca arruinar el imperio de Bonaparte. Vino este por fin al suelo: y restituido el rey nuestro señor y Luis XVIII á los tronos de sus mayores, se celebró la paz de Paris, descansando Europa de las porfiadas contiendas y grandes calamidades de los años anteriores. La tranquilidad que de nuevo empezaba á disfrutarse dió ocasion á Moratin para que, agradecido á los favores del actor Felipe Blanco, hiciese para su beneficio á fines de 1814 otra traduccion de Moliere, á saber: *el Médico á palos*, tomada de la que intituló aquel ilustre poeta: *le Médecin malgré lui.* A pesar de todo era su situacion tan deplorable que estaba espuesto á perecer de hambre; pero el rey nuestro señor empezó desde luego á dispensarle su generosa proteccion. Mandó que se le admitiese al juicio de purificacion que solicitaba: declaró que Moratin no estaba comprendido en el artículo 1° del decreto de 30 de mayo, y por repetidas órdenes mandó tambien que se le pusiese en posesion de los bienes que se le habian secuestrado. No fueron estas las únicas señales de benevolencia que le dispensó S. M. Los años adelante trató de darle un destino honorífico con buena asignacion; pero Moratin, cuyo ánimo habian exasperado los trabajos padecidos, figurándose que por todas partes le acometia gente frenética para asesinarle, lo rehusó abiertamente, sin que fuesen poderosas á convencerle cuantas razones se le hicieron presentes para aquietarle. Los miedos de que siempre andaba agitado le sacaron en 1817 de Barcelona, donde vivia protegido, estimado y honrado, y donde tenia entrada franca en los teatros, que era toda su diversion. Volvió sin embargo en 1820 despues de haber pasado algun tiempo en Paris con don Juan Antonio de Melon, y en Bolonia con don Antonio de Robles y Moñino. Parecíale sin duda necesario habitar bajo un mismo techo con alguno de sus amigos, pues en Barcelona residió tambien en compañía de don Manuel García de la Prada, y cuando la peste los arrojó de allí, separado de este último en Bayona, fijó su estancia en Burdeos con don Manuel Silvela. Desde entonces no pensó ya en hacer de nuevo obra alguna, ocupándose solo en concluir y perfeccionar la de los *Orígenes del teatro español*, que dejó manuscrita á Silvela, y que compró á este S. M., deseoso de que bajo sus auspicios viese cuanto antes la luz pública. En 1824 habia vendido su autor las demas á don Vicente Gonzalez Arnao, y este hizo el año siguiente en Paris una edicion que comprende la mayor parte

de ellas, única reconocida por Moratin. En 1827 se trasladó con Silvela á Paris; y allí permaneció con bastante quebranto en su salud, ya alterada desde fines de 1825, hasta que sobreviniéndole vómitos, hipo y fiebre, murió en 21 de junio de 1828, conservando todo su conocimiento hasta cinco horas antes de espirar. Dejó por heredera de todos sus bienes á una nieta de Silvela, y antes habia cedido á la inclusa de esta corte la casa y huerto de Pastrana, y una inscripcion de dos mil ochocientos francos, mediante una renta vitalicia, á don Julian Aquilino Perez, y cantidades de dinero muy considerables á varios parientes. Tenia Moratin prendas recomendables, y era uno de los escritores que mas honran el Parnaso español; pero estando su muerte tan reciente, no queremos anticipar el juicio de la posteridad, y solo diremos que jamas olvidarán su nombre cuantos amen la bella literatura. Fué igual en ingenio, y superior en buen gusto á su padre don Nicolas, cuya memoria cuidó de perpetuar como buen hijo en el prólogo y vida que con las poesías del mismo publicó en 1821 en Barcelona.

Las OBRAS DE D. LEANDRO FERNANDEZ DE MORATIN merecen ya un crédito igual á las mas célebres de nuestro siglo de oro. Ricas de filosofía é ingenio, no menos dignas de encarecimiento por el deleite que inspiran que por la moral consoladora de que abundan, asi se recomiendan á la delicadeza del gusto como á los movimientos del corazon. Las ediciones á que hasta ahora han dado lugar, aunque notables por el lustre, la correccion y el ornato, pecaron en el inconveniente de poco cómodas para los verdaderos apasionados del autor. La division en varios tomos las ha destinado al crédito y complemento de una biblioteca particular, no empero á ser inseparables compañeras del que apetece el puro recreo de tan sabrosa lectura. Era pues de razon el reunirlas con tal arte en un solo volúmen, que se ofreciesen claras, elegantes y limpias á la vista menos perspicaz. De esta suerte se hermanaba la comodidad con la baratura; y unas obras destinadas por su costo á personas pudientes, podian ser fácilmente adquiridas por las de escasos haberes. Tal es el objeto de la edicion que ofrecemos al público.

La justa celebridad de este famoso árcade, y la especie de predominio que logra entre naturales y estrangeros, dispensa á los editores del correspondiente encomio. Solo se atreverán á indicar que al paso que en este período de regeneracion física é intelectual, los genios laboriosos estudian el sutil artificio de las máquinas fabriles, y contemplan los que aspiran al laurel de Apeles los animados lienzos de Juanes, Murillo y Velazquez, los que hacen gala de contribuir al brillo de la locucion castellana buscan la belleza de sus giros y la grata redundancia de sus cláusulas en los claros varones que alcanzan el raro mérito de haber contribuido á la restauracion del buen gusto. Ellos son los que en festivas comedias, en ardientes odas, ó en flexibles sátiras, lucen modos de decir tiernos y delicados, rasgos numerosos, rotundos, imágenes sencillamente hermosas ó artificiosamente gallardas. Y cuando se empeñan algunos en deslucir el vigo-

roso carácter de nuestra habla, desataviándola de su robustez, variedad y cadencia, no menos útiles deben considerarse los libros que tienen por objeto la investigacion de verdades recónditas, que los que distraen provechosamente el ánimo, y sostienen los fueros de nuestro elegante idioma en la redundancia de los períodos, en la pureza genuina de las voces, en las sales en fin que con oportunidad recuerdan la delicadeza ateniense y la gravedad romana. Y tales son los inapreciables dotes de las obras de Moratin : deleitan con el ingenio, enseñan con el precepto, consuelan con la moral.

PRÓLOGO.

Al empezar el siglo XVIII tuvieron principio en España las calamidades de la guerra de sucesion. Apenas hubo descanso para celebrar con espectáculos alegres, en los primeros años del siglo, la coronacion de Felipe V, su casamiento con María Gabriela de Saboya, y el nacimiento de un príncipe de Asturias. En tales ocasiones se representaron delante de los reyes en el teatro del Buen Retiro, y despues al pueblo, algunas comedias de don Antonio de Zamora, gentilhombre de S. M., que florecia entonces entre pocos y oscuros autores, ninguno capaz de competirle. Habíase propuesto por modelo las obras de Calderon, y es fácil inferir hasta dónde llegarian los primores de quien solo aspiraba á imitar los ejemplos poco seguros de aquel dramático.

En sus zarzuelas ó comedias de música repitió Zamora iguales desaciertos á los que Candamo, Calderon y Salazar habian amontonado en las suyas, fábulas de absoluta inverosimilitud, estilo afectado, crespo, enigmático, lleno de conceptos sutiles y falsos, de empalagosa discrecion que no puede sufrirse. En las comedias historiales confundió los géneros de la tragedia, de la comedia y aun de la farsa, sin otro mérito que el de muchos rasgos de indócil fantasía, buen lenguaje y versos sonoros. Lo mismo hizo en las piezas mitológicas y en las de asuntos sagrados.

Cien años antes habia escrito el P. Gabriel Tellez (conocido bajo el nombre de Tirso de Molina) la comedia de *el Burlador de Sevilla*, la mas á propósito para conmover y deleitar á la plebe ignorante y crédula. Representada con aplauso en los teatros de España, pasó á los demas de Europa : en Francia se hicieron cinco traducciones de ella (mas ó menos libres) por Villars, Dorimond, Dumenil, Tomas Corneille y el gran Moliere. Goldoni, en el siglo anterior al nuestro, no se desdeñó de repetirla.

Los antagonistas del teatro no perdonaron los defectos de una comedia tan perjudicial á las buenas costumbres, y hubo de sufrir, como era justo, una severa prohibicion. Zamora trató de refundirla, y conservando el fondo de la accion, la despojó de incidentes inútiles : dió al carácter principal mayor espresion, y toda la decencia que permitia el argumento, haciéndole mas agradable mediante la feliz pintura de costumbres nacionales con que le supo hermosear; y añadiendo á esto las prendas de locucion y armonía, conservó al teatro una comedia que siempre repugnará la sana crítica, y siempre será celebrada del pueblo.

Deseoso de agradarle, escribió Zamora la primera y segunda parte de *el Espíritu foleto*, en que por la intervencion de un duende festivo y revoltoso, hacinó prodigios y transformaciones, autorizando á los que despues, con menos gracia, inundaron el teatro de mágicos y diablos, que todavía le ocupan á despecho del sentido comun. En la comedia de *Don Domingo de don Blas* confundió Zamora grandes intereses de reyes y príncipes con afectos comunes y situaciones de indecorosa ridiculez. La figura cómica de don Domingo,

bien imaginada y mal sostenida, hace reir no pocas veces; pero sus gracias mezcladas con intolerables descuidos, no dan una idea favorable del buen gusto de aquel poeta. Mayor mérito se reconoce en la comedia de *el Hechizado por fuerza*, aunque no esenta de considerables imperfecciones. La accion está complicada con episodios inútiles, no verosímiles, y dirigidos únicamente á dilatar y entorpecer un mal desenlace. Unas veces habla don Claudio como un hombre de instruccion y talento, y otras como pudiera el mas estúpido; no es fácil entender si toma de veras ó de burlas lo que están haciendo con él, si efectivamente piensa que está hechizado, ó si trata solo de engañar á los que intentan persuadírselo. Las situaciones cómicas, que son muchas, degeneran en triviales algunas veces: el estilo, si no siempre es correcto, siempre es fácil y alegre: la diccion escelente, la versificacion sonora, el diálogo rápido, animado, lleno de chistes.

Zamora no hizo otra cosa mejor, ni sus contemporáneos escribieron obra ninguna de mayor mérito. Murió hácia el año de 1740: compuso hasta unas cuarenta comedias, y en las que existen impresas se echa de ver que siguiendo las huellas de sus predecesores, muchas veces rivalizó con ellos; pero desconociendo los preceptos del arte, cultivó la poesía escénica sin mejorarla, y la sostuvo como la encontró.

Don Pedro Scoti de Agoiz, coronista de los reinos de Castilla, compuso por entonces algunas comedias y zarzuelas, en las cuales, si merece aprecio la facilidad de su versificacion, no es de alabar la confianza con que se abandonó á la imitacion de originales defectuosos, acomodándose al gusto depravado de su tiempo.

Don Diego de Torres y Villarroel, catedrático de matemáticas y astronomía en la universidad de Salamanca, ademas de algunas zarzuelas de corto mérito, publicó una comedia intitulada *el Hospital en que cura amor de amor la locura*, fábula de dos acciones, personages y estilo tabernario, ninguna perfeccion que disculpe sus muchos desatinos. Tuvo aquel poeta grande celebridad en su tiempo, y no sin causa, pues aunque no conoció el estilo elevado de nuestra lengua, supo desempeñar en sus obras prosaicas con gracia y facilidad los asuntos familiares y humildes; pero el corto paso que parece que hay de esta clase de escritos al tono y espresion de la buena comedia, no supo darle. No fué bastante su talento á inventar una fábula regular: con todo el conocimiento que tenia de los vicios y ridiculeces comunes, no supo trazar un solo carácter, ni dar unidad ni interes á su obra; quiso enredarla y la embrolló, quiso hacerla muy graciosa y resultó chabacana y sucia. Con menos facilidad todavía ejercitó su pluma don Tomas de Añorbe y Corregel, capellan de las monjas de la Encarnacion de Madrid, en unas diez y ocho ó veinte comedias que dió á luz, en las cuales nada se encuentra que merezca elogio ni perdon. Si hay alguna de sus piezas que pueda citarse como la peor, es sin duda *el Paulino*, que el autor se atrevió á llamar tragedia, y de la cual hablaron Luzan y Montiano con el desprecio que merece. Aun suponiéndole ignorante de la lengua francesa, bien pudo haber visto el *Cinna* de Corneille, que habia traducido con inteligencia y publicó en el año de 1713 don Francisco Pizarro Picolomini, marques de San Juan. Allí hubiera podido á lo menos sospechar lo que es una tragedia; pero de nada sirven los ejemplos á quien no los quiere seguir.

Por entonces el ilustre benedictino Feijoo, animado del ardiente anhelo de ilustrar á su nacion disipando las tinieblas de ignorancia en que se hallaba envuelta, se atrevió á combatir en sus obras preocupaciones y errores absurdos.

Es admirable el generoso teson con que llevó adelante la empresa de ser el desengañador del pueblo, á pesar de los que aseguran su privado interes en hacerlo estúpido. Con la publicacion de sus obras facilitaba el camino de un modo indirecto á los autores dramáticos para esponer en el teatro á la risa pública las prácticas supersticiosas, las opiniones funestas que habian autorizado la falsa filosofía, la equivocada política, la credulidad y la costumbre; pero no habia poetas capaces de seguirle, ni de aprovecharse de las luces de su doctrina.

Los autores del estimable periódico intitulado *Diario de los literatos de España* examinaban con juiciosa crítica las obras que entonces se publicaban; sostenian los principios mas sólidos del raciocinio y del buen gusto, y trataban de encaminar hácia la perfeccion, en cuanto les era posible, la literatura nacional. Su fatiga no fué muy larga, y hubieron de abandonar el empeño por falta de lectores y de agradecimiento público.

La Academia Española, establecida á imitacion de la francesa con una organizacion igualmente defectuosa, vencida en gran parte aquella lentitud que es inherente á esta clase de cuerpos literarios, atendia con laudable celo á la formacion del Diccionario de nuestra lengua; pero no pudo por entonces dirigir sus tareas á otros objetos, ni contribuir á los progresos de la oratoria y la poesía: su influencia no pasó mas allá del salon en que celebraba sus juntas.

En las escuelas se enseñaban á la luz de la antorcha de Aristóteles, teología, cánones, leyes y medicina, sin el ausilio de la filosofía, sin el de la historia, sin el de la política, sin el de las matemáticas, sin el de la física, sin el de la erudicion, sin el de las lenguas doctas, sin el de las letras humanas. Nada de esto se sabia, porque nadie lo podia enseñar, y nadie solicitaba aprenderlo. *Todas las cátedras de las universidades* (dice Torres) *estaban vacantes, y se padecia en ellas una infame ignorancia. Una figura geométrica se miraba en este tiempo como las brujerías y las tentaciones de san Anton, y en cada círculo se les antojaba una caldera donde hervian á borbollones los pactos y los comercios con el demonio..... Pedí á la universidad la sustitucion de la cátedra de matemáticas, que estuvo sin maestro treinta años, y sin enseñanza mas de ciento y cincuenta.* Si esto sucedia en el mas célebre de nuestros gimnasios, ¿cuál debia ser el estado de las buenas letras, el gusto crítico, la amenidad y correccion de nuestra poesía, la cultura de nuestra escena miserable?

Don Ignacio de Luzan, hijo de una ilustre familia de Aragon, educado en Italia, discípulo de los mas acreditados profesores que florecian en ella, adquirió con el estudio, el trato y el ejemplo, conocimientos científicos y literarios que en España no hubiera podido adquirir. Este erudito humanista dió á luz en Zaragoza en el año de 1737 una poética, la mejor que tenemos. Celebrada de los muy pocos que quisieron leerla, y se hallaban capaces de conocer su mérito, no fué estimada del vulgo de los escritores, ni produjo por entonces desengaño ni correccion entre los que seguian desatinados la carrera dramática.

El ministerio, ocupado esclusivamente en buscar dinero para sostener la sangrienta guerra de Italia, no podia aplicar su atencion ni estender sus liberalidades en beneficio del teatro. Las flotas no salian de los puertos de América: lo que producian las contribuciones todo se consumia en formar ejércitos y conducirlos á la pelea: la administracion interior se desatendia: los sueldos de los innumerables empleados no se pagaban: los magistrados de las cámaras de Castilla é Indias, despues de haber vivido en la escasez y aun en la miseria, se enterraban de limosna en Recoletos. El pueblo era el único protector de los teatros; el premio que obtenian los poetas, los actores y los mú-

sicos, se cobraba en cuartos á la puerta: no es mucho que unos y otros procurasen agradar esclusivamente á quien los pagaba, y hablarle en necio para asegurar sus aplausos.

Eran los teatros unos grandes corrales á cielo abierto con tres corredores alrededor, divididos con tablas en corta distancia que formaban los aposentos: uno muy grande y de mucho fondo enfrente de la escena, en el cual se acomodaban las mugeres; debajo de los corredores habia unas gradas: en el piso del corral hileras de bancos, y detras de ellos un espacio considerable para los que veian la funcion de pié, que eran los que propiamente se llamaban mosqueteros. Cuando empezaba á llover, corrian á la parte alta un gran toldo: si continuaba la lluvia, los espectadores procuraban acogerse á la parte de las gradas debajo de los corredores; pero si el concurso era grande, mucha parte de él tenia que salirse, ó tal vez se acababa el espectáculo antes de tiempo. La escena se componia de cortinas de indiana ó de damascos antiguos: única decoracion de las comedias de capa y espada: en nuestra niñez hemos oido recordar con entusiasmo á los viejos *aquel romper de cortinas de Nicolas de la Calle.* En las comedias que llamaban de teatro ponian bastidores, bambalinas y telones pintados segun la pieza lo requeria, y entonces se pagaba mas á la puerta. Como la comedia se empezaba á las tres de la tarde en invierno, y á las cuatro en verano, ni habia iluminacion ni se necesitaba.

El primer teatro que adquirió una forma regular fué el de los Caños del Peral, en donde muy á principios del siglo se hicieron algunas óperas y despues comedias italianas por una compañía que llamaron de los Trufaldines. El marques don Anibal Scoti, mayordomo mayor de la reina doña Isabel Farnesio, hizo varias obras de consideracion en aquel teatro por los años de 1738, dándole mayor comodidad y ornato, y en él continuaron los italianos por algun tiempo haciendo sus farsas de representacion y de música. Este ejemplo estimuló á la autoridad á construir de nuevo dos teatros en el sitio de los dos corrales, que por espacio de siglo y medio habian sido indecente asilo de las musas españolas. El de la Cruz (alterando en algo los planes que dejó hechos don Felipe Jubarra) se concluyó en el año de 1743; y el del Príncipe, dirigido por don Juan Bautista Sachetti (de quien era entonces delineador don Ventura Rodriguez) quedó acabado en el año de 1745, y se estrenó con la zarzuela intitulada *el Rapto de Ganimedes.*

Esta plausible novedad que dió á la corte unos teatros regulares y cómodos, nada influyó en todo lo demas relativo á ellos: siguieron las cortinas, y el gorro y la cerilla del apuntador, que vagaba por detras de una parte á otra: siguió el alcalde de corte presidiendo el espectáculo, sentado en el proscenio, con un escribano y dos alguaciles detras: siguió la miserable orquesta que se componia de cinco violines y un contrabajo: siguió la salida de un músico viejo tocando la guitarra cuando las partes de por medio debian cantar en la escena algunas coplas llamadas *princesas* en lenguaje cómico. La propiedad de los trages correspondia á todo lo demas: baste decir que Semíramis se presentaba al público peinada á la papillota, con arracadas, casaca de glasé, vuelos angelicales, paletina de nudos, escusalí, tontillo y zapatos de tacon; Julio César con su corona de laurel, peluca de sacatrapos, sombrero de plumage debajo del brazo izquierdo, gran chupa de tisú, casaca de terciopelo, medias á la virulé, su espadin de concha y su corbata guarnecida de encages. Aristóteles (como eclesiástico) sacaba su vestido de abate, peluca redonda con solideo, casaca abotonada, alzacuello, medias moradas, hebillas de oro y baston de muletilla.

Con estos avíos se representaban las comedias antiguas y las que diariamente se componian de nuevo. El número de poetas crecia en proporcion de la facilidad que hallaban para escribir, habiendo reducido á dos axiomas toda su poética : 1° que las obras de teatro solo piden ingenio ; 2° que las reglas observadas por los estranjeros no eran admisibles en la escena española.

Autorizado con estas libertades, compuso algunas comedias don Eugenio Gerardo Lobo, capitan de guardias españolas, que habiendo servido en las guerras de Portugal é Italia, se hizo estimable por su inteligencia y su valor, y llegó á obtener distinguidos honores en la milicia. Fácil y gracioso versificador en el género burlesco; hinchado, oscuro y retumbante en el sublime, y en uno y otro conceptista sutil, equivoquista y amigo de retruécanos miserables. Solo hay de él dos comedias impresas : la que intituló *El mas justo rey de Grecia*, estriba en un vaticinio de Apolo que puntualmente se verifica. A veces quiere imitar la de *el Esclavo en grillos de oro ;* pero tenia menos talento que Candamo, y quedó muy inferior á su original : el gracioso, llamado *Veleta*, es de lo menos gracioso que puede verse. En cuanto á historia y costumbres, mil desaciertos, ningun asomo de regularidad dramática. Algunos pasages están escritos con bastante facilidad y decoro, otros desaliñados, otros de estilo enigmático y gigantesco. La de *los Mártires de Toledo y tejedor Palomeque* no es mejor. Cuchilladas, devocion, resistencias á la justicia, zelos, apartes, escondites, salir y entrar sin saber á qué, requiebros, locuras, chocarrerías, bravatas, naufragio, martirio, bautismo ridículo. La escena es en Toledo, en Málaga y en Argel. El estilo desigual, nunca oportuno, á veces energúmeno, á veces ratero y chabacano.

Un sastre llamado don Juan Salvo y Vela, eligiendo el camino mas breve de agradar al patio mediante el ausilio de los contrapesos y las garruchas, publicó la comedia de *el Mágico de Salerno Pedro Vayalarde*, y tanto aplauso tuvo, y tanto le solicitaron los cómicos y los apasionados, que dió libre curso á la vena poética ; y en otras cuatro comedias que escribió con el mismo título, amontonó cuantos disparates le pidieron y algunos mas. Compuso despues un auto y varias comedias de santos, todo por el mismo gusto, adquiriendo general estimacion entre las mugeres, los beatos y los muchachos.

Don Francisco Scoti de Agoiz, caballerizo de campo de S. M., heredó de su padre (de quien se ha hecho mencion anteriormente) la inclinacion á la poesía dramática, y compuso algunas comedias que se representaron en los teatros públicos; pero en nada contribuyó á mejorarlos : tales son las que se conservan impresas, que aun son inferiores á las de su padre.

Entre estos autores de inferior mérito sobresalia don José de Cañizares, infatigable escritor de comedias, que supo imitar en las suyas, si no todos los aciertos, toda la irregularidad de las antiguas. No tuvo talento inventor, pero llegó á suplir esta falta con una particular habilidad que manifestó para saber introducir en sus fábulas cuanto habia leido en las otras : este fué su mayor estudio. Apenas se hallará en sus comedias una situacion de algun interes, sin que fácilmente pueda indicarse el autor de quien la tomó. A esto añadió de su parte un diálogo animado y rápido, un buen lenguaje, y un estilo en los asuntos heróicos crespo, metafórico y altisonante, y en los comunes y domésticos festivo, epigramático, chisposo, si así puede decirse. En los versos cortos tuvo mucha facilidad, pero en los endecasílabos era tan desgraciado, que mereció la censura de Jorge Pitillas, cuando los llamó *ramplones y malditos.* En los últimos años de Cárlos II ya escribia para el teatro. Fué despues fiscal de comedias (que este nombre se daba entonces al encargo de censor),

y existen aprobaciones suyas desde el año de 1702 hasta el de 1747. Durante la guerra de sucesion fué capitan de caballería, y retirándose del servicio, el duque de Osuna su protector le colocó en la contaduría de su casa. Aun existe la que habitaba en la calle de las Veneras, y en ella murió de avanzada edad poco antes del año de 1750.

Corren impresas unas ochenta comedias suyas, y como no todas las que escribió se imprimieron, puede inferirse que el número de ellas fué muy considerable. Compuso zarzuelas, comedias de figuron, de enredo amoroso, historiales, mitológicas, de santos, de valentías, de magia; no hubo argumento que él no aplicase al teatro. Si se consideran únicamente aquellas en que mas se acercó á la buena comedia, no es posible disimular que en las de figuron escedió los límites de lo verosímil, recargó los caractéres, mezcló muchas gracias y situaciones verdaderamente cómicas con infinitas chocarrerías, y á cada paso adoptó los recursos de una farsa grosera. En las que se propuso por objeto una pasion amorosa, valiéndose de anécdotas y personages históricos (como en las de *el Rey Enrique el Enfermo; Si una vez llega á querer, la mas firme es la muger ; el Picarillo en España,* y otras de este género), la composicion de la fábula no es intrincada ni fatigosa; y con la mucha práctica y facilidad que tenia el autor para los versos octosílabos, introdujo escenas de estilo florido y conceptuoso, no distante de los originales que imitaba, y siempre agradable á la multitud que oye y no examina.

Cañizares tuvo presentes las mejores piezas francesas é italianas que se habian publicado en su tiempo; pero no conoció su mérito, y precisamente las imitaciones que hizo de ellas son lo peor de cuanto escribió para el teatro. Véase *el Sacrificio de Ifigenia,* y se hallará un embrollo desatinado, compuesto de triquiñuelas de amor, estocadas, soliloquios, batallas campales, diálogos simétricos, baladronadas caballerescas, consejos de guerra, templo y aras, y la diosa Diana que baja cantando en una nubecita para dar fin á tanto delirio. Estilo gigantesco, atestado de metáforas y de imágenes monstruosas é inconexas. Agamenon dice *que el monte dividido en dos puntas da al mar abrazos de arena*, y que la armada surta en el puerto es una *ciudad permanente de peñas sobre cimientos de espuma y cristal*; y entre estas bocanadas heróicas, alternan á cada paso con donaire de callejuela *Lola*, criada de Ifigenia, y *Pellejo*, lacayo de Aquiles. Esta comedia la hizo Cañizares (como él mismo advierte) *para mostrar las comedias segun el estilo frances.* Tambien se atrevió á competir con Metastasio en la comedia intitulada *No hay con la patria venganza, y Temistocles en Persia.* Allí hay magestades y altezas, y se habla del niño de la rollona, de los diablos, de los serafines, y de los ciegos que venden jácaras. Allí hay un insufrible gracioso llamado *Tulipan*, y un hijo de Temístocles que canta seguidillas: este y las damas, y el infante Darico, celebran una academia ó certámen poético, y cada cual de los concurrentes responde cantando á las cuestiones delicadas que se proponen unos á otros. Allí hay ademas un concierto vocal é instrumental, con unas coplillas en que la rosa habla con el clavel de parte de la siempre-viva, y el clavel responde. En otra escena el rey llama á un vaso de vino con veneno *denodado bruto y púrpura confeccionada.* Todo esto prueba demasiado que el buen Cañizares escribia sin conocimiento de los preceptos poéticos: su abundante vena le adquirió por espacio de medio siglo una celebridad popular, de aquellas que duran en la tiniebla del error, y que luego se disminuyen ó desaparecen á la luz de mejores doctrinas.

Fernando VI, muerto su padre, ocupó el trono en el año de 1746. La accion

mas gloriosa de su reinado fué la de apresurarse á firmar la paz, despues de tan sangrientas é inútiles guerras. Su complexion flemática, su delicada sensibilidad, su instruccion no vulgar, la dura sujecion en que habia vivido siendo príncipe, todo le estimulaba á procurarse desahogos no conocidos, entregándose á las suaves inclinaciones que por tanto tiempo habia tenido que reprimir. María Bárbara de Portugal, su esposa, congeniaba en gran manera con él: zelosa del decoro de la magestad, liberal, magnífica, inteligente en las bellas artes, profesora eminente en la música, apreciaba el mérito de los que dedicaban su estudio á cultivarlas. Se hallaban sin hijos, sin esperanza probable de tenerlos, y por consiguiente, bien distantes uno y otro de toda idea de ambicion: solo se prometian en su reinado abundancia y felicidad. Las flotas detenidas en la América debian enriquecer prontamente el erario: podian repararse muchos males con una administracion regular, y era de creer que libre ya la nacion de las calamidades que habia sufrido, la corte adquiriria nuevo esplendor, dando lugar á los placeres que proporcionan la riqueza y el buen gusto en el ocio halagüeño de la paz, y así sucedió.

Cuando la reina madre doña Isabel Farnesio se trasladó desde el palacio de Buen Retiro á una casa particular junto á la plazuela de Afligidos, y despues al real sitio de San Ildefonso, deseó que continuára sirviéndola entre los cantores de su cámara Cárlos Broschi, llamado Farinello, que algunos años antes habia hecho venir de Lóndres para distraer con su voz suavísima la profunda melancolía de Felipe V; pero la reina Bárbara no quiso permitirlo, y Farinello se quedó en la corte con el título de criado familiar de S. M.

Farinello (dice Riccoboni en sus Reflexiones históricas) *es el último y el mas jóven de los músicos italianos de gran reputacion. Canta por el gusto de Faustina; pero segun la opinion de los inteligentes, no solo es muy superior á ella, sino que ha llegado al último grado de la perfeccion. En el año de* 1734 *fué llamado á Lóndres, en donde cantó tres inviernos con general aplauso: vino á Paris en el año de* 1736, *y despues de haber lucido su habilidad en las casas mas distinguidas adonde le llamaron favoreciéndole como merece, tuvo el honor de cantar en el cuarto de la reina, y en aquella ocasion le aplaudió el rey con tales espresiones, que toda la corte quedó maravillada. Cuantos le han oido le admiran, y es general la opinion de que Italia no ha producido nunca (y tal vez no producirá en adelante) músico tan perfecto. Actualmente se halla en España, destinado á cantar en el cuarto del rey y de la reina. Aquel monarca, mediante sus liberalidades y las gruesas pensiones que le ha señalado, ha hecho la fortuna del señor Broschi, el cual por su parte ha sabido merecerla, no menos en atencion á su habilidad sobresaliente, que á la de sus méritos personales.*

Era de presencia sumamente agraciada, como mostraba un retrato suyo pintado por Amiconi, que poseia don José Marquina, corregidor de Madrid: estimable cuadro, que en la noche del 19 de marzo del año 1808 pereció en las llamas al furor popular. Acostumbrado al estudio de las actitudes nobles del teatro, y á la frecuente conversacion de personas bien educadas, daba á sus palabras y movimientos el tono, la elegancia y el decoro que tanto interesan en el trato social. Su modestia era admirable: ni el distinguido favor de los reyes, ni los obsequios de los mas ilustres personages de la corte, que solian asistir á su antesala y solicitar con empeño las menores señales de su amistad, fueron bastantes á ensoberbecerle. A cada paso les recordaba él mismo su orígen humilde, su profesion escénica; y solo convenia en que por uno de los caprichos de la fortuna se habia visto trasladado, sin mérito suyo, de las

tablas de un teatro público á los piés de un monarca empeñado en favorecerle. Así confundia la torpe adulacion de los muchos que le fatigaban solicitando su mediacion y su amistad. Pudo influir eficazmente en los destinos de la monarquía, y jamas quiso tomar parte, ni aun remota, en los asuntos del gobierno. Los ministros, ansiosos de complacerle, anhelaban conocer sus deseos, y no pudieron lograrlo : ni quiso empleos, ni influyó en las resoluciones, ni elevó ni persiguió á nadie : tenia parientes en Italia, y á ninguno de ellos permitió que se presentase en Madrid. La historia no ofrece ejemplo de una privanza acompañada de tanta moderacion.

A este hombre estraordinario se encargó la direccion del teatro del Buen Retiro, para que se hicieran en él óperas italianas, igualmente que todo lo relativo á las serenatas que se cantaban por el verano en Aranjuez, los embarcos nocturnos en la escuadra del Tajo, las iluminaciones, fuegos de artificio y demas festejos durante la jornada ; en suma, todas las diversiones del palacio se fiaron á su inteligencia y á su buen gusto. Broschi supo desempeñar todos estos encargos, si no con economía, con admirable acierto.

Trajo á Madrid los mas escelentes profesores de música vocal é instrumental, maquinistas y pintores de escena, y adornó las representaciones con magnificencia suntuosa. Cuando se hacian algunas en el salon llamado *de los Reinos*, cubrian el piso esquisitas alfombras, las paredes colgaduras de tisú de oro, espejos, tallas y pinturas, entre las cuales se colocaban estatuas : la iluminacion correspondia á todo lo demas : los músicos de la orquesta tenian uniformes de grana con galon de plata. En una ópera cantada en el teatro se presentó una decoracion toda de cristal : en otra ocasion se iluminó la sala del concurso con doscientas arañas : en la ópera de *Armida placcata* se vió un sitio delicioso con ocho fuentes de agua natural, y una entre ellas con un surtidor que subia á sesenta piés de altura, sonando entre los árboles el canto de una multitud de pájaros, imitado con la mayor inteligencia. La riqueza de los trages, muebles y utensilios del teatro, las comparsas (que á veces se componian de cincuenta mugeres y doscientos hombres), la vista de los ejércitos con numerosa caballería, elefantes, carros, máquinas de guerra, armas, insignias, música militar, los fuegos artificiales que se veian al acabarse el espectáculo mas allá de la escena (cerrándose la boca del teatro, para que el humo no ofendiese, con dos correderas compuestas de los mayores cristales de la fábrica de San Ildefonso), todo era digno de un gran monarca que disipaba en esta diversion la opulencia de sus tesoros.

Los poetas que escribieron las óperas, serenatas é intermedios desde el año de 1747 hasta el de 1758, fueron el abate Pico de la Mirandola, Pedro Metastasio, Migliavacca, José Bonechi y Pablo Rolli. Las piezas que se cantaron en el Retiro y en Aranjuez fueron estas. Operas : *La Clemenza di Tito*, *Angelica e Medoro*, *Il Vellocino d'oro*, *Polifemo e Galatea*, *Artasserse*, *Armida placcata*, *Demophoonte*, *Demetrio*, *Didone abbandonata*, *Siroe*, *Niteti*, *Il Re pastore*, *Adriano in Syria*. Serenatas : *L'Assilo d'Amore*, *La Festa chinese*, *La Nascita di Giove*, *L'Isola disabitata*, *Le Mode*, *La Ninfa smarrita*. Intermedios : *Il Cavalier Bertoldo*, *La Burla da vero*, *La Statua*, *Il Giuocatore*, *L'Ucellatrice*, *Il Cuoco*, *D. Trastullo*, *Il Conte Tulipano*.

Por esta rápida enumeracion se echará de ver, que aquellos brillantes espectáculos dirigidos por un italiano y desempeñados por italianos, poco ó ningun influjo pudieron tener en el adelantamiento de los teatros españoles. Entre los músicos de la orquesta, solo don Luis Mison y otros dos ó tres instrumentos no eran estranjeros : entre los que cantaron solo hubo una actriz española :

los artífices empleados en la pintura de las decoraciones, en la invencion y direccion de las máquinas, vinieron de Italia tambien. Se mandó que todas las piezas se imprimieran traducidas en castellano para distribuirlas á los concurrentes en la primera noche de su ejecucion. Se abrió el teatro con la ópera de *la Clemenza di Tito*: encargóse á don Ignacio de Luzan la traduccion de ella, y la hizo, aunque en muy pocas horas, con el acierto que era de esperar: las que se imprimieron despues las tradujo un médico italiano llamado don Orlando Boncuore, que ni se avergonzó de suceder á Luzan en aquel encargo, ni tuvo escrúpulo de hacerse escritor en una lengua que no sabia. Sus traducciones pueden considerarse como otros tantos modelos de estravagancia y ridiculez.

En tanto pues que se admiraban reunidos en el Retiro todos los primores de la música, de la poesía, de la perspectiva, del aparato y pompa teatral, la escena española, miserable y abandonada de la corte, se sostenia con entusiasmo del vulgo en manos de ignorantes cómicos y de ineptísimos poetas. De nada sirvió el haberse dado al corregidor de Madrid el título de protector de los teatros, con el encargo de la formacion de compañías y el gobierno de ellas: la depravacion de nuestra dramática pedia de parte de la suprema autoridad providencias mas directas y mas eficaces.

El pueblo que tan estragado gusto manifestaba, se hubiera engañado mucho menos en sus juicios, si no se hubiese dejado sojuzgar por la opinion de ciertos caudillos que por entonces le dirigian, tiranizando las opiniones y distribuyendo como querian los silbidos, las palmadas y los alborotos. Los apasionados de la compañía del Príncipe se llamaban *Chorizos*, y llevaban en el sombrero una cinta de color de oro: los de la compañía de la Cruz *Polacos*, con cinta en el sombrero de azul celeste: los que frecuentaban el teatro de los Caños tomaron el nombre de *Panduros*. Habia un fraile trinitario descalzo, llamado el P. Polaco, gefe de la parcialidad á que dió nombre, atolondrado é infatigable voceador, que adquirió entre los mosqueteros opinion de muy inteligente en materia de comedias y comediantes. Corria de una parte á otra del teatro animando á los suyos para que dada la señal de ataque, interrumpiesen con alaridos, chiflidos y estrépito cualquiera pieza que se estrenase en el teatro de los Chorizos, si por desgracia no habian solicitado de antemano su aprobacion, al mismo tiempo que sostenia con exagerados aplausos cuantos disparates representaba la compañía polaca, de quien era frenético panegirista. Otro fraile francisco llamado el P. Marco Ocaña, ciego apasionado de las dos compañías, hombre de buen ingenio, de pocas letras, y de conducta menos conforme de lo que debiera ser á la austeridad de su profesion, se presentaba disfrazado de seglar en el primer asiento de la barandilla inmediato á las tablas, y desde allí solia llamar la atencion del público con los chistes que dirigia á los actores y á las actrices: les hacia reir, les tiraba gragea, y les remedaba en los pasages mas patéticos. El concurso, de quien era bien conocido, atendia embelesado á sus gestos y ademanes, y el patio cubierto de sombreros chambergos (que parecian una *testudo* romana) palmoteaba sus escurrilidades é indecencias (1).

(1) No es nuevo en el mundo que las congregaciones mas santas y venerables ofrezcan algunas escepciones de individuos que correspondan mal á la pureza y espíritu de su instituto. Ejemplos hay de ello, empezando por el mismo colegio apostólico. Debemos darnos la enhorabuena por la felicidad de nuestros tiempos, en que ademas de la reforma que en la parte moral esperimenta el teatro, ha desaparecido totalmente la clase de escándalo de que aquí se hace mencion, y solo se reciben de los órdenes religiosos lecciones de piedad, recogimiento y decoro. (*Nota de la Academia.*)

Entre este desórden y barahunda seguian representándose las comedias que daban á luz los pocos y mal cultivados ingenios, que muerto ya Cañizares, querian ser sus imitadores y no acertaban á conseguirlo. Tales fueron don Manuel de Iparraguirre, don José Ibañez y García, don José de Lobera y Mendieta, autor, entre otras, de una comedia intitulada *La Muger mas penitente y espanto de caridad, la venerable hermana Mariana de Jesus, hija de la venerable órden tercera de penitencia de N. P. S. Francisco de la ciudad de Toledo:* don Antonio Frumento, Marcos de Castro, Vicente Guerrero, uno y otro cómicos : el P. Juan de la Concepcion, Manuel Guerrero (cómico tambien y ademas canonista y teólogo), don Manuel Daniel Delgado, don Antonio Camacho y Martinez, y otros de la misma escuela. Don José Julian de Castro, poeta de ciegos, no desprovisto de gracia y facilidad para sus romancillos y jácaras, dió al teatro la comedia intitulada *Mas vale tarde que nunca,* en la cual hay privado perseguido, trueque de puñales, batida general, con aquello de *á la cumbre*, *á la espesura*, *al monte*, *al valle*, *á la selva;* preso que se lamenta de su desgracia glosando coplas; lacayo entremetido, equivoquista y sucio ; pasito de cárcel entre el leal y el traidor, y el rey que los escucha desde un rincon. Cuantos desaciertos se hallan esparcidos en las comedias de aquel tiempo, otros tantos se hallarán hacinados en esta.

Don Blas de Nasarre en el año de 1743 habia recomendado en el prólogo que puso á las comedias de Cervantes las mas conocidas reglas del arte dramático. Luzan tradujo y publicó una comedia de M. de La Chaussée, con el título de *la Razon contra la moda*, la cual ni entonces ni despues se ha visto en el teatro. En los años de 1750 y 51 dió á luz don Agustin de Montiano y Luyando dos tragedias originales intituladas *Virginia* y *Ataulfo*, nunca representadas, y de las cuales existe una traduccion francesa. En ellas confirmó su laborioso autor aquella sabida verdad de que pueden hallarse observados en un drama todos los preceptos, sin que por eso deje de ser intolerable á vista del público; y de que para acercarse á la perfeccion en este género, no basta que el autor sea un hombre muy docto, si le falta el requisito de ser un eminente poeta. Don Juan de Trigueros en el año de 1752 dió á la prensa, traducido en escelente prosa castellana, el *Británico* de Racine. Don Eugenio de Llaguno y Amírola publicó en el de 1754, traducida en muy buenos versos, la *Atalia* del mismo autor. Nada de esto pasó al teatro.

La corrupcion era general. En las aulas y escuelas públicas se enseñaban sutilezas y vaciedades á la juventud, no verdades útiles : lejos de cultivar y perfeccionar el entendimiento de los discípulos, se le pervertia inhabilitándolo para adquirir los conocimientos sólidos de las ciencias. En los púlpitos, segun se lamentaban prelados celosos y respetables, se habia introducido la costumbre de predicar sermones disparatados y truhanescos; tejido informe de paradojas y sofisterías, metáforas, antítesis, cadencias, juguetes insípidos de palabras, erudicion inoportuna, aplicacion reprensible de los testos sagrados á las circunstancias mas triviales, lo mas divino confundido con lo mas indecente, la sublime y celestial doctrina de Jesucristo con las preocupaciones y cuentos del vulgo, y todo salpicado de bufonadas y chistes groseros. En los tribunales no se usaba ni mejor lógica ni mas delicado gusto. El espíritu y la aplicacion de las leyes se embrollaban con las diferentes cavilaciones de los glosistas : suplíase la falta de filosofía, de historia, de erudicion, de verdadera elocuencia con retruécanos, paranomasias, adagios, cuentos y seguidillas. Tal vez ganó el pleito quien mas supo hacer reir á los jueces; y así se defendian los intereses, los derechos, la vida y el honor de los hombres.

Entre los desaciertos del teatro, no era el menor la representacion de los autos sacramentales. El ángel Gabriel anunciaba á la Vírgen (papel que desempeñaba la célebre Mariquita Ladvenant) la encarnacion del Verbo, y al responder, traducidas en buenos versos castellanos, las palabras del Evangelio: *Quomodo fiet istud, quoniam virum non cognosco?* los apóstrofes hediondos del patio y las barandillas dirigidos á la cómica, interrumpian el espectáculo con irreligiosa y sacrílega algazara, y hacian conocer á muchas madres cuán mal habian hecho en llevar consigo á sus hijas honestas. Una muger con la custodia en las manos, acompañada de los coros, cantaba en procesion el *Tantum ergo.* La primavera, el apetito, el alma, el cuerpo, la culpa, la gracia, el cedro, la rosa, el domingo, el lúnes y el mártes, la gentilidad, el mundo, el olfato y todos los sustantivos del diccionario, eran interlocutores en aquellas fábulas. En una salia san Pablo con su montante enseñando á esgrimir á la Magdalena: en otra se decia que la Samaritana vive en la calle del Pozo, y que Jesucristo murió en la de las Tres Cruces: en otra se aconsejaba á san Agustin que se fuese al hospital de San Juan de Dios. Así estaba el teatro cuando vino de Nápoles el señor D. Cárlos III, quien por un justísimo decreto puso fin á los indicados escándalos, prohibiendo la representacion teatral de asuntos sagrados.

Don Nicolas Fernandez de Moratin, estimado generalmente como uno de nuestros mejores líricos modernos, compuso á instancias de Montiano, su amigo, una comedia intitulada *la Petimetra.* Esta obra impresa en el año de 1762 carece de fuerza cómica, de propiedad y correccion en el estilo; y mezclados los defectos de nuestras antiguas comedias con la regularidad violenta á que su autor quiso reducirla, resultó una imitacion de carácter ambiguo y poco á propósito para sostenerse en el teatro, si alguna vez se hubiera intentado representarla. La *Lucrecia*, tragedia que publicó el mismo autor en el año siguiente, es obra de mayor mérito, aunque la eleccion del argumento parece poco feliz, el progreso de la fábula entorpecido con episodios inútiles, y el estilo muy distante á veces de la sublimidad que pide este género.

Estos dos beneméritos autores fueron los primeros que se atrevieron á procurar la reforma de nuestro teatro, escribiendo piezas originales, compuestas con regularidad y decoro, y aunque no consiguieron toda la perfeccion á que aspiraban, su estudio y su celo fueron laudables.

Don José Clavijo y Fajardo, en su obra periódica intitulada *El Pensador*, censuró el desarreglo de las comedias que entonces se representaban, y esto dió motivo á que el mencionado Moratin publicase en el año de 1762 algunos discursos críticos en que probó que los autos de Calderon (tan aplaudidos del vulgo de todas clases) no debian tolerarse en una nacion ilustrada y católica. No pudo desentenderse el gobierno de la eficacia de sus razones, y desde entonces quedó limpia la escena española de composiciones tan absurdas.

Pocos años despues obtuvo permiso el marques de Grimaldi, ministro de estado, para abrir teatros en los sitios, y allí se representaron tragedias y comedias traducidas, en que se vió, juntamente con el mérito de las composiciones, la propiedad de la escena y de los trages, y una declamacion, si no escelente, libre á lo menos de los vicios estravagantes que eran peculiares de los actores de Madrid y de las provincias.

El gran conde de Aranda, presidente de Castilla, empleó al mismo tiempo la acreditada habilidad de los hermanos Velazquez en pintar decoraciones para los teatros del Príncipe y de la Cruz: aumentó y mejoró la orquesta, estableció una policía interior y esterior que mantuviese el órden y decencia en el con-

curso, y reprimió la turbulenta parcialidad de los apasionados de ambas compañías, entre los cuales un herrero de la calle de Alcalá, llamado *Tusa*, era el alborotador mas obstinado y loco. Favoreció tambien con su trato y amistad á los escritores mas distinguidos de aquella época, y les exhortaba á componer piezas dramáticas, cuya representacion eficazmente promovia, á pesar de la repugnancia de los cómicos, poco dispuestos á recibir lo que no fuese irregular y absurdo.

Entonces se repitieron en Madrid las traducciones que se habian hecho para los sitios, y ademas se escribieron algunas tragedias originales. Tales fueron la *Hormesinda*, de Moratin, mas laudable por algunas situaciones interesantes, por las buenas imitaciones de Virgilio, por su lenguaje y versificacion, que por el artificio de su fábula: *Guzman el Bueno*, del mismo autor, en que hay un carácter bien sostenido, afectos heróicos, pintura de costumbres, violencia repugnante en la unidad de lugar, y no suficiente correccion de estilo: *Don Sancho García*, de don José Cadahalso, arreglada y débil, con rimas pareadas á imitacion de los franceses, cuya cadencia simétrica es en estremo desagradable á nuestros oidos: *Raquel*, de don Vicente García de la Huerta, que siguiendo el mismo plan de *la Judía de Toledo*, de don Juan Bautista Diamante, no acertó á regularizarle, sin añadirle graves defectos: hay en ella un carácter sobresaliente, los demas ó por falta de conveniencia dramática, ó por inconsecuentes, han merecido la desaprobacion de los críticos: en los pensamientos se descubren á veces resabios de mal gusto, el lenguaje es bueno, la versificacion sonora. *Numancia destruida* es de don Ignacio Lopez de Ayala, donde la mala eleccion del argumento, los amores episódicos que la entorpecen y debilitan, la unidad del lugar que produce inverosimilitud continua, se compensan con un estilo animado y robusto, con la pintura enérgica de Roma usurpadora, y el feroz heroismo patriótico de Numancia con el efecto teatral que produce siempre su representacion. *Munuza*, de don Gaspar Melchor de Jovellanos; *Jahel*, de don Juan Lopez Sedano; *Progne y Filomena*, de don Tomas Sebastian y Latre, y otras de inferior mérito que se compusieron entonces, fueron ensayos plausibles de lo que hubiera podido adelantarse en este género, si sus autores hubieran merecido al gobierno mas decidida proteccion.

En la comedia nada se hizo, por mas que el público y los que habitualmente componian para el teatro, vieron indicado en las piezas traducidas que se representaban, cuál era el camino que debia seguirse para obtener el acierto en este difícil género de la dramática.

Don Ramon de la Cruz fué el único de quien puede decirse que se acercó en aquel tiempo á conocer la índole de la buena comedia; porque dedicándose particularmente á la composicion de piezas en un acto, llamadas *sainetes*, supo sustituir en ellas al desaliño y rudeza villanesca de nuestros antiguos entremeses, la imitacion exacta y graciosa de las modernas costumbres del pueblo. Perdió de vista muchas veces el fin moral que debiera haber dado á sus pequeñas fábulas; prestó al vicio (y aun á los delitos) un colorido tan halagüeño, que hizo aparecer como donaires y travesuras aquellas acciones que desaprueban el pudor y la virtud, y castigan con severidad las leyes. Nunca supo inventar una combinacion dramática de justa grandeza, un interes bien sostenido, un nudo, un desenlace natural: sus figuras nunca forman un grupo dispuesto con arte; pero examinadas separadamente, casi toda están imitadas de la naturaleza con admirable fidelidad. Esta prenda, que no es comun, unida á la de un diálogo animado, gracioso y fácil (mas que correcto),

dió á sus obrillas cómicas todo el aplauso que efectivamente merecian.

Cesó en su presidencia el conde de Aranda, en su ministerio el marques de Grimaldi, y los teatros de los sitios se cerraron: los de Madrid siguieron mezclando con su antiguo caudal las traducciones que habian adquirido; y enriqueciéndose cada dia con nuevos disparates, solia suceder que cuando en la Cruz se representaba el *Misántropo* ó la *Atalia*, en el Príncipe palmoteaba el vulgo á Ildefonso Coque haciendo *el Negro mas prodigioso*, ó *el Mágico africano*. Nunca se habia visto mas monstruosa confusion de vejeces y novedades, de aciertos y locuras. Las musas de Lope, Montalvan, Calderon, Moreto, Rojas, Solís, Zamora y Cañizares; las de Bazo, Regnard, Laviano, Corneille, Moncin, Metastasio, Cuadrado, Moliere, Valladares, Racine, Concha, Goldoni, Nifo y Voltaire, todas alternaban en discorde union; y de estos contrarios elementos se componia el repertorio de ambos teatros.

Así han seguido, y así continuarán hasta que entre los medios que pide su reforma, se acuerde la autoridad del primero que debe adoptarse, eligiendo el caudal de las piezas que han de darse al público en los teatros de todo el reino, sin omitir el requisito de hacer que se obedezca irrevocablemente lo que determine.

El Delincuente honrado, tragicomedia escrita por don Gaspar de Jovellanos hácia el año de 1770, corrió manuscrita con estimacion; y aunque demasiado distante del carácter de la buena comedia, se admiró en ella la espresion de los afectos, el buen lenguaje y la escelente prosa de su diálogo. Impresa en Barcelona, sin anuencia del autor, no se vió representada en los teatros públicos hasta mucho tiempo despues.

En el dicho año de 1770, al cumplir los diez y ocho de su edad, publicó don Tomas de Iriarte bajo el anagrama de don Tirso Imareta, la comedia intitulada *Hacer que hacemos*, la cual desagradó á los inteligentes por su falta de interes y de caractéres: los cómicos, al leerla, creyeron con mucha razon que no podria sostenerse en el teatro.

La villa de Madrid, que celebró con regocijos públicos el nacimiento de los infantes gemelos y la paz con Inglaterra, hizo representar en el año de 1784 dos piezas dramáticas, que apenas vistas desaparecieron para siempre de nuestra escena. *Los Menestrales*, comedia de don Cándido María Trigueros, erudito, moralista, poligloto, anticuario, economista, botánico, orador, poeta lírico, épico, didáctico, trágico y cómico, obra escrita á pesar de Apolo, mereció las zumbas de Iriarte, y la desaprobacion del público. *Las Bodas de Camacho*, comedia pastoral de don Juan Melendez Valdés, llena de escelentes imitaciones de Longo, Anacreonte, Virgilio, Taso y Gesner, escrita en suaves versos, con pura diccion castellana, presentó mal unidos en una fábula desanimada y lenta personages, caractéres y estilos que no se pueden aproximar, sin que la armonía general de la composicion se destruya. Las ideas y afectos eróticos de Basilio y Quiteria, la espresion florida y elegante en que los hizo hablar el autor, se avienen mal con los raptos enfáticos del ingenioso hidalgo: figura exagerada y grotesca, á quien solo la demencia hace verisímil, y que siempre pierde, cuando otra pluma que la de Benengeli se atreve á repetirla. Las avecillas, las flores, los céfiros, las descripciones bucólicas (que nos acuerdan la imaginaria existencia del siglo de oro) no se ajustan con la locuacidad popular de Sancho, sus refranes, sus malicias, su hambre escuderil, que despierta la vista de los dulces zaques, el olor de las ollas de Camacho y el de los pollos guisados, los cabritos y los cochinillos. Quiso Melendez acomodar en un drama los diálogos de *el Aminta* con los de *el Quijote*,

y resultó una obra de quínola, insoportable en los teatros públicos, y muy inferior á lo que hicieron en tan opuestos géneros el Taso y Cervantes.

No sin mucha dificultad consiguió el mencionado Iriarte dar á la escena en el año de 1788 la comedia de *el Señorito mimado*, la cual muy bien representada por la compañía de Martinez, obtuvo los aplausos del público, en atencion á su objeto moral, su plan, sus caractéres, y la facilidad y pureza de su versificacion y estilo. Tal vez mereció la censura de los que notaron en ella falta de movimiento dramático, de ligereza y alegría cómica; pero fácilmente se disimularon estos defectos, en gracia de las muchas cualidades que la hicieron estimable en la representacion y en la lectura. Si ha de citarse la primera comedia original que se ha visto en los teatros de España, escrita segun las reglas mas esenciales que han dictado la filosofía y la buena crítica, esta es.

Don Leandro Fernandez de Moratin, que ya tenia compuesta por aquel tiempo la comedia de *el Viejo y la Niña*, luchando con los obstáculos que á cada paso dilataban su publicacion, meditaba la difícil empresa de hacer desaparecer los vicios inveterados que mantenian nuestra poesía teatral en un estado vergonzoso de rudeza y estravagancia. No bastaban para esto la erudicion y la censura; se necesitaban repetidos ejemplos: convenia escribir piezas dramáticas segun el arte: no era ya soportable contemporizar con las libertades de Lope, ni con las marañas de Calderon. Uno y otro habian producido imitadores sin número, que por espacio de dos siglos conservaron la escena española en el último grado de corrupcion. No era lícito que un hombre de buenos estudios se ocupase en añadir nuevas autoridades al error. No debia ya paliarse el mal; era menester estinguirle.

Consideró Moratin que la comedia debe reunir las dos cualidades de utilidad y deleite, persuadido de que seria culpable el poeta dramático que no se propusiera otro fin en sus composiciones que el de entretener dos horas al pueblo sin enseñarle nada, reduciendo todo el interes de una pieza de teatro al que puede producir una sinfonía, y que teniendo en su mano los medios que ofrece el arte para conmover y persuadir, renunciase á la eficacia de todos ellos, y se negára voluntariamente á cuanto puede y debe esperarse de tales obras en beneficio de la ilustracion y la moral. «Los autores de las comedias, dijo Na- « sarre, conociendo la utilidad de ellas, se deben revestir de una autoridad « pública para instruir á sus conciudadanos: persuadiéndose de que la patria « les confia tácitamente el oficio de filósofos y de censores de la multitud « ignorante, corrompida ó ridícula. Los preceptos de la filosofía puestos en « los libros, son áridos y casi muertos, y mueven flacamente el ánimo; pero « presentados en los espectáculos animados, le conmueven vivamente. El « filósofo austero se desdeña de ganar los corazones: el tono dominante de « sus máximas ofende ó cansa. El cómico escita alternativamente mil pasiones « en el alma: hácelas servir de introductores de la filosofía: sus lecciones « nada tienen que no sea agradable, y están muy apartadas del sobrecejo ma- « gistral que hace aborrecible la enseñanza y aumenta la natural indocilidad « de los hombres.»

Sentado el principio de que toda composicion cómica debe proponerse un objeto de enseñanza desempeñado con los atractivos del placer, concibió Moratin que la comedia podia definirse así: «Imitacion en diálogo (escrito en « prosa ó verso) de un suceso ocurrido en un lugar y en pocas horas entre per- « sonas particulares, por medio del cual, y de la oportuna espresion de afectos « y caractéres, resultan puestos en ridículo los vicios y errores comunes en « la sociedad, y recomendadas por consiguiente la verdad y la virtud.»

Imitacion, no copia, porque el poeta observador de la naturaleza, escoge en ella lo que únicamente conviene á su propósito, lo distribuye, lo embellece, y de muchas partes verdaderas compone un todo que es mera ficcion; verisímil, pero no cierto; semejante al original, pero idéntico nunca. Copiadas por un taquígrafo cuantas palabras se digan durante un año, en la familia mas abundante de personages ridículos, no resultará de su copia una comedia. En esta, como en las demas artes de imitacion, la naturaleza presenta los originales; el artífice los elige, los hermosea y los combina.

Hoc amet, hoc spernat promissi carminis auctor
. . . . et quæ
Desperat tractata nitescere posse, relinquit.

En diálogo: porque á diferencia de los demas géneros de la poesía, en que el autor siente, imagina, reflexiona, describe ó refiere, en la dramática que produce poemas activos, se oculta del todo, y pone en la escena figuras que obrando en razon de sus pasiones, opiniones é intereses, hacen creible al espectador (hasta donde la ilusion alcanza) que está sucediendo cuanto allí se le presenta. La perspectiva, los trages, el aparato escénico, las actitudes, el movimiento, el gesto, la voz de las personas, todo contribuye eficazmente á completar este engaño delicioso, resulta necesaria del esfuerzo de muchas artes.

En prosa ó verso. La tragedia pinta á los hombres, no como son en realidad, sino como la imaginacion supone que pudieron ó debieron ser: por eso busca sus originales en naciones y siglos remotos. Este recurso, que la es indispensable, la facilita el poder dar á sus acciones y personages todo el interes, toda la sublimidad, toda la belleza ideal que pide aquel género dramático; y como en ella todo ha de ser grande, heróico y patético en grado eminente, mal podria conseguirlo si careciese de los encantos del estilo sublime, y de la pompa y armonía de la versificacion.

La comedia pinta á los hombres como son, imita las costumbres nacionales y existentes, los vicios y errores comunes, los incidentes de la vida doméstica; y de estos acaecimientos, de estos individuos y de estos privados intereses forma una fábula verisímil, instructiva y agradable. No huye, como la tragedia, el cotejo de sus imitaciones con los originales que tuvo presentes; al contrario, le provoca y le exige, puesto que de la semejanza que las da, resultan sus mayores aciertos. Imitando pues tan de cerca á la naturaleza, no es de admirar que hablen en prosa los personages cómicos; pero no se crea que esto puede añadir facilidades á la composicion. *Difficile est proprie communia dicere.* No es fácil hablar en prosa como hablaron Melibea y Areusa, el Lazarillo, el pícaro Guzman, Monipodio, Dorotea, la Trifaldi, Teresa y Sancho. No es fácil embellecer sin exageracion el diálogo familiar cuando se han de espresar en él ideas y pasiones comunes; ni variarle, acomodándole á las diferentes personas que se introducen, ni evitar que degenere en trivial é insípido por acercarle demasiado á la verdad que imita.

Estos mismos obstáculos hay que vencer si la comedia se escribe en verso. Ni las quintillas, ni las décimas, ni las estrofas líricas, ni el soneto, ni los endecasílabos pueden convenirla; solo el romance octosílabo y las redondillas se acercan á la sencillez que debe caracterizarla, y aun mucho mas el primero que las segundas. La facilidad, la energía, la gracia, la pureza del lenguaje, la templada armonía que debe resultar de la eleccion de las palabras, de la dimension variada de los períodos, de la contraposicion de las terminaciones asonantes, todo será necesario para llevar á su perfeccion este género de

poesía, que parece que no lo es. Ni espere acertar el que no haya debido á la naturaleza una organizacion feliz, al estudio y al trato social un estenso conocimiento de nuestra bellísima lengua, enriquecido con la continua leccion de nuestros mejores dramáticos antiguos, los cuales, á vueltas de su incorreccion y sus defectos, nos ofrecen los únicos escelentes modelos que deben imitarse cuando la buena crítica sabe elegirlos.

Un suceso ocurrido en un lugar, y en pocas horas. Boileau en su escelente Poética redujo á dos versos los tres preceptos de unidad.

> Una accion sola, en un lugar y un dia,
> Conserve hasta su fin lleno el teatro.

Esto mismo recomendaba el autor del Quijote setenta años antes que el poeta frances; los buenos literatos españoles coetáneos de Cervantes tenian ya conocimiento de estas reglas. Lope las citó, juntamente con otras muchas, manifestando que si no las seguia no era ciertamente porque las ignorase; pues no solo habló de ellas el Pinciano en su *Filosofía antigua poética*, impresa en 1596, sino que Bartolomé de Torres Naharro (ciento y veinte años antes que naciera Boileau) las habia practicado en alguna de sus comedias.

El Pinciano dijo, hablando á este propósito, en la citada obra: «Toda la « accion se finja ser hecha dentro de tres dias..... cuanto menos el plazo « fuere, tendrá mas de perfeccion..... Y de aquí puede colegirse cuáles son « los poemas do nace un niño, y crece, y tiene barbas, y se casa, y tiene « hijos y nietos; lo cual en la fábula épica, aunque no tiene término, es ridí- « culo; ¿qué será en las activas, que le tienen tan breve?..... Aquella fábula « será mas artificiosa, que mas deleitare y mas enseñare con mas simpli- « cidad..... En vano se aplican muchos modos para una accion..... Si una sola « basta para enseñar y deleitar en un poema, ¿para qué se aplicarán muchas?»

Creyó en efecto Moratin que si en la fábula cómica se amontonan muchos episodios, ó no se la reduce á una accion única, la atencion se distrae, el objeto principal desaparece, los incidentes se atropellan, las situaciones no se preparan, los caractéres no se desenvuelven, los afectos ne se motivan: todo es fatigosa confusion. Un solo interes, una sola accion, un solo enredo, un solo desenlace: eso pide, si ha de ser buena, toda composicion teatral. Las dos unidades de lugar y tiempo, muy esenciales á la perfeccion dramática, deben acompañar á la de accion que la es indispensable; y si parece difícil la práctica de estas reglas, no por eso habrá de inferirse que son absurdas ó imposibles. No se cite el ejemplo de grandes poetas que las abandonaron, puesto que si las hubieran seguido, sus aciertos serian mayores. Ni se alegue que si en la representacion de una pieza cómica ó trágica es necesario que exista (para salvar las impropiedades que el arte no puede vencer) una tácita convencion de parte del auditorio, nada importa que esta convencion se dilate y aumente sin conocidos límites. Si tal doctrina llegára á establecerse, presto caerian los que la siguieran en el cáos dramático de Shakspeare, y las representaciones del teatro se reducirian á las mantas y los cordeles con que decoraba los suyos Lope de Rueda. Existe en efecto la tácita convencion; pero aplicable solamente á disculpar los defectos que son inherentes al arte, no los que voluntariamente comete el poeta. Ya se ha visto con repetidos ejemplos que la observancia de las unidades de accion, tiempo y lugar es posible y es conveniente: nada hay que decir en contrario, sino que la ejecucion es dificultosa: ¿y quién ha creido hasta ahora que sea fácil escribir una escelente comedia?

Sujeta la fábula cómica á los preceptos que van indicados, hallará comprobada el espectador en su orígen, progreso y desenlace la verdad moral é intelectual que el poeta ha querido recomendarle, si la composicion se dispone con tal inteligencia, que resulte conveniente, verisímil y teatral. Para ser la fábula conveniente deberá existir una inmediata conexion entre la máxima que se establece, y el suceso que ha de comprobarla. Para hacerla verisímil no basta que sea posible; ha de componerse de circunstancias tan naturales, tan fáciles de ocurrir, que á todos seduzca la ilusion de la semejanza. Para hacerla teatral deberá ser la esposicion breve, el progreso continuo, el éxito dudoso, la solucion (resulta necesaria de los antecedentes) inopinada y rápida; pero no violenta, ni maravillosa ni trivial.

Entre personas particulares. Como el poeta cómico se propone por objeto la instruccion comun, ofreciendo á vista del público pinturas verisímiles de lo que sucede ordinariamente en la vida civil, para apoyar con el ejemplo la doctrina y las máximas que trata de imprimir en el ánimo de los oyentes, debe apartarse de todos los estremos de sublimidad, de horror, de maravilla y de bajeza. Busque en la clase media de la sociedad los argumentos, los personages, los caractéres, las pasiones, y el estilo en que debe espresarlas. No usurpe á la tragedia sus grandes intereses, su perturbacion terrible, sus furores heróicos. No trate de pintar en privados individuos delitos atroces que por fortuna no son comunes, ni aunque lo fuesen pertenecerian á la buena comedia, que censura riendo. No siga el gusto depravado de las novelas, amontonando accidentes prodigiosos para escitar el interes por medio de ficciones absurdas de lo que no ha sucedido jamas, ni es posible que nunca suceda. No se deleite en hermosear con matices lisonjeros las costumbres de un populacho soez, sus errores, su miseria, su destemplanza, su insolente abandono. Las leyes protectoras y represivas verificarán la enmienda que pide tanta corrupcion: el poeta, ni debe adularla, ni puede corregirla.

La oportuna espresion de afectos y caractéres se hace tan indispensable en la comedia, que sin ellos queda imperfectísima la imitacion; y si en todos los hombres existe una fisonomía y un genio que los particulariza y los distingue, mal acierta á imitarlos el que los iguala en la escena, y á todos los hace sentir, discurrir y obrar de una manera idéntica. Este defecto, que abunda en las comedias de nuestro antiguo teatro, y es muy frecuente en las modernas de otras naciones, no se disimula ni con los rasgos delicados del ingenio, ni con la abundancia de chistes epigramáticos, ni con la pureza del lenguaje, ni con la cultura del estilo, ni con la fluidez sonora de los versos: si no hay oportuna espresion de afectos y caractéres, todo es perdido. El arte de escogerlos y de combinarlos, y el de preparar las situaciones para que naturalmente se desenvuelvan, ofrece no pequeñas dificultades á un poeta cómico.

Resultan puestos en ridículo los vicios y errores comunes en la sociedad mediante la disposicion de la fábula y la espresion de los caractéres. En cuanto á estos, conviene que algunos sean ridículos, pero todos no, porque sin esta contraposicion no apareceria la deformidad en toda su luz, ni existiria la necesaria degradacion en las figuras, que tocadas con diferente fuerza deben quedar subalternas á la que se presenta como principal. Los defectos meramente físicos, involuntarios y de imposible enmienda, no deben ser objeto primario de la burla, si bien muchas veces se introducen como medios ausiliares para completar la pintura del vicio que se trata de corregir. Ninguna ridiculez corporal debe esponerse en el teatro á la irrision pública, si otra moral no la acompaña. Los vicios y errores que pinta la comedia deben ser

comunes, porque no siéndolo, ninguna utilidad produciria su imitacion. Una estravagancia que rara vez se verifique en algun individuo, no puede servir para enseñanza de la multitud, que podria esclamar indignada contra el poeta: « Erraste el objeto de correccion que te proponias: nadie de nosotros adolece « del vicio que pintas, ni conocemos á ninguno que le tenga.»

Debe pues ceñirse la buena comedia á presentar aquellos frecuentes estravíos que nacen de la índole y particular disposicion de los hombres, de la absoluta ignorancia, de los errores adquiridos en la educacion ó en el trato, de la multitud de las leyes contradictorias, feroces, inútiles ó absurdas, del abuso de la autoridad doméstica y de las falsas máximas que la dirigen, de las preocupaciones vulgares ó religiosas ó políticas, del espíritu de corporacion, de clase ó paisanage, de la costumbre, de la pereza, del orgullo, del ejemplo, del interes personal; de un conjunto de circunstancias, de afectos y de opiniones que producen efectivamente vicios y desórdenes capaces de turbar la armonía, la decencia, el placer social, y causar perjudiciales consecuencias al interes privado y al público.

Recomendadas por consiguiente la verdad y virtud en la fábula cómica mediante la censura de los vicios del entendimiento y del corazon, desempeñará el poeta el objeto de utilidad general que debió proponerse. Enseña la verdad cuando apoyada su doctrina en los conocimientos de la física, en el exacto raciocinio de la filosofía, que preside á las ciencias, en los sucesos que eterniza la historia, en la crítica y buen gusto de la literatura y de las artes, rectifica los errores adquiridos en la enseñanza de malos estudios, ó en el ejemplo de personas preocupadas ó estúpidas; y el pueblo, á quien habitualmente rodea espesa nube de ignorancia, halla en el teatro la única escuela abierta para él, donde se le desengaña sin castigarle, y se le ilustra cuando se le divierte.

En la comedia se recomienda la virtud haciéndola amable, como efectivamente lo es: pintando en otros hombres pasiones generosas ó tiernas, que haciéndolos superiores á todo otro interes menos laudable, los determinan á proceder en las varias combinaciones de la vida segun los principios de la justicia, de la prudencia, de la humanidad y del honor lo piden. Cuantos vicios risibles infestan la sociedad, otros tantos descubre la comedia para inducirnos á conocerlos y evitarlos, al mismo tiempo que nos acuerda las obligaciones que debemos desempeñar en el trato del mundo para evitar los peligros que á cada paso nos presenta, para merecer por una conducta irreprensible la estimacion y el amor de los buenos, para hallar en el testimonio de nuestra conciencia el mas poderoso consuelo, la mas segura proteccion contra los accidentes de la fortuna ó la injusticia de los hombres.

Tales fueron los principios generales que Moratin creyó convenir al teatro cómico; pero debia pasar mas adelante el que tomaba sobre sí el empeño de reformar el nuestro. Su propia observacion le dió á conocer que si el arte es suficiente para evitar el error, no basta él solo para producir los aciertos: estos nacen de otro orígen: no los aprende el poeta, los halla en sí; no los adquiere á fuerza de instruccion, la naturaleza se los da. Espliquen los que hayan llegado á saberlo cuál sea la causa de que en unos individuos sí y en otros no, se hallen facultades tan diferentes, que hacen imposible á estos lo que aquellos encuentran fácil y genial: baste la persuasion de que efectivamente reside en determinados sugetos una peculiar aptitud mental que les hace percibir lo que para otros muchos, dotados á lo que parece de la misma disposicion orgánica, permanece ignorado y oculto. Este sentido, este particular

instinto (si algun nombre ha de dársele) es el que ha producido hasta ahora los eminentes profesores en las artes de imitacion. A él se deben la Vénus de Médicis y el Apolo de Belveder; Velazquez, guiado por él, supo pintar el aire; por él Moliere halló el verdadero carácter de la comedia; por él Rossini en sus inesperadas combinaciones armónicas añade á la música nuevos encantos. Si esta facultad creadora existió en Moratin para dar á sus composiciones dramáticas aquella facilidad difícil, aquella fuerza de espresion, aquel espíritu de vida, aquella constante apariencia de verdad sin la cual nada es tolerable en la escena, la posteridad justa sabrá decidirlo.

En el éxito que tuvieron sus obras cómicas, representadas y leidas, vió logrado el fin que se propuso al componerlas. Dió en ellas el ejemplo práctico de que la observancia de las reglas asegura el acierto, si el talento las acompaña; y que el arte dramática, como todas las demas, resulta de principios certísimos é inalterables, sin cuyo conocimiento los mejores ingenios se precipitan y se malogran. Quiso imitar el atrevimiento laudable de Corneille y de Moliere, que haciéndose superiores á las ideas comunes de su siglo, crearon la tragedia y la comedia en Francia. No pactó con los errores vulgares; no aspiró á una celebridad fácil de adquirir; quiso dar á su nacion modelos dignos de ser imitados por los que sigan despues tan arduo camino; y si no bastó su talento á igualar deseos tan generosos, merece á lo menos la gloria de haberlo intentado. Cuando haya en España buenos estudios; cuando el teatro merezca la atencion del gobierno; cuando se propague el amor á las letras en razon del premio y el honor que logren; cuando cese de ser delito el saber, entonces (y solo entonces) llevarán otros adelante la importante reforma que él empezó (1).

Quiso tambien desmentir de una manera victoriosa las equivocaciones en que han incurrido no pocos estranjeros que han escrito acerca de nuestro teatro, creyendo hallar en el carácter nacional las causas de su corrupcion, acumulando errores sobre este supuesto, copiándose unos á otros, y obstinándose en decidir magistralmente sobre el mérito científico de una nacion, sin conocer la historia de su literatura, sus costumbres ni su lengua; sin querer preguntar jamas lo que ignoran á los únicos que les pudieran instruir.

Cuando hablan del teatro español exageran su irregularidad, el espíritu caballeresco que le domina, los caractéres fantásticos, el enredo complicado, los incidentes imposibles de que se componen sus fábulas, escritas, á lo que ellos dicen, con estilo oriental, ditirámbico, erizado de metáforas, equívocos y sutilezas, redundante, hinchado, tenebroso, *ampullas et sexquipedalia verba.* Tal es la pintura que hacen de él; y confundiendo las épocas en razon de su mucha ignorancia, han atribuido y atribuyen á los españoles que hoy viven el mismo depravado gusto que reinaba dos siglos ha. Nos echan en cara nuestra

(1) No se puede designar con absoluta seguridad la época á que se refieren las espresiones que preceden, aunque parece natural que se hable del tiempo en que se escribió el prólogo para la edicion de Paris del año 1825. En el discurso de las obras de Moratin se puede observar mas de una vez que su humor, exasperado por las circunstancias de su vida y de su situacion personal, se desahogaba en espresiones sobradamente ásperas, acaso poco conformes á su genio y carácter. Como quiera, la Academia se lisonjea de que los lectores racionales y juiciosos distarán mucho de aplicar tan amarga censura á la época actual. Si en ella se aprecian ó no los buenos estudios; si se juzga con rectitud ó con error del mérito de las piezas dramáticas y de sus autores; si se honran sus producciones y su memoria; si merecen estos asuntos la atencion del gobierno, son cuestiones que la historia de la presente edicion decide de un modo tan completo, que no queda lugar alguno á la duda. (*Nota de la Academia.*)

decidida inclinacion á los autos sacramentales, y el placer con que vemos imitados en accion dramática los misterios de la religion, olvidándose de que hace ya setenta años que no se representan tales dramas en ninguno de los teatros de España. Nos citan una comedia de *San Amaro*, cuya accion dura doscientos años, y un auto que acaba con el *Ite missa est;* y no añaden que no hay un solo español ni estranjero, que haya visto jamas en nuestra escena la representacion de tal comedia ni de tal auto.

¿Qué dirian si juzgásemos el teatro frances por sus antiguas moralidades y sus misterios? ¿ó si para apreciar el talento cómico de Moliere les citáramos el saco de Scapin, la transformacion de M. Jourdain en Mamaouchi, los cuernos de Sganarelle, el aguavá de Trufaldin, la materia copiosa y laudable de Lucinda, las deposiciones de Argante y las geringas de Pourceaugnac? ¿Qué dirian, si callando los aciertos de Goldoni, de Albergati, de Metastasio, de Monti, del terrible Alfieri, nos acordásemos únicamente de los voluntarios desatinos con que infestó el conde Gozzi los teatros de su nacion? ¿si no halláramos otros ejemplares que citar que el de *Arlequin tragado por la ballena*, *Arlequin que nace de un huevo*, *el príncipe Taer convertido en piedra*, ó *la Dama serpiente*, piezas no ignoradas, como la de *San Amaro*, no sepultadas en el polvo de las bibliotecas, como nuestros autos, sino repetidas frecuentemente en las principales ciudades de Italia, en donde los que hoy viven han podido verlas no pocas veces?

Pero no solo dan por supuesto que la escena española permanece en un estravagante desarreglo, sino que se adelantan á negarnos hasta la posibilidad de la enmienda. « Como la comedia tiene por objeto las acciones de personas in-
« feriores y humildes, no siendo esto conforme con el carácter altivo de los
« españoles, puede asegurarse con verdad que la comedia nunca tuvo cabida en
« España. — Ningun español ha podido sujetar su talento á la unidad de lugar.
« No quieren los españoles salir del teatro conmovidos de ningun afecto de
« desprecio, de odio ó de amor: les pareceria vergonzoso perder en una re-
« presentacion su natural indiferencia. — Como la galantería de los españoles
« ha sido heredada de los moros, les ha quedado á aquellos un cierto sabor de
« Africa, de que no han participado las demas naciones. » Esto dice el abate Cuadrio en su *Historia poética*. « La mezcla de bufonesco y serio, de trágico
« y cómico, de caballeresco y popular agrada estremadamente á los españoles. » Esta observacion es del P. Caymo, autor de la obra intitulada *El vago italiano*. « La verdadera comedia no ha sido conocida nunca de los españoles, que
« no saben reir sin gravedad, ni toleran en el teatro personas vulgares sino
« acompañadas con los héroes. » Este rasgo de crítica es del abate Bettinelli.
« En la comedia aprecian siempre los españoles los enredos de Calderon,
« Rojas, Moreto, y otros autores del mismo género, y durará este aprecio
« mientras sus fábulas tengan una relacion general con las costumbres. — Si
« en España no se aplican á pintar los caractéres y ridiculeces de la sociedad,
« que tanto nos agradan en Moliere, consiste en que de algunos siglos á esta
« parte la sociedad no ha dejado de ser en España lo que antes era. » Esto escribia M. La Harpe en el año de 1797.

¿Para qué citar mas? El público español, aplaudiendo las comedias de Moratin, responde á tan atropelladas censuras. En España se llama comedia nacional la que pinta costumbres españolas; y el gusto dominante en la Península (como en todo lo restante de Europa) es el de ver copiados en el teatro los originales que se encuentran á cada paso en el trato comun. El desarreglo no es nacional; no lo ha sido nunca en ninguna parte, á no suponer que exista

una nacion de estúpidos, en quienes no produce deleite la imitacion de la verdad. El desarreglo es meramente accidental y transeunte en todas partes, con mas ó menos duracion. Decir que en España se aprecian las comedias antiguas porque las costumbres no se han mudado, es hablar con tanto desacuerdo como si se tratára de un pais remoto y casi desconocido. Precisamente por haberse mudado las costumbres, por no parecerse ya los españoles que hoy viven á los que existieron dos siglos ha, las comedias escritas en aquel tiempo han decaido de la estimacion que tuvieron, y desaparecerán del todo á proporcion del número de piezas modernas que vaya adquiriendo el teatro. El público español, que tiene por muy nacionales las comedias de Moratin, ha visto en ellas la pintura fiel de nuestros usos y costumbres, de nuestros actuales vicios y errores. Ha visto que un español ha sabido sujetar su carácter altivo á tratar acciones domésticas, reducirlas á las temidas reglas de unidad, y aun algo mas que esto. Ha visto que no hay en sus fábulas personas heróicas, ni mezcla de bufonesco y serio, de trágico y cómico, de caballeresco y popular. Ha visto que en su representacion se apasionan los espectadores, lloran ó rien, segun el autor quiso que lo hiciesen, y que no les es posible conservar aquella inmovilidad de estatuas con que el bueno del abate Cuadrio nos caracteriza. Ha visto por último en las citadas piezas la observancia mas rigurosa del arte, unida á muchos de los primores que se admiran en nuestro antiguo teatro; y no se dice que nadie haya percibido en ellas hasta ahora ningun sabor ni resquemo africano, oriental ni frances.

Hubo una época en que algunos jóvenes, mal instruidos en sus primeros estudios, sin conocimiento de la antigua literatura, ignorantes de su propio idioma, negándose al estudio de nuestros versificadores y prosistas (que despreciaron sin leerlos), creyeron hallar en las obras estranjeras toda la instruccion que necesitaban para satisfacer su impaciente deseo de ser autores. Hiciéronse poetas, y alteraron la sintáxis y propiedad de su lengua, creyéndola pobre porque ni la conocian ni la quisieron aprender: sustituyeron á la frase y giro poético que la es peculiar, locuciones peregrinas é inadmisibles: quitaron á las palabras su acepcion legítima, ó las dieron la que tienen en otros idiomas: inventaron á su placer, sin necesidad ni acierto, voces estravagantes que nada significan, formando un lenguaje oscuro y bárbaro, compuesto de arcaismos, de galicismos y de neologismo ridículo. Esta novedad halló imitadores, y el daño se propagó con funesta celeridad. Por ellos dijo Capmany: « Estos bastardos españoles confunden la esterilidad de su cabeza con la de su « lengua, sentenciando que no hay tal ó tal voz, porque no la hallan. ¿Y cómo « la han de hallar, si no la buscan ni la saben buscar? ¿Y dónde la han de « buscar, si no leen nuestros libros? ¿Y cómo los han de leer, si los desprecian? Y no teniendo hecho caudal de su inagotable tesoro, ¿cómo han de « tener á mano las voces de que necesitan? »

A la ignorancia de la lengua se añadió la del arte de componer: falta de plan poético, pobreza de ideas, redundancia de palabras, apóstrofes sin número, destemplado uso de metáforas inconexas ó absurdas, desatinada eleccion de adjetivos, confusion de estilos, y constante error de creer sencillo lo que es trivial, gracioso lo que es pueril, sublime lo gigantesco, enérgico lo tenebroso y enigmático. A esto añadieron una afectacion intolerable de ternura, de filantropía y de filosofismo, que deja en claro el artificio pedantesco, y prueba que tales autores carecieron igualmente de sensibilidad que de doctrina.

Si en las obras sueltas de Moratin no se advierten estravíos de igual natura-

leza, no por eso pudo lisonjearse de haber llegado á la perfeccion que siempre huye del anhelo con que los hombres la solicitan: nada hay perfecto. Nunca aspiró á la gloria de poeta lírico; pero compuso algunas obras en este género para desahogo de su imaginacion y sus afectos, ó para corresponder agradecido á los que estimaban en algo las producciones de su pluma. Siguió en este ramo de la poesía los mejores ejemplos de la antigua y moderna literatura; cultivó su lengua con aplicacion infatigable; evitó los errores que veia difundirse y aumentarse diariamente, aplaudidos por la ignorancia y la falsa crítica, y sostenidos por la autoridad, que contribuyó eficazmente á propagarlos; pero ni desconoció la distancia á que se hallaba del acierto, ni fué tan grande su amor propio, que le hiciese olvidar cuán difícil es adquirir en el Parnaso dos coronas.

CATÁLOGO

DE PIEZAS DRAMÁTICAS PUBLICADAS EN ESPAÑA,

DESDE EL PRINCIPIO DEL SIGLO XVIII

HASTA LA ÉPOCA PRESENTE [1825] (1).

Don Tomas Cenis. Adquirir para reinar; Triunfos de Felipe V y glorias de Gabriela.

Don Rodrigo Pedro de Urrutia. Rey decretado del cielo. — Astucias de Lucifer. — La Violencia por castigo, y la hermosura por premio.

Don Juan de Vera y Villarroel. Felipe V en Italia. — Muger, ángel y milagro. — El Patron de Salamanca. — La Perla de Cataluña y peñas de Monserrate. — San Juan de Sahagun. — Cuanto cabe en hora y media. — La Corona en tres hermanos. — Mas triunfa el amor rendido.

A. A. Al freir de los huevos. — El Rey Don Pedro en Lisboa. — Sueños hay que son verdades, y Felipe V en Estremadura. — El Sueño del perro. — Hacer la cuenta sin la huéspeda. Z. — Opera escénica á la entrada de la señora doña Luisa Isabel de Borbon, princesa de Asturias. — Los Encantos de Amenon. Z. — El Infante don Cárlos en Sicilia, y Felipe V en Sevilla. — Arcas y Calisto. Z.—Los Amores de la Aurora. Z.

Don Francisco Pizarro Picolomini, marques de San Juan. Cinna. T.

Don Juan Bernardino Rojo. El Amor correspondido sin poder lograr su centro.

Don Francisco Gomez de Acosta. Póngala nombre el discreto.

Don Melchor Fernandez de Leon. Conquista de las Molucas. — Los Dos mejores Hermanos. — El Veneno en la guirnalda. — Icaro y Dédalo. — El Primer Templo de Amor. — San Francisco de Borja. — No hay amor como fingir. — Endimion y Diana. — Los Tres mayores Prodigios.— San Justo y Pastor. — El Sordo y el Montañes. — Venir el amor al mundo.

Don Diego de Torres y Villarroel. El Hospital en que cura amor de amor la locura.

Don Gerónimo Guedeja y Quiroga. Nuestra Señora de los Reyes. — La Mejor luz de Sevilla. — Si toda la vida es sueño, en el sueño está la muerte, y el Asombro de Palermo.

Don Francisco Salgado. Nuestra Señora de la Luz. — Araspes y Pantea. Z.

Don Antonio Tellez de Acebedo. Glorias de Jesus cautivo, y Prodigios del rescate. — Los Bandos de Luca y Pisa. — La Margarita del Tajo que dió nombre á Santaren. —Santa Colomba, primera y segunda parte. — El Muerto disimulado. — La Mozuela del sastre, ó No hay disfraz en la nobleza. — La Gracia contra la culpa y Primer Mártir de Cristo.— Dicha y desdicha del juego. — El Peregrino en su patria y milagroso enfermero, san Roque.

Don Marcos Lanuza. Las Bélides. Z. — Zelos vencidos de amor.

Don Pedro Scoti de Agoiz. Apolo y Leucotoe. Z. — Los juicios del cielo, no examinarlos y obedecerlos. — Filis y Demofoonte. Z. — El Primer Blason de Israel.

Don Antonio de Zamora. Todo lo vence el amor. — El Hechizado por fuerza. — Mazariegos y Monsalves. — El Custodio de la Hungría, san Juan Capistrano. — La Doncella de Orleans. — Aspides hay basiliscos. Z. — Judas Iscariote. — Por oir misa y dar cebada nunca se perdió jornada.—Cada uno es linage aparte, y los Mazas de Aragon. — Siempre hay que envidiar amando. — Amar es saber vencer, y el Arte contra el poder.— Columna sobre columna. — Amor es quinto elemento. —El Blason de los Guzmanes y defensa de Tarifa. — Con bellezas no hay venganzas. — La Destruccion de Tebas. — Con música, y por amor. — Desprecios vengan desprecios. — La Fe se firma con sangre. — La Honda de David. — Don Bruno de Calahorra. — El Indiano perseguido. — El Lucero de Madrid, san Isidro Labrador. — Duendes son los alcahuetes, y el Espíritu foleto, primera y segunda parte. — Matarse por no morirse. —

(1) En este catálogo se ha procurado observar, cuanto es posible, el órden cronológico. En él se incluyen las piezas dramáticas de representacion ó de música que se han visto en los teatros de España, ó se han publicado impresas desde el principio del siglo XVIII hasta la época presente. Las que van señaladas con estas letras *A. A.*, ó son efectivamente anónimas, ó se han colocado en esta clase por no haber tenido el colector noticia segura de sus autores. Las tragedias van distinguidas con una *T*, las óperas con una *O*, las zarzuelas con una *Z*.

El Templo vivo de Dios. — La Mística monarquía. — Preso, muerto y vencedor, todos cumplen con su honor, y Defensa de Cremona. — No muere quien vive en Dios. — Ser fino y no parecerlo. — No hay mal que por bien no venga. — Don Domingo de don Blas. — El Primer Inquisidor, san Pedro mártir. — Quitar de España con honra el feudo de las doncellas. — El Triunfo vivo de Dios. — Viento es la dicha de amor. Z. — Victoria por el amor.

Don N. conde de Clavijo. Júpiter y Io. Z. — Zelos vencidos de amor. Z.

A. A. La Elisa. Z.—El Rapto de Ganimedes. Z. —La Traicion necesitada, y Fortuna de Tequeli.—Antes difunta que agena. Z.—Triunfo y error de los zelos y el amor. Z. — No todo indicio es verdad, Pelope y Laodamia. Z.

Don Tomas de Añorbe y Corregel. La Virtud vence al destino. — La Tutora de la Iglesia y Doctora de la ley, primera, segunda y tercera parte. — Los Amantes de Salerno. — El Caballero del cielo. — El Duende de Zaragoza. —Cómo luce la lealtad á vista de la traicion, ó la Hija del senescal.— El Daniel de la ley de gracia y Nabuco de la Armenia. — La Encantada Melisendra y Piscator de Toledo. — Júpiter y Danae. Z. — Nulidades del amor. — La Oveja contra el pastor, y tirano Boleslao. — El Paulino. T. — Princesa, ramera y mártir, santa Afra. — El Poder de la razon.

Don Felice Rodriguez de Ledesma. El Monarca mas prudente. — El Cuchillo de si mismo.

Don Juan Salvo y Vela. El Mágico de Salerno Pedro Vayalarde, primera, segunda, tercera, cuarta y quinta parte. — El Laurel de Apolo. — Tambien hay duelo en los santos. — La Manzana de oro. Z.—San Antonio de Padua.

Don Diego de Aguayo. Querer sabiendo querer, y gran reina Trinacria.

Don Bernardino José de Reinoso y Quiñones. Quitar el cordel del cuello es la mas justa venganza, ó el Pobre Fundador del hospital mas famoso el venerable Anton Martin, primera y segunda parte. — La Sacra esposa de Cristo y doctora de su Iglesia, santa Catalina. — El Sol de la fe en Marsella y conversion de la Francia, santa María Magdalena, primera y segunda parte.

Don N. conde de Atarés. Apolo y Driope. Z.

Don José de Cañizares. La Boba discreta. — Cárlos V sobre Tunez. — Abogar por su ofensor, y baron del Pineli. — Acis y Galatea. Z. — El Asombro de la Francia Marta la Remorantina, primera, segunda, tercera y cuarta parte. — El Valor como ha de ser. — Las Nuevas Armas de amor. —El Asturiano en la corte y músico por amor. — La mas ilustre Fregona. — A un tiempo rey y vasallo. — La viva imágen de Cristo. — Montes afirma el desden. Z. — El Anillo de Giges, primera, segunda y tercera parte. — La Ventura por la voz. — La Muerta viva, Santa Cristina. — Las tres Comedias en una. — A cual mejor, confesada y confesor. — Tambien por la voz hay dicha. — La mas amada de Cristo, santa Gertrudis la Magna, primera y segunda parte. —Las Amazonas de España. — El Angel del Apocalipsi. — Lo que va de cetro á cetro y crueldad de Inglaterra.—Telémaco y Calipso. Z. —Amando bien no se ofenderá un desden. —El santo Niño de la Guardia. — Milagro es hallar verdad. — Angélica y Medoro. Z. — Lo que vale ser devoto de san Antonio de Padua. — El Sol de occidente. — La invencible Castellana. — El Sacrificio de Ifigenia, T., primera y segunda parte. —Amor es todo invencion. — Si una vez llega á querer la mas firme es la muger. — Las Cuentas del Gran Capitan. — Castigar favoreciendo. — Yo me entiendo y Dios me entiende. — No hay con la patria venganzas, y Temístocles en Persia. — El Picarillo en España. — Un Precipicio con otro. — Clicie y el Sol. Z. — Cumplir á un tiempo quien ama con su Dios y con su dama. — El Príncipe don Cárlos. — El Prodigio de la Sagra. — De leve chispa gran fuego. — Por acrisolar su honor competidor hijo y padre. — El Pleito de Hernan Cortés con Pánfilo de Narvaez. — De Comedia no se trate, allá va ese disparate. — Ponerse hábito sin pruebas, y guapo Julian Romero. — Don Juan de Espina en Madrid. — Don Juan de Espina en Milan. — El Rey Enrique el Enfermo. — Cuál enemigo es mayor, el destino ó el amor. — La Hazaña mayor de Alcides. — El Dómine Lucas. — De los encantos de amor la música es el mayor, y el Montañes en la corte. — Hasta lo insensible adora. — Apolo y Climene. Z. — El imposible mayor en amor le vence amor. — El Cantero de Constantinopla. — El Honor da entendimiento, y el mas bobo sabe mas. — Santa Francisca Romana. — La heróica Antonia García. — Fieras afemina amor. — El Estrago en la fineza. — Sin caridad no hay fortuna. — El Monstruo napolitano, ó el error y el escarmiento. — Santa Brígida. — Fortuna te dé Dios, hijo. — San Vicente Ferrer, primera y segunda parte. —El Dichoso Bandolero. — Santa Juana de la Cruz. — La Vida del gran tacaño. — La señora Mariperez. — La Banda de Castilla, y privado perseguido. — Pedro Urdemalas.

Don Francisco Scoti de Agoiz. Las Hazañas de Juan de Arévalo. — El Valor nunca vencido. — El Triunfo mayor de Alcides.

Don N. conde de las Torres. Decio y Araclea. Z.

Juan Hidalgo. El Monstruo de Barcelona. — Muzárabes de Toledo. — El Niño Dios en Egipto, y mas dichoso ladron.

Don Luis de Oviedo. Los Sucesos de tres horas.

Don Juan de Benavides. Apolo y Dafne. Z. — El Marte español.— Nuestra Señora del Mar.

Fr. Juan de la Concepcion. Guerra y paz de las estrellas.

Don Eugenio Gerardo Lobo. El mas justo rey de Grecia.— Los Mártires de Toledo, y Tejedor Palomeque.

Vicente Guerrero. El Valiente Negro en Flandes, segunda parte.
Marcos de Castro. Disparates concertados dicen bien en todo tiempo.
A. A. Armida aplacada. O. — Angélica y Medoro. O. — El Vellon de oro. O. — Polifemo y Galatea. — Artagerges. O. — Demofoonte. O. — Demetrio. O.—Dido abandonada. O. — Siroe. O. — Niteti. O. — El Rey pastor. O. — Adriano en Siria. O. — Semíramis reconocida. O. — El Héroe de la China. O., etc.
Don Ignacio de Luzan. La Razon contra la moda.—La Clemencia de Tito. O.
Don Juan de Trigueros. Británico. T.
Don Agustin de Montiano y Luyando. Virginia. T.—Ataulfo. T.
Don Eugenio de Llaguno y Amírola. Atalía. T.
Don Antonio Merano y Guzman. En vano el poder persigue á quien la deidad protege, y mágico Apolonio.
Don Manuel Daniel Delgado. Cómo se engañan los zelos.
Don Antonio Camacho y Martinez. Vida y muerte de Thamas Kaulikan.
Don José de Lobera y Mendieta. La Muger mas penitente y espanto de caridad, la venerable hermana Mariana de Jesus, hija de la V. O. T. de penitencia de N. P. S. Francisco de la ciudad de Toledo. — Sin el oro pierde amor su imperio, lustre y valor.
Don Nicolas Gonzalez Martinez. La Tragedia anunciada es menor sucedida que esperada. —Dar honor el hijo al padre, y al hijo una ilustre madre. — Santo, esclavo y rey á un tiempo.
Don Manuel de Iparraguirre. El Enfermo imaginario.—El Avariento.
Don Antonio Frumento. Sastre, rey y reo á un tiempo, ó el Sastre de Astracan.—En vano es querer venganzas cuando amor pasiones vence.—Lances de amor, desden y zelos.
Don José Fernandez Bustamante. Al andar fortuna ayuda.—Al poder la ciencia vence.—No siempre el destino vence, si en su imperio amor domina, y Príncipes encubiertos.—El Sol de la fe en su oriente, y conversion de Irlanda. —En la mayor perfeccion se encuentra el mejor estado, santa Catalina de Bolonia.—Azote de la heregía y espejo de la virtud, san Jácome de la Marca.—Zelos, aun imaginados, conducen al precipicio, y mágico Diego de Triana.— El Asombro de Argel, y mágico Mahomad.
Don Antonio Pablo Fernandez. El Angel lego y pastor, san Pascual Bailon.—Los dos amantes mas finos Píramo y Tisbe.—La Prudencia en la niñez.
Don Ramon de Arellano y Cruz. Antorcha del querer bien y venturas de himeneo.
Don Francisco Sierra. Convertirse un gran pesar en la mayor alegría.
Don José Benegasi y Luzan. Llámenla como la llamen.
Don Eusebio Ruiz Ruiz. No hay artes contra el amor, y antes que todo es mi sangre.
Don Fernando Jugazzis Pilotos. Combates de amor y ley. T.
Don Lucas Merino y Solares. El Muerto resucitado.
Don Manuel Vela. Casarse por golosina.
Don Manuel Lassala. José descubierto á sus hermanos. T.—Don Sancho Abarca. T.
Don Antonio Gonzalez de Leon. El Hijo de Ulises.
Don Nicolas Fernandez de Moratin. La Petimetra. — Lucrecia. T. — Hormesinda. T. — Guzman el Bueno. T.
Don José Cadahalso. Don Sancho García. T.
Don José Clavijo y Fajardo. La Feria de Valdemoro. Z. — Andrómaca. T. — El Heredero universal.—El Vanaglorioso.— Beltran en el serrallo.
Don Pablo Olavide. Celmira. T. — Hipermenestra. T.—El desertor frances.
Don Gaspar de Jovellanos. El Delincuente honrado.—Munuza. T.
Don Ignacio Lopez de Ayala. Numancia destruida. T.
Don Juan Lopez Sedano. Jahel. T.—El Misántropo.
Don Antonio Baza. La Criada mas leal. — Los tres mayores prodigios en tres distintas edades, y orígen carmelitano. — El Hijo de sus obras, y empeño de una banda.— El Pródigo. —Merope y Polifonte. — El Caballero y la Dama.— El Zeloso avaro. — La Verdad en el engaño. — Sacrificar el afecto en las aras del honor es el mas heróico amor. Cleonice y Demetrio. — La piedad de un hijo vence la impiedad de un padre, y real jura de Artagerges.—Paz de Artagerges con Grecia.
Don Tomas Sebastian y Latre. Británico. T. —El Parecido.—Progne y Filomena. T.
A. A. Filoctetes. T.— Los dos mas finos amantes desgraciados por amor, ó víctimas de la infidelidad. — Hallazgo, paz y privanza. — Nobleza de un fiel amigo y premio de la traicion.—Riesgo, esclavitud, disfraz, ventura, acaso y deidad.— La Magestad en la aldea. Z. —Por socorrer á una madre venderse un hijo al suplicio.—Entre el honor y el amor, el honor es lo primero.—Amor destrona monarcas, y rey muerto por amor.—Dar ser á su propio ser, ó el Osman. — El Padre de familia. — Gianguir. T. — Mal genio y buen corazon.— No hay mudanza ni ambicion donde hay verdadero amor, ó el Rey pastor.
Don Francisco Mariano Nifo. El Juicio de una muger hace al marido discreto. — La Casa de moda.—Ipsipile y Jason.—Dios protege la inocencia, Elvira, reina de Navarra. —No hay en amor fineza mas constante, que dejar por amor su mismo amante, ó la Nineti.
Don Joaquin de San Pedro. El Enfermo imaginario.
D. F. T. R. Siempre triunfa la inocencia.
Don Vicente García de la Huerta. Lisi desdeñosa, ó el Bosque del prado. — Raquel. T. —Agamenon vengado. T. — La Fe triunfante del amor y cetro, ó la Jaira. T.
José Valles. Propio es de hombres sin honor

pensar mal y hablar peor. — El mas temido andaluz.—La Margarita. — No hay fiera mas irritada que una muger indignada.

Don Enrique Ramos. El Guzman. T.

Don Narciso Solano y Lobo. La Amazona de Mongat, y Aventuras de Tequeli. —Merecer por sí la suerte quien por sí la desmerece.— El Job de la ley de gracia. — Premios son vengaznas de amor.

A. A. El Tambor nocturno.—Clelia triunfante en Roma.— La Buena Nueva. — Zafira. T.— La Criada mas sagaz.—Meroe. T.—La Esposa persiana. — El Jugador. — Agamenon. T. — Siroe. T. — La Escuela de las madres. — La Enferma por amor. — Pamela, primera y segunda parte.—El Mágico Federico.—Witing. T.— Hamlet, rey de Dinamarca. T. — Ester. T. — A un tiempo esclavo y señor, y mágico africano — Fedra. T. — No hay traidores sin castigo, ni lealtad sin lograr premio, Mecencio y Flaminio en Roma. T.

Don N. Mello. Entre los riesgos de amor sostenerse con honor, ó la Laureta.

Don N. Martinez. Gustavo Adolfo, rey de Suecia.

D. Antonio Rezano. Acrisolar el dolor con el mas filial amor.

Don N. Moron. Buen Amante y buen Amigo.

Don N. Maldonado. Triunfos de lealtad y amor, ó la Cleonice.

Don N. Ripoll. Cegar al rigor del hierro.—Antídoto de la Grecia.— Ingenio y representante, san Ginés y san Claudio. — Marta aparente.

Don Bruno Solo y Zaldivar. Triunfo de amor y lealtad, y traidor en la apariencia. — Por cumplir una palabra derramar su propia sangre.— La Bella Pastora y ciudadana en el monte. — Los Impacientes chasqueados y Burladora burlada.—El Parecido en el trono, y Traicion por la venganza. — El hombre busca su estrago, anuncia el castigo el cielo, y pierde vida é imperio, Focas y Mauricio.

Don José Cumplido. Al amor de madre no hay afecto que le iguale, ó la Andrómaca.

Don N. Carillo. Tambien lidia una muger con otra muger por zelos.

Don Manuel Fermin de Laviano. La afrenta del Cid vengada. — El godo rey Leovigildo, y vencido vencedor. — Morir por la patria es gloria, y Atenas restaurada. — La Defensa de Sevilla por el valor de los godos. — Al deshonor heredado vence el honor adquirido. — Los Pardos de Aragon. — El Sol de España en su oriente, y toledano Moisés. — Triunfos de valor y honor en la corte de Rodrigo. — La Suegra y la Nuera. — El Pretendiente y la Muger virtuosa. — La Inútil Precaucion y Barbero de Sevilla. — El Reo inocente. — Sigerico, primer rey de los godos. — La Española comandante. — La Viuda indiferente, y esquileo de Castilla. — El Tirano Gunderico. — La Toma de Sepúlveda por el conde Fernan Gonzalez. — La Bella Guayanesa. — La Restauracion de Madrid.— Valor y honor de Otoniel. — La Buena Casada. — El verdadero heroismo está en vencerse á sí mismo.

Don Ramon de la Cruz Cano y Olmedilla. Quien complace á la deidad acierta á sacrificar. — Briseida. Z. — El Prado viejo por la noche. — El Niño y la Niña. — La Pragmática, primera y segunda parte. — La Prueba feliz. — Eugenia. — La Escocesa. — Portentosos efectos de la naturaleza. — El Ensayo con empeño. — El Veneno fingido. — Las Mugeres defendidas. — Los Payos en la corte. — Mas puede el hombre que amor, ó querer á dos y ser firme. — Las Superfluidades. — Las Señorias de moda. — La Tornaboda en ayunas. — El Baile de repente. — El Casero burlado. — La Fiesta de pólvora.—Danzantes sin tamboril. — Los Abates vengados. — La Fuerza de la lealtad. — La Presumida burlada. — En casa de nadie no se meta nadie, ó el Buen Marido. Z. — El Alcalde contra amor. — El Espejo de las modas. — El Barbero. — La Civilizacion. — Las Botellas del olvido. — El Marido discreto. —La Oposicion á cortejo. — El Fénix de los hijos. — Los Baños inútiles. — La Casa de los linages. — Las Máscaras de la aldea. — La Indiana. — La Embarazada ridícula. — El Fandango de candil. — El Duende. — La Hostería del buen gusto. — Las Labradoras de Murcia. Z. — La Falsa devota. — Talestris, reina de Egipto. T. — Las Petimetras. — Resultas de los saraos. — Los Convalecientes. — La Mesonerilla. Z. — Doncella, viuda y casada. — Los Propósitos de las mugeres. — La Noche buena en el monte. — El Pretendiente hablador. — El Italiano fingido. — El Chico y la Chica. — El Amigo de todos. — El Baile sin mescolanza. — El Padrino y el Pretendiente. — Los Maridos engañados y desengañados. — El Labrador y el Usía. — La Comedia de Valmojado. — La Giganta en Madrid. — El Divorcio feliz, ó la Marquesita.— Juanito y Juanita.— —Los Destinos errados. — El Tordo hablador. — Los Hombres con juicio. — El Licenciado Farfulla. Z. — El Deseo de seguidillas. — Inesilla la de Pinto. — El Heredero loco. — La Señorita displicente. — El Cortejo escarmentado. — El Alcalde boca de verdades. — La Olimpiada. — Ramos de huésped. — Las Zagalas del Genil. Z. — Los Pobres con muger rica, ó el Picapedrero. — El Porqué de las tertulias. — El Diablo autor aburrido. — Los Fastidiosos.— La Amistad, ó el Buen Amigo. — El Refunfuñador. — La Tertulia de la estafa. — La Enferma de mal de boda. — Clementina. Z. — La Comedia casera. — El Almacen de novias. — La Feria de la Fortuna. — El Tio y la Tia. — Las Tres Graciosas. — Los Payos y los Soldados. — La Devocion engañosa. — La Merienda á escote. — La Isla de amor. Z. — La Centinela. — El Sombrerito. — Las Frioleras. — La Espigadera, primera y segunda parte. — El Abate diente agudo.— Los gigantones. — El Maestro de la niña. Z. — Los Picos de oro. — El Petimetre. — El Severo Dictador y vencedor delincuente, Lu-

cio Papirio y Quinto Fabio. — La Comedia de carpinteros. — El Premio de las doncellas.— Los Segadores festivos. — El tio Tuétano. — Los Payos hechizados. — La Orquesta femenina. — El Marido sofocado. — Los Criados simples. — La Retreta. — Las Segadoras de Vallecas. Z. — El Mercader vendido. — La Maja majada. — La Discreta y la Boba. — El Dia de campo, primera y segunda parte. — Manolo. — Las Majas en el ensayo. — La plaza Mayor de Madrid por Navidad. — Los Abates y las Majas. — El Hospital de los tontos. — Bayaceto. T. — Los Novios espantados. — Las dos Viuditas. — El Casado por fuerza. — El Estranjero. Z. — El Mal de la niña. — Los Cazadores de lindas. — El Hablador. — Fineza de los ausentes. — Garzon fingido. — Músicos y danzantes. — La Fantasma. — El Careo de los majos. — La Escuela. — Las Damas apuradas. — Zara. — Donde las dan las toman, ó los Zapateros y el Renegado. — Los Vaqueros de Aranjuez. — La Comedia de Maravillas. — La Bella Criada. — La Falsa devocion. — La Chupa bordada. — El Espejo de los padres. — Los Volatines pesados. — La Academia del Ocio. — El Caballero don Chisme. — La Isla desierta. — El Enemigo de las mugeres.—El Filósofo aldeano. Z.—El Pollo. — Las Castañeras picadas. — Chiribitas el Yesero. — El No. — Monsieur Corneta, ó el Cochero Simon. — El Meson por Navidad. — Las Mahonesas. — Don Soplado. — La Sosa. — La Viuda hipócrita. — El Sarao. — El Reverso del sarao. — La Molinera espantada. — Zelinda. T. — Los Cuatro Barrios. — El Cortejo fastidioso. — Las Calceteras. — El Sueño. — El Retrato hablador. — El Nacimiento á lo vivo. — Los Hombres solos. — Las Tertulias de Madrid. — Los Viejos verdes. — Sesostris, rey de Egipto. T. — El Teatro por dentro. — Ecio triunfante en Roma. T. — Los dos Libritos. — La Critica. — La Visita de duelo. — El Agente de sus negocios. — Los Escrúpulos de las damas. — La Academia de música. — El Majo de repente. — El Triunfo del interes. — — Las Fiestas útiles. — Los Hijos de la paz.— Los Impulsos del placer. — La Petra y la Juana, ó el Casero prudente.— El Alcalde limosnero. — El Ensayo casero, primera y segunda parte. — La Viuda burlada. — El Café estranjero. — Las Amazonas modernas. — El Gracioso picado. — El Hijito de vecino. — El Abaniquero. — La Bella Madre. — La Funcion completa. — La Botillería. — El Chasco de las arracadas. — Los Majos vencidos. — Cayo Fabricio. — Tres, y de las tres ninguna. — El Pleito del pastor. — La Música á oscuras. — Las Señoras forasteras. — El Retrato. — Cenobia. — Las Piedras de san Isidro. — — Poner la escala para otro. — El Médico y los Cautivos. — Las Máscaras de Madrid. — El Hospital de la moda. — La Capilla de cómicos. — Las Foncarraleras. Z. — El Burlador burlado. — Las Buenas Vecinas. — La Despedida. — El Forastero prudente. — El Entierro de la Compañía de Ribera.—Las Escofieteras.—Los Cómicos en Argel.—El Aderezo bien pagado. — El Caballero de Medina. — El Buñuelo. — La Avaricia castigada, y los Segundones. — La Víspera de san Pedro. — El Rey Pastor. — El Tio Felipe, primera y segunda parte. — El Rastro por la mañana. — El Casamiento desigual, ó los Butibambas y Mucibarrenas. — Los Payos en el ensayo. — El Padre indulgente. — El Maestro de rondar. — Las Presumidas burladas. — Oposicion á sacristan. — Las Pescadoras. Z. —La Pradera de San Isidro. — El Novio rifado. — Las Majas vengativas. — El Peluquero, primera, segunda y tercera parte. — La Noche de San Juan.—La Noche de San Pedro. — La Venganza del verdillo.—Los Ociosos, etc.

Don Cándido María Trigueros. Buena Esposa y mejor Hija, la Necepsis. T. — Egilona. T. — El Precipitado. — Duendes hay, señor don Gil. — Los Menestrales.

Don Tomas de Iriarte. Hacer que hacemos. — El Mercader de Smirna. — El Amante despechado. — El Malgastador. — El Aprensivo.— La Pupila juiciosa. — El Mal Hombre. — La Escocesa. — El Filósofo casado. — El Huérfano inglés, ó el Ebanista. — El Huérfano de la China. T. — Guzman. — La Librería. — El Señorito mimado. — El Don de gentes. — La Señorita mal criada.

Don Leandro Fernandez de Moratin. El Viejo y la Niña. — La Comedia Nueva. — Hamlet. T. — El Baron. — La Mogigata. — El Si de las Niñas. — La Escuela de los Maridos. — El Médico á palos.

Don Juan Melendez Valdés. Las Bodas de Camacho.

Don Cristóval María Cortés. La Casa sobre el buen tono. — Atahualpa. T. — Eponina. T.

Don José Sedano. La Posadera feliz, ó el Enemigo de las mugeres. — La Pasion ciega á los hombres. — Silesia. T.

Don N. Isunza. Lidiar amor y poder hasta llegar á vencer, y Seleuco, rey de Siria.

Don Juan Climaco Salazar. Mardoqueo. T.

Don N. Tudó. La Muger honrada.

A. A. La Constancia española y Sitio de Calahorra. — Troya abrasada. T. — Mitridates. T. — La Restauracion de Oran. — Berenice en Tesalónica. — La Viuda gaditana. — Don Rodrigo de Vivar. — Cuál es afecto mayor, ó el Triunfo de Tomiris — Temistocles. T. — Zaida. T. — Guillermo de Hanau. T. — Gerges. T. — Jonatas. T. — Beverley, ó el Jugador inglés. — Razon, justicia y honor triunfan del mayor valor, ó Alejandro en Scútaro. —Kaulikan, rey de Persia.

Don Diego Rejon de Silva. Gabriela de Vergi. T.

Don Pedro Perez de Guzman, duque de Medinasidonia. Ifigenia. T. — Hernan Cortés. T.

Don Vicente Camacho. Demetrio en Siria.

Don Lorenzo de Villarroel, marques de Palacios. Ana Bolena. T — El Duque de Alburquerque. T. — El Conde don Garcisanchez. —T. Hernan Cortés. T.—El conde de Soré. T. — Artabano. T. — Abdolomino. T. — Alejandro el Noble. T. — Ana de Cleves. T. — El

Duque de Somerset. T.—Semíramis. T.—Apocouque. T.
Don Juan Pablo Forner. El Filósofo enamorado, ó la Escuela de la amistad.
Don Alvaro María Guerrero. El Hidalgo tramposo.
Don Juan Pison y Vargas. El Rutzvanscadt, ó el Quijote trágico.
Don Ignacio García Malo. Doña María Pacheco. T. — El Demofoonte. — Coriolano. O.
Don José Joaquin Mazuelo. Sofonisba. T.
Don Lorenzo Daniel y don Alonso Antonio Cuadrado. La Toma de San Felipe por las armas españolas.
Don Alonso Antonio Cuadrado. El Valor de las Murcianas contra lunas africanas.
Doña N., condesa del Carpio. La Aya francesa.
Fermin del Rey. Defensa de Barcelona por la mas fuerte amazona. — La Enemistad mas cruel por suerte, amor y venganza. — La Fiel Pastorcita, y Tirano del castillo. — La Viuda generosa. — Caprichos de Amor y Zelos. — El Prisionero de guerra, ó un curioso accidente. — La Buena Criada. — La Faustina. — Polixena. — Anfriso y Belarda, ó el Amor sencillo. — Hernan Cortés en Tabasco. — La Modesta Labradora. — Areo, rey de Armenia, ó la Elicene.
Don N. Villaverde. Zoraida, reina de Tunez. — Alfonso VIII en Alarcos. — El Bastardo de Suecia.
A. A. El Criado de dos amos. — Ariadna abandonada en Naxos. — La Muger variable. — El Comerciante inglés. — Telémaco. — El Tirano de Lombardía. — Esmaltes del honor, virtud, lealtad y valor, ó la Esposa fiel. — Cosroas y Heraclio. — El Médico supuesto. — Alexis. — Los Juegos olímpicos. — Avelino, ó el Gran Bandido. — Lina. T. — La Virtud en la indigencia. — El Calderero y la Vecindad. — La Madre engañada. — Amalia, ó la Ilustre Camarerita. O.— El Mágico de Candahar. — Union del reino de Aragon con el condado de Barcelona. — A falta de hechiceros lo quieren ser los gallegos.—El Faeton. — Los Desgraciados felices, ó Acmet el Magnánimo. — El Optimista.
Don Domingo Botti. El Logrero, etc.
Luis Moncin. De dos enemigos hace el amor dos amigos.—El Triunfo de las Roncalesas.— El Viejo impertinente.—La Virtud premiada, ó el verdadero Buen Hijo. — De un acaso nacen muchos. — Quedar triunfante el rendido y vencido el vencedor, Codro el Ateniense. — El Queso de Casilda. — Cómo ha de ser la amistad. — Herir por los mismos filos. — Amistad, Lealtad y Amor saben vencer el rigor. — El Feliz Encuentro. — La Buena Madrastra. — El Castigo en la traicion, y triunfante el perseguido. — La Restauracion de Astorga. — Crueldad y sinrazon vencen astucia y valor, ó Maxencio y Constantino. — El Embustero engañado. — Olimpia y Nicandro. — Lograr el mayor imperio por un feliz desengaño. — Para averiguar verdades el tiempo el mejor testigo, ó el Hijo de cuatro padres. — Sertorio el Magnánimo. — Los Esposos reunidos. — La dicha viene cuando no se aguarda. — Un Montañes sabe bien donde el zapato le aprieta. — Persecuciones y dichas de Raimundo y Mariana. — Hallar en su misma sangre el castigo y el baldon, y crueldad de Mitridates. — La mas heróica piedad mas noblemente pagada, y el Elector de Sajonia. — El Asturiano en Madrid, y Observador instruido. — Hechos heróicos y nobles del valor godo español. — La muger mas vengativa por unos injustos zelos, etc.
Don N. Ramonell. La Conquista de Mallorca.
Don Pedro Estala. El Pluto.—Edipo Tirano. T.
Don Mariano Luis de Urquijo. La Muerte de César. T.
José Concha. La Desgraciada Hermosura doña Ines de Castro. — El Matrimonio por razon de estado. — Narsetes. T. — Antes que todo es el rey.—El honor mas combatido, y crueldades de Neron. — La Nuera sagaz. — El mas heróico Español. — Mustafá. T.— La Pérdida de España. — La Restauracion de España. — Mas sabe el loco en su casa que el cuerdo en la agena, y natural vizcaino. — A España dieron blason las Asturias y Leon, y triunfos de don Pelayo. — Ciro, príncipe de Persia. — La Inocencia triunfante. — Premia el cielo con amor de Cataluña el valor, y glorias de Barcelona. — Orestes. T. — El Rencor mas inhumano de un pecho aleve y tirano, y Condesa Jenovitz.
Don José Ortiz y Sanz. Orestes en Sciro. T.
Antonio Robles. Blanca y Guiscardo. — Manlio Capitolino. T. — Gústavo Wasa. T. — Ifigenia en Tauris. T. — Scipion en Cartagena. — El Mudo.
Don Antonio Valladares y Sotomayor. A Suegro irritado Nuera prudente. — El Frances generoso. — A diluvios de desdenes cura tempestad de zelos. — El Encanto por amor. — Faltar á padre y amante por obedecer al rey, ó la Etrea. — A gran mal gran resistencia. — El Hombre singular. — La Enriqueta. — La Escuela de las mugeres. — El Desafío feliz. — Este es el mayor placer que el hombre puede tener. — El Amigo verdadero. — La Elmira. — De la mas fiera crueldad sabe triunfar la virtud. — Curar los males de amor es la física mayor. — Constantino y Fausta. — Buscar el mayor peligro y hallar la mayor fortuna. — Atis y Erinice. — El Católico Recaredo. — El Conde Werwick. — El Dichoso por la suerte y tambien por la eleccion. — El Comerciante de Burdeos. — Rufino y Aniceta. — El Culpado sin delito. — Amarse sin verse. — Adelaida, reina de Francia. — Beneficios reiterados con ingratitud pagados. — El Capitan y el Alférez, ó la Simple discreta. — De la sepultura al trono. — El Engaño amoroso. — Castigar con la fineza. — De fieras hace amor hombres. — Samir y Dircea. — — El Vasallo Rey. — Los dos famosos Manchegos, y Máscaras de Madrid. — Las Cuatro Naciones, ó la Viuda sutil. — La Posada feliz.

— El Usurero zeloso. — Sidney y Wolsan. — La Maleta. — El Preso por amor, ó el Real Encuentro. — Obsequiar y aborrecer. — Las Vivanderas ilustres. — Nunca el rencor vencer puede adonde milita amor. — El Vinatero de Madrid. — Trápala y Tramoya. — Los Acasos de una noche. — No hay solio como el honor. — Los Maragatos de Astorga. — No hay cosa que no se sepa. — El Trapero de Madrid. — Cuál mas obligacion es, la de padre ó la de juez. — La Noche crítica. — El Miliciano. — Lealtad, Traicion é Inocencia, ó Sifiro y Etolia. — Los Tios y los Sobrinos. — El Matrimonio deshecho.—Quien no pretende no alcanza. — El Rey es primero. — Efectos de la virtud y consecuencias del vicio. — — La Fundacion de Madrid por Manto y Ocno Bianor. — El Grito de la naturaleza. — Saber premiar la inocencia y castigar la traicion. — Los Huérfanos. — La sangre sin fuego hierve. — La Amistad mas bien pagada. — El Marido de su hija. — El Tutor zeloso. — Despreciar una corona. — La Virtud premiada. — El Baron de Sinflock. — Las Máximas de un buen padre para hacer bueno á un mal hijo. — El Príncipe de Condé. — Hoy don Juan y ayer don Diego. — La Isabela de Plimout. — El Laomedonte. — El Hombre mordaz. — Los Jardineros amantes. — La Magdalena cautiva. — El Fabricante de paños. — Los Hermanos fingidos. — El Mentor. — Los Criados embusteros. — Esceder en heroismo la muger al héroe mismo, ó la Emilia. — Guzman el Bueno, gobernador de Tarifa. — Saber del mayor peligro triunfar sola una muger, ó la Elvira. — El Emperador Alberto, ó la Adelina, primera y segunda parte. — El Galeote cautivo. — Defensa de la Coruña por la heróica Maria Pita. — El Carbonero de Lóndres. — A una grande heroicidad pagar con otra mas grande. — La Dicha por un delito. — Eduardo III. — Cautelas contra finezas.—Las Buenas costumbres. — Damon y Roselia.—El Mágico de Astracan.—Eduardo IV. —El Sitio de Landau.—El Mágico del Mogol.— Etolia y Menope. — Empeños de un abanico. —Por Esposa y Trono á un tiempo, y Mágico de Servan. — Eduardo VIII. — La Amistad es lo primero. — El Mágico por amor. — Egilona, viuda del rey don Rodrigo. — El Enfermo por amor. — Conseguir sin pretender. — El Degradado. — Spártaco en Roma. — Eufrosina. — Otro segundo Faeton tambien roto en Valdemoro.

Don N. Rodriguez. El Feliz hallazgo, ó el Abate mas astuto.

Don Bernardo María de Calzada. La Subordinacion militar. — Caton en Utica. T. — Motezuma. T. — Alcira. T. — El Hijo natural.

Don Agustin de Silva, conde-duque de Aliaga. Las Troyanas. T. — El Sofá.

D. N. Menchero. Brahen Ben Ali. T.

Don Francisco Messeguer. El Chismoso.

Don Francisco Duran. La Industriosa Madrileña, y Fabricante de Olot.

A. A. Los Amantes engañados, ó los Falsos Recelos. — El Delirio, ó las Consecuencias de un vicio. O.—Matilde de Orleim.—Los Amantes generosos. — El Sacrificio de Isaac. O. — El fruto de un mal consejo contra el mismo que le da. — La Merienda de horterillas. — Los Títeres, ó lo que es el mundo. — Ricardo Corazon de Leon. O. — Los Peligros de la corte. — Juanito y Rosita. — El Jóven Cárlos. — Las dos Hermanas. — Los Viajes del emperador Sigismundo, ó el Escultor y el Ciego. — El Reloj de madera. O. — Las Minas de Polonia. — Una hora de ausencia. — Los Forasteros en Madrid. — El Molino de Kléber. — El Hombre de la Selva Negra, ó el Pícaro honrado. — Las Esposas vengadas. — Idomeneo. O. — El Sordo en la posada. — La Andria. — Las Ruinas de Babilonia.—Los Palos deseados. — Las Cárceles de Lamberg. — La Madrastra. — La Escuela de los plebeyos.

Don Nicasio Alvarez de Cienfuegos. Las Hermanas generosas. — Idomeneo. T. — Zoraida. T. — La Condesa de Castilla. T. — Pítaco. T.

Don Luciano Francisco Comella. Catalina II, emperatriz de Rusia. — Catalina II en Cronstadt. — Federico II, rey de Prusia. — Federico II en el campo de Torgau. — Federico II en Glatz. — La Jacoba. — La Cecilia, primera y segunda parte. — El Pueblo feliz. — Luis XIV el Grande. — La Buena Esposa. — El Abuelo y la Nieta. — El Buen Hijo, ó María Teresa de Austria. — Ino y Temisto. T. — El Buen Labrador. — María Teresa de Austria en Landau. — El Error y el Honor. — La Escocesa de Lambrun. — El Tirano Gesler. — El Casado avergonzado. — El Tirano de Ormuz. — Doña Ines de Castro. — Los Esclavos felices.—La Dama desengañada. — La Cifra. O. — El Hijo reconocido. — Ino y Neyfile. — La Isabela. O. — La Moscovita sensible. — La Novia impaciente. — Doña Berenguela. — La Dama sutil. — Los Dos Amigos. — El Hombre agradecido. — El Estatuario griego. — El Dichoso arrepentimiento. — El Engaño desengaño. — El Sitio de Calés. — Los Falsos Hombres de bien. — El Ayo de su hijo. — El Fénix de las mugeres, ó la Alceste. — La Escuela de los zelosos. O. — El Hombre de bien. — Natalia y Carolina. — La Familia indigente.—La Judit castellana. — Asdrubal. T. — Los Amantes de Teruel. — El mayor rival de Roma, Viriato. T. — La Razon todo lo vence. — Síquis y Cupido. — El Ardid militar. — Los Hijos de Nadasti. — El Hombre singular, ó Isabel I de Rusia. — Cadma y Sinoris. — Nina, ó la Loca por amor. O. —El Fénix de los criados, ó María Teresa de Austria. — Los Amigos del dia. — El Matrimonio secreto. O. — Cristóval Colon. — Pedro el Grande, czar de Moscovia. — Séneca y Paulina. — Andrómaca. —El Avaro.—Alejandro en Oxidraca.— Los Amores del conde de Cominges. — El Indolente. — Las Lágrimas de una Viuda. — La Enferma fingida por amor. O. — El Negro

sensible. — Hércules y Deyanira. — Cristina de Suecia, etc.

Don Francisco Copons. Ramona y Roselio. O.

Don Francisco Rodriguez de Ledesma. Mahoma. T. — El Petardista adulador. — El Vicioso celibato. — Lucrecia Pazzi. T. — La Moda. — Virginia romana. T. — Leonido, ó el Amor desgraciado. — La Clemencia de Tito.

Don Vicente Rodriguez de Arellano. Jerusalen conquistada por Gofredo de Bullon. — El Zeloso don Lesmes. — El Atolondrado. — La Parmenia. — Marco Antonio y Cleopatra. — Soliman II. — El Esplin. — Dido abandonada. — La Atenea. — La Noche de Troya. — Armida y Reinaldo, primera y segunda parte. — La Muger de dos Maridos. — El Pintor fingido. — Augusto y Teodoro, ó los Pages de Federico.—El Sitio de Toro, y noble Martin Abarca. — El Duque de Pentiebre. — A Padre malo buen Hijo.—La Dama labradora. — El Marinerito. O. — El gran Seleuco. — La Reconciliacion, ó los dos Hermanos. — Clementina y Desormes. — La Opera cómica. O. — La Fulgencia, ó los dos Maniáticos. — Cecilia y Dorsan.

Don Santos Diez Gonzalez. Amfitrion. — El Casamiento por fuerza.

Don Gil Lorena de Arozar. La Lealtad, ó la Justa Desobediencia.

Doña María Rosa Galvez. Saul.—Blanca de Rossi. T.—Safo.—Florinda. T. — Amnon. T. — Zinda. T. — Ali-Beck. — La Delirante. — Catalina, ó la Bella Labradora. — Un loco hace ciento.

Juan Gonzalez del Castillo. Numa. T. — La Madre hipócrita. —El Ventorrillo por la mañana. — El Gato. — El Chasco del manton. — El Payo de la carta. — El Soldado fanfarron, primera, segunda y tercera parte. — Los Zapatos. — El Maestro Pezuña. — Casa de vecindad de Cádiz, etc.

Don Manuel José Quintana. El Duque de Viseo. T. — Pelayo. T.

Don Gaspar de Zavala y Zamora. La Justina. —El Amor perseguido y laVirtud triunfante. — El Naufragio feliz. — Tener zelos de si mismo. — El Triunfo del Amor. — Sitio y toma de Breslau. — El Premio de la humanidad. — Cenobia y Radamisto. T.—El Amante generoso. — El Perfecto Amigo. — Semíramis. T. — El Dia de campo. — El Amor constante, ó la Holandesa. — La Tamara, ó el Poder del beneficio. — Alejandro en Sogdania. — Llegar á tiempo. — El Bueno y el Mal Amigo. —Aragon restaurado por el valor de sus hijos. — Palmis y Oronte. — Cárlos V sobre Dura. — La mas heróica Espartana. — El Rey Eduardo III. — El Imperio de las costumbres. — El Confidente casual. — La Destruccion de Sagunto. — La Tienda de joyería. — Faustina y Jenwal. — La mayor piedad de Leopoldo el Grande. — Selico y Belisa. — Por ser leal y ser noble dar puñal contra su sangre, y la Toma de Milan.— Los Esteriores engañosos. — Las Víctimas del amor, Ana y Sindham. — Euridice y Orfeo, ó el Amor constante. — Una Pieza cómica que no es Pieza cómica. — La Hidalguía de una Inglesa. — El Czar Iwan. — El Calderero de San German. — El Amante honrado. —Las Tramas de Garulla.—Adriano en Siria. —La Real Clemencia de Tito. T. — El Amor dichoso. — Cárlos XII, rey de Suecia, primera, segunda y tercera parte.—Ser vencido y vencedor, Julio César y Caton.—El Soldado exorcista. — Belerofonte en Licia.

Juan Lopez Estremera. Los Espósitos, etc.

A. A. El Matrimonio casual.—A Pícaro pícaro y medio. — Una Travesura. — El Negro y la Blanca. — Los Valientes en la aldea. — La Prueba caprichosa. — El Divorcio por amor. —Los Toros de Juan Tuerto.—El Carpintero de Livonia. — Ginebra de Escocia. — La Intriga por las ventanas. — El Anciano y los Jóvenes.—La Esposa culpable.—El Sombrero que habla. — Blanca de Borbon. T. — Quien porfía mucho, alcanza. — El Contrado anulado.—La Casa en venta. — A Perro viejo no hay tus tus. O.— La Novia de Gandul. — Los dos Ayos. — El Ermitaño del monte Posilipo.—La Intriga epistolar.—Mi Tia Aurora. O. — Mentira contra mentira. — El Tio Legaña. — La Correccion maternal.— El Capítulo segundo.—La Ines. — La Novia colérica. — El Fin del Pavo. — La Griselda. O. — El Bosque de Senart.—Los Vecinos.— El Secreto. O. — La Tertulia estravagante. — El Médico turco. O. — La Prueba de la ausencia. —Ademar y Adelaida. — Guerra abierta. — La Familia árabe. T. — El Cuadro.— La Vestal. O.—Rómulo y Ersilia.

Don Juan Francisco Pastor. Pablo y Virginia.

Don N. Rebolleda. El Amor y la Intriga.

Dionisio Solís. Romeo y Julieta. — El Hijo de Agamenon. T.—Tello de Neira. T. — Misantropía y arrepentimiento. — Juan Calás, ó la Escuela de los jueces.

Don José Vargas Ponce. Abdalasis. T.

Don Simon de Viegas. El Rábula, ó el Abogado hablador.

Don Andres Miñano. El Gusto del dia.

Don Antonio Sabiñon. Alejandro en la India. — Los Hijos de Edipo. T. — La Muerte de Abel. T.—Cleonice.

Don G. W. y M. El Conde de Korff en Thionville.

Don Julian de Velasco. La Muger zelosa.

Don Tomas García Suelto. El Cid. T.—El Solteron y su Criada.

Don Andres de Mendoza. La Lugareña orgullosa.

Don Agustin García de Arrieta. El Conde de Olsback.—El Zeloso confundido.

Don Juan Francisco del Plano. La Orgullosa. —Gombela y Suniada. T.

Don Félix Enciso Castrillon. El Distraido. — El Español y la Francesa.— Gerarda y Dorotea.—El Teatro sin actores.—Hijo legítimo y natural. — El Reconciliador, ó el Hombre amable.—La Comedia de repente.

Don N. Isusquiza. El Zeloso y la Tonta.

Don José Marchena. Polixena. T.—El Hipócrita. —La Escuela de las mugeres.

Don Francisco Gonzalez Estéfani. El Padre de familia.

Don Teodoro de la Calle. Otelo, ó el Moro de Venecia. T. — Macbeth. T. — Blanca y Moncasin. T.

Don Francisco Sanchez Barbero. Coriolano. T.

Don Manuel Estrada. El Abate Lepée.

Don Antonio Marques. El Aguador de Paris.— La Recompensa del arrepentimiento.

Don Tomas Alvear. Los Desengaños.

Don Eugenio Tapia. Agamenon. T.—Cosroas y Siroe. — Adolfo y Clara, ó los dos Presos. O. —El Califa de Bagdad. O.— El Preso ó el Parecido. O.

A. A. Las Mocedades de Enrique V. — Oscar. T.—La Criada Ama. O.—La Misantropía desvanecida.—La Posadera chasqueada.—Alina, reina de Golconda. O. — Una mañana de Enrique IV.—El Error de un buen padre.—Los dos Yernos. — La Urraca ladrona. — Juan de Paris. O.—El Filinto, ó el Egoista.—El Opresor de su familia.—La Optica moral.—La Estatua.—El Sobrino fingido.—Las Cuatro Puertas de calle.—Las Visitandinas. O. — El Rey Fernando en Bayona.—El Sermon sin fruto. —El Desafío y el Bautizo. — La Musa aragonesa, ó los Poetas.

Don Miguel Sarralde. Los Rechazos. — Los Gemelos.

Don José Mor de Fuentes. El Calavera. — La Muger varonil.

Don José Rangel. Los Templarios. T. — Felipe II. T. — Motezuma. T.

Don Manuel Bravo. El Certámen poético. — Los Compromisos. — La Llegada oportuna.— Los Parvulitos.

Don José María Carnerero. Citas debajo del olmo. — Elvira y Perci, ó los Efectos de la violencia. T. — El Viajante desconocido. — La Novicia. — La Huerfanita. — La Campanilla ó el Diablo page. O. — La Antesala.

Don Francisco Altés y Gurena. El Conde de Narbona. T. — El Conde de Cominges.—Gonzalo Bustos. T. — El Espósito, ó el Mozo de café.

José Maqueda. Sancho Panza en su gobierno. — El Entierro de don Guillermo.

A. A. La Noche de un Proscripto. — El Desquite. — El Preguntón y el Cadete. — La Comedianta. — La Cabeza de Bronce, ó el Desertor húngaro.— El Panarizo de Federico II, ó la Peticion estravagante. — No se compra amor con oro. O. — El Adivino por casualidad, ó el Diamante perdido. — Omasis, ó José en Egipto. T. — Los Hermanos á la prueba. — El Turco en Italia. O. — Cárlos y Carolina, ó los Esposos perseguidos. — La Condesa de Collado Herboso. O. — La Fuerza de la ley, ó la Corona de laurel. — El héroe Mina en los campos de Arlaban.— El Alcalde de Sardam, ó la Taberna holandesa.—La Familia á la moda. — Marco Antonio. O. — El Hombre gris. — La Cenicienta. O.— El Perro de Montargis. — Juanita y Felipe. O. — La Treinta y una. O.

Don Luis de Mendoza. Padilla. T.

Don Angel de Saavedra Ramirez de Baquedano. Aliatar. T. — Lanuza. T.

Don José Joaquin de Mora. Nino II. T.

Don Francisco Martinez de la Rosa. Lo que puede un empleo. — La Viuda de Padilla. T. — La Niña en casa y la Madre en la máscara.

Don Fernando Cagigal, marqués de Casa-Cagigal. El Matrimonio tratado. — Los Perezosos. — La Sociedad sin máscara. — La Educacion. — El Murmurador. — El Engaño feliz. O.

A. A. El Donado fingido. — La Pierna de palo. O. — La Italiana en Argel. O. — Los Huéspedes, ó el Barco de vapor. — Los Ladrones de Calabria. — Seguir dos liebres á un tiempo.— La Equivocacion, ó los dos Mendozas. — El Baron de Felsheim. — El Amigo íntimo.— El Monte de San Bernardo. O. — Leon de Norbel, ó el Preso de Stocolmo. — El Fundador de las casas de niños espósitos Vicente Paul. — El Leñador escoces. — Vasconia salvada. T. — Cayo Graco. T. — El Remordimiento, ó la Capilla de Glenstor. — Roma libre. T. — — Virginia. T. — Federico y Carlota, ó el Hijo asesino del Padre por socorrer á su Madre. — El Supuesto Estanislao.

Don Manuel Eduardo Gorostiza. Indulgencia para todos. — El Jugador. — El Amante jorobado. — Tal para cual, ó los Hombres y las Mugeres. — Don Dieguito. — Las Cuatro Guirnaldas. — Las Costumbres de antaño.

NOTICIAS

SOBRE

LAS COMEDIAS DE MORATIN.

EL VIEJO Y LA NIÑA.

En el año de 1786 leyó el autor esta comedia á la compañía de Manuel Martinez, y los galanes fueron de opinion de que tal vez no se sufriria en el teatro, por la sencilla disposicion de su fábula, tan poco semejante á las que entonces aplaudia la multitud; pero se determinaron á estudiarla á pesar de este recelo, persuadidos de que ya era tiempo de justificarse á los ojos del público, presentándole una obra original escrita con inteligencia del arte.

Costó no pequeña dificultad obtener licencia para representarla, y solo pudo conseguirse haciendo en ella supresiones tan considerables, que resultaron truncadas las escenas, inconsecuente el diálogo, y toda la obra estropeada y sin órden. A esta desgracia se añadió otra no menos sensible. La segunda dama de la compañía, que frisaba ya en los cuarenta, no quiso reducirse á hacer el papel de doña Beatriz, á fin de conservar siquiera en el teatro las apariencias de su perdida juventud. La comedia volvió á manos del autor, y desistió por entonces de la idea de hacerla representar.

Dos años despues, creyendo que las circunstancias eran mas favorables, restableció el manuscrito y se le dió á la compañía de Eusebio Ribera, bien ageno de prevenir el grave inconveniente que amenazaba. Una actriz, que por espacio de treinta años habia representado con aceptacion del público en algunas ciudades de Andalucía y en los sitios reales, muger de gran talento, sensibilidad y no vulgar inteligencia en las delicadezas del arte, se hallaba entonces de sobresalienta en aquella compañía. Leyó la comedia, la aplaudió, la quiso para sí, y determinó representarla y hacer en ella el personage de doña Isabel. Podia muy bien aquella estimable cómica desempeñar los papeles de Semíramis, Athalia, Clitemnestra y Hécuba; pero no era posible que hiciese el de una jóven de diez y nueve años, sin que el auditorio se burlase de su temeridad. El conflicto en que se vió el autor fué muy grande, considerando que debia sacrificar su obra por una tímida contemplacion, ó que habia de tomar sobre sí el odioso empeño de sacar de error á una dama, á quien ni la partida de bautismo ni el espejo habian desengañado todavía. Si la compañía de Martinez no hizo esta comedia porque una actriz se negó á fingir los caractéres de la edad madura, tampoco la compañía de Ribera debia representarla, mientras no moderase otra cómica el infausto deseo de parecer niña.

Entre tanto, la comedia se iba estudiando, y el autor anunciaba en silencio un éxito infeliz, que se hubiera verificado, si otro incidente no hubiese venido á disipar sus temores. El vicario eclesiástico no quiso dar la licencia que se le pedia para su representacion, y el autor recogió su obra, agradeciendo la desaprobacion del juez, que le libertaba de la del patio.

Pasaron otros dos años y todo se halló favorable. Los censores aplaudieron el objeto moral, la regularidad de la fábula, la imitacion de los caractéres, la gracia cómica, el lenguaje, el estilo, la versificacion: todo les pareció digno de alabanza. Así varian las opiniones acerca del mérito de una obra de gusto; y tan opuestos son los principios que se adoptan para examinarla, que á pocos meses de haberla juzgado unos perjudicial y defectuosa, otros admiran su utilidad, y la recomiendan como un modelo de perfeccion.

El público, supremo censor en estas materias, oyó la comedia de *el Viejo y la Niña*, representada por la compañía de Eusebio Ribera en el teatro del Príncipe el dia 22 de

mayo de 1790. Aplaudió, si no el acierto, la aplicacion y los deseos del autor, que daba principio á su carrera dramática con una fábula en que tanto lucen la regularidad y el decoro.

Juana García desempeñó el papel de doña Isabel, reuniendo á sus pocos años su agradable presencia y voz, la espresion modesta del semblante, y la regular compostura de sus acciones. Manuel Torres, uno de los mejores cómicos que entonces florecian, agradó sobremanera al público en el papel de don Roque, y Mariano Querol supo fingir el de Muñoz con tal acierto, que pudo quitar al mas atrevido la presuncion de competirle.

Representada esta comedia en los teatros de Italia por la traduccion que hizo de ella Signorelli, fué recibida con aplauso público; pero muchas ilustres damas, acostumbradas tal vez á los desenlaces de la *Misantropía* de Kotzbue, y *la Madre culpable* de Beaumarchais, hallaron el de la comedia de *el Viejo y la Niña* demasiado austero y melancólico, y poco análogo á aquella flexible y cómoda moralidad, que es ya peculiar de ciertas clases en los pueblos mas civilizados de Europa. Cedió el traductor con escesiva docilidad á la poderosa influencia de aquel sexo, que llorando manda y tiraniza: mudó el desenlace (para lo cual hubiera debido alterar toda la fábula), y por consiguiente, faltando á la verisimilitud, incurrió en una contradiccion de principios tan manifiesta, que no tiene disculpa.

LA COMEDIA NUEVA.

« Esta comedia ofrece una pintura fiel del estado actual de nuestro teatro (dice el prólogo de su primera edicion); pero ni en los personages ni en las alusiones se hallará nadie retratado con aquella identidad que es necesaria en cualquiera copia, para que por ella pueda indicarse el original. Procuró el autor, así en la formacion de la fábula como en la eleccion de los caractéres, imitar la naturaleza en lo universal, formando de muchos un solo individuo. »

En el prólogo que precede á la edicion de Parma se dice: « De muchos escritores ignorantes que abastecen nuestra escena de comedias desatinadas, de sainetes groseros, de tonadillas necias y escandalosas, formó un don Eleuterio: de muchas mugeres sabidillas y fastidiosas, una doña Agustina: de muchos pedantes erizados, locuaces, presumidos de saberlo todo, un don Hermógenes: de muchas farsas monstruosas, llenas de disertaciones morales, soliloquios furiosos, hambre calagurritana, revista de ejércitos, batallas, tempestades, bombazos y humo, formó *el Gran Cerco de Viena;* pero ni aquellos personages, ni esta pieza existen. »

Don Eleuterio es en efecto el compendio de todos los malos poetas dramáticos que escribian en aquella época, y la comedia de que se le supone autor, un monstruo imaginario, compuesto de todas las estravagancias que se representaban entonces en los teatros de Madrid. Si en esta obra se hubiesen ridiculizado los desaciertos de Cañizares, Añorbe ó Zamora, inútil ocupacion hubiera sido censurar á quien ya no podia enmendarse, ni defenderse. Las circunstancias de tiempo y lugar, que tanto abundan en esta pieza, deben ya necesariamente hacerla perder una parte del aprecio público, por haber desaparecido ó alterádose los originales que imitó; pero el trascurso mismo del tiempo la hará mas estimable á los que apetezcan adquirir conocimiento del estado en que se hallaba nuestra dramática en los veinte años últimos del siglo anterior. Llegará sin duda la época en que desaparezca de la escena (que en el género cómico solo sufre la pintura de los vicios y errores vigentes); pero será un monumento de historia literaria, único en su género, y no indigno tal vez de la estimacion de los doctos.

Luego que el autor se la leyó á la compañía de Ribera, que la debia representar, empezaron á conmoverse los apasionados de la compañía de Martinez. Cómicos, músicos, poetas, todos hicieron causa comun; creyendo que de la representacion de ella resultaria su total descrédito y la ruina de sus intereses. Dijeron que era un sainete largo, un diálogo insulso, una sátira, un libelo infamatorio; y bajo este concepto se hicieron reclamaciones enérgicas al gobierno para que no permitiera su publicacion. Intervino en su

exámen la autoridad del presidente del consejo, la del corregidor de Madrid y la del vicario eclesiástico: sufrió cinco censuras, y resultó de todas ellas que no era un libelo, sino una comedia escrita con arte, capaz de producir efectos muy útiles en la reforma del teatro. Los cómicos la estudiaron con esmero particular, y se acercaba el dia de hacerla. Los que habian dicho antes que era un diálogo insípido, temiendo que tal vez no le pareciese al público tan mal como á ellos, trataron de juntarse en gran número, y acabar con ella en su primera representacion, la cual se verificó en el teatro del Príncipe, el dia 7 de febrero de 1792.

El concurso la oia con atencion, solo interrumpida por sus mismos aplausos: los que habian de silbarla no hallaban la ocasion de empezar, y su desesperacion llegó al estremo, cuando creyeron ver su retrato en la pintura que hace don Serapio de la ignorante plebe que en aquel tiempo favorecia ó desacreditaba el mérito de las piezas y de los actores, y tiranizando el teatro, concedia su proteccion á quien mas se esmeraba en solicitarla por los medios que allí se indican. El patio recibió la leccion áspera que se le daba con toda la indignacion que era de temer en quien iba tan mal dispuesto á recibirla: lo restante del auditorio logró imponer silencio á aquella irritada muchedumbre, y los cómicos siguieron mas animados desde entonces, y con mas seguridad del éxito. Al esclamar don Eleuterio en la escena VII del acto II: *¡Picarones! ¿Cuándo han visto ellos comedia mejor?* supo decirlo el actor que desempeñaba este papel con espresion tan oportunamente equívoca, que la mayor parte del concurso (aplicando aquellas palabras á lo que estaba sucediendo) interrumpió con aplausos la representacion. La turba de los conjurados perdió la esperanza y el ánimo, y el general aprecio que obtuvo en aquel dia esta comedia, no pudo ser mas conforme á los deseos del autor.

Manuel Torres sobresalió en el papel de don Pedro, dándole toda la nobleza y espresion que pide: Juana García, en el de doña Mariquita, mereció general estimacion, nada dejó que desear, y dió á las tareas de los artífices asunto digno: Polonia Rochel representó con acierto la presuncion necia de doña Agustina: el escelente actor Mariano Querol pintó en don Hermógenes un completo pedante, escogido entre los muchos que pudo imitar. Manuel García Parra escitó el entusiasmo del público en su papel de don Eleuterio; la voz, el gesto, los ademanes, el trage, todo fué tan acomodado al carácter que representó, que parecia en él naturaleza lo que era estudio.

EL BARON.

En el año 1787 escribió el autor una zarzuela intitulada *el Baron*, que se debia representar en casa de la condesa viuda de Benavente, lo cual no llegó á verificarse; pero la obra corrió manuscrita con mas aprecio del que efectivamente merecia.

Una dilatada ausencia del autor dió facilidad á algunos para que apoderándose de ella, la tratáran como á cosa sin dueño. Alteraron á su voluntad situaciones y versos, añadieron personages, aumentaron ó suprimieron donde les pareció varios trozos cantables, y la desfiguraron de un modo lastimoso. Con estas enmiendas, supresiones y apostillas, la tomó á su cargo don José Lidon, organista de la capilla real, y compuso la música segun pudo y supo. Entre tanto cayó en poder de los que se llaman apasionados: juventud ociosa y alegre, y poco difícil en materias de gusto. Parecióles muy buena (como era de temer), la estudiaron á porfía, la representaron sin música en varias casas particulares, y por último, en el teatro público de Cádiz apareció mutilada y deforme.

Restituido el autor á su patria, vió la mala suerte que habia tenido su obra, y una de las mayores dificultades que tuvo que vencer fué la de persuadir á su amigo don José Lidon, á que diera por perdido el tiempo que habia gastado en componer la música, y á que desistiera del empeño que tenia en que los cómicos se la cantáran. Logrado esto, conoció la necesidad de corregirla, para lo cual suprimió todo lo añadido por mano agena, y todo lo cantable: dió á la fábula mayor verosimilitud é interes, á los caractéres mas energía, y alterando el primer acto, y haciendo de nuevo el segundo, de una zarzuela defectuosa compuso una comedia regular.

Entre tanto que la estudiaban los mismos actores que con tanto celo y acierto habian desempeñado las dos primeras piezas del autor, la compañía de los Caños del Peral se dió por ofendida de aquella preferencia. Sus protectores (gente poderosa y de grande influjo en la corte) meditaron una venganza poco delicada para desahogo de su mal fundado resentimiento. Hallaron un buen hombre que se prestó á sus miras, dilatando en tres actos la zarzuela de *el Baron*, suprimida la música, añadidos de propio caudal varios trozos, y lo restante copiado á la letra del original que estropeaba. Sin haberlo sospechado jamas, se halló de repente poeta : puso por título á sus mal zurcidos retales el de *la Lugareña orgullosa :* la llamó comedia original : insultó en el prólogo al autor de *el Baron*, y la pieza contrahecha se estudió, se imprimió y se representó en el teatro de los Caños, antes que en el de la Cruz estuviera corriente la de Moratin. Tanta fué la actividad con que se aceleró la ejecucion de aquella ratería. El público no quedó, sin embargo, muy satisfecho del mérito de la obra; y siendo ya tan conocida la zarzuela de *el Baron*, la rapiña del autor intruso, su mala fe, sus cortos alcances y su ridícula presuncion le desacreditaron completamente.

La comedia de Moratin se representó en el teatro de la Cruz el dia 28 de enero del año de 1803. Sabíase de antemano que iba á ser silbada : el gefe que mandaba la espedicion era conocido y temible, la turba que tenia á sus órdenes numerosa é intrépida. Durante la representacion intentaron los voceadores el ataque mas de una vez, pero el público logró contenerlos : faltaban pocos versos para concluirla, y creyeron que era ya urgente hacer el último esfuerzo y cumplir el empeño que habian contraido. Voces, gritos, golpes, silbidos, barahunda espantosa, todo se puso en práctica, y aquella parte de auditorio á quien habia parecido bien la comedia, contribuyó con aplausos á que creciese el estrépito y la confusion. Unos pedian que se anunciase otra funcion para el dia siguiente, y otros gritaban que siguiese la misma.

En medio de este tumulto, que se dilataba con teson de una y otra parte, Antonio Pinto, amigo del autor, logró con dificultad que le oyeran, y dijo : « Los cómicos han creido que la comedia que se acaba de representar, es una de aquellas pocas composiciones que mas ilustran el teatro español. Una parte del público abunda en esta opinion y lo manifiesta de un modo indubitable; otra parece que la desaprueba y quiere que se anuncie para mañana pieza distinta. Deseando los cómicos acertar, quisieran saber si la comedia de *el Baron* ha de repetirse mañana, ó no. Lo que decida el público, eso harán ellos : su obligacion es complacerle. » Esta alocucion, lejos de calmar el desórden y conciliar los ánimos, sirvió solo de aumentarle y dividirlos, y hubiera durado mucho tiempo aquella discordia, si los conjurados, dando ya por seguro su triunfo, no hubieran salido atropelladamente á dar el anuncio á los que esperaban afuera. Corrió la voz por las esquinas y callejuelas, tabernas, cafés y tertulias, de que la comedia de Moratin habia sido silbada : noticia que llenó de regocijo á los que lamentándose continuamente de que nada se hace bueno en España, cuando alguna vez se hace, desestiman lo que echaban menos y atropellan el mérito, con quien son incapaces de competir.

Algunos sabios y sabias se acostaron tarde aquella noche, ocupados en escribir coplillas mordaces é insípidas en celebridad de la gran victoria que habian logrado contra el talento y la aplicacion virtuosa la parcialidad y la ignorancia. Corrieron estos opúsculos al otro dia de mano en mano, y á pocas horas de existencia perecieron en desprecio y olvido. En la segunda representacion no hubo mas ruido que el de los aplausos; los conspiradores no asistieron, el vino los habia reunido, y el vino está caro en Madrid. El público desapasionado vengó con su aprobacion los insultos anteriores, retuvo como frases proverbiales muchas espresiones de la comedia, y desde entonces oye siempre con aprecio esta fábula sencilla, verisímil, cómica, instructiva, y en la cual se observan, como en todas las otras del autor, los preceptos del arte y del buen gusto.

Antonio Ponce desempeñó con mucha inteligencia el difícil personage del Baron, Antonio Pinto, por quien era muy acomodado el carácter de don Pedro, satisfizo las esperanzas del autor y del público. Mariano Querol, en el de Pascual, acertó como siempre lo hacia cuando copiaba la rústica y lerda sencillez de nuestros lugareños. El papel de la tia Mónica en boca de María Ribera se admiró como lo mas perfecto que puede presentar la ficcion dramática.

LA MOGIGATA.

Escrita y no corregida todavía á satisfaccion del autor la comedia de *la Mogigata*, empezaron á verse copias de ella desde el año de 1791. Durante los viajes de Moratin fuera de España, corrió esta pieza igual fortuna que la de *el Baron*, con poca diferencia. La representaron en muchas casas particulares de la capital, y se celebró el acierto con que la desempeñaron varios aficionados en casa del abogado Perez de Castro, y en la de la marquesa de Santiago. Los cómicos de las provincias la incluyeron en su caudal, y la representaban frecuentemente : solo mereció el autor á la estimacion que le profesaban los actores de Madrid que se abstuviesen de darla al público, sabiendo que se proponia hacer en ella alteraciones muy esenciales, y que no podia serle agradable saber que la representaban sin su aprobacion por manuscritos tan viciados y tan llenos de errores suyos y agenos.

A su vuelta hizo en ella las correcciones que le parecieron convenientes; y estudiada y ensayada por los cómicos de la compañía de la Cruz, se representó en aquel teatro el dia 19 de mayo de 1804. No hubo parcialidades, ni venganzas, ni conspiracion, ni alboroto : la esperiencia habia dado á conocer la inutilidad de estos medios, y el nombre del autor aseguraba ya los aplausos. El público la recibió con aprecio particular; pero algunos críticos publicaron delicadas observaciones, en que manifestaron por una parte su laudable anhelo de ver el arte en toda su perfeccion, y por otra su corta inteligencia para indicar á los que le practican los medios de lograrlo. Las censuras produjeron elogios y defensas; y es de notar que unos y otras se escribieron con urbanidad y moderacion; prendas no muy comunes en este género de escritos, y que hoy dia totalmente se desconocen.

El autor, impasible en medio de estas disputas, y únicamente deseoso de que nadie le defendiese aunque muchos le criticasen, si algo encontró en aquellos opúsculos digno de atencion, supo aprovecharlo; y prescindiendo de todo lo que no le pudo convencer, remitió á sus propias observaciones en los efectos del teatro las enmiendas que hizo sucesivamente en esta y en las demas composiciones suyas.

Ponce desempeñó con perfeccion el papel de don Claudio. Pinto manifestó su acreditada inteligencia en el de don Luis, como Francisco Vaca en el de don Martin. Josefa Virg, estimable actriz, cuya flexibilidad se ha prestado siempre á los caractéres mas difíciles y mas opuestos entre sí, representó con acierto el descaro, el impaciente deseo de libertad, la astucia, la falsa devocion de doña Clara. María García sobresalió en el personage de doña Ines. Para inferir que el de Perico mereció la aceptacion pública, baste decir que le hizo Querol. Francisco Lopez causó el sentimiento de que su papel del demandadero no fuese mas largo; porque en él pintó con escelencia un viejecillo tan pusilánime, inepto, encogido, frio y ñoño como el autor le imaginó.

EL SÍ DE LAS NIÑAS.

El Sí de las Niñas se representó en el teatro de la Cruz el dia 24 de enero de 1806, y si puede dudarse cuál sea entre las comedias del autor la mas estimable, no cabe duda en que esta ha sido la que el público español recibió con mayores aplausos. Duraron sus primeras representaciones veintiseis dias consecutivos, hasta que llegada la cuaresma se cerraron los teatros como era costumbre. Mientras el público de Madrid acudia á verla, ya se representaba por los cómicos de las provincias, y una culta reunion de personas ilustres é inteligentes se anticipaba en Zaragoza á ejecutarla en un teatro particular, mereciendo por el acierto de su desempeño la aprobacion de cuantos fueron admitidos á oirla. Entre tanto se repetian las ediciones de esta obra : cuatro se hicieron en Madrid durante el año de 1806, y todas fueron necesarias para satisfacer la comun curiosidad de leerla, escitada por las representaciones del teatro.

¡ Cuánta debió ser entonces la indignacion de los que no gustan de la agena celebridad, de los que ganan la vida buscando defectos en todo lo que otros hacen, de los que escri-

ben comedias sin conocer el arte de escribirlas, y de los que no quieren ver descubiertos en la escena vicios y errores, tan funestos á la sociedad como favorables á sus privados intereses! La aprobacion pública reprimió los ímpetus de los críticos foliculários: nada imprimieron contra esta comedia, y la multitud de exámenes, notas, advertencias y observaciones á que dió ocasion, igualmente que las contestaciones y defensas que se hicieron de ella, todo quedó manuscrito.

En cuanto á la ejecucion de esta pieza, basta decir que los actores se esmeraron á porfía en acreditarla, y que solo escedieron al mérito de los demas, los papeles de doña Irene, doña Francisca y don Diego. En el primero se distinguió María Ribera, por la inimitable naturalidad y gracia cómica con que supo hacerle. Josefa Virg rivalizó con ella en el suyo, y Andres Prieto, nuevo entonces en los teatros de Madrid, adquirió el concepto de actor inteligente, que hoy sostiene todavía con general aceptacion.

LA ESCUELA DE LOS MARIDOS.

En la primera edicion de esta comedia halló Moratin la oportunidad que deseaba de manifestar el alto aprecio que siempre habia hecho del mérito de Moliere. El prólogo que puso en ella es un panegírico del poeta frances, y su traduccion un tributo de agradecimiento que dedicó á tan digno maestro el mas apasionado de sus imitadores.

« Ha traducido á Moliere (dice el citado prólogo) con la libertad que ha creido conveniente para traducirle en efecto, y no estropearle; y de antemano se complace al considerar la sorpresa que debe causar á los criticadores la poca exactitud con que ha puesto en castellano las espresiones del original, cuando hallen páginas enteras en que apenas hay una palabra que pueda llamarse rigurosamente traducida. ¿Quién le perdonará la osadía de omitir en su version pasages enteros, abreviarlos ó dilatarlos, alterar algunas escenas, conservar en otras el resultado, prescindir del diálogo en que las puso el autor, y sustituir en su lugar otro diferente? Esto no se llama traducir, esclamarán llenos de zelo y de erudita indignacion. »

Creia Moratin que siempre se habian traducido mal en español las comedias de Moliere, por haber llegado á persuadirse que lo que es gracioso y espresivo en frances, conservará su gracia y su energía traduciéndolo literalmente; por haberse impuesto la ley de no añadir ni alterar nada de lo que dijo el autor, quedando por consiguiente sin compensacion las muchas bellezas que se pierden en el paso de una lengua á otra; por no haberse atrevido á modificar ó suprimir del todo lo que el buen gusto y la decencia repugnan ya, lo que exigen otros tiempos y otras costumbres, tan diferentes de las que el autor conoció. Traducciones desempeñadas con tan escrupulosa fidelidad, en vez de recomendar la obra que copian, la deterioran y la desacreditan. Suprimió pues el traductor de esta comedia las digresiones que halló en el original, relativas á los trages que se usaban en Francia en el año de 1661, entonces y ahora impertinentes á la fábula. Motivó las salidas y entradas de los interlocutores donde vió que Moliere habia descuidado este requisito. Añadió á las ficciones de la astuta Isabel (llamada en la traduccion doña Rosa) todo el cúmulo de circunstancias indispensables para hacer el engaño verisímil, y de consiguiente disminuyó por este medio la estúpida credulidad de Sganarelle (don Gregorio) que en la pieza francesa es notoriamente escesiva. Omitió en el diálogo muchas espresiones, que si fueron aplaudidas cuando se escribieron, ya no las sufre la decencia del teatro. Hizo desaparecer en el carácter de Isabel la indecorosa desenvoltura con que, abandonando su casa, va derecha á la de su amante (á quien no conoce sino de vista) para entregarse en sus manos, y autorizarle á que disponga de ella á su voluntad.

Allons, sans crainte aucune,
A la foi d'un amant commettre ma fortune.

Nada de esto hay en la traduccion. Nada hay tampoco de los incidentes violentos que

preparan el desenlace, cuando escondida la pupila (sin dejarse ver de ninguno), el galan desde la ventana, los dos hermanos, el comisario y el escribano desde la calle ajustan el casamiento, sin que se averigüe primero quien es la que se casa, y á la luz de un farol atropellan y firman un contrato de tal entidad: en lo cual no parece sino que todos ellos han perdido el juicio, segun son absurdas las inconsecuencias de que abunda aquella situacion. El traductor desechó todo esto, y simplificando el desenredo, conservó la sorpresa, sin perjuicio de la verisimilitud: y en él, como en toda la comedia, añadió nuevos donaires cómicos, y nuevos rasgos característicos, para suplir con ellos lo que podia perderse en los pasages que le fué necesario variar ó suprimir. *La comedia española* (decia frecuentemente Moratin) *ha de llevar basquiña y mantilla;* y si en las piezas originales que compuso se advierte religiosamente observada esta máxima, puede asegurarse que en *la Escuela de los Maridos* no aparece el menor indicio de su procedencia; tal es la imitacion fiel de las costumbres nacionales que en ella se advierte; y tal es el diálogo castellano con que supo animarla y hacerla española.

Ya estaba concluida esta obra, cuando una pérfida invasion alteró la quietud de España en el año de 1808. El rumor espantoso de la guerra hizo enmudecer á las musas, desanimó á las artes, y ocupada la capital, como toda la Península, por los ejércitos enemigos, el mayor empeño que tenian los que mandaban entonces era el de mantener y multiplicar las diversiones públicas, dar novedad y esplendor á los espectáculos, y hacer que un pueblo oprimido cantase al son de las cadenas. Fueron muy poderosas las instancias que se le hicieron á Moratin para que diese al teatro nuevas producciones; pero no existian ya los motivos que le habian estimulado á ocuparse en esto. Nada quiso hacer de nuevo, y solo se pudo conseguir que diese á los cómicos y á la prensa la traduccion de *la Escuela de los maridos*, advirtiendo él mismo en el prólogo que con ella se despedia para siempre del teatro.

Representada en el del Principe el dia 17 de marzo de 1812, fué recibida con el aprecio que era de esperar, en atencion al deseo que generalmente se manifestaba de ver alguna otra composicion suya, despues del largo silencio que habia guardado. Es poco elogio de Isidoro Maiquez decir que hizo con perfeccion el papel de don Enrique, acostumbrado á sobresalir en otros de mas difícil desempeño. Josefa Virg, que con tanto primor habia sostenido su parte en *la Mogigata* y *el Sí de las Niñas*, correspondió en el carácter de doña Rosa al concepto de escelente actriz que tenia asegurado ya en el público. Eugenio Cristiani acertó á representar el de don Gregorio con toda la espresion y movimiento cómico que requiere aquel ridículo personage. María García y Gertrudis Torre, en lo poco que tuvieron que hacer, contribuyeron eficazmente al mayor lucimiento de esta obra.

EL MÉDICO A PALOS.

Escribió Moratin la traduccion libre de la comedia de Moliere, intitulada *le Médecin malgré lui,* para que la representase en un dia destinado á su beneficio el gracioso de la compañía cómica de Barcelona Felipe Blanco, á quien debia particulares atenciones de amistad. Siguió en la version de esta pieza los mismos principios que le habian dirigido en la precedente. Simplificó la accion, despojándola de cuanto le pareció inútil en ella. Suprimió tres personages, MM. Robert, Thibaut y Perrin, y por consiguiente dejó perder la graciosa escena segunda del primer acto, y la segunda del tercero, para no interrumpir la fábula con distracciones meramente episódicas, sujetándola á la estrecha economía que pide el arte, sin la cual, á fuerza de ornatos viciosos, se entorpece la progresion dramática y se debilita el interes. Redujo á tres las cinco palizas que halló en la pieza original. Pasó en silencio la existencia inútil de un amante que no aparece en la escena, y esta omision le facilitó el medio de dar á la resistencia obstinada de don Gerónimo un motivo mas cómico, y mas naturalidad al desenlace.

Omitió igualmente las lozanías y espresiones demasiado alegres del supuesto médico, que no se hubieran tolerado en ningun teatro de España, y se hallan en la escena primera del primer acto, en la cuarta, quinta y séptima del segundo, y en la tercera del tercero

de la obra francesa; y persuadido de que las imágenes asquerosas ni son donaires cómicos, ni deben presentarse jamas á un auditorio decente, omitió lo que hay de este género en la escena sesta, acto segundo, y en la quinta, acto tercero, del original. Si Moliere viviese, haria en esta y otras piezas suyas las mismas correcciones, con mas severidad y mayor acierto.

En las ediciones francesas se advierte que la escena es en el campo; pero si por esto se entendiese unidad de lugar, seria equivocarse mucho. El primer acto de la comedia de *el Médico á palos* debe representarse en un monte; los dos siguientes en una sala de la casa de don Gerónimo. Si Moliere (que no es creible) imaginó que la escena fuese constantemente la misma, no dispuso su fábula en términos de que pudiera verificarse; y si en el teatro se hiciese la prueba de no mudar la decoracion segun se ha indicado, resultarian impropiedades demasiado absurdas. Esta comedia no admite unidad de lugar.

Nada resta que decir acerca de la traduccion, sino que Moratin supo darla todo el aire de originalidad que necesitaba para hacerla mas agradable al público español que habia de oirla; y en efecto, representada en el teatro de Barcelona el dia 5 de diciembre de 1814, el concurso, reconociendo la fuerza cómica de que abunda en la accion y el diálogo, unió á los elogios del poeta frances los que le pareció que merecian las frecuentes infidelidades de su traductor.

Felipe Blanco dió mucha gracia y naturalidad al papel de Bartolo. Vicente Alfonso obtuvo general aceptacion en el de don Gerónimo, y Bárbara Fort, para quien era muy genial el de Martina, le desempeñó con inteligencia.

EL VIEJO Y LA NIÑA.

PERSONAS.

DON ROQUE.	MUÑOZ.
DON JUAN.	GINÉS.
DOÑA ISABEL.	BLASA.
DOÑA BEATRIZ.	

La escena es en Cádiz, en una sala de la casa de don Roque.

El teatro representa una sala con adornos de casa particular; mesa, canapé y sillas. En el foro habrá dos puertas; una del despacho de don Roque, y otra que da salida á una callejuela, que se supone detras de la casa. A los dos lados de la sala habrá otras dos puertas: por la de la derecha se sale á la escalera principal; la de enfrente sirve de comunicacion con las habitaciones interiores.

La accion empieza por la mañana, y concluye antes de mediodia.

EL VIEJO Y LA NIÑA.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

DON ROQUE, MUÑOZ.

D. ROQUE.

Muñoz!

MUÑOZ, *responde desde adentro.*

Señor!

D. ROQUE.

Ven acá.

MUÑOZ, *saliendo.*

Ved que queda abandonada
La puerta y zaguan.

D. ROQUE.

¿No echaste
Al postigo las aldabas
Y el cerrojillo?

MUÑOZ.

Sí eché.

D. ROQUE.

Pues no hay que recelar nada
Mientras á la vista estamos:
Y si Bigotillos ladra,
Al instante bajarás.

MUÑOZ.

¿Y á qué fin es la llamada?

D. ROQUE.

A fin de comunicarte
Un asunto de importancia.
Guarda el rosario, y escucha.

MUÑOZ.

Guardo, y escucho.

D. ROQUE.

Escusada
Cosa será repetirte,
Pues no debes olvidarla,
La estimacion y el aprecio
Que has merecido en mi casa.
Diez y seis años y medio,
Tres meses y dos semanas
Hace que comes mi pan.
En servidumbre tan larga...

MUÑOZ.

Y bien, le he comido, ¿y qué?

D. ROQUE.

Digo que esto solo basta
A que tú, reconocido,
Cuando yo de tí me valga...

MUÑOZ.

Vamos al asunto.

D. ROQUE.

Vamos.
Sabrás, Muñoz, que la causa
De mi mal, lo que me tiene
Sin saber por donde parta,
Es ese don Juan... ¿Qué dices?

MUÑOZ.

¿Yo acaso he dicho palabra?

D. ROQUE.

Jurara...

MUÑOZ.

(*Ap.* Lo que no suena
Oye, y lo que suena nada.)
Señor, adelante.

D. ROQUE.

Digo
Que el autor de mi desgracia
Es ese don Juan, que vino
A Cádiz ayer mañana,
Y aceptándome la oferta
Que le hice yo de mi casa...

MUÑOZ.

La culpa la teneis vos.
¿Quién os metió...

D. ROQUE.

No sin causa
Hice el convite, Muñoz,
Porque él en Madrid estaba
Con don Alvaro de Silva
Su tio, con quien trataba
Yo, por tener á mi cargo
Aquello de la aduana...
Ya te acuerdas. Murió el tio:
Fuerza fué, pues le dejaba
Por su heredero, tratar
Con el sobrino, y en varias
Cartas que escribí, formando
Unas cuentas que quedaban
Sin concluir, por algunas
Cantidades devengadas,
Le dije que si queria
Venir á hospedarse á casa
Cuando pensara en volver
A Cádiz... Mas ¿quién juzgara
Que lo hubiese de admitir?
Un hombre de circunstancias
Como es él, que en la ciudad
Conocidos no le faltan
De su edad y de su humor,
¿A qué fin...? Ni fué mi instancia
Nacida de buen afecto;
Porque mal pudiera usarla
Con un hombre que en mi vida
Pienso no le ví la cara.

MUÑOZ.

Pues ya estais desengañado.

D. ROQUE.

Sí lo estoy; pero aun me falta
Que decir, porque esta noche,
Al pasar yo por la sala,
Noté que en el gabinete
Él y mi muger estaban.

MUÑOZ.

Bueno!

D. ROQUE.

Acércome; mas no
Pude entenderles palabra.
Solo ví que el tal don Juan
Como que la regañaba;
Iba á levantarse, y ella
Con acciones y palabras
Le detenia. Yo viendo
Aquello de mala data,
Dí algunos pasos atras,
Hice ruido con las chanclas,
Entro, y la encuentro cosiendo
Unas cintas á mi bata,
Y á él entretenido en ver
Las pinturas y los mapas.

MUÑOZ.

¡Qué prontitud de demonios!

D. ROQUE.

¿Qué he de hacer en tan estraña
Situacion, Muñoz amigo?
¿Qué debo hacer? De mi hermana
No me he querido fiar,
Porque en secreticos anda
Con Isabel, y sospecho
Que las dos...

MUÑOZ.

Son buenas maulas.
En fin, lo que yo anuncié
Al pie de la letra pasa.
Viejo el amo y achacoso,
La muger mocita y guapa...
Lo dije. No puede ser.
Si es preciso...

D. ROQUE.

Tú me matas,
Muñoz, con eso; pues cuando
Buscan alivio mis ansias
En tu consejo, te pones
A reñirme cara á cara,
Sin decirme...

MUÑOZ.

Como á mí
No se me dijo palabra
De la boda, no pensé
Que saliendo calabaza
La tal boda, fuese yo
De provecho para nada.

D. ROQUE.

Aquello ya se pasó.

MUÑOZ.

Un mes ha no se acordaba

Nadie de Muñoz, y ahora...
Bien dicen: toda es mudanzas
Esta vida... ¡Qué consultas
Tan secretas y tan largas
Se celebraron aquí!
¡Qué prodigios, qué alabanzas
De la novia! Y entre tanto
Vejete que se juntaba,
Ninguno hubo que dijese:
« Don Roque, ved que no es sana
Determinacion casaros.
Si ya teneis enterradas
Tres mugeres, no llameis
A que os entierre la cuarta.
Ya no es bien visto. »

D. ROQUE.

Muñoz,
Olvida cosas pasadas:
Díme lo que debo hacer.

MUÑOZ.

¡Parece cosa de chanza!
¡Un setenton enfermizo
Casarse! Y ¿con quién se casa?
Con una niña que apenas
En los diez y nueve raya.
Y despues, sin advertir
El riesgo que le amenaza,
Recibe en su casa á un hombre
Que la conoció tamaña,
Y ella y él desde chiquitos
Se han tratado, y aun se tratan,
Con harta satisfaccion.

D. ROQUE.

¿Con que esa amistad es larga?

MUÑOZ.

Toma! ¿Con que no sabeis
Quién es ella?

D. ROQUE.

Sé que estaba
En poder de su tutor
Don Pedro Antonio de Lara,
Que la educó.

MUÑOZ.

Bien está.
Tambien sabréis que pasaba
Muchas veces la tal niña,
Por vivir tan inmediata,
A casa de vuestro amigo
Don Alvaro: allí trataba
Con el sobrino dichoso.
Él no es mucho que pagara
Las visitas. ¡Ya se ve!
Es atento... Se formaba
La tertulia, y entre tanto
Que los abuelos jugaban,
Ellos jugaban tambien,
Y todo era bulla y zambra.
En fin, la amistad nació
En la niñez: si ella es mala,
Si se debe sospechar
Que del juguete pasara
A otra cosa (que en la edad
Que tienen no será estraña),
Eso discurridlo vos,
Que yo no entiendo palabra.

D. ROQUE.

¡Ay, Muñoz, lo que me cuentas!
Ya se ve, fueron tan raras
Las veces que fuí allá,
Que no es mucho lo ignorara.
Trataba de mis negocios
Con don Alvaro... ¡Pues vaya,
Que la aficion es de ayer!
Como quien no dice nada,
Sus diez años, por lo menos,
Llevan de amor.

MUÑOZ, *hace que se va.*

Cosa es clara.

D. ROQUE.

¿Te vas?

MUÑOZ.

Me voy.

D. ROQUE.

No, Muñoz:
Díme lo que se te alcanza
En este asunto, y que puedo
Hacer.

MUÑOZ.

Dale, ya me cansa
Tanto pedir parecer.
¿Qué dudais? Que sin tardanza
El huésped y su criado
Salten de aquí; que la hermana
Pegota vaya tambien

A mantenerse á su casa.
Guardad á vuestra muger,
Señor don Roque, guardadla;
Que no sois nada galan,
Y ella es bonita y muchacha.
Jamas la consentiréis
Festines ni serenatas,
Ni amiguillas, ni paseos,
Ni cosa que la distraiga
De la aguja y del fogon.
Y no penseis que esto alcanza.
Por el pronto... pero al cabo,
Siempre... En fin, no digo nada.
Ello... Haced lo que os parezca.
Basta de consulta.
(*Quiere irse y don Roque le detiene.*)

D. ROQUE.

Aguarda,
Muñoz. ¡ Que ha de ser preciso
Tal cuidado y vigilancia
Para conservar mi honor!

MUÑOZ.

Y si mientras que se trata
Aquí su conservacion,
Está el huésped en la sala
Arrullando á la señora,
No adelantaremos nada.

D. ROQUE.

No temas, que le dejé
Encerrado en esa estancia
De mi despacho. Fingiendo
Que iba á escaparse la gata,
Torcí la llave, y no puede
Salir hasta que yo vaya.

MUÑOZ.

¡ Raro arbitrio! ¿ Con que haréis
Esa espulsion?

D. ROQUE.

Sin tardanza;
Y tanto, que determino
Que ninguno duerma en casa
Esta noche.

MUÑOZ.

¿No es mejor
Que antes de comer se vayan?

D. ROQUE.

Ello ha de ser; es preciso.

MUÑOZ.

Allí viene vuestra hermana
La viudita, consejera
Y compinche de mi ama.
Eh! ya podeis empezar:
La ocasion la pintan calva.

ESCENA II.

DON ROQUE, DOÑA BEATRIZ.

Dª. BEATRIZ.

Roque, saca chocolate,
Que las pastillas del arca
Se acabaron.

D. ROQUE.

¿Se acabaron?

Dª. BEATRIZ.

Sí; ¡ cómo quedaron tantas!

D. ROQUE.

Pues señor, ¿quién se ha sorbido
Tanto chocolate? Vaya,
Que esto va malo, Beatriz.
Jamas he visto en mi casa
Tal desórden. Ya se ve,
Si parece una posada.
Mas he gastado en un mes,
Que en un año cuando estaba
Solo con Muñoz. Yo quiero
Poner remedio. Tú, hermana,
Es menester que recojas
Tus trasticos y te vayas;
Déjame con mi muger,
Que no quiero tantas faldas
Junto á mí. Cuando la boda,
Viniste con tu criada
A recibir á la novia,
Asistirla, agasajarla...
En fin, á mangonear
Unicamente: escusada
Venida. Pero aun supuesto
Que ella te necesitara
En los primeros dos dias,
Las cuatro ó cinco semanas
Que ha que nos casámos pienso,
Beatriz, que son muy sobradas,
Y que ya te puedes ir.
Tu marido, que Dios haya,

Te dejó por heredera,
Y entre créditos, alhajas
Y hacienda, quedó bastante
Para que no le lloraras.
A mí no me necesitas
Para nada, para nada.
Si fuera decir...

Dª. BEATRIZ.

Y díme,
¿Toda esa arenga, en sustancia,
Es porque me vaya?

D. ROQUE.

Sí.

Dª. BEATRIZ.

Sí? Pues no me da la gana.

D. ROQUE.

¿Y porqué?

Dª. BEATRIZ.

Porque conozco
Mejor que tú las marañas
Que estás urdiendo. Tú quieres
Echar á todos de casa,
Lo primero porque sientes
Cada ochavo que se gasta
A par del alma, y despues
Para empezar con estrañas
Ridiculeces á dar
Que sentir á esa muchacha:
Y no lo merece, á fe.
Duélete de su desgracia,
No la aumentes. Una niña
Sin padres, abandonada
A su tutor, á un bribon,
Que en lugar de procurarla
Un casamiento feliz,
Con un cadáver la casa,
Solo porque viendo en tí
El cariño que mostrabas
A Isabel, ni le pediste
Cuentas, ni él pudiera darlas:
Mas estimacion merece.
Pero tú quieres negarla
El alivio que halla en mí
Como en su amiga y su hermana;
Querrás, en fin, que no sea
Compañera, sino esclava...
Roque, ten juicio, por Dios.

D. ROQUE.

Pero ¿quién te ha dicho nada
De eso, muger? ¿Quién la oprime,
Quién la riñe, quién la casca?
¿No la mimo, no procuro...?

Dª. BEATRIZ.

Sí, procuras apurarla
El sufrimiento; y no sé,
De veras, como te aguanta.

D. ROQUE.

Hola! ¿Quieres que las cosas
Que debe hacer, no las haga?
¿Quieres que vaya á buscar,
Teniendo muger en casa,
Quien me ponga el peluquin
Y me limpie la casaca?
¿Quisieras...

Dª. BEATRIZ.

No quiero tal.

D. ROQUE.

Que ya cubierto de canas,
Fuera un petimetre lindo,
Digecito de las damas,
Vivarachito, monuelo,
Director de contradanzas,
Entre duende y arlequin?

Dª. BEATRIZ.

¿Quién te dice que tal hagas?

D. ROQUE.

Vosotras; que todas sois
Ligeras y casquivanas.

Dª. BEATRIZ.

Anda, que eres fastidioso,
Si los hay.

D. ROQUE.

Y tú preciada
De sabidilla y doctora.

Dª. BEATRIZ.

Sí, porque todas tus maulas
Te las entiendo.

D. ROQUE.

Beatriz...

Dª. BEATRIZ.

Eh! Déjate de eso, y saca
Chocolate, corre.

D. ROQUE.

Al fin,

Todo es quimeras, y en nada
Hemos quedado. ¡Ay señor!
(Abre con la llave la puerta de su despacho, y se va por la del lado izquierdo.)
(*Ap.* ¡Si no he de poder echarla!)

ESCENA III.

DOÑA BEATRIZ, GINÉS.

Dª. BEATRIZ.

¿A quién buscas?

GINÉS.

A mi amo.

Dª. BEATRIZ.

Ahí en el despacho estaba.
Ya sale.

ESCENA IV.

DON JUAN, GINÉS.

(Sale don Juan del despacho de don Roque con una carta en la mano, y se la da á Ginés.)

D. JUAN.

Corre, Ginés;
Ve al puerto, lleva esta carta,
Y allí pregunta á cualquiera
Por don Diego de Arizabal
Que es capitan de navío,
Alto, moreno, que hablaba
Conmigo ayer por la noche.

GINÉS.

Ya estoy.

D. JUAN.

Y díle que á causa
De tener que prevenir
Ciertas cosas que me faltan,
No puedo pasar á verle.
Dale este papel, y aguarda
La respuesta, que es precisa,
Por escrito ó de palabra,
Y vuelve al instante.

GINÉS.

Voy;
Pero solo deseara
Saber si en estos encargos,
De la partida se trata
Que pensais hacer de Cádiz.

D. JUAN.

Ya es cosa determinada,
Y hoy mismo quiero salir;
O cuando mucho, mañana.

GINÉS.

¿Y á dónde iremos?

D. JUAN.

A donde
Le os esté de mi patria.
Mi primo don Agustin
Es oidor en Guatemala,
Deudo y amistad nos une.
Allí nada me hará falta.

GINÉS.

¿Y aquí, señor?

D. JUAN.

Aquí solo
Tengo sustos y desgracias.
Déjame, por Dios, que estoy
Fuera de mí.

GINÉS.

Muy estraña
Resolucion me parece.

D. JUAN.

Tú, Ginés, no ignoras nada:
Bien sabes que desde niños
Nos quisimos, que la amaba
Mas que á mi vida... Mi tio,
Viendo que se retardaban
Sus asuntos, resolvió
Ir á Madrid: yo, que estaba
Sujeto á su voluntad,
Fuí con él... ¿Y quién juzgara
Que esta ausencia causaria
A mi amor fatigas tantas?
Despedíme de ella, y nunca
La ví mas apasionada:
Lloró, suspiró, rogó
Que no la dejase. Ah! falsa,
Engañadora! Llegamos
A Madrid, y en tan amarga
Ausencia solo con ver
Su letra me consolaba.
Escribióme mil finezas,
Yo la repetí otras tantas;

Y al cabo de pocos meses
Ya no recibí mas cartas.
A esta sazon, un amigo
Me escribió que se casaba
Isabel; mas sin decirme
Con quien, ni como la ingrata
Pudo olvidar en un dia
Tantos años de esperanzas.
Muerto mi tio, dejé
A don Antonio Miranda
Mis poderes, para que
Dirigiese y arreglara
Mis intereses. Dispongo
A toda prisa la marcha,
Resuelto á ocultarme en Cádiz
Hasta saber si era falsa
O cierta la ingratitud
De esa muger. Dí mil trazas
Para lograr este fin;
Y eligiendo la mas mala,
Resuelvo parar aquí,
Porque sabiendo la rara
Condicion de este don Roque,
El cual con nadie se trata,
Y es su casa una prision
Eternamente cerrada,
Juzgué ser fácil estar
En ella, sin que notara
Nadie mi venida. Llego
En fin, y encuentro casada
A la pérfida Isabel.
¡Qué lance! cuando acababa
Ayer de llegar, y dice
Don Roque que está de gala
Porque es novio: llama luego,
Para que yo celebrara
La eleccion, á su muger.
Viene al fin, acompañada
De doña Beatriz. Si vieras...
Yo no la dije palabra.
Ella, la cruel, queria
Disimular: fueron vanas
Diligencias. Yo la ví,
Llorosa y acongojada,
Mirar á una y otra parte
Fuera de sí: no acertaba
A hablar siquiera. ¡Ay de mí!
Él es un necio, y en nada
Reparó.

GINÉS.

¿Y habeis hablado
Con ella á solas?

D. JUAN.

Estaba
Anoche en un cuarto de esos.
¡Con qué halago en sus palabras,
Qué hermosa, qué fementida,
Quiso moderar mi saña,
Quiso de nuevo engañarme!
Pero apenas empezaba,
Vino su marido. Ahora
Ni puedo ni quiero hablarla.
¿Qué ha de decir? ¿Cómo puede
Decir que tuvo constancia
Ni que amó de veras? Cómo?

GINÉS.

Quizá, señor, obligada
Por su tutor... Ella es niña
Todavía, y como estaba
Tan oprimida.

D. JUAN.

¡Ay Ginés!
No hay disculpa, no has de hallarla:
Soy infeliz... Pero yo,
Con fuga precipitada
Mi patria abandono, y ella
Libre se queda y ufana
De su triunfo: ¿y no podré
Culpar su aleve inconstancia?
¿Su trato engañoso?... Mira,
Ginés, vuélveme esa carta.

GINÉS, *le da la carta á don Juan.*

¿Qué pensais hacer?

D. JUAN.

No sé;
Porque tengo tan turbada
La imaginacion, que dudo,
Resuelvo, temo, contrarias
Ideas á un tiempo mismo
Me martirizan el alma.
Vé adentro, recoge todos
Mis papeles en la caja,
Que ya tengo en el baul

Arreglado lo que falta.
¿Me seguirás?

GINÉS.

Yo, señor,
Gustoso os acompañara
Al cabo del mundo: solo
Me aflige vuestra desgracia.

D. JUAN.

Sí, Ginés, no me abandones.

GINÉS.

En mí no hallaréis mudanza:
Siempre os he querido bien.

D. JUAN.

Pues haz lo que he dicho, y calla.

ESCENA V.

DON JUAN, DON ROQUE.

D. JUAN.

Señor don Roque, supuesto
Que estan ya verificadas
Nuestras cuentas, entraréis
Para firmar la cobranza:
Veréis los vales.

D. ROQUE.

¿Que es todo
En papel?

D. JUAN.

¡Si no se halla
Dinero! Ademas que, ¿cómo
Quereis que yo me arriesgara
A venir por un camino
Con él?

D. ROQUE.

(*Ap.* Como tú te vayas
Todo va bueno.) Decia
Que os daré sobre la marcha
El recibido, y quedais
Solventado. ¡Buena paga
Era el tio! Le traté
Muchos años, y estimaba
A sus amigos. Buen hombre,
Y alegre; siempre de chanza.
¡Pobre don Alvaro! ¿Y cuánto,
Limpio ya de polvo y paja,
Os ha venido á quedar?

D. JUAN.

Las haciendas en Chiclana
Y el vínculo.

D. ROQUE.

Sí? No es mal
Bocado. Amigo, hoy se gasta
Mucho; y en no habiendo mucho,
Lo poco presto se acaba.
Vos habeis quedado bien.
Ahora tomaréis casa,
La pondréis á la moderna,
Buenos trastos; y mañana
Os casais; y la muger,
Que tampoco irá descalza...
Viviréis como un señor.
¿Y cuándo, cuándo se trata
De buscar casa?

D. JUAN.

(*Ap.* ¡Qué tonto
Es el hombre!) No pensaba
En eso; porque si acaso
No se me proporcionara
Lo que intento, en Cádiz nunca
Faltan muy buenas posadas
Para quien tiene dinero.
(*Ap. y mirando á la puerta del lado izquierdo.*
Allí viene... No he de hablarla.)

D. ROQUE.

¿Con que, en fin, determinais?

D. JUAN.

Si quereis dejar firmadas
Aquellas cuentas, entrad.

ESCENA VI.

DON ROQUE, DOÑA ISABEL.

D. ROQUE.

Me dejó con la palabra
En la boca. El hombre tiene
Cosas bien estrafalarias.
Isabel!

Dª. ISABEL.

Señor!

D. ROQUE.

¿Con que

Nos quiere dejar mi hermana?
¿Te lo ha dicho?

D^a. ISABEL.

No señor.

D. ROQUE.

Pues sí, parece que trata
De irse á su casa. Está ya
La pobrecilla cascada;
Y aunque es moza, los trabajos
Y pesadumbres acaban
Bastante. Tú ¿qué me dices?
¿Sentirás que se nos vaya?

D^a. ISABEL.

Sí señor; decidla vos
Que se quede.

D. ROQUE.

Sí? (*Ap.* Aquí hay maula.)
Es verdad que como vive
Tan cerca, que sus ventanas
Dan enfrente de las nuestras,
Desde aquí puedes hablarla
Todos los dias.

D^a. ISABEL.

Su genio
Es muy amable; me agrada
Tanto, que nunca quisiera
Que se fuese.

D. ROQUE.

¿Sí? (*Ap.* Aquí hay maula.)

ESCENA VII.

D. ROQUE, D^a. ISABEL, MUÑOZ.

MUÑOZ.

Señor, ahí vino el cajero
De monsieur Guillermo.

D. ROQUE.

¿Cuántas
Veces ha venido ya?
¿No le he dicho que esperaba
Cartas de nuestros amigos
De Hamburgo, y cuando las haya
Recibido...

MUÑOZ.

Bien, ¿y qué?
Si no es esa la embajada
Que ha traido. (*Ap.* La paciencia
De un santo no me bastara.)
Dice que á las nueve en punto
En su escritorio os aguarda,
Y os entregará el dinero
Del importe de las granas
El inglés Anson... Manson...
¿Qué sé yo como se llama?
El inglés...

D. ROQUE.

Sí, ya lo sé.
¿Y precisamente aguarda
Hoy á pagarlo?

MUÑOZ.

Parece
Que al primer viento se marcha.

D. ROQUE.

Pues, y es preciso acudir.
¡Que por una patarata
Le han de incomodar á un hombre,
Y hacerle salir de casa
Cuando quieren! Tú, Muñoz,
Tampoco sirves de nada
Para estas cosas. Se ofrece
Escribir en una llana
Cuatro renglones, no sabes:
Vas á buscar una carta,
No entiendes el sobrescrito;
Y yo...

MUÑOZ.

¿Pues, pese á mi alma,
No lo sabeis años ha?
¡Cuidado que teneis gana
De quimera! Si no sé,
¿Qué le hemos de hacer? ¡No es mala
La aprension, salir ahora,
Sin haber sobre que caiga,
Con esa pata de gallo!

D. ROQUE.

Muñoz, ¿por eso te enfadas?
Lo dije porque si fuera
Posible que me aliviaras
En ciertas cosas...

MUÑOZ.

¡El diantre
De la invencion! Vaya, vaya.

D. ROQUE.

Vamos, Muñoz, no te enojes.

Toma un polvo.

MUÑOZ.

¡La zanguanga
Del polvito! Tengo aquí.

D. ROQUE.

Arrójalo, que eso es granzas.

MUÑOZ.

Asi me gusta.

D. ROQUE.

Este es
De aquello bueno de marras,
Del padre de la Merced.
¿Te acuerdas?

(*Le da la caja: Muñoz la abre, y hallándola vacia se la vuelve.*)

MUÑOZ.

Aquí no hay nada.

D. ROQUE.

Es verdad: se me olvidó
Echar tabaco en la caja.
Ya la llenaré despues.

MUÑOZ, *ap. y yéndose.*

¡Mala centella te parta!

ESCENA VIII.

DON ROQUE, DOÑA ISABEL.

D. ROQUE.

Este Muñoz es fatal.

Dª. ISABEL.

Pero lo que mas me pasma
Es las respuestas que tiene.

D. ROQUE.

Es su genio. (*Ap.* No la agrada
Porque es viejo.) Dame, dame
El peluquin. Esta bata

(*Harán lo que denota el diálogo.*)

Y el gorro ponlos allí:
Que sepa volviendo á casa
Donde lo he de hallar. Ayer
Casi toda la mañana
Anduve buscando el gorro,
Porque mi señora hermana
Me le guardó, tan guardado,
Que ni aun ella se acordaba
Donde le puso. Las cosas
Siempre en su lugar.

Dª. ISABEL.

La caja
Del peluquin no la encuentro.

D. ROQUE.

¡Válgate Dios! Ahí estaba
Debajo de ese bufete.
Con cuidado, no se caiga.
Toma el gorro. Donde he dicho.
Asi está bien. En el arca
Verás una chupa verde,
Que tiene boton de plata,
Y una casaca blanquizca:
Tráelo todo...

(*Se va doña Isabel por la izquierda. Don Roque, en justillo, se pasea por el teatro.*)

Esta muchacha...
¡Ay señor! y lo peor
Es que mi don Juan no salga.
Pues, yo me voy y se quedan
Solos. ¡Buena va la danza!
Unicamente Muñoz...
Y Muñoz está que salta
Conmigo, no sé porqué.
Isabelilla! ¿despachas?

Dª. ISABEL, *sale con los vestidos.*

Estaba todo revuelto.

D. ROQUE.

Como aun no estás enterada
De las cosas, ni el parage
Donde se ponen y guardan
Mis vestidos... Ah! si vieras...

(*Dirá esto mientras se viste, ayudándole doña Isabel.*)

Otro gallo me cantaba
Entonces. Cuando vivia
Mi difunta Nicolasa,
¡Qué puntualidad! qué aseo!
Era una muger muy guapa.
Y siendo moza, que apenas
A los cuarenta llegaba
Cuando murió, nunca, nunca
La pobrecita pensaba...

Dª. ISABEL.

¿Vais en cuerpo?

D. ROQUE.

No por cierto,

Que hace un ambiente que pasma.
¡ Ella gustar de cortejos,
Ni como otras desolladas...
Qué ! jamas.

Dª. ISABEL.

¿ Traigo el capote ?

D. ROQUE.

Cómo ?

Dª. ISABEL.

¿ Si quereis que traiga
El capote?

D. ROQUE.

El redingot.

Dª. ISABEL.

Pues bien : eso preguntaba.

D. ROQUE.

Sí señor, muy hacendosa;
(*Dirá esto mientras doña Isabel le acepilla el vestido.*)
Continuamente aplicada
A la labor, eso sí;
Y las otras dos, la Pacha
Y la Manolita, todas
Fueron á cual mas honradas :
A su marido y no mas.
Ya se ve, buenas cristianas.

Dª. ISABEL, *ap. al irse por la izquierda.*

¡ Dios me dé paciencia ! Ay triste !

D. ROQUE.

Si esta muger no es negada,
Ha de conocer, preciso,
Que mis indirectas hablan
Con ella; y si las entiende,
Será regular que...

Dª ISABEL, *sale con el capote y se le pone á don Roque.*

¿ Falta
Alguna cosa?

D. ROQUE.

No mas.
Haz que limpien esta sala;
Que pongan bien esos trastos.
Yo no sé como mi hermana...
Pues ella bien alcanzó
A Manolita. ¡ Estremada
Era en la limpieza ! Cuando
Quieras puedes preguntarla
Si todo no lo tenia
Como una taza de plata.
Era muy muger ¡ oh ! aquella.
(*Se entra en el despacho.*)

ESCENA IX.

DOÑA ISABEL, BLASA.

Dª. ISABEL.

¿ Qué es esto que por mí pasa ?
¡ Pobre Isabel !

BLASA.

¿ No sabeis,
Señora, como se marcha
Don Juan ?

Dª. ISABEL.

Yo no sé. ¿ Pues cómo ?

BLASA.

He visto á Ginés que anda
Recogiendo sus trebejos
Y á toda prisa los guarda.
Él, como es tan martagon,
Ni siquiera una palabra
Me ha querido responder :
Pero se van.

Dª. ISABEL.

Que se vayan :
¿ Qué cuidado te da á tí ?

BLASA.

Ninguno : solo estrañaba
Que habiendo llegado ayer
A las diez de la mañana,
Hoy á las nueve se vuelvan
A marchar.

Dª. ISABEL.

Tendrán posada
Mas á su gusto. ¿ Quién sabe ?
Beatriz parece que llama.

ESCENA X.

DOÑA ISABEL, DON ROQUE.

D. ROQUE, *al salir del despacho.*

No hay remedio, erre que erre :
(*Ap.* Aquí hay alguna entruchada.)
Pues, burla burlando, ya

Las nueve no hay que esperarlas.
Vamos allá. Presto vuelvo :
Allí pronto se despacha,
Y el remusguillo que corre,
Para tener delicada
La cabeza, no es muy bueno.
Presto vuelvo. (*Vase.*)

Dª. ISABEL.

En sus palabras,
En sus acciones, hay siempre
Misterio ; siempre me habla
Con ambigüedad ; me observa...
Ya se fué. Soy desgraciada.
(*Mirando á la puerta por donde se fué don Roque.*)
¿ En qué le pude ofender ?

ESCENA XI.

DOÑA ISABEL, DON JUAN.

D. JUAN.

¿ Aun está aquí ?
(*Al salir don Juan del despacho ve á doña Isabel, y hace ademan de volverse á entrar : doña Isabel le detiene.*)

Dª. ISABEL.

No te vayas,
Solos estamos. ¡ Ay Dios !
¿ Tú me vuelves las espaldas ?
¿ A tu Isabel ?

D. JUAN.

¡ Tu Isabel !
¡ Qué dulce espresion !

Dª. ISABEL.

Declara
A quien te quiere tu enojo...
Don Juan, no ignoro la causa ;
Pero escúchame, sabrás...

D. JUAN.

¿ Qué he de saber ? Que eres falsa,
Que me abandonaste, que...
Ya lo sé.

Dª. ISABEL.

¡ Don Juan !

D. JUAN.

Ingrata !

Dª. ISABEL.

Oyeme. ¿ Tan poco puedo
Contigo ?

D. JUAN.

No, no te valgas
De artificios, que algun dia...
Pero ya es tarde : se acaba
El sufrimiento tambien
En los amantes.

Dª. ISABEL.

¿ No bastan
Estas lágrimas ?

D. JUAN.

Fingidas.

Dª. ISABEL.

No lo son.

D. JUAN.

Déjame, aparta,
Isabel.

Dª. ISABEL.

Cruel ! ¿ Qué quieres
De una muger humillada ?
(*Doña Isabel le deja y se va despechada á un estremo del teatro. Don Juan la sigue.*)

D. JUAN.

¿ Qué he de querer ? ¿ ni qué puedes
Tú decir que satisfaga
A mi indignacion ? Que fuiste
Por el tutor violentada
Hasta al pie de los altares ;
Que allí diste una palabra
Que repugnó el corazon ;
Que niña, desamparada
Y oprimida, al fin cediste ;
Y que cuando suspirabas
Por mí, juraste otro amor.
¿ Es eso lo que pensabas
Decirme ? Pues mira : todo,
Todo es inútil ; no alcanza
A disculparte ; no es cierto
Que me quisiste... Inhumana !
¿ Tú sabes qué golpe es este
Para mí ?

Dª. ISABEL.

Señor, yo amaba
De veras. Ay ! mis finezas

Ciertas fueron y no falsas,
Y sé que el poder del mundo
Que entonces se conjurara
Contra mí... Pero tú ignoras
Que habiendo sufrido tantas
Sinrazones y cautelas
En mi daño conjuradas,
Los zelos pudieron solo
Conseguir que me olvidara
De tu amor... No me olvidé,
Sino que desesperada,
Frenética, consentí
En lo que mas repugnaba.
Mi resolucion no fué
Ingratitud; fué venganza.

D. JUAN.

Isabel! zelos! de quién?
¿Con qué motivo? Me engañas.

Dª. ISABEL.

No te engaño.

D. JUAN.

¿Pues qué fué,
Isabel? ¿Quién envidiaba
Mi fortuna? ¿Quién te pudo
Persuadir? Dímelo.

Dª. ISABEL.

Estaba
Mi tutor harto instruido
De todo. Juzgó lograda
Su victoria cuando vió
Que á los dos nos separaba
La suerte: entonces me dijo
Que era fuerza me casara
Con don Roque: repugné,
Él instó. ¡Memoria amarga!
Divulgóse en la ciudad
Que don Alvaro pensaba
Casarte en Madrid: con esto
Vió su cautela lograda...
Fingió dos cartas...

D. JUAN.

¿Qué dices?

Dª. ISABEL.

Sí, don Juan, donde le daban
Cuenta dos amigos suyos
De que ya casado estabas,
Obedeciendo á tu tio.
Él dispuso que llegaran...

D. JUAN.

¡Ah, indigno, que me has quitado
Lo que yo mas estimaba!

Dª. ISABEL.

Hizo que las viera yo:
Logró su astucia villana.
Ay! una muger amante
¡Cómo se ciega y se engaña!
Instó de nuevo, y al fin...

D. JUAN.

Deja, déjame que vaya
A pasar á ese traidor
El pecho de una estocada.

Dª. ISABEL.

Señor! ay de mí! Ya es tarde.
(Deteniendo á don Juan.)
¿Qué piensas hacer? No añadas
Nuevos males á mi mal.
Quizá te está preparada
Mejor ventura que á mí:
No quieras, no, malograrla
Por esta infeliz muger
Que ya no es tuya. Mis ansias,
Mis fatigas, yo sabré
Con paciencia tolerarlas:
Como tú vivas feliz,
A Isabel eso la basta.

D. JUAN.

¡Ay Dios! ay Dios! ¿Dónde estoy?
Con cada razon me matas.
Por compasion no te muestres
De mí tan enamorada.
¡Mas yo me detengo aquí!
¿Qué hay que esperar? Nada falta
Que saber: harto comprendo
Tu pasion y mi desgracia.

Dª. ISABEL.

No, don Juan; si asi te ausentas,
Del todo me desamparas:
Aunque te quedes en Cádiz,
Siempre viviré apartada
De tus ojos. ¿Qué te obliga
A que dejes esta casa
Con tanta celeridad?
Mi corazon se dilata
Solo con verte. No niegues

Este consuelo á tu amada
Isabel.

D. JUAN.

¡Qué ceguedad!
¿Eso intentas? Calla, calla,
Infeliz: no solicites
Lo que á tí y á mí nos daña.
¿Cómo quieres que se oculte
El amor que nos inflama?
¿Cómo quieres que yo pueda
Tolerar, viendo logradas
Por otro felicidades
Que solo á mí destinabas,
Que solo yo merecí?
¿No basta, díme, no basta
Que para siempre te pierda,
Sin que á mis penas se añadan
Zelos, que han de producir
Desesperacion, venganzas?
¡Ay Dios! Déjame.

Dª. ISABEL.

¿Te vas?
¿Asi te vas? ¡Qué villana
Accion! ¿Me dejas?

D. JUAN.

No sé.
Fuerza será que me vaya...
El único medio es este
De impedir una desgracia
Próxima, terrible... A entrambos
Nos está bien evitarla.
(Don Juan se va por la puerta de la derecha; doña Isabel por la izquierda.)

Dª. ISABEL.

Señor! dadme resistencia,
Que á tanto dolor ya falta.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.

DON ROQUE, MUÑOZ.

D. ROQUE.

Solos parece que estamos.
(Don Roque, dejando el capote y sombrero sobre el canapé, observa si aquello está solo; se acerca despues á la puerta de la derecha, y llama á Muñoz.)
Entra, Muñoz.

MUÑOZ.

¿Y qué es ello?

D. ROQUE.

Nada mas que preguntarte
Del encargo que te he hecho...

MUÑOZ.

¿Qué encargo?

D. ROQUE.

¿No te advertí
Que los dos quedaban dentro?

MUÑOZ.

¿Qué dos?

D. ROQUE.

Don Juan é Isabel;
Y que vieras...

MUÑOZ.

Ya me acuerdo.
Yo no he visto nada.

D. ROQUE.

No?
¿Con que don Juan se fué presto?

MUÑOZ.

Un buen ratillo tardó.

D. ROQUE.

Ya; pero ¿en ese intermedio
No se hablaron?

MUÑOZ.

¿Qué sé yo?

D. ROQUE.

Pues no te encargué que luego
Que yo me fuese estuvieras
Escuchando muy atento
Si los dos...

MUÑOZ.

En el portal
Me he estado casi durmiendo.

D. ROQUE.

¿Con que nada has hecho?

MUÑOZ.

Nada.

D. ROQUE.

Hombre! nada? Pues es cierto
Que se puede descuidar...
¡Válgame Dios!

MUÑOZ.

Yo me entiendo.

D. ROQUE.

¿Qué entendiduras, Muñoz,
Son esas, ni qué misterio
Puede haber?

MUÑOZ.

Yo lo diré;
Yo lo diré claro y presto.
Que no quiero andar fisgando,
Que no quiero llevar cuentos
Entre marido y muger;
Yo sé muy bien lo que es eso.
Está un marido rabiando,
Hecho un diablo del infierno
Contra su muger; encarga
Para apurar sus recelos
A un criado que la observe
Palabras y pensamientos.
Bien: observa, escucha, cuenta
Lo que vió, y arma un enredo
De mil demonios. Hay riñas,
Lloros, furias, juramentos,
Gritos... La muger conoce,
Y es fácil de conocerlo,
Que toda aquella tronada
Vino por el soplonzuelo.
Trama un embuste, de suerte
Que el marido hecho un veneno
Se irrita contra el fisgon,
Le atesta de vituperios,
Y le echa de casa. Agur:
Perdió de una vez su empleo.
Pues cierto que las mugeres
No tienen modo de hacerlo
Con primor. Está el marido
Rechinando, ¿y qué tenemos?
Nada... Viene la señora:
Él se encrespa, bien, y luego
Anda el mimito, el desmayo,
La lagrimilla, el requiebro,
Y ¿qué sé yo? de manera
Que destruye en un momento
Cuanto el amo y el criado
Proyectaron. Y yo creo
Que cuando un marido tiene
Medio trabucado el seso
Con las caricias malditas,
Irá en mal estado el pleito
Del chismoso del criado;
Porque ellas no pierden tiempo.
Entonces entra el decir
Que es un bribon, embustero
El pobre correveidile,
Respondon, pelmazo, puerco,
Con un poco de borracho
Y otro poco de ratero.
El maridazo es entonces
Voto de amen, no hay remedio:
Ella logra cuanto quiere
De este modo, y... Yo me entiendo.

D. ROQUE.

Hombre! por amor de Dios...

MUÑOZ.

Si digo que yo no puedo,
No puedo: no hay que moler,
Ya está dicho. A perro viejo
No hay tus tus.

D. ROQUE.

Mira, Muñoz,
Coge un cordel...

MUÑOZ.

¿A qué efecto?

D. ROQUE.

Y ahórcame.

MUÑOZ.

No necesita
Ni cordeles ni venenos
Quien se casa á los setenta
Con muchacha de ojos negros.

D. ROQUE.

¡Dale bola con la edad!

MUÑOZ.

¡Dale con pedir consejo!

D. ROQUE.

Tú mismo me aconsejaste,
No ha mucho, sobre el suceso
De ayer noche, y me dijiste...

MUÑOZ.

De lo dicho me arrepiento.

D. ROQUE.

Mira, Muñoz, como soy
Cristiano, que ya no puedo
Aguantarte. ¡Qué maldita
Condicion!

MUÑOZ.

Pues yo ¿qué he hecho
De malo? ¿Hice yo la boda?
¿Dí yo mi consentimiento
Para que viniera el huésped,
La hermana, ni el tacañuelo
De Ginés, ni la criada
Que me sisa los almuerzos?
¿Yo he de pagarlo sin ser
Arte ni parte? ¿Qué es esto?

D. ROQUE.

Hombre, ven acá. ¿Quién dice
Que tengas la culpa de ello?
Solo digo que he sentido
Que hayas andado tan lerdo
En hacer lo que te dije:
Esto es regular, sabiendo
Que se quedaban en casa,
Y juzgando... ¿Ladró el perro?

MUÑOZ.

No ha ladrado, ni se acuerda
De ladrar.

D. ROQUE.

Pensé que el medio
Mas prudente era observar...

MUÑOZ.

Muy en la memoria tengo
Que no ha diez meses deciais:
« Muñoz, ya este es otro tiempo:
Ya enviudé; ¡qué bien estoy
Sin desazones ni enredos! »
Diez meses ha, no hará mas:
No se me olvidan tan presto
Las cosas. Ya estais casado,
Lleno de desasosiegos;
Lo pasado se olvidó;
Y atarugado y suspenso
Con lo presente: « Muñoz,
¿Qué dices? Dame un consejo,
Un arbitrio... » ¿Para qué?
¿Para deshacer lo hecho?
No hay escape. ¿No os casasteis?
El que os ha metido en ello
Que os saque.

D. ROQUE.

Yo no te digo,
Muñoz, que busquemos medios
De descasarme; no tal.

MUÑOZ.

¿Con que no tal? Eh? Me alegro
¿Con que el arbitrio mejor
De lograr algun sosiego,
Que era separarse de ella...

D. ROQUE.

¡Ay hombre! déjate de eso.
Separarnos! No señor.
Vaya: por ningun pretesto.
El mal era para mí
Entonces... Lo que pretendo
Es echar de casa á todos
Esos huéspedes molestos.
Para conseguirlo es fuerza
Que me ayudes, esto quiero;
Pues aunque he dicho á mi hermana
Que se vaya, y siempre observo
Las palabras de don Juan,
Para ver qué pensamiento
Es el suyo, ella me aturde,
Me saca mil argumentos,
Y tengo á bien de callar.
Él, afectando misterios,
Nunca responde á derechas,
De suerte...

MUÑOZ.

¡Para mi genio!

D. ROQUE.

De suerte que yo no sé
Como salir de este empeño.
Ellos al cabo se irán;
Pero entre tanto no es bueno
Que don Juan con Isabel,

Dándole nosotros tiempo,
Tenga muchas conferencias.
Y hoy, para darme tormento,
Ese diablo de ese inglés
Quiere entregarme el dinero
De las granas: fuí allá;
Ya no estaba; con que tengo
Que volver precisamente.
Tres mil duros, nada menos,
Importa: es fuerza volver.

MUÑOZ.

¿Y qué quiere decir eso?

D. ROQUE.

Que es menester que me ayudes,
Muñoz; por Dios te lo ruego.
Una especie (por la calle
Lo he venido discurriendo)
Una especie me ha ocurrido,
Muy bella para el intento.

MUÑOZ.

¿Qué es la especie?

D. ROQUE.

Una bicoca,
Que ha de surtir buen efecto.

MUÑOZ.

Y bien, decid la bicoca.

D. ROQUE.

Cómo?

MUÑOZ.

Que lo digais presto.

D. ROQUE.

No es mas sino aparentar
Que los dos nos vamos luego.
Tú recogerás la capa,
Y dentro de tu aposento
Te has de esconder. Yo me voy;
Y observando si hay silencio
En esta pieza, te subes
Pasito á pasito, y viendo
Que no hay nadie en ella, entonces
Te ocultas con mucho tiento,
Que nadie te llegue á ver.
Satisfechas allá dentro
De que tú tambien te has ido,
Vendrán aquí sin recelo
A patullar. Isabel
Descubrirá sus secretos
Con Beatriz; las dos... En suma,
De esta manera sabremos
Cuanto hay que saber... ¿Te ries?

MUÑOZ.

¡Y qué mala gana tengo
De risitas! Pero á veces
No está en un hombre el ser serio.

D. ROQUE.

Pero, ¿y á qué viene?... Dale
Con la risa.

MUÑOZ.

Viene á cuento,
Sí señor.

D. ROQUE.

¿Porqué?

MUÑOZ.

¿Porqué?
Está muy lindo el proyecto
Del escondite: una cosa
Solamente echo de menos.
Ya se ve, no es esencial.

D. ROQUE.

¿Y qué cosa?

MUÑOZ.

El agujero,
El rincon, la gazapera
Donde ha de estar encubierto
El centinela.

D. ROQUE.

Es verdad:
Se me fué del pensamiento.
Debajo del canapé,
Que es muy fácil.

MUÑOZ.

Ya lo veo.

(*Se va y vuelve despues.*)

D. ROQUE.

Muñoz, Muñoz, hombre, mira.
Muñoz... Pues estamos buenos.
Si no me cuesta la vida
Este embrollo, soy eterno.
Muñoz, amigo Muñoz,
Por Dios, mira.

MUÑOZ.

¿Qué hay de nuevo?

¿ Otro proyecto mejor ?

D. ROQUE.

Que es preciso...

MUÑOZ.

Ya lo entiendo .
Es preciso, bien está.

D. ROQUE.

Mira.

MUÑOZ.

Si todo el infierno
Viniera á casa, no juzgo
Que hubiese mas embelecos.
Caramba ! ¿ Es cosa de chanza ?
¡ Yo agazaparme ! Primero...
Digo, á la vejez viruelas.
Yo debo de ser un leño,
Un zarandillo, un...

D. ROQUE.

Muñoz,
Mira, Muñoz: ya no quiero
Nada de tí; ya conozco
Lo bien que pagas mi afecto.
¡ Qué ley ! qué ley ! Yo creí
Que tu aspereza y tu gesto
De vinagre, era apariencia
Nada mas... ¡ Y yo, camueso
De mí, sin quererle echar,
Por mas que me lo dijeron
Sus amas! ¡Pero, señor,
Que haya de olvidar tan presto !...
¡ Qué ingratitud ! Cuantas veces
Se le ha ofrecido dinero,
Sabe que se le he prestado;
Sabe que yo he sido empeño
Para todos sus parientes;
Sabe que en mi testamento
Le dejo cuanto en conciencia
Puedo darle.

MUÑOZ.

¿ Y yo sé eso ?

D. ROQUE.

¡ Pues qué! ¿No sabes las mandas
Que dejo allí?

MUÑOZ.

No por cierto.

D. ROQUE.

Toma! un año de salario
Contado desde el momento
En que yo fallezca; mando
Que si alguna cuenta tengo
Contra tí, se dé por nula;
Mando tambien...

MUÑOZ.

Yo no debo
Nada á nadie.

D. ROQUE.

Hombre, pudiera
Suceder que en aquel tiempo
Me lo debieras.

MUÑOZ.

Ya estoy.

D. ROQUE.

Te mando un vestido nuevo,
Como le quieras, y todos
Los mios; tambien te dejo
La caja de plata: en suma,
Ya lo he dicho, cuanto puedo
Dejarte. ¿Y por una cosa
Tan fácil como te ruego,
Te enfureces como un tigre?
En fin, se acabó: yo espero
Que te ha de pesar bien pronto.
Vete, que yo no te fuerzo.
¿No quieres hacerlo?... Vete.

MUÑOZ.

Yo no he dicho que no quiero.

D. ROQUE.

¿Pues qué has dicho?

MUÑOZ.

¿Qué sé yo?

D. ROQUE.

No, no gusto de rodeos:

(Suena la campanilla al lado derecho. Muñoz quiere irse, y don Roque le va deteniendo.)

Dí lo que quieres hacer.

MUÑOZ.

Han llamado. Que... veremos.

D. ROQUE.

No hay veremos. Habla claro.

MUÑOZ.

¡ Si voy á abrir !

D. ROQUE.

No; primero

Has de resolverte.

MUÑOZ.

Digo

Que sí lo haré.

D. ROQUE.

Cierto?

MUÑOZ.

Cierto.

ESCENA II.

DON ROQUE, DON JUAN.

D. ROQUE.

¡Ay qué Muñoz! ¡Qué carácter
Tan temoso y tan soberbio!
En fin, dijo que lo hará.

(*Sale don Juan.*)

Y bien, don Juan, ¿qué hay de bueno?

D. JUAN

Nada ocurre.

D. ROQUE.

Cansadillo
Vendréis de correr el pueblo
Buscando casa. Es un diantre,
Es un diantre. Esta que tengo
Ya veis qué estrecha, qué antigua,
Llena toda de agujeros,
Sin comodidad ninguna;
Me cuesta un horror. Y siento
Infinito no hallar otra;
Porque, pongo por ejemplo,
Viene un huésped, es preciso
Todos los trastos ponerlos
Hacinados, arrastrar
Colchones... y removiendo
Las cosas de su lugar,
Se destruyen sin consuelo.
Y todo por no tener
De sobra un par de aposentos
Donde poner unas camas.
Es trabajo.

D. JUAN.

Ya lo veo.

D. ROQUE.

¿Qué deciais?

D. JUAN.

Solo digo
Que teneis razon en eso.

D. ROQUE.

Ah! ¿pues no la he de tener?
Como que mi hermana, viendo
La mucha incomodidad
Que hay en la casa, ha resuelto
Irse á la suya. Si aquí...
Vaya, es necesario verlo.
Es mucho engorro. Yo á vos
No os trato con cumplimiento,
Ni puede ser de otra suerte.
Ya lo veis; para poneros
(Por una noche no mas)
Esa cama, se ha revuelto
La casa; y cierto, me pesa
En el alma no poderos
Dar posada...

(*Aparte, al entrarse en el despacho.*

Nada: como
Si se lo dijera á un muerto.)

ESCENA III.

DON JUAN, DOÑA BEATRIZ.

D. JUAN.

¡Qué indirectas! En mi vida
He sufrido tanto á un necio.

Dª. BEATRIZ.

Ginés ha guardado ya
Todos los trastos, y creo,
Segun las señas, que os vais.
Si en algo á servirte acierto,
Manda con satisfaccion:
Te he conocido y te quiero
Desde tu primera edad,
Y solo tu bien deseo.
No me digas el motivo
De tu partida: sospecho
La causa, no la pregunto;
Pero no mudes de intento.
Vete. Si no tienes casa
Donde vivir, yo la tengo;
Mas si te quieres quedar
En Cádiz (que no lo apruebo),
En fin, si te quedas, trata
De mudar los pensamientos

(*Don Juan se sienta en una silla.*)

A otra parte. Tus amigos,
Que tienes muchos y buenos,
Te divertirán. No des
Que decir. Es muy mal hecho
Turbar la paz de una casa,
Y en vez de amor y sosiego
Introducir disensiones.
Si la quisiste, ya es tiempo
De olvidarla : ya es casada;
Ya no es tuya.

D. JUAN.

Si un perverso
No usara de astucias viles,
No la viera yo en ageno
Poder, ella fuera mia.
Si para amarse nacieron
Nuestras almas y debian
Unirse con nudo estrecho,
Ay! ¿quién pudo desatarle?
¿Quién le rompe? ¡Qué tormento!

Dª. BEATRIZ.

Está muy reciente el mal,
No estraño que digas eso;
Pero al fin...

D. JUAN.

¿Y hay en la tierra
Justicia, virtud, respeto
A la religion? ¡Valerse
De la autoridad que dieron
Las leyes, y esclavizar
Un corazon puro y tierno
Donde ya reside amor?
¡Qué atrocidad, qué violento
Sacrificio! Ella, turbada
Entre el pudor y el respeto,
Tímida, engañada y sola...
Ya se ve, no pudo menos.
¡Tantos contra mi querida
Isabel! Yo sin saberlo,
Ausente de ella cien leguas,
De tristes sospechas lleno;
Ella zelosa de mí
Sin motivo, resistiendo
Mil astucias... Desgraciada!
¡Qué afliccion, qué desconsuelo
El tuyo! ¿Y hay en la tierra
Piedad, virtud? No lo creo.
(*Levántase agitado, y llama acercándose á la puerta de la izquierda.*)

Dª. BEATRIZ.

¡Válgame Dios! yo estoy muerta.
Juanito! ¡qué descompuesto,
Qué perdido estás!

D. JUAN.

Ginés!

Dª. BEATRIZ.

Un hombre de entendimiento
Debe conocer...

D. JUAN.

Ginés!

Dª. BEATRIZ.

¿No me escuchas?

ESCENA IV.

D. JUAN, Dª. BEATRIZ, GINÉS.

D. JUAN.

Vuelve presto.
Mira...

GINÉS.

Señor.

D. JUAN.

Ve á la plaza,
Y en casa de don Anselmo
Pregunta, porque él me ha dicho
Que verá de componerlo
Con un capitan su amigo,
En cuyo buque podremos
Salir hoy mismo.

GINÉS.

No acabo
De entender...

D. JUAN.

Mira, don Diego
De Arizabal no nos puede
Llevar; pero podrá hacerlo
Un amigo suyo en otra
Embarcacion. A este efecto
Quedó en hablarle y llevar
La razon á don Anselmo,
Y allí se ha de preguntar.
Yo voy entre tanto al puerto.

Y aquí me hallarás.
(Ginés se va. D. Juan, despues de una breve suspension, haciendo una cortesía á doña Beatriz, se va tambien.)

ESCENA V.

DOÑA BEATRIZ, DON ROQUE.

D. ROQUE.
Beatriz!

Dª. BEATRIZ.
¿Qué ocurre?

D. ROQUE.
Saber deseo
Cuando me dejas en paz,
Cuando mudas de aposento:
Mas claro, cuando te vas
A tu casa.

Dª. BEATRIZ.
Estoy en ello:
Lo pensaré.

D. ROQUE.
No me empieces
Con tranquillas ni rodeos.
Ya te he dicho que te vayas,
Que te vayas. Pues es cierto
Que estan las cosas baratas;
Y sobre todo no quiero
Mas huéspedes. ¿Hay tal tema?
Yo no digo que pretendo
Que te vayas y no vuelvas
En toda la vida á vernos;
No señor, una vez ú otra
Cuando quieras, santo y bueno;
Pero eso de estarse aquí
Regalando, ni por pienso.
Mi muger no necesita
A su lado consejeros:
Con que asi, fuera.

Dª. BEATRIZ.
Está bien:
No te has de enfadar por eso.

D. ROQUE.
Pero vete.

Dª. BEATRIZ.
Ya me iré,
Déjalo estar.

D. ROQUE.
Es que quiero
Que te vayas al instante.

Dª. BEATRIZ.
Pues, al instante. ¡Qué empeño!
No faltaba mas. Cuidado,
Hombre, que te vas haciendo
El ente mas fastidioso,
Mas ridículo y mas fiero,
Que se puede imaginar.
Tú quieres que en el momento
Que mandas te sirvan: quieres
Que hasta el mismo pensamiento
Te adivinen, porque todo
Lo sueles pedir á gestos.
Si encuentras alguna cosa
Puesta tres ó cuatro dedos
Mas allá de donde tú
La dejaste, armas un pleito.
Si estás alegre, por fuerza
Han de estar todos contentos;
Y si te da la morriña
(Que dura meses enteros),
Ninguno se ha de reir.
Si ves hablar en secreto,
Al instante te malicias,
Como eres tan majadero,
Que te burlan ó disponen
Asaltarte los talegos.
Si echan en la lamparilla
Un poco de aceite menos,
Son ladrones, porque todo
Lo sisan para venderlo.
Si echan aceite de mas,
Que no tienen miramiento
Ni conciencia, y se conoce
Bien que no lo pagan ellos.
Genio como el tuyo, vaya,
No se ha visto; y lo que siento
Es que siempre va á peor.
Por esto, hermano, por esto
No me voy. Isabelita
Antes de su casamiento
Apenas te conocia:
Yo la digo, yo la advierto
Mil cosas. Es menester
Que te vaya comprendiendo,

Que sepa tus estrañezas,
En fin, que te trate; y luego
Verás como, sin que nadie
Me lo avise, dejo el puesto:
Que por no verte se puede
Dar muchísimo dinero.
A Dios.

ESCENA VI.

DON ROQUE, MUÑOZ.

D. ROQUE.

Beatriz! A otra puerta.
Pero no perdamos tiempo:
Esta es la ocasion. Muñoz!
(Acercándose á la puerta de la derecha.)
Lo primero es lo primero.
Muñoz!

MUÑOZ.

Vaya.

D. ROQUE.

Mira, ahora
Es ocasion. Mientras veo
Si alguno viene, te escondes,
Como tenemos dispuesto.
Vamos, hombre, ¡ qué pesado
Eres!

MUÑOZ.

No soy mas ligero.

D. ROQUE, *se encamina hácia el canapè.*
(Muñoz se está quieto.)
Despacha. Por este lado
Puedes entrar.

MUÑOZ.

¡ El proyecto!

D. ROQUE.

Hombre...

MUÑOZ.

Dale: si es inútil
Todo. ¿ Qué pensais que haremos
Con el escondite? Nada,
Nada: si lo estoy ya viendo.
¿ A qué es cansarse? Y supongo
Que hoy se van; lo doy por hecho
Que los tres quedamos solos:
Las inquietudes, los zelos
No se acabarán jamas.

D. ROQUE.

Porqué?

MUÑOZ.

¿Pues no dais en ello?
Porque no puede hacer migas
Una niña con un viejo:
No señor. Si ha de vivir
Siempre metida en encierro,
Condenada de por vida
A vestiros y coseros,
A ver ese gesto, á oir
El continuo cencerreo
De la tos, á calentar
Bayetas en el invierno
Para el vientre, á cocer yerbas,
Preparar polvos y ungüentos,
Parches, cataplasmas; digo:
¿Cómo la ha de gustar esto?
Vaya, si no puede ser.
Todo será fingimiento...

D. ROQUE.

Vamos, hombre.

MUÑOZ.

Quiero hablar,
Que no soy ningun podenco.
Sí señor, á cada paso
Habrá silbidos, acechos,
Billeticos, tercerías.

D. ROQUE.

En parte, Muñoz, comprendo
Tu razon: su genio es ese.

MUÑOZ.

¡Dale bola! No es el genio;
La edad, la edad: ahí está,
En la edad está el misterio.
Los hombres y las mugeres,
Todos, poco mas ó menos,
Son de una misma calaña.
Los chicos gustan de juegos,
De correr y alborotar,
Y poner mazas á perros:
Las muchachas, trasformando
En mantellina el moquero,
Van á misa y á visita,
Se dicen mil cumplimientos,
Y en cachivaches de plomo
Hacen comida y refresco.

Luego que son grandecillas
Olvidan tales enredos;
Ni piensan en otra cosa
Que en uno ú otro mozuelo
Que al salir de casa un dia
Las hizo al descuido un gesto.
Señora madre las guarda,
Las refiere mil ejemplos,
Y las hace por la noche
Repasar un libro viejo
En que dice no sé qué
De pudor y encogimiento.
El padre piensa que tiene
En la doncella un portento
De virtud; y ella entre tanto
Piensa en su lindo don Diego.
Pues no digo nada, el cuyo,
Que anda, que bebe los vientos,
Y pasa noches enteras
Hecho un arrimon eterno,
Aguardando la ocasion
De ver un postigo abierto
Por donde doña Rosita
Le diga: «Ce, caballero.»
Ella y él por señas piden
Matrimonio presto, presto,
Y en eso nada hay de mal;
Mas ¿porqué no lo pidieron
Cuando el uno en la plazuela
Con otros chicos traviesos
Jugaba á la coscojilla,
Y ella en el recibimiento
Con las muchachas de enfrente
Se estaba haciendo muñecos
De trapajos, y les daba
Sopitas de cisco y yeso?
Porqué? Porque con los años
Es preciso que mudemos
De inclinaciones, señor;
Y cuando se acerca el tiempo
De que la sangre nos bulle
Y nos pide galanteo,
Los mocitos se aficionan
A las mozas, no hay remedio:
Porque cada cual se arrima
A su cada cual. ¿No es esto?
Y pensar que el genio causa
Esta inclinacion, es cuento;
O es menester confesar
Que todos tienen un genio
Cuando tienen cierta edad.
Yo, señor, en mí lo veo:
Fuí muchacho y mozalbete,
Y tuve por aquel tiempo
Las travesurillas propias
De un chiquito y de un mozuelo;
Pero despues se acabó.
¡Ojalá no fuera cierto!
Y no espero, ¿qué esperar?
Ni por asomo lo pienso,
Que ninguna picarilla
Que la rebose en el cuerpo
La robustez y el calor,
Se aficione de mi gesto.
Vamos; eso es disparate;
Y aunque es doloroso el verlo,
Señor don Roque de Urrutia,
Es preciso conocernos.

D. ROQUE.

Muñoz, calla, calla, calla
Por Dios, y no hablemos de eso,
Que cada palabra tuya
Me parte de medio á medio.

MUÑOZ.

¡Asi pudiera esplicarme
Del modo que lo comprendo!

D. ROQUE.

Pues ¿qué mas has de decir?
Mal haya, amen...

MUÑOZ.

El camueso
Que...

D. ROQUE.

Calla.

MUÑOZ, *hace que se va y vuelve.*

Callo y me escurro.

D. ROQUE.

Vuelve, mira.

MUÑOZ.

Miro y vuelvo.

D. ROQUE.

Hombre, si te he dicho ya
Que tienes razon, que es cierto
Cuanto dices y dirás;

Pero, Muñoz, *¿quid faciendum?*
¿Quieres que me tire á un pozo?
¿Quieres...

MUÑOZ.

Yo, señor, no quiero
Mas que decir mi sentir
Sin disfraces ni rodeos.

D. ROQUE.

Ya me lo has dicho mil veces,
Y cada vez que te veo
Predicar sobre el asunto,
Me degüellas. Lo que quiero
Es que te escondas.

MUÑOZ.

¿En dónde?

D. ROQUE.

Aquí. Vamos, entra presto.
Nadie viene. Vamos, hombre.

MUÑOZ.

Por el alma de mi abuelo
Que disparate mayor...

D. ROQUE.

Muñoz, lo dicho: acabemos,
O te escondes, ó te vas.

MUÑOZ.

Si...

D. ROQUE.

Vete, que no te quiero
Volver á ver en mi vida.
Vaya, marcha.

MUÑOZ.

Ya me meto.

D. ROQUE.

Por aquí.

MUÑOZ.

Vamos allá.

(*Empieza Muñoz á meterse debajo del canapé.*)

D. ROQUE.

Luego que te metas dentro,
Te tiendes de largo á largo,
Y descansas.

MUÑOZ.

Ya lo entiendo.

D. ROQUE.

¿Qué, no cabes?

MUÑOZ.

No lo sé.

D. ROQUE.

Cómo?

MUÑOZ.

Que allá lo veremos.

D. ROQUE.

Parece que viene gente.

MUÑOZ.

Esta es otra.

D. ROQUE.

Vaya, lerdo.

MUÑOZ.

Aquí te quiero, escopeta.

(*No siéndole posible acabarse de ocultar, trata de salir, y don Roque le ayuda tirándole de las piernas.*)

D. ROQUE.

Que vienen ya.

MUÑOZ.

Si no puedo
Ir adelante ni atras,
Mas que venga un regimiento.

D. ROQUE.

Pues haz por salir; á ver.

MUÑOZ.

No hay que tirar tan de recio.

D. ROQUE.

Es porque salgas aprisa.

MUÑOZ.

Ya salí.

D. ROQUE.

¡Terrible aprieto!

MUÑOZ.

Mas aprieto ha sido el mio,
Que por poco no reviento.

ESCENA VII.

DON ROQUE, DOÑA ISABEL.

D. ROQUE.

¿Si habrá visto... Pero no.

Dª. ISABEL.

¿Me llamabais?

D. ROQUE.

No por cierto.
(*Ap.* Esta es escusa.) Parece

Que los huéspedes se fueron.

Dª. ISABEL.

Pienso que sí.

D. ROQUE.

¿Qué me dices
De ese don Juan? Ves que atento,
Que entendido, que buen mozo.
Quien le conoció chicuelo,
Y ahora le ve... Sin sentir
Nos vamos haciendo viejos.
(*Ap.* ¡Cómo calla la bribona!)
Y aun me parece que tengo
Especie de haberte visto
Alguna vez, allá en tiempo
De don Alvaro, en su casa.

Dª. ISABEL.

Es verdad.

D. ROQUE.

Sí, bien me acuerdo.
¡Qué traviesos erais todos!
¡Qué chillidos y qué estruendo
Andaba en la sala oscura
Por las noches del invierno,
Cuando íbamos á jugar
Al revesino don Pedro,
Don Andres y don Martin
De Urquijo! ¡Qué hombres aquellos!
Aquellos sí que eran hombres.
Lloras?

Dª. ISABEL.

No señor.

D. ROQUE.

Yo veo
Que lloras. Dí la verdad.
¿Qué tienes? Algun misterio
Hay aquí. Dí ? porqué lloras?

Dª. ISABEL.

No lo estrañeis, pues me acuerdo,
Con eso que me decis,
De aquel venturoso tiempo...

D. ROQUE.

De aquel tiempo cuando os ibais
A retozar...

Dª. ISABEL.

No por cierto.

D. ROQUE.

Tú, don Juan y otras muchachas,
Y el hijo de don...

Dª. ISABEL.

No es eso.

D. ROQUE.

De don Blas, y en la cocina
No dejabais en su puesto
Ni vasija ni cacharro.
Isabel, aquellos juegos,
Aquellos juegos...

Dª. ISABEL, *aparte.*

¡Ay triste!

ESCENA VIII.

DON ROQUE, Dª ISABEL, GINÉS.

D. ROQUE.

Hola! (*Ap.* Recado tenemos,
Y billetico tambien.
Yo he de verle.) ¿A dónde bueno,
(*Ginés sacará una esquela en la mano : durante la escena se la da á don Roque, quien la lee y se la vuelve á Ginés.*)
Señor Ginés?

GINÉS.

A buscar
A mi amo.

D. ROQUE.

(*Ap.* Ya te entiendo.)
¿Con que al amo?

GINÉS.

Sí señor.

D. ROQUE.

¿Y ese papelillo abierto
Es para el amo tambien ?
Dádmele acá.

GINÉS.

Bueno es eso.
Si no es para vos.

D. ROQUE.

No importa.

GINÉS.

Advertid.

D. ROQUE.

Yo nada advierto.
Es empeño el verle ya.

GINÉS.

Ahí le teneis, si es empeño.

Dª. ISABEL, *aparte.*
¡Qué dirá el papel!

GINÉS, *aparte.*
El hombre
Gasta mucho cumplimiento.

Dª. ISABEL, *aparte.*
Llena de temor estoy.

D. ROQUE.
Pues toma: llévale presto,
Que importa.

GINÉS.
Si no está en casa,
Aquí á la puerta le espero.

D. ROQUE.
Harás bien.

GINÉS.
Agur, señores.

D. ROQUE.
A Dios, amigo.

ESCENA IX.

DON ROQUE, DOÑA ISABEL.

D. ROQUE.
En efecto
Se va don Juan.

Dª. ISABEL.
Cómo? A dónde?

D. ROQUE.
(*Ap.* ¿Si será el lloro por esto?)
Hoy mismo se ha de embarcar.
¿Qué dices?

Dª. ISABEL.
Yo nada.

D. ROQUE.
El viento
Es propio para salir:
Y me parece muy bueno
Que vaya á América. Allí
Si se da por el comercio,
Hay muy buena proporcion;
Pero, en fin, cuando lo ha hecho,
Él sabrá por qué se va
Y á lo que va; que no es lerdo.
¿Qué dices?

Dª. ISABEL.
Nada, señor.

D. ROQUE.
Es un mozo muy atento
Y de bella inclinacion.
Yo he celebrado en estremo
Haberle tenido en casa;
Y aunque ha estado poco tiempo,
He conocido que tiene
Prendas de muy caballero.
¿Qué te parece? ¿Es verdad?

Dª. ISABEL.
No hay duda, señor, es cierto.

D. ROQUE.
¿Estás triste?

Dª. ISABEL.
No señor.

D. ROQUE.
¿Qué, no te gusta que hablemos
De nuestro huésped?

Dª. ISABEL.
A mí
¿Qué se me puede dar de eso?

D. ROQUE, *sacando el reloj.*
Dices bien. Hola! ya es tarde.

Dª. ISABEL.
¿Salis otra vez?

D. ROQUE, *se pone el capote y el sombrero.*
Sí, tengo
Que hacer mil cosas. Muñoz
Tambien ha de salir luego.
Cuando se vaya, tened
Cuidado si ladra el perro,
O si alguien llama. A Dios, chica.
(*Aparte al tiempo de irse por la derecha.*
Tú caerás en el anzuelo.)

ESCENA X.

DOÑA ISABEL, DOÑA BEATRIZ.

Dª. BEATRIZ.
¿Vienes adentro, Isabel,
O te agrada que saquemos
A esta pieza la labor?

Dª. ISABEL.
¡Ay, Beatriz!

D^a. BEATRIZ.

Dejemos eso,
Isabelita.

D^a. ISABEL.

¡Ay de mí!

D^a. BEATRIZ.

Vamos, hermana. ¿Qué es esto?
¿No ha de haber prudencia en tí?
¿Es ese el ofrecimiento
Que me has hecho de olvidarle,
Y siguiendo mi consejo
Despedirle para siempre,
Antes que llegue el estremo
De que lo sepa mi hermano?

D^a. ISABEL.

Ya lo sabe; ya no es tiempo
De disimular con él.
Mis ojos se lo dijeron,
Mis suspiros.

D^a. BEATRIZ.

¿Pues qué ha dicho?

D^a. ISABEL.

Nada, pero yo, que advierto
En sus palabras y acciones
Mucho artificio y misterio,
He llegado á conocer
Que está resentido, inquieto,
Y zeloso de don Juan.

D^a. BEATRIZ.

No lo estraño; y aun por eso
Conviene que se apresure
Su marcha.

D^a. ISABEL.

Ya la ha resuelto
Él mismo, y ha de embarcarse
Muy pronto, segun entiendo.

D^a. BEATRIZ.

Eso es lo que debe hacer,
Y á tí te importa en estremo
No verle mas. Los combates
De amor se vencen huyendo.
No le admitas, no le escuches.
Si es noble, si es caballero,
Ha de conocer á cuanto
Le obliga el honor; ni creo
Que permita que mi hermano
Viva de tí descontento:
No querrá verte infeliz.
Si te quiere bien, si es cuerdo,
Si teme á Dios, con dejarte
Dará á tanto mal remedio.

D^a. ISABEL.

¡Qué bien dices! Tú me das
Valor, tú me das consuelo.
Yo misma, sí, yo sabré,
Dando fin á tanto yerro,
Decirle que me abandone,
Que se vaya, que no quiero
Volver á ver en mi vida
A un hombre que ya aborrezco.

D^a. BEATRIZ.

¿Le aborreces? ¿Y has de ser
Tú la que le digas eso?
No, Isabel, no te conviene.
Vente conmigo allá adentro,
Y fingiendo que estás mala
A tu retiro daremos
Disculpa, ven.

D^a. ISABEL.

Ya te sigo.

ESCENA XI.

DOÑA ISABEL, DON JUAN.

D^a. ISABEL.

Gente viene; mas ¿qué veo?
Él es: me voy. ¿Qué he de hacer?
¡Triste de mí! No, no quiero
Verle.

D. JUAN.

Isabel!

D^a. ISABEL.

Si venis
O enamorado ó atento
A despediros de mí,
Guarde vuestra vida el cielo,
Y os lleve con bien.

D. JUAN.

Venia...
A solo decirte vengo...

D^a. ISABEL.

Sí, que te vas. Ya lo sé:
Vete, yo te lo aconsejo.

D. JUAN.
Ah! que no sabes la pena...
Dª. ISABEL.
Sí, ya sé lo que te debo:
Vete, y déjame morir.
D. JUAN.
¡Ay Isabel! ¡Para esto
Volví á Cádiz! ¡para ver
Rotos los nudos estrechos,
La union mas apetecida
Que formó el trato y el tiempo!
Ay! ¡qué tiempo aquel! ¿Te acuerdas?
¿Te acuerdas?...
Dª. ISABEL.
Yo desfallezco.
D. JUAN.
Cuando de nuestra fortuna
Tú contenta y yo contento,
Esperábamos de amor
Galardones lisonjeros,
Él trato, la inclinacion,
La edad, los alegres juegos,
Los mal fingidos desvíos...
Dª. ISABEL.
Don Juan, ¡ay de mí! yo muero.
D. JUAN.
Un suspiro, una palabra
De tu boca, un halagüeño
Mirar, toda mi ambicion
Era, todos mis deseos.
Ya se acabó. Si te quise,
Si en nuestros años primeros
Éramos los dos felices,
Pasó como sombra y sueño.
Ya solo la muerte aguardo.
Dª. ISABEL.
Oh! ¡no lo permita el cielo!
Yo sí, moriré de angustia;
Que no hay valor en el pecho
Para tanto padecer.
D. JUAN.
A Dios: ya no nos veremos
Otra vez. De tí apartado
Buscaré climas diversos.
Isabel, querida mia,
No te olvides del afecto
Que nos tuvimos los dos.
Ya nada de tí pretendo,
Sino que mi fe, mi amor
Viva en tu memoria eterno.
Quiéreme bien, piensa en mí.
Tal vez hallará consuelo
Mi dolor, cuando imagine
Que de la hermosa que pierdo
Alguna lágrima, algun
Tierno suspiro merezco.
Mas ¡qué digo! No, Isabel,
Olvida el cariño nuestro,
Ama á tu esposo y no mas:
Amale, yo te lo ruego,
Y déjame ya partir.
Dª. ISABEL.
Señor!
D. JUAN.
¿Qué dices?
Dª. ISABEL.
Ni puedo
Hablar, ni sé qué decirte.
Ah! ¡si vieras como tengo
El corazon!
D. JUAN.
Ah! si vieras...
Pero, á Dios, y este postrero
Abrazo confirme...
(*Quiere abrazarla y doña Isabel se retira.*)
Dª. ISABEL.
Aparta.
D. JUAN.
Huyes?
Dª. ISABEL.
Sí, de tí me alejo;
Que me ofreces mil peligros
En cada vez que te veo.
D. JUAN.
Cruel!
Dª. ISABEL.
¡Ah, don Juan! ¿qué quieres?
¿Qué quieres de mí? Si el cielo
Lo ordena asi: ya lo ves.
Nuestro honor lo está pidiendo...
Mas no te vayas de Cádiz,
Ni me des mayor tormento:
No porque te pierda ausente

Quieras que te llore muerto;
Que á un infeliz mas le sirve
De afliccion que de consuelo
Buscar provincias remotas
Con tantos mares en medio.
Esta ciudad, patria tuya,
Ofrece muchos objetos,
Y tus penas cederán
A la reflexion y al tiempo.
Baste á infundirte valor
Ver que yo te doy ejemplo,
Que me separo de tí
Entregada al mas acerbo
Dolor. Sí, que si no fuese
Este amor tan verdadero,
No fuera virtud en mí
Dejarte como te dejo.
Pero es preciso, don Juan:
Muera yo de sentimiento,
Ausente, desamparada
De mi bien; que alegre muero,
Si á costa de tanta pena
Pura mi opinion conservo.

D. JUAN.

¡Ay querida de mis ojos!
¿Quién te ha dado tal esfuerzo?

Dª. ISABEL.

¡Oh virtud! oh dolorosa
Virtud!

(*Se va por la izquierda, D. Juan por la derecha. Queda sola la escena por un breve espacio.*)

ESCENA XII.

MUÑOZ.

Es preciso hacerlo:
Llegó el caso. No hay que darle

(*Encaminándose al canapé. Cuando está medio escondido, suena la campanilla á la derecha, y acaba de esconderse.*)

Vueltas, no tiene remedio.
¡Ay qué boda! ¡Ay qué don Juan!
Muñoz, ánimo y á ello.
No, pues ya no he de salir,
Aunque echen la puerta al suelo.

ESCENA XIII.

BLASA, GINÉS.

BLASA.

Ya van, ya van. ¡Hay tal prisa!

(*Atravesando el teatro, y vuelve á salir con Ginés.*)

GINÉS.

Juzgué que estaba durmiendo.

BLASA.

No, sino que se ha marchado
Sin decir nada allá adentro.
Vaya, que es muy fastidioso
El tal Muñoz.

GINÉS.

Yo no entiendo
Como don Roque le aguanta.

BLASA.

Cómo? Bien fácil es eso.
Porque hace doscientos años
Que está en la casa sirviendo;
Porque es viejo, que los dos
No se llevan mes y medio;
Porque es ruin como su amo;
Porque le ha cogido miedo;
Porque para cualquier cosa
Se vale de su consejo,
Y si Muñoz no lo dice,
No puede haber nada bueno;
Porque le sirve de espía;
Le va con todos los cuentos,
Y cuando sale su amo
Se está en el portal fingiendo
Que duerme ó reza, y no hay cosa
Que él no sepa; viene luego
Don Roque, y el estantigua
Maldito de su escudero
Cé por bé todo lo sopla.

GINÉS.

¡Haya pícaro de viejo!

BLASA.

Rogando estoy á mi ama
Que me saque de este encierro,
Que volvamos otra vez
A nuestra casa, y dejemos
A esos hombres, que parecen

Dos espantajos de un huerto.
Vaya, que los dos...

GINÉS.

Pues yo,
Blasilla, pronto los dejo.

BLASA.

Sí? cómo?

GINÉS.

Como nos vamos
Allá... ¿qué sé yo? muy lejos.

BLASA.

¿Y cuándo?

GINÉS.

Hoy mismo, si el aire
No nos pone impedimento.

BLASA.

Dichoso tú, que de hoy mas
No verás á ese estafermo
De Muñoz, ni á mi don Roque
Tan regañon y tan terco.

ESCENA XIV.

BLASA, GINÉS, DOÑA ISABEL.

Dª. ISABEL.

Blasa!

BLASA.

Señora!

Dª. ISABEL.

Prepara
Mi bastidor.

BLASA, *yéndose.*

Voy corriendo.

Dª. ISABEL.

¿En dónde estará tu amo?

GINÉS.

En la playa, mientras vuelvo
Con la caja que quedó
Sobre la mesa allá adentro.

Dª. ISABEL.

Ve por ella. ¡Ay desdichada!

(*Vase Ginés por la izquierda.*)

No hay que hacer, se va en efecto.
¿Qué precision puede haber
De cruzar un golfo inmenso,
Que nos ha de separar,
No solo para no vernos,
Sino para no saber
Si mi bien es vivo ó muerto?

(*Sale Ginés con una caja cubierta de encerado.*)

Esto importa. Ginés, díle
A tu señor que le espero,
Sin falta, al instante, ahora:
Pues no ha nada que salieron
Don Roque y Muñoz. En fin,
Dirásle que á todo riesgo
Venga, que le quiero hablar.

GINÉS.

Voy, señora; pero temo...

Dª. ISABEL.

Qué?

GINÉS.

Que es ya mala ocasion;
Porque está todo dispuesto,
Y al primer tiro de leva
Saldrán las naves del puerto.

Dª. ISABEL.

Mísera! Corre...! Ay de mí!

ESCENA XV.

MUÑOZ.

Gracias á Dios que se fueron.

(*Saca la cabeza, y sale despues sacudiéndose.*)

Canallas! si tardo un poco
En salir, pierdo el pellejo.
¡La Blasita! ¡Pues el otro
Bribon! ¡Y cómo me he puesto
De basura!... ¿Si será
Verdad lo del testamento?
¡Qué buena gente hay en casa!
Los demonios del infierno
No son de raza peor:
Don Roque, malo va esto.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA ISABEL, DOÑA BEATRIZ.

Dª. BEATRIZ.

En fin, parece que Dios
Todas las cosas ordena
A favor nuestro. Don Juan,
Conociendo lo que arriesga
En quedarse, va á partir:
La escuadra se hará á la vela
En esta mañana misma.
Ya, Isabel, estoy contenta.
Y no presumas, hermana,
Que tu marido sospecha
De tí: nada ha visto, nada
Puede pensar en tu ofensa.
Con todo su mal humor
Él te quiere; y si te esmeras
En complacerle, verás
Disminuidas tus penas.

Dª. ISABEL.

Sí, Beatriz, asi lo haré:
Tú mi timidez ahuyentas.
Conozco mi error, conozco
Los peligros que me cercan
Mientras dure una pasion
Que ya reprimir es fuerza.
Oh! ¡qué mal hice en llamarle!

Dª. BEATRIZ.

Todo con el tiempo cesa;
Si bien no es mucho que ahora
Turbada y débil te sientas
Eres niña, y este golpe
Mucho sentimiento cuesta.

Dª. ISABEL.

Dígalo quien como yo
Hubiese amado de veras.
(*Aparte en ademan de irse.*
Alguien viene, él es sin duda.)
¿A dónde iré?

Dª. BEATRIZ.

¿Qué te inquieta?
¿Porqué te vas, si es mi hermano?

ESCENA II.

DON ROQUE, DOÑA ISABEL, DOÑA BEATRIZ.

D. ROQUE.

(*Ap.* ¿Qué entruchadas serán estas
De volver y de tornar?)
¿Dónde está la bata vieja?
¿Cuánto va que no se han puesto
Los pedazos de bayeta
En la espalda?

Dª. BEATRIZ.

Si dijiste
Ayer que te los pusieran;
No ha habido tiempo de hacerlo.

D. ROQUE.

Idos de aquí.

Dª. BEATRIZ.

(*Ap.* Ya nos echa.)
¿Te quedas sin desnudar?

D. ROQUE.

¿Qué don Juan?

Dª. BEATRIZ.

¿Que si te quedas
Con ese vestido, ó quieres
La bata?

D. ROQUE.

Cuando la quiera
Yo sabré llamar.

Dª. BEATRIZ.

¿Te ha vuelto
El flato? ¿Quieres que cuezan
Manzanilla?

D. ROQUE.

No señora.

Dª. BEATRIZ.

Pues, hombre, ¿qué te molesta?

D. ROQUE.

Nada. ¿Qué la importará
Que yo tenga lo que tenga?
¿No he dicho que me dejeis?

(*Se quita el sombrero y el capote, los deja sobre el canapé, y acercándose á la puerta de la derecha llama á Muñoz.*)

Dª. BEATRIZ.

Ven, Isabel.

ESCENA III.

D. ROQUE, MUÑOZ.

D. ROQUE.

Muñoz, entra.
¿Con que el recado no es mas...

MUÑOZ.

¿Ahora salimos con esa?
Sí, señor, no es nada mas
Que lo que dije ahí afuera.

D. ROQUE.

¿Que vaya y diga á su amo
Que venga al punto?

MUÑOZ.

Que venga.

D. ROQUE.

¿Que los dos hemos salido?

MUÑOZ.

Eso mismo.

D. ROQUE.

¿Que le espera
Sin falta, sin falta?

MUÑOZ.

Cierto.

D. ROQUE.

¿Y dices que estaba inquieta,
Y lloraba?

MUÑOZ.

No que no.

D. ROQUE.

¿Y qué otra cosa era aquella
Que me empezaste á decir?

MUÑOZ.

Eran alabanzas vuestras.

D. ROQUE.

¿Con que, en efecto, estantigua
Me llamaron?

MUÑOZ.

Y postema.

D. ROQUE.

¿Y cenacho?

MUÑOZ.

Y viejarron.

D. ROQUE.

¡Habrá mayor insolencia!
¿Con que todas esas flores
Dijo de mí?

MUÑOZ.

Y otras treinta.

D. ROQUE.

¿Y luego le dió el recado?

MUÑOZ.

La del recado no es esa.

D. ROQUE.

Pues Isabel...

MUÑOZ.

Isabel
No trató de la materia.
Blasilla fué la que dijo
Que don Roque es un babieca,
Que parece un espantajo,
Que es sordo como una piedra,
Que le corrompe el aliento,
Que tiene hinchadas las piernas,
Que no puede ser casado,
Que...

D. ROQUE.

Calla, por Dios, no quieras
Que vaya allá y de un porrazo
La mate. ¡Haya picaruela,
Habladora, embusterona!

MUÑOZ.

Yo no sé si es embustera;
Pero que lo dijo es cierto.

D. ROQUE.

De suerte, que ya no queda
En esta casa ninguno
Que mi tormento no sea,
Mi repudricion... Infame!...
Si estoy por ir y cogerla

(*Paseándose inquieto por la escena.*)

De los cabellos, y darla
A la pícara tal felpa...
¡Válgame Dios! ¿Qué he de hacer?
Señor, si este mozo intenta
Salir hoy mismo de Cádiz;
Si al fin se marcha y nos deja;
Si yo le he visto en la playa
Aguardando á que viniera
El bote; si se despide
De mí; si el tiempo se acerca
De salir, que de un instante
A otro la señal esperan;
¡San Antonio! ¿para qué
Le habrá mandado que venga?

MUÑOZ.

Con el hijo de mi madre
Pudieran venirse á fiestas.

D. ROQUE.

Pues en tal caso ¿qué harias?

MUÑOZ.

Yo sé muy bien lo que hiciera.

D. ROQUE.

Hombre, por san Juan bendito
Te suplico...

MUÑOZ.

Ya comienza
Otra vez el pordioseo.

D. ROQUE.

Que me digas lo que hicieras
Si fueras don Roque ahora.

MUÑOZ.

Si fuera don Roque en esta
Ocasion, no dejaria
Vivir á Muñoz; le diera
Mil quejas á cada instante
(Don Roque se distrae sin atender á lo que Muñoz le dice.)
Porque no huele y acecha;
Le pidiera parecer
Una, cuatro, veinte, treinta
Veces, y... ¿Qué, no me ois?

D. ROQUE.

Mira, Muñoz, la cabeza
La tengo como un tambor:
Vaya, no hay que darle vueltas;
Lo que te he dicho has de hacer.

MUÑOZ.

¿Qué he de hacer?

D. ROQUE.

¿Ya no te acuerdas?

MUÑOZ.

¿De qué, señor?

D. ROQUE.

Es verdad.
¡Si estoy loco!

MUÑOZ.

¿Quién lo niega?

D. ROQUE.

Ya se ve, si no lo he dicho.
Es el caso que si espera
A don Juan, quizá él no viene
Porque sabe ó se recela
Que estoy en casa. Ginés
(Vaya, como si lo viera)
Me habrá atisbado al entrar:
Pero en nuestra diligencia
Consiste. Mira: ya sabes
Donde las llaves se cuelgan.
¿Conoces la del porton?

MUÑOZ.

¿Cuál, señor?

D. ROQUE.

Aquella vieja.

MUÑOZ.

Sí, ya estoy; la del postigo
Que cae á la callejuela.

D. ROQUE.

Esa misma.

MUÑOZ.

Si ha mil años
Que por allí nadie entra
Ni sale.

D. ROQUE.

No importa nada:
Tráeme la llave.

MUÑOZ.

¿Y qué nueva
Invencion?

D. ROQUE.

Ya la sabrás.
Ten cuidado no te sientan.

ESCENA IV.

D. ROQUE.

¡Ay señor! esto va malo,
(*Durante la escena se pasea, se sienta, se levanta, manifestando en sus acciones su agitacion.*)
Malo, malo. Picaruela!...
¿Si parecerá la llave?
Muñoz dice bien: no es ella
Quien tiene la culpa; yo,
Yo la he tenido... Si fuera
Decir... pero sí, enmendarse:
Cuando cumpla los ochenta.
Bien dice Muñoz; mal año
Si dice bien. Él me inquieta
Con sus cosas; pero encaja
Unas verdades tan secas...
Si yo hubiese consultado
Con él, no me sucediera
Este chasco: no por cierto.
¡Pobre don Roque, qué buena
La hiciste! ¡Pobre don Roque!
Pero quizá, si nos deja
Este don Juan, puede ser
Que lograra... Dios lo quiera.

ESCENA V.

DON ROQUE, MUNOZ.

D. ROQUE.

Pareció?

MUÑOZ.

Pareció.

D. ROQUE.

¿Y qué?
¿Ninguno te vió cogerla?

MUÑOZ.

Nadie ha visto nada.

D. ROQUE.

No?
Pues anda y díla que venga.

MUÑOZ.

¿A quién?

D. ROQUE.

A Blasa.

MUÑOZ.

¿A la niña
Deslenguada y bachillera
Que os trató de podrigorio?
¿Pues qué pretendeis con ella?

D. ROQUE.

Entablar este proyecto,
(*Poniéndose el capote.*)
Con el cual, si no se yerra,
A los dos he de pillar:
Pondré en claro mis sospechas,
Y entonces me han de pagar,
Juro á tal, la desvergüenza.
Llama á Blasilla.

MUÑOZ.

Ahí parece
Que viene.

D. ROQUE.

Pues salte afuera.

MUÑOZ.

Con tanto preparativo,
Tanto vaya, torne y vuelva,
Se pasa el tiempo; ¿y qué hará?
Lo que hizo Cascaciruelas.

ESCENA VI.

DON ROQUE, BLASA.

D. ROQUE.

Oyes, Blasita.

BLASA.

Señor!

D. ROQUE.

(*Ap.* Vamos á hacer la deshecha.)
Mira, yo voy á salir:
Si á eso de las doce y media
No he vuelto á casa, es señal
Que me quedo á comer fuera.

BLASA.

¿Fuera, señor?

D. ROQUE.

Sí, porque
Un conocido me espera
Para un asunto, y tal vez
No querrá que á casa vuelva,
Y habré de comer con él.

BLASA.
Vaya, señor, que no os dejan
Parar un punto.

D. ROQUE.
Es preciso
Hacer yo mis diligencias.

BLASA.
Y nosotras encerradas
En esta cárcel estrecha;
Si no es á misa, jamas
Damos por ahí una vuelta.

D. ROQUE.
Las mugeres recogidas
Que tienen juicio y vergüenza,
Se estan en casa, y no son
Busconas ni callejeras.
En casa, en casa. (*Ap.* Me voy,
Que ya el enojo me ciega.)
(*Se va, olvidándose del sombrero.*)

BLASA.
Digo, señor! ¿y el sombrero?
Señor! Sí... ¡Qué paso lleva!
Señor! ¿Cuánto va que pierde
Este viejo la chabeta?
Ya vuelve. Gracias á Dios.
(*Vuelve don Roque. Blasa le da el sombrero, y él se va.*)
Tomad el sombrero.

D. ROQUE.
Venga.

ESCENA VII.

BLASA, MUÑOZ.

BLASA.
¡Qué singular es el hombre!
¿Y que haya muger que quiera,
(*Blasa se pasea por el teatro. Cuando sale Muñoz y la ve, quiere retirarse.*)
En lo mejor de su edad,
Con una cara de perla,
Dos ojos como luceros,
Y un chiste que á todos prenda,
Enlodazarse en un viejo
Tan carcamal y tan bestia?
¡Guarda Pablo! Mejor es
Morir de puro doncella,
Que sufrir á un mamarracho
De un maridazo, alma en pena,
Con mas tachas y alifafes
Que el caballo de Gonela.
¿Qué es eso, señor Muñoz?
¿Os meten miedo las hembras?
Si os estorbo...

MUÑOZ.
Sí, me estorbas.

BLASA.
¿Con que os estorbo? ¿De veras?

MUÑOZ.
No tengo gana de hablar.

BLASA.
¿Con que me iré?

MUÑOZ.
Cuando quieras.

BLASA.
¡Qué ceño! Desde que estoy
En esta casa perversa,
Nunca os he visto reir,
Siempre con mal gesto.

MUÑOZ.
Y ella,
Siempre hablar que te hablarás.

BLASA.
Hago bien, que tengo lengua.

MUÑOZ.
Hace mal.

BLASA.
No, sino bien.

MUÑOZ.
Vaya, no tengamos fiesta.

BLASA.
Quiero hablar.

MUÑOZ, *amenazándola.*
Calla.

BLASA.
Sí, quiero
Hablar. Dale! ¡Hay tal cansera!
Fastidiosazo de viejo.

MUÑOZ.
Mira...

BLASA.
Cara de laceria.

MUÑOZ.
Sí...

BLASA.

Rodrigon, pitarroso,
Judas: rabia, rabia.

MUÑOZ.

Espera.

ESCENA VIII.

MUÑOZ, DON ROQUE.

MUÑOZ.

Picarona! Bien se ve
Que no hay en casa quien tenga
Calzones. ¡Picaronaza,
Atrevida, desenvuelta!
¡A mí! Vaya, yo no entiendo
Como he tenido paciencia.
El diablo sabe porqué.

D. ROQUE, *saliendo por la puerta del foro que da salida á la callejuela indicada. Deja el capote y sombrero en el canapé.*

Muñoz, ya estamos de vuelta.
Buena prevencion ha sido
Que pasaras á esta pieza
Para espantarlas de aquí.
Cuando cerrabas la puerta
Ví al canalla de Ginés,
Que estaba de centinela
En esa casa de al lado:
Yo torcí la callejuela,
Fingiendo no haberle visto;
Y él, que me observaba, apenas
Me aparté un poco, marchó,
Sin duda á llevar las nuevas
A don Juan, ó don Demonio.

MUÑOZ.

Pero bien, ¿qué se grangea
Con ese embrollo maldito
De vueltas y de revueltas?
Cuidado, que mas parecen
Cosas de chicos que juegan,
Que no de señor mayor.

D. ROQUE.

Mira, Muñoz, esta treta
Es para que si don Juan,
Como le han dicho que venga,
Por temor de hallarme aquí
Se ha detenido, y espera
Para asegurar el lance
Billete, recado ó seña;
Saliendo yo, desde luego
Su duda se desvanezca,
Y entonces...

MUÑOZ.

¿Y entonces, qué?

D. ROQUE.

La cosa está ya dispuesta...
Pero no nos detengamos
En balde, que el tiempo aprieta.
Vete, por Dios, á tu cuarto.

MUÑOZ, *aparte.*

Mucha diversion me espera.

D. ROQUE.

En tanto que yo la traigo
Hácia acá... Pero ¿no es ella?

MUÑOZ.

La misma.

ESCENA IX.

DON ROQUE, DOÑA ISABEL.

(*Al salir doña Isabel se sorprende de ver allí á don Roque.*)

D. ROQUE.

¿De qué te asustas?

Dª. ISABEL.

Presumí que estabais fuera,
Porque Blasa...

D. ROQUE.

Sí, he salido
A dar por ahí una vuelta,
Y... ¿Qué dices?

Dª. ISABEL.

Nada.

D. ROQUE.

Qué?

Dª. ISABEL.

Nada, señor.

D. ROQUE.

No se pierda
El tiempo.

(*Cierra con llave la puerta de la izquierda.*)

Dª. ISABEL.

Señor, ¿qué haceis?
¡Ay de mí! La llave...

D. ROQUE.

Deja
La llave : nada te importa
La llave.

Dª. ISABEL.

Pero ¿á qué es esta
Prevencion?

D. ROQUE.

Mira, Isabel,
Yo sé que á don Juan esperas :
Él va á venir.

Dª. ISABEL.

Señor!

D. ROQUE.

Calla :
No me grites, que lo echas
A perder. Él va á venir :
Yo me escondo en esa pieza;
Tú, sentada en esta silla,
De modo que yo te vea,
Le has de recibir. Dirásle
Que ni un punto se detenga
En mi casa; que á que vienen
Todas esas morisquetas
De hacer que se va, y quedarse,
Que en su vida á verte vuelva;
Y que aunque yo no sé nada,
Es muy fácil que lo sepa...
Pero á la puerta han llamado.

(Suena la campanilla hácia el lado derecho. Don Roque coloca la silla á la distancia que le conviene. Doña Isabel no quiere sentarse. Don Roque, asiéndola de ambos brazos, la obliga á hacerlo.)

Siéntate; la silla vuelta
Hácia este lado.

Dª. ISABEL.

Advertid...

D. ROQUE.

Escusadas advertencias.

Dª. ISABEL.

Mirad, señor, lo que haceis.

D. ROQUE.

Isabelita, ten cuenta
Con lo que te he dicho. Mira
Que si noto alguna seña
O palabra, no podré
Reportarme, aunque mas quiera,
Y tendremos que sentir.

Dª. ISABEL.

¡Ay infeliz! ¡Qué funesta
Situacion! Pero, es posible...

D. ROQUE.

Presto : vamos, que ya llega.

Dª. ISABEL.

Escuchadme.

D. ROQUE.

Lo que he dicho
Harás. Cuidado con ella.

(Amenazándola. Recoge el capote y el sombrero y se va á su despacho, dejando un poco entreabierta la puerta para observar desde adentro lo que suceda.)

ESCENA X.

DOÑA ISABEL, DON JUAN.

Dª. ISABEL.

Ay! ¡desgraciada de mí!
¡Ay qué angustia! ¡Quién pudiera
Avisarle! No hay remedio.

D. JUAN.

¿En fin, Isabel, ordenas
Que volviendo á verte ahora
Nuevo tormento padezca?
¿A qué fin, Isabel mia,
Me detienes, si no espera
Alivio nuestro dolor?
Pero ¿qué pesar te aqueja?
¿Qué tienes? Enjuga, hermosa,
Esas lágrimas : en ellas
Harto me dices; no ignoro
De tus ojos la elocuencia.
Ya sé, mi bien, ya sé cuanto
Esta partida te cuesta;
Pero...

Dª. ISABEL.

Don Juan, ¿qué decis?

¿Qué decis? Idos, no sea
Que mi esposo...

D. JUAN.

No receles,
Que no está en casa. No temas.
Y Ginés quedó advertido
De avisarme cuando venga.

Dª. ISABEL.

En cualquiera ocasion debo
Serle fiel. Ved que si llega
A saber vuestra porfía...

D. JUAN.

Cielos! ¿qué mudanza es esta?
¿Qué lenguaje, que no entiendo?
Isabel, haz que yo sepa
Estos enigmas, que el alma
Tengo de tu voz suspensa.
Tú me llamaste, y ahora...

Dª. ISABEL.

¿Yo os llamé?

D. JUAN.

¿Qué, me lo niegas?
¿Me lo niegas? ¡Ah cruel!
Pues...

Dª. ISABEL.

Callad.

D. JUAN.

Tú harás que pierda
El sentido, ingrata. ¿Cómo
Cupo en tí tanta fiereza?

Dª. ISABEL.

Ignoro lo que decis.

D. JUAN.

¿Lo ignoras? Pero no quieras
Apurar mi sufrimiento,
Isabel, de esa manera.

Dª. ISABEL.

Ya he dicho que os vais. Hacedlo:
No por vos, señor, padezca
Mi decoro.

D. JUAN.

¡Ah fementida
Muger! ¡Que asi mi firmeza
Pagas! ¿Para esto quisiste
Que viniese? ¿Para esa
Nueva traicion, que tenias
Contra mi vida dispuesta?
Si ya me aparté de tí,
Si ya mi fuga resuelta
Pensaba no verte mas,
¿A qué me dices que vuelva?
Pérfida!

Dª. ISABEL.

Mirad, señor,
Lo que decis; pues si llega
Vuestra ceguedad á tanto
Que alguno de casa os sienta...
Mi esposo...

D. JUAN.

Sí, ya lo sé.
¿Le has dicho ya que no tema;
Que el amor que me juraste
Fué mentirosa apariencia?
Pero, aleve, ¿qué disculpa
Me das? ¿Ninguna te queda?
Callas, infiel, porque sabes
Que callando me atormentas.
¿Y yo me detengo? A Dios.
Voy á morir: nada anhela
Tu amante, sino acabar
La vida que ya detesta:
Ni seré tan infeliz
Que cuando aspiro á perderla,
No lo consiga al impulso
De tempestades deshechas.
Asi pudiera olvidar
Mi error pasado y mi pena,
Tus alevosos cariños...
Ah! ¿qué digo? No. Perezcan,
Perezcan... Yo las creí
Alivio de mis tristezas...

(*Saca unas cartas y las rasga. Doña Isabel se levanta queriendo, en vano, contenerle.*)

Tuyas son. ¡Traidoras cartas!
Míralas: tuya es la letra...
No quede memoria alguna...

Dª. ISABEL.

¿Qué haceis? ¡Ay de mí!

D. JUAN.

No, deja,
Déjame.

Dª. ISABEL.

Cielos! Señor!...

D. JUAN.
No las quiero, no. Me acuerdan
Tus engaños.

Dª. ISABEL.
Infeliz!
¿Qué nueva desdicha es esta?
Idos, señor.

D. JUAN.
Sí, cruel.

Dª. ISABEL.
¡Pobre de mí! Yo voy muerta.
(*Tuerce la llave de la puerta del lado izquierdo, y se va.*)

ESCENA XI.

D. ROQUE.

Mejor será. Sí, es mejor.
(*Sale apresuradamente de su despacho con capote y sombrero.*)
Hasta que embarcar le vea...
Vamos allá, no se escurra
Y tengamos otra fiesta.
¡La Isabelita y su alma!
Esta es echadiza.

ESCENA XII.

DON ROQUE, DOÑA BEATRIZ, DOÑA ISABEL.

Dª. BEATRIZ.
Espera.

D. ROQUE.
Voy de prisa.

Dª. BEATRIZ.
¿Qué ha ocurrido,
Hermano? que en esa pieza
He visto á Isabel llorosa,
Angustiada, descompuesta...
La pregunto y no responde;
Solo suspirando alienta...
¿Qué ha habido aquí?

D. ROQUE.
Lo mejor
Es preguntárselo á ella,
Que yo no estoy para echar
Relaciones de comedia.

(*Vase al tiempo que doña Isabel sale por la parte opuesta. El diálogo indica la accion y movimiento de los personages.*)

Dª. ISABEL.
¡Beatriz, hermana! ¡Ay de mí!

Dª. BEATRIZ.
¿Qué es esto, Isabel, que llena
De dudas me tienes?

Dª. ISABEL.
Esto
Es sufrir penas acerbas;
Esto es nacer desdichada.
¿Qué haremos? Llama. No; deja,
Es mejor que... Yo no sé.
No estoy en mí.

Dª. BEATRIZ.
Escucha, espera.
¿A dónde vas?

Dª. ISABEL.
A evitar
Que le mate.

Dª. BEATRIZ.
¿A quién? Sosiega
El temor.

Dª. ISABEL.
¿Pues no ha salido
Detras de él? No me detengas:
Déjame que vaya...

Dª. BEATRIZ.
¿A qué?

Dª. ISABEL.
A morir, pues ya no queda
Otro remedio, Beatriz;
Ni hay muger á quien suceda
Igual desgracia. Don Juan
Vino...

Dª. BEATRIZ.
¿Qué dices?

Dª. ISABEL.
Sí. En esa
Pieza se ocultó tu hermano.
Todo lo ha visto. Él se aleja,
Culpando mi ingratitud.
¡Ay Beatriz! ni se me acuerda
Lo que le dije, ni supe,
Ni era fácil que advirtiera...

Mísera! ¿qué pude hacer?

Dª. BEATRIZ.

¿En fin, Isabel, te deja?
Pues si en él se va el peligro,
No asi desmayes, ni cedas
Tan pronto á la desventura
Que acaso tú propia aumentas
Con tu temor.

Dª. ISABEL.

Es verdad.
Pero ¡ay de mí! cuando vuelva
¿Qué le diré? ¿Quién podrá
Reducirle á que me crea?
Si está airado contra mí
Y confirmó su sospecha
Este acaso, no es posible
Que á mis razones atienda.
Infeliz! ¿Y vivo, y vivo?
¿Cómo hay en mí resistencia?

Dª. BEATRIZ.

No á la desesperacion
Te entregues de esa manera:
Y piérdase todo, como
La esperanza no se pierda.
Ven adentro; que no es bien
Esponerse á que te vea
Mi hermano al volver.

Dª. ISABEL.

Bien dices.
Vamos... ¡El tiro de leva!

(*Al encaminarse las dos hácia el lado izquierdo se oye á lo lejos un cañonazo. Doña Isabel cae desmayada en una silla.*)

¡Ya se va, Beatriz! ¡Dios mio!

Dª. BEATRIZ.

¿Qué te da, hermana? No alienta.
Isabel!... ¡Válgame Dios!
No vuelve. Si llamo, es fuerza
Que esto se publique... Blasa!
Estas resultas esperan
Tales casamientos. Blasa!
Será preciso que venga.
Pero ya vuelve. Isabel!

Dª. ISABEL.

Ay de mí!

Dª. BEATRIZ.

¿Qué sientes? Prueba
Si te puedes sostener;
Iré por agua.

Dª. ISABEL.

No, espera,
No te vayas.

Dª. BEATRIZ.

No me iré.
Apóyate en mí.

Dª. ISABEL.

¡Qué pena!

Dª. BEATRIZ.

Llora, suspira; que ahora
Nadie nos ve.

Dª. ISABEL.

¡Qué funesta
Venida!

Dª. BEATRIZ.

Isabel, por Dios...
¿Otra vez de eso te acuerdas?

Dª. ISABEL.

Ya se fué; ya se acabó
El afan.

Dª. BEATRIZ.

¡Qué asi te quieras
Atormentar!

Dª. ISABEL.

Ya se fué.
¡Triste de la que se queda!
No volveremos á vernos
Jamas. ¿Quién me lo dijera?
Mucho le quise, Beatriz,
Mucho le quise...

Dª. BEATRIZ.

Si empiezas
De nuevo con esas cosas,
Te abandono.

Dª. ISABEL.

Ay! ¿tú me dejas?

Dª. BEATRIZ.

No: descansa.

Dª. ISABEL.

En fin se va,
Creyendo que le desprecia
Su amada, que le aborrece...
Ah! no es verdad, no lo creas.

Te quiero, mi bien, te adoro;
No dudes de mi firmeza:
Primero y último amor
Es el que en mi pecho alberga.
Soy infeliz, no mudable.
Digna fué de tus finezas,
Isabel: ay! y la vida
La ha de costar esta ausencia.

Dª. BEATRIZ.

Hermana, ven. Me parece
(Mirando á la puerta de la derecha. Doña Isabel se levanta llena de agitacion.
Que ha entrado. No te detengas.

Dª. ISABEL.

Desgraciada! ¿A dónde, á dónde
Iremos que no me vea?
¿Cómo evitaré su enojo?
Helado temor me cerca.
¡Si viene, mísera yo!

Dª. BEATRIZ.

Vamos, Isabel.

Dª. ISABEL.

Si fuera
Posible... Pero ¿qué digo?
Esta es ya mucha bajeza,
Mucho abatimiento es este:
Aquí le espero resuelta.
A quien todo lo ha perdido
¿Qué peligro le amedrenta?
Quita; ya no voy contigo;
Aquí le aguardo.

Dª. BEATRIZ.

¿Qué intentas?

ESCENA XIII.

DOÑA ISABEL, DOÑA BEATRIZ, DON ROQUE, MUÑOZ.

MUÑOZ.

Pero yo ¿qué le he de hacer?

D. ROQUE.

Es que quiero que las veas,
A ver por donde las toman.

MUÑOZ.

Si la cosa está ya hecha,
¿Qué diablos han de decir?
¿Ni qué importa...

D. ROQUE.

Buena pieza!
Ya se fué don Juan; cumplió
Por último su promesa.
Vaya bendito de Dios.
Ello es regular que tengas,
Ayudada de mi hermana,
Tu amiga y tu consejera,
Buena porcion de mentiras
Y de embolismos dispuesta
Para el caso; pero ya
Conozco todas sus tretas,
Y las tuyas. Sí, por cierto,
Me ha enseñado la esperiencia.

Dª. BEATRIZ.

¿Qué quieres decir con eso?

D. ROQUE.

Eh! ¿no lo dije? Ya empieza.
Pero hablemos de una vez.
Ya has visto que no te queda
Disculpa alguna; ya has visto
Que lo sé todo, y que es fuerza,
No siendo yo ningun tonto,
Que esto me enfade y me duela.
Es regular.

Dª. ISABEL.

Sí señor;
Bien decis. Vuestra sospecha
Es justa, no he de negarlo;
Pero sabed...

D. ROQUE.

¡Bueno fuera
Que lo negaras!

MUÑOZ.

Pues digo,
Que se morderá la lengua.

Dª. ISABEL.

Sabed que yo, desgraciada,
Oprimida, con violencia
Os dí la mano de esposa.
No hay remedio, ya soy vuestra.
Pero don Juan... Sí, señor,
Le quise, fué verdadera
Nuestra pasion.

Dª. BEATRIZ.

Isabel!
¿Qué es lo que dices?

Dª. ISABEL.

No fuera
Justo engañaros; le amé.
Asi lo quiso mi estrella.
Él igualmente... Dejad,
Dejadme, señor, que vierta
Estas lágrimas; que todo
Lo que callo dicen ellas.
En fin, engañado vos,
Yo sin tener quien volviera
Por mí, fuí víctima triste
De la avaricia perversa
De mi tutor.

D. ROQUE.

Digo, ¿y cómo,
Entonces que conviniera
Hablarnos á todos claro,
Callaste como una muerta?

Dª. ISABEL.

¡Ah, señor! Con tantos años
¿Aun no teneis esperiencia
De lo que es una muchacha?
¿No sabeis que nos enseñan
A obedecer ciegamente,
Y á que el semblante desmienta
Lo que sufre el corazon?
Cuidadosamente observan
Nuestros pasos, y llamando
Al disimulo modestia,
Padece el alma, y... No importa;
Con tal que calle, padezca.
El respeto, la amenaza,
La edad inocente y tierna,
La timidez natural,
Las siempre falsas ó inciertas
Noticias del mundo... ¡Ay triste!
No soy yo sola: no es esta
La primera vez que supo
La autoridad indiscreta
Oprimir la voluntad.

D. ROQUE.

Muy bien. Y toda esa arenga
¿Qué quiere decir?

Dª. BEATRIZ.

¿Tan necio
Serás, que no lo comprendas?
Quiere decir, que si acaso
Estás airado con ella
Por lo que viste, ya han hecho
Cuanto apetecer pudieras
Separándose los dos.
¿Qué mas disculpa deseas?
Ya no hay motivos de enojo.

D. ROQUE.

Cierto; es una friolera;
No ha habido nada; no importa
Nada; no vale la pena.
¿Es verdad? Lo que yo he visto
No ha sido nada, eh! ¡Parlera
De Satanas!

Dª. ISABEL.

Ya os he dicho
Que le he querido, y que fuera
Mentir negároslo; pero
El cielo ve mi inocencia.
Él sabe que en tal peligro
Logré con débiles fuerzas,
Sino vencer mi pasion,
Evitar efectos de ella.
Le llamé para decirle
Que en su patria se estuviera,
Donde parientes y amigos
Aliviaran sus tristezas;
Recelando que si ahora
Desesperado se ausenta,
Su mismo pesar le mate.
¡Cuántos peligros le cercan!
Pero no, no se malogren
Los instantes. Ya deshecha
Esta amistad, acabada
La causa de vuestra queja,
Vos satisfecho quedais;
Yo triste, asombrada, llena
De dolor. Ah! Ya se fué:
Ya se logró vuestra idea,
Se logró... Pero ¡qué golpe
Tan terrible! ¡Qué violenta
Separacion! Mucho vale
La virtud, pues tanto cuesta.
En fin, señor, por vos solo,
Por una pasion tan necia
Y una aborrecida union,
De vuestra edad tan agena,
Yo perdí mi libertad,

Y él á la muerte se acerca.
Pero este esfuerzo cruel
Algun galardon espera :
Sí, que tanto sacrificio
Bien merece recompensa.
Ya está resuelto. Apartada
De vos, en la mas estrecha
Clausura vivir intento;
Si es vida lo que me resta
Allí...

Dª. BEATRIZ.

¿Qué has dicho, Isabel?

D. ROQUE.

Muger, ¿qué clausura es esa?
Qué? No señor, en mi casa
La tendrás. ¡Pues era buena
La invencion!

Dª. BEATRIZ.

Hermana!

Dª. ISABEL.

No.
Ya lo he pensado, y no queda
Otro arbitrio. ¿Cómo quieres
Que mi trato no le ofenda?
Lleno de desconfianzas
Vivirá : por mas que quiera
Tranquilizarle, jamas
Faltarán zelos y quejas.
Cada accion será un delito,
Cada palabra una prueba
Contra mí : su edad, su genio...
No es posible que convengan,
Para vivir en quietud,
Circunstancias tan opuestas.
Es preciso separarnos.
En tu casa, mientras llega
A efecto, estaré contigo.
Vos, señor, haced que sea,
Si fuere posible, hoy mismo.
Yo os lo suplico, si queda
Alguna reliquia en vos
De aquella aficion funesta
Que me habeis tenido.

D. ROQUE.

Vamos.
No hablemos de esa materia.
Yo me olvidaré de todo,
Y...

Dª. ISABEL.

No, no señor, es fuerza
Que esta merced me otorgueis.

D. ROQUE.

Tú, Beatriz, tendrás con ella
Mas autoridad; por Dios
Persuádela.

Dª. BEATRIZ.

Ya no es esta
Ocasion, ni hallarse pueden
Razones que la contengan.
Basta que no te ofendió,
Basta que elegir pretenda
El medio de no ofenderte
Jamas; y pues limpio queda
Tu honor, déjala vivir
En donde no te aborrezca.

D. ROQUE.

¿Con que yo me he de quedar
Sin muger por una tema?
¿Con que yo tengo la culpa?
Isabel!

Dª. ISABEL.

Estoy resuelta.
Hacedlo. A vuestra opinion
Importa que no se estienda
El caso por la ciudad :
El sigilo y la presteza
Convienen.

D. ROQUE.

Teneis razon :
Matadme, ya nada resta
Sino morirme de rabia.

Dª. ISABEL.

No, vivid, señor; y sea
Con mucha felicidad;
Que yo habitaré contenta
En la soledad que abrazo,
Porque asegurada en ella
Tengamos quietud los dos.
Vamos, Beatriz.

Dª. BEATRIZ.

No difieras
Un instante lo que pide.

D. ROQUE.

Muñoz!

MUÑOZ.

Otra moledera.

D. ROQUE.

Pero bien, Muñoz, ¿qué dices?
Hombre, por Dios.

MUÑOZ.

Si entendiera
Que pudiese haber quietud
Sin encierro, torno y verjas,
No os aconsejara tal:
Pero si es tan manifiesta
La dificultad, que nadie
Habrá que no la comprenda,
Si es preciso, aunque ella fuese
Una santa Dorotea.
Vamos, eso es tan palpable,
Que no merece la pena
De gastar tiempo. ¿Se va?
Muy bien pensado. ¿Se encierra?
Lindamente. A vos os quita
Quebraderos de cabeza,
Y ella en no viendo jamas
Esa cara, está contenta:
Con que, abreviarlo y agur.

D. ROQUE.

¿Con que ello ha de ser por fuerza?
Isabel!

(Don Roque quiere detenerla. Doña Isabel, al acercarse á la puerta, le dirige las últimas palabras con entereza y resolucion.)

Dª. ISABEL.

No, no os escucho.

D. ROQUE.

Pero ¿es posible que quieras?...

Dª. ISABEL.

No me sigais: apartad,
Que en vos se me representa
Un tirano aborrecido.
Lejos de vuestra presencia
Podré vivir; pero ved
Que si un error os empeña
En obligarme á ceder,
No bastará la prudencia,
Y es temible una muger
Desesperada y resuelta. *(Vase.)*

Dª. BEATRIZ.

Ya lo has visto: no la apures.

D. ROQUE.

Haré todo lo que quiera.
Dejadme vivir en paz;
Dejadme... y Dios la haga buena.

Dª. BEATRIZ.

Pero...

D. ROQUE.

Sí, mañana mismo
Haremos la diligencia,
Mañana... Y que me perdone,
Que yo la perdono á ella.

ESCENA XIV.

DON ROQUE, MUÑOZ.

D. ROQUE.

¡Válgame Dios qué muchacha!
(Se pasea por la escena, con ademanes del mayor sentimiento.)
¡Válgame Dios!

MUÑOZ.

No creyera...

D. ROQUE.

Calla, que en cuanto me digas
Tendrás razon: pero deja
Que reniegue de mí mismo;
Pues yo, por mi ligereza,
He sido causa de todo.
Ya lo pago, y aunque sea
Tarde, reconozco ahora
Que no son edades estas
Para pensar en casorios.

MUÑOZ.

Si muchos lo conocieran...
Pero sí... Cuanto mas viejos,
Mas niños y mas troneras.

LA COMEDIA NUEVA.

PERSONAS.

DON ELEUTERIO.
DOÑA AGUSTINA.
DOÑA MARIQUITA.
DON HERMOGENES.
DON PEDRO.
DON ANTONIO.
DON SERAPIO.
PIPÍ.

La escena es en un café de Madrid, inmediato á un teatro.

El teatro representa una sala con mesas, sillas y aparador de café; en el foro una puerta con escalera á la habitacion principal, y otra puerta á un lado, que da paso á la calle.

La accion empieza á las cuatro de la tarde, y acaba á las seis.

LA COMEDIA NUEVA.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

DON ANTONIO, PIPÍ.

(*Don Antonio sentado junto á una mesa : Pipí paseándose.*)

D. ANTONIO.

Parece que se hunde el techo, Pipí.

PIPÍ.

Señor.

D. ANTONIO.

¿Qué gente hay arriba, que anda tal estrépito? ¿Son locos?

PIPÍ.

No señor : poetas.

D. ANTONIO.

¿Cómo poetas?

PIPÍ.

Sí señor : ¡asi lo fuera yo! ¡No es cosa! Y han tenido una gran comida. Burdeos, pajarete, marrasquino, uh!

D. ANTONIO.

¿Y con qué motivo se hace esa francachela?

PIPI.

Yo no sé; pero supongo que será en celebridad de la comedia nueva que se representa esta tarde, escrita por uno de ellos.

D. ANTONIO.

¿Con que han hecho una comedia? ¡Haya picarillos!

PIPÍ.

¿Pues qué, no lo sabia V.?

D. ANTONIO.

No por cierto.

PIPÍ.

Pues ahí está el anuncio en el *Diario*.

D. ANTONIO.

En efecto, aquí está. (*Leyendo en el* Diario, *que está sobre la mesa.*) COMEDIA NUEVA INTITULADA : EL GRAN CERCO DE VIENA. ¡No es cosa! Del sitio de una ciudad hacen una comedia. ¡Si son el diantre! ¡ Ay, amigo Pipí! ¡cuánto mas vale ser mozo de café que poeta ridículo!

PIPÍ.

Pues mire V., la verdad, yo me alegrara de saber hacer, asi, alguna cosa...

D. ANTONIO.

Cómo?

PIPÍ.

Asi, de versos... ¡Me gustan tanto los versos!

D. ANTONIO.

Oh! los buenos versos son muy estimables; pero hoy dia son tan pocos los que saben hacerlos, tan pocos, tan pocos...

PIPÍ.

No, pues los de arriba bien se conoce que son del arte. ¡Válgame Dios! ¡cuántos han echado por aquella boca! Hasta las mugeres.

D. ANTONIO.

Oiga! ¿Tambien las señoras decian coplillas?

PIPÍ.

Vaya! Allí hay una doña Agustina, que es muger del autor de la comedia... Qué! Si V. viera... Unas décimas componia de repente... No es asi la otra, que en toda la mesa no ha hecho mas que retozar con aquel don Hermógenes, y tirarle miguitas de pan al peluquin.

D. ANTONIO.

¿Don Hermógenes está arriba? ¡Gran pedanton!

PIPÍ.

Pues con ese se ha estado jugando; y cuando la decian: «Mariquita, una copla, vaya una copla,» se hacia la vergonzosa; y por mas que la estuvieron azuzando á ver si rompia, nada. Empezó una décima, y no la pudo acabar porque decía que no encontraba el consonante; pero doña Agustina, su cuñada... oh! aquella sí. Mire V. lo que es... Ya se ve, en teniendo vena...

D. ANTONIO.

Seguramente. ¿Y quién es ese que cantaba poco ha, y daba aquellos gritos tan descompasados?

PIPÍ.

Oh! ese es don Serapio.

D. ANTONIO.

Pero ¿qué es? ¿qué ocupacion tiene?

PIPÍ.

Él es... mire V., á él le llaman don Serapio.

D. ANTONIO.

Ah! sí. Ese es aquel bullebulle que hace gestos á las cómicas, y las tira dulces á la silla cuando pasan, y va todos los dias á saber quien dió cuchillada; y desde que se levanta hasta que se acuesta no cesa de hablar de la temporada de verano, la chupa del sobresaliente, y las partes de por medio.

PIPÍ.

Ese mismo. Oh! ese es de los apasionados finos. Aquí se viene todas las mañanas á desayunar; y arma unas disputas con los peluqueros, que es un gusto oirle. Luego se va allá abajo, al barrio de Jesus; se juntan cuatro amigos, hablan de comedias, altercan, rien, fuman en los portales; don Serapio los introduce aquí y acullá hasta que da la una, se despiden, y él se va á comer con el apuntador.

D. ANTONIO.

¿Y ese don Serapio es amigo del autor de la comedia?

PIPÍ.

Toma! Son uña y carne. Y él ha compuesto el casamiento de doña Mariquita, la hermana del poeta, con don Hermógenes.

D. ANTONIO.

¿Qué me dices? ¿Don Hermógenes se casa?

PIPÍ.

¡Vaya si se casa! Como que parece que la boda no se ha hecho ya porque el novio no tiene un cuarto ni el poeta tampoco; pero le ha dicho que con el dinero que le den por esta comedia, y lo que ganará en la impresion, les pondrá la casa y pagará las deudas de don Hermógenes, que parece que son bastantes.

D. ANTONIO.

Sí, serán. ¡Cáspita si serán! Pero, y si la comedia apesta, y por consecuencia ni se la pagan ni se vende, ¿qué harán entonces?

PIPI.

Entonces, ¿qué sé yo? ¡Pero qué! No señor. Si dice don Serapio que comedia mejor no se ha visto en tablas.

D. ANTONIO.

Ah! Pues si don Serapio lo dice

no hay que temer. Es dinero contante, sin remedio. Figúrate tú si don Serapio y el apuntador sabrán muy bien donde les aprieta el zapato, y cual comedia es buena, y cual deja de serlo.

PIPÍ.

Eso digo yo; pero á veces... Mire V., no hay paciencia. Ayer, qué! les hubiera dado con una tranca. Vinieron ahí tres ó cuatro á beber ponch, y empezaron á hablar de comedias: vaya! yo no me puedo acordar de lo que decian. Para ellos no habia nada bueno: ni autores, ni cómicos, ni vestidos, ni música, ni teatro. ¿Qué sé yo cuanto dijeron aquellos malditos? Y dale con el arte, el arte, la moral, y... Deje V.: las... ¿Si me acordaré? Las... ¡Válgate Dios! ¿Cómo decian? Las... las reglas... ¿Qué son las reglas?

D. ANTONIO.

Hombre, difícil esplicártelo. Reglas son unas cosas que usan allá los estrangeros, particularmente los Franceses.

PIPÍ.

Pues, ya decia yo: esto no es cosa de mi tierra.

D. ANTONIO.

Sí tal: aquí tambien se gastan, y algunos han escrito comedias con reglas; bien que no llegarán á media docena (por mucho que se estire la cuenta) las que se han compuesto.

PIPÍ.

Pues ya se ve: mire V., ¡reglas! No faltaba mas. ¡A qué no tiene reglas la comedia de hoy!

D. ANTONIO.

Oh! eso yo te lo fio: bien puedes apostar ciento contra uno á que no las tiene.

PIPÍ.

Y las demas que van saliendo cada dia tampoco las tendrán: ¿no es verdad V.?

D. ANTONIO.

Tampoco. ¿Para qué? No faltaba otra cosa sino que para hacer una comedia se gastaran reglas. No señor.

PIPÍ.

Bien: me alegro. Dios quiera que pegue la de hoy, y luego verá V. cuantas escribe el bueno de don Eleuterio. Porque, lo que él dice, si yo me pudiera ajustar con los cómicos á jornal, entonces... ¡ya se ve! mire V. si con un buen situado podia él...

D. ANTONIO.

Cierto. (*Ap.* ¡Qué simplicidad!)

PIPÍ.

Entonces escribiria. Qué! todos los meses sacaria dos ó tres comedias... Como es tan hábil...

D. ANTONIO.

¿Con que es muy hábil, eh?

PIPÍ.

Toma! Poquito le quiere el segundo barba; y si en él consistiera, ya se hubieran echado las cuatro ó cinco comedias que tiene escritas: pero no han querido los otros, y ya se ve, como ellos lo pagan... En diciendo: no nos ha gustado, ó asi, andar ¡qué diantres! Y luego como ellos saben lo que es bueno; y en fin, mire V. si ellos... ¿No es verdad?

D. ANTONIO.

Pues ya.

PIPÍ.

Pero deje V., que aunque es la primera que le representan, me parece á mí que ha de dar golpe.

D. ANTONIO.

¿Con que es la primera?

PIPÍ.

La primera. ¡Si es mozo todavía! Yo me acuerdo... Habrá cuatro ó cinco años que estaba de escribiente ahí en esa lotería de la esquina, y le iba muy ricamente; pero como despues se hizo page, y el amo se le murió á lo mejor, y él se habia casado de secreto con la

doncella, y tenia ya dos criaturas, y despues le han nacido otras dos otras; viéndose él asi, sin oficio ni beneficio, ni pariente ni habiente, ha cogido y se ha hecho poeta.

D. ANTONIO.

Y ha hecho muy bien.

PIPÍ.

Pues ya se ve: lo que él dice, si me sopla la musa, puedo ganar un pedazo de pan para mantener aquellos angelitos, y asi ir trampeando hasta que Dios quiera abrir camino.

ESCENA II.

DON PEDRO, DON ANTONIO, PIPÍ.

D. PEDRO.

Café.

(*Don Pedro se sienta junto á una mesa distante de don Antonio: Pipí le servirá el café.*)

PIPÍ.

Al instante.

D. ANTONIO.

No me ha visto.

PIPÍ.

¿Con leche?

D. PEDRO.

No... Basta.

PIPÍ.

¿Quién es este?

(*Al retirarse, despues de haber servido el café á don Pedro.*)

D. ANTONIO.

Este es don Pedro de Aguilar, hombre muy rico, generoso, honrado, de mucho talento; pero de un carácter tan ingenuo, tan serio y tan duro, que le hace intratable á cuantos no son sus amigos.

PIPÍ.

Le veo venir aquí algunas veces, pero nunca habla, siempre está de mal humor.

ESCENA III.

DON SERAPIO, DON ELEUTERIO, DON PEDRO, DON ANTONIO, PIPÍ.

D. SERAPIO.

¡Pero, hombre, dejarnos asi!

(*Bajando la escalera, salen por la puerta del foro.*)

D. ELEUTERIO.

Si se lo he dicho á V. ya. La tonadilla que han puesto á mi funcion no vale nada; la van á silbar, y quiero concluir esta mia para que la canten mañana.

D. SERAPIO.

Mañana? ¿Con que mañana se ha de cantar, y aun no estan hechas ni letra ni música?

D. ELEUTERIO.

Y aun esta tarde pudieran cantarla, si V. me apura. ¿Qué dificultad? Ocho ó diez versos de introduccion, diciendo que callen y atiendan, y chitito. Despues unas cuantas coplillas del mercader que hurta, el peluquero que lleva papeles, la niña que está opilada, el cadete que se baldó en el portal, cuatro equivoquillos, etc., y luego se concluye con seguidillas de la tempestad, el canario, la pastorcilla y el arroyito. La música ya se sabe cual ha de ser: la que se pone en todas; se añade ó se quita un par de gorgoritos, y estamos al cabo de la calle.

D. SERAPIO.

¡El diantre es V., hombre! Todo se lo halla hecho.

D. ELEUTERIO.

Voy, voy á ver si la concluyo; falta muy poco. Súbase V.

(*Don Eleuterio se sienta junto á una mesa inmediata al foro: saca de la faltriquera paper y tintero, y escribe.*)

D. SERAPIO.

Voy allá; pero...

D. ELEUTERIO.

Sí, sí, váyase V.; y si quieren mas licor, que lo suba el mozo.

D. SERAPIO.

Sí, siempre será bueno que lleven un par de frasquillos mas. Pipí!

PIPÍ.

Señor!

D. SERAPIO.

Palabra.

(*Don Serapio habla en secreto á Pipí, y vuelve á irse por la puerta del foro: Pipí toma del aparador unos frasquillos, y se va por la misma parte.*)

D. ANTONIO.

¿Cómo va, amigo don Pedro?

(*Don Antonio se sienta cerca de don Pedro.*)

D. PEDRO.

¡Oh, señor don Antonio! No habia reparado en V. Va bien.

D. ANTONIO.

¿V. á estas horas por aquí? Se me hace estraño.

D. PEDRO.

En efecto lo es; pero he comido ahí cerca. A fin de mesa se armó una disputa entre dos literatos que apenas saben leer; dijeron mil despropósitos, me fastidié, y me vine.

D. ANTONIO.

Pues, con ese genio tan raro que V tiene, se ve precisado á vivir como un ermitaño en medio de la corte.

D. PEDRO.

No por cierto. Yo soy el primero en los espectáculos, en los paseos, en las diversiones públicas; alterno los placeres con el estudio; tengo pocos, pero buenos amigos; y á ellos debo los mas felices instantes de mi vida. Si en las concurrencias particulares soy raro algunas veces, siento serlo; pero, ¿qué le he de hacer? Yo no quiero mentir, ni puedo disimular; y creo que el decir la verdad francamente es la prenda mas digna de un hombre de bien.

D. ANTONIO.

Sí; pero cuando la verdad es dura á quien ha de oirla, ¿qué hace V.?

D. PEDRO.

Callo.

D. ANTONIO.

¿Y si el silencio de V. le hace sospechoso?

D. PEDRO.

Me voy.

D. ANTONIO.

No siempre puede uno dejar el puesto, y entonces...

D. PEDRO.

Entonces digo la verdad.

D. ANTONIO.

Aquí mismo he oido hablar muchas veces de V. Todos aprecian su talento, su instruccion y su probidad; pero no dejan de estrañar la aspereza de su carácter.

D. PEDRO.

¿Y porqué? Porque no vengo á predicar al café; porque no vierto por la noche lo que leí por la mañana; porque no disputo, ni ostento erudicion ridícula, como tres, ó cuatro, ó diez pedantes que vienen aquí á perder el dia, y á escitar la admiracion de los tontos y la risa de los hombres de juicio. ¿Por eso me llaman áspero y estravagante? Poco me importa. Yo me hallo bien con la opinion que he seguido hasta aquí, de que en un café jamas debe hablar en público el que sea prudente.

D. ANTONIO.

Pues ¿qué debe hacer?

D. PEDRO.

Tomar café.

D. ANTONIO.

Viva! Pero hablando de otra cosa, ¿qué plan tiene V. para esta tarde?

D. PEDRO.

A la comedia.

D. ANTONIO.

¿Supongo que irá V. á ver la pieza nueva?

D. PEDRO.

¿Qué, han mudado? Ya no voy.

D. ANTONIO.

¿Pero, porqué? Vea V. sus rarezas.

(*Pipí sale por la puerta del foro con salvilla, copas y frasquillos, que dejará sobre el mostrador.*)

D. PEDRO.

¿Y V. me pregunta porqué? ¿Hay mas que ver la lista de las comedias nuevas que se representan cada año, para inferir los motivos que tendré de no ver la de esta tarde?

D. ELEUTERIO.

Hola! Parece que hablan de mi funcion.

(*Escuchando la conversacion de don Antonio y don Pedro.*)

D. ANTONIO.

De suerte, que ó es buena, ó es mala. Si es buena, se admira y se aplaude; si por el contrario está llena de sandeces, se rie uno, se pasa el rato, y tal vez...

D. PEDRO.

Tal vez me han dado impulsos de tirar al teatro el sombrero, el baston y el asiento, si hubiera podido. A mí me irrita lo que á V. le divierte. (*Guarda don Eleuterio papel y tintero: se levanta, y se va acercando poco á poco, hasta ponerse en medio de los dos.*) Yo no sé: V. tiene talento y la instruccion necesaria para no equivocarse en materias de literatura; pero V. es el protector nato de todas las ridiculeces. Al paso que conoce V. y elogia las bellezas de una obra de mérito; no se detiene en dar iguales aplausos á lo mas disparatado y absurdo; y con una rociada de pullas, chufletas é ironías, hace V. creer al mayor idiota que es un prodigio de habilidad. Ya se ve, V. dirá que se divierte; pero, amigo...

D. ANTONIO.

Sí señor, que me divierto. Y por otra parte, ¿no seria cosa cruel ir repartiendo por ahí desengaños amargos á ciertos hombres cuya felicidad estriba en su propia ignorancia? ¿Ni cómo es posible persuadirles...

D. ELEUTERIO.

No, pues... Con permiso de Vds. La funcion de esta tarde es muy bonita seguramente: bien puede V. ir á verla, que yo le doy mi palabra de que le ha de gustar.

D. ANTONIO.

¿Es este el autor?

(*Don Antonio se levanta, y despues de la pregunta que hace á Pipí vuelve á hablar con don Eleuterio.*)

PIPÍ.

Él mismo.

D. ANTONIO.

¿Y de quién es? ¿Se sabe?

D. ELEUTERIO.

Señor, es de un sugeto bien nacido, muy aplicado, de buen ingenio, que empieza ahora la carrera cómica; bien que el pobrecillo no tiene proteccion.

D. PEDRO.

Si es esta la primera pieza que da al teatro, aun no puede quejarse: si ella es buena, agradará necesariamente, y un gobierno ilustrado como el nuestro, que sabe cuanto interesan á una nacion los progresos de la literatura, no dejará sin premio á cualquiera hombre de talento que sobresalga en un género tan difícil.

D. ELEUTERIO.

Todo eso va bien; pero lo cierto es que el sugeto tendrá que contentarse con sus quince doblones que le darán

los cómicos (si la comedia gusta) y muchas gracias.

D. ANTONIO.

Quince? Pues yo creí que eran veinticinco.

D. ELEUTERIO.

No señor: ahora en tiempo de calor no se da mas. Si fuera por el invierno, entonces...

D. ANTONIO.

Calle! ¿Con que en empezando á helar valen mas las comedias? Lo mismo sucede con los besugos.

(Don Antonio se pasea. Don Eleuterio unas veces le dirige la palabra y otras se vuelve hácia don Pedro, que no le contesta ni le mira. Vuelve á hablar con don Antonio, parándose ó siguiéndole: lo cual formará juego de teatro.)

D. ELEUTERIO.

Pues mire V., aun con ser tan poco lo que dan, el autor se ajustaria de buena gana para hacer por el precio todas las funciones que necesitase la compañía; pero hay muchas envidias. Unos favorecen á este, otros á aquel, y es menester una tecla para mantenerse en la gracia de los primeros vocales, que... ¡Ya, ya! Y luego, como son tantos á escribir y cada uno procura despachar su género, entran los empeños, las gratificaciones, las rebajas... Ahora mismo acaba de llegar un estudiante gallego con unas alforjas llenas de piezas manuscritas: comedias, follas, zarzuelas, dramas, melodramas, loas, sainetes... ¿Qué sé yo cuánta ensalada trae allí? Y anda solicitando que los cómicos le compren todo el surtido, y de cada obra á trecientos reales una con otra. ¡Ya se ve! ¿Quién ha de poder competir con un hombre que trabaja tan barato?

D. ANTONIO.

Es verdad, amigo. Ese estudiante gallego hará malísima obra á los autores de la corte.

D. ELEUTERIO.

Malísima. Ya ve V. como estan los comestibles.

D. ANTONIO.

Cierto.

D. ELEUTERIO.

Lo que cuesta un mal vestido que uno se haga.

D. ANTONIO.

En efecto.

D. ELEUTERIO.

El cuarto.

D. ANTONIO.

Oh! sí, el cuarto. Los caseros son crueles.

D. ELEUTERIO.

Y si hay familia...

D. ANTONIO.

No hay duda; si hay familia es cosa terrible.

D. ELEUTERIO.

Vaya V. á competir con el otro tuno, que con seis cuartos de callos y medio pan tiene el gasto hecho.

D. ANTONIO.

¿Y qué remedio? Ahí no hay mas sino arrimar el hombro al trabajo, escribir buenas piezas, darlas muy baratas, que se representen, que aturdan al público, y ver si se puede dar con el gallego en tierra. Bien que la de esta tarde es escelente, y para mí tengo que...

D. ELEUTERIO.

¿La ha leido V.?

D. ANTONIO.

No por cierto.

D. PEDRO.

¿La han impreso?

D. ELEUTERIO.

Sí señor. ¿Pues no se habia de imprimir?

D. PEDRO.

Mal hecho. Mientras no sufra el exámen del público en el teatro, está

muy espuesta; y sobre todo, es demasiada confianza en un autor novel.

D. ANTONIO.

Qué! No señor. Si le digo á V. que es cosa muy buena. ¿Y dónde se vende?

D. ELEUTERIO.

Se vende en los puestos del *Diario*, en la librería de Perez, en la de Izquierdo, en la de Gil, en la de Zurita, y en el puesto de los cobradores á la entrada del coliseo. Se vende tambien en la tienda de vinos de la calle del Pez, en la del herbolario de la calle Ancha, en la jabonería de la calle del Lobo, en la...

D. PEDRO.

¿Se acabará esta tarde esa relacion?

D. ELEUTERIO.

Como el señor preguntaba...

D. PEDRO.

Pero no preguntaba tanto. ¡Si no hay paciencia!

D. ANTONIO.

Pues la he de comprar, no tiene remedio.

PIPÍ.

Si yo tuviera dos reales. ¡Voto va!

D. ELEUTERIO.

Véala V. aquí.

(*Saca una comedia impresa, y se la da á don Antonio.*)

D. ANTONIO.

Oiga! es esta. A ver. Y ha puesto su nombre. Bien, asi me gusta: con eso la posteridad no se andará dando de calabazadas por averiguar la gracia del autor. (*Lee don Antonio.*) POR DON ELEUTERIO CRISPIN DE ANDORRA... « Salen el emperador Leopoldo, el rey de Polonia y Federico senescal, vestidos de gala, con acompañamiento de damas y magnates, y una brigada de húsares á caballo. » ¡Soberbia entrada! « Y dice el emperador :

Ya sabeis, vasallos mios,
Que habrá dos meses y medio
Que el turco puso á Viena
Con sus tropas el asedio,
Y que para resistirle
Unimos nuestros denuedos,
Dando nuestros nobles brios,
En repetidos encuentros,
Las pruebas mas relevantes
De nuestros invictos pechos. »

¡Qué estilo tiene! Cáspita! ¡Qué bien pone la pluma el pícaro!

« Bien conozco que la falta
Del necesario alimento
Ha sido tal, que rendidos
De la hambre à los esfuerzos,
Hemos comido ratones,
Sapos y sucios insectos. »

D. ELEUTERIO.

¿Qué tal? ¿No le parece á V. bien? (*Hablando á don Pedro.*)

D. PEDRO.

Eh! á mí, que...

D. ELEUTERIO.

Me alegro que le guste á V. Pero no, donde hay un paso muy fuerte es al principio del segundo acto. Búsquele V... ahí... por ahí ha de estar. Cuando la dama se cae muerta de hambre.

D. ANTONIO.

Muerta?

D. ELEUTERIO.

Sí señor, muerta.

D. ANTONIO.

¡Qué situacion tan cómica! Y estas esclamaciones que hace aquí, ¿contra quién son?

D. ELEUTERIO.

Contra el visir, que la tuvo seis dias sin comer, porque ella no queria ser su concubina.

D. ANTONIO.

Pobrecita! ¡Ya se ve! El visir seria un bruto.

D. ELEUTERIO.

Sí señor.

D. ANTONIO.

Hombre arrebatado : eh?

D. ELEUTERIO.

Sí señor.

D. ANTONIO.

Lascivo como un mico, feote de cara : ¿es verdad?

D. ELEUTERIO.

Cierto.

D. ANTONIO.

Alto, moreno, un poco bizco, grandes bigotes.

D. ELEUTERIO.

Sí señor, sí. Lo mismo me le he figurado yo.

D. ANTONIO.

¡Enorme animal! Pues no, la dama no se muerde la lengua. ¡No es cosa como le pone! Oiga V., don Pedro.

D. PEDRO.

No, por Dios; no lo lea V.

D. ELEUTERIO.

Es que es uno de los pedazos mas terribles de la comedia.

D. PEDRO.

Con todo eso.

D. ELEUTERIO.

Lleno de fuego.

D. PEDRO.

Ya.

D. ELEUTERIO.

Buena versificacion.

D. PEDRO.

No importa.

D. ELEUTERIO.

Que alborotará en el teatro si la dama lo esfuerza.

D. PEDRO.

Hombre, si he dicho ya que...

D. ANTONIO.

Pero á lo menos, el final del acto segundo es menester oirle.

(*Lee don Antonio, y al acabar da la comedia á don Eleuterio.*)

EMP. Y en tanto que mis recelos...
VISIR. Y mientras mis esperanzas...
SENESC. Y hasta que mis enemigos...
EMP. Averiguo.
VISIR. Logre.
SENESC. Caigan.
EMP. Rencores, dadme favor.
VISIR. No me dejes, tolerancia.
SENESC. Denuedo, asiste á mi brazo.
TODOS. Para que admire la patria
El mas generoso ardid
Y la mas tremenda hazaña.

D. PEDRO, *se levanta impaciente, en ademan de irse.*

Vamos: no hay quien pueda sufrir tanto disparate.

D. ELEUTERIO.

¿Disparates los llama V.?

D. PEDRO.

¿Pues no?

(*Don Antonio observa á don Eleuterio y á don Pedro, y se rie de entrambos.*)

D. ELEUTERIO.

¡Vaya que es tambien demasiado! Disparates! Pues no, no los llaman disparates los hombres inteligentes que han leido la comedia. Cierto que me ha chocado. Disparates! Y no se ve otra cosa en el teatro todos los dias, y siempre gusta, y siempre lo aplauden á rabiar.

D. PEDRO.

¿Y esto se representa en una nacion culta?

D. ELEUTERIO.

¡Cuenta que me ha dejado contento la espresion! Disparates!

D. PEDRO.

¿Y esto se imprime, para que los estrangeros se burlen de nosotros?

D. ELEUTERIO.

¡Llamar disparates á una especie de coro entre el emperador, el visir y el senescal! Yo no sé qué quieren estas gentes. Si hoy dia no se puede escribir nada, nada que no se muerda y se censure. Disparates! ¡Cuidado que...

PIPÍ.

No haga V. caso.

D. ELEUTERIO, *hablando con Pipí hasta el fin de la escena.*

Yo no hago caso; pero me enfada que hablen asi. Figúrate tú si la conclusion puede ser mas natural, ni mas ingeniosa. El emperador está lleno de miedo, por un papel que se ha encontrado en el suelo sin firma ni sobrescrito, en que se trata de matarle. El visir está rabiando por gozar de

la hermosura de Margarita, hija del conde de Strambangaum, que es el traidor...

PIPÍ.

Calle! ¡Hay traidor tambien! ¡Cómo me gustan á mí las comedias en que hay traidor!

D. ELEUTERIO.

Pues, como digo, el visir está loco de amores por ella; el senescal, que es hombre de bien si los hay, no las tiene todas consigo, porque sabe que el conde anda tras de quitarle el empleo, y continuamente lleva chismes al emperador contra él: de modo, que como cada uno de estos tres personages está ocupado en su asunto, habla de ello, y no hay cosa mas natural.

(*Lee don Eleuterio: lo suspende, y se guarda la comedia.*)

Y en tanto que mis recelos...
Y mientras mis esperanzas...
Y hasta que mis...

¡Ah señor don Hermógenes! ¡á qué buena ocasion llega V.!

(*Sale don Hermógenes por la puerta del foro.*)

ESCENA IV.

D. HERMOGENES, D. ELEUTERIO, D. PEDRO, D. ANTONIO, PIPÍ.

D. HERMÓGENES.

Buenas tardes, señores.

D. PEDRO.

A la órden de V.

D. ANTONIO.

Felicísimas, amigo don Hermógenes.

D. ELEUTERIO.

Digo, me parece que el señor don Hermógenes será juez muy abonado (*Don Pedro se acerca á la mesa en que está el* Diario; *lee para si, y á veces presta atencion á lo que hablan los demas.*) para decidir la cuestion que se trata: todo el mundo sabe su instruccion y lo que ha trabajado en los papeles periódicos, las traducciones que ha hecho del frances, sus actos literarios, y sobre todo, la escrupulosidad y el rigor con que censura las obras agenas. Pues yo quiero que nos diga...

D. HERMÓGENES.

V. me confunde con elogios que no merezco, señor don Eleuterio. V. solo es acreedor á toda alabanza, por haber llegado en su edad juvenil al pináculo del saber. Su ingenio de V., el mas ameno de nuestros dias, su profunda erudicion, su delicado gusto en el arte rítmica, su...

D. ELEUTERIO.

Vaya, dejemos eso.

D. HERMÓGENES.

Su docilidad, su moderacion...

D. ELEUTERIO.

Bien; pero aquí se trata solamente de saber si...

D. HERMÓGENES.

Estas prendas sí que merecen admiracion y encomio.

D. ELEUTERIO.

Ya, eso sí; pero díganos V. lisa y llanamente si la comedia que hoy se representa es disparatada ó no.

D. HERMÓGENES.

Disparatada? ¿Y quién ha prorumpido en un aserto tan...

D. ELEUTERIO.

Eso no hace al caso. Díganos V. lo que le parece, y nada mas.

D. HERMÓGENES.

Sí diré; pero antes de todo conviene saber que el poema dramático admite dos géneros de fábula. *Sunt autem fabulæ aliæ simplices, aliæ implexæ.* Es doctrina de Aristóteles. Pero lo diré en griego para mayor claridad. *Eisi de ton mython oi men aploi oi de peplegmenoi. Cai gar ai praxeis...*

D. ELEUTERIO.

Hombre; pero si...

D. ANTONIO, *siéntase en una silla, haciendo esfuerzos para contener la risa.*

Yo reviento.

D. HERMÓGENES.

Cai gar ai praxeis on mimeseis oi...

D. ELEUTERIO.

Pero...

D. HERMÓGENES.

Mythoi eisin yparchousin.

D. ELEUTERIO.

Pero si no es eso lo que á V. se le pregunta.

D. HERMÓGENES.

Ya estoy en la cuestion. Bien que, para la mejor inteligencia, convendria esplicar lo que los críticos entienden por prótasis, epítasis, catástasis, catástrofe, peripecia, agnicion, ó anagnórisis, partes necesarias á toda buena comedia, y que segun Escalígero, Vossio, Dacier, Marmontel, Castelvetro y Daniel Heinsio...

D. ELEUTERIO.

Bien, todo eso es admirable; pero...

D. PEDRO.

Este hombre es loco.

D. HERMÓGENES.

Si consideramos el orígen del teatro, hallaremos que los Megareos, los Sículos y los Atenienses...

D. ELEUTERIO.

Don Hermógenes, por amor de Dios, si no...

D. HERMÓGENES.

Véanse los dramas griegos, y hallaremos que Anaxippo, Anaxándrides, Eúpolis, Antíphanes, Philípides, Cratino, Cráte, Epicráte, Menecráte y Pherecráte...

D. ELEUTERIO.

Si le he dicho á V. que...

D. HERMÓGENES.

Y los mas celebérrimos dramaturgos de la edad pretérita, todos, todos convinieron *nemine discrepante* en que la prótasis debe preceder á la catástrofe necesariamente. Es asi que la comedia del *Cerco de Viena...*

D. PEDRO, *se encamina hácia la puerta. Don Antonio se levanta y procura detenerle.*

A Dios, señores.

D. ANTONIO.

¿Se va V., don Pedro?

D. PEDRO.

¿Pues quién, sino V., tendrá frescura para oir eso?

D. ANTONIO.

Pero si el amigo don Hermógenes nos va á probar con la autoridad de Hipócrates y Martin Lutero que la pieza consabida, lejos de ser un desatino...

D. HERMÓGENES.

Ese es mi intento; probar que es un acéfalo insipiente cualquiera que haya dicho que la tal comedia contiene irregularidades absurdas; y yo aseguro que delante de mí ninguno se hubiera atrevido á propalar tal asercion.

D. PEDRO.

Pues yo delante de V. la propalo, y le digo que por lo que el señor ha leido de ella, y por ser V. el que la abona, infiero que ha de ser cosa detestable; que su autor será un hombre sin principios ni talento; y que V. es un erudito á la violeta, presumido y fastidioso hasta no mas. A Dios, señores.

(*Hace que se va y vuelve.*)

D. ELEUTERIO, *señalando á don Antonio.*

Pues á este caballero le ha parecido muy bien lo que ha visto de ella.

D. PEDRO.

A ese caballero le ha parecido muy mal; pero es hombre de buen humor, y gusta de divertirse. A mí me lastima en verdad la suerte de estos escritores que entontecen al vulgo con obras tan

desatinadas y monstruosas, dictadas mas que por el ingenio por la necesidad ó la presuncion. Yo no conozco al autor de esa comedia, ni sé quien es; pero si Vds., como parece, son amigos suyos, díganle en caridad que se deje de escribir tales desvaríos; que aun está á tiempo, puesto que es la primera obra que publica; que no le engañe el mal ejemplo de los que deliran á destajo; que siga otra carrera, en que por medio de un trabajo honesto podrá socorrer sus necesidades y asistir á su familia, si la tiene. Díganle Vds. que el teatro español tiene de sobra autorcillos chanflones que le abastezcan de mamarrachos; que lo que necesita es una reforma fundamental en todas sus partes; y que mientras esta no se verifique, los buenos ingenios que tiene la nacion, ó no harán nada, ó harán lo que únicamente baste para manifestar que saben escribir con acierto, y que no quieren escribir.

D. HERMÓGENES.

Bien dice Séneca en su Epístola diez y ocho que...

D. PEDRO.

Séneca dice en todas sus Epístolas que V. es un pedanton ridículo á quien yo no puedo aguantar. A Dios, señores.

ESCENA V.

DON ANTONIO, D. ELEUTERIO, D. HERMOGENES, PIPÍ.

D. HERMÓGENES.

¡Yo pedanton! (*Encarándose hácia la puerta por donde se fué don Pedro. Don Eleuterio se pasea inquieto por el teatro.*) ¡Yo, que he compuesto siete prolusiones greco-latinas sobre los puntos mas delicados del derecho!

D. ELEUTERIO.

¡Lo que él entenderá de comedias cuando dice que la conclusion del segundo acto es mala!

D. HERMÓGENES.

Él será el pedanton.

D. ELEUTERIO.

¡Hablar asi de una pieza que ha de durar lo menos quince dias! Y si empieza á llover...

D. HERMÓGENES.

Yo estoy graduado en leyes, y soy opositor á cátedras, y soy académico, y no he querido ser dómine de Pioz.

D. ANTONIO.

Nadie pone duda en el mérito de V., señor don Hermógenes, nadie; pero esto ya se acabó, y no es cosa de acalorarse.

D. ELEUTERIO.

Pues la comedia ha de gustar, mal que le pese.

D. ANTONIO.

Sí señor, gustará. Voy á ver si le alcanzo; y *velis nolis*, he de hacer que la vea para castigarle.

D. ELEUTERIO.

Buen pensamiento : sí, vaya V.

D. ANTONIO.

En mi vida he visto locos mas locos.

ESCENA VI.

D. HERMOGENES, D. ELEUTERIO.

D. ELEUTERIO.

¡Llamar detestable á la comedia! ¡Vaya que estos hombres gastan un lenguaje que da gozo oirle!

D. HERMÓGENES.

Aquila non capit muscas, don Eleuterio. Quiero decir que no haga V. caso. A la sombra del mérito crece la envidia. A mí me sucede lo mismo. Ya ve V. si yo sé algo...

D. ELEUTERIO.

Oh!

D. HERMÓGENES.

Digo, me parece que (sin vanidad) pocos habrá que...

D. ELEUTERIO.

Ninguno. Vamos; tan completo como V., ninguno.

D. HERMÓGENES.

Que reunan el ingenio á la erudicion, la aplicacion al gusto, del modo que yo (sin alabarme) he llegado a reunirlos. Eh?

D. ELEUTERIO.

Vaya, de eso no hay que hablar: es mas claro que el sol que nos alumbra.

D. HERMÓGENES.

Pues bien, á pesar de eso, hay quien me llama pedante, y casquivano, y animal cuadrúpedo. Ayer, sin ir mas lejos, me lo dijeron en la puerta del Sol delante de cuarenta ó cincuenta personas.

D. ELEUTERIO.

Picardía! ¿Y V. qué hizo?

D. HERMÓGENES.

Lo que debe hacer un gran filósofo. Callé, tomé un polvo, y me fuí á oir una misa á la Soledad.

D. ELEUTERIO.

Envidia todo, envidia. ¿Vamos arriba?

D. HERMÓGENES.

Esto lo digo para que V. se anime, y le aseguro que los aplausos que... Pero, dígame V., ¿ni siquiera una onza de oro le han querido adelantar á V. á cuenta de los quince doblones?

D. ELEUTERIO.

Nada, ni un ochavo. Ya sabe V. las dificultades que ha habido para que esa gente la reciba. Por último hemos quedado en que no han de darme nada hasta ver si la pieza gusta ó no.

D. HERMÓGENES.

¡Oh, corvas almas! ¡Y precisamente en la ocasion mas crítica para mí! Bien dice Tito Livio, que cuando...

D. ELEUTERIO.

Pues ¿ qué hay de nuevo?

D. HERMÓGENES.

Ese bruto de mi casero... El hombre mas ignorante que conozco. Por año y medio que le debo de alquileres me pierde el respeto, me amenaza...

D. ELEUTERIO.

No hay que afligirse. Mañana ó esotro es regular que me den el dinero: pagaremos á ese bribon; y si tiene V. algun pico en la hostería, tambien se...

D. HERMÓGENES.

Sí, aun hay un piquillo; cosa corta.

D. ELEUTERIO.

Pues bien: con la impresion lo menos ganaré cuatro mil reales.

D. HERMÓGENES.

Lo menos. Se vende toda seguramente.

(*Vase Pipí por la puerta del foro.*)

D. ELEUTERIO.

Pues con ese dinero saldremos de apuros: se adornará el cuarto nuevo; unas sillas, una cama y algun otro chisme. Se casa V. Mariquita, como V. sabe, es aplicada, hacendosilla y muy muger: Vds. estarán en mi casa continuamente. Yo iré dando las otras cuatro comedias, que, pegando la de hoy, las recibirán los cómicos con palio. Pillo la moneda, las imprimo, se venden: entre tanto ya tendré algunas hechas, y otras en el telar. Vaya, no hay que temer. Y sobre todo, V. saldrá colocado de hoy á mañana: una intendencia, una toga, una embajada, ¿qué sé yo? Ello es que el ministro le estima á V.: ¿no es verdad?

D. HERMÓGENES.

Tres visitas le hago cada dia.

D. ELEUTERIO.

Sí, apretarle, apretarle. Subamos

arriba, que las mugeres ya estarán...

D. HERMÓGENES.

Diez y siete memoriales le he entregado la semana última.

D. ELEUTERIO.

¿Y qué dice?

D. HERMÓGENES.

En uno de ellos puse por lema aquel celebérrimo dicho del poeta: *Pallida mors æquo pulsat pede pauperum tabernas regumque turres.*

D. ELEUTERIO.

¿Y qué dijo cuando leyó eso de las tabernas?

D. HERMÓGENES.

Que bien; que ya está enterado de mi solicitud.

D. ELEUTERIO.

¡Pues, no le digo á V.! Vamos, eso está conseguido.

D. HERMÓGENES.

Mucho lo deseo, para que á este consorcio apetecido acompañe el episodio de tener que comer, puesto que *sine Cerere et Baccho friget Venus.* Y entonces, oh! entonces... Con un buen empleo y la blanca mano de Mariquita, ninguna otra cosa me queda que apetecer sino que el cielo me conceda numerosa y masculina sucesion.

(*Vanse por la puerta del foro.*)

ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.

DOÑA AGUSTINA, DOÑA MARIQUITA, D. SERAPIO, D. HERMOGENES, D. ELEUTERIO.

(*Salen por la puerta del foro.*)

D. SERAPIO.

El trueque de los puñales, créame V., es de lo mejor que se ha visto.

D. ELEUTERIO.

¿Y el sueño del emperador?

Dª. AGUSTINA.

¿Y la oracion que hace el visir á sus ídolos?

Dª. MARIQUITA.

Pero á mí me parece que no es regular que el emperador se durmiera, precisamente en la ocasion mas...

D. HERMÓGENES.

Señora, el sueño es natural en el hombre, y no hay dificultad en que un emperador se duerma, porque los vapores húmedos que suben al celebro...

Dª. AGUSTINA.

Pero ¿V. hace caso de ella? ¡Qué tontería! Si no sabe lo que se dice... Y á todo esto, ¿qué hora tenemos?

D. SERAPIO.

Serán... Deje V. Podrán ser ahora...

D. HERMÓGENES.

Aquí está mi reloj (*Saca su reloj.*) que es puntualísimo. Tres y media cabales.

Dª. AGUSTINA.

Oh! pues aun tenemos tiempo. Sentémonos, una vez que no hay gente.

(*Siéntanse todos, menos don Eleuterio.*)

D. SERAPIO.

¿Qué gente ha de haber? Si fuera en otro cualquier dia... pero hoy todo el mundo va á la comedia.

Dª. AGUSTINA.

Estará lleno, lleno.

D. SERAPIO.

Habrá hombre que dará esta tarde dos medallas por un asiento de luneta.

D. ELEUTERIO.

Ya se ve... comedia nueva, autor nuevo, y...

Dª. AGUSTINA.

Y que ya la habrán leido muchisimos, y sabrán lo que es. Vaya, no cabrá un alfiler, aunque fuera el coliseo siete veces mas grande.

D. SERAPIO.

Hoy los chorizos se mueren de frio y de miedo. Ayer noche apostaba yo al marido de la Graciosa seis onzas de oro á que no tienen esta tarde en su corral cien reales de entrada.

D. ELEUTERIO.

¿Con que la apuesta se hizo en efecto? Eh?

D. SERAPIO.

No llegó el caso, porque yo no tenia en el bolsillo mas que dos reales y unos cuartos... Pero ¡cómo los hice rabiar! y que...

D. ELEUTERIO.

Soy con Vds.; voy aquí á la librería, y vuelvo.

Dª. AGUSTINA.

¿A qué?

D. ELEUTERIO.

¿No te lo he dicho? Si encargué que me trajesen ahí la razon de lo que va vendido, para que...

Dª. AGUSTINA.

Sí, es verdad. Vuelve presto.

D. ELEUTERIO, *yéndose.*

Al instante.

Dª. MARIQUITA.

¡Qué inquietud! ¡qué ir y venir! No pára este hombre.

Dª. AGUSTINA.

Todo se necesita, hija; y si no fuera por su buena diligencia, y lo que él ha minado y revuelto, se hubiera quedado con su comedia escrita y su trabajo perdido.

Dª. MARIQUITA.

¿Y quién sabe lo que sucederá todavía, hermana? Lo cierto es que yo estoy en brasas; porque, vaya, si la silban, yo no sé lo que será de mí.

Dª. AGUSTINA.

Pero ¿porqué la han de silbar, ignorante? ¡Qué tonta eres, y qué falta de comprension!

Dª. MARIQUITA.

Pues; siempre me está V. diciendo eso. (*Sale Pipí por la puerta del foro con platos, botellas, etc. Lo deja todo sobre el mostrador, y vuelve á irse por la misma parte.*) Vaya, que algunas veces me... ¡Ay, don Hermógenes! no sabe V. qué ganas tengo de ver estas cosas concluidas, y poderme ir á comer un pedazo de pan con quietud á mi casa, sin tener que sufrir tales sinrazones.

D. HERMÓGENES.

No el pedazo de pan, sino ese hermoso pedazo de cielo, me tiene á mí impaciente hasta que se verifique el suspirado consorcio.

Dª. MARIQUITA.

¡Suspirado, sí, suspirado! ¡Quién le creyera á V.!

D. HERMÓGENES.

Pues ¿quién ama tan de veras como yo? ¿Cuándo ni Píramo, ni Marco Antonio, ni los Ptolomeos egipcios, ni todos los Seléucidas de Asiria sintieron jamas un amor comparable al mio?

Dª. AGUSTINA.

¡Discreta hipérbole! Viva, viva. Respóndele, bruto.

Dª. MARIQUITA.

¿Qué he de responder, señora, si no le he entendido una palabra?

Dª. AGUSTINA.

¡Me desespera!

Dª. MARIQUITA.

Pues digo bien. ¿Qué sé yo quien son esas gentes de quien está hablando? Mire V., para decirme: Mariquita, yo estoy deseando que nos casemos. Asi que su hermano de V. coja esos cuartos, verá V. como todo se dispone; porque la quiero á V. mucho, y es V. muy guapa muchacha, y tiene V. unos ojos muy peregrinos, y... ¿Qué sé yo? Asi. Las cosas que dicen los hombres.

Dª. AGUSTINA.

Sí, los hombres ignorantes, que no tienen crianza ni talento, ni saben latin.

Dª. MARIQUITA.

¡Pues, latin! Maldito sea su latin. Cuando le pregunto cualquiera friolera, casi siempre me responde en latin; y para decir que se quiere casar conmigo, me cita tantos autores... Mire V. qué entenderán los autores de eso, ni qué les importará á ellos que nosotros nos casemos ó no.

Dª. AGUSTINA.

¡Qué ignorancia! Vaya, don Hermógenes; lo que le he dicho á V. Es menester que V. se dedique á instruirla y descortezarla; porque, la verdad, esa estupidez me avergüenza. Yo, bien sabe Dios que no he podido mas: ya se ve, ocupada continuamente en ayudar á mi marido en sus obras, en corregírselas (como V. habrá visto muchas veces), en sugerirle ideas á fin de que salgan con la debida perfeccion, no he tenido tiempo para emprender su enseñanza. Por otra parte, es increible lo que aquellas criaturas me molestan. El uno que llora, el otro que quiere mamar, el otro que rompió la taza, el otro que se cayó de la silla, me tienen continuamente afanada. Vaya; yo lo he dicho mil veces: para las mugeres instruidas es un tormento la fecundidad.

Dª. MARIQUITA.

Tormento! ¡Vaya, hermana, que V. es singular en todas sus cosas! Pues yo, si me caso, bien sabe Dios que...

Dª. AGUSTINA.

Calla, majadera, que vas á decir un disparate.

D. HERMÓGENES.

Yo la instruiré en las ciencias abstractas; la enseñaré la prosodia; haré que copie á ratos perdidos el *Arte magna* de Raimundo Lulio, y que me recite de memoria todos los mártes dos ó tres hojas del *Diccionario* de Rubiños. Despues aprenderá los logaritmos y algo de la estática; despues...

Dª. MARIQUITA.

Despues me dará un tabardillo pintado, y me llevará Dios. ¡Se habrá visto tal empeño! No señor: si soy ignorante, buen provecho me haga. Yo sé escribir y ajustar una cuenta, sé guisar, sé aplanchar, sé coser, sé zurcir, sé bordar, sé cuidar de una casa: yo cuidaré de la mia, y de mi marido, y de mis hijos, y yo me los criaré. Pues señor, ¿no sé bastante? ¡Que por fuerza he de ser doctora y marisabidilla, y que he de aprender la gramática, y que he de hacer coplas! ¿Para qué? ¿para perder el juicio? que permita Dios si no parece casa de locos la nuestra, desde que mi hermano ha dado en esas manías. Siempre disputando marido y muger sobre si la escena es larga ó corta, siempre contando las letras por los dedos para saber si los versos estan cabales ó no, si el lance á oscuras ha de ser antes de la batalla ó despues del veneno, y manoseando continuamente *gacetas* y *mercurios* para buscar nombres bien estravagantes, que casi todos acaban

en *of* y en *graf*, para embutir con ellos sus relaciones... Y entre tanto ni se barre el cuarto, ni la ropa se lava, ni las medias se cosen; y lo que es peor, ni se come ni se cena. ¿Qué le parece á V. que comimos el domingo pasado, don Serapio?

D. SERAPIO.

¡Yo, señora! ¿Cómo quiere V. que...

Dª. MARIQUITA.

Pues lléveme Dios, si todo el banquete no se redujo á libra y media de pepinos, bien amarillos y bien gordos, que compré á la puerta, y un pedazo de rosca que sobró del dia anterior. Y éramos seis bocas á comer, que el mas desganado se hubiera engullido un cabrito y media hornada sin levantarse del asiento.

Dª. AGUSTINA.

Esta es su cancion : siempre quejándose de que no come, y trabaja mucho. Menos como yo, y mas trabajo en un rato que me ponga á corregir alguna escena, ó arreglar la ilusion de una catástrofe, que tú cosiendo y fregando, ú ocupada en otros ministerios viles y mecánicos.

D. HERMÓGENES.

Sí, Mariquita, sí: en eso tiene razon mi señora doña Agustina. Hay gran diferencia de un trabajo á otro; y los esperimentos cotidianos nos enseñan que toda muger que es literata y sabe hacer versos, *ipso facto* se halla exonerada de las obligaciones domésticas. Yo lo probé en una disertacion que leí á la academia de los Cinocéfalos. Allí sostuve que los versos se confeccionan con la glándula pineal, y los calzoncillos con los tres dedos llamados *pollex*, *index*, é *infamis* : que es decir, que para lo primero se necesita toda la argucia del ingenio; cuando para lo segundo basta solo la costumbre de la mano. Y concluí, á satisfaccion de todo mi auditorio, que es mas difícil hacer un soneto, que pegar un hombrillo; y que mas elogio merece la muger que sepa componer décimas y redondillas, que la que solo es buena para hacer un pisto con tomate, un ajo de pollo, ó un carnero verde.

Dª. MARIQUITA.

Aun por eso en mi casa no se gastan pistos, ni carneros verdes, ni pollos, ni ajos. Ya se ve : en comiendo versos no se necesita cocina.

D. HERMÓGENES.

Bien está, sea lo que V. quiera, ídolo mio; pero si hasta ahora se ha padecido alguna estrechez (*angustam pauperiem*, que dijo el profano), de hoy en adelante será otra cosa.

Dª. MARIQUITA.

¿Y qué dice el profano? ¿que no silbarán esta tarde la comedia?

D. HERMÓGENES.

No señora, la aplaudirán.

D. SERAPIO.

Durará un mes, y los cómicos se cansarán de representarla.

Dª. MARIQUITA.

No, pues no decian eso ayer los que encontramos en la botillería. ¿Se acuerda V., hermana? Y aquel mas alto, á fe que no se mordia la lengua.

D. SERAPIO.

Alto? uno alto, eh? Ya le conozco. (*Se levanta.*) ¡Picaron, vicioso! Uno de capa, que tiene un chirlo en las narices. Bribon! Ese es un oficial de guarnicionero, muy apasionado de la otra compañía. Alborotador! que él fué el que tuvo la culpa de que silbaran la comedia de *El Monstruo mas espantable del ponto de Calidonia*, que la hizo un sastre pariente de un vecino mio; pero yo le aseguro al...

Dª. MARIQUITA.

¿Qué tonterías está V. ahí diciendo? Si no es ese de quien yo hablo.

D. SERAPIO.

Sí, uno alto, mala traza, con una señal que le coge...

Dª. MARIQUITA.

Si no es ese.

D. SERAPIO.

¡Mayor gatallon! ¡Y qué mala vida dió á su muger! Pobrecita! Lo mismo la trataba que á un perro.

Dª. MARIQUITA.

Pero si no es ese, dale. ¿A qué viene cansarse? Este era un caballero muy decente; que no tiene ni capa ni chirlo, ni se parece en nada al que V. nos pinta.

D. SERAPIO.

Ya; pero voy al decir. ¡Unas ganas tengo de pillar al tal guarnicionero! No irá esta tarde al patio, que si fuera... eh!... Pero el otro dia ¡qué cosas le dijimos allí en la plazuela de San Juan! Empeñado en que la otra compañía es la mejor, y que no hay quien la tosa. ¿Y saben Vds. (*Vuelve á sentarse.*) porqué es todo ello? Porque los domingos por la noche se van él y otros de su pelo á casa de la Ramirez, y allí se estan parlando en el recibimiento con la criada: despues les saca un poco de queso, ó unos pimientos en vinagre, ó asi; y luego se van á palmotear como desesperados á las barandillas y al degolladero. Pero no hay remedio: ya estamos prevenidos los apasionados de acá; y á la primera comedia que echen en el otro corral, zas, sin remision, á silbidos se ha de hundir la casa. A ver...

Dª. MARIQUITA.

¿Y si ellos nos ganasen por la mano, y hacen con la de hoy otro tanto?

Dª. AGUSTINA.

Sí, te parecerá que tu hermano es lerdo, y que ha trabajado poco estos dias para que no le suceda un chasco. Él se ha hecho ya amigo de los principales apasionados del otro corral; ha estado con ellos; les ha recomendado la comedia, y les ha prometido que la primera que componga será para su compañía. Ademas de eso, la dama de allá le quiere mucho; él va todos los dias á su casa á ver si se la ofrece algo, y cualquiera cosa que allí ocurre, nadie la hace sino mi marido. Don Eleuterio, tráigame V. un par de libras de manteca. Don Eleuterio, eche V. un poco de alpiste á ese canario. Don Eleuterio, dé V. una vuelta por la cocina, y vea V. si empieza á espumar aquel puchero. Y él, ya se ve, lo hace todo con una prontitud y un agrado, que no hay mas que pedir; porque en fin el que necesita es preciso que... Y por otra parte, como él, bendito sea Dios, tiene tal gracia para cualquier cosa, y es tan servicial con todo el mundo... ¡Qué silbar!... No, hija, no hay que temer; á buenas aldabas se ha agarrado él para que le silben.

D. HERMÓGENES.

Y sobre todo, el sobresaliente mérito del drama bastaria á imponer taciturnidad y admiracion á la turba mas gárrula, mas desenfrenada é insipiente.

Dª. AGUSTINA.

Pues ya se ve. Figúrese V. una comedia heróica como esta, con mas de nueve lances que tiene. Un desafío á caballo por el patio, tres batallas, dos tempestades, un entierro, una funcion de máscara, un incendio de ciudad, un puente roto, dos ejercicios de fuego, y un ajusticiado: figúrese V. si esto ha de gustar precisamente.

D. SERAPIO.

¡Toma si gustará!

D. HERMÓGENES.

Aturdirá.

D. SERAPIO.

Se despoblará Madrid por ir á verla

Dª. MARIQUITA.

Y á mí me parece que unas comedias asi debian representarse en la plaza de los toros.

ESCENA II.

D. ELEUTERIO, Dª. AGUSTINA, Dª. MARIQUITA, D. SERAPIO, D. HERMOGENES.

Dª. AGUSTINA.

Y bien, ¿qué dice el librero? ¿Se despachan muchas?

D. ELEUTERIO.

Hasta ahora...

Dª. AGUSTINA.

Deja; me parece que voy á acertar: habrá vendido... ¿Cuándo se pusieron los carteles?

D. ELEUTERIO.

Ayer por la mañana. Tres ó cuatro hice poner en cada esquina.

D. SERAPIO.

Ah! y cuide V. (*Levántase.*) que les pongan buen engrudo, porque si no...

D. ELEUTERIO.

Sí, que no estoy en todo. Como que yo mismo le hice con esa mira, y lleva una buena parte de cola.

Dª. AGUSTINA.

El *Diario* y la *Gaceta* la han anunciado ya: ¿es verdad?

D. HERMÓGENES.

En términos precisos.

Dª. AGUSTINA.

Pues irán vendidos... quinientos ejemplares.

D. SERAPIO.

¡Qué friolera! Y mas de ochocientos tambien.

Dª. AGUSTINA.

¿He acertado?

D. SERAPIO.

¿Es verdad que pasan de ochocientos?

D. ELEUTERIO.

No señor, no es verdad. La verdad es que hasta ahora, segun me acaban de decir, no se han despachado mas que tres ejemplares; y esto me da malísima espina.

D. SERAPIO.

¿Tres no mas? Harto poco es.

Dª. AGUSTINA.

Por vida mia, que es bien poco.

D. HERMÓGENES.

Distingo. Poco, absolutamente hablando, niego; respectivamente, concedo: porque nada hay que sea poco ni mucho *per se*, sino respectivamente. Y asi, si los tres ejemplares vendidos constituyen una cantidad tercia con relacion á nueve, y bajo este respecto los dichos tres ejemplares se llaman poco, tambien estos mismos tres ejemplares relativamente á uno, componen una triplicada cantidad, á la cual podemos llamar mucho, por la diferencia que va de uno á tres. De donde concluyo que no es poco lo que se ha vendido, y que es falta de ilustracion sostener lo contrario.

Dª. AGUSTINA.

Dice bien, muy bien.

D. SERAPIO.

Qué! ¡Si en poniéndose á hablar este hombre!...

Dª. MARIQUITA.

Pues, en poniéndose á hablar probará que lo blanco es verde, y que dos y dos son veinticinco. Yo no entiendo tal modo de sacar cuentas... Pero al cabo y al fin, las tres comedias que se han vendido hasta ahora, ¿serán mas que tres?

D. ELEUTERIO.

Es verdad; y en suma, todo el importe no pasará de seis reales.

Dª. MARIQUITA.

Pues, seis reales: cuando esperábamos montes de oro con la tal impresion. Ya voy yo viendo que si mi boda no se ha de hacer hasta que todos

esos papelotes se despachen, me llevarán con palma á la sepultura. (*Llorando.*) ¡Pobrecita de mí!

D. HERMÓGENES.

No asi, hermosa Mariquita, desperdicie V. el tesoro de perlas que una y otra luz derrama.

Dª. MARIQUITA.

Perlas! si yo supiera llorar perlas, no tendria mi hermano necesidad de escribir disparates.

ESCENA III.

D. ANTONIO, D. ELEUTERIO, D. HERMOGENES, DOÑA AGUSTINA, DOÑA MARIQUITA.

D. ANTONIO.

A la órden de Vds., señores.

D. ELEUTERIO.

¿Pues cómo tan presto? ¿No dijo V. que iria á ver la comedia?

D. ANTONIO.

En efecto, he ido. Allí queda don Pedro.

D. ELEUTERIO.

¿Aquel caballero de tan mal humor?

D. ANTONIO.

El mismo. Que quieras que no, le he acomodado (*Sale Pipi por la puerta del foro con un canastillo de manteles, cubiertos, etc., y le pone sobre el mostrador.*) en el palco de unos amigos. Yo creí tener luneta segura; ¡pero qué! ni luneta, ni palcos, ni tertulia, ni cubillos; no hay asiento en ninguna parte.

Dª. AGUSTINA.

Si lo dije.

D. ANTONIO.

Es mucha la gente que hay.

D. ELEUTERIO.

Pues no, no es cosa de que V. se quede sin verla. Yo tengo palco. Véngase V. con nosotros; y todos nos acomodaremos.

Dª. AGUSTINA.

Sí, puede V. venir con toda satisfaccion, caballero.

D. ANTONIO.

Señora, doy á V. mil gracias por su atencion; pero ya no es cosa de volver allá. Cuando yo salí se empezaba la primer tonadilla; con que...

D. SERAPIO.

¿La tonadilla? (*Se levantan todos.*)

Dª. MARIQUITA.

¿Qué dice V.?

D. ELEUTERIO.

¿La tonadilla?

Dª. AGUSTINA.

¿Pues cómo han empezado tan presto?

D. ANTONIO.

No, señora; han empezado á la hora regular.

Dª. AGUSTINA.

No puede ser; si ahora serán...

D. HERMÓGENES.

Yo lo diré (*Saca el reloj.*) : las tres y media en punto.

Dª. MARIQUITA.

Hombre! ¿qué tres y media? Su reloj de V. está siempre en las tres y media.

Dª. AGUSTINA.

A ver... (*Toma el reloj de don Hermógenes, le aplica al oido, y se le vuelve.*) Si está parado.

D. HERMÓGENES.

Es verdad. Esto consiste en que la elasticidad del muelle espiral...

Dª. MARIQUITA.

Consiste en que está parado, y nos ha hecho V. perder la mitad de la comedia. Vamos, hermana.

Dª. AGUSTINA.

Vamos.

D. ELEUTERIO.

¡Cuidado, que es cosa particular! ¡Voto va sanes! La casualidad de...

Dª. MARIQUITA.

Vamos pronto... ¿Y mi abanico?

D. SERAPIO.

Aquí está.

D. ANTONIO.

Llegarán Vds. al segundo acto.

Dª. MARIQUITA.

Vaya, que este don Hermógenes...

Dª. AGUSTINA.

Quede V. con Dios, caballero.

Dª. MARIQUITA.

Vamos aprisa.

D. ANTONIO.

Vayan Vds. con Dios.

D. SERAPIO.

A bien que cerca estamos.

D. ELEUTERIO.

Cierto que ha sido chasco estarnos asi, fiados en...

Dª. MARIQUITA.

Fiados en el maldito reloj de don Hermógenes.

ESCENA IV.

DON ANTONIO, PIPÍ.

D. ANTONIO.

¿Con que estas dos son la hermana y la muger del autor de la comedia?

PIPÍ.

Sí señor.

D. ANTONIO.

¡Qué paso llevan! Ya se ve, se fiaron del reloj de don Hermógenes.

PIPÍ.

Pues yo no sé qué será; pero desde la ventana de arriba se ve salir mucha gente del coliseo.

D. ANTONIO.

Serán los del patio, que estarán sofocados. Cuando yo me vine, quedaban dando voces para que les abriesen las puertas. El calor es muy grande; y por otra parte, meter cuatro donde no caben mas que dos, es un despropósito: pero lo que importa es cobrar á la puerta, y mas que revienten dentro.

ESCENA V.

DON PEDRO, DON ANTONIO, PIPÍ.

D. ANTONIO.

Calle! ¿Ya está V. por acá? Pues y la comedia ¿en qué estado queda?

D. PEDRO.

Hombre, no me hable V. de comedia (*Se sienta.*), que no he tenido rato peor muchos meses ha.

D. ANTONIO, *sentándose junto á don Pedro.*

Pues ¿qué ha sido ello?

D. PEDRO.

¡Qué ha de ser! Que he tenido que sufrir (gracias á la recomendacion de V.) casi todo el primer acto, y por añadidura una tonadilla insípida y desvergonzada, como es costumbre. Hallé la ocasion de escapar, y la aproveché.

D. ANTONIO.

¿Y qué tenemos en cuanto al mérito de la pieza?

D. PEDRO.

Que cosa peor no se ha visto en el teatro desde que las musas de guardilla le abastecen... Si tengo hecho propósito firme de no ir jamas á ver esas tonterías. A mí no me divierten: al contrario me llenan de, de... No señor, menos me enfada cualquiera de nuestras comedias antiguas, por malas que sean. Estan desarregladas, tienen disparates; pero aquellos disparates y aquel desarreglo son hijos del ingenio, y no de la estupidez. Tienen defectos enormes, es verdad; pero entre estos defectos se hallan cosas que, por vida mia, tal vez suspenden y conmueven al espectador en términos de hacerle olvidar ó disculpar cuantos desaciertos han precedido. Ahora compare V. nuestros autores adocenados del dia con los antiguos, y dígame si no valen mas

Calderon, Solis, Rojas, Moreto cuando deliran, que estotros cuando quieren hablar en razon.

D. ANTONIO.

La cosa es tan clara, señor don Pedro, que no hay nada que oponer á ella; pero, dígame V., el pueblo, el pobre pueblo ¿sufre con paciencia ese espantable comedion?

D. PEDRO.

No tanto como el autor quisiera, porque algunas veces se ha levantado en el patio una mareta sorda que traia visos de tempestad. En fin, se acabó el acto muy oportunamente; pero no me atreveré á pronosticar el éxito de la tal pieza, porque aunque el público está ya muy acostumbrado á oir desatinos, tan garrafales como los de hoy jamas se oyeron.

D. ANTONIO.

¿Qué dice V.?

D. PEDRO.

Es increible. Ahí no hay mas que un hacinamiento confuso de especies, una accion informe, lances inverosímiles, episodios inconexos, caractéres mal espresados ó mal escogidos; en vez de artificio, embrollo; en vez de situaciones cómicas, mamarrachadas de linterna mágica. No hay conocimiento de historia, ni de costumbres; no hay objeto moral, no hay lenguaje, ni estilo, ni versificacion, ni gusto, ni sentido comun. En suma, es tan mala y peor que las ótras con que nos regalan todos los dias.

D. ANTONIO.

Y no hay que esperar nada mejor. Mientras el teatro siga en el abandono en que hoy está, en vez de ser el espejo de la virtud y el templo del buen gusto, será la escuela del error y el almacen de las estravagancias.

D. PEDRO.

Pero ¿no es fatalidad que despues de tanto como se ha escrito por los hombres mas doctos de la nacion sobre la necesidad de su reforma, se han de ver todavía en nuestra escena espectáculos tan infelices? ¿Qué pensarán de nuestra cultura los estrangeros que vean la comedia de esta tarde? ¿Qué dirán cuando lean las que se imprimen continuamente?

D. ANTONIO.

Digan lo que quieran, amigo don Pedro, ni V. ni yo podemos remediarlo. ¿Y qué harémos?... Reir ó rabiar: no hay otra alternativa... Pues yo mas quiero reir que impacientarme.

D. PEDRO.

Yo no, porque no tengo serenidad para eso. Los progresos de la literatura, señor don Antonio, interesan mucho al poder, á la gloria y á la conservacion de los imperios; el teatro influye inmediatamente en la cultura nacional; el nuestro está perdido, y yo soy muy español.

D. ANTONIO.

Con todo, cuando se ve que... Pero ¿qué novedad es esta?

ESCENA VI.

D. SERAPIO, D. HERMOGENES, D. PEDRO, D. ANTONIO, PIPÍ.

D. SERAPIO.

Pipí, muchacho; corriendo, por Dios, un poco de agua.

D. ANTONIO.

¿Qué ha sucedido?

(*Se levantan don Antonio y don Pedro.*)

D. SERAPIO.

No te pares en enjuagatorios. Aprisa.

PIPÍ.

Voy, voy allá.

D. SERAPIO.

Despáchate.

PIPÍ.

¡Por vida del hombre! (*Pipí va detras de don Serapio con un vaso de agua. Don Hermógenes, que sale apre-*

surado, tropieza con él, y deja caer el vaso y el plato.) ¿Porqué no mira V.?

D. HERMÓGENES.

¿No hay alguno de Vds. que tenga por ahí un poco de agua de melisa, elixir, estracto, aroma, álcali volátil, éter vitriólico, ó cualquiera quinta esencia antiespasmódica, para entonar el sistema nervioso de una dama exánime?

D. ANTONIO.

Yo no, no traigo.

D. PEDRO.

Pero ¿qué ha sido? ¿Es accidente?

ESCENA VII.

Dª. AGUSTINA, Dª. MARIQUITA, D. ELEUTERIO, D. HERMOGENES, D. SERAPIO, D. PEDRO, D. ANTONIO, PIPÍ.

D. ELEUTERIO.

Sí; es mucho mejor hacer lo que dice don Serapio.

(Doña Agustina muy acongojada, sostenida por don Eleuterio y don Serapio. La hacen que se siente. Pipí trae otro vaso de agua, y ella bebe un poco.)

D. SERAPIO.

Pues ya se ve. Anda, Pipí; en tu cama podrá descansar esta señora...

PIPÍ.

Qué! si está en un camaranchon que...

D. ELEUTERIO.

No importa.

PIPÍ.

¡La cama! La cama es un jergon de arpillera y...

D. SERAPIO.

¿Qué quiere decir eso?

D. ELEUTERIO.

No importa nada. Allí estará un rato, y veremos si es cosa de llamar á un sangrador.

PIPÍ.

Yo bien, si Vds...

Dª. AGUSTINA.

No, no es menester.

Dª. MARIQUITA.

¿Se siente V. mejor, hermana?

D. ELEUTERIO.

¿Te vas aliviando?

Dª. AGUSTINA.

Alguna cosa.

D. SERAPIO.

¡Ya se ve! El lance no era para menos.

D. ANTONIO.

Pero ¿se podrá saber qué especie de insulto ha sido este?

D. ELEUTERIO.

¿Qué ha de ser, señor, qué ha de ser? Que hay gente envidiosa y mal intencionada que... Vaya! No me hable V. de eso, porque... Picarones! ¿Cuándo han visto ellos comedia mejor?

D. PEDRO.

No acabo de comprender.

Dª. MARIQUITA.

Señor, la cosa es bien sencilla. El señor es hermano mio, marido de esta señora, y autor de esa maldita comedia que han echado hoy. Hemos ido á verla: cuando llegamos estaban ya en el segundo acto. Allí habia una tempestad, y luego un consejo de guerra, y luego un baile, y despues un entierro... En fin, ello es que al cabo de esta tremolina salia la dama con un chiquillo de la mano, y ella y el chico rabiaban de hambre; el muchacho decia: Madre, déme V. pan; y la madre invocaba á Demogorgon y al Cancerbero. Al llegar nosotros se empezaba este lance de madre é hijo... El patio estaba tremendo. ¡Qué oleadas! qué toser! qué estornudos! qué bostezar! qué ruido confuso por todas partes!... Pues señor, como digo, salió la dama, y apenas hubo dicho que no habia comido en seis dias, y apenas el chico

empezó á pedirla pan, y ella á decirle que no le tenia, cuando, para servir á Vds., la gente (que á la cuenta estaba ya hostigada de la tempestad, del consejo de guerra, del baile y del entierro) comenzó de nuevo á alborotarse. El ruido se aumenta; suenan bramidos por un lado y otro, y empieza tal descarga de palmadas huecas, y tal golpeo en los bancos y barandillas, que no parecia sino que toda la casa se venia al suelo. Corrieron el telon; abrieron las puertas; salió renegando toda la gente; á mi hermana se la oprimió el corazon, de manera que... En fin, ya está mejor, que es lo principal. Aquello no ha sido ni oido ni visto: en un instante, entrar en el palco y suceder lo que acabo de contar, todo ha sido á un tiempo. ¡Válgame Dios! ¡En lo que han venido á parar tantos proyectos! Bien decia yo que era imposible que...

(*Siéntase junto á doña Agustina.*)

D. ELEUTERIO.

¡Y que no ha de haber justicia para esto! Don Hermógenes, amigo don Hermógenes, V. bien sabe lo que es la pieza; informe V. á estos señores... Tome V. (*Saca la comedia, y se la da á don Hermógenes.*) Léales V. todo el segundo acto, y que me digan si una muger que no ha comido en seis dias tiene razon de morirse, y si es mal parecido que un chico de cuatro años pida pan á su madre. Lea V., lea V., y que me digan si hay conciencia ni ley de Dios para haberme asesinado de esta manera.

D. HERMÓGENES.

Yo, por ahora, amigo don Eleuterio, no puedo encargarme de la lectura del drama. (*Deja la comedia sobre la mesa. Pipí la toma, se sienta en una silla distante, y lee con particular atencion y complacencia.*) Estoy de prisa. Nos veremos otro dia, y...

D. ELEUTERIO.

¿Se va V.?

Dª. MARIQUITA.

¿Nos deja V. asi?

D. HERMÓGENES.

Si en algo pudiera contribuir con mi presencia al alivio de Vds., no me moveria de aquí; pero...

Dª. MARIQUITA.

No se vaya V.

D. HERMÓGENES.

Me es muy doloroso asistir á tan acerbo espectáculo: tengo que hacer. En cuanto á la comedia, nada hay que decir: murió, y es imposible que resucite; bien que ahora estoy escribiendo una apologia del teatro, y la citaré con elogio. Diré que hay otras peores; diré que si no guarda reglas ni conexion, consiste en que el autor era un grande hombre; callaré sus defectos...

D. ELEUTERIO.

¿Qué defectos?

D. HERMÓGENES.

Algunos que tiene.

D. PEDRO.

Pues no decia V. eso poco tiempo ha.

D. HERMÓGENES.

Fué para animarle.

D. PEDRO.

Y para engañarle y perderle. Si V. conocia que era mala, ¿porqué no se lo dijo? ¿Porqué, en vez de aconsejarle que desistiera de escribir chapucerías, ponderaba V. el ingenio del autor, y le persuadia que era escelente una obra tan ridícula y despreciable?

D. HERMÓGENES.

Porque el señor carece de criterio y sindéresis para comprender la solidez de mis raciocinios, si por ellos

intentara persuadirle que la comedia es mala.

Dª. AGUSTINA.

¿ Con que es mala?

D. HERMÓGENES.

Malísima.

D. ELEUTERIO.

¿Qué dice V.?

Dª. AGUSTINA.

V. se chancea, don Hermógenes : no puede ser otra cosa.

D. PEDRO.

No señora, no se chancea : en eso dice la verdad. La comedia es detestable.

Dª. AGUSTINA.

Poco á poco con eso, caballero; que una cosa es que el señor lo diga por gana de fiesta, y otra que V. nos lo venga á repetir de ese modo. V. será de los eruditos que de todo blasfeman, y nada les parece bien sino lo que ellos hacen; pero...

D. PEDRO.

Si V. es marido de esa (*A don Eleuterio.*) señora, hágala V. callar; porque aunque no puede ofenderme cuanto diga, es cosa ridícula que se meta á hablar de lo que no entiende.

Dª. AGUSTINA.

¿ No entiendo? ¿Quién le ha dicho á V. que...

D. ELEUTERIO.

Por Dios, Agustina, no te desazones. Ya ves (*Se levanta colérica, y don Eleuterio la hace sentar.*) cómo estás... ¡Válgame Dios, señor! Pero, amigo (*A don Hermógenes.*), no sé qué pensar de V.

D. HERMÓGENES.

Piense V. lo que quiera. Yo pienso de su obra lo que ha pensado el público; pero soy su amigo de V., y aunque vaticiné el éxito infausto que ha tenido, no quise anticiparle una pesadumbre, porque, como dice Platon y el abate Lampillas...

D. ELEUTERIO.

Digan lo que quieran. Lo que yo digo es que V. me ha engañado como un chino. Si yo me aconsejaba con V.; si V. ha visto la obra lance por lance y verso por verso; si V. me ha exhortado á concluir las otras que tengo manuscritas; si V. me ha llenado de elogios y de esperanzas; si me ha hecho V. creer que yo era un grande hombre, ¿ cómo me dice V. ahora eso? ¿Cómo ha tenido V. corazon para esponerme á los silbidos, al palmoteo, y á la zumba de esta tarde?

D. HERMÓGENES.

V. es pacato y pusilánime en demasía... ¿Porqué no le anima á V. el ejemplo? ¿No ve V. esos autores que componen para el teatro, con cuanta imperturbabilidad toleran los vaivenes de la fortuna? Escriben, los silban, y vuelven á escribir : vuelven á silbarlos, y vuelven á escribir... ¡Oh almas grandes, para quienes los chiflidos son arrullos, y las maldiciones alabanzas!

Dª. MARIQUITA.

¿Y qué quiere V. (*Levántase.*) decir con eso? Ya no tengo paciencia para callar mas. ¿Qué quiere V. decir? ¿Que mi pobre hermano vuelva otra vez...

D. HERMÓGENES.

Lo que quiero decir es que estoy de prisa y me voy.

Dª. AGUSTINA.

Vaya V. con Dios, y haga V. cuenta que no nos ha conocido. Picardía! No sé cómo (*Se levanta muy enojada, encaminándose hácia don Hermógenes, que se va retirando de ella.*) no me tiro á él... Váyase V.

D. HERMÓGENES.

¡ Gente ignorante!

Dª. AGUSTINA.

Váyase V.

D. ELEUTERIO.

Picaron!

D. HERMÓGENES.

¡ Canalla infeliz !

ESCENA VIII.

DON ELEUTERIO, DON SERAPIO, DON ANTONIO, DON PEDRO, DOÑA AGUSTINA, DOÑA MARIQUITA, PIPÍ.

D. ELEUTERIO.

¡ Ingrato, embustero ! ¡ Despues (*Se sienta con ademanes de abatimiento.*) de lo que hemos hecho por él !

Dª. MARIQUITA.

Ya ve V., hermana, lo que ha venido á resultar. Si lo dije, si me lo daba el corazon... Mire V. qué hombre : despues de haberme traido en palabras tanto tiempo, y lo que es peor, haber perdido por él la conveniencia de casarme con el boticario, que á lo menos es hombre de bien y no sabe latin ni se mete en citar autores, como ese bribon.. ¡ Pobre de mí! con diez y seis años que tengo, y todavía estoy sin colocar : por el maldito empeño de Vds. de que me habia de casar con un erudito que supiera mucho... Mire V. lo que sabe el renegado (Dios me perdone) quitarme mi acomodo, engañar á mi hermano, perderle, y hartarnos de pesadumbres.

D. ANTONIO.

No se desconsuele V., señorita, que todo se compondrá. V. tiene mérito, y no la faltarán proporciones mucho mejores que las que ha perdido.

Dª. AGUSTINA.

Es menester que tengas un poco de paciencia, Mariquita.

D. ELEUTERIO.

La paciencia (*Se levanta con viveza.*) la necesito yo, que estoy desesperado de ver lo que me sucede.

Dª. AGUSTINA.

Pero hombre, ¿ que no has de reflexionar...

D. ELEUTERIO.

Calla, muger; calla por Dios, que tú tambien...

D. SERAPIO.

No señor : el mal ha estado en que nosotros no lo advertimos con tiempo... Pero yo le aseguro al guarnicionero y á sus camaradas que si llegamos á pillarlos, solfeo de mojicones como el que han de llevar no le... La comedia es buena, señor; créame V. á mí : la comedia es buena. Ahí no ha habido mas sino que los de allá se han unido, y...

D. ELEUTERIO.

Yo ya estoy en que la comedia no es tan mala, y que hay muchos partidos; pero lo que á mí me...

D. PEDRO.

¿Todavía está V. en esa equivocacion ?

D. ANTONIO, *aparte á don Pedro.*

Déjele V.

D. PEDRO.

No quiero dejarle : me da compasion... Y sobre todo, es demasiada necedad despues de lo que ha sucedido, que todavía esté creyendo el señor que su obra es buena. ¿Porqué ha de serlo ? ¿Qué motivos tiene V. para acertar ? ¿Qué ha estudiado V. ? ¿ Quién le ha enseñado el arte? ¿ Qué modelos se ha propuesto V. para la imitacion? ¿No ve V. que en todas las facultades hay un método de enseñanza, y unas reglas que seguir y observar; que á ellas debe acompañar una aplicacion constante y laboriosa; y que sin estas circunstancias, unidas al talento, nunca se formarán grandes profesores, porque nadie sabe sin aprender? ¿Pues por dónde V., que carece de tales requisitos, presume que habrá podido hacer algo bueno ?

¿Qué, no hay mas sino meterse á escribir, á salga lo que salga, y en ocho dias zurcir un embrollo, ponerle en malos versos, darle al teatro, y ya soy autor? ¿Qué, no hay mas que escribir comedias? Si han de ser como la de V. ó como las demas que se la parecen, poco talento, poco estudio y poco tiempo son necesarios; pero si han de ser buenas (créame V.), se necesita toda la vida de un hombre, un ingenio muy sobresaliente, un estudio infatigable, observacion continua, sensibilidad, juicio esquisito; y todavía no hay seguridad de llegar á la perfeccion.

D. ELEUTERIO.

Bien está, señor : será todo lo que V. dice; pero ahora no se trata de eso. Si me desespero y me confundo, es por ver que todo se me descompone, que he perdido mi tiempo, que la comedia no me vale un cuarto, que he gastado en la impresion lo que no tenia...

D. ANTONIO.

No, la impresion con el tiempo se venderá.

D. PEDRO.

No se venderá, no señor. El público no compra en la librería las piezas que silba en el teatro. No se venderá.

D. ELEUTERIO.

Pues, vea V., no se venderá, y pierdo ese dinero; y por otra parte... ¡Válgame Dios! Yo, señor, seré lo que Vds. quieran : seré mal poeta, seré un zopenco; pero soy hombre de bien. Ese picaron de don Hermógenes me ha estafado cuanto tenia para pagar sus trampas y sus embrollos : me ha metido en nuevos gastos, y me deja imposibilitado de cumplir, como es regular, con los muchos acreedores que tengo.

D. PEDRO.

Pero ahí no hay mas que hacerles una obligacion de irlos pagando poco á poco, segun el empleo ó facultad que V. tenga, y arreglándose á una buena economía.

Dª. AGUSTINA.

¡Qué empleo ni qué facultad, señor! si el pobrecito no tiene ninguna.

D. PEDRO.

Ninguna?

D. ELEUTERIO.

No señor. Yo estuve en esa lotería de ahí arriba; despues me puse á servir á un caballero indiano, pero se murió; lo dejé todo, y me metí á escribir comedias, porque ese don Hermógenes me engatusó y...

Dª. MARIQUITA.

¡Maldito sea él!

D. ELEUTERIO.

Y si fuera decir estoy solo, anda con Dios; pero casado, y con una hermana, y con aquellas criaturas...

D. ANTONIO.

¿Cuántas tiene V.?

D. ELEUTERIO.

Cuatro, señor; que el mayorcito no pasa de cinco años.

D. PEDRO, *aparte con ternura.*

¡Hijos tiene! ¡Qué lástima!

D. ELEUTERIO.

Pues si no fuera por eso...

D. PEDRO.

(*Ap.* Infeliz!) Yo, amigo, ignoraba que del éxito de la obra de V. pendiera la suerte de esa pobre familia. Yo tambien he tenido hijos. Ya no los tengo, pero sé lo que es el corazon de un padre. Dígame V. : ¿sabe V. contar? ¿Escribe V. bien?

D. ELEUTERIO.

Sí señor, lo que es asi cosa de cuentas, me parece que sé bastante. En casa de mi amo... porque yo, señor, he sido page... allí, como digo, no habia mas mayordomo que yo. Yo era el que gobernaba la casa : como, ya se ve, estos señores no en-

tienden de eso. Y siempre me porté como todo el mundo sabe. Eso sí, lo que es honradez y... vaya! Ninguno ha tenido que....

D. PEDRO.

Lo creo muy bien.

D. ELEUTERIO.

En cuanto á escribir, yo aprendí en los escolapios, y luego me he soltado bastante, y sé alguna cosa de ortografía... Aquí tengo... Vea V... (*Saca un papel y se le da á don Pedro.*) Ello está escrito algo de prisa, porque esta es una tonadilla que se habia de cantar mañana... ¡Ay, Dios mio!

D. PEDRO.

Me gusta la letra, me gusta.

D. ELEUTERIO.

Sí señor, tiene su introduccioncita, luego entran las coplillas satíricas con su estribillo, y concluye con las...

D. PEDRO.

No hablo de eso, hombre, no hablo de eso. Quiero decir que la forma de la letra es muy buena. La tonadilla ya se conoce que es prima hermana de la comedia.

D. ELEUTERIO.

Ya.

D. PEDRO.

Es menester que se deje V. de esas tonterías.

(*Volviéndole el papel.*)

D. ELEUTERIO.

Ya lo veo, señor; pero si parece que el enemigo...

D. PEDRO.

Es menester olvidar absolutamente esos devaneos; esta es una condicion precisa que exijo de V. Yo soy rico, muy rico, y no acompaño con lágrimas estériles las desgracias de mis semejantes. La mala fortuna á que le han reducido á V. sus desvaríos necesita, mas que consuelos y reflexiones, socorros efectivos y prontos. Mañana quedarán pagadas por mí todas las deudas que V. tenga.

D. ELEUTERIO.

Señor, ¿qué dice V.?

Dª. AGUSTINA.

¿De veras, señor? ¡Válgame Dios!

Dª. MARIQUITA.

¿De veras?

D. PEDRO.

Quiero hacer mas. Yo tengo bastantes haciendas cerca de Madrid : acabo de colocar á un mozo de mérito, que entendia en el gobierno de ellas. V., si quiere, podrá irse instruyendo al lado de mi mayordomo, que es hombre honradísimo; y desde luego puede V. contar con una fortuna proporcionada á sus necesidades. Esta señora deberá contribuir por su parte á hacer feliz el nuevo destino que á V. le propongo. Si cuida de su casa, si cria bien á sus hijos, si desempeña como debe los oficios de esposa y madre, conocerá que sabe cuanto hay que saber, y cuanto conviene á una muger de su estado y sus obligaciones. V., señorita, no ha perdido nada en no casarse con el pedanton de don Hermógenes; porque, segun se ha visto, es un malvado que la hubiera hecho infeliz; y si V. disimula un poco las ganas que tiene de casarse, no dudo que hallará muy presto un hombre de bien que la quiera. En una palabra, yo haré en favor de Vds. todo el bien que pueda; no hay que dudarlo. Ademas yo tengo muy buenos amigos en la corte, y... Créanme Vds., soy algo áspero en mi carácter, pero tengo el corazon muy compasivo.

Dª. MARIQUITA.

¡Qué bondad!

(*Don Eleuterio, su muger y su hermana quieren arrodillarse á los pies de don Pedro : él lo estorba, y los abraza cariñosamente.*)

D. ELEUTERIO.

¡Qué generoso!

D. PEDRO.

Esto es ser justo. El que socorre la pobreza evitando á un infeliz la desesperacion y los delitos, cumple con su obligacion; no hace mas.

D. ELEUTERIO.

Yo no sé cómo he de pagar á V. tantos beneficios.

D. PEDRO.

Si V. me los agradece, ya me los paga.

D. ELEUTERIO.

Perdone V., señor, las locuras que he dicho y el mal modo...

Dª. AGUSTINA.

Hemos sido muy imprudentes.

D. PEDRO.

No hablemos de eso.

D. ANTONIO.

¡Ah, don Pedro! ¡qué leccion me ha dado V. esta tarde!

D. PEDRO.

V. se burla. Cualquiera hubiera hecho lo mismo en iguales circunstancias.

D. ANTONIO.

Su carácter de V. me confunde.

D. PEDRO.

Eh! los genios serán diferentes; pero somos muy amigos. ¿No es verdad?

D. ANTONIO.

¿Quién no querrá ser amigo de V.?

D. SERAPIO.

Vaya, vaya, yo estoy loco de contento.

D. PEDRO.

Mas lo estoy yo; porque no hay placer comparable al que resulta de una accion virtuosa. Recoja V. esa comedia (*Al ver la comedia que está leyendo Pipí.*); no se quede por ahí perdida, y sirva de pasatiempo á la gente burlona que llegue á verla.

D. ELEUTERIO.

¡Mal haya la comedia (*Arrebata la comedia de manos de Pipí, y la hace pedazos.*), amen, y mi docilidad y mi tontería! Mañana, asi que amanezca, hago una hoguera con todo cuanto tengo impreso y manuscrito, y no ha de quedar en mi casa un verso.

Dª. MARIQUITA.

Yo encenderé la pajuela.

Dª. AGUSTINA.

Y yo aventaré las cenizas.

D. PEDRO.

Asi debe ser. V., amigo, ha vivido engañado: su amor propio, la necesidad, el ejemplo y la falta de instruccion le han hecho escribir disparates. El público le ha dado á V. una leccion muy dura, pero muy útil, puesto que por ella se reconoce y se enmienda. ¡Ojalá los que hoy tiranizan y corrompen el teatro por el maldito furor de ser autores, ya que desatinan como V., le imitaran en desengañarse!



EL BARON.

PERSONAS.

DON PEDRO.	EL BARON.
LA TIA MONICA.	FERMINA.
ISABEL.	PASCUAL.
LEONARDO.	

La escena es en Illescas, en una sala de la casa de la tia Mónica.

El teatro representa una sala adornada á estilo de lugar. Puerta á la derecha que da salida al portal; otra á la izquierda para las habitaciones interiores, y otra en el foro con escalera por donde se sube al segundo piso.

La accion empieza á las cinco de la tarde, y acaba á las diez de la noche.

EL BARON.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

LEONARDO, FERMINA.

LEONARDO.

Sí, Fermina: yo no sé
Qué estraña mudanza es esta;
Ni apenas puedo creer
Que en tres semanas de ausencia
Se haya trocado mi suerte
De favorable en adversa.
¿Qué misterios hay aquí?
¿Porqué su vista me niega
Isabel? ¿Porqué su madre,
Que me ha dado tales pruebas
De estimacion, me despide,
Me injuria?... Oh! ¡cuánto recela
Un infeliz!... Pero, díme,
Ese Baron que se hospeda
En esta casa...

FERMINA.

¿El Baron?

LEONARDO.

Sí: ¿qué pretende? ¿Qué ideas
Son las suyas?

FERMINA.

No es posible
Que un instante me detenga.
(*Mirando adentro con inquietud.*)

LEONARDO.

Pero díme...

FERMINA.

Es que si viene
Mi señora y os encuentra,
Habrá desazon.

LEONARDO.

Despues
Que yo de tu boca sepa
Mi desventura, me iré.
Dí...

FERMINA.

Pues bien, la historia es esta.
Ya sabeis que hace dos meses
Con muy corta diferencia
Que el Baron de Montepino
Se nos presentó en Illescas.
Tomó un cuarto en la posada
De enfrente. Estando tan cerca,
Desde su ventana hablaba
Con nosotras... bagatelas
Y chismes de vecindad:
Vino hasta media docena
De veces á casa, y luego
Fué la amistad mas estrecha.
Hablaba de sus vasallos,
De su apellido y sus rentas,
De sus pleitos con el rey,
De sus mulas, et cetera.
Mi señora le escuchaba
Embebecida y suspensa,
Y todo cuanto él decia
Era un chiste para ella.
Hizo el diantre que á este tiempo
Se os pusiese en la cabeza
Ir á ver á vuestro primo;
Que, á la verdad, no pudierais
Haber ido en ocasion
Mas mala.

LEONARDO.

Estando tan cerca

De Toledo, estando enfermo
De tanto peligro, ¿hubiera
Sido razon...

FERMINA.

Yo no sé...
Voy á acabar, no nos sientan.
Nuestro Baron prosiguió
Sus visitas con frecuencia:
Siempre al lado de mis amas,
Siempre haciéndolas la rueda,
Muy rendido con la moza,
Muy atento con la vieja,
De suerte que la embromó.
La ha llenado la cabeza
De viento: está la muger
Que no vive ni sosiega
Sin su Baron; y él, valido
De la estimacion que encuentra,
Quejándose muchas veces
De que la posada es puerca,
De que no le asisten bien,
Que los gallos no le dejan
Dormir, que no hay en su cuarto
Ni una silla ni una mesa,
Tanto ha sabido fingir,
Y ha sido tan majadera
Mi señora, que ha enviado
Por la trágica maleta
Del Baron, y ha dado en casa
Eficaces providencias
Para que su señoría
Coma, cene, almuerce y duerma.
En efecto, ya es el amo:
Se le han cedido las piezas
De arriba; viene á comer,
Se sube á dormir la siesta,
Vuelve á jugar un tresillo,
O sale á dar una vuelta
Con las señoras; despues
Vienen á casa, refresca,
Cena sin temor de Dios,
Vuelve á subir, y se acuesta.
Tal es su vida. El motivo
De haber venido á esta tierra
Ha sido, segun él dice...
¡Para el tonto que lo crea!
No sé qué lance de honor
De aquellos de las novelas:
Persecuciones, envidias
De la corte, competencias
Con no sé quien, que le obligan
A andarse de ceca en meca...
En fin, mentiras, mentiras
Mal zurcidas todas ellas.
Esto es lo que pasa. Ahora
Inferid lo que os parezca.
Isabel os quiere bien;
Pero Patillas lo enreda
A veces, y...

LEONARDO.

Sí, su madre
Es tal que podrá vencerla;
Y hará que me olvide, hará
Que á su pesar la obedezca...
¡A su pesar!... Pero ¿quién
Me asegura su firmeza?
¿Quién sabe si, ya olvidada
Del que la quiso de veras,
A un hombre desconocido
Dará su mano contenta?...
A Dios... (*Hace que se va, y vuelve.*)
Pero tú que sabes
Cuanto mi amor interesa,
Haz que yo la pueda hablar:
Díla el afan que me cuesta...
Díla, en fin, que no hay amante,
Por mas infeliz que sea,
Que si no merece afectos,
Desengaños no merezca. (*Vase.*)

FERMINA.

Pobrecillo! mucho temo
Que el tal Baron te la juega.
Y al cabo de tantos años
De ilusiones lisonjeras,
Tantos suspiros perdidos,
Tanto rondar á la puerta,
Tus proyectos amorosos
En esperanzas se quedan.
¿Y esto es amar? Esto es
Vivir remando en galeras.

ESCENA II.

LA TIA MONICA, FERMINA.

TIA MÓNICA.

Fermina, ¿diste el recado
De que mi hermano viniera
Al instante?

FERMINA.

Sí señora.

TIA MÓNICA.

Mucho tarda.

FERMINA.

Si es un pelma.

TIA MÓNICA.

Y es para una cosa urgente.

FERMINA.

¿Para qué?

TIA MÓNICA.

¡Cierto que es buena
La curiosidad!

FERMINA.

Señora!
¿Pues á qué santo es la fiesta?
¡No es cosa! ¡la paletina,
La saya rica, las vueltas
De corales!...

TIA MÓNICA.

Calla, loca.

FERMINA.

¡Válgame Dios! ¡si lo viera
El difunto!

TIA MÓNICA.

¿Qué difunto?

FERMINA.

El que está comiendo tierra.

TIA MÓNICA.

Quién?

FERMINA.

Mi señor, que en su vida
Pudo lograr que os pusierais
Una cinta, y os llamaba
Desastrada, floja y puerca,
Andrajosa, y...

TIA MÓNICA.

Si no callas,
He de romperte las piernas,
Habladora.

FERMINA.

Yo...

TIA MÓNICA.

Bribona.

FERMINA.

Si...

TIA MÓNICA.

¿Qué palabras son esas?

FERMINA.

Señora, si él lo decia,
Y los vecinos se acuerdan...
¡Válgame Dios! que yo no
Lo saco de mi cabeza.
Por cierto que muchas veces
Daba unas voces tremendas
Que alborotaba la casa,
Y os llamaba majadera...

TIA MÓNICA.

Calla.

FERMINA.

Y...

TIA MÓNICA.

Calla.

FERMINA.

Bien está.

ESCENA III.

DON PEDRO, LA TIA MONICA, FERMINA.

D. PEDRO.

Hola! ¿quién riñe?

TIA MÓNICA.

Es con esta
Picudilla.

FERMINA.

Mi señora
Me pone de vuelta y media
Porque digo la verdad,
Y porque...

TIA MÓNICA.

Vete allá fuera.

FERMINA.

Porque digo que mi amo...

TIA MÓNICA.

Vete.

FERMINA.

Ya me voy.

TIA MÓNICA.

No vuelvas
Sin que te llame; y cuidado
No te plantes á la reja.

ESCENA IV.

DON PEDRO, LA TIA MONICA.

D. PEDRO.

Con que, mi señora hermana,
Asunto de consecuencia
Debe de ser el que ocurre.
Yo, como sé tus vivezas,
No me he dado mucha prisa
(*Se sienta.*)
A venir; pero se enmienda
Todo con haber venido.
Vaya pues.

TIA MÓNICA.

Solo quisiera
(*Sentándose junto á don Pedro.*)
Que me dieras unos cuartos.

D. PEDRO.

¿Para qué?

TIA MÓNICA.

Para una urgencia.

D. PEDRO.

¿Urgencias tú?... Bien está:
¿Como cuánto?

TIA MÓNICA.

Si tuvieras
Cien doblones...

D. PEDRO.

Sí, los tengo;
Pero ajusta bien la cuenta,
Que se acabará el dinero
A pocas libranzas de esas.
Doce mil reales me diste;
Si la mitad se cercena,
Quedan seis mil, nada mas.

TIA MÓNICA.

Ya lo sé.

D. PEDRO.

Pues bien, receta:
Ello es tuyo, si lo quieres
Todo, allá te las avengas.

TIA MÓNICA.

No, todo no, cien doblones
Me darás.

D. PEDRO.

¿Con qué hay urgencias?

TIA MÓNICA.

Sí señor, lo necesito,
Y no quiero darte cuentas
De cómo, y cuándo, y porqué.

D. PEDRO.

Pues yo tengo mis sospechas
De que tú quieres decirlo.

TIA MÓNICA.

¿Decirlo yo? No lo creas.

D. PEDRO.

No? Pues bien, no hablemos ya
Del asunto.

TIA MÓNICA.

¡Bueno fuera
Que, siendo el dinero mio,
Cada vez que se me ofrezca
Gastar algo, te pidiese
El dinero y la licencia!

D. PEDRO.

No dices mal.

TIA MÓNICA.

Pues, tú quieres
Tenernos como en tutela.
¡Buena aprension!

D. PEDRO.

Sí por cierto:
Y á fe que es mala incumbencia
Querer mandar á una viuda
Tan verde y tan peritiesa,
Con paletina y brial.

TIA MÓNICA.

¿No podré, cuando yo quiera,
Ponerme mi ropa?

D. PEDRO.

Sí;
Pero me admiro de verla
Salir á lucirlo, al cabo
De medio siglo que lleva
De cofre.

TIA MÓNICA.

Ya que lo tengo,
Quiero gastarlo.

D. PEDRO.

Es muy cuerda
Resolucion; tanto mas,
Que convienen la decencia
Y el adorno á una señora
En cuya casa se hospeda
Todo un Baron.

TIA MÓNICA.

Es verdad:
Ya entiendo tus indirectas.
Sí señor, le tengo en casa;
Ni un solo ochavo le cuesta
Comer y dormir aquí;
Le regalo, y le quisiera
Regalar con tal primor,
Que en vez de sufrir molestias,
No echara menos su casa,
Su fausto y sus opulencias.

D. PEDRO.

¡Sus opulencias!... ¡El pobre
Baron!... ¿Y qué mala estrella
Redujo á su señoría
A ser vecino de Illescas?
¿De qué enfermedad murieron
Sus lacayos? ¿En qué cuesta
Se rompió el coche, y cayeron
La chispa y la bandolera?
¿Qué gitanos le murciaron
El bagage? ¿Qué miserias
Son las suyas, que se vino
Sin sombrero y sin calcetas?...
¿No podrás satisfacerme
A estas dudas?

TIA MÓNICA.

No tuviera
La menor dificultad.

D. PEDRO.

Pero, en efecto, ¿me dejas
En la misma confusion?

TIA MÓNICA.

Sí; piensa de él lo que quieras,
Nada importa.

D. PEDRO.

¿Y en efecto,
Hermana, hablando de veras,
Es un caballero ilustre?

TIA MÓNICA.

De la primera nobleza
De España, muy estimado
En las cortes estrangeras,
Primo de todos los duques.

D. PEDRO.

Oiga!

TIA MÓNICA.

Y es por línea recta
Nieto de no sé qué rey.

D. PEDRO.

¡No es cosa la parentela!

TIA MÓNICA.

Si le trataras, verias
Qué conversacion tan bella
Tiene, qué cortés, qué afable,
Qué espresivo con cualquiera,
Y qué desinteresado.

D. PEDRO.

Eso la sangre lo lleva.

TIA MÓNICA.

Pero el pobre caballero
¡Válgame Dios! cuando cuenta
Sus desgracias...

D. PEDRO.

¿Qué desgracias?

TIA MÓNICA.

Hará llorar á las piedras.
Ha sido gobernador,
Yo no sé si de Ginebra...
Ello es en Indias; y un conde,
Hermano de una duquesa,
Cuñada de un primo suyo,
El picaron, mala lengua,
Le ha puesto en mal con el rey.

D. PEDRO.

¡Haya bribon!

TIA MÓNICA.

Y por esta
Calumnia se ve obligado
A disfrazar su grandeza
Y andar de aquí para allí:
Pero Dios querrá que venga
A saberse la verdad,
Y entonces... ¡Pero si vieras

Cuánto favor le merezco
Al buen señor! Él me enseña
Todas sus cartas; y algunas
Que vienen en otras lenguas,
De Francia y de mas allá
De Francia, para que sepa
Lo que dicen, las esplica
En español todas ellas.
Pero ¡qué cosas le escriben!

D. PEDRO.

¿Qué cosas?

TIA MÓNICA.

Cosas muy buenas.

D. PEDRO.

Ya.

TIA MÓNICA.

Le dicen que se vaya
A Lóndres, ó á Inglaterra,
Que el rey de allí le dará
Mucho dinero y haciendas...
Pero él no quiere salir
De España.

D. PEDRO.

Pues no lo acierta.
¿Porqué no se va al instante
A tomar esas monedas?
¿Qué puede esperar? ¿Que un dia,
Ahí en una callejuela,
Le conozcan, se le lleven,
Y le corten la cabeza
Por una equivocacion?

TIA MÓNICA.

No, que segun las postreras
Noticias, van sus asuntos
De mejor semblante, y piensa
Dentro de poco poner
Tan en claro su inocencia
Que al que levantó el embuste
Quizas le echarán á Ceuta.

D. PEDRO.

Eso es natural... Y díme,
Hablando de otra materia
Que nos interesa mas
Y conviene tratar de ella,
¿Qué tenemos de tu hija?

TIA MÓNICA.

Nada.

D. PEDRO.

Nada? ¿Estás dispuesta
A casarla con Leonardo?
Lo supongo.

TIA MÓNICA.

No, no es esa
Mi intencion.

D. PEDRO.

Calle! ¿Y porqué
Se ha mudado la veleta?

TIA MÓNICA.

Porque sí.

D. PEDRO.

Ya: ¿con que quieres
Hacerla morir doncella?

TIA MÓNICA.

¿Qué prisa corre el casarla?

D. PEDRO.

Oiga! ¡No es mala la idea!
¿Qué prisa corre? ¡Ahí es nada!
Tú, hermana, ya no te acuerdas
De cuando tuviste quince.
¡Qué prisa corre! ¡Es muy buena
La especie, por vida mia!

TIA MÓNICA.

Digo bien.

D. PEDRO.

Vamos, ya empiezas
A delirar, y estas cosas
Piden discurso y prudencia.
Es menester que se case.

TIA MÓNICA.

Pues yo no quiero que sea
Con un pelgar infeliz.

D. PEDRO.

Muy bien; pero considera
Que casándose á mi gusto
Es suyo cuanto yo tenga;
Que Leonardo es un muchacho
De talento y buenas prendas;
Que en Madrid le dió su tio
Una educacion perfecta;
Y cuando llegó á faltarle
(Renunciando á las ideas
De ambicion, considerando
Que el producto de su hacienda
Bien cuidada, y sobre todo

Su moderacion, pudieran
Hacerle vivir feliz),
Vino, reclamó la oferta
Que le hiciste de casarle
Con Isabel... Lo desean
Entrambos; todo el lugar
Su esperada union celebra;
Tú lo has prometido, y...

TIA MÓNICA.

Sí;
Pero las cosas se piensan
Mejor, y... Vamos... Yo sé
Lo que he de hacer; no me vengas
A predicar.

D. PEDRO.

Eso no.
Tú harás lo que te parezca;
Pero mira que es tu hija.
No la oprimas, no la tuerzas
La voluntad, ni presumas
Que con gritos y violencia
Has de estinguir en un dia
Una inclinacion honesta
Que el trato y el tiempo hicieron
Inalterable.

TIA MÓNICA.

No temas
Nada... Yo me entiendo.

D. PEDRO.

A Dios.

(*Se levantan los dos.*)

TIA MÓNICA.

Anda con Dios.

D. PEDRO.

(*Ap.* ¡Qué cabeza!)
Voy á contar los seis mil,
Y haré que el muchacho venga
Conmigo para traerlos.
A mas ver.

TIA MÓNICA.

¡Qué mosca lleva!

ESCENA V.

LA TIA MONICA, EL BARON.

BARON.

Señora, muy buenas tardes.

TIA MÓNICA.

Estoy á vuestra obediencia,
Señor Baron.

BARON.

Hoy ha sido
Mucho mas larga la siesta.

TIA MÓNICA.

¡Qué, no señor!... A las tres
Ya estaba haciendo calceta.
Mi alcoba es un chicharrero,
Y la calor la desvela
A una, de modo que...

BARON.

Cierto...
Aquí faltan unas piezas
De verano... Ya se ve:
¡Estas casas tan mal hechas!
¿Estuvisteis mucho tiempo
En Madrid?

TIA MÓNICA.

Muy poco: apenas
Estuve un mes.

BARON, *paseándose.*

De ese modo
Es casualidad que vierais
Mi casa.

TIA MÓNICA.

¿En qué calle está?

BARON.

Es un caseron de piedra
Disforme.

TIA MÓNICA.

¿En qué calle?

BARON.

Y tengo
Pensado, luego que vuelva,
Echarle al suelo.

TIA MÓNICA.

Porqué?

BARON.

Para hacerle á la moderna.

TIA MÓNICA.

Será lástima.

BARON.

No tal:
Ademas, que se aprovechan
Todos los jaspes, y al cabo

Por mucho, mucho, que pueda
Gastarse, vendrá á costar
Tres millones... y aun no llega.

TIA MÓNICA.

¿Y hácia á dónde está?

BARON.

He pensado
Reducirle cuanto sea
Posible; y segun los planes
Que me vinieron de Antuerpia,
Queda mas chico y mejor.
Una colunata abierta,
Circular, y en el ingreso
Esfinges, grupos y verjas.
Gran fachada, escalinata
Magnífica, cinco puertas,
Peristilo egipcio... Y dentro
Su jardin con arboledas,
Invernáculos, estanques,
Cascada, gruta de fieras,
Saltadores, laberinto,
Aras, cenotafios, bellas
Estatuas, templos, ruinas...
En fin, cuatro frioleras
De gusto. Y sobre la altura
Del monte que señorea
El jardin, un belveder
De mármoles de Florencia,
Con bóvedas de cristal,
En medio de una plazuela
De naranjos del Perú.

TIA MÓNICA.

¡Válgame Dios! ¡qué grandeza!

BARON.

Todo es vuestro: allí estaréis
Servida como una reina.
Mi palacio, mis sorbetes,
Mis papagayos, mi mesa,
Mis carrozas de marfil
Con muelles á la chinesca,
Todo es para vos.

TIA MÓNICA.

Señor,
Tanto favor me avergüenza.

BARON.

Mas mereceis, mas os debo;
Que habeis sido en mi deshecha
Fortuna el íris de paz,
Y es justo que á tanta deuda
Corresponda... Mas decidme
(Que entre los dos la reserva
Y el misterio no estan bien),
Un jóven que nos pasea
La calle, y atentamente
Nuestras ventanas observa,
¿Quién puede ser? Él es nuevo
En el lugar.

TIA MÓNICA.

De manera,
Señor Baron, que...

BARON.

Esta noche...
No sé si estabais despierta...
Ello era tarde, sonó
Una cítara, y con ella
Un romance de Gazul,
Cierto moro que se queja
De que su mora por otro
Nuevo galan le desdeña.
¿No me diréis...

TIA MÓNICA.

Sí señor...
(*Ap.* ¡Válgame Dios! yo estoy muerta!)
Por mas que procuro...

BARON.

En fin,
¿Podré yo saber quién sea?

TIA MÓNICA.

Sí señor, sí... Ya se ve,
Como él es de aquí...

BARON.

¿De Illescas?

TIA MÓNICA.

Sí señor, y ha vuelto ahora
De Toledo... Pero ella...
No señor... nunca...

BARON.

Ya estoy.

TIA MÓNICA.

Él es un tonto, y se empeña
En que... Vaya! Lo primero
Que la dije: cuando vuelva,
Cuidado, no ha de ponerme
Los pies en casa.

BARON.

¡Discreta
Prevencion! Si Isabelita
No le quiere, que no venga.

TIA MÓNICA.

¡Que ha de querer! No señor,
Nada de eso. ¿Pues no fuera
Un disparate?... No digo
Que la muchacha merezca
Un marques...

BARON.

¡Merece tanto,
Doña Mónica!... es muy bella,
Muy amable... Ved que es mucho,
Mucho, lo que me interesa
Su felicidad... A Dios,
(*Asiéndola de la mano, y apretándosela con espresion de cariño.*)
Que aun no es tiempo de que os deba
Decir mas. Llegará el dia
De mi fortuna y la vuestra.

ESCENA VI.

LA TIA MONICA, FERMINA.

TIA MÓNICA, *se pasea con inquietud; se pára; interrumpe ó acelera el discurso, segun lo indican los versos.*

No hay que dudar; él está
Perdido de amor por ella:
Es claro, es claro... ¡Y el otro
Picaruelo!... Como vuelva,
Ni de noche ni de dia,
A hacernos la centinela,
Yo le aseguro... ¡Qué dicha!
Pero ¿quién me lo dijera
Dos meses ha? quién? Y ahora
Las señoronas de Illescas,
Las hidalgotas, que son
Mas vanas y... Ya me llega
Mi tiempo á mí... Presumidas!
Rabiarán cuando lo sepan.
Fermina!

FERMINA, *responde desde adentro, y sale despues.*

Señora!

TIA MÓNICA.

¿En dónde
Está Isabel?

FERMINA.

En la pieza
De comer.

TIA MÓNICA.

Sola?

FERMINA.

Solita.

TIA MÓNICA.

¿Y qué hace allí?

FERMINA.

Se pasea
De un lado al otro, suspira,
Llora un poquito, se sienta,
Se queda suspensa un rato,
Se pone á coser, lo deja,
Vuelve á llorar...

TIA MÓNICA.

¿Y á qué es eso?

FERMINA.

A que no está muy contenta.

TIA MÓNICA.

Porqué?

FERMINA.

Porque... yo no sé
Porqué... Locuras, rarezas,
Juventudes.

TIA MÓNICA.

¿Con que tú
No sabes de qué procedan
Esa inquietud y esos lloros?

FERMINA.

Yo sí.

TIA MÓNICA.

Pues dílo: ¿qué esperas?

FERMINA.

Que me prometais oirme
Con mucho amor.

TIA MÓNICA.

No me tengas
Impaciente.

FERMINA.

Que si digo
Alguna cosa que escueza,
No me pongais como un trapo...

TIA MÓNICA.

Vamos.

FERMINA.

Que no haya quimeras
Y...

TIA MÓNICA.

Despacha.

FERMINA.

Y venga yo
A pagar culpas agenas.

TIA MÓNICA.

¿Has acabado?

FERMINA.

Ya empiezo,
Puesto que me dais licencia.
El mal que tiene es amor;
Y ya que esplicarme deba
Claramente, vos teneis
La culpa de su dolencia.

TIA MÓNICA.

Yo?

FERMINA.

Sí señora: Leonardo...

TIA MÓNICA.

No me le nombres; no quieras
Que me irrite.

FERMINA.

Bien está:
Si os enfada, no se vuelva
A mentar. Aquel mocito,
Hijo de doña Manuela,
Que en otro tiempo os debió
Mil cariños y finezas;
Aquel, como, ya se ve,
Tiene bonita presencia,
Es halagüeño y cortés,
Y sabe esplicar sus penas,
Prendó á la niña... Esto es cosa
Muy regular y muy puesta
En razon, y el que lo estrañe
Poco entiende la materia.
¡Ahí es nada! juventud,
Discrecion, obsequio, prendas
Estimables, juramentos
De amor y constancia eterna.
¿Y esto no ha de enamorar?
Pues, digo, ¿somos de piedra?
Despues...

TIA MÓNICA.

No me digas mas.

FERMINA.

Callaré como una muerta:
Y si los demas callaran
Tambien... pero sí, ya es buena
La gente de este lugar.

TIA MÓNICA.

¿Pues qué?

FERMINA.

Nada.

TIA MÓNICA.

No me vengas
Con misterios.

FERMINA.

Como hay tantos
Bribones, malas cabezas,
Dicen que... Pero chiton:
No quiero ser picotera.

TIA MÓNICA.

¿Qué dicen?

FERMINA.

Esta mañana,
Ahí al lado de la iglesia,
Cierto conocido vuestro...
El nombre nada interesa
Para el caso... me llamó,
Y me dijo: Picaruela,
Que no nos has dicho nada...

ESCENA VII.

PASCUAL, LA TIA MONICA, FERMINA.

TIA MÓNICA.

¿A qué vienes tú? ¡No es buena

(Pascual sacará en la mano un pequeño envoltorio de papel. A las primeras palabras de la tia Mónica hace ademan de volverse por la puerta que entró.)

La gracia! Sin que te llamen
Ya te he dicho que no vengas.
¿Lo entiendes?

PASCUAL.

Muy bien está.

TIA MÓNICA.
Para eso tienes la pieza
De los perros.

PASCUAL.
Bien está.

TIA MÓNICA.
Y que nunca te suceda
Subir cuando yo esté hablando
Con alguien : cuenta con ella.

PASCUAL.
Bien está.

TIA MÓNICA.
¡No es mala maña!

PASCUAL.
Bien, yo, como...

TIA MÓNICA.
Oyes, ¿qué llevas?

PASCUAL.
Un rebujo.

TIA MÓNICA.
Qué?

PASCUAL.
Un papel.

TIA MÓNICA.
Pero ¿quién... Llámale, lerda.
(*Fermina va hácia la puerta para detener á Pascual.*)
¿Qué es eso?

PASCUAL.
Es un cucurucho
De papel.

TIA MÓNICA.
¡Mira qué flema!
A ver.

PASCUAL.
Me voy con los perros.

TIA MÓNICA.
Yo he de perder la paciencia.
¿No te le ha dado mi hermano?

PASCUAL.
Sí señora.

TIA MÓNICA, *quitándole el papel de la mano.*
Pues, ¿qué esperas?
Dámele acá, y vete.

PASCUAL, *aparte, al tiempo de irse.*
Siempre
Se enfada, cuando...

TIA MÓNICA.
¿Qué rezas?

PASCUAL.
Cuando... Si por mas que uno
Quiere... nada, nunca acierta.

ESCENA VIII.

LA TIA MONICA, FERMINA.

TIA MÓNICA.
Prosigue.

FERMINA.
Pues me decia :
¿Con que la boda está hecha
Del Baron é Isabelita?
Yo, señor, de esa materia
No sé nada, dije yo.
¡Qué no sabes! á tu abuela.
Tú callas porque conoces
El disparate que piensa
Tu señora; pero ya
Por todo el lugar se suena.
Todos dicen que á su hija
La esclaviza, la violenta,
Llevada del interes.
¿De dónde la vino á ella,
La locona, emparentar
Con marqueses ni princesas?
¿De dónde? ¿No han sido siempre
En toda su parentela,
Alta y baja, labradores?
¿Pues qué mas quiere? ¿Qué intenta?
¿Porqué no casa á Isabel
Con un hombre de su esfera,
Que la pueda mantener
Con estimacion, que sea
Hombre de bien, que el honor
Vale por muchas grandezas;
Y no entregarla á un bribon,
Que nadie sabe en Illescas
Quién es, ni de dónde vino,
Ni á dónde va, ni qué espera?
Galopin! que ha de ser él
Baron! como yo abadesa.
Desarrapado! que vino
Sin calzones y sin medias,

Y heredero de tu amo,
Con poquísima vergüenza,
De galas que no son suyas
Adornado se presenta
Por el pueblo. Badulaque!
¡Ay, si alzara la cabeza
El que pudre, y en su casa
Tantos desórdenes viera!
Pobrecito, no murió
De gota, murió de aquella
Maldita muger, que fué
Su purgatorio en la tierra,
Ridícula, fastidiosa,
Atronada, tonta y vieja...

TIA MÓNICA.

Vamos, calla, bueno está,
Y que digan lo que quieran:
(*Paseándose con inquietud.*)
Eso es envidia y no mas.

FERMINA.

(*Ap.* No has llevado mala felpa.)
Ya se ve, todo es envidia.

TIA MÓNICA.

Yo haré lo que me parezca.

FERMINA.

Ya se ve.

TIA MÓNICA.

No necesito
Que ninguno de ellos venga
A gobernarme.

FERMINA.

Seguro.

TIA MÓNICA.

Si estan que se desesperan
Los picarones... En fin,
Querrá Dios que yo los vea
Confundidos, que me aparte
De ellos, y que nunca vuelva
A este maldito lugar.

FERMINA.

Sí? ¡Válgame Dios, qué buena
Determinacion, señora!
¿Y á dónde iremos?

TIA MÓNICA.

¡Qué necia
Eres! A Madrid.

FERMINA.

¡Qué gusto!
A Madrid... ¿Con qué, de veras,
A Madrid? ¿Con el Baron?

TIA MÓNICA.

Pues ya se ve.

FERMINA.

¡Qué contenta
Se pondrá la señorita!
¡Qué felicidad la nuestra!
¡A Madrid! (*Aparte.* ¡Pobre Isabel!
Ya está dada tu sentencia.)
El Baron, señora.

TIA MÓNICA.

Vete...
Ah! mira: sacude aquella
Ropa, y avisad al sastre.

ESCENA IX.

LA TIA MONICA, EL BARON.

(*El Baron saldrá muy pensativo, con unos papeles en la mano.*)

TIA MÓNICA.

Vaya, me alegro. ¿Qué nuevas
Tenemos? ¿No respondeis?
¡Ay, señor!

BARON.

¡Cómo se mezclan
Entre las mayores dichas
Los cuidados y las penas!
Aquel sugeto de quien
Os dije veces diversas
Que va á Madrid disfrazado,
Y allí examina y observa,
Ve á mis gentes, y conduce
Toda la correspondencia,
Ya llegó.

TIO MÓNICA.

Sí? ¿Y ha traido
Alguna noticia buena?

BARON.

Esa es carta de mi hermana:
Si quereis, podeis leerla.
(*La da uno de los papeles, y lee la tia Mónica.*)

TIA MÓNICA.

« Mi querido hermano : he recibido la última tuya, y la sortija de diamantes que me envias de parte de esa señora, á quien darás en mi nombre las mas atentas gracias, asegurándola de los vivos deseos que tengo de conocerla, y diciéndola tambien que no la envio por ahora cosa ninguna, para que no juzgue que aspiro á pagar sus espresiones y la merced que te hace, con dádivas que, por muy esquisitas que fueran, siempre serian inferiores al cordial afecto que la profeso. Nuestro primo el arzobispo de Andrinópoli ha escrito desde Cacabelos, y parece que dentro de pocos dias llegará á su diócesi. Mil espresiones del condestable y del marques de Famagosta su cuñado. Ya puedes considerar cual habrá sido nuestra alegría al ver aclarada tu inocencia, y castigados tus enemigos. El rey desea verte; lo mismo tus amigos y deudos, y mas que todos tu querida hermana

La vizcondesa de Mostagan. »

¡Válgame Dios, qué fortuna!

(*Le vuelve la carta.*)

Os doy mil enhorabuenas.
Gracias á Dios.

BARON.

¡Ay, señora!

TIA MÓNICA.

¿Qué pesadumbre os aqueja
En tanta felicidad?

BARON.

La mayor, la mas funesta
Para mí... Ved esa carta,
Y hallaréis mi muerte en ella.

(*Da otro papel á la tia Mónica, que lee tambien.*)

TIA MÓNICA.

« En efecto, amado sobrino, tus cosas se han compuesto como deseábamos. Ayer se publicó la resolucion del rey : declara injustos cuantos cargos se te han hecho; y el conde de la Península, tu acusador, está sentenciado á prision perpetua en el castillo de las Siete-Torres. Quedo disponiendo á toda prisa los coches y criados que deben conducirte; y entre tanto no puedo menos de recordarte que tu boda con doña Violante de Quincozes, hija del marques de Utrique, capitan general de las islas Filipinas y Costa Patagónica, concluido este asunto que la retardó, no tiene al presente ninguna dificultad. El caballero Wolfango de Remestein, gefe de escuadra del emperador (que se halla en Madrid de vuelta de los baños de Trillo), será el padrino; y esperamos con ansia ver efectuado este consorcio en que tanto interesan las dos familias. Recibe por todo mis enhorabuenas, y manda á tu tio que te estima

El príncipe de Siracusa. »

¿Con que, segun esto...

BARON.

¿Veis

(*Toma el papel, y se le guarda con los demas.*)

Como se tratan y acuerdan
Entre los grandes señores
Cosas de tal consecuencia?
Porque lleva en dote cinco
Villas y catorce aldeas;
Porque es única, y porque
Nuestro sucesor pudiera
Añadir á mis castillos
De plata y mis bandas negras
Dos águilas, siete grifos
Verdes, y nueve culebras,
¡Por eso yo he de perder
Mi libertad!... Si pudiera
Resolver... ¿Y porqué no?
Piense lo que le parezca
El de Siracusa, y diga
El senescal lo que quiera,
Mi eleccion es libre... Pero,
¿Qué he de hacer en tan estrecha
¿Situacion? En un lugar
Miserable... Ni hay quien tenga

Comercio, ni hay corredores,
Ni se pueden girar letras,
Ni... Vaya! es cosa perdida...
Si á lo menos conocieran
Mi firma, yo libraria
Sobre Esmirna ó Filadelfia
Diez mil rixdalers, y entonces...

TIA MÓNICA.

¿Y entonces?

BARON.

Yo resolviera.
Yo evitara que me hallasen
Aquí: dejara dispuestas
Las cosas; me marcharia
Con la mayor diligencia
A Montepino, que dista
Unas diez y siete leguas.
Ibais allá, y un domingo
En mi capilla secreta
Nos desposábamos.

TIA MÓNICA.

Quién?

BARON.

¿Pues no adivinais quién sea
El objeto de mi amor?
Isabel.

TIA MÓNICA.

Señor!...

BARON.

Por ella
Todo lo despreciaré.

TIA MÓNICA.

Permitid...

(*Quiere arrodillarse, y el Baron lo estorba.*)

BARON.

¿Qué haceis?

TIA MÓNICA.

Quisiera
Hablar, y no puedo hablar,
Porque es tanta la sorpresa
Y el gozo... ¡Bendito Dios!

BARON.

No os admire la violencia
De mi pasion: tanto pueden
La hermosura y la modestia.
Pero ¿ha llegado á entender
Isabel cuanto la aprecia
Su huésped? ¿Ha conocido
Cuánto su favor desea?
¿Sabe acaso...

TIA MÓNICA.

Ella, señor,
No tiene pizca de lerda,
Y aunque nunca la haya dicho
Sino asi, por indirectas...
Ya se ve, no era posible
Menos, sino que advirtiera
Grande inclinacion en vos.

BARON.

Y vuestro hermano ¿qué piensa
De mí? ¿Qué dice? ¿Ha sabido
Algo?

TIA MÓNICA.

A lo menos sospecha
Mucho, porque es malicioso..
Vaya!... Pero no hay quien pueda
Contar con él para nada:
Siempre estamos de contienda,
Y, ya lo veis, es muy rara
La vez que pisa mis puertas.
Hombre estravagante, y...

BARON.

Pero
Es vuestro hermano, y no fuera
Justo pasar adelante
En ello, sin darle cuenta.
Ademas, que yo conservo
Una especie... y no debierais
Olvidarla vos. Me acuerdo
Que una vez, hablando en estas
Cosas, dijisteis que quiere
Mucho á Isabelita, y piensa
Darla en dote... ¿cuánto?

TIA MÓNICA.

Puede
Darla mucho si él quisiera.
Oh! si...

BARON.

¿Pues qué, no querrá?

TIA MÓNICA.

Si es muy bruto.

BARON.

Eso me llena

De admiracion. ¿No querrá?
Pues cuando Isabel no muestra
Repugnancia, cuando vos
Entrais en ello contenta,
¡Cuando quiero yo!...

TIA MÓNICA.

Señor,
No os altereis, son rarezas:
Cosas suyas.

BARON.

Pues no importa:
Es menester que lo sepa.

TIA MÓNICA.

Inútil será.

BARON.

Porqué?
Conviene que yo le vea:
Yo le hablaré.

TIA MÓNICA.

Bien está;
Pero no espereis que ceda.
Es muy cabezudo.

BARON.

Y cuando
Ese temor nos detenga,
¿Qué os parece que podemos
Hacer? Suponed que llega
Mi tren; que se llena el pueblo
De látigos y libreas;
Que mi primo el archiduque,
No habrá remedio, me lleva
A la corte... ¿Y Isabel?
¿Y mi amor?... Cuando se encuentra
Un gran señor sin dinero,
¡Qué chiquito que se queda!
¡Maldito dinero! amen.

TIA MÓNICA.

Si para la fuga vuestra
Bastaran... Ello es tan poco
Que casi me da vergüenza
Ofrecéroslo. Aquí tengo
Cien doblones; si os sirvieran...
(*Saca el papel que la dió Pascual, le toma el Baron, y le guarda.*)

BARON.

A verlos... ¿y en oro? Bien...
Muy bien... Iré como pueda.
En una mula... Al instante
Doy allá mis providencias
Para que mi mayordomo
Traiga un coche, que se queda
En la ermita, y llegará
Cuando todo el mundo duerma.
Viene, os avisa: estaréis
Prevenidas, de manera
Que salis de aquí á las dos
De la noche, con la fresca,
Y reventando seis tiros
Estais á las ocho y media
En Montepino. Nos dice
Una misa muy ligera
Mi capellan; nos desposa,
Y si es menester nos vela,
Y á las diez ya sois mi madre.

TIA MÓNICA.

Pero señor...

BARON.

¿Qué os inquieta?

TIA MÓNICA.

Nada... ¿Es un sueño?

BARON.

Conviene
Que dispongais cuanto sea
Necesario. Por mi parte
No omitiré diligencia...
Y... á Dios.

TIA MÓNICA.

Bien está...
(*Aparte al tiempo de irse.* No sé
Lo que me pasa. Estoy fuera
De mí... Loca, loca... y tiemblo
Toda, de pies á cabeza.) (*Vase.*)

BARON, *paseándose.*

Cansado estoy de mentir.
Por mas que diga esta vieja...
Sí, yo he de verle... Si al cabo
Ha de darla el dote, venga,
Que estoy de prisa... Se toman
Los cuartos, y á Dios, Illescas;
A Dios tontos, que me voy
A donde jamas os vea.
Sí... caramba! Y este nuevo
Amante que nos acecha
No me gusta, no.

ESCENA X.

EL BARON, FERMINA.

(*Saca Fermina varios vestidos de muger, que pondrá sobre una silla : se acerca á la puerta de la derecha y llama.*)

FERMINA.

Pascual!

BARON.

Oiga! ¿Qué galas son esas?

FERMINA.

Son vestidos de mi ama,
Que con suma ligereza
Se han de achicar, alargar,
Aforrar, tapar troneras,
Guarnecer, desfigurar,
De tal modo que parezcan
Nuevecitos... y empeñada
Su merced en que lo hiciera
Yo... ¡Buena droga! ¿Pues qué,
No hay sastres? ¡Cómo receta!

BARON.

¡Pobre Fermina!

FERMINA.

Pascual! (*Llama.*)
Eh! se estará en la bodega
Estudiando á Carlo Magno.
Pascual! (*Llama.*)

BARON.

Le diré que venga.

FERMINA.

No señor, yo iré.

BARON.

Si voy
A salir, nada me cuesta
Decírselo.

FERMINA.

Muchas gracias.

ESCENA XI.

EL BARON, FERMINA, PASCUAL.

(*Al irse el Baron sale Pascual por la misma puerta.*)

BARON.

Díme, Pascual, ¿será esta
Buena ocasion para ver
A don Pedro?

PASCUAL.

De manera
Que como suele acostarse
Despues de cenar, y cena
Unas veces tarde, y otras
Presto, y otras... Ello, buena
Hora es de verle.

BARON.

Sí?

PASCUAL.

Digo,
Como él esté ya de vuelta
En su casa, entonces... Pero
Si no ha vuelto, de por fuerza
Él...

BARON.

Ya estoy.

PASCUAL.

De juro...

BARON.

A Dios.
¡Famosas esplicaderas! (*Vase.*)

PASCUAL.

¿Me llamabas?

FERMINA.

Sí : al instante,
Aprisa, de una carrera
Has de ir á casa del sastre.

PASCUAL.

Allá voy. (*Hace que se va, y vuelve.*)

FERMINA.

Oyes, badea,
Si no te he dicho el recado
Que le has de dar, ¿á qué es esa
Locura?

PASCUAL.

A que no me digan
Que soy sosonazo y pelma.

FERMINA.

Díle que venga al instante,
Al instante, que le espera
El ama. ¿Lo entiendes?

PASCUAL.

Sí.

FERMINA.

Pues anda, y mueve esas piernas.

ESCENA XII.

ISABEL, FERMINA.

ISABEL.

Fermina, Leonardo viene:
Le he visto desde la reja,
Y va á subir. Quiero hablarle,
Quizá por la vez postrera.
Mi madre, que está rezando
En su cuarto, nos franquea
La ocasion. Tú... sí, Fermina,
Débate yo la fineza,
Si me quieres bien... En ese
Pasillo estarás, y observa
Si sale mi madre ó llama,
O alguno viene de afuera,
Y avísame: no nos hallen
Juntos, y todo se pierda.
¿Lo harás por mí?... Pero él viene...
Amiga, no te detengas:
A Dios.

FERMINA.

Voy allá.

ESCENA XIII.

LEONARDO, ISABEL.

LEONARDO.

Isabel!

ISABEL.

Leonardo! ¡quién lo dijera!...
Leonardo!

LEONARDO.

¿Y quién, al dejarte
Tan cariñosa y tan tierna,
Debió temer que hallaria
Tantos males á su vuelta?
¡Este breve tiempo ha sido
Bastante...

ISABEL.

¡Fatal ausencia
La tuya!

LEONARDO.

En fin, sepa yo
De una vez cual es mi pena,
Cual es mi suerte... Disipa
Las dudas que me atormentan.
¿Díme si puede ser cierto
Lo que ya todos recelan?...
¿Si esas lágrimas me anuncian
Amor, si debo creerlas?

ISABEL.

Leonardo, no es ocasion
De que los instantes pierdas,
Burlándote de mi fe
Con dudas que son ofensas.
No es ocasion. Si lo fuese,
Mucho decirte pudiera;
Pero donde el tiempo falta
Estan por demas las quejas.
Yo te he querido, y te quiero...
Sabe Dios cuanta violencia
Padezco al decirlo, y cuanto
Sufre una muger honesta
Si lo que debe al silencio
Tiene que decir la lengua.
Te quiero... y voy á perderte.

LEONARDO.

¿Eso dices?... ¿Nada esperas
De mí?

ISABEL.

Si lo que hasta ahora
Fué temor, ya es evidencia;
Si mi madre al escuchar
Tu nombre, toda se altera;
Si no quiere que atravieses
Los umbrales de mis puertas;
Si manda que sus criados
Ni aun te saluden siquiera,
Y... Pero ¿qué mas? si ahora
Acaba de darme cuenta
De ese enlace aborrecido...
¡Mísera yo!

LEONARDO.

Nada temas.

ISABEL.

Y ha de ser pronto, segun
Pude alcanzar... Está ciega,
Fuera de sí... ¿Qué podemos
Hacer? ¿Qué esperanza resta?

LEONARDO.

Pero, Isabel, dueño mio,

¡Qué estraño dolor te aqueja!
¿Tú infeliz, viviendo yo?...
No asi de temores llena
Me quites todo el valor:
Que mal tenerle pudiera
Viéndote desconsolada
Y en triste llanto deshecha.
Veré á tu madre, y si tienen
Las pasiones elocuencia,
Yo la sabré reducir;
O cuando burladas viera
Mis esperanzas, amor
Muchos ardides inventa,
Y nada me detendrá
Como tú, Isabel, me quieras.

ISABEL.

¿Resuelves hablarla?

LEONARDO.

Sí.

ISABEL.

¿Qué has de decirla que sea
Bastante al fin que procuras?

LEONARDO.

¿Qué le diré? Que si piensa
Hacerte infeliz, venderte
A una soñada opulencia,
Dar tu mano á un impostor,
Faltar á tantas promesas,
Perderme, burlarme á mí...
Cosa difícil intenta.
La diré que tú eres mia;
Que al bárbaro que pretenda
Privarme de tí, rompiendo
Los nudos que amor estrecha,
Sangre ha de costarle y muerte.
Si á tanto aspira, prevenga
El pecho á mi espada, y juzgue
Que para usurpar la prenda
De mi cariño, no basta
Que engañe, seduzca y mienta:
Debe lidiar y vencer.
Tú serás la recompensa
Del valor, ya que tu llanto
Y tu eleccion se desprecian;
Y el mas infeliz, al golpe
De su enemigo perezca.

ISABEL.

¿Eso has de hacer?

LEONARDO.

O dejar
Que en solo un punto se pierdan
Tantos años de esperanzas,
Tan bien pagadas finezas,
Tan puro amor... Pero no,
No los instantes que vuelan
Se malogren... Voy á hablarla.
A Dios... La desgracia nuestra,
Resolucion, osadía
Pide, no cobardes quejas.

ISABEL.

Todo es en vano. La vas
A irritar, no á convencerla.

LEONARDO.

Sí, cederá.

ISABEL.

Mal conoces
Su obstinacion.

LEONARDO.

Cuando sea
Tanta, y este medio falte,
Otros eficaces quedan.

ISABEL.

¡Duros, sangrientos!

LEONARDO.

Quien ama
Como yo, todo lo intenta.
Es mucho lo que me importa,
Para que vacile y tema:
Vale mucho mi Isabel
Para esponerme á perderla.

(Cogiéndola con ternura de la mano, y besándosela.)

ISABEL.

Leonardo, mi bien... No sé
Qué decir... Haz lo que quieras.
En tal peligro, tú solo
Sabes lo que mas convenga:
Yo, infeliz! ¿qué he de saber?
Llorar... A Dios: él te vuelva
Mas venturoso á mi vista,
Y este afan alivio tenga.

LEONARDO.

Siempre fué de los osados

La fortuna compañera:
El cobarde que la teme,
Siempre la ha tenido adversa.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.

EL BARON.

¡Válgate Dios por el hombre!
(Se sienta junto á una mesa, en que habrá dos luces.)
Cuando no nos hace falta,
A las cuatro de la tarde
Está metido en la cama;
Y hoy, que me interesa el verle,
No parece por su casa.
Oh! ¡si á cuenta de la dote
Quisiera dar unas cuantas
Onzas!... Gran golpe!... Es verdad
Que el tal abuelito es caña:
Muy socarron...

ESCENA II.

EL BARON, LEONARDO.

(Leonardo sale hablando entre sí: al ver al Baron esclama complacido de hallarle.)

LEONARDO.

¡Qué muger,
Qué carácter, qué ignorancia...
Qué insensible!... Ah!...

BARON, *aparte, con timidez.*

Malo! ahora
Este demonio me envasa.

LEONARDO.

Señor Baron!

BARON, *levantándose.*

Oiga! ¿Qué
Se ofrece?

LEONARDO.

Cuatro palabras.

BARON.

Decid catorce, y sentaos;
Que no es bien que...

LEONARDO.

Nada, nada:
Estoy bien asi... ¿Sabeis
Quién soy?

BARON.

Yo no; pero basta
Veros, para conocer
Que sois hombre de importancia.
Tomad asiento. *(Vuelve á sentarse.)*

LEONARDO.

Ya he dicho
Que no.

BARON.

Bien.

LEONARDO.

A mí me llaman
Leonardo; soy un vecino
De este pueblo. Esa muchacha
Me quiere...

BARON.

Quién?

LEONARDO.

Isabel.

BARON.

Ya.

LEONARDO.

Yo la quiero: se trata
De violentar su albedrío;
Y á mí, de veras, me enfada
Este proyecto. La niña
Os aborrece de ganas;
Y pensar, ni por asomo,
Que porque su madre es fatua,
Y vos un señor, ó un pillo
Que de esto no sé palabra),

Por eso ella y yo debemos
Tolerar ofensa tanta,
Es locura. De los dos
Un solo ha de lograrla :
Con que, si sois... ¿quién lo duda?...
Caballero, y os agravia
El que intenta disputaros
El cariño de una dama,
Esta noche á media noche
Os espero en esas tapias
Cerca del camino. Allí
Veremos quien...

BARON.

¡Qué bobada!
Eh! no señor, yo no quiero
Mataros, no.

LEONARDO.

Muchas gracias;
Pero ha de ser.

BARON.

¿Ha de ser?
¿Y á media noche?

LEONARDO.

Sin falta.

BARON.

¿Allí en las tapias de...

LEONARDO.

Sí;
Cosa de un tiro de bala
De aquí... Pero, si quereis,
Yo os esperaré en la plaza;
Irémos juntos.

BARON.

No tal :
Yo iré solo... Ello me causa,
Cierto, me da compasion,
Asi, por una niñada...
¡Qué diantres!... quitar la vida
A un hombre de circunstancias
Como vos.

LEONARDO.

No os dé cuidado.

BARON.

¿Qué edad teneis?

LEONARDO.

La que basta
Para no temer la muerte.

BARON.

¿Teneis madre?

LEONARDO.

Sí, y hermanas...
¿Y vos qué teneis, cordura
O miedo, ú como se llama?

BARON.

¿Miedo yo?

LEONARDO.

Digo, pudiera
Suceder.

BARON, *levantándose con viveza.*

¡Qué petulancia!
¡Qué insulto!

LEONARDO.

¿No le teneis?
Pues bien, espero que vaya
El señor Baron.

BARON.

Sin duda.

LEONARDO.

¿A las doce?

BARON.

Hora menguada
Para vos... Iré á las doce.

LEONARDO.

A Dios.

(Hace que se va y vuelve.)

BARON.

Agur.

LEONARDO.

Aun me falta
Que decir, porque no quiero
Dejaros en ignorancia.
Ved que si no vais, la burla
Os ha de salir muy cara;
Y donde quiera que os vea,
Solo ú con gente, con armas
O sin ellas, en la calle,
En cualquiera parte... en casa,
En la iglesia, os atravieso
El pecho de una estocada.

ESCENA III.

BARON.

¡Estamos bien!... ¡Yo salir!

Y el tal hombre tiene trazas
(*Paseándose.*)
De hacer lo que dice... ¡Yo
Salir!... Saldré; pero falta
Saber por donde... Sí, el aire
Seco de Illescas me daña...
Cosa de miedo no tengo...
Él me conoció en la cara
Que no soy espadachin...
Esto de que yo me vaya
Sin dar un susto al zurraco
Del viejecito, es chanada.
Eso no... ¿Pues qué, en Illescas
Se sabe mas que en Triana?
(*Saca el reloj.*)
Las ocho... Pero si espera
En efecto, si se enfada
Porque no voy, si me encuentra
Luego y me... ¡Cosa mas rara!
Calle! ya está el otro aquí.

ESCENA IV.

DON PEDRO, EL BARON.

BARON.

Si os ha dicho la criada
Que os fuí á buscar, seria
Mejor que á mí me avisaran,
Y hubiera pasado allá.

D. PEDRO.

A mí no me han dicho nada,
Ni vengo por vos. Queria
Hablar un rato á mi hermana
De un chisme que me han contado:
Una especiota de tantas
Que corren por el lugar...
Es la gente muy bellaca,
Y sobre una friolera
Miente, desatina, y hablan
Cosas que... vaya!

BARON.

Y en fin,
¿Qué ha sido?

D. PEDRO.

Nada en sustancia;
Pero que tal vez pudiera
Tener resultas muy malas.
Mi hermana no considera
Estas cosas, tiene en casa
Una muchacha, y la pobre
Chica, honesta, bien criada,
Que nunca ha dado ocasion
A decir una palabra
Contra su conducta, pierde
Por su madre lo que gana
Por sí.

BARON.

Doña Isabelita
Es un conjunto de gracias
Y perfecciones, y el verla
Oscurecida, eclipsada
En un lugarote, espuesta
A que la entreguen mañana
A un rústico labrador
Sin modales, ni crianza,
Ni estudios, da compasion.
Bien que no falta, no falta
Quien tal vez sabrá estraerla
De esta atmósfera, elevarla
A mayor sublimidad,
Y hacer que en ella recaigan,
Y en su familia, los dones
Que la fortuna contraria
Les negó.

D. PEDRO.

¡Qué tontería!
No señor, no es desdichada
Tanto como vos decis,
Ni tan oscura y opaca
La atmósfera, ni hay eclipses,
Ni es menester levantarla
Tan alto... Qué! No señor.
En ese lugar se casan
Muy bien las niñas. Es cierto
Que no hay aquí (y es desgracia)
Una juventud de alcorza,
Corrompida y perfumada,
Cigarrera, petulante,
Ociosa, habladora y fatua,
Como la que he visto yo
Ir bailando contradanzas
Allá en la puerta del Sol.
De eso no tenemos nada...
Pero hay jóvenes honrados,

Ricos, de buena crianza,
Atentos, que nunca insultan
Al decoro de las canas;
Que á las mugeres, ni las
Adoran ni las ultrajan,
Las estiman; que si ignoran
Las locas estravagancias
Que inventa el lujo, se visten
Como la modestia manda...
La instruccion no es mucha; pero
Tienen aquella que basta
Para ser hombres de bien,
Para gobernar su casa,
Dar buen ejemplo á sus hijos,
Y hacerles amable y grata
La virtud, que ellos practican.
Isabel no está enseñada
A otra cosa, ni la inquietan
Ambiciosas esperanzas.
Tiene un novio que la quiere;
Ella le estima en el alma;
Yo soy contento, y espero
Que no pasen dos semanas
Sin que haya boda... Tendremos
Gran comida, trisca y danza,
Y á la tarde chocolate,
Agua de limon y orchata.

BARON.

Mucho me admira ese modo
De pensar.

D. PEDRO.

Y á mí me pasma
(Imitando el tono grave y ponderativo del Baron.)
El vuestro. ¿Quereis que sea
Vizcondesa ó almiranta?

BARON.

Quisiera verla feliz.

D. PEDRO.

Pues, si lo quereis, dejadla.

BARON.

Pero si la suerte hiciese
Que se la proporcionara
Otro destino mejor...

D. PEDRO.

¿Mejor que verse casada
A su gusto en su lugar?
No puede ser.

BARON.

Yo pensaba
Que su madre, en este caso,
Debiera ser consultada
Y obedecida.

D. PEDRO.

Su madre
Es una pobre aldeana,
Y no sabe mas de mundo
Que los chiquillos que maman;
Pero no importa. El encargo
De convertirla y sacarla
De error, no es cosa difícil:
Y á pesar de su ignorancia,
Dentro de muy pocas horas
Conocerá quien la engaña.

BARON.

¿Pues quién se atreve?...

D. PEDRO.

Hay bribones
Que viven de enredo y trampa.

BARON.

¿Qué me decis?

D. PEDRO.

Sí señor;
Pero á bien que estan tomadas
Las callejuelas, y espero...

BARON.

Pero ¿qué ha sido? qué pasa?

D. PEDRO.

No es cosa: un cierto sugeto
Que ignora, segun la traza,
Con quien las ha, miente, pilla
Dinero, adula á mi hermana,
Introduce enemistad
En nuestra familia, y causa
Mil disgustos... Pero el tal
Picaron que asi nos trata,
O se arrepiente esta noche,
O le enterramos mañana.

BARON, *con turbacion.*

Oiga!... Pues... Señor don Pedro,
Si me permitis que vaya...
Tengo que escribir... Estuve
A buscaros... solo para
Tener el gusto de veros,

Y... pues...

D. PEDRO.

Ya estoy.

BARON.

Aunque basta
Para mayores empresas
La prudencia consumada
Que os adorna, si quereis
Valeros de mí, me holgara
Infinito concurrir
En cuanto yo pueda y valga
A vuestros fines.

D. PEDRO.

Lo estimo.

BARON.

Os tengo aficion, y cuantas
Veces os miro, me acuerdo
De Pero Nuñez de Vargas,
Mi bisabuelo. El retrato
Que tenemos en mi casa
Tanto se os parece, que...

D. PEDRO.

Calle!

BARON.

Sí, la misma gracia
De mirar, la ceja corva,
Y esa nariz prolongada,
Robusta y...

D. PEDRO.

¡Cierto que es buena
Fatalidad! ¿Quién pensara
Que...

BARON.

Cómo?

D. PEDRO.

Digo que es fuerte
Desdicha. Un señor de tanta
Suposicion parecerse
A un pobre demonio, es gaita.

BARON.

Pues no lo dudeis.

D. PEDRO.

Ya estoy.

BARON.

Diez mil escudos me daba
En onzas de oro mi primo
El duque de... por la tabla
No mas.

D. PEDRO.

¿Sin el marco?

BARON.

Pues,
Sin el marco.

D. PEDRO.

¡Pieza rara
Será el tal cuadro!

BARON.

Allí tengo
Todo lo mejor de Italia...

D. PEDRO.

Buenas noches.

BARON.

A mas ver.
Repito lo dicho, y...

D. PEDRO.

Gracias,
Señor Baron.

BARON, *aparte, tomando una de las luces, y yéndose por la puerta del foro.*

Este viejo
Es un talego de maulas.

ESCENA V.

DON PEDRO, ISABEL.

D. PEDRO.

Mucho miedo lleva el nieto
De Pero Nuñez... ¡Qué charla
Tiene! y...

ISABEL.

Señor!

D. PEDRO.

Isabel!
¿Qué es eso? ¡Qué acongojada
Estás, qué triste!

ISABEL.

¿Quereis
Que no lo esté? Ni esperanza
De consuelo tengo ya,
Viendo que el ruego no basta,
Ni la sumision, ni el llanto,
Ni razones, ni amenazas.
En vano Leonardo quiso

Persuadirla y moderarla:
Mas la irritó.

D. PEDRO.

Ya lo sé;
Ya me lo ha dicho... Y estaba
Enfadadillo ademas.
En la juventud nos falta
Moderacion... Ni es posible
Usar de aquella templanza
Que dan los años. Leonardo
Se ve ofendido; mi hermana
Es terca; no será mucho
Que de una en otra palabra,
La disputa haya venido
A parar en lo que paran
Todas, cuando las pasiones
Nos acaloran y arrastran.

ISABEL.

Es verdad, bien lo temí...
Se lo dije; pero estaba
Empeñado en verla.

D. PEDRO.

Y bien,
¿Cómo ha de ser? Es desgracia
Inevitable.

ISABEL.

Tal vez
Otras mayores me aguardan.
¿Sabeis que intenta reñir
Con el Baron?... Si esto pasa...
Si muere... ó vuelve culpado
De un homicidio, ¡qué infausta
Victoria! ¡Qué objeto horrible
Para mí!

D. PEDRO.

No temas nada,
Isabelita: valor.
¿Presumes tú que llegara
A tener efecto, haciendo
Yo papel en esta farsa?
No por cierto. El tal Baron
No gusta de cuchilladas,
Leonardo al salir le dijo
Que á las doce le esperaba
Ahí afuera. Esta seria
Resolucion temeraria
Y necia en otra ocasion,
Pero como aquí se trata
De acosarle, de aburrirle,
De obligarle á que se vaya
O que desista, y nos diga
Claro y en pocas palabras
Que es un tunante, conviene
Llenarle de miedo al mandria,
Y ya lo está. No hay peligro:
El uno teme y se guarda,
Y al otro le guardo yo;
Ten segura confianza
En mí.

ISABEL.

Solo en vos pudiera
Tenerla.

D. PEDRO.

Verás burlada
La malicia de tu huésped;
Verás que tu madre acaba
De conocer hasta donde
Las apariencias engañan.
Sí, consuélate. Ya sabes
Que siempre he sido en tu casa
Tu amigo y tu protector;
Que no hay cosa, por estraña
Que fuese, que me detenga
Cuando de tu bien se trata.
¿No te acuerdas de que siendo
Chiquitita me llamabas
El otro papá? ¿que has sido
Alivio de mis desgracias?
¿Que en esta ocasion soy yo
Quien ha de suplir la falta
De tu buen padre, y hará
Que vivas afortunada
Y muy contenta?... ¿Lo sabes?

ISABEL.

Sí señor, lo sé.

D. PEDRO.

Pues calma
Esa agitacion.

ISABEL.

Mi llanto,
Mi turbacion, no la causa
El temor... Ya es alegría,
(Besando la mano á don Pedro, y acariciándole.)

Ternura, dulce esperanza,
Y agradecimiento.

D. PEDRO.

Vamos,
Un minuto: ¡eso faltaba!

ISABEL.

¡Querido padre!

D. PEDRO.

¡Hija mia!

ISABEL.

¿Me quereis?

D. PEDRO.

Pregunta es vana.
¿No te he de querer? ¿No ves
Que á mí tambien se me arrasan
Los ojos?... Pero tu madre
Viene.

ISABEL.

Ya no me acobarda
Su vista; pues tengo en vos
Un amigo que me ampara.

ESCENA VI.

DON PEDRO, LA TIA MONICA, ISABEL.

TIA MÓNICA.

Oiga!... Los dos en consulta.
¿Qué negocios de importancia
Tendrán que tratar? ¿No he dicho
(*A Isabel.*)
Mil veces que no me salgas
Acá afuera?

ISABEL.

Yo salí...

TIA MÓNICA.

Ya sabes que no me agrada
Tanto palique.

ISABEL.

Señora,
Si...

TIA MÓNICA.

Vete. Tú la levantas
De cascos; tú me la pierdes.
(*Isabel hace una cortesía y se va.*)

D. PEDRO.

¿Yo, muger?

TIA MÓNICA.

Sí, tú... ¿Qué estabas
Diciéndola?

D. PEDRO.

Que te sufra.

TIA MÓNICA.

Habrás venido á inquietarla,
A llenarla de ilusiones
La cabeza, y que no haga
Cosa que la mande yo.

D. PEDRO.

No tal; he venido á causa
De que ya por el lugar
Dicen todos que la casas
Con el Baron: me preguntan
A mí que no sé palabra,
Y hago un papel infeliz...
¡Es fuerte cosa! no hablan
De otra materia en las tiendas,
En la botica, en la plaza,
En casa del alojero;
¡Y á mí no me dices nada
De este bodorrio!

TIA MÓNICA.

A su tiempo
Lo sabrás; y esos que pasan
La vida en chismotear,
Verán despues si se engañan,
O aciertan.

D. PEDRO.

Pero si vieras
Qué risa les da, y qué ganas
Me dan á mí de rabiar.
¿Quién ha de tener cachaza
Para sufrir que se digan
Tales cosas de una hermana?
Yo te digo la verdad;
Si quieres ver acalladas
Esas voces, desmentir
Los enredos que levantan
Contra tí, cásala presto.

TIA MÓNICA.

Presto será.

D. PEDRO.

Y que se vaya
Ese Baron, ó ese infierno,
Que nos tiene alborotadas

Las cabezas.

TIA MÓNICA.

Cuando quiera
Hallará la puerta franca.

D. PEDRO.

¿Y si no quiere?

TIA MÓNICA.

Si no
Quiere, no tengo yo cara
Ni desvergüenza bastante
Para echarle de mi casa.
A un señor de su carácter,
A quien he debido tantas
Atenciones, ¿te parece
Que es regular se le hagan
Esos desaires? Tú allá
Con tu gramática parda
Sabrás mucho; pero en punto
De urbanidad y crianza,
Sabes muy poco.

D. PEDRO.

En efecto,
La tal noticia no es falsa. (*Se sienta.*)

TIA MÓNICA.

¿Qué noticia?

D. PEDRO.

La de estar
Persuadida y confiada
En que el Baron ha de ser
Tu yerno... ¡Ilusion mas rara
No se dará!... ¡Vanidad
Maldita, que asi nos saca
De juicio y nos pierde!... Un hombre
De tan ilustre prosapia,
Primo de condes y duques,
Biznieto de doña Urraca,
Y chozno del rey don Silo,
Venir á hacernos la gracia
De casarse con tu hija...
¡Qué desatino!

TIA MÓNICA.

¿A qué llamas
Desatino? ¿Por ventura
Te parece cosa mala,
Cuando vemos favorable
La ocasion, aprovecharla?
¿Será la primera vez
Que un caballero se casa
Con una muger humilde?
¿Quién ignora lo que arrastra
Una pasion?

D. PEDRO.

¡Qué pasion,
Muger, ni qué calabaza!
¡Cuidado que... ¿Dónde has visto
Pasiones de esa calaña?
En las comedias, que vienen
Príncipes de Dinamarca
Vestidos de jardineros,
Y estan de amores que rabian
Por alguna pastorcita,
Con su zurron y sus cabras.
Se dicen flores, hay zelos,
Desdenes, lloros, mudanzas...
Se casan al fin, y luego
Salen con la patochada
De que la tal moza es hija
Del duque de Transilvania,
Y otros delirios asi:
Pero en el mundo no pasa
Nada de eso.

TIA MÓNICA.

No?

D. PEDRO.

Jamas.
Y cuando en amores trata
Algun señoron con una
Jovencilla bien carada,
Huérfana, plebeya y pobre,
Ojo avizor, que allí hay trampa.
No señor, los matrimonios
De esa gente no se entablan
Por trato y cariño. Cogen
La pluma, y en una llana
De papel suman partidas.
Cuatro y dos seis, llevo nada;
Ocho y siete quince, llevo
Una, y cuatro cinco; sacan
El total al pie, y segun
Lo que en el ajuste ganan,
Hay boda ó no hay boda... Y sea
La novia gibosa y chata
Y tuerta, y el novio manco,
Viejo, gotoso y con sarna;

Conózcanse mucho, ó nunca
Se hayan hablado palabra;
Con amor ó sin amor...
¡Bendígalos Dios! se casan.

TIA MÓNICA.

Eso sí, como te dejen
Hablar, piquito no falta,
Ni murmuracion... En fin,
Si te incomoda y te enfada
Cuanto digo y pienso, vete:
Déjame en paz, no me traigas
Cuentos, ni alborotes mas
Con esas estravagancias
A tu sobrina. Yo soy
La que debe gobernarla,
Sé lo que mas la conviene;
Nadie como yo se afana
Tanto por ella... Es mi hija,
Y á este amor ninguno iguala.

D. PEDRO.

¿Y por ese amor la quieres
Precipitar, entregarla
A un hombre desconocido,
Trapalon, tuno de playa?...
¡Y tú tan boba!... ¿No ves
Que es un pícaro y te engaña?
¿No lo ves?

TIA MÓNICA.

No, porque tengo
Antecedentes que bastan
A persuadirme: tú no
Los tienes, por eso ensartas
Tanto disparate.

D. PEDRO.

Pero
Yo te concedo de gracia
Que es un señor; que él y el rey
Meriendan juntos: ¿qué sacas
De aquí? ¿Le darás tu hija?

TIA MÓNICA.

¿Tuvieras tú repugnancia
En dársela?

D. PEDRO.

Sí.

TIA MÓNICA.

Se ve
Que no eres su madre, y hablas
Como un viejo sin cabeza.

D. PEDRO.

Hablemos claros, hermana.
Ese cariño de madre
Que me ponderas con tanta
Frecuencia, no es el motivo
Que te dirige; y si tratas
De engañarme á mí, no pierdas
El tiempo. Mira, tú rabias
Por hacer gran papelon:
Siempre has sido tiesa y vana,
Muy amiga de mandar,
Enemiga declarada
De quien tiene mas dinero,
Mejor jubon, mejor saya
Que tú. Te comes de envidia
Cuando ves que á las hidalgas
Las llaman doñas; te lleva
Dios cuando las ves sentadas
En la iglesia junto al banco
De la justicia; y por darlas
Que merecer, por vengarte
De la humillacion pasada,
Eres tú capaz, no solo
De entregar esa muchacha
A un hombre indigno, sino
De ponerte á la garganta
Un dogal.

TIA MÓNICA.

Yo?

D. PEDRO.

Tú... ¡Qué ideas
Tienes tan descabelladas
De grandeza! ¿No es verdad
Que ya á tus solas aguardas
El feliz momento en que
Oigas que todos te llaman
Escelencia, que ñoría
Es cosa bien ordinaria?
¿No es cierto que allá en tu mente
El plan de vida repasas
Que has de tener? Coches, modas,
Brillantes, sedas y holandas,
Mesa para los hambrientos
Que por lo que adulan tragan...
Baile, academias, teatros,
Solemne robo de banca,

Prodigalidad, miseria,
Orgullo, bajeza y trampas.
Llamar cultura á la infame
Depravacion cortesana,
Bestia á todo hombre de bien,
Y á todo acreedor, canalla...
¿No es ese tu plan? ¿No es esta
(*Levantándose.*)
La gran fortuna que guardas
A mi sobrina infeliz?...
Y esa ambicion insensata,
Esa vanidad, ¿te atreves
A desmentirla y llamarla
Amor de madre?

TIA MÓNICA.

¿Me quieres
Dejar en paz? Vete, calla.

D. PEDRO.

¿Sabes el mal que apeteces?
¿Sabes tú que donde falta
Moderacion, no hay placer?
¿Sabes que donde no haya
Virtud, no hay felicidad?

TIA MÓNICA.

Hombre, por Dios, no me hagas
Desesperar.

ESCENA VII.

EL BARON, LA TIA MONICA, DON PEDRO.

BARON.

(*Sale por la puerta del foro con una luz en la mano, que dejará sobre la mesa.*)
¿Permitis
Que un solo instante os distraiga
De vuestra conversacion?

TIA MÓNICA.

No era cosa de importancia,
Y aunque lo fuese...

BARON.

Me alegro
De hallaros juntos... Yo estaba
Indeciso... pero es fuerza
Salir una vez de tantas
Inquietudes, esplicarme
Con claridad, no dar causa
A disgustos, ni sufrir
En mi decoro la mancha
Mas pequeña. Yo, señor
Don Pedro, por la desgracia
Que acaso sabeis, me ví
En la situacion amarga
De abandonar mis amigos,
Mis conveniencias, mi patria...
Disfrazado, fugitivo,
Hube de fingir en varias
Partes nombre y calidad;
Y cuando despues de tantas
Desventuras ví lucir
Algun rayo de esperanza,
Vine á este pueblo, creyendo
Que estar á poca distancia
De la corte me seria
Favorable. Vuestra hermana
Me vió, la conté mi historia,
Condolióse al escucharla:
Me hospedó aquí, donde á fuerza
De atenciones no esperadas,
Y tal vez no merecidas,
Alivio hallaron mis ansias.
Isabel... ¿Cómo pensais
Que fuese fácil tratarla
Sin quererla bien?... Yo os ruego
Que no os altereis: me falta
Poco que añadir, y espero
Que tendréis la tolerancia
De no interrumpir á quien
Por última vez os habla.
Digo que la quise bien,
Y aunque su madre os lo calla,
Traté de hacerla mi esposa,
En la segura esperanza
De conseguirlo, y creyendo
Que vos no perdierais nada.
Pero he visto que en el pueblo
Se murmura, se propagan
Mil calumnias contra mí.
Hay alguno que nos guarda
La puerta, y tan atrevido
Que me insulta y me amenaza:
Hay alguno que desprecia
Mi carácter, que me trata

De seductor, y...

D. PEDRO.

¿Por quién
Lo decis?

BARON.

Por nadie. Tantas
Injurias no las toleran
Los Benavides de Vargas...
Con dos renglones pudiera
Confundir á quien me agravia,
Y... no lo haré... Tengo ya
Noticia de que me aguardan
En la corte; mi contrario
Está preso, el rey me llama,
Quiere verme, y es preciso
Que con diligencia parta.
Pero en tanto, no os daré
Disgusto. El tiempo que haya
De estar en Illescas (puesto
Que hasta pasado mañana
No vendrán mis coches) pienso
Alojar en la posada
Que cuando vine ocupé,
Y os juro que de esta casa
Saldré luego que amanezca;
Y aunque en el pueblo quedara
Muchos meses, nunca en ella
Pondré los pies. Ya que tanta
Ofensa ha sido aspirar
A esta union abominada,
Ahí os queda la infeliz
Isabel, sacrificadla...
Yo la quise hacer dichosa,
Vos no quereis, y esto basta.

TIA MÓNICA.

¡Válgame Dios! pero...

BARON.

No,
No os canseis.

TIA MÓNICA.

¡Fuerte desgracia
Es esta!... Porque otros digan...
Mientras yo no he dado causa;
Mientras la niña está pronta
A lo que su madre manda...
¡Animas benditas, pues
Cierto!... Y tú qué ¿dices?...

D. PEDRO.

Nada.
Que el Baron habla muy bien,
Que le tomo la palabra,
Que si la cumple, debemos
Darle todos muchas gracias...
Y que me voy á acostar.

TIA MÓNICA.

¡Qué necedad, qué ignorancia!
¡Si es muy tonto!... Pero yo,
Señor, porque...

D. PEDRO.

Consoladla,
Señor Baron.

BARON.

No hay remedio.

TIA MÓNICA.

¡Qué muger tan desdichada!

BARON.

Es preciso hacerlo asi,
Lo exigen las circunstancias;
Mi estimacion es primero
Que mi amor.

D. PEDRO.

(*Ap.* ¡Qué zalagarda
Me ha querido armar!...) A Dios,
Mónica, duerme y descansa.
Señor Baron, buenas noches.
¿Quedamos en que mañana,
Luego que amanezca...

BARON.

Sí.

D. PEDRO.

¿Os iréis á la posada?

BARON.

Ya lo he dicho.

D. PEDRO.

¿Y no volveis
Aquí?

BARON.

No.

D. PEDRO.

¿Y asi que os traigan
El equipage, los tiros
Y las carrozas de nácar,
Os vais?

BARON.

Me iré.

D. PEDRO.

Lindamente.
(*Ap.* Pues con todo, no me engañas.)

ESCENA VIII.

EL BARON, LA TIA MONICA.

TIA MÓNICA.

¿Qué es lo que pasa por mí?
Señor Baron de mi alma,
¿Qué es esto?

BARON.

Ver si por medio
De un artificio se calma
La envidia, el odio, el furor
De esa gente temeraria.

TIA MÓNICA.

¿Qué decis?

BARON.

Ficcion ha sido:
Jamas han salido vanas
Mis promesas, no temais.

TIA MÓNICA.

Yo al escucharos estaba
Muerta, muerta... Si quisieran
Sangrarme, no me sacaran
Gota de sangre.

BARON.

Lo creo.
Pero todo ha sido traza
Para deslumbrarle.

TIA MÓNICA.

Bien,
Bien hecho.

BARON.

Fué necesaria
Precaucion... Pero escuchad
Lo que se ha de hacer sin falta.
Mañana pasaré el dia
En el meson; cuando caiga
La noche saldré de Illescas,
Dejo en Toledo encargada
Al arcediano la mula,
Tomo su coche, y me plantan
Las colleras de un tiron,
Antes que anochezca, en Parma,
Un lugarcito pequeño,
El primero que se halla
De mis estados cruzando
El lago de Nicaragua.
Hoy es lúnes, bien; estoy
El miércoles en mi casa:
Juéves, viérnes... sale justa
La cuenta. Estad preparadas,
Tenedlo todo dispuesto,
Y el sábado sin tardanza
Ninguna, recibiréis
A media noche una carta,
Que os dará mi mayordomo;
Y al instante, acompañadas
De él y de un negro, salis
A donde el coche os aguarda,
Y... ya lo he dicho, el domingo
Se logran mis esperanzas.
¿Con que, estais? A media noche...

TIA MÓNICA.

Sí, sí, ya estoy enterada;
El sábado. Bien está.

BARON.

Ved que en esa confianza
Me voy, y os espero.

TIA MÓNICA.

¿Pues
Señor, temeis que no vaya?
Aunque fuera menester
Ir solas, á pie y descalzas,
Fuéramos; vivid seguro.

BARON.

Podeis llevar la criada
Tambien, para que os asista.
Y advertid que se levanta
Ya un fresquecillo al salir
El sol, que molesta y daña:
Cuidado, abrigarse bien,
Porque aunque tiene persianas
El coche, pieles y estufa,
Estais algo delicada
Y es bueno cuidarse.

TIA MÓNICA.

Asi
Lo haré.

BARON.

Si esto se llegara
A saber, tal vez seria
Cosa muy aventurada.
Ya veis que en Madrid me ofrecen
Una rica mayorazga,
Hermosa, ilustre. Su padre
Es caudatario del papa;
Su primo duque de Ultonia;
Nobleza mas acendrada
Que la suya, mas antigua,
Es imposible encontrarla,
Aunque espriman la de todos
Los príncipes de Alemania.
No es fácil, pues, renunciar
A este enlace sin que haya
Desazones, y á este fin
Pienso escribir unas cartas
Para evitar desde luego
Que vengan por mí, con varias
Escusas que fingiré.
De esta manera se gana
Tiempo... Pero á nadie, á nadie
Habeis de decir palabra.

TIA MÓNICA.

Bien está, señor.

BARON.

A nadie.
Y cuando digan mañana
O esotro que me marché,
Fingid que no sabeis nada.

TIA MÓNICA.

Bien está.

BARON.

Disimulad
El corto tiempo que falta;
Idme á buscar : logre yo
La posesion suspirada
De Isabel, y hasta ese punto
Nadie entienda lo que pasa.

TIA MÓNICA.

Ya, ya estoy.

BARON.

Despues veréis
Que en esta dicha os alcanza
Aun mas de lo que esperais.

TIA MÓNICA.

Pues señor, ¿qué mas?...

BARON.

Pensaba
En no decíroslo; pero
Hablemos en confianza.
¿Vos, qué edad podeis tener?
Estais fresca, bien tratada,
Robusta y ágil... Es cierto
Que no deja de hacer falta
La dentadura.

TIA MÓNICA.

¡Ay señor,
Que no es la vejez la causa!
Jaquecas y corrimientos,
Y pesadumbres...

BARON.

Mi hermana
La vizcondesita cumple
Veintidos años por pascua,
Y está lo mismo que vos,
Y porque no se la caiga
Un diente que la ha quedado,
Solo come cosas blandas :
Sémola, huevos megidos,
Puches, y asi... La obstinada
Tos que padeceis, los flatos,
La debilidad y nauseas
Del estómago, se curan
Mudando de temple y aguas
Y alimentos. Con un poco
De ejercicio y unas cuantas
Friegas que os den, se disipa
La hinchazoncilla que carga
A las piernas, y en dos dias
Os hallaréis fuerte y apta
Para las segundas nupcias.

TIA MÓNICA.

¿Quién, yo?... ¡Pero señor... Vaya!
¡Jesus, qué calor!

BARON.

Amiga,
La viudez desconsolada
Es un estado terrible,
Y en él las jóvenes pasan
Muchos trabajos... A ver
Un polvo.

TIA MÓNICA.

Y en la de plata.

(Saca una caja y se la da al Baron, el cual despues de tomar un polvo se la guarda como distraido.)

BARON.

Mi tio, de quien algunas
Veces os hablé, se halla
Viudo y sin hijos : si muere,
Todos sus estados pasan
A un estrangero, cuñado
Del hospodar de Valaquia;
Y esto es doloroso.

TIA MÓNICA.

Cierto,
Siendo una nacion...

BARON.

Yo tomara
Que fuese nacion no mas;
Pero lo que nos enfada
Es que, ademas de estrangero,
Es herege.

TIA MÓNICA.

¡Vírgen santa!
Herege!

BARON.

Pues ved qué gusto
Nos dará, que si mañana
Llegase á faltar el tio,
Todos sus bienes los haya
De gozar aquel mastin,
Que no entiende una palabra
De español, ni sabe el credo,
Ni va á misa.

TIA MÓNICA.

¡Qué canalla!

BARON.

Ni ayuna, ni...

TIA MÓNICA.

Picaron!

BARON.

Pues por eso se pensaba
Hacerle una burla : el tio
Está en lo mismo; y se allana
A todo. El fin es casarle;
Y si la novia se encarga
De darle en dos ó tres años
Dos ó tres chiquillos, basta :
No la piden mas, y el otro
Se queda tocando tablas.
Con que ved si...

TIA MÓNICA.

Yo, señor,
Aunque á la verdad estaba
Bien agena de pensar
En eso... pero se trata
De serviros, y podeis
Mandarme como á una esclava.
Y en todo aquello que yo
Pueda y...

BARON.

Bien.

TIA MÓNICA.

Si estoy turbada,
Señor, y no sé...

BARON.

Al instante
Quiero escribir lo que pasa
Al príncipe vuestro esposo,
Que está esperando con ansia
La resolucion.

TIA MÓNICA.

Decidle
Mil cosas.

BARON.

Ya estoy.

TIA MÓNICA.

Y gracias
Infinitas.

BARON.

Bien. Ahora
Voy á poner esas cartas.
Cuidad que no suba nadie
Por allá arriba, ni hagan
Ruido.

TIA MÓNICA.

Bien está.

BARON.

Porque
Al instante que las haya
Cerrado, me iré á dormir.

TIA MÓNICA.

¿Sin cenar?

BARON.

No tengo gana,
He comido bien.

TIA MÓNICA.

Siquiera
Unas sopas.

BARON.

Nada, nada.

TIA MÓNICA.

O un huevecito escalfado.

BARON.

No, no es menester. Mañana
Llevará un posta los pliegos
A Madrid, y asi que él parta,
Me voy al meson... A Dios.
Un abrazo. (*Abrazándose.*)

TIA MÓNICA.

Y mil.

BARON.

Honrada
Dueña.

TIA MÓNICA.

Servidora vuestra.

BARON.

A Dios... La ausencia no es larga.

TIA MÓNICA.

Con todo, señor, si ahora
No llorase, reventara.
(*Enternecida y enjugándose las lágrimas. Toma una de las luces para ir alumbrando al Baron, el cual se la quita; la coge de la mano, se la besa respetuosamente, y se va con la luz por la puerta del foro.*)

BARON.

Hasta el domingo... ¿Qué haceis?

TIA MÓNICA.

Alumbraros.

BARON.

No faltaba
Mas.

TIA MÓNICA.

Pero si yo...

BARON.

Vos sois
Mi madre, no mi criada.

ESCENA IX.

TIA MONICA.

¡Bendito, bendito, amen!
¡Con qué respeto me trata
El pobrecito!... ¡Qué humilde!
Si á boca llena me llama
Su madre... Pero no dice
Bien; no señor... Si me faltan
Algunos dientes, tambien
Tengo las muelas muy sanas,
Gracias á Dios... ni me huele
La boca, ni... Pues me agrada
La especie de... ¡Bueno fuera
Que nos viniese de estranja
El otro bribon, aullando
En su lengua chapurrada!
Maldito!... Pues aunque él viva
Mas años que Mariblanca,
Yo le juro que no lleve
Ni un alfiler, ni una hilacha.
No señor, todo á los niños...
¡Ay hijos de mis entrañas!
Angelitos!... ¡Sí, pues poco
Los querrá su padre! vaya!

ESCENA X.

PASCUAL, LA TIA MONICA.

PASCUAL.

Pues señor, ya fuí allá,
Y dije que le esperaban
Al instante.

TIA MÓNICA.

¿A quién?

PASCUAL.

Al sastre.

TIA MÓNICA.

¿Despues de dos horas largas,
Te vienes con eso?

PASCUAL.

Pues
Fuí y dije, digo: el ama
Está esperando al señor
Juan, y dice que le aguarda,
Que no deje de ir corriendo,
Corriendo, porque hace falta

Que vaya, y...

TIA MÓNICA.

Bien : ¿y qué dijo?

PASCUAL.

¿Quién, él? Él no ha dicho nada.

TIA MÓNICA.

¿Pues qué, no le has visto?

PASCUAL.

Yo?

No por cierto.

TIA MÓNICA.

¿Qué, no estaba?

PASCUAL.

Si señora.

TIA MÓNICA.

¿Y no le dieron
El recado?

PASCUAL.

La Colasa
Se le dió.

TIA MÓNICA.

¿Con que vendrá?

PASCUAL.

¡Que ha de venir!

TIA MÓNICA.

Pues acaba,
¿Porqué no viene?

PASCUAL.

Porque
Parece que esta mañana...
Pues señor, el pobre sastre
Subió á poner unas tablas
Al palomar, y una red
Para tapar la ventana,
Y estando allí se le fué
La cabeza, como andaba
Clavando clavos, y el pelo
Se le enredó en una escarpia...
Y desde allí se cayó
Sobre el palo donde enganchan
La garrucha cuando tienen
Que subir sacos de paja,
Y desde allí se cayó
Al tejado de la Marta,
Y desde allí cayó al suelo,
Y desde allí por la trampa
De la cueva, zas, cayó
A la cueva, porque estaba
Sin cerrar, y desde allí
Se cayó en una tinaja
De aguardiente... Y desde allí
Le llevaron á la cama,
Y mientras esté acostado
No quiere salir de casa...
Con que no puede venir.

TIA MÓNICA.

Soy en todo afortunada:
Porque tanto cuando yo
Le llamo, se descalabra.
Toma esa ropa... Cuidado,
(*Harán lo que denotan los versos.*)
Y llévala adentro... Aguarda,
¿No ves que lo arrugas todo?

PASCUAL.

Es porque no se me carga.

TIA MÓNICA.

¡Mira qué aliño!

PASCUAL.

Si...

TIA MÓNICA.

Suelta;
Fermina vendrá á doblarla:
Déjalo.

PASCUAL.

Bien.

TIA MÓNICA.

Oyes, dí,
¿Porqué dejaste que entrara
Leonardo esta tarde?

PASCUAL.

Yo?
Porque... Luego se me pasa
Todo... Ya no sé porque.

TIA MÓNICA.

Cuidado con que le abras
La puerta otra vez... Estás?

PASCUAL.

Ya estoy.

TIA MÓNICA.

Mientras no le llaman,
No hay para que venga. Díle
Si vuelve otra vez, que el ama
Te ha dicho que no le dejes
Subir, que está fastidiada

Dél, que no quiere ni oirle
Ni verle mas, que se vaya.
¿Lo entiendes?

PASCUAL.

Pues ya se ve
Que lo entiendo. Si yo estaba
En lo propio, y cuando vino
Dije, digo: no está en casa
El ama, y él dice: tonto,
Si la he visto á la ventana...
Con que entró, y aquí se estuvo.
Salió despues... Yo pensaba
Que no volviera, y á poco
Cátale otra vez. Se pára
A la puerta, y dice... No:
Entonces no dijo nada;
Cogió y se entró derechito,
Sin hablar una palabra.
Con que yo, como le ví
Asi, que no preguntaba
Cosa ninguna...

TIA MÓNICA.

¿Dos veces
Estuvo?

PASCUAL.

Dos... Pues si anda
Siempre... Toma!... y hace señas...
Y anoche á las once dadas
Estuvo cantando, y...

TIA MÓNICA.

Bien,
Ya lo sé.

PASCUAL.

No era guitarra,
Era otra especie de...

TIA MÓNICA.

Sí,
Ya estoy.

PASCUAL.

De instrumento.

TIA MÓNICA.

Calla.
Picarones!... todos, todos
Son contra mí, todos tratan
De burlarme; pero yo
Les prometo...

(*Se va con mucho enfado sin atender á lo que dice Pascual.*)

ESCENA XI.

PASCUAL.

Pues cantaba
Unas coplas... Eso sí,
Las coplas eran muy guapas,
Y... Calle! ya se marchó.
Si está medio espiritada
Esta muger... ¡Ay, qué rico

(*Se acerca á donde está la ropa, desdobla una bata, y la examina por todas partes con admiracion.*)

Zagal!... No señor, que es bata,
Y con su cola y sus vuelos
Largos, y sus cintas... ¡Anda
Majo!... ¡Y cómo cruje!... Apuesto
Que á mí me viene pintada.
¡Vaya, vaya, estas mugeres
Qué cosas tan buenas gastan!
Y es bien anchota... Probemos

(*Se pone la bata, mírase á uno de los espejos, y empieza á pasearse de un lado á otro, afectando ademanes mugeriles.*)

A ver... Qué! si está cortada
Para mí... ¡Pobre Pascual,
Siempre vestido de lana
Churra!... ¡Ay qué guapo! Asi va
La médica por la plaza;
Lo mismo, lo mismo, asi.

ESCENA XII.

PASCUAL, FERMINA, LA TIA MONICA.

FERMINA.

¿Qué estás haciendo? ¡No es mala
La diversion!

PASCUAL.

Ay! ¡qué susto
Me has dado!

FERMINA.

Vamos, despacha.

(*Harán lo que indica el diálogo.*)

Ropa fuera... ¡Se habrá visto
Mayor zangandungo!

PASCUAL.

Vaya,
No te enfades... tira...

FERMINA.

Poco
A poco, que me lo rasgas.
¡Por vida de...

PASCUAL.

No te enfades,
Muger.

TIA MÓNICA, *llamando desde adentro.*

Fermina!

FERMINA.

Ay! que llama.

PASCUAL.

¿Qué te parece, si viene
Y nos pilla?

FERMINA.

Me alegrara.

PASCUAL.

Como está sobre la chupa
Se arruga todo y se atasca.

TIA MÓNICA, *vuelve á llamar desde adentro.*

Fermina!

PASCUAL.

¡Válgate Dios!
Tira, muger.

FERMINA.

Si no alargas
Un poco el brazo... Ay! que viene.

PASCUAL.

Ya se ve que viene.

FERMINA.

Marcha,
Corre.

PASCUAL.

A dónde?

FERMINA.

¿Qué sé yo?
Al desvan.

PASCUAL.

Arriba patas,
Al desvan... Oyes, por Dios
Que no digas...

(*Hace que se va, y vuelve.*)

FERMINA.

Corre y calla.

(*Vase Pascual por la puerta del foro, con la bata á medio quitar y arrastrando.*)

ESCENA XIII.

FERMINA, LA TIA MONICA.

TIA MÓNICA.

¿Dónde estás, sorda, que grito
(*Sale.*)
Como una desesperada,
Y no respondes?

FERMINA.

Aquí,
Doblando esta ropa.

TIA MÓNICA.

Acaba
Presto, y danos de cenar.

FERMINA.

¿Son las nueve?

TIA MÓNICA.

Poco falta.

FERMINA.

¿Pero no he de hacer la sopa
De almendra?

TIA MÓNICA.

No, que no baja
El señor Baron. Está
Escribiendo, y cuando haya
Cerrado sus pliegos, quiere
Recogerse.

FERMINA.

¡Cosa estraña!
Sin cenar... no lo acostumbra.

TIA MÓNICA.

Oyes, mira que mañana
A eso de las cinco debe
Salir. Tenle preparada
La manteca, el chocolate,
Bollos, agua de naranja,
En fin, lo que toma siempre
Estás?

FERMINA.

Bien.

TIA MÓNICA.

Deja entornada
La ventana, que sino
Cuando estás entre las mantas
Y á oscuras, eres un tronco.

FERMINA.

¿Con que en efecto se marcha
El Baron? ¿Y qué, no lleva
Una tortilla con magras,
O un poco de...

TIA MÓNICA.

Si no sale
Del lugar.

FERMINA.

Ay desdichada!
¿Con que vuelve?

TIA MÓNICA.

No por cierto.
Nos deja, se va de casa
Y no vuelve mas.

FERMINA.

Agur,
¿Pero cómo...

TIA MÓNICA.

Ya me enfada
Tanto preguntar. Recoge
(*Ladra un perro á lo lejos.*)
Esos vestidos, y saca
La cena, y déjame en paz.
Pero... ¿qué es eso?

FERMINA.

Que ladra
El Turco.

TIA MÓNICA.

Si aquel zopenco
De Pascual... No hay quien les haga
Entender... Le tengo dicho
Que me le deje en la cuadra
Encerrado... Él se alborota
Con un mosquito que pasa.
(*Vuelve á ladrar.*)

FERMINA.

Ladra mucho... No haya gente
En el corral.

TIA MÓNICA.

Pues si estaba
Durmiendo el señor Baron,
Cierto que... Mira quien anda
En la escalera.

FERMINA.

¿Quién es?

ESCENA XIV.

PASCUAL, LA TIA MONICA, FERMINA.

PASCUAL.

¿Quién ha de ser? La fantasma.

TIA MÓNICA.

¿Pues de dónde vienes?

PASCUAL.

Yo
Lo diré... Porque la gata,
Como maya tanto... digo:
Si se queda allí encerrada
Y empieza á rabiar... Con que
Fuí... ¡Pero qué! si se escapa
Y... vete á cogerla... ya!
Michita, michita, nada:
Miz, miz, miz... Un arañazo
Me tiró que... (*Ladra el perro.*)

TIA MÓNICA.

¿Cómo ladra
Tanto ese perro?

PASCUAL.

Sí... Calle!
Lo mejor se me olvidaba:
¿Pues no ha de ladrar el pobre
Chucho? Yo tambien ladrara:
Toma!... Y cuenta que es verdad
Que desde aquella ventana
De arriba... no la grandota
Donde estan las alcarrazas,
Sino la de mas allá...

TIA MÓNICA.

¿Y bien, qué?

PASCUAL.

Se descolgaba
El Baron, poquito á poco.

TIA MÓNICA.

Calla, bruto.

PASCUAL.

¡No, que es chanza!
Si le he visto yo.

FERMINA.

¿De veras?

TIA MÓNICA.

Anda, ve, mete en la cuadra
El perro, y duerme, que estás
Perdido de vino.

PASCUAL.

Vaya
Con Dios... pero yo le ví.

TIA MÓNICA.

¿Qué has de ver, tonto?

PASCUAL.

Si estaba
Yo en el desvan y le ví.
Dale!... Y con la soga larga
Del tendedero, á la cuenta,
¿Qué sé yo?... debió de atarla...
Ello yo le ví, y el pobre
Turco se desgañifaba:
Huauh, huauh, huauh...

ESCENA XV.

ISABEL, LA TIA MONICA, FERMINA, PASCUAL.

ISABEL.

Madre, ¿no habeis
Sentido el rumor que anda
En la calle? Gritos, golpes...
Yo estoy atemorizada.
Parece que alguno de ellos
Iba huyendo, y le acosaban
Otros...

TIA MÓNICA.

Y bien, ¿qué tenemos?
Serán los mozos, que pasan
De ronda.

FERMINA.

¡Válgame Dios!

(*Suena á lo lejos un pistoletazo.*)

¿No ha sonado un tiro?

ISABEL.

Calla.

FERMINA.

¿Qué será?

PASCUAL.

¡Qué miedo!

ISABEL.

Vamos
A la reja de la sala.

TIA MÓNICA.

Alguna quimera, que
Al cabo no será nada.
Vamos.

(*Suenan golpes á la puerta.*)

PASCUAL.

Ay!

ISABEL.

¡Qué golpes!

TIA MÓNICA.

Lleva
Esa luz, mira quien llama.

PASCUAL.

¿Y he de abrir?

TIA MÓNICA.

Si no conoces
Quien es, no... Fermina, baja
Con él.

PASCUAL.

Mucho miedo llevo:
Fermina, no te me vayas,

(*Fermina tomando una de las luces se va con Pascual, y continuan los golpes á la puerta.*)

Los dos juntitos.

FERMINA.

¡Qué prisa
Tienen! Ya van.

TIA MÓNICA.

¡Es desgracia
Por cierto! Precisamente
Esta noche que me encarga
Que nadie suba, que nadie
Le incomode ni distraiga,
Porque tiene que escribir,
Y ha de recogerse para
Madrugar... ladridos, voces,
Carreras, tiros, patadas,
Alboroto... Si anduviese
Por el lugar una sarta
De diablos, no hubieran hecho
Mayor estrépito.

ESCENA XVI.

LA TIA MONICA, ISABEL, DON PEDRO, FERMINA, PASCUAL.

(*Don Pedro saldrá muy alborozado. Pascual trae debajo del brazo un envoltorio, y le pondrá sobre la mesa. Fermina delante con la luz.*)

D. PEDRO.

Hermana,
Isabel, albricias: nuestro
Huésped cumplió su palabra.

TIA MÓNICA.

Cómo?

ISABEL.

¿Qué decis?

D. PEDRO.

Que ya
No teneis Baron en casa.
Tal prisa lleva, que habiendo
Puerta, eligió la ventana
Para salir; y pudiendo
Irse en carrozas doradas
Con tiros napolitanos,
Lacayos, pages y guardias,
Por el camino de Esquivias
Va, que el diablo no le alcanza.
Pacorrillo el sacristan,
Y el chico de la Tomasa
Nuestra vecina, que son
Dos galgos si se desatan,
Le siguen; pero yo temo
Que su diligencia es vana.
Él al principio se quiso
Hacer el guapo; dispara
Una pistola; erró el tiro;
Y á consecuencia, descargan
Dos ó tres palos en él,
Tan fuertes, que si le plantan
Otro igual... Bien que no quiso
Su fortuna que acertaran.
Entonces, tirando al suelo
Ese hatillo que llevaba,
Dió á correr; y segun va,
Sus pies no son pies, son alas.

TIA MÓNICA.

Fermina, ven, que me quieren
Volver loca, ven.

(*Coge una de las luces, se va apresuradamente por la puerta del foro, y Fermina detras.*)

ESCENA XVII.

DON PEDRO, ISABEL, PASCUAL, LEONARDO.

D. PEDRO.

Desata
Ese rebujo, y veamos
El equipage y las galas
(*Pascual desata el envoltorio, poniendo en la mesa lo que saca de él.*)
De aquel caballero... ¿Y tú,
Niña, no me dices nada?

ISABEL.

Confusa estoy... De alegría
No acierto á decir palabra.
Pero... ¿y Leonardo?

D. PEDRO.

Leonardo
No se ha muerto, ni le matan,
Ni corre peligro... Mira,
(*Saldrá Leonardo fatigado y lleno de polvo, y se sienta.*)
Ya está aquí, ¿le ves? Ensancha
Ese corazon... ¿Qué nuevas
Nos das?

LEONARDO.

Que el Baron se escapa:
Tal ligereza de piernas
Jamas la ví.

D. PEDRO.

Que se vaya
Enhorabuena... ¡Quién sabe!
Tal vez el susto que acaba
De llevar será su enmienda.
Asi el infeliz se salva
De un presidio, en donde lejos
De reprimirse las malas
Inclinaciones, se aumentan;
Donde los delitos hallan
Castigo, no correccion.

ESCENA XVIII.

LA TIA MONICA, FERMINA, D. PEDRO, ISABEL, LEONARDO.

(*La tia Mónica, confusa y llena de abatimiento, se sienta.*)

FERMINA.

¡Marchóse por la ventana
El pícaro! Allí no hay mas
Que una chupa desgarrada,
Un sombrero viejo, un par
De calcetas... nuestra bata
De boda en una gatera,
Cubierta de telarañas,
La cuerda que le ha servido
De escalera, y unas chanclas.

D. PEDRO.

Aquí debe parecer
Lo demas. Mira, una caja;
(*Irá mostrando lo que dicen los versos.*)
Y esta es la tuya: un pedazo
De galon; una cuchara
De plata...

FERMINA.

¡Qué picardía!
La que le dí esta mañana
Con el vaso de conserva.

D. PEDRO.

Un estuche, dos barajas,
Un anillo... tambien tuyo...
Y aquí hay dinero... Él estafa,
Pero restituye.

FERMINA.

Es hombre
De conciencia delicada.

TIA MÓNICA.

Bien está: dejadme sola,
Idos, que ya es tarde... Baja,
Pascual, y cierra las puertas.
Idos.

D. PEDRO.

¿Qué pasion te afana?

TIA MÓNICA.

Picaron!... maldito!... ¡Y yo
Tan sencilla, tan bonaza...
¡Y burlarme asi!

ISABEL.

¡Querida
Madre!

LEONARDO.

No es tiempo de tanta
Afliccion.

D. PEDRO.

Un error breve,
Que no ha producido infaustas
Resultas, puede ser útil,
Porque instruye y desengaña.
Quisiste salir de aquella
Humilde esfera en que estabas,
Y te espuso esta ilusion
A un abismo de desgracias.
Horror me da contemplar
Cuantos males preparaba
Tu ceguedad.

TIA MÓNICA.

Ya lo veo,
Y eso me angustia y me mata.

D. PEDRO.

Mira tu consuelo aquí.
Sobrina, llega y abraza
A tu madre.

TIA MÓNICA.

¡Ay Dios!

(*Isabel abraza con ternura á su madre. Don Pedro, asiendo de la mano á Leonardo, le obliga á que se acerque. Isabel y Leonardo se arrodillan á los pies de la tia Mónica.*)

D. PEDRO.

Tus hijos
Son estos, y solo aguardan
Tu bendicion para ser
Felices... No temas nada,
Leonardo; llega, que ya
Mudaron las circunstancias.

TIA MÓNICA.

Es verdad... ¡Ay hija mia!
(*Abrazando con ternura á Isabel y Leonardo.*)
Y tú... perdóname tantas
Locuras, Leonardo... tuya
Es Isabel.

LEONARDO.

Madre!

(Los dos besan las manos á la tia Mónica, se levantan y abrazan á don Pedro.)

ISABEL.

¡Amada
Madre!

TIA MÓNICA.

Perdonadme.

(Se levanta y se acerca á don Pedro, que asiéndola de ambas manos la recibe y habla cariñosamente.)

D. PEDRO.

¿Ves
Como á este placer no iguala
Otro ninguno? Esta es
La felicidad mas alta:
Esta... y los sueños que escita
La ambicion, promesas falsas.
Vive contenta en el seno
De tu familia, estimada,
Querida y en dulce paz;
Que el fausto, la pompa vana
De las riquezas no pueden
Hacer que disfrute el alma
Estas dichas... ¡Infeliz
El que no sabe apreciarlas!

LA MOJIGATA.

PERSONAS.

DON LUIS.	DON CLAUDIO.
DON MARTIN.	LUCIA.
DOÑA CLARA.	PERICO.
DOÑA INES.	EL TIO JUAN.

La escena es en Toledo, en una sala de la casa de D. Luis.

El teatro representa una sala de paso con algunos adornos, mesa y sillas. A la derecha habrá una puerta por donde se va á la calle; otra á la izquierda para las habitaciones interiores; otra en el foro, que es la del cuarto de D. Claudio, y á un lado y otro de ella dos ventanas usuales.

La accion empieza á las diez de la mañana, y se acaba á las cinco de la tarde.

LA MOJIGATA.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

DON LUIS, DON MARTIN.

D. MARTIN.

Mira, hermano, si no quieres
Que riñamos muy de veras,
No hablemos mas del asunto:
Dejémoslo.

D. LUIS.

Tú te inquietas
Por nada. Cuando las cosas
No van segun tus ideas,
Regañas, gritas...

D. MARTIN.

¿Y cómo
He de llevar en paciencia
Lo que está pasando? ¿Y cómo
He de aprobarlo? ¿No es ella
Mi sobrina? ¿No eres tú
Mi hermano?

D. LUIS.

Nadie lo niega;
Pero pues yo soy su padre,
Y está á mi cargo y tutela,
Déjamela gobernar.

D. MARTIN.

Es verdad... ¡Y la gobiernas
Perfectamente!... ¿A qué vienen
Dilaciones y reservas?
Llegó don Claudio á Toledo;
Se han visto ya: pues ¿qué esperas?
Cásalos.

D. LUIS.

Yo te diré.
Me escribió veces diversas
Don Pedro sobre el asunto;
Me levantó á las estrellas
Los méritos de su hijo;
Yo, que me acordaba apenas
De haberle visto pequeño,
Esperaba á que vinieran
Ciertos informes de Ocaña
Para darle una respuesta
Decisiva; pero el padre,
Que gasta poca paciencia,
Sin avisarme le hizo
Venir aquí. Siendo fuerza
Admitirle, no juzgué
Conveniente que supiera
Inés nuestras intenciones.
Al principio observé en ella
Un agrado indiferente,
Que presumí que pudiera
Con el trato ser amor;
Pero despues! tan diversa
Se le ha mostrado, que siempre
Le recibe con tibieza
O seriedad. Yo, entre tanto,
Me confirmo en la sospecha
De que don Claudio es un poco
Simple, de mala cabeza...
Esta noche no ha dormido
En casa... Yo sé que juega...
En fin, ello es necesario
Indagar qué vida lleva,
Y sobre todo saber

Si Inés admite contenta
Esta boda, ó la repugna.

D. MARTIN.

Es una cosa muy puesta
En razon... Segun la niña
Lo determine y resuelva;
Y la autoridad del padre...

D. LUIS.

Esa autoridad se templa
En estos casos; pues todo
Lo demas fuera violencia
É injusticia.

D. MARTIN.

Sí, blandura,
Mimo, cariñitos... Deja,
Deja, que ya verás pronto
Los efectos.

D. LUIS.

Quien te oyera
Hablar asi, pensaria,
Segun lo que tú lo esfuerzas,
Que la muchacha camina
A su perdicion derecha,
Y que su padre la ofrece
Medios para que se pierda.

D. MARTIN.

Si observase la conducta
De su prima, allí aprendiera
A servir á Dios, á ser
Humilde, juiciosa y quieta.

D. LUIS.

Eso sí.

D. MARTIN.

Pues ya se ve
Que sí.

D. LUIS.

¿Pues quién te lo niega?

D. MARTIN.

Es que yo sé bien porque
Lo digo... Hay gran diferencia
De prima á prima.

D. LUIS.

¿Y quién dice
Que no?

D. MARTIN.

Por mas que lo quieras
Negar.

D. LUIS.

¡Cierto que la tuya
Es una niña muy bella!
Siempre está metida en casa;
Ayuna cuando la observa
Su padre; cuando se va,
Se abalanza á la despensa
Y se desquita...

D. MARTIN.

No hay tal.

D. LUIS.

Sí hay tal. Hace sus novenas,
Reza la corona, tiene
Oracion mental, se encierra
En su cuarto, abre el balcon,
Y á oscuras, porque no pueda
Verla su padre, se pasa
La niña las noches frescas
De verano patullando
Con el cabo de bandera
De ahí al lado.

D. MARTIN.

No hay tal cosa.

D. LUIS.

Sí hay tal cosa. Como emplea
En el servicio de Dios
Las horas de esta manera,
No cose jamas, no aplancha,
No hace un punto de calceta,
No mueve un trasto, ni quiere
Ocuparse en las faenas
Propias de toda muger,
Y deja el encargo de ellas
A su prima, pues la vida
Contemplativa y austera
No la permite atender
A las cosas de la tierra.
Cuando su padre la ve,
Libros devotos hojea;
Cuando queda sola, entonces
Es la lectura diversa:
Coplas alegres, historias
De amor, obrillas ligeras,
Novelas entretenidas,
Filosóficas, amenas,
Donde predicando siempre
Virtud, corrupcion se enseña.

Estas obras de moral
Don Benito se las presta:
Ese estudiante andaluz,
Opositor á prebendas,
Que vive en el guardillon.

D. MARTIN.

Pues yo te doy por respuesta
Que no he visto tales libros,
Ni pienso que ella los lea,
Ni sé de tal don Benito,
Ni he sospechado que tenga
Con nadie conversacion.

D. LUIS.

Pues todo es verdad.

D. MARTIN.

¡Perversa
Envidia!

D. LUIS.

No hay tal envidia.

D. MARTIN.

Bien está; dí lo que quieras:
No me podrás persuadir
Que la muchacha no es buena.
Y sobre todo, pensar
Que su disimulo llega
A tanto, que siendo alegre
Y revoltosa y traviesa,
Solo por disimular
En un convento se encierra
Para siempre, es un delirio
Que solo tú le dijeras.

D. LUIS.

No la he visto profesar.

D. MARTIN.

Profesará.

D. LUIS.

Bien pudiera
Ser, pero...

D. MARTIN.

Profesará.

D. LUIS.

No seré yo quien lo crea.

D. MARTIN.

Profesará, sí señor,
Profesará.

D. LUIS.

Si te empeñas
En que ha de ser...

D. MARTIN.

Y será;
Porque yo quiero que sea,
Y será.

D. LUIS.

Bien, no te enfades.
Pero si la trampa hiciera
Que renunciase las tocas,
¡Qué chasco para quien piensa
Heredarla en vida!

D. MARTIN.

No:
Por ese lado no temas.
No es niña de las de ahora,
No es cabecilla, ni anhela
A mas que á dejar el mundo
Por la estrechez de una celda.

D. LUIS.

Ello asi parece; pero
Haces muy mal en creerla.

D. MARTIN.

Porqué?

D. LUIS.

Porque apenas dice
Palabra que verdad sea.
Si yo la conozco, si
La observo, si sé sus tretas
Mejor que tú; si no puede
Engañarme con aquella
Fingida virtud que á tí
Te enamora y embelesa.

D. MARTIN.

¿Fingida virtud?

D. LUIS.

Fingida,
Y la causa es manifiesta.
Cuando era niña mostraba
Candor, escelentes prendas;
Pero tú, queriendo ver
Mayor perfeccion en ella,
Duro, inflexible, emprendiste
Corregir las mas ligeras
Faltas: gritabas, no hacia
Cosa en tu opinion bien hecha...
Tu rigor produjo solo
Disimulacion, cautelas;

La opresion, mayor deseo
De libertad; la frecuencia
Del castigo, vil temor;
Y careciendo de aquellas
Virtudes que no supiste
Darla, aparentó tenerlas.
La hiciste hipócrita y falsa;
Y asi que adquirió destreza
Para engañar á su padre,
Le engañó de tal manera,
Que solo cuando mas vicios
Tuvo, la creyó perfecta.

D. MARTIN.

Bien! muy bien!.. Voy admirado
De razones tan discretas.

D. LUIS.

¿Te vas?

D. MARTIN.

Se acabó el sermon
Y van á cerrar la iglesia.
Mira, tu don Claudio sube
Cantando por la escalera.
¿Si habrá dormido esta noche
Al fresco?... ¡Qué tres cabezas,
El padre, la señorita
Y el yerno!.. ¡Qué tres!

(*Se va don Martin por la puerta del lado derecho, y por la misma sale don Claudio.*)

ESCENA II.

DON LUIS, DON CLAUDIO.

D. LUIS.

Ya era
Tiempo de volver á casa.
Te aguardamos con la cena
Hasta las once, y al cabo
No te vimos... Nunca vuelvas
A trasnochar de ese modo.

D. CLAUDIO.

Es que me detuve ahí cerca,
En casa de un conocido,
Que tiene una tos muy recia,
Y calentura, y...

D. LUIS.

Pues mira
Que cuando otra vez suceda
No te canses en venir,
Porque haré cerrar las puertas
Y que te lleven los trastos
Al meson... ¡Pero que tengas
Tan poco juicio, que ayer
(Y eso que fué la primera
Vez) en casa de don Juan
Tales locuras hicieras!
Fumar donde nadie fuma,
Silbar, rascarse las piernas
Y rebañar con el dedo
Las jícaras y lamerlas;
Interrumpir cuando hablaban
Los demas, no dar respuesta
Con tino ni reflexion.
¿Qué gracias eran aquellas
Tan pesadas que dijiste?
¿Quién te pudo dar licencia
Para correr por la casa,
Y derretir la manteca
En la cocina, escaldar
Al gato, y...

D. CLAUDIO.

De esa manera,
Cuando vaya á alguna parte
Me habré de estar hecho un bestia.
Si no permiten un poco
De libertad...

D. LUIS.

Pero es fuerza
Que esa libertad moderen
El respeto y la prudencia.

D. CLAUDIO.

Yo no sé como entenderlo.
Si uno calla, luego empiezan
A decir que es un huron;
Si no calla...

D. LUIS.

Si no encuentras
Medio, no es mucho que en ambos
Estremos necio parezcas.
Si ves que al ir á decir
Una gracia se te suelta
Un disparate, y el ceño
De los demas te demuestra
Que fuiste poco gracioso,

¿Porqué repites la escena?
¿Porqué quieres que á tí solo
Te escuchen? ¿Porqué no piensas
Antes lo que has de decir?
¡Que haya cátedras y escuelas
De saber hablar, y el arte
De callar nadie le enseña!

(Hace que se va, y vuelve.)

D. CLAUDIO, *aparte.*

Si me apura mas, tan fijo
Que le digo cuatro frescas.

D. LUIS.

Mira que voy á escribir
A mi cuarto. Si te quedas
En casa, por Dios te pido
Que no vayas á esa pieza
Jalbegada del rincon
A repetir la tarea
De tu canticio infernal;
Que despues de ser tan bella
La voz que tienes, no sabes
Dejarlo, á todos molestas,
Y das tales alaridos
Que en la vecindad se quejan.

(Vase por la puerta de la izquierda.)

ESCENA III.

DON CLAUDIO, PERICO.

PERICO, *saliendo por la puerta del lado derecho.*

Señor!

D. CLAUDIO.

Periquillo! Cómo?...

PERICO.

Como que estoy ya de vuelta.
Un abrazo y otro, y mil.
Vine anoche, estabais fuera...

D. CLAUDIO.

Si, tuve que hacer.

PERICO.

Al fin
No es la prision muy estrecha
Cuando hay asuetos nocturnos.

D. CLAUDIO.

Ya llevé mi reprimenda.
¿Y qué dices? ¿Qué hay de bueno
Por Ocaña? ¿Cómo dejas
A mi padre?

PERICO.

Tan contento
De la dicha que os espera.
Me dió una carta... Y por cierto
Que al mudarme la chaqueta
Me la dejé en el meson.

D. CLAUDIO.

¿Y no te ha dado siquiera
Algunos cuartos?

PERICO.

¿A mí?
Ni el valor de una peseta.
Dice que yo no le sirvo,
Que os presente á vos la cuenta,
Y que me pagueis sin falta,
Pronto, y en buena moneda.

D. CLAUDIO.

Bien dicho, pero no tengo
Un maravedí.

PERICO.

¡Pues fuera
Cosa de ver!... ¿Por ventura,
En tres semanas y media
Que falto de aquí...

D. CLAUDIO.

Sí, amigo.
Qué quieres: á uno le tienta
El diablo, y...

PERICO.

¿Qué mayor diablo
Que tener mala cabeza?

D. CLAUDIO.

Es verdad que yo he gastado
En comprar mil frioleras
Tambien; pero lo de anoche...

PERICO.

¿Y qué ha sido?

D. CLAUDIO.

Una merienda
Ahí en casa del Zurdillo.

PERICO.

Bueno!

D. CLAUDIO.

¿Qué quieres que hiciera?
Estuvo la Catujilla,

Y aquella moza trigueña.

PERICO.

¿La Virtudes?

D. CLAUDIO.

Esa misma;
Yo, y el hijo de la Crespa.

PERICO.

Adelante.

D. CLAUDIO.

¡La Catuja,
Hombre, qué chica tan bella!

PERICO.

Al caso.

D. CLAUDIO.

Pues merendamos:
Y para alegrar la fiesta,
Un sargento de milicias
Que le falta media oreja,
Viene, y... ¿Sabes de quién es
Primo? De la Molinera.

PERICO.

Ya.

D. CLAUDIO.

Pues amigo; sacó
La barajilla: se empeña
El juego, y... vaya!... Diez duros
Que importó la francachela,
Por una parte, y por otra
El... ¡maldito de Dios sea!
Si en el sacanete siempre
Tengo una suerte perversa...
Eso sí, yo le gané
Las cuatro manos primeras;
Pero despues se volvió
El naipe, y en hora y media
Que duró aquello, perdí
Cuanto puse y mas que hubiera.
Él echó cuatro porvidas;
Se levantó de la mesa
Diciendo que era ya tarde;
Fuése, y á todos nos deja
Sin blanca.

PERICO.

¿Y á las muchachas
Tambien?

D. CLAUDIO.

Puse yo por ellas,
Porque no era regular...

PERICO.

¿Con que, en fin, de la remesa
Que vino ya no hay un cuarto?

D. CLAUDIO.

Nada, y... Yo no sé qué hiciera.
Y ese prendero maldito
Me va cogiendo las vueltas
Por un poco que le debo.

PERICO.

¿Tambien esa?

D. CLAUDIO.

Tambien esa.
Y dice que ha de venir
A ver si don Luis encuentra
Modo de que yo le pague.

PERICO.

Y bien, dejarle que venga.

D. CLAUDIO.

Toma! pues si el viejo sabe
Eso, la hiciéramos buena.

PERICO.

¿Qué, ya empieza á regañar
El suegro en flor?

D. CLAUDIO.

Me revienta.

PERICO.

¿Y doña Inés?

D. CLAUDIO.

Doña Inés
Ya viste que andaba seria
Conmigo cuando te fuiste:
Pues de la propia manera
Ha seguido... De las dos
Primas la que mas me peta
Es la Clarilla. Esa sí.
Y no he dejado de hacerla
Algunos cocos. A mí
Me gusta.

PERICO.

¡Qué desvergüenza!
Si quiere cantar maitines,
¿A qué vendrá distraerla?
Pero...

D. CLAUDIO.

¿Qué es eso?

PERICO.

Dejadme.

D. CLAUDIO.

¿Qué te suspende?

PERICO.

(*Hace ademanes de discurrir y vacilar en la resolucion.*)

Quisiera
Ver si... No... Bien puede ser;
Pero... ¡Divina ocurrencia!
Y se ha de hacer, no hay remedio.

D. CLAUDIO.

¿Pero qué?...

PERICO.

Veréis qué idea.
¿Supongo que ya sabeis
El gran fortunon que espera
Don Martin?

D. CLAUDIO.

¿Lo de Sevilla?
Algo sé.

PERICO.

Despues de cena
Me contó ayer la criada
El caso letra por letra.
Ello es que los viejos tienen
En Sevilla (ó por mas señas
Ya no lo tienen) un primo
Beneficiado, que deja
Por su heredera absoluta
A doña Clara. La herencia
Es un horror... ¿Qué sé yo?
Casas, molinos, jaciendas,
Jolivas... En fin, el lance
Es que como da en la tema
De ser monjita, su padre
(Sin que nadie se lo pueda
Disputar) todo lo pilla.
Él por instantes espera
La copia del testamento,
Teniendo noticias ciertas
De que ya el beneficiado
Goza de la vida eterna.
Pues aquí de mi invencion.
¿Esta Clara se mosquea
Cuando la dicen que es linda?
¿Chilla cuando la requiebran?
Si uno se arrima, ¿le vuelve
Un torniscon, ó se alegra?

D. CLAUDIO.

Siempre que he llegado á hablarla
Se ha mostrado muy risueña;
Pero como yo no hacia
Intencion...

PERICO.

¿Qué, de quererla?
Pues ya es preciso. La otra
No os gusta, ni vos á ella:
Y al contrario, si podeis
Alzaros con la prebenda
De la novicia, y...

D. CLAUDIO.

¡Qué pillo
Eres para cosas de estas!

PERICO.

Si en la gran Compluto fuí
El coco de las escuelas.

D. CLAUDIO.

Pues mira, tú la has de hablar,
Periquillo, y cuando veas...

PERICO.

Yo? ¿Pues me he de casar yo?

D. CLAUDIO.

Hombre, si me da vergüenza...
Vergüenza no, sino asi
Como...

PERICO.

¡Pues cierto que es buena
Ocasion de timideces,
Y melindres é indirectas!
Vaya que no he visto tal.

D. CLAUDIO.

¿Pues y si luego nos echa
Noramala?

PERICO.

Probaremos.
Háganse las diligencias,
Y si da en que ha de ser santa,
Por muchos años lo sea.

D. CLAUDIO.

Gente viene.

PERICO.

Y es, no menos,
El señor Juan de Corella,

Demandadero mayor,
Por gracia de la abadesa,
Del consabido convento.
Segun dijo Lucigüela
Anoche... Ya sé á qué viene.
Esperad en esa pieza
Mientras se va.

(*Vase don Claudio por la puerta del foro.*)

ESCENA IV.

PERICO, EL TIO JUAN.

PERICO.

¡Señor Juan!
¡Oh, señor Juan!

TIO JUAN.

Esta esquela
Traigo para don Martin.
¿Se puede entrar?

PERICO.

Está fuera.

TIO JUAN.

¿Sois de la casa?

PERICO.

¿Pues no?
Y es mucho que no se acuerda
El señor Juan. A recados
Al convento me despean.

TIO JUAN.

Como yo no paro allí
Un instante...

PERICO.

¿Y la parienta?
Siempre tan robusta, eh! vaya.

TIO JUAN.

Si se murió por cuaresma.

PERICO.

Hombre!

TIO JUAN.

Toma!... Yo no sé
Si aquí os la deje ó si vuelva.
Estoy tan harto de andar...
Es sobre aquello de Illescas.

PERICO.

Sí, de Illescas... Por aquel
Censillo de las bodegas.

(*Quitándole al tio Juan el papel de la mano.*)

Bien, pues yo se la daré
A don Martin cuando venga.

TIO JUAN.

Mejor es.

PERICO.

Sí, y él irá
Por allá con la respuesta.

TIO JUAN.

No se olvide.

PERICO.

Quedo en ello.

ESCENA V.

PERICO, DON CLAUDIO.

PERICO.

(*Despues de haber leido el papel, hace estremos de alegría.*)

Lindo!

D. CLAUDIO.

¿Qué locura es esa,
Hombre, que...

PERICO.

¡Santo papel,
Que asi nuestro mal remedias!

(*Lee el papel, y luego le dobla y se le guarda.*)

« J. M. y J. — Mi señor don Martin: á consecuencia del aviso que recibimos el otro dia de que V. nos habia hecho la caridad (Dios se lo pague) de cobrarnos en Illescas, cuando volvió de Madrid, los tres mil y cuatrocientos reales de aquel censillo, habia dado órden á don Lorenzo el mayordomo para que pasase á ver á V. y se hiciera cargo de ellos; pero desde ayer está el pobrecito con un cólico terrible: el Señor quiera mejorarle, que harto se lo rogamos todas. El dador de esta es persona muy segura, y podrá entregarle dicha cantidad. V. perdone estos enfados, dando memorias á todos los de su casa, y á nuestra Clara en particu-

lar, que deseamos verla, y pedimos á Dios la dé su gracia para que le sirva. — B. L. M. de V. su mayor servidora. — Juana María de la Resurreccion del Señor, abadesa indigna. »

D. CLAUDIO.

¿Y qué sacamos con eso!

PERICO.

¡Ahí es una friolera!
¿Este don Martin me ha visto?

D. CLAUDIO.

¿Yo, qué sé?

PERICO.

Vamos con flema.
Cuando llegamos de Ocaña
Un mes ha, ¿no estaba él fuera?

D. CLAUDIO.

En Madrid, que luego vino.

PERICO.

Muy bien: y antes de su vuelta
¿No me fuí yo?

D. CLAUDIO.

Sí.

PERICO.

¿Y anoche
No me estuve en esas piezas
De ahí adentro, que ninguno
Me vió sino la doncella?

D. CLAUDIO.

Tú lo sabrás.

PERICO.

Yo lo sé...
Y don Martin, por mas señas,
¿No es medio cegarro?

D. CLAUDIO.

Y mucho

PERICO.

Sí? Pues la trampa está hecha.
Si no pagais al prendero,
Se enfada, viene, lo cuenta,
Y nos pierde... Sin dinero
Ninguno paga sus deudas.
Yo conozco al señor Juan,
Y él no sabe quien yo sea...
Por otra parte, las madres
No han de ser tan avarientas,
Que hoy mismo quieran los cuartos.
Mañana tomo soleta
Y voy á Madrid...

D. CLAUDIO.

¿A qué?

PERICO.

A encargos y diligencias
Sobre el pleito.

D. CLAUDIO.

Ya.

PERICO.

Pues bien,
Me voy; y aunque el hombre vuelva,
¿A quién dirá el desdichado
Que entregó la triste esquela?
Sospechan en mí, no importa.
Me escriben, respondo; vuelta
A escribir y á responder;
Los canso, se desesperan...
Y si el asunto va mal,
Que me escriban á Ginebra.
Ademas, como se logre
Que doña Clarita os quiera,
Entonces... Pero ella viene.

D. CLAUDIO.

Háblala, mira, no pierdas
Este lance.

PERICO.

¿Pero vos
Teneis trabada la lengua?

D. CLAUDIO.

Ya viene. A Dios.
(*Vase por la puerta de la derecha.*)

PERICO.

¿No hay remedio?
Pues buen ánimo, y á ella.
(*Se sienta de espaldas á la puerta por donde sale doña Clara, y hablará como si creyese estar solo. Doña Clara escucha y le observa.*)

ESCENA VI.

PERICO, DOÑA CLARA.

PERICO.

¡Válgate el diantre la niña,
Que presto ha dado por tierra

Con mi buen señor!

Dª. CLARA.

Perico!

PERICO.

Y ahí es decir que nos queda
Esperanza... pobrecito!...
De que se seque y se muera.
¿Qué ha de esperar? Que la encierren,
La pelen, y no la vea
Jamas.

Dª. CLARA.

¿Si será por mí?

PERICO.

¡Ay amor! ¿Y no valiera
Mas decírselo? ¿Ha de ser
Tan cruda, tan indigesta,
Que viendo á aquel infeliz...
No puede ser, aunque fuera
Un serpenton.

Dª. CLARA.

Periquillo!

PERICO.

¿Quién ha de haber que consienta
Que un muchacho, tan muchacho,
Y de casa solariega,
Se nos muera tontamente,
Sin motivo de mas fuerza
Que porque la tal Clarita
Es graciosa y pispireta,
Y porque tiene la boca
Coloradilla y pequeña,
Y porque tiene los ojos
Negritos, y... Pues por esa
Razon, ella ha de curarle,
Ya que el mal nos vino de ella.
Señora!

(*Se levanta, fingiendo sorpresa de haber visto á doña Clara.*)

Dª. CLARA.

¿Qué, ya has venido
De Ocaña?

PERICO.

Y aun mejor fuera
No haber venido.

Dª. CLARA.

Porqué?

PERICO.

Por nada... ¡Si lo supiera!...

Dª. CLARA.

¿Estás malo?

PERICO.

No señora.

(*Se va retirando, y finge hablar entre sí algunas espresiones, segun lo indica el diálogo.*)

Me voy...

Dª. CLARA.

A dónde?

PERICO.

A la iglesia,
A rezar.

Dª. CLARA.

¿Porque yo vengo
Te vas?

PERICO.

Pero ¿qué se arriesga?

Dª. CLARA.

¿Qué dices?

PERICO.

Si el desdichado
Pierde su salud por estas
Timideces, para mí
Será un cargo de conciencia.
Señora, si me quereis
Escuchar...

Dª. CLARA.

Dí lo que quieras.

PERICO.

¿Estamos solos?

Dª. CLARA.

Parece
Que sí.

PERICO.

Yo tiemblo...

Dª. CLARA.

No temas.

PERICO.

Si me prometeis callar...

Dª. CLARA.

Estraño que me lo adviertas.

PERICO.

Pues, señora, perdonad
Mi atrevimiento, y...

Dª. CLARA.

¿Qué intentas?
¿A qué quieres atreverte?

PERICO.

No os altereis. Quien espera
Hallar compasion en vos
No vendrá á haceros ofensa.

Dª. CLARA.

En fin ¿qué quieres?

PERICO.

Contaros
Un chasco, una morisqueta
De amor. Don Claudio se quiere
Volver á Ocaña, no encuentra
Quietud en Toledo, y juzga
Que es el remedio la ausencia.
Él no quiere á doña Inés;
La aborrece.

Dª. CLARA.

¿Qué me cuentas?

PERICO.

Y al mismo tiempo por otra
Está que se desespera.

Dª. CLARA.

¿Qué dices? ¡Cosas del mundo!
¿Con que es de Ocaña?... Por fuerza,
De allí será.

PERICO.

No señora,
No es de allí.

Dª. CLARA.

¡Pues qué! ¿Pudiera
Tener ya en Toledo amores?
Dímelo todo... y no temas
Que se lo cuente á mi prima,
No.

PERICO.

¿Con que ha de ser? Pues ea.
Señora, él os quiere, y...

Dª. CLARA.

Cómo?

PERICO.

Y os quiere de tal manera
Que es frenesí.

Dª. CLARA.

¡Qué osadía!
Pues... Vete, vete, y no vuelvas
A verme nunca.

PERICO.

De vos
No esperaba otra respuesta.
Por falta de reprension
Y de consejos no queda,
Que bien claro se lo he dicho;
Pero la pasion le ciega...
Quedad con Dios. (*Hace que se va.*)

Dª. CLARA.

Oyes, mira.

PERICO.

¿Qué he de ver? Harto se muestra
Que no teneis caridad.
¿Qué podeis decir que sea
Nuevo para mí? ¿Que vais
A ser monja? Enhorabuena.
¿Que es un loco? Los amores
Pierden la mejor cabeza.
(*Hace que se va.*)

Dª. CLARA.

Mira.

PERICO.

Dejadme, por Dios.

Dª. CLARA.

¿Con que esa pasion es cierta?

PERICO.

¡Ay señora! ¿Lo dudais?

Dª. CLARA.

¿Pues quién me asegura de ella?

PERICO.

Vuestros ojos.

Dª. CLARA, *riéndose.*

¡Ah bribon!...

PERICO.

Pero si se considera,
Yo no sé qué inconveniente
Puede haber...

Dª. CLARA.

Calla, que empiezas
A irritarme.

PERICO.

Otras habria
Que admitiesen la fineza
De un amante tan leal;
Pero vos... Ah! si yo os viera
Casada con él... casada,

Entre los mimos y fiestas
De hermosas criaturitas,
Vivarachitas, traviesas
Como su madre!

Dª. CLARA.

Perico,
Vete... ¡Ay Dios! toda me inquietas.

PERICO.

Aunque mireis con horror
El matrimonio, pudiera...

Dª. CLARA.

No, yo no le tengo horror.

PERICO.

¿Pues qué detencion es esa?
Él es de buena familia,
De buena edad, buenas prendas...

Dª. CLARA.

Eso sí; no es mal muchacho.

PERICO.

La verdad: ¿no le quisierais
Para marido? ¿No os gusta?
¿No tiene linda presencia?

Dª. CLARA.

Sí, déjame.

PERICO.

Pobrecillo!
¡Qué desesperadas nuevas
Le voy á dar!... Es inútil
Hablar mas de la materia.
(*En ademan de irse.*)

Dª. CLARA.

¿Te vas?

PERICO.

¿Qué he de hacer?

Dª. CLARA.

Atiende.
Díle...

PERICO.

Sí, que nunca os vea.

Dª. CLARA.

No es eso.

PERICO.

Que si quiere
Morir de amor, que se muera.

Dª. CLARA.

No, sino... Tú no me entiendes.

PERICO.

¿Cómo quereis que os entienda?

Dª. CLARA.

Díle... Que es un atrevido...
¡Ay, Periquillo! ¡me cuesta
Tanto rubor!

PERICO.

¡Qué locura!
Vaya! Sobre que se juega
Limpio.

Dª. CLARA.

Díle que vendré
A hablar con él esta siesta
Aquí mismo, que me espere...
Pero decirlo pudieras
Como que sale de tí.

PERICO.

Oh! bien. A mi cargo queda.
Pero, ¿no le digo mas?

Dª. CLARA.

Harto es eso.

PERICO.

Mas quisiera.

Dª. CLARA.

Vete, vete.

PERICO.

Pero no
Me le riñais cuando venga.
No?

Dª. CLARA.

Bien, no le reñiré.

PERICO.

Que el quereros no es ofensa.
(*Vase por la derecha.*)

Dª. CLARA.

A Dios, picarillo, á Dios.

ESCENA VII.

DOÑA CLARA, LUCIA.

Dª. CLARA.

Muchacha, estoy muy contenta.
Ya no hay tocas, ya no hay torno.

LUCÍA.

¿Pues qué novedad es esa?
Ya sé que no le ha de haber.

Dª. CLARA.

Sí; pero no es lo que piensas.
Don Claudio está enamorado

De mí.

LUCÍA.

Calle!

Dª. CLARA.

Sí; y no creas
Que es un pasatiempo, no;
Es cariño muy de veras.
A la siesta nos veremos
Para tratar lo que deba
Disponerse, y...

LUCÍA.

Ya que hablais
De eso, sabed que os espera
En la esquina, deseando
Un ratillo de parleta,
El hijo de la escribana.

Dª. CLARA.

Anda, ve, y díle que vuelva
Despues, ó no venga mas.

LUCÍA.

Es ingratitud muy fea.

Dª. CLARA.

¿Qué importa? Le quise ayer,
Porque imaginé que fuera
Preciso valerme de él;
Pero ya tiene licencia
De mudarse.

LUCÍA.

Yo no alcanzo
Porque con tal ligereza
De ese don Claudio os fiais.

Dª. CLARA.

¿Qué sabes tú, majadera?
Si desde el punto que vino
Observé la indiferencia
Que gastaba con mi prima:
En el estrado y la mesa
Se sentaba junto á mí,
Y yo, que no soy muy lerda...
Ayer mismo me cogió,
Sin que nadie lo advirtiera,
Esta manc, y la apretó
Tanto, y dijo: «¡Ay, Clara bella,
Monilla, guapita!»

LUCÍA.

Y vos
¿Qué dijisteis?

Dª. CLARA.

¿Qué pudiera
Decirle estando allí todos?
Me puse... asi... muy contenta.
Le miré, y no mas.

LUCÍA.

El gusto
Será, si las cosas llegan
A efecto, ver á los viejos.

Dª. CLARA.

¿Qué han de hacer cuando lo sepan?
Y sobre todo, primero
Soy yo.

LUCÍA.

¿No temeis la fiera
Condicion de don Martin?

Dª. CLARA.

¿Y porqué debo temerla?

LUCÍA.

Porque si os casais, no habrá
Quien su cólera detenga.
Y como le habeis sabido
Embobar con apariencias
De santica...

Dª. CLARA.

Hija, en el mundo
El que no engaña no medra;
Y hoy mas que nunca conviene
Usar de astucia y reserva.
Fingir, fingir... Si mi padre
Trata de heredarme, y piensa,
Despues de haberme tenido
Tan abatida y sujeta,
Que he de sepultarme en vida,
Valiente chasco se lleva.
Harto he sufrido. Ya es tiempo
De romper estas cadenas,
De vengarme, y de vivir.

LUCÍA, *mirando adentro.*

Vuestra prima.

Dª. CLARA.

Salte afuera,
Que la he dicho que tenia
Que hablar á solas con ella...
Y al arrimon le dirás...
Que me duele la cabeza.

ESCENA VIII.

DOÑA CLARA, DOÑA INÉS.

Dª. INÉS.

Y bien, Clarita, ¿qué ocurre?

Dª. CLARA.

Que me saques de una estrema
Inquietud.

Dª. INÉS.

¿Cuál es la causa?

Dª. CLARA.

Como tu bien me interesa
Tanto... Díme, este don Claudio,
Que segun todos sospechan
Ha venido á ser tu novio,
¿Es de tu gusto? De veras,
¿Le quieres?

Dª. INÉS.

Yo? No por cierto.
¿Imaginas que pudiera
Prendarme de él?

Dª. CLARA.

¡Lindamente
Disimulas!

Dª. INÉS.

¡Qué simpleza!

Dª. CLARA.

¿Con que no le quieres?

Dª. INÉS.

No.
Porque no hay cosa que vea
En él que no me disguste.

Dª. CLARA.

¿Y si tu padre se empeña
En ello?

Dª. INÉS.

No, no es capaz
De empeñarse en que yo sea
Infeliz... Me quiere mucho,
Y tiene mucha prudencia.

Dª. CLARA.

No te puedo ponderar,
Inés, cuanto me consuela
Que pienses asi. Yo estaba
En estremo descontenta,
Temiendo que ibas á hacer
Una locura.

Dª. INÉS.

No temas.

Dª. CLARA.

Él, en efecto, parece
Un hidalguito de aldea,
Vanidoso, tonto y pobre,
Aturdido, mala lengua...
¡Y qué figura tan rara!

Dª. INÉS.

En eso, prima, no aciertas;
Que es buen mozo.

Dª. CLARA.

Si te gusta,
Inés, en buen hora sea.

Dª. INÉS.

Pero ¿qué tiene que ver
Que le quiera ó no le quiera
Para decir la verdad?
Él me fastidia, me apesta,
No puedo sufrirle; pero
Es buen mozo.

Dª. CLARA.

No hay belleza
Sino en Dios: las criaturas
Todas somos imperfectas.

Dª. INÉS.

¿Ya empiezas con eso?

Dª. CLARA.

En fin,
Si este partido desprecias,
¿Quién sabe que no te inclines
A la religion, y seas
Monja tambien?

Dª. INÉS.

Prima, yo
Soy muy profana, muy lega,
Y algo apegadilla al mundo.

Dª. CLARA.

¿Pero no ves que nos cercan
En el siglo mil peligros?

Dª. INÉS.

Sí, ya lo sé; ¿pero piensas
Que en la soledad tambien
Mil peligros no se encuentran?

Dª. CLARA.

Practicando la virtud...

Dª. INÉS.

Practicándola, en cualquiera
Estado serás feliz...

Dª. CLARA.

Pero no dudes que aquella
Vida penitente, humilde,
Es mas pura y mas perfecta.

Dª. INÉS.

Sí, pero lleva consigo
Obligaciones tan serias,
Que el empeño de cumplirlas
Hará temblar á cualquiera.
Mucho de Dios necesita
La que á tanto se resuelva;
Porque si las cumple bien,
Prodigioso esfuerzo cuesta;
Y sino, despues de amarga
Vida ¡qué suerte la espera!

Dª. CLARA.

Eso sí, tú siempre... Vamos,
Se conoce que no apruebas
Mi eleccion.

Dª. INÉS.

¿No he de aprobarla?
Sí, prima; y no te parezca
Que yo la repugne en tí
Porque á mí no me convenga.
Yo, que me conozco, y veo
Mi débil naturaleza,
Llena de temor, elijo
La menos difícil senda.
Tú vas por otra, y vas bien,
Si tienes constancia y fuerzas,
Y mucha virtud, que al fin
La perfeccion está en ella.

Dª. CLARA.

Eso apetezco, esa es
La felicidad que anhela
Mi corazon.

Dª. INÉS, *con ironía.*

¡Qué bien haces!

Dª. CLARA.

Allí viviré contenta.

Dª. INÉS.

Y aun aquí no vives triste.

Dª. CLARA.

Cómo?

Dª. INÉS.

Digo, que no dejas
De procurar distracciones...

Dª. CLARA.

¿Qué quieres decir?

Dª. INÉS.

Honestas,
Se supone.

Dª. CLARA.

Pero...

Dª. INÉS.

Anoche,
Con aquel tiple y aquellas
Coplas... ¡Tal cual! Ello sí,
Cantaron mil desvergüenzas;
Pero la sierva de Dios
Allí se estuvo muy quieta...
Y hubo tosecilla y...

Dª. CLARA.

Calla,
No me apures la paciencia;
Mira que...

Dª. INÉS.

¡La santa!

Dª. CLARA.

Calla,
Que te arrancaré la lengua.

ESCENA IX.

DON MARTIN, PERICO, DOÑA CLARA, DOÑA INÉS.

(*Perico sale vestido ridículamente con casaca, manguito y baston, un parche en un ojo, y cojeando.*)

D. MARTIN.

Entrad, caballero. Niñas...
(*Vanse doña Clara y doña Inés.*)

PERICO.

Pues aquí teneis la esquela.
(*Le da la esquela á don Martin.*)

D. MARTIN.

Si me permitis...

PERICO.

Leed.
(*Lee don Martin. Perico se pasea, y se limpia el sudor con un pañuelo.*)

D. MARTIN.

¡Válgame Dios!

PERICO.

¿Qué os inquieta?

D. MARTIN.

¿Con que el pobre don Lorenzo...

PERICO.

Sí, amigo, ¡quién lo dijera!
Despues de diez años largos
Que no le he visto, se acuerda
De morirse... ¡Es mucho trago!
Y ahí es decir que me queda
Otro hermano.

D. MARTIN.

¿Luego vos
Sois su hermano?

PERICO.

Un mes me lleva.
Yo me llamo don Sempronio
De Hinestrosa; mi parienta
Se llama doña María
Godinez Ribadeneira;
De mis hijas, la mas gorda
Se llama doña Teresa;
La menor, doña Guiomar;
Y entrambas por consecuencia
Son sobrinas del difunto.

D. MARTIN.

Murió?

PERICO.

No; pero sospechan
Que morirá... Si quereis
Entregarme lo que reza
El papelito.

D. MARTIN.

Al instante,
Voy allá...
(*Hace que se va, y vuelve.*)
Pero ello es fuerza
Que hiciese algun disparate
Al comer.

PERICO.

Sino que sea
Que ayer tarde merendó
Un cochinillo con setas...

D. MARTIN.

Eso basta.

PERICO.

Ya se ve
Que basta y sobra, y pudiera
Ser suficiente á matar
Al Convidado de piedra.

D. MARTIN.

Cierto que ha sido un...

PERICO.

Anoche
A eso de las once y media
Le entró tal calenturon,
Que pensamos que se fuera
Por la posta... Convulsiones,
Hipo, delirio... ¡Tremenda
Noche! Todos aturdidos,
Toda la casa revuelta...
Juntáronse tres doctores,
De los de mas reverendas,
Que tienen atarugadas
De difuntos las iglesias...
Todo se volvió visages,
Y polvos, y citas griegas;
Pero viendo que el paciente
No mejoraba con ellas,
Le recetaron la uncion,
Y... tomaron las pesetas.

D. MARTIN.

¡Qué desgracia!

PERICO.

La mayor
Que sucedernos pudiera...
Si me quereis despachar...

D. MARTIN.

(*Hace que se va, y vuelve.*)
La pobre doña Vicenta
¿Cómo está?

PERICO.

¿Cómo ha de estar?
Traspasada... Si quisierais
Despacharme...

D. MARTIN.

Sí, al momento
Iré, si me dais licencia,
A buscar ese dinero.

PERICO.

Id con Dios.

ESCENA X.

PERICO, DON CLAUDIO.

PERICO.

Tenemos hechas
Mil diligencias. La niña
Mas blanda está que una breva.

D. CLAUDIO, *desconociéndole.*

Periquillo!

PERICO.

El mismo soy.

D. CLAUDIO.

He vuelto á saber qué nuevas...

PERICO.

Bien está.

D. CLAUDIO.

Pero ¡qué trage,
Hombre!...

PERICO.

Vamos, no se pierdan
Los instantes. La monjita
Por vos se deshace y quema.
A la siesta no salgais,
Que ha de venir á esta pieza
A hablar con vos del asunto
Matrimonial.

D. CLAUDIO.

Sí? De veras?

PERICO.

De veras... Pero id al cuarto,
Que si don Martin nos viera
Hablar, éramos perdidos.
Al cuarto.

D. CLAUDIO.

Pero ¿qué intentas?

PERICO.

Al cuarto.

ESCENA XI.

PERICO, DON MARTIN.

D. MARTIN.

Pues aquí está
(*Le da un papel con dinero.*)
Todo, y en buena moneda.
Contadlo.

PERICO.

No, ¿para qué?

D. MARTIN.

Sí, contadlo, que pudiera
Haber equivocacion.

PERICO.

¿Y las niñas estan buenas?
(*Se pone á contar el dinero sobre la mesa.*)

D. MARTIN.

Sin novedad.

PERICO.

¡Cuántas veces
Me escribió mi hermano de ellas!

D. MARTIN.

Pues apenas las conoce.

PERICO.

No importa para que sepa
Sus prendas y las estime.
Uno, dos, tres... ¿Y no piensa
Doña Clarita en casarse?

D. MARTIN.

Ay! no señor: esa lleva
Otro destino mejor.

PERICO.

¿Con que al fin está resuelta
A dejar el siglo? ¡Bueno,
Bueno, bueno!... Y dos son treinta:
Treinta y uno, treinta y dos,
Treinta y tres... Y mas valiera
Que la imitase su prima.

D. MARTIN.

No es para malas cabezas
Esa vocacion.

PERICO.

Ya sé
Que es un poquillo sardesca;
Pero su padre...

D. MARTIN.

¡Su padre!
Siempre estamos en quimera
Por eso.

PERICO.

Cuarenta y ocho,
Cuarenta y nueve, cincuenta.
(*Envuelve el dinero en el papel y le guarda.*)

Cabal está... Sí, don Luis
No tiene aquella prudencia,
Aquel tino... Con que, amigo...

D. MARTIN.

Dad á la madre abadesa
Memorias, y vos mandad.

PERICO.

Solo serviros desea
Don Sempronio de Hinestrosa.

D. MARTIN.

Me holgara de que pudiera
El pobre enfermo escapar.

PERICO.

Es muy duro de cabeza,
Y si da en que no ha de ser,
Se habrá de morir por tema.

D. MARTIN.

¡Pobre mozo!

PERICO.

Sí por cierto.

D. MARTIN.

Permitid...

(*Don Martin quiere irle acompañando, y él lo rehusa.*)

PERICO.

No, que es molestia.

D. MARTIN.

Hasta la puerta no mas.

PERICO.

Vos haréis que no me mueva
De aquí.

D. MARTIN.

Pues mandad, y á Dios.

(*Vase por la puerta del lado izquierdo, y despues Perico por la derecha.*)

PERICO.

Esto sí que me contenta.
La muchacha ya nos quiere,
El viejo dió las pesetas,
Don Claudio revive, y yo
Tenga mi cobranza cierta.
Fortunilla, no te mudes
De madre mimona en suegra.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.

DOÑA CLARA, LUCIA, DON CLAUDIO.

(*Estarán cerradas las ventanas, y el teatro oscuro. Doña Clara y Lucía se encaminan hácia la puerta del cuarto de don Claudio.*)

Dª. CLARA.

Pisa quedito, no sea
Que la gente alborotemos.

LUCÍA.

Mucho temo que nos pillen.

Dª. CLARA.

Chito.

LUCÍA.

Si apenas resuello.

Dª. CLARA.

Mira si aguarda don Claudio.

LUCÍA.

Allá voy.

(*Lucía se adelanta, llama, y sale don Claudio.*)

Si sale el viejo
Y en estos malos fregados
Coge á la niña, ¡qué bueno!
Don Claudio!

D. CLAUDIO.

¿Quién es?

LUCÍA.

Salid.

D. CLAUDIO.

Ya te sigo; pero llevo
Un miedo que es un horror.

LUCÍA.

No temais, que á mayor riesgo
Nos esponemos nosotras.
Vos sois hombre de provecho,
Y os importarán muy poco
Treinta palos mas ó menos.
Aquí está.

Dª. CLARA.

Señor don Claudio.

D. CLAUDIO.

Doña Clara, mucho os debo,
Mucho, mucho...

Dª. CLARA.

Ten cuidado
No nos oigan y lo echemos
Todo á perder.

(*Lucía se retira.*)

Periquillo
Me habló del cariño vuestro.
Yo vengo á saber de vos
Si lo que asegura es cierto;
Porque me admira infinito
Que un hombre... que un caballero
De prendas, asi varie
De inclinaciones tan presto.
Mi prima, ¿en qué desmerece
Para que os deba un desprecio?
¿Es menos linda que yo?

D. CLAUDIO.

Es que no consiste en eso,
Sino...

Dª. CLARA.

Pues ¿en qué consiste?

D. CLAUDIO.

Yo, acá, bien me lo comprendo;
Pero no me sé esplicar.
Tiene doña Inés un cierto
No sé qué, que no me gusta:
La verdad... Yo no me meto
En si es bonita ó es fea,
En si tiene ó no buen genio;
Pero...

Dª. CLARA.

Ved que vuestro padre
Aprueba este casamiento,
Y á este fin os envió.

D. CLAUDIO.

Pero bien, si no la quiero.

Dª. CLARA.

Yo no alcanzo la razon.

D. CLAUDIO.

Ni yo tampoco lo entiendo.
Ella es muy buena muchacha,
Muy honrada, no lo niego;
En fin, yo...

Dª. CLARA.

Mucho arriesgais,
Don Claudio; pues al saberlo
Mi padre, el vuestro, y mi tio,
Se habrán de enfadar por ello,
Y con razon.

D. CLAUDIO.

¿Y qué importa?

Dª. CLARA.

Y daréis un sentimiento
A mi prima.

D. CLAUDIO.

Eh! Doña Inés,
Segun lo que en ella veo,
No podrá sentirlo mucho.

Dª. CLARA.

¿Porqué no?

D. CLAUDIO.

Porque sospecho
Que no me quiere gran cosa.

Dª. CLARA.

Si á vuestros merecimientos
Igualara su pasion,
Mucho debiera quereros...
Pero es menester tambien
Para amar entendimiento.

D. CLAUDIO.

¡Oh, si fuera como vos!

Dª. CLARA.

Yo, don Claudio, no pretendo
Canonizar mi conducta
A costa de su desprecio.
Solo sé que de las dos
Es tan diferente el genio,
Tan opuestas las costumbres,
Que en nada nos parecemos.
Esto habrá dado ocasion
Para que algunos sugetos

De prendas muy estimables
(Tal vez sin yo merecerlo)
Pongan los ojos en mí;
Pero, don Claudio, os protesto
Que, ingrata á su amor, hallaron
Solo indiferencia y tedio.
Siempre retirada en casa,
Sin dar que decir al pueblo,
Mis galas son este trage
Humilde, mis pasatiempos
La devocion, la lectura
De libros santos y buenos;
Y aun asi... ¡Somos tan malos!...
Mas no todas hacen esto.
Mi prima... Es al fin mi sangre,
Y sobre todo, no quiero
Que nadie piense de mí
Que sus acciones reprendo.
Jesus! eso no.

D. CLAUDIO.

Es verdad;
Pero acá bien conocemos
Lo que va de prima á prima.
Ese garbito, ese aseo,
Ese modo de mirar,
Doña Clara, ¡es mucho bueno!

Dª. CLARA.

Y sobre todo, don Claudio,
La virtud, recogimiento
Y santo temor de Dios
Es lo principal. Yo veo
Muchas de mi edad (y acaso
Tengo bien cerca el ejemplo)
Que interpretando á su modo
Procederes deshonestos,
Llaman cultura y donaire
Lo público del esceso,
Lo escandaloso del vicio...
¡Ay, mi don Claudio, qué tiempos
Alcanzamos!... Ya se ve,
¡El mundo, el mundo!

D. CLAUDIO.

Ello es cierto
Que se ven cosas que pasman...
(*Ap*. Si dura el sermon, reviento.)

Dª. CLARA.

Por eso, no haciendo cuenta
Ni de los bienes que heredo
En Sevilla, ni pagada
De amorosos rendimientos,
Blandas caricias que tanto
Pueden en mi débil sexo,
Un claustro fué mi eleccion.

D. CLAUDIO.

Con que al fin...

Dª. CLARA.

Antes de veros.

D. CLAUDIO.

¿Y despues?

Dª. CLARA.

Mucho os estimo,
Don Claudio.

D. CLAUDIO.

Pero pensemos...

Dª. CLARA.

Si es verdad que me quereis...

D. CLAUDIO.

¿Si es verdad? ¿Pues no ha de serlo?
Toma! ¿Quereis que lo jure?

Dª. CLARA.

Jurar! ¡ay Dios! No por cierto:
Vaya! jurar!

D. CLAUDIO.

Pues amiga,
Una vez que resolvemos
Casarnos, y está el asunto
De tal manera...

Dª. CLARA.

Hablad quedo.

D. CLAUDIO.

Que importa la diligencia
Y... Vaya! Como estan ellos
En que os habeis de...

(*Sale Lucía apresurada: al quererse entrar sale doña Inés. Lucía se aparta á un lado, la deja pasar y se va.*)

LUCÍA.

Señora,
Que viene gente. Escapemos
Aprisa.

ESCENA II.

DOÑA CLARA, DON CLAUDIO, DOÑA INÉS, DON MARTIN.

Dª. INÉS.

¿Quién anda aquí?
¿Es Clara?

Dª. CLARA.

Callad.

D. CLAUDIO.

Me alegro

(*D. Claudio tropieza en una silla y cae con ella, se aturde, y no acierta á su cuarto.*)

Dª. INÉS.

¿Quién es?

D. CLAUDIO.

Ya he perdido el tino:
Me pillaron, esto es hecho.

Dª. CLARA.

Callad.

D. MARTIN.

¡Que no han de dejarme

(*Al oirse adentro las voces de don Martin, suena ruido de abrir ventanas.*)

Nunca dormir con sosiego!

Dª. CLARA.

Mi padre... Somos perdidos,
Ya no hay escape... Este viejo
De... ¡Por vida!...

ESCENA III.

DOÑA CLARA, DON CLAUDIO, DOÑA INÉS, DON MARTIN.

(*Al salir don Martin abre una de las ventanas, y se ilumina el teatro.*)

D. MARTIN.

¿Qué bolina
Anda por aquí, qué estruendo?
¡Hola, don Claudio! ¿Qué haceis
Aquí?

D. CLAUDIO.

¿Yo qué culpa tengo?...

(*Vase, y entra en su cuarto.*)

D. MARTIN.

¡Qué respuesta!... ¿Y la Inesita?

Dª. INÉS.

Si acabo de entrar.

D. MARTIN.

Lo creo.
¿Y tú?

Dª. CLARA.

Lo mismo... Yo acabo
De entrar... Estaba leyendo
En Kempis, y al escuchar
Este ruido, vine luego
A ver quien era.

D. MARTIN.

¿Ello, al cabo,
Inesita, no sabremos
La verdad?... ¿Pues quién estaba
Aquí? quién? Dílo.

Dª. INÉS.

Yo entiendo
Que sin duda era don Claudio
Con mi prima.

Dª. CLARA.

¡Bueno es eso!
Inés, yo?...

ESCENA IV.

LUCÍA, Dª. CLARA, Dª. INÉS, D. MARTIN.

LUCÍA.

¿Qué ha sido?

D. MARTIN.

Nada;
Cosa de poco momento.
Que estaban hablando á oscuras
Mi sobrina y el monuelo
Botarate de don Claudio.
¡Qué libertades! qué escesos!
Y echa la culpa á su prima.

Dª. CLARA.

¿Piensas de mí?...

D. INÉS.

Yo no pienso
Mal de nadie; pero digo
Las cosas como las veo.

D. MARTIN.

¿Con que habrá sido esta niña?

Dª. INÉS.

Puede ser.

D. MARTIN.

¡ Qué atrevimiento !
(Se encamina colérico hácia doña Inés, y doña Clara le detiene.)
Mira...

Dª. CLARA.

Dejadla... Bien haces,
Inés, yo te lo agradezco.
Bien haces, que soy muy mala;
Prima, muy mala... No tengo
Disculpa, acúsame mas,
Cúlpame, que mas merezco
Por mis pecados.

D. MARTIN.

¿ Y tienes
Corazon para estar viendo
Sin confundirte?...

Dª. INÉS.

Si yo...

Dª. CLARA.

No os enfadeis, dad asenso
A cuanto diga, señor.
Si yo misma lo confieso
Que soy muy gran pecadora.
Dios ha elegido este medio
Para probarme... Creed
Cuanto dice... O á lo menos
Perdonadla, perdonadla,
(Se arrodilla, y llora.)
Querido papá.

Dª. INÉS.

¡ Qué estremo
De iniquidad!... ¿ Es posible,
Clara?...

D. MARTIN.

Vete, que no quiero
Verte, picarona... Vete.

Dª. INÉS.

Advertid...

D. MARTIN.

Huye al momento
De mi presencia... Embustera!
Basilisco!... Alza del suelo,
(Levanta á doña Clara, y la abraza cariñosamente.)
Hija de mi corazon.
No llores, que me enternezco,
Y sé tu virtud... ¡ Qué envidia
La teneis todos!

Dª. INÉS.

No puedo
Sufrir mas. (*Vase.*)

D. MARTIN.

Anda, que yo
Contaré todo el suceso
A tu padre... Lo sabrá,
Sí, lo sabrá sin remedio,
(Abre Lucía la otra ventana.)
Lo sabrá.

Dª. CLARA.

No, padre mio,
Por Dios...

D. MARTIN.

Vamos allá adentro,
Niña, vamos...
(Cogiendo de la mano á doña Clara.)
Lo sabrá,
Yo se lo diré bien presto,
Yo se lo diré.

Dª. CLARA.

Señor...

D. MARTIN.

Yo se lo diré.

ESCENA V.

LUCÍA, DON CLAUDIO.

LUCÍA.

¡ Qué enredo
De los diantres inventó!

D. CLAUDIO, *asomándose á la puerta de su cuarto.*

¿ Se han ido ya?

LUCÍA.

Ya se fueron,
¿ No lo veis?

D. CLAUDIO.

¿ Y en qué quedamos?

LUCÍA.

En que supo revolverlo
Doña Clara de tal modo,
Que va el padre hecho un veneno,

Creyendo que doña Inés
Fué la culpada.

D. CLAUDIO.

¡Qué ingenio
Tiene! Vaya, si es muy guapa...
Con que dí, ¿cómo podremos
Hablarnos y ventilar
Este asunto?... Que me temo
Que no ha de llegar á colmo.

LUCÍA.

Yo, señor, si en algo acierto
A serviros...

D. CLAUDIO.

La dirás
Que estoy á todo dispuesto,
Que haga de su capa un sayo...
Y que era preciso vernos
Otra vez, y hablar, y...

LUCÍA.

Bien.

D. CLAUDIO.

Pues bien.

LUCÍA.

¿Veis este pañuelo
Qué roto y qué malo está?

D. CLAUDIO.

A fe que no es nada nuevo.

LUCÍA.

¿Estais en que os serviré
Con solicitud y esmero?

D. CLAUDIO.

Sí, ya estoy.

LUCÍA.

¿Que mediaré
Siempre con igual empeño
En vuestro favor?

D. CLAUDIO.

Se entiende.

LUCÍA.

¿Y que guardaré el secreto?

D. CLAUDIO.

Preciso.

LUCÍA.

Pues si tuvierais
Ahí á mano algun dinero...
Poco... como medio duro...

D. CLAUDIO.

Precisamente no tengo.

LUCÍA.

Vaya que sí.

D. CLAUDIO.

No, de veras.

LUCÍA.

Vaya que sí.

D. CLAUDIO.

¿Quieres verlo?
Si llegan á doce cuartos
(*Saca el bolsillo y cuenta unos cuartos.*)
Será mucho... Quince y medio.
Tómalos.

LUCÍA.

¡Qué tiñería!

D. CLAUDIO.

¿No los quieres?

LUCÍA.

Sí, los quiero,
(*Toma los cuartos y se los guarda.*)
Vengan... ¿Pero me daréis
Despues...

D. CLAUDIO.

Sí, yo te lo ofrezco.

LUCÍA.

¿El medio duro?

D. CLAUDIO.

Un doblon
Te tengo de dar lo menos,
Cuando mi padre me envie
Algun socorro.

LUCÍA.

Ya entiendo.
Pues cuidado. Agur.

D. CLAUDIO.

A Dios.

ESCENA VI.

DON CLAUDIO, PERICO.

D. CLAUDIO.

¡Hombre, qué falta me has hecho!

PERICO.

He tenido ocupaciones
Muy graves... Ahí os entrego
La citada carta. (*Le da una carta.*)

D. CLAUDIO.

Venga.

PERICO.

Item mas : vuestro prendero
¡ Gran picaron! me ha leido
Una lista de tres pliegos,
En que consta lo vendido,
Prestado, empeñado, y resto.

D. CLAUDIO.

¿ Hay hombre mas fastidioso?

PERICO.

Como pide su dinero,
No es estraño que fastidie.
Y pues ha salido á cuento,
Yo tambien quiero pediros
(Aunque os fastidie por ello)
Alguna ayuda de costa.

D. CLAUDIO.

Vamos, calla, no gastemos
El tiempo.

PERICO.

Es que me debeis
Catorce duros, lo menos.

D. CLAUDIO.

Ya me enfadas.

PERICO.

Es que salgo
Mañana de aquí, y no puedo
Esperar.

D. CLAUDIO.

O calla, ó vete.

PERICO.

Es que desde el mes de enero
Del año pasado, estoy
Como un esclavo sirviendo
Al señor don Claudio Perez,
Y me ha dado en este tiempo,
A cuenta de mis salarios,
Percances y emolumentos,
La cantidad de cuarenta
Y dos reales; añadiendo
A esta suma unos calzones
Verdes, que segun sintieron
Los peritos...

D. CLAUDIO.

Si no callas,
Una zurra te prometo
Solemne.

PERICO.

Zurra? Acabóse.
Yo me vengaré en silencio.
Y puesto que Periquillo,
Indigno lacayo vuestro,
Tiene en su poder la suma
De tres mil y cuatrocientos
Reales de vellon...

D. CLAUDIO.

¿ Qué dices?

PERICO.

Por legítimo derecho
Habidos...

D. CLAUDIO.

Calle! ¿ Con que...

PERICO.

Y no me pagais, y en premio
De mis servicios recibo
Amenazas y denuestos,
Y...

D. CLAUDIO.

Periquito!

PERICO.

Ya caigo.
Periquito! y á buen tiempo.

D. CLAUDIO.

Si...

PERICO.

No señor, se acabó :
(*Quiere irse, y don Claudio le va deteniendo.*)
Soy un bergante.

D. CLAUDIO.

Dejemos
Eso, y díme...

PERICO.

Picardía!
¡ A un hombre de mi talento
Y mi probidad, tratarle
Como no se trata á un negro!

D. CLAUDIO.

Aunque no me lo des todo...

PERICO.

Todo? Sí, ya estoy en eso.

D. CLAUDIO.

Pero siquiera...

PERICO.

Este mozo
Necesita mucho arreglo.
Casa atrasada, que pide
Juez interventor.

D. CLAUDIO.

Entremos
A mi cuarto, y me dirás
Por donde ha venido el cuervo,
Y... Vamos, allí se hará
La distribucion.

PERICO.

Veremos.

D. CLAUDIO.

¿Pues qué, no has de darme?

PERICO.

Poco.

D. CLAUDIO.

Anda, que...

PERICO.

El mucho dinero
Es causa de muchos vicios,
Nos hace ingratos, soberbios,
Insufribles, tontos...

D. CLAUDIO.

Alguien
Viene... Mira que te espero.

PERICO.

Bien está.

D. CLAUDIO.

Por Dios no dejes
De...

PERICO.

Quedo enterado... Adentro.

ESCENA VII.

PERICO, DON LUIS.

D. LUIS.

Oiga! ¿Ya estás por acá,
Inocente? ¿Qué hay de bueno
En Ocaña? ¿Cómo dejas
A tu señor?

PERICO.

Gordo y fresco.

D. LUIS.

¿Te dió carta para mí?

PERICO.

Dice que por el correo
Os escribió, y no le ocurre
Nada que decir de nuevo.
Para el señorito traigo
Cuatro letras.

(*Éntrase Perico en el cuarto de D. Claudio.*)

D. LUIS.

Bien.

ESCENA VIII.

DON LUIS, LUCÍA.

D. LUIS, *sentándose junto á una mesa.*

No puedo
Tranquilizarme. Asegura
Tanto mi hermano el suceso...
Sí, mejor es... La criada
Podrá servir á mi intento,
La sorprenderé... No es cosa
Antes de saber si es cierto...
Pero si lo fuese, y tantos
Años y tantos desvelos
Se malograsen... Lucía! (*Llama.*)
¡Cuál será mi sentimiento!
¡Oh juventud! ¡oh temible
Juventud!... Disimulemos.

(*Sale Lucía.*)

LUCÍA.

¿Qué mandais, señor?

D. LUIS.

Te hago
Salir aquí porque tengo
En la cabeza una idea,
Y decírtela pretendo...
Sé tu honradez, y presumo
Que contigo nada arriesgo.

LUCÍA.

Sí señor, bien os podeis
Fiar de mí.

D. LUIS.

Asi lo creo.
Ya has visto como don Claudio
Pasó de Ocaña á Toledo,
Y habrás conocido bien,
Como todos, el objeto

De esta venida; aunque á nadie
Se lo dije, previniendo
Lo que nos sucede ya.
Inés no le quiere, y veo
Que el carácter de uno y otro
Son de tal modo diversos,
Que fuera temeridad
Seguir adelante en ello.
Esto me da pesadumbre;
Porque si á Ocaña le vuelvo,
Su padre lo sentirá.
Es mi amigo, sé su genio,
Y tal vez podrá creer
Que esta boda se ha deshecho
Por mí, sin mirar las causas
Que me han obligado á hacerlo.
Yo... ¿Qué quieres que te diga?
Por todas partes encuentro
Dificultades. Mi hermano
Tan obstinado, tan necio...
¡Sacrificar á su hija
De ese modo!... Te confieso
Que á no saber con certeza
Que Clara le tiene afecto,
Y él la corresponde, nunca
Hubiera pensado en ello;
Pero pudiendo casarla
Con la ocasion que tenemos
En la mano...

LUCÍA.

Ya se ve,
En siendo un partido bueno...

D. LUIS.

Pues estamos... ¿Y cuál puede
Hallarse mejor?

LUCÍA.

Es cierto.

D. LUIS.

Ella conoce muy bien
Los procederes violentos
De su padre; disimula...
¿Y qué ha de hacer?

LUCÍA.

¡Tal empeño
De señor! ¡Querer por fuerza
Que se pudra en un encierro!
Pero sí, lo que ella dice:
Un año falta lo menos
Para profesar, y un año
Da lugar á mil proyectos.

D. LUIS.

Si por esa friolera
Que hubo esta tarde, se ha puesto
Furioso, desesperado...
Yo me levanté el primero,
Escuché desde esa pieza,
Y al cabo todo el misterio
No era nada... Si se quieren,
¿No han de procurar los medios
De hablarse? ¿No es natural
Que se aprovechen del tiempo
Mas oportuno?

LUCÍA.

Asi es.

D. LUIS.

Yo por mi parte la absuelvo.
Pero fué temeridad
Esponerse á tanto riesgo;
Porque si mi hermano llega
Mas pronto y con mas silencio,
Y descubre que es su hija,
De un golpe la hubiera muerto.

LUCÍA.

¡Ay, señor, que todavía
No se me ha quitado el miedo!

D. LUIS.

Ya se ve, como no tienen
Ocasion... Cuando queremos
Una cosa, se atropella
Por todo... Los devaneos
De los mozos no me admiran,
Y aunque ya pasó, me acuerdo
Que en mi juventud no fuí
Ningun padre del desierto.

LUCÍA.

Ella está que se desvive
Por él.

D. LUIS.

Yo no desapruebo
Del todo esa inclinacion;
Bien que el asunto es muy serio,
Y se debe proceder
Con madurez... Pero temo
No lo echen todo á perder...

¿Y cuál es su pensamiento?

LUCÍA.

Como salió don Martin
A lo mejor, no hubo tiempo
De nada; pero el criado
De don Claudio es muy travieso,
Y él se encargará de todo;
Porque predicar convento
Es necedad.

D. LUIS.

Ya lo sé.

LUCÍA.

Jamas ha pensado en ello
Doña Clara; pero quiere
Esperar la suya, y luego...

D. LUIS.

Ya se ve... Pero el criado
¿Qué ha de saber? ¿Qué talento
Tiene, ni que... No señor,
Asi no va bien... Yo espero
Hallar un medio mejor...
Yo lo pensaré... Y quedemos
En que á nadie has de decir
Cosa ninguna.

LUCÍA.

Os prometo
Que no chistaré.

D. LUIS.

Cuidado
Con hablar... Y tambien quiero
Que si determinan algo,
Me avises; porque recelo
Que si no se les dirige,
La yerren de medio á medio.
Son muchachos, no reparan
En nada... Pero silencio:
Ya lo he dicho.

LUCÍA.

Bien está.

D. LUIS.

Pues vete, no te echen menos
Tus amas.

(*Vase Lucía.*)

Cayó en el lazo.
Asi podré contenerlos.
No se determinarán
A un atentado, creyendo
Que estoy de su parte, y pueden
Valerse de mi consejo
Y mi autoridad... En tanto
No faltará algun pretesto
Para apartarle de aquí.
Ella es muy astuta, y temo
Que... ¡Yo solo!... Harto difícil
Ha de ser... Pero ¡qué enredos

(*Levántase.*)

De niña! ¡Qué educacion!
¡Qué frutos vamos cogiendo!
¡Y Inés! Y mi pobre Inés!
¡Válgame Dios!

ESCENA IX.

DON LUIS, PERICO.

D. LUIS.

¿Está adentro
Don Claudio?

PERICO.

En su cuarto queda,
Sí señor; está leyendo
Un libro...

D. LUIS.

¿Qué libro?

PERICO.

Aquel
De Marcolfa y Cacaseno.
Se divierte... ¿Mandais algo?

D. LUIS.

Nada; que te vayas presto.

PERICO.

Con vuestra licencia...

(*Haciendo cortesías.*)

D. LUIS.

Vete.
No gusto de cumplimientos.
Vete.

(*Vase Perico por la puerta de la derecha.*)

ESCENA X.

DON LUIS, DON MARTIN.

D. MARTIN.

¿Has salido de casa?

D. LUIS.

Si quieres algo, voy luego
A salir.

D. MARTIN.

Solo que veas
Si alguna razon tenemos
De Sevilla. Y no te canses
En buscar en el correo
Las cartas, que allí no hay nada :
Ya está visto... Si á don Diego
El chantre no le han escrito
Algo, ó... mira, ahora me acuerdo,
Tal vez don Juan, como tiene
Amistad y parentesco
Con los dos testamentarios,
Sabrá decir qué hay en esto.
Yo no salgo, porque estoy
Ocupado en ese enredo
De las cuentas del monjío...
¡Es buena cosa por cierto!
A Dios.

(*Hace que se va, y vuelve.*)

Pero ¿qué salida
Ha dado tu agudo ingenio
Sobre el lance de esta tarde?
Ya se ve : los documentos
Morales, la permitida
Libertad, el trato honesto,
La contemplacion, el mimo
De su padre... no hay remedio :
¿Qué ha de resultar?... Preciso :
Infamias y desenfreno,
Y escándalos...

D. LUIS.

Mejor es
Callar.

D. MARTIN.

Y procedimientos

(*Don Martin se pasea, don Luis quiere responderle y se contiene.*)

De libertinage... Y yo
Soy tonto, y soy majadero,
Y no sé mi obligacion...
Ya se ve, como no leo
Libros, y no sé de mundo,
Ni tengo instruccion, ni entiendo
Nada de cosa ninguna...
Y con este humor tan negro
Que Dios me dió, no es estraño
Que incurra en mil desaciertos,
Y haya educado tan mal
A tu sobrina. Yo siento
Mucho que la tonta quiera
Vivir en un monasterio,
Porque al lado de tu hija
Pudiera en muy poco tiempo
Adelantar... Estos hombres
Sabios, doctos, estupendos,
Que nada ignoran, y nadie
Sabe lo que saben ellos,
¡Qué lástima no aplicarlos
A rectores de colegios!

D. LUIS.

Vamos, Martin, no me apures
La paciencia... ¿No podremos
Vernos jamas sin que haya
Quimeras y sentimientos?

D. MARTIN.

Yo lo digo, como eres
Tan letrado y tan...

D. LUIS.

Dejemos
Eso por Dios.

D. MARTIN.

Y tan hábil,
Y... Vaya, si te molesto,
Callaré.

D. LUIS.

Sí, me molestas.

D. MARTIN.

Pues de hoy mas alto silencio.
Una cosa te queria
Decir, pero ya la dejo,
A bien que á mí no me importa.

D. LUIS.

¿Y qué cosa?

D. MARTIN.

Un chisme, un cuento.

D. LUIS.

¿Será algun otro delito
De Inés?

D. MARTIN.

No, del caballero
De Ocaña don Claudio.

D. LUIS.

¿Y qué?

D. MARTIN.

Ayer encontré á un sugeto
Que sabe todas sus maulas.
Dice que no hay en Toledo
Mayor calavera; dice
Que entre los bailes, el juego,
Las meriendas en el rio,
Las tremolinas y escesos
Cotidianos, ha gastado
Todo lo suyo y lo ageno;
Que le han heredado en vida
Chalanes, bodegoneros,
Rufianes y pelanduscas.
¿Qué te parece?

D. LUIS.

Lo creo.
El muchacho es abonado
Para todo.

D. MARTIN.

Yo celebro
Mucho tu serenidad.

D. LUIS.

¿Qué quieres? ¿que alborotemos
La casa?

D. MARTIN.

No; pero...

D. LUIS.

A mí
Nada me coge de nuevo.
Si es un bien, le sé gozar;
Si es un mal, busco el remedio;
Y si no le tiene, sé
Sufrir, y sufro en silencio.

D. MARTIN.

Sentencias y mas sentencias,
Muy erudito y muy lerdo.
Ahí tienes á tu querida
Inesita, al embeleso
De su padre. A Dios.

(*Hace que se va.*)

ESCENA XI.

DOÑA INÉS, DON LUIS, DON MARTIN.

Dª. INÉS.

Señor...
Mucho me alegro de veros
Juntos.

D. MARTIN.

Sí? Pues nos verás
Separados al momento.

(*Don Martin quiere irse, y le detiene doña Inés.*)

Dª. INÉS.

No señor, no os vais: delante
De vos aclarar pretendo
Un engaño que me ofende.

D. MARTIN.

Pues, sobrinita, ahí te dejo
A tu padre. Cuanto quieras
Le puedes mentir sin miedo:
Anchas tragaderas tiene,
Y tú un piquito muy bello.
No haré yo falta.

Dª. INÉS.

Esperad.

D. MARTIN.

Lo dicho dicho. Hasta luego.

ESCENA XII.

DON LUIS, DONA INÉS.

D. LUIS.

¿Lloras, Inés?

Dª. INÉS.

Pues señor,
¿No he de llorar? ¿Cómo puedo
Sufrir una acusacion,
Que apoya con tal empeño
Mi tio?... ¿Seré insensible?...

D. LUIS.

Eres muy niña, y el tiempo
Te enseñará á conocer,
Con dolorosos ejemplos,
Que la inocente virtud
Es muchas veces objeto
De la envidia, la venganza,

Y el encono mas perverso...
Pero, Inés, para vencer
Todo su furor, tenemos
Una conciencia segura,
Y hay un Dios que la está viendo.

Dª. INÉS.

Padre!

D. LUIS.

¡Mi querida Inés!
(*Abrazando á doña Inés.*)

Dª. INÉS.

Pero ¿sabeis el suceso?

D. LUIS.

Lo sé, nada ignoro ya.
Todo cuanto me dijeron
Contra tí, calumnia ha sido.
Tu padre está satisfecho,
¿Quieres mas?

Dª. INÉS.

Eso me basta.

D. LUIS.

Era imposible un esceso
Tan culpable en tu prudencia,
En tu decoro, en tu honesto
Proceder... Con que ya ves
Que el llorar no viene á cuento:
A no ser que... Pero no.

Dª. INÉS.

¿Qué decis?

D. LUIS.

Que fueran zelos.

Dª. INÉS.

Zelos! ¿Y de quién? ¿De un hombre
Tan aturdido, tan lleno
De estravagancias?

D. LUIS.

Seria
Mucha locura en efecto.

Dª. INÉS.

Bien sabeis lo que os he dicho
Acerca de él, lo que pienso
De su conducta, y que solo
Pudiera vuestro precepto
Obligarme...

D. LUIS.

No, hija mia.
Obligarte? No lo intento.
Tu padre es tu amigo, y quiere
Que vivas feliz... Ni debo
Corresponder de otro modo
A tu amor y tu respeto.
No te casarás con él,
No será tu esposo un necio
Sin virtud y sin honor.
Él sale.

Dª. INÉS.

Me voy adentro,
Si lo permitis.

D. LUIS.

¿Ni verle
Quieres?

Dª. INÉS.

Señor, no lo puedo
Remediar, es insufrible.

ESCENA XIII.

DON LUIS, DON CLAUDIO.

D. CLAUDIO, *aparte.*

¿Aun no se ha marchado el viejo?
¡Qué posma!

D. LUIS.

¿Y qué es lo que escribe
Tu padre?

D. CLAUDIO.

Que se ha resuelto
A venir, y que mañana
Por la noche nos veremos,
O esotro dia á comer.

D. LUIS.

Gran placer me da con eso.

D. CLAUDIO.

Y á mí.

D. LUIS.

Somos muy amigos....
Y habrá diez años, lo menos,
Que no le he visto... sí habrá.

D. CLAUDIO, *aparte.*

¿Porqué no se estará quieto
En su lugar?

D. LUIS.

¿Qué decias?

D. CLAUDIO.

Nada, que estoy muy contento.

D. LUIS.

Pues es menester que tú,
Mañana en amaneciendo,
Montes á caballo y vayas
A recibirle. Este obsequio,
Como que sale de tí,
Le agradará.

D. CLAUDIO.

Ya lo veo,
Pero yo... Si puede ser
Que se detenga en Ciruelos.

D. LUIS.

Y bien, allí le hallarás.

D. CLAUDIO.

Es que el cura es algo nuestro:
Como primo de mi madre
Viene á ser... Sí, dicho y hecho,
Primo... No hay mas que son primos.

D. LUIS.

¿Y qué importa el parentesco
Para que salgas mañana?

D. CLAUDIO.

Es que si... Pero no puedo
Ciertamente, porque...

D. LUIS.

¿Tienes
Que visitar el enfermo
De anoche? Perico irá
Contigo... Ve disponiendo
Lo que hubieres menester.
Si quieres mis dos podencos,
Te los daré.

D. CLAUDIO.

¿Para qué
Tengo de llevar los perros?

D. LUIS.

Para cazar.

D. CLAUDIO.

Yo no gusto
De cazar.

D. LUIS.

Pues no por eso
Te detengas, no los lleves.

D. CLAUDIO.

¿No es mejor estarnos quedos,
Si él al cabo ha de venir?

D. LUIS.

Pues porque ha de venir, quiero
Que salgas á recibirle:
Si no viniera, ¿á qué efecto
Era el salir?

D. CLAUDIO.

(*Aparte.* ¡Qué manía!)
Si estoy sin botas.

D. LUIS.

Yo tengo
Botas, y te las daré;
Y espuelas, y silla, y freno,
Y látigo... No hará falta
Nada, nada.

D. CLAUDIO.

Lo agradezco.
¿Y dónde he de hallarle?

D. LUIS.

Tú
Sigue el camino derecho,
Y al cabo darás con él.
Ello es menester hacerlo:
Con que á las cuatro podrás
Salir, y gozas el fresco
De la mañana.

D. CLAUDIO.

Si está
Nublado.

D. LUIS.

No tengas miedo.

D. CLAUDIO.

¿Y si en medio de esos trigos
Nos descarga un aguacero?

D. LUIS.

Llevad las capas.

D. CLAUDIO.

Estoy
Tan malo...

D. LUIS.

¿De qué?

D. CLAUDIO.

Del pecho.

D. LUIS.

Aprension! Luego que salgas
Al campo te pones bueno.
(*Vase por la puerta del lado derecho.*)

ESCENA XIV.

DON CLAUDIO, DOÑA CLARA.

D. CLAUDIO.

Se fué... ¡ Cuidado que es chasco!
¡Se habrá visto tal empeño!

Dª. CLARA.

Aguardando que se fuera
He estado para poderos
Hablar.

D. CLAUDIO.

Pero ¿y don Martin?

Dª. CLARA.

Está en su cuarto escribiendo;
No hay que temer.

D. CLAUDIO.

No volvamos
A la de marras.

Dª. CLARA.

Ya dejo
Centinela.

D. CLAUDIO.

Pues, amiga,
Este don Luis es un terco.
Pues no le ocurre al maldito...

Dª. CLARA.

Ya lo sé; si he estado oyendo
La disputa.

D. CLAUDIO.

Y bien, ahora
¿Qué se ha de pensar, qué haremos?
Mi padre viene... Por fuerza
Viene... Toma! Ya le siento
Llegar.

Dª. CLARA.

Por eso conviene
Aprovechar los momentos.

D. CLAUDIO.

Pero si quiere que salga
Mañana.

Dª. CLARA.

Yo ya le entiendo.
Él nos quiere separar:
Es malicioso en estremo...
Y el fuego de amor, don Claudio,
Mal puede estar encubierto.
Pero en fin, á vos os toca,
No á mí, procurar los medios
Mas conducentes. Obrad
Con actividad, y espero
En Dios que ha de coronar
Nuestros designios honestos.

D. CLAUDIO.

Ya se ve, que aquí no vamos
A hacer ningun gatuperio,
Sino á casarnos no mas;
Solo que yo me recelo...

Dª. CLARA.

¿Qué recelais?

D. CLAUDIO.

¿Qué sé yo?
Pero, amiga, si me meto
En este embrollo y despues
Lo huelen... Como tenemos
Tantos avizoradores
Encima, y como...

Dª. CLARA.

¡Qué necios
Temores en un amante!

D. CLAUDIO.

Y como despues me quedo
Solo, porque Periquillo
Se va sin falta.

Dª. CLARA.

¿A qué efecto
Se va, ó á dónde?

D. CLAUDIO.

A Madrid,
Sobre encargos que le ha hecho
Mi padre, y para que lleve
Al abogado unos pliegos
Que importa que no se pierdan.
Porque como tiene el pleito
Con el alcalde mayor
Dos años ha sobre aquello
De la viña del juncar...
Y el agente es un mostrenco,
Que está la mitad del año
Fuera, y la mitad enfermo,
Quiere que Perico vaya
A ver...

Dª. CLARA.

¿Y lo dejaremos
Asi, don Claudio? Y si el otro

Se va, ¿no tendréis aliento
Para nada?

D. CLAUDIO.

Sí señora;
Pero es menester primero
Ir allá á casa de un quidam,
Para que le consultemos...

Dª. CLARA.

Pues, don Claudio, en tales casos
La prontitud, el secreto
Y la prudencia...

D. CLAUDIO.

Prudencia!
Bastante prudencia tengo,
Lo que sobra... Pero el diablo
Lo enreda, y...

Dª. CLARA.

Mirad que el tiempo
Es precioso, que mañana
Os vais, que viene á Toledo
Vuestro padre : á mí me quieren
Sepultar en un convento...
No nos veremos jamas,
Y me perderéis, y os pierdo.

D. CLAUDIO.

Pues bien, al instante voy
A salir, á ver si encuentro
A ese muchacho.

Dª. CLARA.

Avisadme
De lo que hubiereis dispuesto.

D. CLAUDIO.

De preciso.

Dª. CLARA.

No perdais
La fortuna que os ofrezco;
Hagamos las diligencias,
Y obre Dios.

D. CLAUDIO.

¡Es gran proyecto!
Pero no se ha de lograr.

Dª. CLARA.

Y si nosotros queremos,
¿Quién lo ha de impedir? Mi padre
Se pondrá furioso, y luego
Habrá de ceder... Si acaso
Temeis que os azote el vuestro...

D. CLAUDIO.

¿Qué me ha de azotar?... Sí, toma!
Mi padre es un pobre viejo,
Con mas vanidad y mas
Trampas, y anegado en pleitos
Que le desuellan... Don Luis
No sabe palabra de esto.
Pero, amiga, si no fuera
Porque es del ayuntamiento,
Y á cuantos encuentra al paso
Los lleva á la cárcel presos,
Y luego sudan... ¡por fuerza!
Para salir, no hay remedio...
Si el año que por desgracia
No multamos, no comemos.

Dª. CLARA.

Pues bien, ¿qué os detiene?

D. CLAUDIO.

A mí
Me detiene... Yo me entiendo,
Porque al cabo es un embrollo
Del demonio, y tengo un miedo
De que...

Dª. CLARA.

Bien está, don Claudio.
Si vuestro amor fuera cierto,
Él diera resolucion
Para mayores empeños.
Ya os conozco : bien está.
(*En ademan de irse : don Claudio la detiene.*)

D. CLAUDIO.

Clarita, vaya.

Dª. CLARA.

Perverso!

D. CLAUDIO.

Morenilla!

Dª CLARA.

Seductor!

D. CLAUDIO.

Oye.

Dª. CLARA.

No, no quiero veros.

D. CLAUDIO.

Calla, pobrecita mia.

Dª. CLARA.

Dejadme. A Dios.

D. CLAUDIO.

Acabemos
De una vez esas angustias,
Y haya paz.

Dª. CLARA.

Ay! ¡Cómo puedo
Hallar paz, si el corazon
Se rompe dentro del pecho!
¡ Qué lejos estaba yo
De saber amar, qué lejos!
Sola, ignorante, apartada
De los lazos lisonjeros
Que ofrece el mundo, ¿quién pudo
Hacer que cayera en ellos?
Por vos mi quietud perdí;
Por vos, ingrato, me veo
Apartada de la senda
De perfeccion, y este ciego
Amor me arrastra, y no deja
Lugar al entendimiento.
¡ Qué desengaño!... ¡ Y qué tarde
Viene!... Pero ¿á quién me quejo?
Yo soy la culpada... Quise
A un hombre, y este es el premio...
Son fementidos, y vos
Falso, mas que todos ellos, (*Llora.*)
Cobarde, inflexible al llanto
De una infeliz.

D. CLAUDIO.

Por san Pedro,
Que no sé lo que me pasa,
Ni á qué son esos estremos.
Si digo que voy allá,
Que entre los dos... En efecto,
Ello hoy mismo se ha de hacer:
Y aunque despues eche ternos
Vuestro padre, y rabie el mio,
Y don Luis se caiga muerto;
Si nos casamos, de todo
Lo demas se me da un bledo.
Y no haya mas, ni lloreis
Asi, que ya me enternezco...
Cáscaras! Si estoy que no
Me llega la ropa al cuerpo
Hasta ver en qué quedamos...
Voy á la consulta, y vuelvo.
(*Se va don Claudio por la puerta de la derecha. Doña Clara sonriéndose se enjuga las lágrimas, y se va por el lado opuesto.*)

Dª. CLARA.

Anda con Dios... Ya parece
Que se le ha quitado el miedo.
Valen mucho unos suspiros
Bien ponderados y á tiempo.

ACTO TERCERO.

ESCENA I.

PERICO, DOÑA CLARA.

PERICO.

Rendido estoy. ¡Qué malditas
(*Siéntase.*)
Callejuelas! Empinadas,
Tuertas, angostas... ¡Por cierto
Que los trabajos que pasa
El que sirve á un loco!... Pero,
Como dicen en Ocaña,
A buen bocado, buen grito.
¡Oh señorita!
(*Sale doña Clara. Perico se levanta.*)

Dª. CLARA.

¿Aquí estabas?

PERICO.

Vengo en busca de don Claudio,
Que me dijo...

Dª. CLARA.

No está en casa.

PERICO.

Si me dijo que viniese
Volando, que me esperaba...

D^a^. CLARA.
Pues no ha venido.

PERICO.
A buscarle.
(Hace que se va, y vuelve.)

D^a^. CLARA.
Pero ¿en qué estado se hallan
Esas cosas? ¿Qué ha resuelto?

PERICO.
¡Ay señora de mi alma!
Que don Luis nos descompone
Nuestro plan.

D^a^. CLARA.
No temas nada.

PERICO.
¡Ay señora! que mi amo
En cada paso se atasca,
Se atolondra... Hemos corrido
La ciudad y su comarca
Buscando á un cierto don Lúcas,
Muy amigo y camarada,
Hombre de bien, si los hay,
Que para estas zalagardas
De bodorrios clandestinos
No tiene igual en España.
Le hablamos, nos dió un consejo,
Y en verdad que no se halla
Otro mejor.

D^a^. CLARA.
Pues á mí
Me ocurre... Sí... Y eso basta.
Una obligacion...

PERICO.
Seguro.

D^a^. CLARA.
De matrimonio, firmada
Por los dos...

PERICO.
Pues si es la idea
De don Lúcas.

D^a^. CLARA.
Si llegara
El caso de que mi tio
Maliciase lo que pasa,
Hecho y firmado el papel...

PERICO.
Hatillo, y salto de mata.

D^a^. CLARA.
Bien que... Mira, de ningun
Modo ha de salir mañana.

PERICO.
Se entiende.

D^a^. CLARA.
Y si nos apuran,
Fuga, depósito.

PERICO.
¡Oh Clara
Prudentísima y sutil!
Eso ha de ser.

D^a^. CLARA.
Si le falta
Dinero...

PERICO.
¿No ha de faltarle?
¿Pues bolsa mas apurada
Que la suya quién la vió?

D^a^. CLARA.
Yo tengo algunas alhajas
Que empeñar, cuyo valor
Para cuanto ocurra alcanza:
Y una vez fuera de aquí,
Y libre de esta canalla
Que me cerca...
(Al ver doña Clara á don Martin que asoma por la puerta de la izquierda, fingiendo no haberle visto, prosigue sin turbarse lo siguiente del diálogo, mudando el tono y la accion.)
Solo siento,
¡Sábelo Dios!... que no hayan
Seguido mi parecer.
Yo he querido ser descalza,
Porque á mas austeridad,
Mayor corona se aguarda;
Pero en mí no hay albedrío,
Y debo hacer lo que manda
Mi papá.

PERICO.
¿Y á qué demonios
Viene... ¡Hay hembra mas bellaca!
(Ve á don Martin, y finge igualmente no haberle visto.)
Y dice bien que es locura.
Una niña delicada

Como vos... Eh! no señor :
Las penitencias relajan
La salud, siendo escesivas.
Ya probaréis lo que anda
Por allá, y en siendo monja
Negra, cenicienta ó blanca,
Calzada y todo, veréis
Qué trabajillos se pasan.
¿Es cosa de chirinola
Vivir siempre emparedada?
¿Sin una pizca de coche,
Sin un palmo de ventana?
¿Comer en cifra y cenar
Acelgas y remolachas?
¡Ahí es un grano de anis!

Dª. CLARA.

Con ese lenguaje engaña
El enemigo á los hombres.
Difícil nos pinta y ardua
La senda del bien, y asi
Del sumo bien nos aparta.

ESCENA II.

D. MARTIN, Dª. CLARA, PERICO.

D. MARTIN.

Vamos, niña, ya te he dicho
Que estos estremos me cansan.
Pues no, bien claro te habló
El padre fray Gil... ¡No es nada!
¡Capuchinita se quiso
Meter! Es cosa muy santa,
¿Quién lo duda? Pero debes
Considerar que no alcanzan
Todas una resistencia
Tan grande y tan continuada
Como allí se necesita.
¿Qué la sucedió á sor Blasa
De la Trasverberacion?
Bien te acuerdas que muchacha
Tan robustona, tan fuerte...
Perdió el color y las ganas
De comer... Vómitos, flatos,
Ya la purgan, ya la sangran,
Ya va mejor, ya peor;
El año y medio que estaba
En el convento, murió.

PERICO.

Don Martin, aconsejadla :
Desimpresionadla bien.

D. MARTIN.

¿Quién eres tú?

PERICO.

Soy de casa,
Periquillo.

(*Hace una cortesía, y se va por la puerta de la derecha.*)

D. MARTIN.

Ah! sí, el criado
De don... A Dios. Buena traza
Tiene ese mancebo... No,
Y en lo que te dijo hablaba
Como un libro. Con que vamos,
Ya te he dicho que no hagas
Calendarios, eh! que estás
Tristona y desmejorada
De pensar en eso : entiendes?

Dª. CLARA.

Sí señor.

D. MARTIN.

Despues que vayas
Conociendo aquellas cosas,
Le darás á Dios mil gracias
De estar allí. Y no te empieces
Luego con estraordinarias
Penitencias á afligir,
No señor... Ser moderada,
Obediente, calladita,
Acudir á lo que mandan
Las superioras, tratar
A las otras como hermanas...

Dª. CLARA.

Si lo son en el Señor.

D. MARTIN.

Pues por eso digo. Amarlas
Mucho... Y no meterse en chismes
Ni rencillas, nada, nada
De eso. Ser muy puntual
En todo aquello que encarga
La regla : sí, pues en esto
Estriba ser buena y santa.
Porque sino, el enemigo...

Dª. CLARA, *fingiendo escesiva timidez.*
¡Ay, el enemigo...

D. MARTIN.
Aguarda
La ocasion, y...

Dª. CLARA.
¡Dios nos libre!

D. MARTIN.
Lazos y redes nos arma.

Dª. CLARA.
Como el traidor solo busca
La perdicion de las almas,
La carne es frágil, y el siglo
Todo engañifas y trampas...
¡Ay papá!
(*Asiendo de las manos á don Martin.*)

D. MARTIN.
Calla, hija mia,
No te atemorices, calla:
Ten resolucion, que el diablo
Se vuelve á puertas cerradas,
Como dijo el otro.

Dª. CLARA.
¡Somos
Tan débiles!

D. MARTIN.
Vaya, vaya,
No mas... ¡Qué diantre! No puede
Uno decirla palabra
Sin que... (*Ap.* Pobrecita!...) Eh! voy
A ver si tenemos cartas
De Sevilla. Se lo dije
A mi hermano, y como gasta
Aquella sorna, me hará
Rabiar antes que las traiga.

Dª. CLARA.
La mano, papá.
(*Se arrodilla, y le besa la mano.*)

D. MARTIN.
A Dios, niña.

Dª. CLARA.
Él nos conserve en su gracia.
Voyme á la oracion mental,
Que hoy viérnes será muy larga.

ESCENA III.

DON MARTIN, DON CLAUDIO.

D. MARTIN.
Esto se llama virtud,
Lo demas es patarata.
Ya se ve, todo consiste
En una buena enseñanza.
(*Al irse don Martin por la puerta de la derecha, tropieza con don Claudio, que sale apresuradamente.*)
¡Hombre, que... Pero ¿porqué
No miras?...

D. CLAUDIO.
No reparaba.

D. MARTIN.
Reparar.

D. CLAUDIO.
Vengo de prisa.

D. MARTIN.
Calavera!

D. CLAUDIO.
Como entraba
De prisa.

D. MARTIN.
¿Y á qué vendrán
Esas prisas?

D. CLAUDIO.
¿Quién pensara
Que estuvierais tan al paso?

D. MARTIN.
Badulaque! (*Vase.*)

D. CLAUDIO.
Nada falta
Sino que Perico venga
Y acabemos la maraña.
¿Periquillo, estás ahí?
(*Se entra en su cuarto y cierra por dentro.*)

ESCENA IV.

DOÑA CLARA, DON LUIS.

Dª. CLARA.
Don Claudio... digo... Yo entrara,
(*Se encamina al cuarto de don Claudio, halla cerrada la puerta, duda y observa por un lado y otro si alguien la ve.*)

Pero... Cerró... No, no puede
Ser... Si me espero á que salga...
Todo es peligros... ¡Qué vida
Esta tan desesperada!
Presa, oprimida, estudiando
Templum templi y *laudo laudas*,
Y *quis vel qui*... Pero no,
No perdamos la esperanza;
Por hoy paciencia, que ya
Será otra cosa mañana.
Pues, ¿no lo dije?

(*Mirando á la puerta del lado derecho, por donde sale despues don Luis.*)

D. LUIS.

¿Qué buscas?

Dª. CLARA.

¡Válgame Dios!

(*Hace que busca por el suelo alguna cosa, despues quiere irse, y don Luis la detiene.*)

D. LUIS.

Qué?

Dª. CLARA.

Buscaba
Una estampa muy devota
Que me dió el padre Berlanga,
Y ni sé donde la... ni...
¡Cuánto siento no encontrarla!

D. LUIS.

¿Te vas? Ven aquí.

Dª. CLARA.

Señor.

D. LUIS.

Ven acá. ¿Porqué te estrañas
Asi? Cuando nos juntamos
En la mesa no me hablas,
Y despues, ó estás metida
En tu cuarto, ó si me hallas,
Huyes de verme... ¿Qué es esto?
¿Conmigo tan enfadada?

Dª. CLARA.

Enfadada? No señor.

D. LUIS.

¿Al tiempo que te separas
De tu familia, y nos dejas
Para siempre, asi me tratas?

Dª. CLARA.

Perdon, mi querido tio,
Perdon.

(*Quiere arrodillarse, y D. Luis lo estorba.*)

D. LUIS.

¡Ay niña! levanta,
Que no gusto de eso. Díme...
Pero quisiera que hablaras
Con ingenuidad. ¿Estás
Contenta?

Dª. CLARA.

Siento en el alma
Un gozo, que no es posible
Esplicarle con palabras.

D. LUIS.

Yo presumí que el temor
A tu padre fuese causa
De callar y darle gusto,
Aunque hubiese repugnancia
En tí.

Dª. CLARA.

Cómo! No señor.

D. LUIS.

Las hijas bien educadas
Hacen tales sacrificios
Muchas veces.

Dª. CLARA.

En mí falta
Ese mérito.

D. LUIS.

Porqué?

Dª. CLARA.

Porque no me venzo en nada.
Doy gusto á mi padre, y sigo
Mi vocacion.

D. LUIS.

¡Cosa estraña!

Dª. CLARA.

¿Pues esto os puede admirar?
No lo entiendo.

D. LUIS.

Una muchacha
Bonita, de genio alegre,
Que por instantes aguarda
Heredar un patrimonio
En que mire asegurada

Su fortuna, ¿se desprende
De todo, renuncia tantas
Felicidades, se encierra
En una celda, se aparta
Del mundo? No hay medio, ó es
Muy embustera ó muy santa.
Pero díme, si no es esa
Tu inclinacion, ¿porqué engañas
A quien te puede servir,
A quien te quiere en el alma
A pesar de tus defectos?
¿Aun no te dan estas canas
Bastante seguridad?

Dª. CLARA.

Pero ¿quién os dice...

D. LUIS.

Ingrata!

Dª. CLARA.

¡Por cuántos medios procura
El enemigo que caiga
En el pecado!... Pues no,
No ha de rendir mi constancia;
Que Dios...

D. LUIS.

Oyes, niña, mira
Que yo no gusto de maulas.
¿A mí te vienes con frases
De mision?... Eh! no me hagas
Enfadar. Si yo te falto,
¿Quién con mayor eficacia,
Con mas cariño, sabrá
Defenderte de la estraña
Tenacidad de tu padre,
Vencer su cólera, y cuantas
Ocasiones se presenten
Oportunas emplearlas
En tu favor? Este empeño,
Nacido de su ignorancia,
Y el plan que has seguido, haciendo
La gazmoña y la beata,
Te han reducido á tal punto,
Que no sé yo como salgas:
Pero al fin es tiempo ya
De que se acabe esta farsa;
Es tiempo de que conozca
Tu padre que no te agrada
La vida contem lativa;
Que tu inclinacion te llama
A otro estado en que podrás
Vivir contenta y honrada,
Como buena madre, y buena
Esposa, y buena cristiana.

Dª. CLARA.

Yo! ¿Qué decis?...

D. LUIS.

Si no quiere
Entenderlo, si desbarra
Como suele, en mí tendrás
Todo el apoyo que basta,
Y... Vamos, es menester
No hacerse la mojigata,
No mentir, no aparentar
Perfecciones que te faltan...
Tenerlas y no fingirlas.

Dª. CLARA.

Pero señor...

D. LUIS.

Si llegaras
A ocultar (que no es posible)
Toda la flaqueza humana
Con diabólico artificio,
Que el vulgo ignorante aplauda;
Aunque seduzcas al mundo,
Infeliz! á Dios no engañas.

Dª. CLARA.

Pero ¿no sabré de dónde
Nace este error? ¿Qué malvada
Lengua os informa de mí?
¿Quién me calumnia y me infama?
Pero no... Yo la perdono:
Es mi prima y eso basta,
Y antes perderé la vida
Que ofenderla.

D. LUIS.

¿Qué artimaña
Es esa? ¿A qué viene ahora
Mezclar á tu prima en nada?

Dª. CLARA.

Es muy diverso su modo
De pensar; es muy contraria
A su conducta la mia.
Cada accion, cada palabra
Que advierta en mí, pensará
Que es una censura amarga

De sus deslices... ¡ Qué mal
Me conoce ! ¡ Qué mal paga
Mi cariño !... Pues si somos
Frágil barro, ¿ quién estraña
Que ceda á la tentacion
El mas prevenido, y caiga?
Y cuando para sufrirla
Los vínculos no bastaran
De la sangre, ¿ olvidaria
Yo la caridad cristiana?...
¿No sabré (si Dios me asiste)
Padecer y perdonarla?

D. LUIS.

Acabemos, lengüecita
De víbora, que me falta
Ya el sufrimiento... Si quieres
Hacer el papel de santa
Bendita, con ese amor
Y esa caridad que gastas,
Vete, que en vez de engañarme,
Cólera y tedio me causas.

(*Doña Clara hace una reverencia en ademan de irse. Don Luis la coge de la mano, se reprime, y la habla con espresion cariñosa.*)

Mi amistad, mi proteccion
Te ofrezco, y todo se acaba
Si quieres ser con tu tio
Humilde, sencilla y franca.
Yo disiparé el peligro
Urgente que te amenaza;
Yo haré que ni la opinion
Pública te culpe en nada,
Ni tu padre se disguste
A vista de tal mudanza.
Jóvenes hay en Toledo
De buena sangre, de honradas
Prendas, y alguno hallaremos
Para tí.

Dª. CLARA.

¡ Qué temeraria
Proposicion !

D. LUIS.

Cómo?

Dª. CLARA.

¿ Yo,
Señor?...

D. LUIS.

¡ Pues qué !

Dª. CLARA.

¿ Yo casada?

D. LUIS.

¿ Con que no?

Dª. CLARA.

Conozco y huyo
Las vanidades mundanas...
Tengo ya mejor esposo.

D. LUIS.

Bien está.

(*Inquieto y reprimiendo el enojo.*)

Dª. CLARA.

Que no se cansa
De amar.

D. LUIS.

Muy bien.

Dª. CLARA.

Y con premios
Eternos corona y paga
Los afanes de esta vida
Transitoria.

D. LUIS.

Sí? Pues anda...
Vete de aquí... Y nunca, nunca
Me vuelvas á hablar palabra...

Dª. CLARA.

Bien, señor.

(*Hace una cortesía y se va.*)

D. LUIS.

Nunca, porque
No sé si tendré templanza
Para sufrirte... Embustera !
¡ Oh virtud, cómo te ultrajan !

ESCENA V.

DON LUIS, PERICO.

PERICO.

Ahí he encontrado en la puerta
A un mozo con esta carta

(*Le da una carta.*)

De parte de... ¿ Cómo dijo?
De...

D. LUIS.

¿ De don Juan de Miranda?

PERICO.

Cierto... que ha venido inclusa
En otra que le enviaba
El mismo sugeto.

D. LUIS.

Sí.

PERICO.

Que perdoneis la tardanza,
Porque hoy ha comido fuera,
Y no ha vuelto por su casa
Hasta las tres.

D. LUIS.

¿No te ha dicho
Don Claudio...

PERICO.

¿Lo de la marcha?
Sí señor, si ya está todo
Prevenido.

D. LUIS.

La criada
Se levantará temprano...
Oyes, y quiero que vayas
Con él. Entiendes?

(Vase don Luis por la puerta del lado izquierdo.)

PERICO.

Ya estoy.

ESCENA VI.

PERICO, DON CLAUDIO.

PERICO.

Calle! que tiene cerrada
La puerta.

(Se acerca á la puerta de don Claudio, y hallándola cerrada llama.)

Señor!... Perico.

D. CLAUDIO

Vamos, que ya te esperaba
Con impaciencia.

PERICO.

¿Y qué ha habido?

D. CLAUDIO.

Que está la paz ajustada
Con el prendero. Él se lleva
Las cosas algo baratas,
Pero al cabo yo no habia
De poder desempeñarlas,
Con que... Y sobre todo, habiendo
Apuros, nadie repara.
Y la vieja?

PERICO.

Mi señora
Doña Brígida Menchaca,
Viuda reverenda, dice:
Que hará lo que se la manda,
Por caridad, por serviros,
Porque no quiere que haya
Escándalos...

D. CLAUDIO.

Muy bien.

PERICO.

Pero
Digo que allí no se trata
Mas de que por una noche
Tenga la niña posada
Segura, y al otro dia
Testigos, clérigo, y arda
Bayona.

D. CLAUDIO.

Pues ya.

PERICO.

Y supongo
Que tenemos despachada
La escritura del papel.

D. CLAUDIO.

Aquí está.

(Da un papel á Perico.)

PERICO.

¡Viveza estraña!

D. CLAUDIO.

Ahí he puesto los regalos
Que la hago yo. Doña Clara
Pondrá lo que á mí me dé,
Firma luego, y santas pascuas.

PERICO, *lee el papel y le guarda.*

« Yo, don Claudio Meliton Perez y Perez, caballero hijodalgo, natural de Ocaña; y yo, doña Clara Francisca Bustillo, doncella toledana. Estando en perfecta salud y con nuestro cabal entendimiento, hacemos de mancomun la presente obligacion de contraer himeneo marital y consorcio de

primeras nupcias, al instante, ó cuanto mas presto fuere posible; que tal es nuestra última voluntad. Y queremos ser obligados por justicia, si alguno de nosotros se llamase antana, lo que Dios no quiera ni permita, amen. Y amen de esto nos hemos dado mano y palabra, y nos hemos dado otras frioleras, las cuales van puestas al fin de esta escritura, por modo de inventario. Fecha en Toledo, etc. — Yo don Claudio Meliton Perez y Perez, caballero hijodalgo, natural de Ocaña. »

Lindamente, y está todo
Dicho con suma elegancia.
¿Son estas las frioleras?

(*Don Claudio saca un envoltorio de papel y Perico le guarda.*)

D. CLAUDIO.

Esas son.

PERICO.

Pues á buscarla.

(*En ademan de irse.*)

ESCENA VII.

LUCÍA, DON CLAUDIO, PERICO.

PERICO.

¿Qué tenemos, chica?

LUCÍA.

Solo
Deciros que doña Clara
Está que se desespera.

PERICO.

Pues ya voy á consolarla.

LUCÍA.

Dice que si habeis resuelto
Algo...

PERICO.

Y mucho, y que no falta
Ya sino...

(*Hace que se va, y vuelve.*)

Di, ¿la Inesita
Y su padre estan de guardia,
De modo que yo no pueda
Entrar sin llevar sotana?

LUCÍA.

No temas.

PERICO.

Es que al señor
Don Luis, con aque pausa
Le tengo un miedo cerval.

LUCÍA.

Cuando he venido quedaba
En su cuarto; doña Inés
Está cosiendo en la sala
Del jardin.

PERICO.

Sí? Pues logremos
La ocasion, no se nos vaya.

ESCENA VIII.

DON CLAUDIO, LUCÍA.

LUCÍA.

¿Y qué habeis dispuesto?

D. CLAUDIO.

Yo,
Muger, no dispongo nada...
Ello, ó me caso, ó el diablo
Viene y tira de la manta.

LUCÍA.

Es que don Luis... Pero cuenta,
Que os lo digo en confianza...
Cuidado.

D. CLAUDIO.

Bien.

LUCÍA.

Ya lo sabe
Todo, y como...

D. CLAUDIO.

¡Qué desgracia!

LUCÍA.

Lo sabe; pero...

D. CLAUDIO.

¿Lo sabe?
Vamos, ya me...

LUCÍA.

Es que mi ama...

D. CLAUDIO.
No hay que hacer... Somos perdidos.
Preciso... Salto de mata...
¿Qué tengo ya que esperar?

LUCÍA.
Pero escuchad lo que pasa,
Y despues...

D. CLAUDIO.
Cierto; y despues
Vendrá el viejo, se lo planta
Al otro viejo, y me meten
Entre puertas, y...

LUCÍA.
No hay nada
De eso. Al contrario. Don Luis
Está en serviros, y trata
De que os caseis.

D. CLAUDIO.
Pues ya estoy;
Por eso es toda la rabia.
Porque él me quiere casar
Con aquella remilgada
De Inés, y yo no la quiero.

LUCÍA.
Si no es eso.

D. CLAUDIO.
¿Y lo callabas,
Muger?... ¿Y no me lo has dicho
Dos horas ha?... Corre, llama
A Perico.

LUCÍA.
Si no es eso.

D. CLAUDIO.
Voy á ver si en la posada
Encuentro mulas... Sí, vamos,
Si yo lo premeditaba,
Si lo dije, si Perico
Me ha metido en esta danza.

LUCÍA.
Si no me quereis oir.
Si es locura declarada
La que teneis. Si don Luis
Está de enojo que salta
Contra su hermano, porque
Mete monja á doña Clara.
Si el mismo don Luis me ha dicho
Que era mejor os casarais
Con ella. Si me mandó
Que no os dijera palabra,
Porque él sabrá disponerlo
Con su hermano, sin que haya
Peloteras, y os caseis
De bien á bien. Si él se encarga
De todo, ¿á qué viene ahora
Esa furia?

D. CLAUDIO.
A que pensaba
Que... Pero ¿es cierto, Lucía?
No puede ser, tú me engañas.

LUCÍA.
No señor.

D. CLAUDIO.
¿Con que es verdad?

LUCÍA.
Yo se lo he dicho á mi ama...

D. CLAUDIO.
¿Y qué dice?

LUCÍA.
Como está
Con don Luis tan enfadada,
No lo ha querido creer.

D. CLAUDIO.
Pues ya se ve que eso es maula.

LUCÍA.
No señor.

D. CLAUDIO.
Pues yo te digo
Que sí.

LUCÍA.
Pues yo me fiara
De él, y fuera lo mejor.

D. CLAUDIO.
Lo mejor fuera afufarlas...
No hay que hacer, si todas son
Astucias y zalagardas
De este don Luis ó este infierno.

ESCENA IX.

PERICO, LUCÍA, DON CLAUDIO.

PERICO.
Ya tenemos despachada
Esta comision. Lucía,
La religiosa te llama

Para no sé qué envoltorio:
Corre.

LUCÍA.

Allá voy.

D. CLAUDIO.

Mira, aguarda.

(*Don Claudio se pasea, y hace que busca alguna cosa en los bolsillos. Lucía le coge las vueltas, y alarga la mano para recibir lo que piensa que va á darla. Al fin de la escena, don Claudio saca las yescas, enciende un cigarro y fuma.*)

LUCÍA.

¿Qué mandais?

D. CLAUDIO.

Yo te diré.

LUCÍA, *aparte.*

Ya llegó la suspirada
Flota. Ya tengo pañuelo.

D. CLAUDIO.

Me parece á mí...

LUCÍA.

¡Qué guapa
Estaré con él!

D. CLAUDIO.

Quisiera...
Es verdad que doña Clara...

LUCÍA.

¿Y qué tiene que ver ella
Con eso?

D. CLAUDIO.

Ya; pero...

LUCÍA.

Vaya,
Señor, si ha de ser.

D. CLAUDIO.

Al cabo
Ello...

LUCÍA.

Me le haré de gasa.

D. CLAUDIO.

Pero no, no nos metamos
En camisa de once varas.
Vete, vete.

LUCÍA.

¡Haya pelon!

ESCENA X.

DON CLAUDIO, PERICO.

D. CLAUDIO.

¿Y el papel?

PERICO.

Ella le guarda.

D. CLAUDIO.

¿Y qué te dió?

PERICO.

Véislo aquí.

(*Saca envuelto en un pañuelo lo que indica el diálogo.*)

¡Cosas suyas! Tres medallas,
Un par de ligas manchegas,
Una cruz de Caravaca,
Estas dos santas Teresas
De barro, y una navaja.

D. CLAUDIO.

Bien... Pero ¿qué te parece?
¿Hemos de salir mañana?

PERICO.

No por cierto.

D. CLAUDIO.

¿Y si don Luis
Aprieta?

PERICO.

Buenas palabras.
Que está bien, que es grande idea,
Que sin que él os lo mandara
Lo hubierais hecho, que apenas
Haya luz saldréis de casa.

D. CLAUDIO.

¿Y luego?

PERICO.

Y luego cenais,
Buenas noches, y á la cama.
Y despues, cuando esté toda
La familia sosegada,
Inquietud, sudor, bostezos,
Horripilacion y bascas.
Me levanto, enciendo un cabo,
Hago estrépito, se alarman
Todos... ¿Qué será? Si es flato,

Si es cólico, si es terciana...
Y cuando amanezca Dios
(Esto es, á las once dadas)
Os sentis algo mejor,
Comeis poquito y sin ganas,
Hablais con voz enfermiza,
Dormis una siesta larga,
Y os quedais como si todo
Hubiera sido una chanza.

D. CLAUDIO.

Oh! como tú no me faltes,
Ningun peligro me atasca.

PERICO.

Sí, pero no os atasqueis
Tampoco aunque yo me vaya,
Porque no hay duda, he de irme.

D. CLAUDIO.

¿Tan presto?

PERICO.

De madrugada,
No hay remedio. Ese maldito
Demandadero me ataja
Las callejuelas... Si vuelve
Segunda vez y me halla,
Nos destruye... Ahí en la esquina
Le ví que se encaminaba
Hácia aquí: pude lograr,
Diciéndole no sé cuantas
Mentiras, que se volviese.
Pero si cojo la rauta,
Entonces, ancha es Castilla...
Ah! sí, ya no me acordaba
De que hay que buscar los trastos.
Voy allá.

D. CLAUDIO.

¿Para qué?

PERICO.

Para
Que don Luis se tranquilice,
Viendo que ya se preparan
Los chismes de cabalgar.
El que vive de la trampa,
Mi don Claudio, es menester
Que no se descuide en nada.
(*Vase al cuarto de don Claudio.*)

ESCENA XI.

DON CLAUDIO, DON LUIS, DON MARTIN.

D. LUIS.

(*Don Luis saca un papel en la mano.*)
Mucho sentirá mi hermano
Esta novedad... ¿Tú estabas
Aquí?

D. CLAUDIO.

Sí señor... ¿Qué diantre
De papel será el que saca?
¿Cuánto va...

D. LUIS.

Déjame solo.

D. CLAUDIO.

¿Cuánto va que la muchacha
Se le ha dejado pillar?
(*Don Claudio se entra en su cuarto.*)

D. LUIS.

No sé qué medios me valgan
Para templarle. Un carácter
Como el suyo, que no guarda
Moderacion, ni previene
Ni tolera las desgracias...
Él viene aquí.

D. MARTIN.

Ya me han dicho
Que has recibido una carta
De Sevilla... Yo no entiendo...
A mí no me escriben nada,
Ni una letra.

D. LUIS.

Sí, porque
Ha ocurrido una mudanza
Bien imprevista... ¿Dijiste
Al primo que se casaba
Inesilla?

D. MARTIN.

No por cierto.
Solo le escribí que Clara,
Manifestando deseos
De ser religiosa, estaba
Resuelta á empezar muy pronto
Su noviciado, y que...

D. LUIS.

Y basta
Eso para conocer
Que tuvo razon sobrada
De revocar su primera
Disposicion.

D. MARTIN.

Con que... Vaya!
Pues... A ver...

D. LUIS.

Toma.

(*Le da el papel á don Martin.*)

D. MARTIN.

En efecto,
Es una botaratada
De aquel hombre... Siempre fué
Medio loco...

(*Despues de haber leido, tira el papel sobre la mesa.*)

¿Quién pensara
Esta salida, despues
De tanto esperar y tantas
Promesas?... Si me escribió
Habrá dos ó tres semanas,
Diciéndome que sus males
No le daban esperanzas
De vida, que ya tenia
Todas sus deudas pagadas,
Y arreglado el testamento;
Que á Clarita la dejaba
Por heredera, y que... Yo
Respondí dándole gracias
Como era razon...

D. LUIS.

Y en vista
Del aviso que le dabas,
Debió de reflexionar
Que estando determinada
Clara á ser monja, seria
Inútil favor nombrarla
En el testamento; y quiso
Que su prima Inés gozara
De esta merced, pues está
Sin colocar... No es estraña
Resolucion.

D. MARTIN.

Dices bien.
No hay cosa mas acertada...
Y la niña lo merece,
Lo merece... Bribonaza!
Desenvuelta!... Asi va el mundo.
¡La prenda de mis entrañas,
La pobrecita, quedar
De esta manera burlada!...
¡Y el otro bruto salirnos
Al cabo con la zanguanga
De que no lo necesita!
¿Y qué, á mí no me hace falta?

ESCENA XII.

EL TIO JUAN, DON LUIS, DON MARTIN.

TIO JUAN.

Muy buenas tardes, señores.

D. MARTIN.

¿Qué tenemos?

TIO JUAN.

Que me manda
Venir la madre abadesa
A decir á doña Clara
Que mañana por la tarde
La Aragonesita ensaya
Al órgano el villancico
Que han de cantar en la octava...
Es aquel de: *Pastorcillo,*
Pastorcillo, come y calla,
Come y calla... Con que dijo
Que viniera y avisara
Para que...

D. MARTIN.

Bien.

TIO JUAN.

Pero ¿qué
Diré?

D. MARTIN.

Que bien, que mañana
Irá por allá.

TIO JUAN.

(*Hace que se va, y vuelve.*)

¿Os han dado

Una esquelita firmada
De la abadesa?

D. MARTIN.

Tambien.

TIO JUAN.

No lo digo porque haga
Falta, sino...

D. MARTIN.

Ya llevó
El dinero.

TIO JUAN.

Es que me encarga
La abadesa...

D. MARTIN.

¿Qué encargó?

TIO JUAN.

Que os dijera que no es tanta
La urgencia, que haya de ser
Hoy mismo.

D. MARTIN.

¡Desatinada
Prevencion!... Si ya le he dado
El dinero.

TIO JUAN.

¿A quién?

D. MARTIN.

Machaca!
A don Sempronio.

TIO JUAN.

¿Y quién es
Don Sempronio?

D. MARTIN.

¡Qué pesada
Taravilla de preguntas!
¡Vaya que el hombre me cansa
De veras!

TIO JUAN.

Pero...

D. MARTIN.

Al hermano
De don Lorenzo... Aun no acaba
De entenderlo.

TIO JUAN.

Es que no tiene
Tal hermano.

D. MARTIN.

Es que me enfada
De veras el señor Juan.
Váyase de aquí, ¿qué aguarda?

TIO JUAN.

Señores, lléveme Dios
Si yo entiendo una palabra...
Sobre que no hay tal hermano.

D. MARTIN.

Sobre que viene con ganas
De impacientarme... Si digo
Que estuvo conmigo, vaya,
¿Qué replicar?... Es un cojo,
Tuerto, cargado de espaldas,
Gangoso, muy hablador.

TIO JUAN.

Gangoso!... Si en esta sala
Dí yo el papel á un mocito...
La verdad, yo estoy en brasas...
Quise volver, y le hallé
Ahí cerca. Dijo, que estabais
Fuera; dije, que vendria
Despues; dijo, que escusara
El venir, porque estas noches
No soleis cenar en casa,
Y no os venis á acostar
Hasta las doce muy largas.
Con que yo...

D. MARTIN.

Pero ¿no ves
Cuanto disparate ensarta
Este menguado?

TIO JUAN.

Si el otro
Fué quien me dijo...

D. LUIS.

Apostara
Que te han hecho alguna burla.

D. MARTIN.

¿Qué burla? Si es que desbarra
Ese infeliz, y no sabe
Lo que está diciendo.

D. LUIS.

Calla,
Que hemos de ver si... Perico!

PERICO, *desde adentro.*

Señor!

D. LUIS.

Perico!

ESCENA XIII.

PERICO, D. LUIS, D. MARTIN, EL TIO JUAN.

PERICO.

¿Quién llama?

(*Al ver al tio Juan se sorprende, y hace ademan de buscar algo debajo de la mesa y entre las sillas.*)

TIO JUAN.

Él es sin duda... No hay mas,
Que es él.

PERICO.

No sé donde paran
Estas espuelas...

D. LUIS.

Escucha
Un recado.

PERICO.

Estan atadas
Con un cordel.

(*Quiere volverse á entrar en el cuarto de don Claudio, pero don Luis le trae asiéndole del cuello.*)

D. LUIS.

Oye aquí
Primero.

PERICO.

Voy á buscarlas.

D. LUIS.

¿Quién es aquel don Sempronio
Que dijo que le enviaba
La abadesa?

PERICO.

Yo, señor,
¿Qué he de saber? No sé nada.

D. LUIS.

¿Con que no?

PERICO.

Cierto que no.

D. LUIS.

Si no lo dices, canalla,
Te he de hacer ahorcar.

PERICO.

¿No mas?

D. LUIS.

Dilo al instante.

D. MARTIN.

Despacha.

PERICO.

¡Ah, demandadero indigno,
Qué banderilla me plantas!
No te lo demande Dios.

D. LUIS.

Vamos, cuando esta mañana
Vino el señor, ¿á quién dió
La esquela?

PERICO.

Bien escusada
Pregunta. ¿Pues no lo ha dicho?
A mí.

D. MARTIN.

¿Y el otro fantasma
Que vino por el dinero?

PERICO.

Yo fuí.

D. MARTIN.

¿Con aquella pata?

PERICO.

Si señor, y con aquel
Parche y aquella casaca.

D. LUIS.

Picaron!... Cosa mas...

D. MARTIN.

Dí,
¿Y el dinero en dónde pára?

D. LUIS.

¿Qué hiciste de él?

PERICO.

¿Qué sé yo?

TIO JUAN.

¡Vamos que el mocito es caña!

D. MARTIN.

¿Qué has hecho de él?

PERICO.

No le tengo
Aquí: dejadme que vaya
A casa de un conocido,
Y os le traigo sin tardanza.

D. MARTIN.

Pues corre.

(*Don Martin le da un embion para que se vaya. Don Luis le vuelve á asir, y queda entre los dos.*)

D. LUIS.
No hay que soltarle.

PERICO.
Pero iré bajo palabra
De honor.

D. LUIS.
O entrega el dinero,
O vas á pagar tus maulas
A un calabozo.

PERICO.
¡Qué empeño!...

D. LUIS.
Y en tanto que el señor llama
A la justicia...

TIO JUAN.
Allá voy.
(*Hace que se va, y vuelve.*)

PERICO.
Aquí está el dinero.
(*Saca un bolsillo, don Martin le toma, cuenta el dinero y se lo guarda.*)

D. MARTIN.
Daca,
Ratero.

PERICO.
¡Ratero á mí!

D. MARTIN.
¿Y está todo?

PERICO.
Lo que falta
Don Claudio os lo pagará,
Que yo no me pringo en nada.

D. MARTIN.
Vamos á ver.

D. LUIS.
Pues, amigo,
Ya habeis visto lo que pasa,
Y asi diréis á las madres
Que cuando mi hermano salga
Irá por allá.

TIO JUAN.
Está bien.

PERICO.
La del humo.

ESCENA XIV.

D. LUIS, D. MARTIN, PERICO,
D. CLAUDIO.

D. LUIS.
¡Buena alhaja
De mozo nos ha venido!
¿Y en estos enredos anda
Tu señor?

D. MARTIN.
¿Pues qué creias?

D. LUIS.
Nunca pensé que llegara
A tal.

D. MARTIN.
Sí, que el jovencito
Es sugeto de esperanzas.

D. LUIS.
Pero es menester saber
Qué ha habido en esto, y qué... Llama
A ese muchacho.

PERICO.
¡Don Claudio!
¡Señor don Claudio!

D. LUIS.
Esto pasa
De travesura, y es cosa
Muy seria para dejarla
Asi.

PERICO.
Si pudiera yo
Entre tanto...
(*En ademan de quererse ir por la puerta del lado derecho.*)

D. LUIS.
No te vayas...
Quieto.

PERICO.
Bien está.

D. CLAUDIO, *saliendo de su cuarto.*
¿Qué ocurre?

D. LUIS.
¿Para esto has venido á casa,
Claudio? Nunca te creí
Inclinado á tan villanas
Acciones. El hospedage,
La amistad, la confianza,

¿Se pagan asi?

D. MARTIN.

Bribon!

D. CLAUDIO.

Toma, ¿pues qué?

D. MARTIN.

¡Le matara
De un golpe!

D. CLAUDIO.

Maldito sea
El papel y... Yo pensaba
Que no os pudiera ofender
Tanto, tanto...

D. LUIS.

¡Es buena gracia
Por mi vida! ¿Te parece
Que es para menos la chanza?

D. CLAUDIO.

Ya; pero en cumpliendo como
Hombre de bien.

D. LUIS.

¿Y á qué llamas
Cumplir como hombre de bien,
Despues de hacer una infamia?
¿Qué dirá tu padre cuando
Lo sepa? ¿No ves que basta
Para quitarle la vida
Esta pesadumbre?

D. CLAUDIO.

¡Vaya,
Que lo ponderan!... ¡Mi padre!
¿Cuánto va que no se enfada?

D. LUIS.

¿Qué dices? ¿Estás en tí?

D. CLAUDIO.

Pues digo bien: ya me cansa
Tanto exagerar las cosas.
¡Mi padre!... Pues apostara
La cabeza á que mi padre
Lo aprueba, y me da las gracias.
Y sobre todo... ¡Cuidado
Que parece que me tratan
Como á un chiquillo!... Oh! pues yo
Por bien soy como una malva;
Pero por mal... ¿Si querrán
Que me acoquine y les vaya
A pedir perdon?... Parece
Que es alguna cosa estraña
Segun se ponen... La quiero:
Ya se ve, me da la gana
De quererla; ella me quiere
Tambien á mí; con que pata.
Toma!... El papel ya está hecho:
Su padre quiso encerrarla;
Ella no quiere ser monja
Francisca, ni mercenaria,
Ni dominica, ni alforja;
Ha querido ser casada,
Y se ha casado conmigo.

D. MARTIN.

Cómo? Qué?... ¿Qué ha sido?

D. LUIS.

Calla,
Déjale hablar.

PERICO.

Si mi amo
Está diciendo patrañas,
Si sueña.

D. LUIS.

Calla, ó te mando

(*Con ímpetu colérico. Perico se va atemorizado por la puerta de la izquierda.*)

Tirar por una ventana...
Vete de aquí.

D. CLAUDIO.

Digo bien.
Si no hay cosa que yo haga
Que no se tilde y se riña.
Pues yo bien quieto me estaba.
Ella quiso... ¿Yo, qué habia
De hacer? ¿Dormirme en las pajas?
Y al cabo que...

D. MARTIN.

¿Pero cómo...

D. CLAUDIO.

El cómo es cosa muy larga
De contar... Que sois mi suegro,
Cabalito, en dos palabras...
Y lo que ha de ser por fuerza,
Tomarlo de buena gana.

D. MARTIN.

Si...

(Lleno de turbacion y de inquietud, llama acercándose á la puerta del lado izquierdo.)

¡Válgame Dios! No sé
Lo que me sucede... Clara!

ESCENA XV.

Dª. CLARA, D. LUIS, D. MARTIN, D. CLAUDIO.

Dª. CLARA.

Señor... Padrecito mio,
¿Me llamais á mí?

D. CLAUDIO.

Te llama
Porque ya lo sabe todo.
Entre los dos me majaban
A sermones... El papel
Nos le han pillado, eso pasa.

D. MARTIN.

Ya lo comprendo... ¡Dios mio!
Déjame, que he de matarla.

(Huye doña Clara, y se pone al lado de don Claudio. Don Luis detiene á su hermano, que hace ademanes de cólera.)

D. LUIS.

¿Qué vas á hacer?

Dª. CLARA.

Claudio, presto,
Sácame de aquí.

D. MARTIN.

Malvada!...
¡Hija inobediente!... ¿Asi
Lo que te quise me pagas?
La he de matar.

Dª. CLARA.

Al instante
Llévame de aquí, ¿qué aguardas?
El papel le tengo yo,
Tu muger soy, no tu dama;
En cualquier parte hallaremos
Proteccion... Nada nos falta,
Mientras yo viva á ninguno
Necesitas.

D. MARTIN.

Desgraciada!

(Don Martin, sintiéndose desfallecido, se apoya en la mesa. Don Luis le sostiene y le encamina á la puerta de la izquierda.)

No puedo estar...

D. LUIS.

Mira, vete
Allá adentro... No adelantas
Nada con verla.

D. MARTIN.

Es verdad...
Pero has de hacer que se vayan
Sin dilacion.

D. LUIS.

Bien.

D. MARTIN.

Que no
Me pongan los pies en casa
Nunca, nunca.

ESCENA XVI.

DON LUIS, DOÑA CLARA, DON CLAUDIO.

D. CLAUDIO.

Vamos.

(Don Claudio y doña Clara hacen ademan de irse por la puerta del lado derecho. Don Luis los detiene.)

D. LUIS.

Cómo?
¿Y á dónde iréis?

Dª. CLARA.

Él lo manda.
No faltará quien nos quiera
Recibir.

D. CLAUDIO.

Si aquí nos halla,
Puede hacer un desatino.
Vamos.

D. LUIS.

¿Quieres que se añada
El escándalo al absurdo
Que habeis hecho?

Dª. CLARA.

Estoy muy harta
De sufrirle... ¿No habeis visto

Cuanto le irrita que haya
Pensado en casarme, como
Cualquiera muger se casa?
¿No ha de tener esto fin?
¿He de vivir siempre esclava?...
Chico, vámonos... Y no,
No temais que esto dé causa
A escándalos. Hay papeles,
Prendas, testigos que bastan
A probar que es mi marido
Y yo su muger. Mañana
A las ocho, con un sí
Y una bendicion se acaba
Todo, y entonces...

D. CLAUDIO.

Entonces?
No han de pasar dos semanas
Sin que me venga á pedir
Limosna, y...

D. LUIS, *con mucho enojo.*

Pícaro!

D. CLAUDIO.

Vaya,
Que... Pues digo bien; la herencia
Viene, y en habiendo plata...

D. LUIS, *tomando la carta que está sobre la mesa, se la da á doña Clara. Esta la lee, y hace ademanes de sorpresa y abatimiento.*

Mira, infeliz, en qué estriban
Tu orgullo y tus esperanzas.

Dª. CLARA.

¿Qué es esto? ¡Ay de mí! ¿Es posible?
Moriré desesperada.
¡Inés la heredera!

D. LUIS.

Sí.
El cielo quiere premiarla,
Y á tí te castiga.

D. CLAUDIO.

Calle!
Pues cierto que...

Dª. CLARA.

Desdichada!

D. LUIS.

¿Qué te admira? Si engañaste
A tu padre, ¿qué esperabas
Sino vivir infeliz?

Dª. CLARA.

¡Qué miseria nos aguarda!
¡Qué afrentas! Inés, llegó
El tiempo de tu venganza.
Ay! mi padre vuelve... ¿En dónde
Me ocultaré?

(*Don Claudio y doña Clara se retiran al fondo del teatro.*)

ESCENA XVII.

D. MARTIN, Dª. INÉS, D. LUIS, Dª. CLARA, D. CLAUDIO.

D. MARTIN.

No, te cansas
En balde... No quiero verla.

Dª. INÉS.

Pero señor...

D. MARTIN.

Que se vaya,
Que se vaya, que me deje
Morir.

Dª. INÉS.

Pobre, abandonada
De su padre, ¿á dónde irá?

D. MARTIN.

Que no me mire á la cara
Nunca.

Dª. INÉS.

Prima, ven aquí,

(*Doña Clara se acerca tímida y confusa, y vuelve á retirarse al ver el enojo de don Martin.*)

Llega, humíllate á sus plantas,
Bésale la mano.

D. MARTIN.

Quita.

Dª. INÉS.

Por mí, señor.

D. MARTIN.

Vete, aparta,
¡Hija indigna!

D. LUIS.

Pero, hermano,
Es menester perdonarla...
¿Qué quieres hacer?

D. MARTIN.

Que vea
Cuantas desdichas arrastra
Su delito.

Dª. INÉS.

Yo no puedo
Ver sin que me llegue al alma
La desgracia de mi prima...
¿He de tolerar que salga
De aquí con la maldicion
De su padre, rodeada
De afliccion y de miserias?
Hambre, desnudez la aguardan,
Remordimientos crueles
Que al mal obrar acompañan...
No, si la virtud consiste
En acciones, no en palabras,
Hagamos bien... Padre mio,
No me negueis esta gracia.
Permitid que con mi prima
Toda mi fortuna parta;
Que no, no quiero riquezas
Si no he de saber usarlas
En amparar infelices...
¡Oh maldito el que las haga
Estériles, y perece
Sobre el tesoro que guarda!

D. MARTIN.

¡Inés, sobrina!

(Don Martin y don Luis espresan su sorpresa y su ternura.)

D. LUIS.

¡Querida
Inés!

D. MARTIN.

¡Tú sí que eres santa!

Dª. INÉS.

No señor, soy compasiva
Nada mas... Pero se pasa

(Va á donde está doña Clara, y la trae de la mano.)

El tiempo, y es menester
Que hoy mismo quede firmada
Mi cesion.

Dª. CLARA, *besando las manos á doña Inés.*

Inés, yo he sido
Para contigo muy mala;
Perdóname.

Dª. INÉS.

¡Qué locura!
Yo no me acuerdo de nada,
De nada.

D. MARTIN.

Yo sí me acuerdo,
Ni puedo olvidarlo... ¡Falsa,
Hipócrita, aborrecible
Muger!

D. LUIS.

¡Cómo te arrebata
El furor!... Pero conviene
Ceder á las circunstancias.
Hágase lo que propone
Inés: con ella reparta
Sus bienes, yo lo consiento;
Pero ha de ser sin que haya
Ni firmas, ni obligacion...
Se lo ha prometido y basta.
Asi podrá contenerlos
En su deber, y obligada
Clara de la inevitable
Necesidad de agradarla,
Sabrá arreglar su conducta,
Reprimir la estravagancia
De su marido, y en fin,
Si en ella estímulos faltan
De honor, hará el interes
Lo que la virtud no alcanza.
Y tú, porque yo lo pido,
Por no dejar desairada
A la pobre Inés, que está
Pendiente de tus palabras,
Perdónalos.

(Don Claudio se acerca: él y doña Clara se arrodillan delante de don Martin, que haciéndolos levantar, se encamina á doña Inés y la abraza.)

D. MARTIN.

Bien... Alzad,
Hijos... Y no me hableis nada,
No... Que es mucha la inquietud
Que siento... ¡Qué mal pensaba
De tí!... Bendita!... ¡Hija mia!
¡Querida Inés!

D. LUIS.

Encargada
Queda de ser protectora
De su prima y de esta casa,
Y amparo de tu vejez...
Oh! ¡ quiera el cielo colmarlas
De dichas, y en amistad
Vivan verdadera y larga!

Dª. INÉS.

Sí señor, sí, viviremos
Siempre amigas, siempre hermanas.

(*Doña Inés y doña Clara se abrazan.*)

D. LUIS.

Lo espero asi...

(*Asiendo de las manos á doña Inés, con espresion de ternura.*)

Pero tú
No sabes como se halla
Mi corazon. Al placer
Que siento por tí, no igualan
Todas las felicidades
De la tierra... Ni trocara
La dicha de ser tu padre
Por el trono de un monarca.
¡Ojalá fuese el ejemplo
Público!... Si esto miraran
Aquellos á quienes tanto
Las apariencias arrastran,
Distinguieran la virtud
Verdadera de la falsa.

EL SÍ DE LAS NIÑAS.

PERSONAS.

DON DIEGO.
DON CARLOS.
DOÑA IRENE.
DOÑA FRANCISCA.
RITA.
SIMON.
CALAMOCHA.

La escena es en una posada de Alcalá de Henares.

El teatro representa una sala de paso con cuatro puertas de habitaciones para huéspedes, numeradas todas. Una mas grande en el foro, con escalera que conduce al piso bajo de la casa. Ventana de antepecho á un lado. Una mesa en medio, con banco, sillas, etc.

La accion empieza á las siete de la tarde, y acaba á las cinco de la mañana siguiente.

EL SÍ DE LAS NIÑAS.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

DON DIEGO, SIMON.

(*Sale don Diego de su cuarto. Simon, que está sentado en una silla, se levanta.*)

D. DIEGO.

¿No han venido todavía?

SIMON.

No señor.

D. DIEGO.

Despacio la han tomado por cierto.

SIMON.

Como su tia la quiere tanto, segun parece, y no la ha visto desde que la llevaron á Guadalajara...

D. DIEGO.

Sí. Yo no digo que no la viese; pero con media hora de visita y cuatro lágrimas, estaba concluido.

SIMON.

Ello tambien ha sido estraña determinacion la de estarse V. dos dias enteros sin salir de la posada. Cansa el leer, cansa el dormir... Y sobre todo cansa la mugre del cuarto, las sillas desvencijadas, las estampas del Hijo pródigo, el ruido de campanillas y cascabeles, y la conversacion ronca de carromateros y patanes, que no permiten un instante de quietud.

D. DIEGO.

Ha sido conveniente el hacerlo asi. Aquí me conocen todos, y no he querido que nadie me vea.

SIMON.

Yo no alcanzo la causa de tanto retiro. ¿Pues hay mas en esto que haber acompañado V. á doña Irene hasta Guadalajara, para sacar del convento á la niña y volvernos con ellas á Madrid?

D. DIEGO.

Sí, hombre, algo mas hay de lo que has visto.

SIMON.

Adelante.

D. DIEGO.

Algo, algo... Ello tú lo has de saber, y no puede tardarse mucho... Mira, Simon, por Dios te encargo que no lo digas... Tú eres hombre de bien, y me has servido muchos años con fidelidad... Ya ves que hemos sacado á esa niña del convento y nos la llevamos á Madrid.

SIMON.

Sí señor.

D. DIEGO.

Pues bien... Pero te vuelvo á encargar que á nadie lo descubras.

SIMON.

Bien está, señor. Jamas he gustado de chismes.

D. DIEGO.

Ya lo sé, por eso quiero fiarme de tí. Yo, la verdad, nunca habia visto á

la tal doña Paquita; pero mediante la amistad con su madre, he tenido frecuentes noticias de ella; he leido muchas de las cartas que escribia; he visto algunas de su tia la monja, con quien ha vivido en Guadalajara: en suma, he tenido cuantos informes pudiera desear acerca de sus inclinaciones y su conducta. Ya he logrado verla; he procurado observarla en estos pocos dias; y á decir verdad, cuantos elogios hicieron de ella me parecen escasos.

SIMON.

Sí por cierto... Es muy linda y...

D. DIEGO.

Es muy linda, muy graciosa, muy humilde... Y sobre todo aquel candor, aquella inocencia. Vamos, es de lo que no se encuentra por ahí... Y talento... sí señor, mucho talento... Con que, para acabar de informarte, lo que yo he pensado es...

SIMON.

No hay que decírmelo.

D. DIEGO.

No? Porqué?

SIMON.

Porque ya lo adivino. Y me parece escelente idea.

D. DIEGO.

¿Qué dices?

SIMON.

Escelente.

D. DIEGO.

¿Con que al instante has conocido...

SIMON.

¿Pues no es claro?... Vaya!... Dígole á V. que me parece muy buena boda: buena, buena.

D. DIEGO.

Sí señor... Yo lo he mirado bien, y lo tengo por cosa muy acertada.

SIMON.

Seguro que sí.

D. DIEGO.

Pero quiero absolutamente que no se sepa hasta que esté hecho.

SIMON.

Y en eso hace V. muy bien.

D. DIEGO.

Porque no todos ven las cosas de una manera, y no faltaria quien murmurase y dijese que era una locura, y me...

SIMON.

Locura? ¡Buena locura!... ¿Con una chica como esa, eh?

D. DIEGO.

Pues ya ves tú. Ella es una pobre... Eso sí... Pero yo no he buscado dinero, que dineros tengo: he buscado modestia, recogimiento, virtud.

SIMON.

Eso es lo principal... Y sobre todo, lo que V. tiene ¿para quién ha de ser?

D. DIEGO.

Dices bien... ¿Y sabes tú lo que es una muger aprovechada, hacendosa, que sepa cuidar de la casa, economizar, estar en todo?... Siempre lidiando con amas, que si una es mala, otra es peor, regalonas, entremetidas, habladoras, llenas de histérico, viejas, feas como demonios... No señor, vida nueva. Tendré quien me asista con amor y fidelidad, y viviremos como unos santos... Y deja que hablen y murmuren y...

SIMON.

Pero siendo á gusto de entrambos, ¿qué pueden decir?

D. DIEGO.

No, yo ya sé lo que dirán; pero... Dirán que la boda es desigual, que no hay proporcion en la edad, que...

SIMON.

Vamos que no me parece tan notable la diferencia. Siete ú ocho años, á lo mas.

D. DIEGO.

¡Qué, hombre! ¿Qué hablas de

siete ú ocho años? Si ella ha cumplido diez y seis años pocos meses ha.

SIMON.

¿Y bien, qué?

D. DIEGO.

Y yo, aunque gracias á Dios estoy robusto y... con todo eso, mis cincuenta y nueve años no hay quien me los quite.

SIMON.

Pero si yo no hablo de eso.

D. DIEGO.

¿Pues de qué hablas?

SIMON.

Decia que... Vamos, ó V. no acaba de esplicarse, ó yo le entiendo al reves... En suma, esta doña Paquita ¿con quién se casa?

D. DIEGO.

¿Ahora estamos ahí? Conmigo.

SIMON.

¿Con V.?

D. DIEGO.

Conmigo.

SIMON.

¡Medrados quedamos!

D. DIEGO.

¿Qué dices?... Vamos, qué?...

SIMON.

¡Y pensaba yo haber adivinado!

D. DIEGO.

¿Pues qué creias? ¿Para quién juzgaste que la destinaba yo?

SIMON.

Para don Cárlos, su sobrino de V., mozo de talento, instruido, escelente soldado, amabilísimo por todas sus circunstancias... Para ese juzgué que se guardaba la tal niña.

D. DIEGO.

Pues no señor.

SIMON.

Pues bien está.

D. DIEGO.

¡Mire V. qué idea! ¡Con el otro la habia de ir á casar!... No señor, que estudie sus matemáticas.

SIMON.

Ya las estudia; ó por mejor decir, ya las enseña.

D. DIEGO.

Que se haga hombre de valor y...

SIMON.

Valor! ¿Todavía pide V. mas valor á un oficial que en la última guerra, con muy pocos que se atrevieron á seguirle, tomó dos baterías, clavó los cañones, hizo algunos prisioneros, y volvió al campo lleno de heridas y cubierto de sangre?... Pues bien satisfecho quedó V. entonces del valor de su sobrino; y yo le ví á V. mas de cuatro veces llorar de alegría, cuando el rey le premió con el grado de teniente coronel y una cruz de Alcántara.

D. DIEGO.

Sí señor, todo es verdad; pero no viene á cuento. Yo soy el que me caso.

SIMON.

Si está V. bien seguro de que ella le quiere, si no la asusta la diferencia de la edad, si su eleccion es libre...

D. DIEGO.

¿Pues no ha de serlo?... ¿Y qué sacarian con engañarme? Ya ves tú la religiosa de Guadalajara si es muger de juicio; esta de Alcalá, aunque no la conozco, sé que es una señora de escelentes prendas; mira tú si doña Irene querrá el bien de su hija: pues todas ellas me han dado cuantas seguridades puedo apetecer... La criada que la ha servido en Madrid, y mas de cuatro años en el convento, se hace lenguas de ella; y sobre todo me ha informado de que jamas observó en esta criatura la mas remota inclinacion á ninguno de los pocos hombres que ha podido ver en aquel encierro. Bordar, coser, leer libros devotos, oir misa y correr por la huerta detras de las mariposas, y

echar agua en los agujeros de las hormigas, estas han sido su ocupacion y sus diversiones... ¿Qué dices?

SIMON.

Yo nada, señor.

D. DIEGO.

Y no pienses tú que, á pesar de tantas seguridades, no aprovecho las ocasiones que se presentan para ir ganando su amistad y su confianza, y lograr que se esplique conmigo en absoluta libertad... Bien que aun hay tiempo... Solo que aquella doña Irene siempre la interrumpe, todo se lo habla... Y es muy buena muger, buena...

SIMON.

En fin, señor, yo desearé que salga como V. apetece.

D. DIEGO.

Sí, yo espero en Dios que no ha de salir mal. Aunque el novio no es muy de tu gusto... ¡Y qué fuera de tiempo me recomendabas al tal sobrinito! ¿Sabes tú lo enfadado que estoy con él?

SIMON.

¿Pues qué ha hecho?

D. DIEGO.

Una de las suyas... Y hasta pocos dias ha no lo he sabido. El año pasado, ya lo viste, estuvo dos meses en Madrid... Y me costó buen dinero la tal visita... En fin, es mi sobrino, bien dado está; pero voy al asunto. Llegó el caso de irse á Zaragoza á su regimiento... Ya te acuerdas de que á muy pocos dias de haber salido de Madrid recibí la noticia de su llegada.

SIMON.

Sí señor.

D. DIEGO.

Y que siguió escribiéndome, aunque algo perezoso, siempre con la data de Zaragoza.

SIMON.

Asi es la verdad.

D. DIEGO.

Pues el pícaro no estaba allí cuando me escribia las tales cartas.

SIMON.

¿Qué dice V.?

D. DIEGO.

Sí señor. El dia 3 de julio salió de mi casa, y á fines de setiembre aun no habia llegado á sus pabellones... ¿No te parece que para ir por la posta hizo muy buena diligencia?

SIMON.

Tal vez se pondria malo en el camino, y por no darle á V. pesadumbre...

D. DIEGO.

Nada de eso. Amores del señor oficial y devaneos que le traen loco... Por ahí en esas ciudades puede que... ¿Quién sabe? Si encuentra un par de ojos negros, ya es hombre perdido... ¡No permita Dios que me le engañe alguna bribona de estas que truecan el honor por el matrimonio!

SIMON.

Oh! No hay que temer... Y si tropieza con alguna fullera de amor, buenas cartas ha de tener para que le engañe.

D. DIEGO.

Me parece que estan ahí... Sí. Busca al mayoral, y díle que venga, para quedar de acuerdo en la hora á que deberemos salir mañana.

SIMON.

Bien está.

D. DIEGO.

Ya te he dicho que no quiero que esto se trasluzca, ni... Estamos?

SIMON.

No haya miedo que á nadie lo cuente.

(*Simon se va por la puerta del foro. Salen por la misma las tres mugeres*

con mantillas y basquiñas. Rita deja un pañuelo atado sobre la mesa, y recoge las mantillas y las dobla.)

ESCENA II.

DOÑA IRENE, DOÑA FRANCISCA, RITA, DON DIEGO.

Dª. FRANCISCA.

Ya estamos acá.

Dª. IRENE.

¡Ay qué escalera!

D. DIEGO.

Muy bien venidas, señoras.

Dª. IRENE.

¿Con que V., á lo que parece, no ha salido?

(*Se sientan doña Irene y don Diego.*)

D. DIEGO.

No señora. Luego, mas tarde daré una vueltecilla por ahí... He leido un rato. Traté de dormir, pero en esta posada no se duerme.

Dª. FRANCISCA.

Es verdad que no... ¡Y qué mosquitos! Mala peste en ellos. Anoche no me dejaron parar... Pero, mire V., mire V. (*Desata el pañuelo y manifiesta algunas cosas de las que indica el diálogo.*) cuantas cosillas traigo. Rosarios de nácar, cruces de cipres, la regla de san Benito, una pililla de cristal... mire V. qué bonita, y dos corazones de talco... ¡Qué sé yo cuánto viene aquí! ¡Tantas cosas!

Dª. IRENE.

Chucherías que la han dado las madres. Locas estaban con ella.

Dª. FRANCISCA.

¡Cómo me quieren todas! ¡Y mi tia, mi pobre tia lloraba tanto!... Es ya muy viejecita.

Dª. IRENE.

Ha sentido mucho no conocer á V.

Dª. FRANCISCA.

Sí, es verdad. Decia, ¿porqué no ha venido aquel señor?

Dª. IRENE.

El pobre capellan y el rector de los Verdes nos han venido acompañando hasta la puerta.

Dª. FRANCISCA.

Toma, (*Vuelve á atar el pañuelo y se le da á Rita, la cual se va con él y con las mantillas al cuarto de doña Irene.*) guárdamelo todo allí, en la escusabaraja. Mira, llévalo asi de las puntas... ¡Válgate Dios! Eh! ya se ha roto la santa Gertrúdis de alcorza!

RITA.

No importa, yo me la comeré.

ESCENA III.

DOÑA IRENE, DOÑA FRANCISCA, DON DIEGO.

Dª. FRANCISCA.

¿Nos vamos adentro, mamá, ó nos quedamos aquí?

Dª. IRENE.

Ahora, niña, que quiero descansar un rato.

D. DIEGO.

Hoy se ha dejado sentir el calor en forma.

Dª. IRENE.

¡Y qué fresco tienen aquel locutorio! Está hecho un cielo... (*Siéntase doña Francisca junto á doña Irene.*) Mi hermana es la que sigue siempre bastante delicadita. Ha padecido mucho este invierno... Pero vaya, no sabia qué hacerse con su sobrina la buena señora... Está muy contenta de nuestra eleccion.

D. DIEGO.

Yo celebro que sea tan á gusto de aquellas personas á quienes debe V. particulares obligaciones.

Dª. IRENE.

Sí, la tia de acá está muy contenta; y en cuanto á la de allá, ya lo ha visto V. La ha costado mucho despegarse de ella; pero ha conocido que siendo

para su bienestar, es necesario pasar por todo... Ya se acuerda V. de lo espresiva que estuvo, y...

D. DIEGO.

Es verdad. Solo falta que la parte interesada tenga la misma satisfaccion que manifiestan cuantos la quieren bien.

Dª. IRENE.

Es hija obediente, y no se apartará jamas de lo que determine su madre.

D. DIEGO.

Todo eso es cierto, pero...

Dª. IRENE.

Es de buena sangre, y ha de pensar bien, y ha de proceder con el honor que la corresponde.

D. DIEGO.

Sí, ya estoy; pero ¿no pudiera sin faltar á su honor ni á su sangre...

Dª. FRANCISCA.

¿Me voy, mamá?

(*Se levanta y vuelve á sentarse.*)

Dª. IRENE.

No pudiera, no señor. Una niña bien educada, hija de buenos padres, no puede menos de conducirse en todas ocasiones como es conveniente y debido. Un vivo retrato es la chica, ahí donde V. la ve, de su abuela que Dios perdone, doña Gerónima de Peralta... En casa tengo el cuadro, que le habrá V. visto. Y le hicieron, segun me contaba su merced, para enviársele á su tio carnal el electo obispo de Mechoacan.

D. DIEGO.

Ya.

Dª. IRENE.

Y murió en el mar el buen religioso, que fué un quebranto para toda la familia... Hoy es, y todavía estamos sintiendo su muerte: particularmente mi primo don Cucufate, regidor perpetuo de Zamora, no puede oir hablar de su ilustrísima sin deshacerse en lágrimas.

Dª. FRANCISCA.

Válgate Dios qué moscas tan...

Dª. IRENE.

Pues murió en olor de santidad.

D. DIEGO.

Eso bueno es.

Dª. IRENE.

Sí señor; pero como la familia ha venido tan á menos... ¿Qué quiere V.? Donde no hay facultades... Bien que por lo que puede tronar, ya se le está escribiendo la vida, y ¿quién sabe que el dia de mañana no se imprima con el favor de Dios?

D. DIEGO.

Sí, pues ya se ve. Todo se imprime.

Dª. IRENE.

Lo cierto es que el autor, que es sobrino de mi hermano político el canónigo de Castrogeriz, no la deja de la mano; y á la hora de esta lleva ya escritos nueve tomos en folio, que comprenden los nueve años primeros de la vida del santo obispo.

D. DIEGO.

¿Con qué para cada año un tomo?

Dª. IRENE.

Sí señor, ese plan se ha propuesto.

D. DIEGO.

¿Y de qué edad murió el venerable?

Dª. IRENE.

De ochenta y dos años, tres meses y catorce dias.

Dª. FRANCISCA.

¿Me voy, mamá?

Dª. IRENE.

Anda, vete. ¡Válgate Dios, qué prisa tienes!

Dª. FRANCISCA.

Quiere V. (*Se levanta, y despues, al acabarse la escena, hace una graciosa cortesía á don Diego, da un beso á doña Irene y se va al cuarto de esta.*) que le haga una cortesía á la francesa, señor don Diego?

D. DIEGO.

Sí, hija mia. A ver.

Dª. FRANCISCA.

Mire V., asi.

D. DIEGO.

¡Graciosa niña! Viva la Paquita, viva.

Dª. FRANCISCA.

Para V. una cortesía, y para mi mamá un beso.

ESCENA IV.

DOÑA IRENE, DON DIEGO.

Dª. IRENE.

Es muy gitana y muy mona, mucho.

D. DIEGO.

Tiene un donaire natural que arrebata.

Dª. IRENE.

¿Qué quiere V.? Criada sin artificio ni embelecos de mundo, contenta de verse otra vez al lado de su madre, y mucho mas de considerar tan inmediata su colocacion, no es maravilla que cuanto hace y dice sea una gracia, y máxime á los ojos de V., que tanto se ha empeñado en favorecerla.

D. DIEGO.

Quisiera solo que se esplicase libremente acerca de nuestra proyectada union, y...

Dª. IRENE.

Oiria V. lo mismo que le he dicho ya.

D. DIEGO.

Sí, no lo dudo, pero el saber que la merezco alguna inclinacion, oyéndoselo decir con aquella boquilla tan graciosa que tiene, seria para mí una satisfaccion imponderable.

Dª. IRENE.

No tenga V. sobre ese particular la mas leve desconfianza; pero hágase V. cargo de que á una niña no le es lícito decir con ingenuidad lo que siente. Mal pareceria, señor don Diego, que una doncella de vergüenza y criada como Dios manda, se atreviese á decirle á un hombre, yo le quiero á V.

D. DIEGO.

Bien, si fuese un hombre á quien hallara por casualidad en la calle y le espetara ese favor de buenas á primeras, cierto que la doncella haria muy mal; pero á un hombre con quien ha de casarse dentro de pocos dias, ya pudiera decirle alguna cosa que... Ademas, que hay ciertos modos de esplicarse...

Dª. IRENE.

Conmigo usa de mas franqueza. A cada instante hablamos de V., y en todo manifiesta el particular cariño que á V. le tiene... ¡Con qué juicio hablaba ayer noche despues que V. se fué á recoger! No sé lo que hubiera dado porque hubiese podido oirla.

D. DIEGO.

¿Y qué? ¿Hablaba de mí?

Dª. IRENE.

¡Y qué bien piensa acerca de lo preferible que es para una criatura de sus años un marido de cierta edad, esperimentado, maduro y de conducta...

D. DIEGO.

Calle! ¿Eso decia?

Dª. IRENE.

No, esto se lo decia yo, y me escuchaba con una atencion como si fuera una muger de cuarenta años, lo mismo... ¡Buenas cosas la dije! Y ella, que tiene mucha penetracion, aunque me esté mal el decirlo... ¿Pues no da lástima, señor, el ver como se hacen los matrimonios hoy en el dia? Casan á una muchacha de quince años con un arrapiezo de diez y ocho, á una de diez y siete con otro de veintidos: ella niña sin juicio ni esperiencia, y él niño tambien sin asomo de cordura ni conocimiento de lo que es mundo. Pues, señor (que es lo que yo

digo), ¿quién ha de gobernar la casa? ¿Quién ha de mandar á los criados? ¿Quién ha de enseñar y corregir á los hijos? Porque sucede tambien que estos atolondrados de chicos suelen plagarse de criaturas en un instante, que da compasion.

D. DIEGO.

Cierto que es un dolor el ver rodeados de hijos á muchos que carecen del talento, de la esperiencia y de la virtud que son necesarias para dirigir su educacion.

Dª. IRENE.

Lo que sé decirle á V. es, que aun no habia cumplido los diez y nueve cuando me casé de primeras nupcias con mi difunto don Epifanio, que esté en el cielo. Y era un hombre que, mejorando lo presente, no es posible hallarle de mas respeto, mas caballeroso... y al mismo tiempo mas divertido y decidor. Pues, para servir á V., ya tenia los cincuenta y seis, muy largos de talle, cuando se casó conmigo.

D. DIEGO.

Buena edad... No era un niño, pero...

Dª. IRENE.

Pues á eso voy... Ni á mí podia convenirme en aquel entonces un boquirubio con los cascos á la gineta... no señor... Y no es decir tampoco que estuviese achacoso ni quebrantado de salud, nada de eso. Sanito estaba, gracias á Dios, como una manzana; ni en su vida conoció otro mal, sino una especie de alferecía que le amagaba de cuando en cuando. Pero luego que nos casamos dió en darle tan á menudo y tan de recio, que á los siete meses me hallé viuda, y en cinta de una criatura que nació despues, y al cabo y al fin se me murió de alfombrilla.

D. DIEGO.

Oiga!... Mire V. si dejó sucesion el bueno de don Epifanio.

Dª. IRENE.

Sí señor, ¿pues porqué no?

D. DIEGO.

Lo digo porque luego saltan con... Bien que si uno hubiera de hacer caso... ¿Y fué niño ó niña?

Dª. IRENE.

Un niño muy hermoso. Como una plata era el angelito.

D. DIEGO.

Cierto que es consuelo tener, asi, una criatura y...

Dª. IRENE.

¡Ay señor! Dan malos ratos, pero ¿qué importa? Es mucho gusto, mucho.

D. DIEGO.

Yo lo creo.

Dª. IRENE.

Sí señor.

D. DIEGO.

Ya se ve que será una delicia y...

Dª. IRENE.

¿Pues no ha de ser?

D. DIEGO.

Un embeleso, el verlos juguetear y reir, y acariciarlos, y merecer sus fiestecillas inocentes.

Dª. IRENE.

¡Hijos de mi vida! Veintidos he tenido en los tres matrimonios que llevo hasta ahora, de los cuales solo esta niña me ha venido á quedar; pero le aseguro á V. que...

ESCENA V.

SIMON, Dª. IRENE, D. DIEGO.

SIMON, *sale por la puerta del foro.*

Señor, el mayoral está esperando.

D. DIEGO.

Dile que voy allá... Ah! Tráeme primero el sombrero y el baston, que quisiera dar una vuelta por el campo. (*Entra Simon al cuarto de don Diego,*

saca un sombrero y un baston, se los da á su amo, y al fin de la escena se va con él por la puerta del foro.) ¿Con que supongo que mañana tempranito saldremos?

Dª. IRENE.

No hay dificultad. A la hora que á V. le parezca.

D. DIEGO.

A eso de las seis. Eh?

Dª. IRENE.

Muy bien.

D. DIEGO.

El sol nos da de espaldas... Le diré que venga una media hora antes.

Dª. IRENE.

Sí, que hay mil chismes que acomodar.

ESCENA VI.

DOÑA IRENE, RITA.

Dª. IRENE.

¡Válgame Dios! ahora que me acuerdo... Rita!... Me le habrán dejado morir. Rita!

RITA.

Señora.

(Sacará Rita unas sábanas y almohadas debajo del brazo.)

Dª. IRENE.

¿Qué has hecho del tordo? ¿Le diste de comer?

RITA.

Sí señora. Mas ha comido que un avestruz. Ahí le puse en la ventana del pasillo.

Dª. IRENE.

¿Hiciste las camas?

RITA.

La de V. ya está. Voy á hacer esotras antes que anochezca, porque sino, como no hay mas alumbrado que el del candil y no tiene garabato, me veo perdida.

Dª. IRENE.

¿Y aquella chica qué hace?

RITA.

Está desmenuzando un bizcocho, para dar de cenar á don Periquito.

Dª. IRENE.

¡Qué pereza tengo de escribir! *(Se levanta y se entra en su cuarto.)* Pero es preciso, que estará con mucho cuidado mi pobre hermana.

RITA.

¡Qué chapucerías! No ha dos horas, como quien dice, que salimos de allá, y ya empiezan á ir y venir correos. ¡Qué poco me gustan á mí las mugeres gazmoñas y zalameras! *(Éntrase en el cuarto de doña Francisca.)*

ESCENA VII.

CALAMOCHA.

(Sale por la puerta del foro con unas maletas, látigo y botas; lo deja todo sobre la mesa, y se sienta.)

¿Con que ha de ser el número tres? Vaya en gracia... Ya, ya conozco el tal número tres. Coleccion de bichos mas abundante, no la tiene el gabinete de historia natural... Miedo me da de entrar... Ay! ay!... ¡Y qué agujetas! Estas sí que son agujetas... Paciencia, pobre Calamocha, paciencia... Y gracias á que los caballitos dijeron: no podemos mas, que sino, por esta vez no veia yo el número tres, ni las plagas de Faraon que tiene dentro... En fin, como los animales amanezcan vivos, no será poco... Reventados estan... *(Canta Rita desde adentro. Calamocha se levanta desperezándose.)* Oiga!... Seguidillitas?... Y no canta mal... Vaya, aventura tenemos... Ay! ¡qué desvencijado estoy!

ESCENA VIII.

RITA, CALAMOCHA.

RITA.

Mejor es cerrar, no sea que nos alivien de ropa y... *(Forcejeando para*

echar la llave.) Pues cierto que está bien acondicionada la llave.

CALAMOCHA.

¿Gusta V. de que eche una mano, mi vida?

RITA.

Gracias, mi alma.

CALAMOCHA.

Calle!... Rita!

RITA.

Calamocha!

CALAMOCHA.

¿Qué hallazgo es este?

RITA.

¿Y tu amo?

CALAMOCHA.

Los dos acabamos de llegar.

RITA.

¿De veras?

CALAMOCHA.

No, que es chanza. Apenas recibió la carta de doña Paquita, yo no sé á donde fué, ni con quien habló, ni como lo dispuso: solo sé decirte que aquella tarde salimos de Zaragoza. Hemos venido como dos centellas por ese camino. Llegamos esta mañana á Guadalajara, y á las primeras diligencias nos hallamos con que los pájaros volaron ya. A caballo otra vez, y vuelta á correr y á sudar y á dar chasquidos... En suma, molidos los rocines, y nosotros á medio moler, hemos parado aquí con ánimo de salir mañana... Mi teniente se ha ido al Colegio mayor á ver á un amigo, mientras se dispone algo que cenar... Esta es la historia.

RITA.

¿Con que le tenemos aquí?

CALAMOCHA.

Y enamorado mas que nunca, zeloso, amenazando vidas... Aventurado á quitar el hipo á cuantos le disputen la posesion de su Currita idolatrada.

RITA.

¿Qué dices?

CALAMOCHA.

Ni mas ni menos.

RITA.

¡Qué gusto me das!... Ahora sí se conoce que la tiene amor.

CALAMOCHA.

Amor?...Friolera!... El moro Gazul fué para él un pelele, Medoro un zascandil, y Gaiferos un chiquillo de la doctrina.

RITA.

¡Ay, cuando la señorita lo sepa!

CALAMOCHA.

Pero acabemos. ¿Cómo te hallo aquí? ¿Con quién estás? ¿Cuándo llegaste? que...

RITA.

Yo te lo diré. La madre de doña Paquita dió en escribir cartas y mas cartas, diciendo que tenia concertado su casamiento en Madrid con un caballero rico, honrado, bien quisto, en suma, cabal y perfecto, que no habia mas que apetecer. Acosada la señorita con tales propuestas, y angustiada incesantemente con los sermones de aquella bendita tia, se vió en la necesidad de responder que estaba pronta á todo lo que la mandasen... Pero no te puedo ponderar cuánto lloró la pobrecita, qué afligida estuvo. Ni queria comer, ni podia dormir... Y al mismo tiempo era preciso disimular, para que su tia no sospechara la verdad del caso. Ello es que cuando, pasado el primer susto, hubo lugar de discurrir escapatorias y arbitrios, no hallamos otro que el de avisar á tu amo; esperando que si era su cariño tan verdadero y de buena ley como nos habia ponderado, no consentiria que su pobre Paquita pasara á manos de un desconocido, y se perdiesen para siempre tantas caricias, tantas lágrimas y tantos suspiros

estrellados en las tapias del corral. A pocos dias de haberle escrito, cata el coche de colleras y el mayoral Gasparet con sus medias azules, y la madre y el novio que vienen por ella: recogimos á toda prisa nuestros meriñaques, se atan los cofres, nos despedimos de aquellas buenas mugeres, y en dos latigazos llegamos antes de ayer á Alcalá. La detencion ha sido para que la señorita visite á otra tia monja que tiene aquí, tan arrugada y tan sorda como la que dejamos allá. Ya la ha visto, ya la han besado bastante una por una todas las religiosas, y creo que mañana temprano saldremos. Por esta casualidad nos...

CALAMOCHA.

Sí. No digas mas... Pero... ¿Con que el novio está en la posada?

RITA.

Ese es su cuarto, (*Señalando el cuarto de don Diego, el de doña Irene y el de doña Francisca.*) este el de la madre, y aquel el nuestro.

CALAMOCHA.

¿Cómo nuestro? ¿Tuyo y mio?

RITA.

No por cierto. Aquí dormiremos esta noche la señorita y yo; porque ayer, metidas las tres en ese de enfrente, ni cabíamos de pie, ni pudimos dormir un instante, ni respirar siquiera.

CALAMOCHA.

Bien... A Dios.

(*Recoge los trastos que puso sobre la mesa, en ademan de irse.*)

RITA.

¿Y á dónde?

CALAMOCHA.

Yo me entiendo... Pero el novio ¿trae consigo criados, amigos ó deudos que le quiten la primera zambullida que le amenaza?

RITA.

Un criado viene con él.

CALAMOCHA.

¡Poca cosa!... Mira, díle en caridad que se disponga, porque está de peligro. A Dios.

RITA.

¿Y volverás presto?

CALAMOCHA.

Se supone. Estas cosas piden diligencia; y aunque apenas puedo moverme, es necesario que mi teniente deje la visita y venga á cuidar de su hacienda, disponer el entierro de ese hombre, y... ¿Con que ese es nuestro cuarto, eh?

RITA.

Sí. De la señorita y mio.

CALAMOCHA.

Bribona!

RITA.

Botarate! A Dios.

CALAMOCHA.

A Dios, aborrecida.

(*Éntrase con los trastos al cuarto de don Cárlos.*)

ESCENA IX.

DOÑA FRANCISCA, RITA.

RITA.

¡Qué malo es!... Pero... ¡Válgame Dios, don Félix aquí!... Sí, la quiere, bien se conoce... (*Sale Calamocha del cuarto de don Cárlos, y se va por la puerta del foro.*) Oh! por mas que digan, los hay muy finos; y entonces, ¿qué ha de hacer una?... Quererlos: no tiene remedio, quererlos... Pero ¿qué dirá la señorita cuando le vea, que está ciega por él? Pobrecita! ¿Pues no seria una lástima que... Ella es.

(*Sale doña Francisca.*)

Dª. FRANCISCA.

¡Ay, Rita!

RITA.

¿Qué es eso? ¿Ha llorado V.?

Dª. FRANCISCA.

¿Pues no he de llorar? Si vieras mi madre... Empeñada está en que he de querer mucho á ese hombre... Si ella supiera lo que sabes tú, no me mandaria cosas imposibles... Y que es tan bueno, y que es rico, y que me irá tan bien con él... Se ha enfadado tanto, y me ha llamado picarona, inobediente... ¡Pobre de mí! Porque no miento ni sé fingir, por eso me llaman picarona.

RITA.

Señorita, por Dios, no se aflija V.

Dª. FRANCISCA.

Ya, como tú no lo has oido... Y dice que don Diego se queja de que yo no le digo nada... Harto le digo, y bien he procurado hasta ahora mostrarme contenta delante de él, que no lo estoy por cierto, y reirme y hablar niñerías... Y todo por dar gusto á mi madre, que sino... Pero bien sabe la Vírgen que no me sale del corazon. (*Se va oscureciendo lentamente el teatro.*)

RITA.

Vaya, vamos, que no hay motivos todavía para tanta angustia... ¿Quién sabe?... ¿No se acuerda V. ya de aquel dia de asueto que tuvimos el año pasado en la casa de campo del intendente?

Dª. FRANCISCA.

Ay! ¿cómo puedo olvidarlo?... Pero ¿qué me vas á contar?

RITA.

Quiero decir que aquel caballero que vimos allí con aquella cruz verde, tan galan, tan fino...

Dª. FRANCISCA.

¡Qué rodeos!... Don Félix. ¿Y qué?

RITA.

Que nos fué acompañando hasta la ciudad...

Dª. FRANCISCA.

Y bien... Y luego volvió, y le ví, por mi desgracia, muchas veces... mal aconsejada de tí.

RITA.

¿Porqué, señora?... ¿A quién dimos escándalo? Hasta ahora nadie lo ha sospechado en el convento. Él no entró jamas por las puertas, y cuando de noche hablaba con V., mediaba entre los dos una distancia tan grande, que V. la maldijo no pocas veces... Pero esto no es del caso. Lo que voy á decir es, que un amante como aquel no es posible que se olvide tan presto de su querida Paquita... Mire V. que todo cuanto hemos leido á hurtadillas en las novelas, no equivale á lo que hemos visto en él... ¿Se acuerda V. de aquellas tres palmadas que se oian entre once y doce de la noche, de aquella sonora punteada con tanta delicadeza y espresion?

Dª. FRANCISCA.

¡Ay Rita! Sí, de todo me acuerdo, y mientras viva conservaré la memoria... Pero está ausente... y entretenido acaso con nuevos amores.

RITA.

Eso no lo puedo yo creer.

Dª. FRANCISCA.

Es hombre al fin, y todos ellos...

RITA.

¡Qué bobería! Desengáñese V., señorita. Con los hombres y las mugeres sucede lo mismo que con los melones de Añovér. Hay de todo; la dificultad está en saber escogerlos. El que se lleve chasco en la eleccion, quéjese de su mala suerte, pero no desacredite la mercancía... Hay hombres muy embusteros, muy picarones; pero no es creible que lo sea el que ha dado pruebas tan repetidas de perseverancia y amor. Tres meses duró el terrero y la conversacion á oscuras, y en todo aquel tiempo bien sabe V. que no vimos en él una accion descompuesta, ni

oimos de su boca una palabra indecente ni atrevida.

D^a^. FRANCISCA.

Es verdad. Por eso le quise tanto, por eso le tengo tan fijo aquí... aquí... (*Señalando el pecho.*) ¿Qué habrá dicho al ver la carta?... Oh! Yo bien sé lo que habrá dicho... ¡Válgate Dios! Es lástima... Cierto. ¡Pobre Paquita!... Y se acabó... No habrá dicho mas... nada mas.

RITA.

No señora, no ha dicho eso.

D^a^. FRANCISCA.

¿Qué sabes tú?

RITA.

Bien lo sé. Apenas haya leido la carta se habrá puesto en camino, y vendrá volando á consolar á su amiga... Pero...

(*Acercándose á la puerta del cuarto de doña Irene.*)

D^a^. FRANCISCA.

¿A dónde vas?

RITA.

Quiero ver si...

D^a^. FRANCISCA.

Está escribiendo.

RITA.

Pues ya presto habrá de dejarlo, que empieza á anochecer... Señorita, lo que la he dicho á V. es la verdad pura. Don Félix está ya en Alcalá.

D^a^. FRANCISCA.

¿Qué dices? No me engañes.

RITA.

Aquel es su cuarto... Calamocha acaba de hablar conmigo.

D^a^. FRANCISCA.

¿De veras?

RITA.

Sí señora... Y le ha ido á buscar para...

D^a^. FRANCISCA.

¿Con que me quiere?... ¡Ay Rita! Mira tú si hicimos bien de avisarle... ¿Pero ves qué fineza?... ¿Si vendrá bueno? ¡Correr tantas leguas solo por verme... porque yo se lo mando!... ¡Qué agradecida le debo estar!... Oh! yo le prometo que no se quejará de mí. Para siempre agradecimiento y amor.

RITA.

Voy á traer luces. Procuraré detenerme por allá abajo hasta que vuelvan... Veré lo que dice y qué piensa hacer, porque hallándonos todos aquí, pudiera haber una de Satanas entre la madre, la hija, el novio y el amante; y si no ensayamos bien esta contradanza, nos hemos de perder en ella.

D^a^. FRANCISCA.

Dices bien... Pero no, él tiene resolucion y talento, y sabrá determinar lo mas conveniente... ¿Y cómo has de avisarme?... Mira que asi que llegue le quiero ver.

RITA.

No hay que dar cuidado. Yo le traeré por acá, y en dándome aquella tosecilla seca... ¿me entiende V.?

D^a^. FRANCISCA.

Sí, bien.

RITA.

Pues entonces no hay mas que salir con cualquiera escusa. Yo me quedaré con la señora mayor, la hablaré de todos sus maridos y de sus concuñados, y del obispo que murió en el mar... Ademas, que si está allí don Diego...

D^a^. FRANCISCA.

Bien, anda, y asi que llegue...

RITA.

Al instante.

D^a^. FRANCISCA.

Que no se te olvide toser.

RITA.

No haya miedo.

D^a^. FRANCISCA.

¡Si vieras qué consolada estoy!

RITA.

Sin que V. lo jure, lo creo.

Dª. FRANCISCA.

¿Te acuerdas cuando me decia que era imposible apartarme de su memoria, que no habria peligros que le detuvieran, ni dificultades que no atropellara por mí?

RITA.

Sí, bien me acuerdo.

Dª. FRANCISCA.

Ah!... Pues mira como me dijo la verdad.

(*Doña Francisca se va al cuarto de doña Irene; Rita, por la puerta del foro.*)

ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.

(*Teatro oscuro.*)

DOÑA FRANCISCA.

Nadie parece aun... (*Acércase á la puerta del foro y vuelve.*) ¡Qué impaciencia tengo!... Y dice mi madre que soy una simple, que solo pienso en jugar y reir, y que no sé lo que es amor... Sí, diez y siete años y no cumplidos; pero ya sé lo que es querer bien, y la inquietud y las lágrimas que cuesta.

ESCENA II.

DOÑA IRENE, DOÑA FRANCISCA.

Dª. IRENE.

Sola y á oscuras me habeis dejado allí.

Dª. FRANCISCA.

Como estaba V. acabando su carta, mamá, por no estorbarla me he venido aquí, que está mucho mas fresco.

Dª. IRENE.

¿Pero aquella muchacha qué hace, que no trae una luz? Para cualquiera cosa se está un año... Y yo que tengo un genio como una pólvora... (*Siéntase.*) Sea todo por Dios... ¿Y don Diego no ha venido?

Dª. FRANCISCA.

Me parece que no.

Dª. IRENE.

Pues cuenta, niña, con lo que te he dicho ya. Y mira que no gusto de repetir una cosa dos veces. Este caballero está sentido, y con muchísima razon...

Dª. FRANCISCA.

Bien; sí señora, ya lo sé. No me riña V. mas.

Dª. IRENE.

No es esto reñirte, hija mia; esto es aconsejarte. Porque como tú no tienes conocimiento para considerar el bien que se nos ha entrado por las puertas... Y lo atrasada que me coge, que yo no sé lo que hubiera sido de tu pobre madre... Siempre cayendo y levantando... Médicos, botica... Que se dejaba pedir aquel caribe de don Bruno (Dios le haya coronado de gloria) los veinte y los treinta reales por cada papelillo de píldoras de coloquíntida y asafétida... Mira que un casamiento como el que vas á hacer, muy pocas le consiguen. Bien que á las oraciones de tus tias, que son unas bienaventuradas, debemos agradecer esta fortuna, y no á tus méritos ni á mi diligencia... ¿Qué dices?

Dª. FRANCISCA.

Yo, nada, mamá.

Dª. IRENE.

Pues nunca dices nada. ¡Válgame Dios, señor!... En hablándote de esto no te ocurre nada que decir.

ESCENA III.

RITA, DOÑA IRENE, DOÑA FRANCISCA.

(*Rita sale por la puerta del foro con luces y las pone encima de la mesa.*

Dª. IRENE.

Vaya, muger, yo pensé que en toda la noche no venias.

RITA.

Señora, he tardado porque han tenido que ir á comprar las velas. Como el tufo del velon le hace á V. tanto daño...

Dª. IRENE.

Seguro que me hace muchísimo mal, con esta jaqueca que padezco... Los parches de alcanfor al cabo tuve que quitármelos; si no me sirvieron de nada. Con las obleas me parece que me va mejor... Mira, deja una luz ahí y llévate la otra á mi cuarto, y corre la cortina, no se me llene todo de mosquitos.

RITA.

Muy bien.

(*Toma una luz y hace que se va.*)

Dª. FRANCISCA, *aparte á Rita.*

¿No ha venido?

RITA.

Vendrá.

Dª. IRENE.

Oyes, aquella carta que está sobre la mesa dásela al mozo de la posada para que la lleve al instante al correo... (*Vase Rita al cuarto de doña Irene.*) Y tú, niña, ¿qué has de cenar? Porque será menester recogernos presto para salir mañana de madrugada.

Dª. FRANCISCA.

Como las monjas me hicieron merendar...

Dª. IRENE.

Con todo eso... Siquiera unas sopas del puchero para el abrigo del estómago... (*Sale Rita con una carta en la mano, y hasta el fin de la escena hace que se va y vuelve, segun lo indica el diálogo.*) Mira, has de calentar el caldo que apartamos al medio dia, y haznos un par de tazas de sopas, y tráetelas luego que esten.

RITA.

¿Y nada mas?

Dª. IRENE.

No, nada mas... Ah! y házmelas bien caldositas.

RITA.

Sí, ya lo sé.

Dª. IRENE.

Rita!

RITA.

Otra. ¿Qué manda V.?

Dª. IRENE.

Encarga mucho al mozo que lleve la carta al instante... Pero, no señor, mejor es... No quiero que la lleve él, que son unos borrachones, que no se les puede... Has de decir á Simon que digo yo que me haga el gusto de echarla en el correo: lo entiendes?

RITA.

Sí señora.

Dª. IRENE.

Ah! mira.

RITA.

Otra.

Dª. IRENE.

Bien que ahora no corre prisa... Es menester que luego me saques de ahí al tordo y colgarle por aquí, de modo que no se caiga y se me lastime... (*Vase Rita por la puerta del foro.*) ¡Qué noche tan mala me dió!... ¡Pues no se estuvo el animal toda la noche de Dios cantando el Malbruc y la Jota!... Ello

por otra parte divertia, cierto... pero cuando se trata de dormir...

ESCENA IV.

DOÑA IRENE, DOÑA FRANCISCA.

Dª. IRENE.

Pues mucho será que don Diego no haya tenido algun encuentro por ahí y eso le detenga. Cierto que es un señor muy mirado, muy puntual... ¡Tan buen cristiano! ¡tan atento! ¡tan bien hablado! ¡Y con qué garbo y generosidad se porta!... Ya se ve, un sugeto de bienes y de posibles... ¡Y qué casa tiene! Como un ascua de oro la tiene... Es mucho aquello. ¡Qué ropa blanca! ¡qué batería de cocina! ¡y qué despensa, llena de cuanto Dios crió!... Pero tú no parece que atiendes á lo que estoy diciendo.

Dª. FRANCISCA.

Sí señora, bien lo oigo; pero no la queria interrumpir á V.

Dª. IRENE.

Allí estarás, hija mia, como el pez en el agua: pajaritas del aire que apetecieras las tendrias, porque como él te quiere tanto, y es un caballero tan de bien y tan temeroso de Dios... Pero mira, Francisquita, que me cansa de veras el que siempre que te hablo de esto, hayas dado en la flor de no responderme palabra... ¡Pues no es cosa particular, señor!

Dª. FRANCISCA.

Mamá, no se enfade V.

Dª. IRENE.

¡No es buen empeño de... ¿Y te parece á tí que no sé yo muy bien de donde viene todo eso?... ¿No ves que conozco las locuras que se te han metido en esa cabeza de chorlito?... ¡Perdóneme Dios!

Dª. FRANCISCA.

Pero... Pues ¿qué sabe V.?

Dª. IRENE.

¿Me quieres engañar á mí, eh? ¡Ay hija! He vivido mucho, y tengo yo mucha trastienda y mucha penetracion para que tú me engañes.

Dª. FRANCISCA, *aparte.*

¡Perdida soy!

Dª. IRENE.

Sin contar con su madre... como si tal madre no tuviera... Yo te aseguro que, aunque no hubiera sido con esta ocasion, de todos modos era ya necesario sacarte del convento. Aunque hubiera tenido que ir á pie y sola por ese camino, te hubiera sacado de allí... ¡Mire V. qué juicio de niña este! Qué, porque ha vivido un poco de tiempo entre monjas, ya se la puso en la cabeza el ser ella monja tambien... Ni qué entiende ella de eso, ni qué... En todos los estados se sirve á Dios, Frasquita; pero el complacer á su madre, asistirla, acompañarla y ser el consuelo de sus trabajos, esa es la primera obligacion de una hija obediente. Y sépalo V., si no lo sabe.

Dª. FRANCISCA.

Es verdad, mamá... Pero yo nunca he pensado abandonarla á V.

Dª. IRENE.

Sí, que no sé yo...

Dª. FRANCISCA.

No señora, créame V. La Paquita nunca se apartará de su madre, ni la dará disgustos.

Dª. IRENE.

Mira si es cierto lo que dices.

Dª. FRANCISCA.

Sí señora, que yo no sé mentir.

Dª. IRENE.

Pues hija, ya sabes lo que te he dicho. Ya ves lo que pierdes, y la pesadumbre que me darás si no te portas en un todo como corresponde... Cuidado con ello.

Dª. FRANCISCA, *aparte.*

¡Pobre de mí!

ESCENA V.

DON DIEGO, DOÑA IRENE, DOÑA FRANCISCA.

(*Don Diego sale por la puerta del foro, y deja sobre la mesa sombrero y baston.*)

Dª. IRENE.

¿Pues cómo tan tarde?

D. DIEGO.

Apenas salí, tropecé con el rector de Málaga y el doctor Padilla, y hasta que me han hartado bien de chocolate y bollos no me han querido soltar... (*Siéntase junto á doña Irene.*) Y á todo esto, ¿cómo va?

Dª. IRENE.

Muy bien.

D. DIEGO.

¿Y doña Paquita?

Dª. IRENE.

Doña Paquita siempre acordándose de sus monjas. Ya la digo que es tiempo de mudar de bisiesto, y pensar solo en dar gusto á su madre y obedecerla.

D. DIEGO.

¡Qué diantre! ¿Con que tanto se acuerda de...

Dª. IRENE.

¿Qué se admira V.? Son niñas... No saben lo que quieren, ni lo que aborrecen... En una edad, asi tan...

D. DIEGO.

No, poco á poco, eso no. Precisamente en esa edad son las pasiones algo mas enérgicas y decisivas que en la nuestra; y por cuanto la razon se halla todavía imperfecta y débil, los ímpetus del corazon son mucho mas violentos... (*Asiendo de una mano á doña Francisca la hace sentar inmediata á él.*) Pero de veras, doña Paquita, ¿se volveria V. al convento de buena gana?... La verdad.

Dª. IRENE.

Pero si ella no...

D. DIEGO.

Déjela V., señora, que ella responderá.

Dª. FRANCISCA.

Bien sabe V. lo que acabo de decirla... No permita Dios que yo la dé que sentir.

D. DIEGO.

Pero eso lo dice V. tan afligida y...

Dª. IRENE.

Si es natural, señor. ¿No ve V. que...

D. DIEGO.

Calle V. por Dios, doña Irene, y no me diga V. á mí lo que es natural. Lo que es natural es que la chica esté llena de miedo, y no se atreva á decir una palabra que se oponga á lo que su madre quiere que diga... Pero si esto hubiese, por vida mia, que estábamos lucidos.

Dª. FRANCISCA.

No señor, lo que dice su merced, eso digo yo; lo mismo. Porque en todo lo que me manda la obedeceré.

D. DIEGO.

¡Mandar, hija mia!... En estas materias tan delicadas, los padres que tienen juicio no mandan. Insinuan, proponen, aconsejan; eso sí, todo eso sí; ¡pero mandar!... ¿Y quién ha de evitar despues las resultas funestas de lo que mandaron?... ¿Pues cuántas veces vemos matrimonios infelices, uniones monstruosas, verificadas solamente porque un padre tonto se metió á mandar lo que no debiera?... Eh! no señor, eso no va bien... Mire V., doña Paquita, yo no soy de aquellos hombres que se disimulan los defectos. Yo sé que ni mi figura ni mi edad son para enamorar perdidamente á nadie; pero tampoco he creido imposible que una muchacha de juicio y bien criada llegase á quererme con aquel amor tranquilo y constante que tanto se parece á la amistad, y es el único que puede hacer los matrimonios felices. Para

conseguirlo, no he ido á buscar ninguna hija de familia de estas que viven en una decente libertad... Decente; que yo no culpo lo que no se opone al ejercicio de la virtud. Pero ¿cuál seria entre todas ellas la que no estuviese ya prevenida en favor de otro amante mas apetecible que yo? ¡Y en Madrid! figúrese V., en un Madrid!... Lleno de estas ideas, me pareció que tal vez hallaria en V. todo cuanto yo deseaba.

Dª. IRENE.

¿Y puede V. creer, señor don Diego, que...

D. DIEGO.

Voy á acabar, señora, déjeme V. acabar. Yo me hago cargo, querida Paquita, de lo que habrán influido en una niña tan bien inclinada como V., las santas costumbres que ha visto practicar en aquel inocente asilo de la devocion y la virtud, pero si á pesar de todo esto la imaginacion acalorada, las circunstancias imprevistas la hubiesen hecho elegir sugeto mas digno, sepa V. que yo no quiero nada con violencia. Yo soy ingenuo; mi corazon y mi lengua no se contradicen jamas. Esto mismo la pido á V., Paquita, sinceridad. El cariño que á V. la tengo no la debe hacer infeliz... Su madre de V. no es capaz de querer una injusticia, y sabe muy bien que á nadie se le hace dichoso por fuerza. Si V. no halla en mí prendas que la inclinen, si siente algun otro cuidadillo en su corazon, créame V., la menor disimulacion en esto nos daria á todos muchísimo que sentir.

Dª. IRENE.

¿Puedo hablar ya, señor?

D. DIEGO.

Ella, ella debe hablar, y sin apuntador, y sin intérprete.

Dª. IRENE.

Cuando yo se lo mande.

D. DIEGO.

Pues ya puede V. mandárselo, porque á ella la toca responder... Con ella he de casarme, con V. no.

Dª. IRENE.

Yo creo, señor don Diego, que ni con ella ni conmigo. ¡En qué concepto nos tiene V.!... Bien dice su padrino, y bien claro me lo escribió pocos dias ha, cuando le dí parte de este casamiento. Que aunque no la ha vuelto á ver desde que la tuvo en la pila, la quiere muchísimo; y á cuantos pasan por el Burgo de Osma les pregunta cómo está, y continuamente nos envia memorias con el ordinario.

D. DIEGO.

Y bien, señora, ¿qué escribió el padrino?... O por mejor decir, ¿qué tiene que ver nada de eso con lo que estamos hablando?

Dª. IRENE.

Sí señor, que tiene que ver, sí señor. Y aunque yo lo diga, le aseguro á V. que ni un memorialista práctico hubiera puesto una carta mejor que la que él me envió sobre el matrimonio de la niña... Y no es ningun catedrático, ni bachiller, ni nada de eso, sino un cualquiera, como quien dice, un hombre de capa y espada con un empleillo infeliz en el ramo del viento, que apenas le da para comer... Pero es muy ladino, y sabe de todo, y tiene una labia, y escribe que da gusto... Casi toda la carta venia en latin, no le parezca á V., y muy buenos consejos que me daba en ella... Que no es posible sino que adivinase lo que nos está sucediendo.

D. DIEGO.

Pero, señora, si no sucede nada, ni hay cosa que á V. la deba disgustar.

Dª. IRENE.

Pues ¿no quiere V. que me disguste oyéndole hablar de mi hija en unos términos que... ¡Ella otros amores ni

otros cuidados!... Pues si tal hubiera... ¡válgame Dios!... la mataba á golpes, mire V.... Respóndele, una vez que quiere que hables y que yo no chiste. Cuéntale los novios que dejaste en Madrid cuando tenias doce años, y los que has adquirido en el convento al lado de aquella santa muger. Díselo para que se tranquilice, y...

D. DIEGO.

Yo, señora, estoy mas tranquilo que V.

Dª. IRENE.

Respóndele.

Dª. FRANCISCA.

Yo no sé qué decir. Si Vds. se enfadan.

D. DIEGO.

No, hija mia; esto es dar alguna espresion á lo que se dice: pero ¡enfadarnos! no por cierto. Doña Irene sabe lo que yo la estimo.

Dª. IRENE.

Sí señor, que lo sé, y estoy sumamente agradecida á los favores que V. nos hace... Por eso mismo...

D. DIEGO.

No se hable de agradecimiento: cuanto yo puedo hacer, todo es poco... Quiero solo que doña Paquita esté contenta.

Dª. IRENE.

¿Pues no ha de estarlo? Responde.

Dª. FRANCISCA.

Sí señor que lo estoy.

D. DIEGO.

Y que la mudanza de estado que se la previene, no la cueste el menor sentimiento.

Dª. IRENE.

No señor, todo al contrario... Boda mas á gusto de todos no se pudiera imaginar.

D. DIEGO.

En esa inteligencia, puedo asegurarla que no tendrá motivos de arrepentirse despues. En nuestra compañía vivirá querida y adorada; y espero que á fuerza de beneficios he de merecer su estimacion y su amistad.

Dª. FRANCISCA.

Gracias, señor don Diego... ¡A una huérfana, pobre, desvalida como yo!...

D. DIEGO.

Pero de prendas tan estimables, que la hacen á V. digna todavía de mayor fortuna.

Dª. IRENE.

Ven aquí, ven... Ven aquí, Paquita.

Dª. FRANCISCA.

Mamá!

(*Levántase doña Francisca, abraza á su madre y se acarician mutuamente.*

Dª. IRENE.

¿Ves lo que te quiero?

Dª. FRANCISCA.

Sí señora.

Dª. IRENE.

¿Y cuánto procuro tu bien, que no tengo otro pio sino el de verte colocada antes que yo falte?

Dª. FRANCISCA.

Bien lo conozco.

Dª. IRENE.

¡Hija de mi vida! ¿Has de ser buena?

Dª. FRANCISCA.

Sí señora.

Dª. IRENE.

¡Ay, que no sabes tú lo que te quiere tu madre!

Dª. FRANCISCA.

¿Pues qué, no la quiero yo á V.?

D. DIEGO.

Vamos, vamos de aquí. (*Levántase don Diego, y despues doña Irene.*) No venga alguno y nos halle á los tres llorando como tres chiquillos.

Dª. IRENE.

Sí, dice V. bien.

(*Vanse los dos al cuarto de doña Irene. Doña Francisca va detras; y Rita, que sale por la puerta del foro, la hace detener.*)

ESCENA VI.

RITA, DONA FRANCISCA.

RITA.

Señorita... Eh! chit... señorita...

Dª. FRANCISCA.

¿Qué quieres?

RITA.

Ya ha venido.

Dª. FRANCISCA.

Cómo?

RITA.

Ahora mismo acaba de llegar. Le he dado un abrazo, con licencia de V., y ya sube por la escalera.

Dª. FRANCISCA.

¡Ay Dios!... ¿Y qué debo hacer?

RITA.

¡Donosa pregunta!... Vaya, lo que importa es no gastar el tiempo en melindres de amor... Al asunto... y juicio. Y mire V. que en el parage en que estamos, la conversacion no puede ser muy larga... Ahí está.

Dª. FRANCISCA.

Sí... Él es.

RITA.

Voy á cuidar de aquella gente... Valor, señorita, y resolucion.

(*Rita se va al cuarto de doña Irene.*)

Dª. FRANCISCA.

No, no, que yo tambien... Peró no lo merece.

ESCENA VII.

D. CARLOS, Dª. FRANCISCA.

(*Sale don Cárlos por la puerta del foro.*)

D. CARLOS.

Paquita!... vida mia!... Ya estoy aquí... ¿Cómo va, hermosa, cómo va?

Dª. FRANCISCA.

Bien venido.

D. CARLOS.

¿Cómo tan triste?... ¿No merece mi llegada mas alegría?

Dª. FRANCISCA.

Es verdad; pero acaban de sucederme cosas que me tienen fuera de mí... Sabe V... Sí, bien lo sabe V... Despues de escrita aquella carta, fueron por mí... Mañana á Madrid... Ahí está mi madre.

D. CARLOS.

¿En dónde?

Dª. FRANCISCA.

Ahí, en ese cuarto.

(*Señalando al cuarto de doña Irene.*)

D. CARLOS.

Sola?

Dª. FRANCISCA.

No señor.

D. CARLOS.

Estará en compañía del prometido esposo.

(*Se acerca al cuarto de doña Irene, se detiene, y vuelve.*)

Mejor... Pero ¿no hay nadie mas con ella?

Dª. FRANCISCA.

Nadie mas, solos estan... ¿Qué piensa V. hacer?

D. CARLOS.

Si me dejase llevar de mi pasion y de lo que esos ojos me inspiran, una temeridad... Pero tiempo hay... Él tambien será hombre de honor, y no es justo insultarle porque quiere bien á una muger tan digna de ser querida... Yo no conozco á su madre de V., ni... Vamos, ahora nada se puede hacer... Su decoro de V. merece la primera atencion.

Dª. FRANCISCA.

Es mucho el empeño que tiene en que me case con él.

D. CARLOS.

No importa.

Dª. FRANCISCA.

Quiere que esta boda se celebre asi que lleguemos á Madrid.

D. CARLOS.

Cual?... No. Eso no.

Dª. FRANCISCA.

Los dos estan de acuerdo, y dicen...

D. CARLOS.

Bien... Dirán... Pero no puede ser.

Dª. FRANCISCA.

Mi madre no me habla continuamente de otra materia. Me amenaza, me ha llenado de temor... Él insta por su parte, me ofrece tantas cosas, me...

D. CARLOS.

¿Y V. qué esperanza le da?... ¿Ha prometido quererle mucho?

Dª. FRANCISCA.

Ingrato!... ¿Pues no sabe V. que... Ingrato!

D. CARLOS.

Sí, no lo ignoro, Paquita... Yo he sido el primer amor.

Dª. FRANCISCA.

Y el último.

D. CARLOS.

Y antes perderé la vida, que renunciar al lugar que tengo en ese corazon... Todo él es mio... ¿Digo bien?

(*Asiéndola de las manos.*)

Dª. FRANCISCA.

¿Pues de quién ha de ser?

D. CARLOS.

Hermosa! ¡Qué dulce esperanza me anima!... Una sola palabra de esa boca me asegura... Para todo me da valor... En fin, ya estoy aquí. ¿V. me llama para que la defienda, la libre, la cumpla una obligacion mil y mil veces prometida? Pues á eso mismo vengo yo... Si Vds. se van á Madrid mañana, yo voy tambien. Su madre de V. sabrá quien soy... Allí puedo contar con el favor de un anciano respetable y virtuoso, á quien mas que tio, debo llamar amigo y padre. No tiene otro deudo mas inmediato ni mas querido que yo: es hombre muy rico, y si los dones de la fortuna tuviesen para V. algun atractivo, esta circunstancia añadiria felicidades á nuestra union.

Dª. FRANCISCA.

¿Y qué vale para mí toda la riqueza del mundo?

D. CARLOS.

Ya lo sé. La ambicion no puede agitar á un alma tan inocente.

Dª. FRANCISCA.

Querer y ser querida... Ni apetezco mas, ni conozco mayor fortuna.

D. CARLOS.

Ni hay otra... Pero V. debe serenarse, y esperar que la suerte mude nuestra afliccion presente en durables dichas.

Dª. FRANCISCA.

¿Y qué se ha de hacer para que á mi pobre madre no la cueste una pesadumbre?... ¡Me quiere tanto!... Si acabo de decirla que no la disgustaré, ni me apartaré de su lado jamas; que siempre seré obediente y buena... ¡Y me abrazaba con tanta ternura! Quedó tan consolada con lo poco que acerté á decirla... Yo no sé, no sé qué camino ha de hallar V. para salir de estos ahogos.

D. CARLOS.

Yo le buscaré... ¿No tiene V. confianza en mí?

Dª. FRANCISCA.

¿Pues no he de tenerla? ¿Piensa V. que estuviera yo viva, si esa esperanza no me animase? Sola y desconocida de todo el mundo, ¿qué habia yo de hacer? Si V. no hubiese venido, mis melancolías me hubieran muerto, sin tener á quien volver los ojos, ni poder comunicar á nadie la causa de ellas... Pero V. ha sabido proceder como caballero y amante, y acaba de darme con su venida la prueba mayor de lo mucho que me quiere.

(*Se enternece y llora.*)

D. CARLOS.

¡Qué llanto!... ¡Cómo persuade!..

Sí, Paquita, yo solo basto para defenderla á V. de cuantos quieran oprimirla. A un amante favorecido ¿quién puede oponérsele? Nada hay que temer.

Dª. FRANCISCA.

¿Es posible?

D. CARLOS.

Nada... Amor ha unido nuestras almas en estrechos nudos, y solo la muerte bastará á dividirlas.

ESCENA VIII.

RITA, DON CARLOS, DOÑA FRANCISCA.

RITA.

Señorita, adentro. La mamá pregunta por V. Voy á traer la cena, y se van á recoger al instante... Y V., señor galan, ya puede tambien disponer de su persona.

D. CARLOS.

Sí, que no conviene anticipar sospechas... Nada tengo que añadir.

Dª. FRANCISCA.

Ni yo.

D. CARLOS.

Hasta mañana. Con la luz del dia veremos á este dichoso competidor.

RITA.

Un caballero muy honrado, muy rico, muy prudente; con su chupa larga, su camisola limpia, y sus sesenta años debajo del peluquin.

(*Se va por la puerta del foro.*)

Dª. FRANCISCA.

Hasta mañana.

D. CARLOS.

A Dios, Paquita.

Dª. FRANCISCA.

Acuéstese V., y descanse.

D. CARLOS.

¿Descansar con zelos?

Dª. FRANCISCA.

¿De quién?

D. CARLOS.

Buenas noches... Duerma V. bien, Paquita.

Dª. FRANCISCA.

¿Dormir con amor?

D. CARLOS.

A Dios, vida mia.

Dª. FRANCISCA.

A Dios.

(*Éntrase al cuarto de doña Irene.*)

ESCENA IX.

DON CARLOS, CALAMOCHA, RITA.

D. CARLOS, *paseándose con inquietud.*

Quitármela! No... Sea quien fuere, no me la quitará. Ni su madre ha de ser tan imprudente que se obstine en verificar este matrimonio repugnándolo su hija... mediando yo... ¡Sesenta años!... Precisamente será muy rico... ¡El dinero!... Maldito él sea, que tantos desórdenes origina.

CALAMOCHA, *saliendo por la puerta del foro.*

Pues señor, tenemos un medio cabrito asado, y... A lo menos parece cabrito. Tenemos una magnífica ensalada de berros, sin anapelos ni otra materia estraña, bien lavada, escurrida y condimentada por estas manos pecadoras, que no hay mas que pedir. Pan de Meco, vino de la Tercia... Con que si hemos de cenar y dormir, me parece que seria bueno...

D. CARLOS.

Vamos... ¿Y á dónde ha de ser?

CALAMOCHA.

Abajo... Allí he mandado disponer una angosta y fementida mesa, que parece un banco de herrador.

RITA, *saliendo por la puerta del foro con unos platos, taza, cucharas y servilleta.*

¿Quién quiere sopas?

D. CARLOS.

Buen provecho.

CALAMOCHA.

Si hay alguna real moza que guste de cenar cabrito, levante el dedo.

RITA.

La real moza se ha comido ya media cazuela de albondiguillas... Pero lo agradece, señor militar.

(*Éntrase en el cuarto de doña Irene.*)

CALAMOCHA.

Agradecida te quiero yo, niña de mis ojos.

D. CARLOS.

¿Con que vamos?

CALAMOCHA.

Ay! ay! ay! (*Calamocha se encamina á la puerta del foro, y vuelve: se acerca á don Cárlos, y hablan con reserva hasta el fin de la escena, en que Calamocha se adelanta á saludar á Simon.*) Eh! chit, digo...

D. CARLOS.

Qué?

CALAMOCHA.

¿No ve V. lo que viene por allí?

D. CARLOS.

¿Es Simon?

CALAMOCHA.

Él mismo... Pero ¿quién diablos le...

D. CARLOS.

¿Y qué haremos?

CALAMOCHA.

¿Qué sé yo?... Sonsacarle, mentir y... ¿Me da V. licencia para que...

D. CARLOS.

Sí, miente lo que quieras... ¿A qué habrá venido este hombre?

ESCENA X.

SIMON, CALAMOCHA, DON CARLOS.

(*Sale Simon por la puerta del foro.*)

CALAMOCHA.

Simon, ¿tú por aquí?

SIMON.

A Dios, Calamocha. ¿Cómo va?

CALAMOCHA.

Lindamente.

SIMON.

¡Cuánto me alegro de...

D. CARLOS.

¡Hombre, tú en Alcalá! ¿Pues que novedad es esta?

SIMON.

Oh! ¡que estaba V. ahi, señorito! ¡Voto á sanes!

D. CARLOS.

¿Y mi tio?

SIMON.

Tan bueno.

CALAMOCHA.

¿Pero se ha quedado en Madrid, ó...

SIMON.

¿Quién me habia de decir á mí... ¡Cosa como ella! Tan ageno estaba yo ahora de... Y V. de cada vez mas guapo... ¿Con que V. irá á ver al tio, eh?

CALAMOCHA.

Tú habrás venido con algun encargo del amo.

SIMON.

¡Y qué calor traje, y qué polvo por ese camino! Ya, ya!

CALAMOCHA.

¿Alguna cobranza tal vez, eh?

D. CARLOS.

Puede ser. Como tiene mi tio ese poco de hacienda en Ajalvir... ¿No has venido á eso?

SIMON.

¡Y qué buena maula le ha salido el tal administrador! Labriego mas marrullero y mas bellaco no le hay en toda la campiña... ¿Con que V. viene ahora de Zaragoza?

D. CARLOS.

Pues... Figúrate tú.

SIMON.

¿O va V. allá?

D. CARLOS.

A dónde?

SIMON.

A Zaragoza. ¿No está allí el regimiento?

CALAMOCHA.

Pero, hombre, si salimos el verano pasado de Madrid, ¿no habíamos de haber andado mas de cuatro leguas?

SIMON.

¿Qué sé yo? Algunos van por la posta y tardan mas de cuatro meses en llegar... Debe de ser un camino muy malo.

CALAMOCHA, *aparte separándose de Simon.*

¡Maldito seas tú, y tu camino, y la bribona que te dió papilla!

D. CARLOS.

Pero aun no me has dicho si mi tio está en Madrid ó en Alcalá, ni á qué has venido, ni...

SIMON.

Bien, á eso voy... Sí señor, voy á decir á V... Con que... Pues el amo me dijo...

ESCENA XI.

DON DIEGO, DON CARLOS, SIMON, CALAMOCHA.

D. DIEGO, *desde adentro.*

No, no es menester: si hay luz aquí. Buenas noches, Rita.

(*Don Cárlos se turba, y se aparta á un estremo del teatro.*)

D. CARLOS.

¡Mi tio!...

(*Sale don Diego del cuarto de doña Irene encaminándose al suyo; repara en don Cárlos y se acerca á él. Simon le alumbra, y vuelve á dejar la luz sobre la mesa.*)

D. DIEGO.

Simon!

SIMON.

Aquí estoy, señor.

D. CARLOS.

¡Todo se ha perdido!

D. DIEGO.

Vamos... Pero... ¿Quién es?

SIMON.

Un amigo de V., señor.

D. CARLOS.

Yo estoy muerto.

D. DIEGO.

¿Cómo un amigo?... Qué?... Acerca esa luz.

D. CARLOS.

Tio!

(*En ademan de besarle la mano á don Diego, que le aparta de sí con enojo.*)

D. DIEGO.

Quítate de ahí.

D. CARLOS.

Señor!

D. DIEGO.

Quítate. No sé como no le... ¿Qué haces aquí?

D. CARLOS.

Si V. se altera y...

D. DIEGO.

¿Qué haces aquí?

D. CARLOS.

Mi desgracia me ha traido.

D. DIEGO.

¡Siempre dándome que sentir, siempre! Pero... (*Acercándose á don Cárlos.*) ¿Qué dices? De veras, ha ocurrido alguna desgracia? Vamos... ¿Qué te sucede?... ¿Porqué estás aquí?

CALAMOCHA.

Porque le tiene á V. ley, y le quiere bien, y...

D. DIEGO.

A tí no te pregunto nada. ¿Porqué has venido de Zaragoza sin que yo lo sepa?... ¿Porqué te asusta el verme?... Algo has hecho: sí, alguna locura has hecho que le habrá de costar la vida á tu pobre tio.

D. CARLOS.

No señor, que nunca olvidaré las

máximas de honor y prudencia que V. me ha inspirado tantas veces.

D. DIEGO.

¿Pues á qué viniste?... ¿Es desafío? ¿Son deudas? ¿Es algun disgusto con tus gefes?... Sácame de esta inquietud, Cárlos... Hijo mio, sácame de este afan.

CALAMOCHA.

Si todo ello no es mas que...

D. DIEGO.

Ya he dicho que calles... Ven acá. (*Asiendo de una mano á don Cárlos, se aparta con èl á un estremo del teatro, y le habla en voz baja.*) Díme qué ha sido.

D. CARLOS.

Una ligereza, una falta de sumision á V. Venir á Madrid sin pedirle licencia primero... Bien arrepentido estoy, considerando la pesadumbre que le he dado al verme.

D. DIEGO.

¿Y qué otra cosa hay?

D. CARLOS.

Nada mas señor.

D. DIEGO.

¿Pues qué desgracia era aquella de que me hablaste?

D. CARLOS.

Ninguna. La de hallarle á V. en este parage... y haberle disgustado tanto, cuando yo esperaba sorprenderle en Madrid, estar en su compañía algunas semanas, y volverme contento de haberle visto.

D. DIEGO.

¿No hay mas?

D. CARLOS.

No señor.

D. DIEGO.

Míralo bien.

D. CARLOS.

No señor... A eso venia. No hay nada mas.

D. DIEGO.

Pero no me digas tú á mí... Si es imposible que estas escapadas se... No señor... ¿Ni quién ha de permitir que un oficial se vaya cuando se le antoje, y abandone de ese modo sus banderas?... Pues si tales ejemplos se repitieran mucho, á Dios disciplina militar... Vamos... Eso no puede ser.

D. CARLOS.

Considere V., tio, que estamos en tiempo de paz; que en Zaragoza no es necesario un servicio tan exacto como en otras plazas, en que no se permite descanso á la guarnicion... Y en fin, puede V. creer que este viage supone la aprobacion y la licencia de mis superiores; que yo tambien miro por mi estimacion, y que cuando me he venido, estoy seguro de que no hago falta.

D. DIEGO.

Un oficial siempre hace falta á sus soldados. El rey le tiene allí para que los instruya, los proteja y les dé ejemplos de subordinacion, de valor, de virtud...

D. CARLOS.

Bien está, pero ya he dicho los motivos...

D. DIEGO.

Todos estos motivos no valen nada... ¡Porque le dió la gana de ver al tio!... Lo que quiere su tio de V. no es verle cada ocho dias, sino saber que es hombre de juicio y que cumple con sus obligaciones. Eso es lo que quiere... Pero (*Alza la voz, y se pasea inquieto.*) yo tomaré mis medidas para que estas locuras no se repitan otra vez... Lo que V. ha de hacer ahora es marcharse inmediatamente.

D. CARLOS.

Señor, si...

D. DIEGO.

No hay remedio... Y ha de ser al instante. V. no ha de dormir aquí.

CALAMOCHA.

Es que los caballos no estan ahora para correr... ni pueden moverse.

D. DIEGO.

Pues con ellos (*A Calamocha.*) y con las maletas al meson de afuera... V. (*A don Cárlos.*) no ha de dormir aquí... Vamos (*A Calamocha.*), tú buena pieza, menéate. Abajo con todo. Pagar el gasto que se haya hecho, sacar los caballos, y marchar... Ayúdale tú... (*A Simon.*) ¿Qué dinero tienes ahí?

SIMON.

Tendré unas cuatro ó seis onzas.

(*Saca de un bolsillo algunas monedas, y se las da á don Diego.*)

D. DIEGO.

Dámelas acá. Vamos, ¿qué haces?... (*A Calamocha.*) ¿No he dicho que ha de ser al instante?... Volando. Y tú (*A Simon.*) vé con él, ayúdale, y no te me apartes de allí hasta que se hayan ido.

(*Los dos criados entran en el cuarto de don Cárlos.*)

ESCENA XII.

DON DIEGO, DON CARLOS.

D. DIEGO.

Tome V. (*Le da el dinero.*) Con eso hay bastante para el camino... Vamos, que cuando yo lo dispongo asi, bien sé lo que me hago... ¿No conoces que es todo por tu bien, y que ha sido un desatino el que acabas de hacer?... Y no hay que afligirse por eso, ni creas que es falta de cariño... Ya sabes lo que te he querido siempre; y en obrando tú segun corresponde, seré tu amigo como lo he sido hasta aquí.

D. CARLOS.

Ya lo sé.

D. DIEGO.

Pues bien : ahora obedece lo que te mando.

D. CARLOS.

Lo haré sin falta.

D. DIEGO.

Al meson de afuera. (*A los dos criados, que salen con los trastos del cuarto de don Cárlos, y se van por la puerta del foro.*) Allí puedes dormir, mientras los caballos comen y descansan... Y no me vuelvas aquí por ningun pretesto, ni entres en la ciudad... cuidado. Y á eso de las tres ó las cuatro marchar. Mira que he de saber á la hora que sales. ¿Lo entiendes?

D. CARLOS.

Sí, señor.

D. DIEGO.

Mira que lo has de hacer.

D. CARLOS.

Sí señor, haré lo que V. manda.

D. DIEGO.

Muy bien. A Dios... Todo te lo perdono... Vete con Dios... Y yo sabré tambien cuando llegas á Zaragoza ; no te parezca que estoy ignorante de lo que hiciste la vez pasada.

D. CARLOS.

¿Pues qué hice yo?

D. DIEGO.

Si te digo que lo sé, y que te lo perdono, ¿qué mas quieres? No es tiempo ahora de tratar de eso. Vete.

D. CARLOS.

Quede V. con Dios.

(*Hace que se va, y vuelve.*)

D. DIEGO.

¿Sin besar la mano á su tio, eh?

D. CARLOS.

No me atreví.

(*Besa la mano á don Diego y se abrazan.*)

D. DIEGO.

Y dame un abrazo por si no nos volvemos á ver.

D. CARLOS.

¿Qué dice V.? No lo permita Dios.

D. DIEGO.

¿Quién sabe, hijo mio? ¿Tienes algunas deudas? ¿Te falta algo?

D. CARLOS.

No señor, ahora no.

D. DIEGO.

Mucho es, porque tú siempre tiras por largo... Como cuentas con la bolsa del tio... Pues bien, yo escribiré al señor Aznar para que te dé cien doblones de órden mia. Y mira como lo gastas... Juegas?

D. CARLOS.

No señor, en mi vida.

D. DIEGO.

Cuidado con eso... Con que, buen viage. Y no te acalores : jornadas regulares y nada mas... ¿Vas contento?

D. CARLOS.

No señor. Porque V. me quiere mucho, me llena de beneficios, y yo le pago mal.

D. DIEGO.

No se hable ya de lo pasado... A Dios...

D. CARLOS.

¿Queda V. enojado conmigo?

D. DIEGO.

No, no por cierto... Me disgusté bastante, pero ya se acabó... No me dés que sentir. (*Poniéndole ambas manos sobre los hombros.*) Portarse como hombre de bien.

D. CARLOS.

No lo dude V.

D. DIEGO.

Como oficial de honor.

D. CARLOS.

Asi lo prometo.

D. DIEGO.

A Dios, Cárlos. (*Abrazándose.*)

D. CARLOS, *aparte, al irse por la puerta del foro.*

¡Y la dejo!... ¡Y la pierdo para siempre!

ESCENA XIII.

DON DIEGO.

Demasiado bien se ha compuesto... Luego lo sabrá, enhorabuena... Pero no es lo mismo escribírselo, que... Despues de hecho, no importa nada... ¡Pero siempre aquel respeto al tio!... Como una malva es.

(*Se enjuga las lágrimas, toma la luz y se va á su cuarto. El teatro queda solo y oscuro por un breve espacio.*)

ESCENA XIV.

DOÑA FRANCISCA, RITA.

(*Salen del cuarto de Doña Irene. Rita sacará una luz, y la pone encima de la mesa.*)

RITA.

Mucho silencio hay por aquí.

Dª. FRANCISCA.

Se habrán recogido ya... Estarán rendidos.

RITA.

Precisamente.

Dª. FRANCISCA.

¡Un camino tan largo!

RITA.

¡A lo que obliga el amor, señorita!

Dª. FRANCISCA.

Sí, bien puedes decirlo, amor... Y yo ¿qué no hiciera por él?

RITA.

Y deje V., que no ha de ser este el último milagro. Cuando lleguemos á Madrid, entonces será ella... ¡El pobre don Diego qué chasco se va á llevar! Y por otra parte, vea V. qué señor tan bueno, que cierto da lástima...

Dª. FRANCISCA.

Pues en eso consiste todo. Si él fuese un hombre despreciable, ni mi madre hubiera admitido su pretension, ni yo tendria que disimular mi repugnancia... Pero ya es otro tiempo, Rita. Don Félix ha venido, y ya no temo á

nadie. Estando mi fortuna en su mano, me considero la mas dichosa de las mugeres.

RITA.

Ay! ahora que me acuerdo... Pues poquito me lo encargó... Ya se ve, si con estos amores tengo yo tambien la cabeza... Voy por él.

(*Encaminándose al cuarto de doña Irene.*)

Dª. FRANCISCA.

¿A qué vas?

RITA.

El tordo, que ya se me olvidaba sacarle de allí.

Dª. FRANCISCA.

Sí, tráele, no empiece á cantar como anoche... Allí quedó junto á la ventana... Y vé con cuidado, no despierte mamá.

RITA.

Sí, mire V. el estrépito de caballerías que anda por allá abajo... Hasta que lleguemos á nuestra calle del Lobo, número 7, cuarto segundo, no hay que pensar en dormir... Y ese maldito porton que rechina, que...

Dª. FRANCISCA.

Te puedes llevar la luz.

RITA.

No es menester, que ya sé donde está.

(*Vase al cuarto de doña Irene.*)

ESCENA XV.

SIMON, DOÑA FRANCISCA.

(*Sale Simon por la puerta del foro.*)

Dª. FRANCISCA.

Yo pensé que estaban Vds. acostados.

SIMON.

El amo ya habrá hecho esa diligencia, pero yo todavía no sé en dónde he de tender el rancho... Y buen sueño que tengo.

Dª. FRANCISCA.

¿Qué gente nueva ha llegado ahora?

SIMON.

Nadie. Son unos que estaban ahí, y se han ido.

Dª. FRANCISCA.

¿Los arrieros?

SIMON.

No señora. Un oficial y un criado suyo, que parece que se van á Zaragoza.

Dª. FRANCISCA.

¿Quiénes dice V. que son?

SIMON.

Un teniente coronel y su asistente.

Dª. FRANCISCA.

¿Y estaban aquí?

SIMON.

Sí señora, ahí en ese cuarto.

Dª. FRANCISCA.

No los he visto.

SIMON.

Parece que llegaron esta tarde y... A la cuenta habrán despachado ya la comi sion que traian... Con que se han ido... Buenas noches, señorita.

(*Vase al cuarto de don Diego.*)

ESCENA XVI.

RITA, DOÑA FRANCISCA.

Dª. FRANCISCA.

¡Dios mio de mi alma! ¿Qué es esto?... No puedo sostenerme... Desdichada!

(*Siéntase en una silla inmediata á la mesa.*)

RITA.

Señorita, yo vengo muerta.

(*Saca la jaula del tordo y la deja encima de la mesa: abre la puerta del cuarto de don Cárlos y vuelve.*)

Dª. FRANCISCA.

¡Ay que es cierto!... ¿Tú lo sabes tambien?

RITA.

Deje V., que todavía no creo lo que

he visto... Aquí no hay nadie... ni maletas, ni ropa, ni... Pero ¿cómo podia engañarme? Si yo misma los he visto salir.

Dª. FRANCISCA.

¿Y eran ellos?

RITA.

Sí señora. Los dos.

Dª. FRANCISCA.

Pero ¿se han ido fuera de la ciudad?

RITA.

Si no los he perdido de vista hasta que salieron por Puerta de Mártires... Como está un paso de aquí.

Dª. FRANCISCA.

¿Y es ese el camino de Aragon?

RITA.

Ese es.

Dª. FRANCISCA.

Indigno!... ¡Hombre indigno!

RITA.

Señorita!

Dª. FRANCISCA.

¿En qué te ha ofendido esta infeliz?

RITA.

Yo estoy temblando toda... Pero... Si es incomprensible... Si no alcanzo á discurrir qué motivos ha podido haber para esta novedad.

Dª. FRANCISCA.

¿Pues no le quise mas que á mi vida?... ¿No me ha visto loca de amor?

RITA.

No sé qué decir al considerar una accion tan infame.

Dª. FRANCISCA.

¿Qué has de decir? Que no me ha querido nunca ni es hombre de bien... ¿Y vino para esto? ¡Para engañarme, para abandonarme asi!

(*Levántase, y Rita la sostiene.*)

RITA.

Pensar que su venida fué con otro designio, no me parece natural... Zelos... ¿Porqué ha de tener zelos?... Y aun eso mismo debiera enamorarle mas... Él no es cobarde, y no hay que decir que habrá tenido miedo de su competidor.

Dª. FRANCISCA.

Te cansas en vano. Dí que es un pérfido, dí que es un monstruo de crueldad, y todo lo has dicho.

RITA.

Vamos de aquí, que puede venir alguien y...

Dª. FRANCISCA.

Sí, vámonos... Vamos á llorar... ¡Y en qué situacion me deja!... Pero ¿ves qué malvado?

RITA.

Sí señora, ya lo conozco.

Dª. FRANCISCA.

¡Qué bien supo fingir!... ¿Y con quién? Conmigo... ¿Pues yo merecí ser engañada tan alevosamente?... ¿Mereció mi cariño este galardon?... ¡Dios de mi vida! ¿Cuál es mi delito, cuál es?

(*Rita coge la luz, y se van entrambas al cuarto de doña Francisca.*)

ACTO TERCERO.

ESCENA I.

(*Teatro oscuro. Sobre la mesa habrá un candelero con vela apagada, y la jaula del tordo. Simon duerme tendido en el banco. Sale don Diego de su cuarto acabándose de poner la bata.*)

DON DIEGO, SIMON.

D. DIEGO.

Aquí, á lo menos, ya que no duerma no me derretiré... Vaya, si alcoba como ella no se... ¡Cómo ronca este!... Guardémosle el sueño hasta que venga el dia, que ya poco puede tardar... (*Simon despierta, y al oir á don Diego se incorpora y se levanta.*) ¿Qué es eso? Mira no te caigas, hombre.

SIMON.

¿Que estaba V. ahí, señor?

D. DIEGO.

Sí, aquí me he salido, porque allí no puedo parar.

SIMON.

Pues yo, á Dios gracias, aunque la cama es algo dura, he dormido como un emperador.

D. DIEGO.

Mala comparacion. Dí que has dormido como un pobre hombre, que no tiene ni dinero, ni ambicion, ni pesadumbres, ni remordimientos.

SIMON.

En efecto, dice V. bien... ¿Y qué hora será ya?

D. DIEGO.

Poco ha que sonó el reloj de San Justo, y si no conté mal, dió las tres.

SIMON.

Oh! pues ya nuestros caballeros irán por ese camino adelante echando chispas.

D. DIEGO.

Sí, ya es regular que hayan salido... Me lo prometió, y espero que lo hará.

SIMON.

¡Pero si V. viera qué apesadumbrado le dejé! ¡qué triste!

D. DIEGO.

Ha sido preciso.

SIMON.

Ya lo conozco.

D. DIEGO.

¿No ves qué venida tan intempestiva?

SIMON.

Es verdad... Sin permiso de V., sin avisarle, sin haber un motivo urgente... Vamos, hizo muy mal... Bien que por otra parte él tiene prendas suficientes para que se le perdone esta ligereza... Digo... Me parece que el castigo no pasará adelante, eh?

D. DIEGO.

¡No, qué! No señor. Una cosa es que le haya hecho volver... Ya ves en qué circunstancias nos cogia... Te aseguro que cuando se fué me quedó un ansia en el corazon. (*Suenan á lo lejos tres palmadas; y poco despues se oye que puntean un instrumento.*) ¿Qué ha sonado?

SIMON.

No sé... Gente que pasa por la calle. Serán labradores.

D. DIEGO.

Calla.

SIMON.

Vaya, música tenemos, segun parece.

D. DIEGO.

Sí, como lo hagan bien.

SIMON.

¿Y quién será el amante infeliz que se viene á puntear á estas horas en ese callejon tan puerco?... Apostaré que son amores con la moza de la posada, que parece un mico.

D. DIEGO.

Puede ser.

SIMON.

Ya empiezan, oigamos... (*Tocan una sonata desde adentro.*) Pues dígole á V. que toca muy lindamente el pícaro del barberillo.

D. DIEGO.

No, no hay barbero que sepa hacer eso, por muy bien que afeite.

SIMON.

¿Quiere V. que nos asomemos un poco, á ver...

D. DIEGO.

No, dejarlos... ¡Pobre gente! ¡Quién sabe la importancia que darán ellos á la tal música!... No gusto yo de incomodar á nadie.

(*Sale de su cuarto doña Francisca, y Rita con ella. Las dos se encaminan á la ventana. Don Diego y Simon se retiran á un lado y observan.*)

SIMON.

Señor!... Eh! Presto, aquí á un ladito.

D. DIEGO.

¿Qué quieres?

SIMON.

Que han abierto la puerta de esa alcoba, y huele á faldas que trasciende.

D. DIEGO.

Sí?... Retirémonos.

ESCENA II.

DOÑA FRANCISCA, RITA, DON DIEGO, SIMON.

RITA.

Con tiento, señorita.

Dª. FRANCISCA.

¿Siguiendo la pared no voy bien?

(*Vuelven á probar el instrumento.*)

RITA.

Sí señora... Pero vuelven á tocar... Silencio.

Dª. FRANCISCA.

No te muevas... Deja... Sepamos primero si es él.

RITA.

¿Pues no ha de ser?... La seña no puede mentir.

Dª. FRANCISCA.

Calla... (*Repiten desde adentro la sonata anterior.*) Sí, él es... ¡Dios mio!... (*Acércase Rita á la ventana, abre la vidriera y da tres palmadas. Cesa la música.*) Vé, responde... Albricias, corazon. Él es.

SIMON.

¿Ha oido V.?

D. DIEGO.

Sí.

SIMON.

¿Qué querrá decir esto?

D. DIEGO.

Calla.

Dª. FRANCISCA.

(*Doña Francisca se asoma á la ventana. Rita se queda detras de ella. Los puntos suspensivos indican las interrupciones mas ó menos largas que deben hacerse.*)

Yo soy. Y ¿qué habia de pensar viendo lo que V. acaba de hacer?... ¿Qué fuga es esta?... Rita, (*Apartándose de la ventana, y vuelve despues.*) amiga, por Dios, ten cuidado, y si oyeres algun rumor, al instante avísame... ¿Para siempre? ¡Triste de mí!... Bien está, tírela V... Pero yo no

acabo de entender... ¡Ay, don Félix! nunca le he visto á V. tan tímido... (*Tiran desde adentro una carta que cae por la ventana al teatro. Doña Francisca hace ademan de buscarla, y no hallándola vuelve á asomarse.*) No, no la he cogido, pero aquí está sin duda... ¿Y no he de saber yo hasta que llegue el dia los motivos que tiene V. para dejarme muriendo?... Sí, yo quiero saberlo de su boca de V. Su Paquita de V. se lo manda... Y ¿cómo le parece á V. que estará el mio?... No me cabe en el pecho... Diga V.

(*Simon se adelanta un poco, tropieza en la jaula y la deja caer.*)

RITA.

Señorita, vamos de aquí... Presto, que hay gente.

Dª. FRANCISCA.

¡Infeliz de mí!... Guíame.

RITA.

Vamos... (*Al retirarse tropieza Rita con Simon. Las dos se van apresuradamente al cuarto de doña Francisca.*) Ay!

Dª. FRANCISCA.

¡Muerta voy!

ESCENA III.

DON DIEGO, SIMON.

D. DIEGO.

¿Qué grito fué ese?

SIMON.

Una de las fantasmas, que al retirarse tropezó conmigo.

D. DIEGO.

Acércate á esa ventana, y mira si hallas en el suelo un papel... ¡Buenos estamos!

SIMON.

No encuentro nada, señor.

(*Tentando por el suelo cerca de la ventana.*)

D. DIEGO.

Búscale bien, que por ahí ha de estar.

SIMON.

¿Le tiraron desde la calle?

D. DIEGO.

Sí... ¿Qué amante es este?... ¡Y diez y seis años, y criada en un convento! Acabó ya toda mi ilusion.

SIMON.

Aquí está.

(*Halla la carta y se la da á don Diego.*)

D. DIEGO.

Vete abajo y enciende una luz... En la caballeriza, ó en la cocina... Por ahí habrá algun farol... Y vuelve con ella al instante.

(*Vase Simon por la puerta del foro.*)

ESCENA IV.

DON DIEGO.

¿Y á quién debo culpar? (*Apoyándose en el respaldo de una silla.*) ¿Es ella la delincuente, ó su madre, ó sus tias, ó yo?... ¿Sobre quién, sobre quién ha de caer esta cólera, que por mas que lo procuro, no la sé reprimir?... ¡La naturaleza la hizo tan amable á mis ojos!... ¡Qué esperanzas tan halagüeñas concebí! ¡Qué felicidades me prometia!... Zelos!... Yo?... ¡En qué edad tengo zelos!... Vergüenza es... Pero esta inquietud que yo siento, esta indignacion, estos deseos de venganza ¿de qué provienen? ¿Cómo he de llamarlos? Otra vez parece que... (*Advirtiendo que suena ruido en la puerta del cuarto de doña Francisca, se retira á un estremo del teatro.*) Sí.

ESCENA V.

RITA, DON DIEGO, SIMON.

RITA.

Ya se han ido... (*Rita observa, escucha, asómase despues á la ventana,*

y busca la carta por el suelo.) ¡Válgame Dios!.... El papel estará muy bien escrito, pero el señor don Félix es un grandísimo picaron... ¡Pobrecita de mi alma!... Se muere sin remedio... Nada, ni perros parecen por la calle... ¡Ojalá no los hubiéramos conocido!... ¿Y este maldito papel?... Pues buena la hiciéramos si no pareciese... ¿Qué dirá?... Mentiras, mentiras, y todo mentira.

SIMON.

Ya tenemos luz...

(*Sale con luz. Rita se sorprende.*)

RITA.

¡Perdida soy!

D. DIEGO, *acercándose.*

Rita! ¿Pues tú aquí?

RITA.

Sí señor, porque...

D. DIEGO.

¿Qué buscas á estas horas?

RITA.

Buscaba... Yo le diré á V... Porque oimos un ruido tan grande...

SIMON.

¿Sí, eh?

RITA.

Cierto... Un ruido y... Y mire V. (*Alza la jaula que está en el suelo.*) era la jaula del tordo... Pues la jaula era, no tiene duda... ¡Válgate Dios! ¿Si se habrá muerto?... No, vivo está, vaya... Algun gato habrá sido. Preciso.

SIMON.

Sí, algun gato.

RITA.

¡Pobre animal! Y qué asustadillo se conoce que está todavía.

SIMON.

Y con mucha razon... ¿No te parece, si le hubiera pillado el gato...

RITA.

Se le hubiera comido.

(*Cuelga la jaula de un clavo que habrá en la pared.*)

SIMON.

Y sin pebre... Ni plumas hubiera dejado.

D. DIEGO.

Tráeme esa luz.

RITA.

Ah! Deje V., encenderemos esta (*Enciende la vela que está sobre la mesa.*), que ya lo que no se ha dormido...

D. DIEGO.

¿Y doña Paquita duerme?

RITA.

Sí señor.

SIMON.

Pues mucho es que con el ruido del tordo...

D. DIEGO.

Vamos.

(*Don Diego se entra en su cuarto. Simon va con él llevándose una de las luces.*)

ESCENA VI.

DOÑA FRANCISCA, RITA.

Dª. FRANCISCA.

¿Ha parecido el papel?

RITA.

No señora.

Dª. FRANCISCA.

¿Y estaban aquí los dos cuando tú saliste?

RITA.

Yo no lo sé. Lo cierto es que el criado sacó una luz, y me hallé de repente, como por máquina, entre él y su amo, sin poder escapar, ni saber qué disculpa darles.

(*Rita coge la luz y vuelve á buscar la carta cerca de la ventana.*)

Dª. FRANCISCA.

Ellos eran sin duda... Aquí estarian cuando yo hablé desde la ventana... ¿Y ese papel?

RITA.

Yo no lo encuentro, señorita.

Dª. FRANCISCA.

Le tendrán ellos, no te canses... Si es lo único que faltaba á mi desdicha... No le busques. Ellos le tienen.

RITA.

A lo menos por aquí...

Dª. FRANCISCA.

¡Yo estoy loca! (*Siéntase.*)

RITA.

Sin haberse esplicado este hombre, ni decir siquiera...

Dª. FRANCISCA.

Cuando iba á hacerlo, me avisaste y fué preciso retirarnos... Pero ¿sabes tú con qué temor me habló, qué agitacion mostraba? Me dijo que en aquella carta veria yo los motivos justos que le precisaban á volverse; que la habia escrito para dejársela á persona fiel que la pusiera en mis manos, suponiendo que el verme seria imposible. Todo engaños, Rita, de un hombre aleve que prometió lo que no pensaba cumplir... Vino, halló un competidor, y diria: pues yo ¿para qué he de molestar á nadie, ni hacerme ahora defensor de una muger?... ¡Hay tantas mugeres!... Cásenla... Yo nada pierdo... Primero es mi tranquilidad que la vida de esa infeliz... ¡Dios mio, perdon!... ¡Perdon de haberle querido tanto!

RITA.

¡Ay señorita! (*Mirando hácia el cuarto de don Diego.*) que parece que salen ya.

Dª. FRANCISCA.

No importa, déjame.

RITA.

Pero si don Diego la ve á V. de esa manera...

Dª. FRANCISCA.

Si todo se ha perdido ya, ¿qué puedo temer?... ¿Y piensas tú que tengo alientos para levantarme?... Que vengan, nada importa.

ESCENA VII.

D. DIEGO, SIMON, Dª. FRANCISCA, RITA.

SIMON.

Voy enterado, no es menester mas.

D. DIEGO.

Mira, y haz que ensillen inmediatamente al moro, mientras tú vas allá. Si han salido, vuelves, montas á caballo, y en una buena carrera que dés, los alcanzas... ¿Las dos aquí, eh?... Con que vete, no se pierda tiempo.

(*Despues de hablar los dos, inmediatos á la puerta del cuarto de don Diego, se va Simon por la del foro.*)

SIMON.

Voy allá.

D. DIEGO.

Mucho se madruga, doña Paquita.

Dª. FRANCISCA.

Sí señor.

D. DIEGO.

¿Ha llamado ya doña Irene?

Dª. FRANCISCA.

No señor... Mejor es que vayas allá, por si ha despertado y se quiere vestir.

(*Rita se va al cuarto de doña Irene.*)

ESCENA VIII.

DON DIEGO, DOÑA FRANCISCA.

D. DIEGO.

¿V. no habrá dormido bien esta noche?

Dª. FRANCISCA.

No señor. ¿Y V.?

D. DIEGO.

Tampoco.

Dª. FRANCISCA.

Ha hecho demasiado calor.

D. DIEGO.

¿Está V. desazonada?

Dª. FRANCISCA.

Alguna cosa.

D. DIEGO.

¿Qué siente V.?

(*Siéntase junto á doña Francisca.*)

Dª. FRANCISCA.

No es nada... Asi un poco de... Nada... no tengo nada.

D. DIEGO.

Algo será; porque la veo á V. muy abatida, llorosa, inquieta... ¿Qué tiene V., Paquita? ¿No sabe V. que la quiero tanto?

Dª. FRANCISCA.

Si señor.

D. DIEGO.

Pues ¿porqué no hace V. mas confianza de mí? ¿Piensa V. que no tendré yo mucho gusto en hallar ocasiones de complacerla?

Dª. FRANCISCA.

Ya lo sé.

D. DIEGO.

¿Pues cómo, sabiendo que tiene V. un amigo, no desahoga con él su corazon?

Dª. FRANCISCA.

Porque eso mismo me obliga á callar.

D. DIEGO.

Eso quiere decir que tal vez yo soy la causa de su pesadumbre de V.

Dª. FRANCISCA.

No señor, V. en nada me ha ofendido... No es de V. de quien yo me debo quejar.

D. DIEGO.

¿Pues de quién, hija mia?... Venga V. acá... (*Acèrcase mas.*) Hablemos siquiera una vez sin rodeos ni disimulacion... Dígame V., ¿no es cierto que V. mira con algo de repugnancia este casamiento que se la propone? ¿Cuánto va que si la dejasen á V. entera libertad para la eleccion, no se casaria conmigo?

Dª. FRANCISCA.

Ni con otro.

D. DIEGO.

¿Será posible que V. no conozca otro mas amable que yo; que la quiera bien, y que la corresponda como V. merece?

Dª. FRANCISCA.

No señor, no señor.

D. DIEGO.

Mírelo V. bien.

Dª. FRANCISCA.

¿No le digo á V. que no?

D. DIEGO.

¿Y he de creer, por dicha, que conserve V. tal inclinacion al retiro en que se ha criado, que prefiera la austeridad del convento á una vida mas...

Dª. FRANCISCA.

Tampoco, no señor... Nunca he pensado asi.

D. DIEGO.

No tengo empeño de saber mas... Pero de todo lo que acabo de oir, resulta una gravísima contradiccion. V. no se halla inclinada al estado religioso, segun parece. V. me asegura que no tiene queja ninguna de mí, que está persuadida de lo mucho que la estimo, que no piensa casarse con otro, ni debo recelar que nadie me dispute su mano... Pues ¿qué llanto es ese? ¿De dónde nace esa tristeza profunda, que en tan poco tiempo ha alterado su semblante de V. en términos que apenas le reconozco? ¿Son estas las señales de quererme esclusivamente á mí, de casarse gustosa conmigo dentro de pocos dias? ¿Se anuncian asi la alegría y el amor?

(*Vase iluminando lentamente el teatro, suponiéndose que viene la luz del dia.*)

Dª. FRANCISCA.

Y ¿qué motivos le he dado á V. para tales desconfianzas?

D. DIEGO.

¿Pues qué? Si yo prescindo de estas consideraciones, si apresuro las dili-

gencias de nuestra union, si su madre de V. sigue aprobándola, y llega el caso de...

Dª. FRANCISCA.

Haré lo que mi madre me manda, y me casaré con V.

D. DIEGO.

¿Y despues, Paquita?

Dª. FRANCISCA.

Despues... y mientras me dure la vida seré muger de bien.

D. DIEGO.

Eso no lo puedo yo dudar... Pero si V. me considera como el que ha de ser hasta la muerte su compañero y su amigo, dígame V., estos títulos ¿no me dan algun derecho para merecer de V. mayor confianza? ¿No he de lograr que V. me diga la causa de su dolor? Y no para satisfacer una impertinente curiosidad, sino para emplearme todo en su consuelo, en mejorar su suerte, en hacerla dichosa, si mi conato y mis diligencias pudiesen tanto.

Dª. FRANCISCA.

¡Dichas para mí!... Ya se acabaron.

D. DIEGO.

¿Porqué?

Dª. FRANCISCA.

Nunca diré porqué.

D. DIEGO.

¡Pero qué obstinado, qué imprudente silencio!... cuando V. misma debe presumir que no estoy ignorante de lo que hay.

Dª. FRANCISCA.

Si V. lo ignora, señor don Diego, por Dios no finja que lo sabe; y si en efecto lo sabe V., no me lo pregunte.

D. DIEGO.

Bien está. Una vez que no hay nada que decir, que esa afliccion y esas lágrimas son voluntarias, hoy llegaremos á Madrid, y dentro de ocho dias será V. mi muger.

Dª. FRANCISCA.

Y daré gusto á mi madre.

D. DIEGO.

Y vivirá V. infeliz.

Dª. FRANCISCA.

Ya lo sé.

D. DIEGO.

Ve aquí los frutos de la educacion. Esto es lo que se llama criar bien á una niña; enseñarla á que desmienta y oculte las pasiones mas inocentes con una pérfida disimulacion. Las juzgan honestas luego que las ven instruidas en el arte de callar y mentir. Se obstinan en que el temperamento, la edad ni el genio no han de tener influencia alguna en sus inclinaciones, ó en que su voluntad ha de torcerse al capricho de quien las gobierna. Todo se las permite, menos la sinceridad. Con tal que no digan lo que sienten, con tal que finjan aborrecer lo que mas desean, con tal que se presten á pronunciar, cuando se lo manden, un sí perjuro, sacrílego, orígen de tantos escándalos, ya estan bien criadas; y se llama escelente educacion la que inspira en ellas el temor, la astucia y el silencio de un esclavo.

Dª. FRANCISCA.

Es verdad... Todo eso es cierto... Eso exigen de nosotras, eso aprendemos en la escuela que se nos da... Pero el motivo de mi afliccion es mucho mas grande.

D. DIEGO.

Sea cual fuere, hija mia, es menester que V. se anime... Si la ve á V. su madre de esa manera, ¿qué ha de decir?... Mire V. que ya parece que se ha levantado.

Dª. FRANCISCA.

¡Dios mio!

D. DIEGO.

Sí, Paquita: conviene mucho que V. vuelva un poco sobre si... No abandonarse tanto... Confianza en Dios...

Vamos, que no siempre nuestras desgracias son tan grandes como la imaginacion las pinta... ¡Mire V. qué desórden este! qué agitacion! qué lágrimas! Vaya, ¿me da V. palabra de presentarse asi... con cierta serenidad y... eh?

Dª. FRANCISCA.

Y V., señor... Bien sabe V. el genio de mi madre. Si V. no me defiende, ¿á quién he de volver los ojos? ¿Quién tendrá compasion de esta desdichada?

D. DIEGO.

Su buen amigo de V... Yo... ¿Cómo es posible que yo la abandonase, criatura, en la situacion dolorosa en que la veo?

(Asiéndola de las manos.)

Dª. FRANCISCA.

¿De veras?

D. DIEGO.

Mal conoce V. mi corazon.

Dª. FRANCISCA.

Bien le conozco.

(Quiere arrodillarse; don Diego se lo estorba, y ambos se levantan.)

D. DIEGO.

¿Qué hace V., niña?

Dª. FRANCISCA.

Yo no sé... ¡Qué poco merece toda esa bondad una muger tan ingrata para con V.!... No, ingrata no, infeliz... ¡Ay, qué infeliz soy, señor don Diego!

D. DIEGO.

Yo bien sé que V. agradece como puede el amor que la tengo... Lo demas todo ha sido... ¿qué sé yo? una equivocacion mia, y no otra cosa... Pero V., inocente, V. no ha tenido la culpa.

Dª. FRANCISCA.

Vamos... ¿No viene V.?

D. DIEGO.

Ahora no, Paquita. Dentro de un rato iré por allá.

Dª. FRANCISCA.

Vaya V. presto.

(Encaminándose al cuarto de doña Irene, vuelve y se despide de don Diego besándole las manos.)

D. DIEGO.

Sí, presto iré.

ESCENA IX.

SIMON, DON DIEGO.

SIMON.

Ahí estan, señor.

D. DIEGO.

¿Qué dices?

SIMON.

Cuando yo salia de la puerta, los ví á lo lejos que iban ya de camino. Empecé á dar voces y hacer señas con el pañuelo: se detuvieron, y apenas llegué y le dije al señorito lo que V. mandaba, volvió las riendas, y está abajo. Le encargué que no subiera hasta que le avisara yo, por si acaso habia gente aquí, y V. no queria que le viesen.

D. DIEGO.

¿Y qué dijo cuando le diste el recado?

SIMON.

Ni una sola palabra... Muerto viene... Ya digo, ni una sola palabra... A mí me ha dado compasion el verle asi, tan...

D. DIEGO.

No me empieces ya á interceder por él.

SIMON.

¿Yo, señor?

D. DIEGO.

Sí, que no te entiendo yo... Compasion!... Es un pícaro.

SIMON.

Como yo no sé lo que ha hecho.

D. DIEGO.

Es un bribon, que me ha de quitar la vida... Ya te he dicho que no quiero intercesores.

SIMON.

Bien está, señor.

(*Vase por la puerta del foro. Don Diego se sienta, manifestando inquietud y enojo.*)

D. DIEGO.

Díle que suba.

ESCENA X.

DON CARLOS, DON DIEGO.

D. DIEGO.

Venga V. acá, señorito, venga V... ¿En dónde has estado desde que no nos vemos?

D. CARLOS.

En el meson de afuera.

D. DIEGO.

¿Y no has salido de allí en toda la noche, eh?

D. CARLOS.

Sí señor, entré en la ciudad y...

D. DIEGO.

¿A qué?... Siéntese V.

D. CARLOS.

Tenia precision de hablar con un sugeto...

(*Siéntase.*)

D. DIEGO.

Precision!

D. CARLOS.

Sí señor... Le debo muchas atenciones, y no era posible volverme á Zaragoza sin estar primero con él.

D. DIEGO.

Ya. En habiendo tantas obligaciones de por medio... Pero venirle á ver á las tres de la mañana, me parece mucho desacuerdo... ¿Porqué no le escribiste un papel?... Mira, aquí he de tener... Con este papel que le hubieras enviado en mejor ocasion, no habia necesidad de hacerle trasnochar, ni molestar á nadie.

(*Dándole el papel que tiraron á la ventana. Don Cárlos, luego que le reconoce, se le vuelve y se levanta en ademan de irse.*)

D. CARLOS.

Pues si todo lo sabe V., ¿para qué me llama? ¿Porqué no me permite seguir mi camino, y se evitaria una contestacion, de la cual ni V. ni yo quedaremos contentos?

D. DIEGO.

Quiere saber su tio de V. lo que hay en esto, y quiere que V. se lo diga.

D. CARLOS.

¿Para qué saber mas?

D. DIEGO.

Porque yo lo quiero y lo mando. Oiga!

D. CARLOS.

Bien está.

D. DIEGO.

Siéntate ahí... (*Siéntase don Cárlos.*) ¿En dónde has conocido á esta niña?... ¿Qué amor es este? ¿Qué circunstancias han ocurrido?... ¿Qué obligaciones hay entre los dos? ¿Dónde, cuándo la viste?

D. CARLOS.

Volviéndome á Zaragoza el año pasado, llegué á Guadalajara sin ánimo de detenerme; pero el intendente, en cuya casa de campo nos apeamos, se empeñó en que habia de quedarme allí todo aquel dia, por ser cumpleaños de su parienta, prometiéndome que al siguiente me dejaria proseguir mi viaje. Entre las gentes convidadas hallé á doña Paquita, á quien la señora habia sacado aquel dia del convento para que se esparciese un poco... Yo no sé qué ví en ella, que escitó en mí una inquietud, un deseo constante, irresistible de mirarla, de oirla, de hallarme á su lado, de hablar con ella, de hacerme agradable á sus ojos... El intendente dijo entre otras cosas... burlándose... que yo era

muy enamorado, y le ocurrió fingir que me llamaba don Félix de Toledo. Yo sostuve esta ficcion, porque desde luego concebí la idea de permanecer algun tiempo en aquella ciudad, evitando que llegase á noticia de V... Observé que doña Paquita me trató con un agrado particular, y cuando por la noche nos separamos, yo quedé lleno de vanidad y de esperanzas, viéndome preferido á todos los concurrentes de aquel dia, que fueron muchos. En fin... Pero no quisiera ofender á V. refiriéndole...

D. DIEGO.

Prosigue.

D. CARLOS.

Supe que era hija de una señora de Madrid, viuda y pobre, pero de gente muy honrada... Fué necesario fiar de mi amigo los proyectos de amor que me obligaban á quedarme en su compañía; y él, sin aplaudirlos ni desaprobarlos, halló disculpas las mas ingeniosas para que ninguno de su familia estrañara mi detencion. Como su casa de campo está inmediata á la ciudad, fácilmente iba y venia de noche... Logré que doña Paquita leyese algunas cartas mias; y con las pocas respuestas que de ella tuve, acabé de precipitarme en una pasion que mientras viva me hará infeliz.

D. DIEGO.

Vaya... Vamos, sigue adelante.

D. CARLOS.

Mi asistente (que, como V. sabe, es hombre de travesura, y conoce el mundo) con mil artificios que á cada paso le ocurrian, facilitó los muchos estorbos que al principio hallábamos... La seña era dar tres palmadas, á las cuales respondian con otras tres desde una ventanilla que daba al corral de las monjas. Hablábamos todas las noches, muy á deshora, con el recato y las precauciones que ya se dejan entender... Siempre fuí para ella don Félix de Toledo, oficial de un regimiento, estimado de mis gefes, y hombre de honor. Nunca la dije mas, ni la hablé de mis parientes ni de mis esperanzas, ni la dí á entender que casándose conmigo podria aspirar á mejor fortuna; porque ni me convenia nombrarle á V., ni quise esponerla á que las miras de interes, y no el amor, la inclinasen á favorecerme. De cada vez la hallé mas fina, mas hermosa, mas digna de ser adorada... Cerca de tres meses me detuve allí; pero al fin, era necesario separarnos, y una noche funesta me despedí, la dejé rendida á un desmayo mortal, y me fuí ciego de amor á donde mi obligacion me llamaba... Sus cartas consolaron por algun tiempo mi ausencia triste, y en una que recibí pocos dias ha, me dijo como su madre trataba de casarla, que primero perderia la vida que dar su mano á otro que á mí: me acordaba mis juramentos, me exhortaba á cumplirlos... Monté á caballo, corrí precipitado el camino, llegué á Guadalajara; no la encontré, vine aquí... Lo demas bien lo sabe V., no hay para que decírselo.

D. DIEGO.

¿Y qué proyectos eran los tuyos en esta venida?

D. CARLOS.

Consolarla, jurarla de nuevo un eterno amor, pasar á Madrid, verle á V., echarme á sus pies, referirle todo lo ocurrido, y pedirle, no riquezas, ni herencias, ni protecciónes, ni... eso no... Solo su consentimiento y su bendicion para verificar un enlace tan suspirado, en que ella y yo fundábamos toda nuestra felicidad.

D. DIEGO.

Pues ya ves, Cárlos, que es tiempo de pensar muy de otra manera.

D. CARLOS.

Sí señor.

D. DIEGO.

Si tú la quieres, yo la quiero tambien. Su madre y toda su familia aplauden este casamiento. Ella... y sean las que fueren las promesas que á tí te hizo... ella misma, no ha media hora, me ha dicho que está pronta á obedecer á su madre y darme la mano asi que...

D. CARLOS.

Pero no el corazon.

(*Levántase.*)

D. DIEGO.

¿Qué dices?

D. CARLOS.

No, eso no... Seria ofenderla... V. celebrará sus bodas cuando guste: ella se portará siempre como conviene á su honestidad y á su virtud; pero yo he sido el primero, el único objeto de su cariño, lo soy, y lo seré... V. se llamará su marido, pero si alguna ó muchas veces la sorprende, y ve sus ojos hermosos inundados en lágrimas, por mí las vierte... No la pregunte V. jamas el motivo de sus melancolías... Yo, yo seré la causa... Los suspiros, que en vano procurará reprimir, serán finezas dirigidas á un amigo ausente.

D. DIEGO.

¿Qué temeridad es esta?

(*Se levanta con mucho enojo, encaminándose hácia don Cárlos, el cual se va retirando.*)

D. CARLOS.

Ya se lo dije á V... Era imposible que yo hablase una palabra sin ofenderle... Pero acabemos esta odiosa conversacion... Viva V. feliz y no me aborrezca, que yo en nada le he querido disgustar... La prueba mayor que yo puedo darle de mi obediencia y mi respeto, es la de salir de aquí inmediatamente... Pero no se me niegue á lo menos el consuelo de saber que V. me perdona.

D. DIEGO.

¿Con que en efecto te vas?

D. CARLOS.

Al instante, señor... Y esta ausencia será bien larga.

D. DIEGO.

Porqué?

D. CARLOS.

Porque no me conviene verla en mi vida... Si las voces que corren de una próxima guerra se llegaran á verificar... entonces...

D. DIEGO.

¿Qué quieres decir?

(*Asiendo de un brazo á don Cárlos, le hace venir mas adelante.*)

D. CARLOS.

Nada... Que apetezco la guerra, porque soy soldado.

D. DIEGO.

Cárlos!... ¡Qué horror!... ¿Y tienes corazon para decírmelo?

D. CARLOS.

Alguien viene... (*Mirando con inquietud hácia el cuarto de doña Irene, se desprende de don Diego, y hace ademan de irse por la puerta del foro. Don Diego va detras de él y quiere impedírselo.*) Tal vez será ella... Quede V. con Dios.

D. DIEGO.

¿A dónde vas?... No señor, no has de irte.

D. CARLOS.

Es preciso... Yo no he de verla... Una sola mirada nuestra pudiera causarle á V. inquietudes crueles.

D. DIEGO.

Ya he dicho que no ha de ser... Entra en ese cuarto.

D. CARLOS.

Pero si...

D. DIEGO.

Haz lo que te mando.

(*Éntrase don Cárlos en el cuarto de don Diego.*)

ESCENA XI.

DOÑA IRENE, DON DIEGO.

Dª. IRENE.

Con que, señor don Diego, ¿es ya la de vámonos... Buenos dias... (*Apaga la luz que está sobre la mesa.*) ¿Reza V.?

D. DIEGO, *paseándose con inquietud.*

Sí, para rezar estoy ahora.

Dª. IRENE.

Si V. quiere, ya pueden ir disponiendo el chocolate, y que avisen al mayoral para que enganchen luego que... Pero ¿qué tiene V., señor?... ¿Hay alguna novedad?

D. DIEGO.

Sí, no deja de haber novedades.

Dª. IRENE.

Pues qué... Dígalo V. por Dios... ¡Vaya, vaya!... No sabe V. lo asustada que estoy... Cualquiera cosa, asi, repentina, me remueve toda y me... Desde el último mal parto que tuve quedé tan sumamente delicada de los nervios... Y va ya para diez y nueve años, si no son veinte; pero desde entonces, ya digo, cualquiera friolera me trastorna... Ni los baños, ni caldos de culebra, ni la conserva de tamarindos, nada me ha servido, de manera que...

D. DIEGO.

Vamos, ahora no hablemos de malos partos ni de conservas... Hay otra cosa mas importante de que tratar... ¿Qué hacen esas muchachas?

Dª. IRENE.

Estan recogiendo la ropa y haciendo el cofre, para que todo esté á la vela, y no haya detencion.

D. DIEGO.

Muy bien. Siéntese V... Y no hay que asustarse ni alborotarse (*Siéntanse los dos.*) por nada de lo que yo diga: y cuenta, no nos abandone el juicio cuando mas le necesitamos... Su hija de V. está enamorada...

Dª. IRENE.

¿Pues no lo he dicho ya mil veces? Sí señor, que lo está, y bastaba que yo lo dijese para que...

D. DIEGO.

¡Este vicio maldito de interrumpir á cada paso! Déjeme V. hablar.

Dª. IRENE.

Bien, vamos, hable V.

D. DIEGO.

Está enamorada; pero no está enamorada de mí.

Dª. IRENE.

¿Qué dice V.?

D. DIEGO.

Lo que V. oye.

Dª. IRENE.

Pero ¿quién le ha contado á V. esos disparates?

D. DIEGO.

Nadie. Yo lo sé, yo lo he visto, nadie me lo ha contado, y cuando se lo digo á V., bien seguro estoy de que es verdad... Vaya, ¿qué llanto es ese?

Dª. IRENE, *llorando.*

¡Pobre de mí!

D. DIEGO.

¿A qué viene eso?

Dª. IRENE.

¡Porque me ven sola y sin medios, y porque soy una pobre viuda, parece que todos me desprecian y se conjuran contra mí!

D. DIEGO.

Señora doña Irene...

Dª. IRENE.

Al cabo de mis años y de mis achaques, verme tratada de esta manera, como un estropajo, como una puerca

cenicienta, vamos al decir... ¿Quién lo creyera de V.?... ¡Válgame Dios!... ¡Si vivieran mis tres difuntos!... Con el último difunto que me viviera, que tenia un genio como una serpiente...

D. DIEGO.

Mire V., señora, que se me acaba ya la paciencia.

Dª. IRENE.

Que lo mismo era replicarle que se ponia hecho una furia del infierno; y un dia del Córpus, yo no sé por qué friolera, hartó de mojicones á un comisario ordenador, y si no hubiera sido por los que se pusieron de por medio, le estrella contra un poste en los portales de Santa Cruz.

D. DIEGO.

Pero ¿es posible que no ha de atender V. á lo que voy á decirla?

Dª. IRENE.

Ay! no señor, que bien lo sé, que no tengo pelo de tonta, no señor... V. ya no quiere á la niña, y busca pretestos para zafarse de la obligacion en que está... ¡Hija de mi alma y de mi corazon!

D. DIEGO.

Señora doña Irene, hágame V. el gusto de oirme, de no replicarme, de no decir despropósitos; y luego que V. sepa lo que hay, llore, y gima, y grite, y diga cuanto quiera... Pero entre tanto no me apure V. el sufrimiento, por amor de Dios.

Dª. IRENE.

Diga V. lo que le dé la gana.

D. DIEGO.

Que no volvamos otra vez á llorar y á...

Dª. IRENE.

No señor, ya no lloro.

(*Enjugándose las lágrimas con un pañuelo.*)

D. DIEGO.

Pues hace ya cosa de un año, poco mas ó menos, que doña Paquita tiene otro amante. Se han hablado muchas veces, se han escrito, se han prometido amor, fidelidad, constancia... Y por último, existe en ambos una pasion tan fina, que las dificultades y la ausencia, lejos de disminuirla, han contribuido eficazmente á hacerla mayor... En este supuesto...

Dª. IRENE.

Pero ¿no conoce V., señor, que todo es un chisme, inventado por alguna mala lengua que no nos quiere bien?

D. DIEGO.

Volvemos otra vez á lo mismo... No señora, no es chisme. Repito de nuevo que lo sé.

Dª. IRENE.

¿Qué ha de saber V., señor, ni qué traza tiene eso de verdad? ¡Con que la hija de mis entrañas encerrada en un convento... que no sabe lo que es mundo, que no ha salido todavía del cascaron, como quien dice!... Bien se conoce que no sabe V. el genio que tiene su tia... Pues bonita es ella para haber disimulado á su sobrina el menor desliz.

D. DIEGO.

Aquí no se trata de ningun desliz, señora doña Irene: se trata de una inclinacion honesta, de la cual hasta ahora no habiamos tenido antecedente alguno. Su hija de V. es una niña muy honrada, y no es capaz de deslizarse... Lo que digo es que todas las tias, y las parientas, y las madres, y V., y yo el primero, nos hemos equivocado solemnemente. La muchacha se quiere casar con otro, y no conmigo... Hemos llegado tarde; V. ha contado muy de ligero con la voluntad de su hija... Vaya, ¿para qué es cansarnos? Lea V. ese papel, y verá si tengo razon.

(*Saca el papel de don Cárlos y se le da. Doña Irene, sin leerle, se levanta muy*

agitada, se acerca á la puerta de su cuarto y llama. Levántase don Diego, y procura en vano contenerla.)

Dª. IRENE.

¡Yo he de volverme loca!... Francisquita!... ¡Vírgen santa!... Rita! Francisca!

D. DIEGO.

Pero ¿á qué es llamarlas?

Dª. IRENE.

Sí señor, que quiero que venga, y que se desengañe la pobrecita de quien es V.

D. DIEGO.

Lo echó todo á rodar... Esto le sucede á quien se fia de la prudencia de una muger.

ESCENA XII.

DOÑA FRANCISCA, RITA, DOÑA IRENE, DON DIEGO.

RITA.

Señora!

Dª. FRANCISCA.

¿Me llamaba V.?

Dª. IRENE.

Sí, hija, sí; porque el señor don Diego nos trata de un modo que ya no se puede aguantar. ¿Qué amores tienes, niña? ¿A quién has dado palabra de matrimonio? ¿Qué enredos son estos?... Y tú, picarona... Pues tú tambien lo has de saber... Por fuerza lo sabes... ¿Quién ha escrito este papel? ¿Qué dice?...

(*Presentando el papel abierto á doña Francisca.*)

RITA, *aparte á doña Francisca.*

Su letra es.

Dª. FRANCISCA.

¡Qué maldad!... Señor don Diego, ¿asi cumple V. su palabra!

D. DIEGO.

Bien sabe Dios que no tengo la culpa... Venga V. aquí... (*Asiendo de una mano á doña Francisca, la pone á su lado.*) No hay que temer... Y V., señora, escuche y calle, y no me ponga en términos de hacer un desatino... Déme V. ese papel... (*Quitándola el papel de las manos á doña Irene.*) Paquita, ya se acuerda V. de las tres palmadas de esta noche.

Dª. FRANCISCA.

Mientras viva me acordaré.

D. DIEGO.

Pues este es el papel que tiraron á la ventana... No hay que asustarse, yo lo he dicho. (*Lee.*) « Bien mio : si no consigo hablar con V., haré lo posible para que llegue á sus manos esta carta. Apenas me separé de V., encontré en la posada al que yo llamaba mi enemigo, y al verle no sé cómo no espiré de dolor. Me mandó que saliera inmediatamente de la ciudad, y fué preciso obedecerle. Yo me llamo don Cárlos, no don Félix... Don Diego es mi tio. Viva V. dichosa, y olvide para siempre á su infeliz amigo — *Cárlos de Urbina.* »

Dª. IRENE.

¿Con que hay eso?

Dª. FRANCISCA.

¡Triste de mí!

Dª. IRENE.

¿Con qúe es verdad lo que decia el señor, grandísima picarona? Te has de acordar de mí.

(*Se encamina hácia doña Francisca, muy colérica y en ademan de querer maltratarla. Rita y don Diego procuran estorbarlo.*)

Dª. FRANCISCA.

Madre!... Perdon.

Dª. IRENE.

No señor, que la he de matar.

D. DIEGO.

¿Qué locura es esta?

Dª. IRENE.

He de matarla.

ESCENA XIII.

DON CARLOS, DON DIEGO, DOÑA IRENE, DOÑA FRANCISCA, RITA.

D. CARLOS.

Eso no... (*Sale don Cárlos del cuarto precipitadamente : coge de un brazo á doña Francisca, se la lleva hácia el fondo del teatro, y se pone delante de ella para defenderla. Doña Irene se asusta y se retira.*) Delante de mí nadie ha de ofenderla.

Dª. FRANCISCA.

Cárlos!

D. CARLOS, *acercándose á don Diego.*

Disimule V. mi atrevimiento... He visto que la insultaban, y no me he sabido contener.

Dª. IRENE.

¿Qué es lo que me sucede, Dios mio?... ¿Quién es V.?... ¿Qué acciones son estas?... ¡Qué escándalo!

D. DIEGO.

Aqui no hay escándalos... Ese es de quien su hija de V. está enamorada... Separarlos y matarlos, viene á ser lo mismo... Cárlos... No importa... Abraza á tu muger.

(*Don Cárlos va á donde está doña Francisca, se abrazan, y ambos se arrodillan á los pies de don Diego.*)

Dª. IRENE.

¿Con que su sobrino de V.?

D. DIEGO.

Sí señora, mi sobrino; que con sus palmadas, y su música, y su papel me ha dado la noche mas terrible que he tenido en mi vida... ¿Qué es esto, hijos mios, qué es esto?

Dª. FRANCISCA.

¿Con que V. nos perdona y nos hace felices?

D. DIEGO.

Sí, prendas de mi alma... Sí.

(*Los hace levantar con espresiones de ternura.*)

Dª. IRENE.

¿Y es posible que V. se determine á hacer un sacrificio...

D. DIEGO.

Yo pude separarlos para siempre, y gozar tranquilamente la posesion de esta niña amable; pero mi conciencia no lo sufre... Cárlos!... Paquita! ¡Qué dolorosa impresion me deja en el alma el esfuerzo que acabo de hacer!... Porque, al fin, soy hombre miserable y débil.

D. CARLOS, *besándole las manos.*

Si nuestro amor, si nuestro agradecimiento pueden bastar á consolar á V. en tanta pérdida...

Dª. IRENE.

¡Con que el bueno de don Cárlos! Vaya que...

D. DIEGO.

Él y su hija de V. estaban locos de amor, mientras V. y las tias fundaban castillos en el aire, y me llenaban la cabeza de ilusiones, que han desaparecido como un sueño... Esto resulta del abuso de la autoridad, de la opresion que la juventud padece : estas son las seguridades que dan los padres y los tutores, y esto lo que se debe fiar en el sí de las niñas... Por una casualidad he sabido á tiempo el error en que estaba... ¡ay de aquellos que lo saben tarde!

Dª. IRENE.

En fin, Dios los haga buenos, y que por muchos años se gocen... Venga V. acá, señor, venga V., que quiero abrazarle... (*Abrázanse don Cárlos y doña Irene ; doña Francisca se arrodilla y la besa la mano.*) Hija, Francisquita. Vaya! Buena eleccion has tenido... Cierto que es un mozo muy galan... Morenillo, pero tiene un mirar de ojos muy hechicero.

RITA.

Sí, dígaselo V., que no lo ha repa-

rado la niña... Señorita, un millon de besos.

(*Doña Francisca y Rita se besan, manifestando mucho contento.*)

Dª. FRANCISCA.

¿Pero ves qué alegría tan grande?... Y tú, como me quieres tanto... siempre, siempre serás mi amiga.

D. DIEGO.

Paquita hermosa, (*Abraza á doña Francisca.*) recibe los primeros abrazos de tu nuevo padre... No temo ya la soledad terrible que amenazaba á mi vejez... Vosotros (*Asiendo de las manos á doña Francisca y á don Cárlos.*) seréis la delicia de mi corazon; y el primer fruto de vuestro amor... sí, hijos, aquel... no hay remedio, aquel es para mí. Y cuando le acaricie en mis brazos podré decir: á mí me debe su existencia este niño inocente; si sus padres viven, si son felices, yo he sido la causa.

D. CARLOS.

¡Bendita sea tanta bondad!

D. DIEGO.

Hijos, bendita sea la de Dios.

LA ESCUELA DE LOS MARIDOS.

PERSONAS.

DON GREGORIO.	COSME.	
DON MANUEL.	UN COMISARIO.	
DOÑA ROSA.	UN ESCRIBANO.	
DOÑA LEONOR.	UN LACAYO.	No hablan
JULIANA.	UN CRIADO.	No hablan
DON ENRIQUE.		

La escena es en Madrid, en la plazuela de los Afligidos.

La primera casa á mano derecha inmediata al proscenio es la de D. Gregorio, y la de enfrente la de D. Manuel. Al fin de la acera, junto al foro, está la de D. Enrique, y al otro lado la del comisario. Habrá salidas de calle practicables para salir y entrar los personages de la comedia.

La accion empieza á las cinco de la tarde, y acaba á las ocho de la noche.

LA ESCUELA DE LOS MARIDOS.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

DON MANUEL, DON GREGORIO.

D. GREGORIO.

Y por último, señor don Manuel, aunque V. es en efecto mi hermano mayor, yo no pienso seguir sus correcciones de V. ni sus ejemplos. Haré lo que guste, y nada mas; y me va muy lindamente con hacerlo asi.

D. MANUEL.

Ya; pero das lugar á que todos se burlen, y...

D. GREGORIO.

¿Y quién se burla? Otros tan mentecatos como tú.

D. MANUEL.

Mil gracias por la atencion, señor don Gregorio.

D. GREGORIO.

Y bien, ¿qué dicen esos graves censores? ¿Qué hallan en mí que merezca su desaprobacion?

D. MANUEL.

Desaprueban la rusticidad de tu carácter, esa aspereza que te aparta del trato y los placeres honestos de la sociedad, esa estravagancia que te hace tan ridículo en cuanto piensas y dices y obras, y hasta en el modo de vestir te singulariza.

D. GREGORIO.

En eso tienen razon, y conozco lo mal que hago en no seguir puntualmente lo que manda la moda; en no proponerme por modelo á los mocitos evaporados, casquivanos y pisaverdes. Si asi lo hiciera, estoy bien seguro de que mi hermano mayor me lo aplaudiria; porque, gracias á Dios, le veo acomodarse puntualmente á cuantas locuras adoptan los otros.

D. MANUEL.

¡Es raro empeño el que has tomado de recordarme tan á menudo que soy viejo! Tan viejo soy, que te llevo dos años de ventaja; yo he cumplido cuarenta y cinco, y tú cuarenta y tres; pero aunque los mios fuesen muchos mas, ¿seria esta una razon para que me culparas el ser tratable con las gentes, el tener buen humor, el gustar de vestirme con decencia, andar limpio, y... ¿Pues qué, la vejez nos condena por ventura á aborrecerlo todo, á no pensar en otra cosa que en la muerte? ¿O deberemos añadir á la deformidad que traen los años consigo un desaliño voluntario, una sordidez que repugne á cuantos nos vean; y sobre todo, un mal humor y un ceño que nadie pueda sufrir? Yo te aseguro que si no mudas de sistema, la pobre Rosita será poco feliz con un marido tan impertinente como tú, y que el matrimonio que la previenes será tal vez un orígen de disgustos y

de recíproco aborrecimiento, que...

D. GREGORIO.

La pobre Rosita vivirá mas dichosa conmigo, que su hermanita la pobre Leonor destinada á ser esposa de un caballero de tus prendas y de tu mérito. Cada uno procede y discurre como le parece, señor hermano... Las dos son huérfanas; su padre, amigo nuestro, nos dejó encargada al tiempo de su muerte la educacion de entrambas; y previno que si andando el tiempo queríamos casarnos con ellas, desde luego aprobaba y bendecia esta union; y en caso de no verificarse, esperaba que las buscaríamos una colocacion proporcionada, fiándolo todo á nuestra honradez y á la mucha amistad que con él tuvimos. En efecto, nos dió sobre ellas la autoridad de tutor, de padre y esposo. Tú te encargaste de cuidar de Leonor, y yo de Rosita : tú has enseñado á la tuya como has querido, y yo á la mia como me ha dado la gana, ¿estamos?

D. MANUEL.

Sí; pero me parece á mi...

D. GREGORIO.

Lo que á mí me parece es que V. no ha sabido educar la suya; pero repito que cada cual puede hacer en esto lo que mas le agrade. Tú consientes que la tuya sea despejada y libre y pispireta : séalo en buen hora. Permites que tenga criadas, y se deje servir como una señorita : lindamente. La das ensanches para pasearse por el lugar, ir á visitas, y oir las dulzuras de tanto enamorado zascandil : muy bien hecho. Pero yo pretendo que la mia viva á mi gusto, y no al suyo; que se ponga un juboncito de estameña; que no me gaste zapaticos de color sino los dias en que repican recio; que se esté quietecita en casa, como conviene á una doncella virtuosa; que acuda á todo; que barra, que limpie, y cuando haya concluido estas ocupaciones, me remiende la ropa y haga calceta. Esto es lo que quiero; y que nunca oiga las tiernas quejas de los mozalbetes antojadizos; que no hable con nadie, ni con el gato, sin tener escucha; que no salga de casa jamas sin llevar escolta... La carne es frágil, señor mio : yo veo los trabajos que pasan otros; y puesto que ha de ser mi muger, quiero asegurarme de su conducta, y no esponerme á aumentar el número de los maridos zanguangos.

ESCENA II.

DOÑA LEONOR, DONA ROSA, JULIANA, DON GREGORIO, DON MANUEL.

(*Las tres salen con mantilla y basquiña de casa de don Gregorio, y hablan inmediatas á la puerta.*)

Dª. LEONOR.

No te dé cuidado. Si te riñe, yo me encargo de responderle.

JULIANA.

¡Siempre metida en un cuarto, sin ver la calle, ni poder hablar con persona humana! ¡Qué fastidio!

Dª. LEONOR.

Mucha lástima tengo de tí.

Dª. ROSA.

Milagro es que no me haya dejado debajo de llave, ó me haya llevado consigo, que aun es peor.

JULIANA.

Le echaria yo mas alto que...

D. GREGORIO.

Oiga! ¿Y á dónde van Vds., niñas?

Dª. LEONOR.

La he dicho á Rosita que se venga conmigo para que se esparza un poco. Saldremos por aquí por la puerta de San Bernardino, y entraremos por la de Fuencarral. Don Manuel nos hará el gusto de acompañarnos...

D. MANUEL.

Sí por cierto : vamos allá.

Dª. LEONOR.

Y mire V. : yo me quedo á merendar en casa de doña Beatriz... Me ha dicho tantas veces que porqué no llevo á esta por allá, que ya no sé qué decirla : con que, si V. quiere, irá conmigo esta tarde; merendaremos, nos divertiremos un rato por el jardin, y al anochecer estamos de vuelta.

D. GREGORIO.

Usted (*A doña Leonor, á Juliana, á don Manuel y á doña Rosa, segun lo indica el diálogo.*) puede irse á donde guste : V. puede ir con ella... Tal para cual. V. puede acompañarlas si lo tiene á bien; y V. á casa.

D. MANUEL.

Pero, hermano, déjalas que se diviertan, y que...

D. GREGORIO.

A mas ver.

(*Coge del brazo á doña Rosa, haciendo ademan de entrarse con ella en su casa.*)

D. MANUEL.

La juventud necesita...

D. GREGORIO.

La juventud es loca, y la vejez es loca tambien muchas veces.

D. MANUEL.

Pero ¿hay algun inconveniente en que se vaya con su hermana?

D. GREGORIO.

No, ninguno; pero conmigo está mucho mejor.

D. MANUEL.

Considera que...

D. GREGORIO.

Considero que debe hacer lo que yo la mande... y considero que me interesa mucho su conducta.

D. MANUEL.

Pero ¿piensas tú que me será indiferente á mí la de su hermana?

JULIANA, *aparte.*

¡Tuerto maldito!

Dª. ROSA.

No creo que tiene V. motivo ninguno para...

D. GREGORIO.

V. calle, señorita, que ya la esplicaré yo á V. si es bien hecho querer salir de casa sin que yo se lo proponga, y la lleve, y la traiga, y la cuide.

Dª. LEONOR.

Pero ¿qué quiere V. decir con eso?

D. GREGORIO.

Señora doña Leonor, con V. no va nada. V. es una doncella muy prudente. No hablo con V.

Dª. LEONOR.

Pero ¿piensa V. que mi hermana estará mal en mi compañía?

D. GREGORIO.

¡Oh, qué apurar! (*Suelta el brazo de doña Rosa y se acerca á donde estan los demas.*) No estará muy bien, no señora; y hablando en plata, las visitas que V. la hace me agradan poco, y el mayor favor que V. puede hacerme, es el de no volver por acá.

Dª. LEONOR.

Mire V., señor don Gregorio, usando con V. de la misma franqueza, le digo que yo no sé como ella tomará semejantes procedimientos; pero bien adivino el efecto que haria en mí una desconfianza tan injusta. Mi hermana es; pero dejaria de tener mi sangre, si fuesen capaces de inspirarla amor esos modales feroces, y esa opresion en que V. la tiene.

JULIANA.

Y dice bien. Todos esos cuidados son cosa insufrible. ¡Encerrar de esa manera á las mugeres! Pues qué, ¿estamos entre Turcos, que dicen que las tienen allá como esclavas, y que por eso son malditos de Dios? ¡Vaya, que nuestro honor debe ser cosa bien quebradiza, si tanto afan se necesita para

conservarle! Y que, ¿piensa V. que todas esas precauciones pueden estorbarnos el hacer nuestra santísima voluntad? Pues no lo crea V.; y al hombre mas ladino le volvemos tarumba cuando se nos pone en la cabeza burlarle y confundirle. Ese encerramiento y esas centinelas son ilusiones de locos, y lo mas seguro es fiarse de nosotras. El que nos oprime, á grandísimo peligro se espone; nuestro honor se guarda á sí mismo, y el que tanto se afana en cuidar de él, no hace otra cosa que despertarnos el apetito. Yo de mí sé decir, que si me tocara en suerte un marido tan caviloso como V. y tan desconfiado, por el nombre que tengo que me las habia de pagar.

D. GREGORIO.

Mira la buena enseñanza que das á tu familia, ves? ¿Y lo sufres con tanta paciencia?

D. MANUEL.

En lo que ha dicho no hallo motivos de enfadarme, sino de reir; y bien considerado no la falta razon. Su sexo necesita un poco de libertad, Gregorio, y el rigor escesivo no es á propósito para contenerle. La virtud de las esposas y de las doncellas no se debe ni á la vigilancia mas suspicaz, ni á las celosías, ni á los cerrojos. Bien poco estimable seria una muger, si solo fuese honesta por necesidad y no por eleccion. En vano queremos dirigir su conducta, si antes de todo no procuramos merecer su confianza y su cariño. Yo te aseguro que, á pesar de todas las precauciones imaginables, siempre temeria que peligrase mi honor en manos de una persona á quien solo faltase la ocasion de ofenderme, si por otra parte la sobraban los deseos.

D. GREGORIO.

Todo eso que dices no vale nada.

(Juliana se acerca á doña Rosa, que estará algo apartada. Don Gregorio lo advierte, la mira con enojo, y Juliana vuelve á retirarse.)

D. MANUEL.

Será lo que tú quieras... Pero insisto en que es menester instruir á la juventud con la risa en los labios, reprender sus defectos con grandísima dulzura, y hacerla que ame la virtud, no que á su nombre se atemorice. Estas máximas he seguido en la educacion de Leonor. Nunca he mirado como delito sus desahogos inocentes, nunca me he negado á complacer aquellas inclinaciones que son propias de la primera edad; y te aseguro que hasta ahora no me ha dado motivos de arrepentirme. La he permitido que vaya á concurrencias, á diversiones, que baile, que frecuente los teatros; porque en mi opinion (suponiendo siempre los buenos principios) contribuye mucho á rectificar el juicio de los jóvenes. Y á la verdad, si hemos de vivir en el mundo, la escuela del mundo instruye acaso tanto como los libros mas doctos. Su padre dispuso que fuera mi muger; pero estoy bien lejos de tiranizarla: para ninguna cosa la daré mayor libertad que para esta resolucion, porque no debo olvidarme de la diferencia que hay entre sus años y los mios. Mas quiero verla agena, que poseerla á costa de la menor repugnancia suya.

D. GREGORIO.

¡Qué blandura, qué suavidad! Todo es miel y almíbar... Pero permítame V. que le diga, señor hermano, que cuando se ha concedido en los primeros años demasiada holgura á una niña, es muy difícil ó acaso imposible el sujetarla despues, y que se verá V. sumamente embrollado cuando su pupila sea ya su muger, y por consecuencia tenga que mudar de vida y costumbres.

D. MANUEL.

Y ¿porqué ha de hacerse esa mudanza?

D. GREGORIO.

Porqué?

D. MANUEL.

Sí.

D. GREGORIO.

No sé. Si V. no lo alcanza, yo no lo sé tampoco.

D. MANUEL.

¿Pues hay algo en eso contra la estimacion?

D. GREGORIO.

Calle! ¿Con que si V. se casa con ella, la dejará vivir en la misma santa libertad que ha tenido hasta ahora?

D. MANUEL.

¿Y porqué no?

D. GREGORIO.

¿Y consentirá que gaste blondas y cintas y flores y abaniquitos de anteojo y...

D. MANUEL.

Sin duda.

D. GREGORIO.

¿Y que vaya al Prado y á la comedia con otras cabecillas, y habrá simoniaca y merienda en el rio, y...

D. MANUEL.

Cuando ella quiera.

D. GREGORIO.

¿Y tendrá V. conversacion en casa, chocolate, lotería, baile, fortepiano y coplitas italianas?

D. MANUEL.

Preciso.

D. GREGORIO.

¿Y la señorita oirá las impertinencias de tanto galan amartelado?

D. MANUEL.

Si no es sorda.

D. GREGORIO.

¿Y V. callará á todo, y lo verá con ánimo tranquilo?

D. MANUEL.

Pues ya se supone.

D. GREGORIO.

Quítate de ahí que eres un loco... Vaya V. adentro, niña: V. no debe asistir á pláticas tan indecentes.

(*Hace entrar en su casa á doña Rosa apresuradamente, cierra la puerta, y se pasea colérico por el teatro.*)

ESCENA III.

DON MANUEL, DON GREGORIO, DOÑA LEONOR, JULIANA.

D. MANUEL.

Ya te lo he dicho. La que sea mi esposa vivirá conmigo en libertad honesta, la trataré bien, haré estimacion de ella, y probablemente corresponderá como debe á este amor y á esta confianza.

D. GREGORIO.

Oh! qué gusto he de tener cuando la tal esposa le...

D. MANUEL.

Qué?... Vamos, acaba de decirlo.

D. GREGORIO.

¡Qué gusto ha de ser para mí!

D. MANUEL.

Yo ignoro cual será mi suerte; pero creo que si no te sucede á tí el chasco pesado que me pronosticas, no será ciertamente por no haber hecho de tu parte cuantas diligencias son necesarias para que suceda.

D. GREGORIO.

Sí, rie, búrlate. Ya llegará la mia, y veremos entonces cual de los dos tiene mas gana de reir.

D^{a}. LEONOR.

Yo le aseguro del peligro con que V. le amenaza, señor don Gregorio, y desprecio la infame sospecha que V. se atreve á suscitar delante de mí. Yo le prometo, si llega el caso de que este matrimonio se verifique, que su honor no padezca, porque me estimo á mí propia en mucho; pero si V. hubiera de ser mi marido, en verdad que

no me atreveria á decir otro tanto.

JULIANA.

Realmente es cargo de conciencia con los que nos tratan bien, y hacen confianza de nosotras; pero con hombres como V., pan bendito.

D. GREGORIO.

Vaya enhoramala, habladora, desvergonzada, insolente.

D. MANUEL.

Tú tienes la culpa de que ella hable asi... Vamos, Leonor. Allá te dejaré con tus amigas, y yo me volveré á despachar el correo.

Dª. LEONOR.

Pero ¿no irá V. por mí?

D. MANUEL.

¿Qué sé yo? Si no he ido al anochecer, el criado de doña Beatriz puede acompañaros. A Dios, Gregorio. Con que quedamos en que es menester mudar de humor, y en que esto de encerrar á las mugeres es mucho desatino. Soy criado de V.

(*Don Manuel y las dos mugeres se van por una de las calles.*)

D. GREGORIO.

Yo no soy criado de V. Vaya V. con Dios.

ESCENA IV.

DON GREGORIO.

Dios los cria, y ellos se juntan... ¡Qué familia! Un hombre maduro empeñado en vivir como un mancebito de primera tijera; una solterita desenfadada y muger de mundo; unos criados sin vergüenza ni... No, la prudencia misma no bastaria á corregir los desórdenes de semejante casa... Lo peor es que Rosita no aprenderá cosa buena con estos ejemplos, y tal vez pudieran malograrse las ideas de recogimiento y virtud que he sabido inspirarla... Pondremos remedio... Muy buena es la plazuela de Afligidos, pero en Griñon estará mejor. Sí, cuanto antes; y allí volverá á divertirse con sus lechugas y sus gallinitas.

ESCENA V.

DON ENRIQUE, COSME, DON GREGORIO.

(*Salen los dos primeros de la casa de don Enrique, y observan á don Gregorio, que estará distante.*)

COSME.

¿Es él?

D. ENRIQUE.

Sí, él es; el cruel tutor de la hermosa prisionera que adoro.

D. GREGORIO.

Pero ¿no es cosa de aturdirse al ver la corrupcion actual de las costumbres...

D. ENRIQUE.

Quisiera vencer mi repugnancia, hablar con él, y ver si logro de alguna manera introducirme.

D. GREGORIO.

En vez de aquella severidad que caracterizaba la honradez antigua (*Se acerca un poco don Enrique por el lado derecho de don Gregorio, y le hace cortesía.*), no vemos en nuestra juventud sino escesos de inobediencia, libertinage y...

D. ENRIQUE.

Pero ¿este hombre no ve?

COSME.

Ay! es verdad. Ya no me acordaba. Si este es el lado del ojo huero. Vamos por el otro.

(*Hace que don Enrique pase por detras de don Gregorio al lado opuesto.*)

D. GREGORIO.

No, no, no... Es preciso salir de aquí. Mi permanencia en la corte no pudiera menos de...

(*Estornuda y se suena.*)

D. ENRIQUE.

No hay remedio; yo quiero introducirme con él.

D. GREGORIO.

Eh? (*Se vuelve hácia el lado derecho, y no viendo á nadie, prosigue su discurso.*) Pensé que hablaban... A lo menos en un lugar, bendito Dios, no se ven estas locuras de por aquí.

COSME.

Acérquese V.

D. GREGORIO.

¿Quién va? (*Vuelve por el lado derecho; se rasca la oreja, y al concluir una vuelta entera, repara en don Enrique, que le hace cortesías con el sombrero. Don Gregorio se aparta, y don Enrique se le va acercando.*) Las orejas me zumban... Allí todas las diversiones de las muchachas se reducen á... ¿Es á mí?

COSME.

Animo.

D. GREGORIO.

Allí ninguno de estos barbilindos viene con sus... ¡Qué diablos!... Dale!... ¡Vaya, que el hombre es atento!

D. ENRIQUE.

Mucho sentiria, caballero, haberle distraido á V. de sus meditaciones.

D. GREGORIO.

En efecto.

D. ENRIQUE.

Pero la oportunidad de conocer á V., que ahora se me presenta, es para mí una fortuna, una satisfaccion tan apetecible, que no he podido resistir al deseo de saludarle...

D. GREGORIO.

Bien.

D. ENRIQUE.

Y de manifestarle á V. con la mayor sinceridad cuanto celebraria poderme ocupar en servicio suyo.

D. GREGORIO.

Lo estimo.

D. ENRIQUE.

Tengo la dicha de ser vecino de V. en lo cual debo estar muy agradecido á mi suerte, que me proporciona...

D. GREGORIO.

Muy bien.

D. ENRIQUE.

¿Y sabe V. las noticias que hoy tenemos? En la corte aseguran como cosa muy positiva...

D. GREGORIO.

¿Qué me importa?

D. ENRIQUE.

Ya; pero á veces tiene uno curiosidad de saber novedades, y...

D. GREGORIO.

Eh!

D. ENRIQUE.

Realmente (*Despues de una larga pausa prosigue don Enrique. Se pára, deseando que don Gregorio le conteste; y viendo que no lo hace, sigue hablando.*) Madrid es un pueblo en que se disfrutan mas comodidades y diversiones que en otra parte... Las provincias en comparacion de esto... Ya se ve, ¡aquella soledad, aquella monotonía!... Y V. ¿en qué pasa el tiempo?

D. GREGORIO.

En mis negocios.

D. ENRIQUE.

Sí; pero el ánimo necesita descanso, y á las veces se rinde por la demasiada aplicacion á los asuntos graves... Y de noche, antes de recogerse, ¿qué hace V.?

D. GREGORIO.

Lo que me da la gana.

D. ENRIQUE.

Muy bien dicho. La respuesta es exactísima, y desde luego se echa de ver su prudencia de V. en no querer hacer cosa que no sea muy de su agrado. Cierto que... Yo, si V. no estuviese muy ocupado, pasaria, asi, algunas noches á su casa de V., y...

D. GREGORIO.

Agur.

(*Atraviesa por entre los dos, se entra en su casa, y cierra.*)

ESCENA VI.

DON ENRIQUE, COSME.

D. ENRIQUE.

¿Qué te parece, Cosme? ¿Ves qué hombre este?

COSME.

Asperillo es de condicion, y amargo de respuestas.

D. ENRIQUE.

Ah! ¡Yo me desespero!

COSME.

¿Y porqué?

D. ENRIQUE.

¿Eso me preguntas? Porque veo sin libertad á la prenda que mas estimo, en poder de ese bárbaro, de ese dragon vigilante que la guarda y la oprime.

COSME.

Auto en favor. Eso que á V. le apesadumbra, debiera hacerle concebir mayor esperanza. Sepa V., señor don Enrique, para que se tranquilice y se consuele, que una muger á quien zelan y guardan mucho, está ya medio conquistada, y que el mal humor de los maridos y de los padres no hace otra cosa que adelantar las pretensiones del galan. Yo no soy enamoradizo, ni entiendo de esos fílis; pero muchas veces oí decir á algunos de mis amos anteriores (corsarios de profesion), que no habia para ellos mayor gusto que el de hallarse con uno de estos maridos fastidiosos, groseros, regañones, atisbadores, impertinentes, cavilosos, coléricos, que armados con la autoridad de maridos, á vista de los amantes de su muger, la martirizan y la desesperan. Y ¿qué sucede? Lo que es natural, naturalísimo: que el tímido caballero, animándose al ver el justo resentimiento de la señora por los ultrajes que ha padecido, se lastima de su situacion, la consuela, la acaricia, la arrulla; y ella, como es regular, se lo agradece, y... en fin, se adelanta camino. Créame V.: la aspereza del consabido tutor le facilitará á V. los medios de enamorar á la pupila.

D. ENRIQUE.

¿Qué facilidades me propones, cuando sabes que hace ya tres meses que suspiro en vano? Ganado el pleito, por el cual emprendí mi viaje de Córdoba á Madrid, entretengo con dilaciones á mi buen padre, impaciente de verme; huyo del trato de mis amigos, de las muchas distracciones que ofrece la corte; me vengo á vivir á este barrio solitario para estar cerca de doña Rosita y tener ocasiones de hablarla; y hasta ahora mi desdicha ha sido tan grande, que no lo he podido conseguir.

COSME.

Dicen que amor es invencionero y astuto; pero no me parece á mí que V. pone toda la diligencia que pide el caso, ni que discurre arbitrios para...

D. ENRIQUE.

¿Y qué he de hacer yo, si la casa está cerrada siempre como un castillo; si no hay dentro de ella criado ni criada alguna de quien poder valerme; si nunca sale por esa puerta sin ir acompañada de su feroz alcaide?

COSME.

¿De suerte, que ella todavía no sabe que V. la quiere?

D. ENRIQUE.

No sé qué decir. Bien me ha visto que la sigo á todas partes, y que me recato de que su tutor repare en mí. Cuando la lleva á misa á San Márcos, allí estoy yo; si alguna vez se va á pa-

sear con ella hácia la Florida, al Cementerio ó al camino de Maudes, siempre la he seguido á lo lejos. Cuando he podido acercarme, bien he procurado que lea en mis ojos lo que padece mi corazon; pero ¿quién sabe si ella ha comprendido este idioma, y si agradece mi amor ó le desestima?

COSME.

A la fe que el tal lenguaje es un poco oscuro, si no le acompañan las palabras ó las letras.

D. ENRIQUE.

No sé qué hacer para salir de esta inquietud, y averiguar si me ha entendido y conoce lo que la quiero... Discurre tú algun arbitrio...

COSME.

Sí, discurramos.

D. ENRIQUE.

A ver si se puede...

COSME.

Ya lo entiendo; pero aquí no estamos bien. A casa.

D. ENRIQUE.

¿Pues qué importa que...

COSME.

No ve V. que si el amigo estuviese ahí detras de las persianas avizorándonos con el ojo que le sobra... No, no, á casa... Y despacito, como que...

D. ENRIQUE.

Sí, dices bien.

(*Vanse los dos, encaminándose lentamente á casa de don Enrique.*)

ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.

(*Sale don Manuel por una de las calles, llega á su casa, tira de la campanilla, despues de una breve pausa se abre la puerta, entra, y queda cerrada como antes.*)

DON MANUEL.

Abre.

ESCENA II.

DON GREGORIO, DOÑA ROSA.

(*Salen los dos de casa de don Gregorio.*)

D. GREGORIO.

Bien, vete, que ya sé la casa, y aun por las señas que me das tambien caigo en quien es el sugeto.

(*Se aparta un poco de doña Rosa, y vuelve despues.*)

Dª. ROSA.

Oh! ¡Favorezca la suerte los ardides que me inspira un inocente amor!

D. GREGORIO.

¿No dices que has oido que se llama don Enrique?

Dª. ROSA.

Sí, don Enrique.

D. GREGORIO.

Pues bien, tranquilízate. Vete adentro y déjame, que yo estaré con ese aturdido y le diré lo que hace al caso.

(*Vuelve á apartarse, y se queda pensativo. Entre tanto doña Rosa se entra y cierra la puerta. Don Gregorio llama á la de don Enrique.*)

Dª. ROSA.

Para una doncella demasiado atrevimiento es este... Pero ¿qué persona de juicio se negará á disculparme, si considera el injusto rigor que padezco?

D. GREGORIO.

No perdamos tiempo... ¡Ah de ca-

sa!... Gente de paz... Ya no me admiro de que el dichoso vecinito se me viniese haciendo tantas reverencias; pero yo le haré ver que su proyecto insensato no le...

ESCENA III.

COSME, DON GREGORIO, DON ENRIQUE.

(*Al salir Cosme da un gran tropezon con don Gregorio.*)

D. GREGORIO.

¡Qué bruto de... ¡ No ve V. qué modo de salir!... ¡ Por poco no me hace desnucar el bárbaro!

(*Mientras don Gregorio busca y limpia el sombrero que ha caido por el suelo, sale don Enrique, y durante la escena le trata con afectado cumplimiento, lo cual va impacientando progresivamente á don Gregorio.*)

D. ENRIQUE.

Caballero, siento mucho que...

D. GREGORIO.

Ah! precisamente es V. el que busco.

D. ENRIQUE.

¿ A mí, señor?

D. GREGORIO.

Sí por cierto... ¿No se llama V. don Enrique?

D. ENRIQUE.

Para servir á V.

D. GREGORIO.

Para servir á Dios... Pues señor, si V. lo permite, yo tengo que hablarle.

D. ENRIQUE.

¿Será tanta mi felicidad, que pueda complacerle á V. en algo?

D. GREGORIO.

No; al contrario, yo soy el que trato de hacerle á V. un obsequio, y por eso me he tomado la libertad de venir á buscarle.

D. ENRIQUE.

¿Y V. venia á mi casa con ese intento?

D. GREGORIO.

Sí señor... ¿Y qué hay en eso de particular?

D. ENRIQUE.

¿Pues no quiere V. que me admire, y que envanecido con el honor de que...

D. GREGORIO.

Dejémonos ahora de honores y de envanecimientos... Vamos al caso.

D. ENRIQUE.

Pero tómese V. la molestia de pasar adelante.

D. GREGORIO.

No hay para qué.

D. ENRIQUE.

Si, sí, V. me hará este favor.

D. GREGORIO.

No por cierto. Aquí estoy muy bien.

D. ENRIQUE.

Oh! No es cortesía permitir que V...

D. GREGORIO.

Pues yo le digo á V. que no quiero moverme.

D. ENRIQUE.

Será lo que V. guste. Cosme, volando, baja un taburete para el vecino.

(*Cosme se encamina á la puerta de su casa para buscar el taburete; despues se detiene dudando lo que ha de hacer.*)

D. GREGORIO.

Pero si de pie le puedo á V. decir lo que...

D. ENRIQUE.

¿De pie? Oh! no se trate de eso.

D. GREGORIO.

¡Vaya, que el hombre me mortifica en forma!

COSME.

¿Le traigo ó le dejo? ¿Qué he de hacer?

D. GREGORIO.

No le traiga V.

D. ENRIQUE.

Pero seria una desatencion indisculpable...

D. GREGORIO.

Hombre, mas desatencion es no querer oir á quien tiene que hablar con V.

D. ENRIQUE.

Ya oigo.

(*Don Enrique hace ademan de ponerse el sombrero; pero al ver que don Gregorio le tiene aun en la mano, queda descubierto, le hace insinuaciones de que se le ponga primero. Don Gregorio es impacienta, y al fin se le ponen los dos.*)

D. GREGORIO.

Asi me gusta... Por Dios, dejémonos de ceremonias, que ya me... ¿Quiere V. oirme?

D. ENRIQUE.

Sí, por cierto, con muchísimo gusto.

D. GREGORIO.

Dígame V.: ¿sabe V. que yo soy tutor de una jóven muy bien parecida, que vive en aquella casa de las persianas verdes, y se llama doña Rosita?

D. ENRIQUE.

Sí señor.

D. GREGORIO.

Pues bien, si V. lo sabe, no hay para qué decírselo... ¿Y sabe V. que siendo muy de mi gusto esta niña, me interesa mucho su persona, aun mas que por el pupilage, por estar destinada al honor de ser mi muger?

D. ENRIQUE, *con sorpresa y sentimiento.*

No sabia eso.

D. GREGORIO.

Pues yo se lo digo á V. Y ademas le digo, que si V. gusta, no trate de galanteármela y la deje en paz.

D. ENRIQUE.

Quién?... ¿Yo, señor?

D. GREGORIO.

Sí, V. No andemos ahora con disimulos.

D. ENRIQUE.

Pero ¿quién le ha dicho á V. que yo esté enamorado de esa señorita?

D. GREGORIO.

Personas á quienes se puede dar entera fe y crédito.

D. ENRIQUE.

Pero repito que...

D. GREGORIO.

Dale!... Ella misma.

D. ENRIQUE.

Ella?

(*Se admira, y manifiesta particular interes en saber lo restante.*)

D. GREGORIO.

Ella. ¿No le parece á V. que basta? Como es una muchacha muy honrada, y que me quiere bien desde su edad mas tierna, acaba de hacerme relacion de todo lo que pasa. Y me encarga ademas que le advierta á V. que ha entendido muy bien lo que V. quiere decirla con sus miradas desde que ha dado en la flor de seguirla los pasos; que no ignora sus deseos de V.; pero que esta conducta la ofende, y que es inútil que V. se obstine en manifestarla una pasion tan repugnante al cariño que á mí me profesa.

D. ENRIQUE.

¿Y dice V. que es ella misma la que le ha encargado...

D. GREGORIO.

Sí señor, ella misma, la que me hace venir á darle á V. este consejo saludable, y á decirle que habiendo penetrado desde luego sus intenciones de V., le hubiera dado este aviso mucho tiempo antes, si hubiese tenido alguna persona de quien fiar tan delicada comision; pero que viéndose ya apurada y sin otro recurso, ha querido valerse de mí para que cuanto antes sepa V. que basta ya de guiñaduras, que su corazon todo es mio, y que si tiene V. un tantico de prudencia, es de esperar que dirigirá sus miras hácia otra parte. A Dios, hasta

la vista. No tengo otra cosa que advertir á V.

(*Se aparta de ellos adelantándose hácia el proscenio.*)

D. ENRIQUE.

Y bien, Cosme, ¿qué me dices de esto?

COSME.

Que no le debe dar á V. pesadumbre, que alguna maraña hay oculta; y sobre todo, que no desprecia su obsequio de V. la que le envia ese recado.

D. GREGORIO.

Se ve que le ha hecho efecto.

D. ENRIQUE.

¿Con que tú crees tambien que hay algun artificio?

COSME.

Sí... Pero vamos de aquí, porque está observándonos.

(*Los dos se entran en la casa de don Enrique. Don Gregorio, despues de haberlos observado, se pasea por el teatro.*)

ESCENA IV.

DON GREGORIO, DOÑA ROSA.

D. GREGORIO.

Anda, pobre hombre, anda, que no esperabas tú semejante visita... Ya se ve, una niña virtuosa como ella es, con la educacion que ha tenido... Las miradas de un hombre la asustan, y se da por muy ofendida.

(*Mientras don Gregorio se pasea y hace ademanes de hablar solo, doña Rosa abre su puerta y habla sin haberle visto: él por último se encamina á su casa, y le sorprende hallar á doña Rosa.*)

Dª. ROSA.

Yo me determino. Tal vez en la sorpresa que debe causarle no habrá entendido mi intencion... Oh! es menester, si ha de acabarse esta esclavitud, no dejarle en dudas.

D. GREGORIO.

Vamos á verla y á contarla... Calle! ¿Qué estabas aquí?... Ya despaché mi comision.

Dª. ROSA.

Bien impaciente estaba. ¿Y qué hubo?

D. GREGORIO.

Que ha surtido el efecto deseado, y el hombre queda que no sabe lo que le pasa. Al principio se me hacia el desentendido; pero luego que le aseguré que tú propia me enviabas, se confundió, no acertaba con las palabras, y no me parece que te volverá á molestar.

Dª. ROSA.

¿Eso dice V.? Pues yo temo que ese bribon nos ha de dar alguna pesadumbre.

D. GREGORIO.

Pero ¿en qué fundas ese temor, hija mia?

Dª. ROSA.

Apenas habia V. salido, me fuí á la pieza del jardin á tomar un poco el fresco en la ventana, y oí que fuera de la tapia cantaba un chico, y se entretenia en tirar piedras al emparado. Le reñí desde el balcon diciéndole que se fuese de allí, pero él se reia y no dejaba de tirar. Como los cantos llegaban demasiado cerca, quise meterme adentro temerosa de que no me rompiese la cabeza con alguno. Pues cuando iba á cerrar la ventana, viene uno por el aire que me pasó muy cerca de este hombro, y cayó dentro del cuarto. Pensaba yo que fuese un pedazo de yeso, acércome á cogerle, y... ¿Qué le parece á V. que era?

D. GREGORIO.

¿Qué sé yo? Algun mendrugo seco, ó algun troncho, ú asi...

Dª. ROSA.

No señor. Era este envoltorio de papel.

(*Saca de la faltriquera un papel envuelto, y segun lo indica el diálogo, le desenvuelve y va enseñándole á don Gregorio la caja y la carta.*)

D. GREGORIO.

Calle!

Dª. ROSA.

Y dentro esta caja de oro.

D. GREGORIO.

Oiga!

Dª. ROSA.

Y dentro esta carta dobladita como V. la ve, con su sobrescrito, y su sello de lacre verde, y...

D. GREGORIO.

¡Picardía como ella!... ¿Y el muchacho?

Dª. ROSA.

El muchacho desapareció al instante... Mire V., el corazon le tengo tan oprimido, que...

D. GREGORIO.

Bien te lo creo.

Dª. ROSA.

Pero es obligacion mia devolver inmediatamente la caja y la carta á ese diablo de hombre; bien que para esto era menester que alguno se encargase de... Porque atreverme yo á que V. mismo...

D. GREGORIO.

Al contrario, bobilla: de esa manera me darás una prueba de tu cariño. No sabes tú la fineza que en esto me haces. Yo, yo me encargo de muy buena gana de ser el portador.

Dª. ROSA.

Pues tome V.

(*Le da la caja, la carta y el papel en que estaba todo envuelto. Don Gregorio lee el sobrescrito, y hace ademan de ir á abrir la carta: doña Rosa pone las manos sobre las suyas y le detiene.*)

D. GREGORIO.

A mi señora doña Rosa Jimenez. — Enrique de Cárdenas. ¡Temerario, seductor! Veamos lo que te escribe, y...

Dª. ROSA.

Ay! No por cierto: no la abra V.

D. GREGORIO.

¿Y qué importa?

Dª. ROSA.

¿Quiere V. que él se persuada á que yo he tenido la ligereza de abrirla? Una doncella debe guardarse de leer jamas los billetes que un hombre la envie; porque la curiosidad que en esto descubre, dará á sospechar que interiormente no la disgusta que la escriban amores. No señor, no. Yo creo que se le debe entregar la carta cerrada como está, y sin dilacion alguna, para que vea el alto desprecio que hago de él, que pierda toda esperanza, y no vuelva nunca á intentar locura semejante.

D. GREGORIO.

Tiene muchísima razon. (*Se aparta hácia un lado, y vuelve despues á hablarla muy satisfecho. Mete la carta dentro de la caja, la envuelve curiosamente y se la guarda.*) Rosita, tu prudencia y tu virtud me maravillan. Veo que mis lecciones han producido en tu alma inocente sazonados frutos, y cada vez te considero mas digna de ser mi esposa.

Dª. ROSA.

Pero si V. tiene gusto de leerla...

D. GREGORIO.

No, nada de eso.

Dª. ROSA.

Léala V. si quiere, como no la oiga yo.

D. GREGORIO.

No, no señor. Si estoy muy persuadido de lo que me has dicho. Conviene llevarla asi. Voy allá en un instante... Me llegaré despues aquí á la botica á encargar aquel ungüentillo para los callos... Volveré á hacerte compañía, y leeremos un par de horas en *Desiderio y Electo*... Eh? A Dios.

Dª. ROSA.

Venga V. pronto.

(*Se entra doña Rosa en su casa.*)

ESCENA V.

DON GREGORIO, COSME.

D. GREGORIO.

El corazon me rebosa de alegría al ver una muchacha de esta índole. Es un tesoro el que yo tengo en ella de modestia y de juicio. Ah! Quisiera yo saber si la pupila de mi docto hermano seria capaz de proceder asi. No señor, las mugeres son lo que se quiere que sean. (*Va á casa de don Enrique y llama. Al salir Cosme, desenvuelve el papel, le enseña la carta cerrada, se lo pone todo en las manos, y se va por una calle.*) Deo gracias.

COSME.

¿Quién es? ¡Oh señor don...

D. GREGORIO.

Tome V., dígale V. á su amo que no vuelva á escribir mas cartas á aquella señorita, ni á enviarla cajitas de oro, porque está muy enfadada con él... Mire V., cerrada viene. Dígale V. que por ahí podrá conocer el buen recibo que ha tenido, y lo que puede esperar en adelante.

ESCENA VI.

DON ENRIQUE, COSME.

D. ENRIQUE.

¿Qué es eso? ¿Qué te ha dado ese bárbaro?

COSME.

Esta caja con esta carta, que dice que V. ha enviado á doña Rosita...

(*Don Enrique le oye con admiracion, abre la carta y la lee cuando lo indica el diálogo.*)

D. ENRIQUE.

Yo?...

COSME.

La cual doña Rosita se ha irritado tanto, segun él asegura, de este atrevimiento, que se la vuelve á V. sin haberla querido abrir... Lea V. pronto, y veremos si mi sospecha se verifica.

D. ENRIQUE.

«Esta carta le sorprenderá á V. sin duda. El designio de escribírsela, y el modo con que la pongo en sus manos, parecerán demasiado atrevidos; pero el estado en que me veo no me da lugar á otras atenciones. La idea de que dentro de seis dias he de casarme con el hombre que mas aborrezco, me determina á todo; y no queriendo abandonarme á la desesperacion, elijo el partido de implorar de V. el favor que necesito para romper estas cadenas. Pero no crea V. que la inclinacion que le manifiesto sea únicamente procedida de mi suerte infeliz; nace de mi propio albedrío. Las prendas estimables que veo en V., las noticias que he procurado adquirir de su estado, de su conducta y de su calidad, aceleran y disculpan esta determinacion... En V. consiste que yo pueda cuanto antes llamarme suya; pues solo espero que me indique los designios de su amor, para que yo le haga saber lo que tengo resuelto. A Dios, y considere V. que el tiempo vuela, y que dos corazones enamorados con media palabra deben entenderse.»

COSME.

¿No le parece á V. que la astucia es de lo mas sutil que puede imaginarse? ¿Seria creible en una muchacha tan ingeniosa travesura de amor?

D. ENRIQUE.

¡Esta muger es adorable! Este rasgo de su talento y de su pasion acrecen la que yo la tengo (*Don Gregorio sale por una de las calles, y se detiene.*

Despues se acerca.); y unido todo á la juventud, á las gracias y á la hermosura...

COSME.

Que viene el tuerto. Discurra V. lo que le ha de decir.

ESCENA VII.

DON GREGORIO, DON ENRIQUE, COSME.

D. GREGORIO.

Allí se estan amo y criado como dos peleles... Con que dígame V., caballerito, ¿volverá V. á enviar billetes amorosos á quien no se los quiere leer? V. pensaba encontrar una niña alegre, amiga de cuchicheos y citas, y quebraderos de cabeza. Pues ya ve V. el chasco que le ha sucedido... Créame, señor vecino, déjese de gastar la pólvora en salvas. Ella me quiere, tiene muchísimo juicio, á V. no le puede ver ni pintado; con que lo mejor es una buena retirada y llamar á otra puerta, que por esta no se puede entrar.

D. ENRIQUE.

Es verdad, su mérito de V. es un obstáculo invencible. Ya echo de ver que era una locura aspirar al cariño de doña Rosita, teniéndole á V. por competidor.

D. GREGORIO.

Ya se ve que era una locura.

D. ENRIQUE.

Oh! yo le aseguro á V. que si hubiese llegado á presumir que V. era ya dueño de aquel corazon, nunca hubiera tenido la temeridad de disputársele.

D. GREGORIO.

Yo lo creo.

D. ENRIQUE.

Acabó mi esperanza, y renuncio á una felicidad que estando V. de por medio, no es para mí.

D. GREGORIO.

En lo cual hace V. muy bien.

D. ENRIQUE.

Y aun es tal mi desdicha, que no me permite ni el triste consuelo de la queja; porque al considerar las prendas que le adornan á V., ¿cómo he de atreverme á culpar la eleccion de doña Rosa, que las conoce y las estima?

D. GREGORIO.

V. dice bien.

D. ENRIQUE.

No haya mas. Esta ventura no era para mí: desisto de un empeño tan imposible... Pero si algo merece con V. un amante infeliz (*Don Enrique dará particular espresion á estas razones y á las que dice mas adelante, deseoso de que don Gregorio las perciba bien, y acierte á repetirlas*), de cuya afliccion es V. la causa, yo le suplico solamente que asegure en mi nombre á doña Rosita que el amor que de tres meses á esta parte la estoy manifestando es el mas puro, el mas honesto, y que nunca me ha pasado por la imaginacion idea ninguna de la cual su delicadeza y su pudor deban ofenderse.

D. GREGORIO.

Sí, bien está, se lo diré.

D. ENRIQUE,

Que como era tan voluntaria esta eleccion en mí, no tenia otro intento que el de ser su esposo, ni hubiera abandonado esta solicitud si el cariño que á V. le tiene no me opusiera un obstáculo tan insuperable.

D. GREGORIO.

Bien, se lo diré lo mismo que V. me lo dice.

D. ENRIQUE.

Sí, pero que no piense que yo pueda olvidarme jamas de su hermosura. Mi destino es amarla mientras me dure la vida, y si no fuese el justo

respeto que me inspira su mérito de V., no habria en el mundo ninguna otra consideracion que fuese bastante á detenerme.

D. GREGORIO.

V. habla y procede en eso como hombre de buena razon... Voy al instante á decirla cuanto V. me encarga... (*Hace que se va, y vuelve.*) Pero créame V., don Enrique, es menester distraerse, alegrarse y procurar que esa pasion se apague y se olvide. ¡Qué diantre! V. es mozo y sugeto de circunstancias: con que es menester que... Vaya, vamos, ¿para qué es el talento?... Con que... Eh! A Dios.

(*Se aparta de ellos encaminándose á su casa. Don Enrique y Cosme se van, y entran en la suya.*)

D. ENRIQUE.

¡Qué necio es!

ESCENA VIII.

DON GREGORIO, DOÑA ROSA.

(*Llama don Gregorio á su puerta y sale doña Rosa.*)

D. GREGORIO.

Es increible la turbacion que ha manifestado el hombre al ver su billete devuelto y cerrado como él le envió... Asunto concluido. Pierde toda esperanza, y solo me ha rogado con el mayor encarecimiento que te diga que su amor es honestísimo, que no pensó que te ofendieras de verte amada, que su eleccion es libre, que aspiraba á poseerte por medio del matrimonio; pero que sabiendo ya el amor que me tienes, seria un temerario en seguir adelante... ¿Qué sé yo cuanto me dijo?... Que nunca te olvidará, que su destino le obliga á morir amándote... Vamos, hipérboles de un hombre apasionado... Pero que reconoce mi mérito y cede, y no volverá á darnos la menor molestia... No es cierto que él me ha hablado con mucha cortesía y mucho juicio, eso sí... Compasion me daba el oirle... Con que y tú ¿qué dices á esto?

Dª. ROSA.

Que no puedo sufrir que V. hable de esa manera de un hombre á quien aborrezco de todo corazon, y que si V. me quisiera tanto como dice, participaria del enojo que me causan sus procederes atrevidos.

D. GREGORIO.

Pero él, Rosita, no sabia que tú estuvieras tan apasionada de mí, y considerando las honestas intenciones de su amor, no merece que se le...

Dª. ROSA.

¿Y le parece á V. honesta intencion la de querer robar á las doncellas? ¿Es hombre de honor el que concibe tal proyecto, y aspira á casarse conmigo por fuerza sacándome de su casa de V., como si fuera posible que yo sobreviviese á un atentado semejante?

D. GREGORIO.

Oiga! Con que...

Dª. ROSA.

Sí señor, ese pícaro trata de obtenerme por medio de un rapto... Yo no sé quien le da noticia de los secretos de esta casa, ni quien le ha dicho que V. pensaba casarse conmigo dentro de seis ú ocho dias á mas tardar; lo cierto es que él quiere anticiparse, aprovechar una ocasion en que sepa que me he quedado sola, y robarme... ¡Tiemblo de horror!

D. GREGORIO.

Vamos, que todo eso no es mas que hablar y...

Dª. ROSA.

Sí, como hay tanto que fiar de su honradez y su moderacion... ¡Válgame Dios! ¿Y V. le disculpa?

D. GREGORIO.

No por cierto; si él ha dicho eso

realmente, procede mal, y el chasco seria muy pesado... Pero ¿quién te ha venido á contar á tí esas...

Dª. ROSA.

Ahora mismo acabo de saberlo.

D. GREGORIO.

Ahora?

Dª. ROSA.

Sí señor, despues que V. le volvió la carta.

D. GREGORIO.

Pero, chica, si no hice mas que llegarme ahí á casa de don Froilan el boticario, hablé dos palabras con el mancebo, me volví al instante, y...

Dª. ROSA.

Pues en ese tiempo ha sido. Luego que cerré me puse á dar unas sopas á los gatitos, oigo llamar, y creyendo que fuese V., bajé tan alegre... Mi fortuna estuvo en que no abrí. Pregunto quién es, y por la cerradura oigo una voz desconocida que me dijo: « Señorita, mi amo sabe que vive V. cautiva en poder de ese bruto que se quiere casar con V. en esta semana próxima. No tiene V. que desconsolarse; don Enrique la adora á V., y es imposible que V. desprecie un amor tan fino como el suyo. Viva V. prevenida, que de un instante á otro cuando su tutor la deje sola, vendrá á sacarla de esta cárcel, la depositará á V. en una casa de satisfaccion, y... Yo no quise oir mas, me subí muy queditito por la escalera arriba, me metí en mi cuarto... Yo pensé que me daba algun accidente.

D. GREGORIO.

Ese era el bribon del lacayo.

Dª. ROSA.

A la cuenta.

D. GREGORIO.

Pero se ve que este hombre es loco.

Dª. ROSA.

No tanto como á V. le parece. Mire V. si sabe disimular el traidor, y fingir delante de V. para engañarle con buenas palabras, mientras en su interior está meditando picardías... Harto desdichada soy por cierto, si á pesar del conato que pongo en conservar mi decoro y honestidad, he de verme espuesta á las tropelías de un hombre capaz de atreverse á las acciones mas infames.

D. GREGORIO.

Vaya, vamos, no temas nada, que...

Dª. ROSA.

No: esto pide una buena resolucion. Es menester que V. le hable con mucha firmeza, que le confunda, que le haga temblar. No hay otro medio de librarme de él, ni de obligarle á que desista de una persecucion tan obstinada.

D. GREGORIO.

Bien, pero no te desconsueles asi, mugercita mia; no, que yo le buscaré y le diré cuatro cosas bien dichas.

Dª. ROSA.

Dígale V., si se empeña en negarlo, que yo he sido la que le he dado á V. esta noticia. Que son vanos sus propósitos. Que por mas que lo intente no me sorprenderá; y en fin, que no pierda el tiempo en suspiros inútiles, puesto que por su conducto de V. le hago saber mi determinacion, y que si no quiere ser causa de alguna desgracia irremediable, no espere á que se le diga una cosa dos veces.

D. GREGORIO.

Oh! sí... Yo le diré cuanto sea necesario.

Dª. ROSA.

Pero de manera que comprenda bien que soy yo la que se lo dice.

D. GREGORIO.

No, no le quedará duda; yo te lo aseguro.

Dª. ROSA.

Pues bien. Mire V. que le aguardo con impaciencia; despáchese V. á venir. Cuando no le veo á V., aunque sea por muy poco tiempo, me pongo triste.

D. GREGORIO.

Sí, éntrate, que al instante vuelvo, palomita, vida mia, ojillos negros... Ay! ¡Qué ojos!... Eh! A Dios... (*Doña Rosa se entra en su casa y cierra.*) En el mundo no hay hombre mas venturoso que yo; no puede haberle... (*Da una vuelta por la escena lleno de inquietud y alegría; despues llama á la puerta de don Enrique.*) Digo, señor caballero galanteador, ¿podrá V. oirme dos palabras?

ESCENA IX.

DON ENRIQUE, COSME, DON GREGORIO.

D. ENRIQUE.

Oh! señor vecino, ¿qué novedad le trae á V. á mis puertas?

D. GREGORIO.

Sus estravagancias de V.

D. ENRIQUE.

¿Cómo asi?

D. GREGORIO.

Bien sabe V. lo que quiero decirle; no se me haga el desentendido como lo tiene de costumbre... Yo pensé que V. fuese persona de mas formalidad, y en este concepto le he tratado, ya lo ha visto V., con la mayor atencion y blandura; pero, hombre, ¿cómo ha de sufrir uno lo que V. hace sin saltar de cólera? ¿No tiene V. vergüenza, siendo un sugeto decente y de obligaciones, de ocuparse en fabricar enredos, de querer sacar de su casa con engaño y violencia á una muger honrada, de querer impedir un matrimonio en que ella cifra todas sus dichas? Eh! que eso es indigno.

D. ENRIQUE.

¿Y quién le ha dado á V. noticias tan agenas de verdad, señor don Gregorio?

D. GREGORIO.

Volvemos otra vez á la misma cancion. Rosita me las ha dado. Ella me envia por última vez á decirle á V. que su eleccion es irrevocable, que sus planes de V. la ofenden, la horrorizan, que si no quiere V. dar ocasion á alguna desgracia, reconozca su desatino, y salgámos de tanto embrollo.

(*Empieza á oscurecerse lentamente el teatro, y al acabarse el acto queda á media luz.*)

D. ENRIQUE.

Cierto que si ella misma hubiese dicho esas espresiones, no seria cordura insistir en un obsequio tan mal pagado; pero...

D. GREGORIO.

¿Con que V. duda que sea verdad?

D. ENRIQUE.

¿Qué quiere V., señor don Gregorio? Es tan duro esto de persuadirse uno á que...

D. GREGORIO.

Venga V. conmigo.

(*Hasta el fin de la escena va y viene don Gregorio unas veces hácia su puerta, y otras á donde está don Enrique, para que le siga.*)

D. ENRIQUE.

Porque al fin, como V. tiene tanto interes en que yo me desespere y...

D. GREGORIO.

Venga V., venga V... Rosa!

D. ENRIQUE.

No es decir esto que V...

D. GREGORIO.

Nada. No hay que disputar. Si quiero que V. se desengañe... Rosita! Niña!

D. ENRIQUE.

¡Pensar que una dama ha de responder con tal aspereza á quien no ha cometido otro delito que adorarla!...

D. GREGORIO.

V. lo verá. Ya sale.

ESCENA X.

Dª. ROSA, D. ENRIQUE, D. GREGORIO, COSME.

Dª. ROSA.

¿Qué es esto?... (*Sorprendida al ver á don Enrique.*) ¿Viene V. á interceder por él, á recomendármele para que sufra sus visitas, para que corresponda agradecida á su insolente amor?

D. GREGORIO.

No, hija mia. Te quiero yo mucho para hacer tales recomendaciones; pero este santo varon toma á juguete cuanto yo le digo, y piensa que le engaño cuando le aseguro que tú no le puedes ver, y que á mí me quieres que me adoras. No hay forma de persuadirle. Con que te le traigo aquí para que tú misma se lo digas, ya que es tan presumido ó tan cabezudo que no quiere entenderlo.

Dª. ROSA.

¿Pues no le he manifestado á V. ya cual es mi deseo, que todavía se atreve á dudar? ¿De qué manera debo decírselo?

D. ENRIQUE.

Bastante ha sido para sorprenderme, señorita, cuanto el vecino me ha dicho de parte de V., y no puedo negar la dificultad que he tenido en creerlo. Un fallo tan inesperado que decide la suerte de mi amor, es para mí de tal consecuencia, que no debe maravillar á nadie el deseo que tengo de que V. le pronuncie delante de mí.

Dª. ROSA.

Cuanto el señor le ha dicho á V. ha sido por instancias mias, y no ha hecho en esto otra cosa que manifestarle á V. los íntimos afectos de mi corazon.

D. GREGORIO.

¿Lo ve V.?

Dª. ROSA.

Mi eleccion es tan honrada, tan justa, que no hallo motivo alguno que pueda obligarme á disimularla. De dos personas que miro presentes, la una es el objeto de todo mi cariño, la otra me inspira una repugnancia que no puedo vencer. Pero...

D. GREGORIO.

¿Lo ve V.?

Dª. ROSA.

Pero es tiempo ya de que se acaben las inquietudes que padezco. Es tiempo ya de que unida en matrimonio con el que es el único dueño de la vida mia, pierda el que aborrezco sus mal fundadas esperanzas, y sin dar lugar á nuevas dilaciones, me vea yo libre de un suplicio mas insoportable que la misma muerte.

D. GREGORIO.

¿Lo ve V.?... Sí, monita, sí: yo cuidaré de cumplir tus deseos.

Dª. ROSA.

No hay otro medio de que yo viva contenta.

(*Manifiesta en la espresion de sus palabras que las dirige á don Enrique, y en sus acciones que habla con don Gregorio.*)

D. GREGORIO.

Dentro de muy poco lo estarás.

Dª. ROSA.

Bien advierto que no pertenece á mi estado el hablar con tanta libertad...

D. GREGORIO.

No hay mal en eso.

Dª. ROSA.

Pero en mi situacion bien puede disimularse que use de alguna fran-

queza con el que ya considero como esposo mio.

D. GREGORIO.

Sí, pobrecita mia... Sí, morenilla de mi alma.

Dª. ROSA.

Y que le pida encarecidamente, si no desprecia un amor tan fino, que acelere las diligencias de nuestra union.

D. GREGORIO.

Ven aquí, perlita (*Abraza á doña Rosa; ella estiende la mano izquierda, y don Enrique, que está detras de don Gregorio, se la besa afectuosamente, y se retira al instante.*); consuelo mio, ven aquí, que yo te prometo no dilatar tu dicha... Vamos, no te me angusties: calla, que... Amigo (*Volviéndose muy satisfecho á hablar á don Enrique.*), ya lo ve V. Me quiere, ¿qué le hemos de hacer?

D. ENRIQUE.

Bien está, señora; V. se ha esplicado bastante, y yo la juro por quien soy, que dentro de poco se verá libre de un hombre que no ha tenido la fortuna de agradarla.

Dª. ROSA.

No puede V. hacerme favor mas grande, porque su vista es intolerable para mí. Tal es el horror, el tedio que me causa, que...

D. GREGORIO.

Vaya, vamos, que eso es ya demasiado.

Dª. ROSA.

¿Le ofendo á V. en decir esto?

D. GREGORIO.

No por cierto... ¡Válgame Dios! No es eso, sino que tambien da lástima verle sopetear de esa manera... Una aversion tan escesiva...

Dª. ROSA.

Por mucha que le manifieste, mayor se la tengo.

D. ENRIQUE.

V. quedará servida, señora doña Rosa. Dentro de dos ó tres dias, á mas tardar, desaparecerá de sus ojos de V. una persona que tanto la ofende.

Dª. ROSA.

Vaya V. con Dios, y cumpla su palabra.

D. GREGORIO.

Señor vecino, yo lo siento de veras, y no quisiera haberle dado á V. este mal rato; pero...

D. ENRIQUE.

No, no crea V. que yo lleve el menor resentimiento; al contrario, conozco que la señorita procede con mucha prudencia, atendido el mérito de entrambos. A mí me toca solo callar, y cumplir cuanto antes me sea posible lo que acabo de prometerla. Señor don Gregorio, me repito á la disposicion de V.

D. GREGORIO.

Vaya V. con Dios.

D. ENRIQUE.

Vamos pronto de aquí, Cosme, que reviento de risa.

(*Retirándose hácia su casa: entran en ella los dos, y cierra la puerta.*)

ESCENA XI.

DON GREGORIO, DOÑA ROSA.

D. GREGORIO.

De veras te digo que este hombre me da compasion.

Dª. ROSA.

Ande V., que no merece tanta como V. piensa.

D. GREGORIO.

Por lo demas, hija mia, es mucho lo que me lisonjea tu amor, y quiero darle toda la recompensa que merece. Seis ú ocho dias son demasiado término para tu impaciencia. Mañana mismo quedaremos casados, y...

Dª. ROSA, *turbada.*

Mañana?

D. GREGORIO.

Sin falta ninguna. Ya veo á lo que te obliga el pudor, pobrecilla; y haces como que repugnas lo que estás deseando. ¿Te parece que no lo conozco?

Dª. ROSA.

Pero...

D. GREGORIO.

Sí, amiguita, mañana serás mi muger. Ahora mismo voy antes que oscurezca aquí á casa de don Simplicio el escribano, para que esté avisado y no haya dilacion. A Dios, hechicera.

(*Don Gregorio se va por una calle. Doña Rosa entra en su casa y cierra.*)

Dª. ROSA.

¡Infeliz de mí! ¿Qué haré para evitar este golpe?

ACTO TERCERO.

ESCENA I.

(*La escena es de noche. Doña Rosa sale de su casa, manifestando el estado de incertidumbre y agitacion que denota el diálogo.*)

DONA ROSA, DON GREGORIO.

Dª. ROSA.

No hay otro medio... Si me detengo un instante, vuelve, pierdo la ocasion de mi libertad, y mañana... No... primero morir. Declarándoselo todo á mi hermana y á don Manuel, pidiéndoles amparo, consejo... es imposible que me abandonen. Desde su casa avisaré á mi amante, y él dispondrá cuanto fuere menester, sin que mi decoro padezca... (*Don Gregorio sale por una calle á tiempo que doña Rosa se encamina á casa de su hermana: se detiene, y al conocerle duda lo que ha de hacer.*) Vamos, pero... Gente viene... Y es él... Desdichada! ¡Todo se ha perdido!

D. GREGORIO.

¿Quién está ahí, eh? Calle! Rosita! ¿Pues cómo? ¿Qué novedad es esta?

Dª. ROSA.

¿Qué le diré?

D. GREGORIO.

¿Qué haces aquí, niña?

Dª. ROSA.

V. lo estrañará.

(*Indica en la espresion de sus palabras que va previniendo la ficcion con que trata de disculparse.*)

D. GREGORIO.

¿Pues no he de estrañarlo? ¿Qué ha sucedido? Habla.

Dª. ROSA.

Estoy tan confusa y...

D. GREGORIO.

Vamos, no me tengas en esta inquietud. ¿Qué ha sido?

Dª. ROSA.

¿Se enfadará V. si le digo...

D. GREGORIO.

No me enfadaré. Dílo presto... Vamos.

Dª. ROSA.

Sí, precisamente se va V. á enojar;

pero... Pues tenemos una huéspeda.

D. GREGORIO.

Quién?

Dª. ROSA.

Mi hermana.

D. GREGORIO.

Cómo!

Dª. ROSA.

Sí señor, en mi cuarto la dejo encerrada con llave para que no nos dé una pesadumbre. Yo iba á llamar á doña Ceferina, la viuda del pintor, á fin de suplicarla que me hiciera el gusto de venirse á dormir esta noche á casa; porque al cabo, estando ella conmigo... como es una muger de tanto juicio, y...

D. GREGORIO.

Pero ¿qué enredo es este, señor, que hasta ahora lléveme el diablo si yo he podido entender cosa ninguna?... ¿A qué ha venido tu hermana?

Dª. ROSA.

Ha venido... Mire V., le voy á revelar un secreto que le va á dejar aturdido... Pero no se ha de enfadar V., no?

D. GREGORIO.

Dale!... ¿Lo quieres decir, ó tratas de que me desespere? ¿A qué ha venido tu hermana?

Dª. ROSA.

Yo se lo diré á V... Mi hermana está enamorada de don Enrique.

D. GREGORIO.

¿Ahora tenemos eso?

Dª. ROSA.

Sí señor. Hace mas de un año que se quieren, y casi el mismo tiempo que se han dado palabra de matrimonio. Por esto fué la mudanza desde la calle de Silva á la plazuela de Afligidos, pretestando Leonor que queria vivir cerca de mi casa, no siendo otro el motivo que el de parecerla muy acomodado este barrio desierto, á donde tambien se mudó inmediatamente don Enrique, para tener mas ocasion de verle y hablarle, aprovechándose de la libertad que siempre la ha dado el bueno de don Manuel.

D. GREGORIO.

Pero este don Enrique ó don demonio, ¿á cuántas quiere? ¡Si yo estoy lelo!

Dª. ROSA.

Yo le diré á V. Continuaron estos amores hasta que don Enrique, zeloso de un don Antonio de Escobar, oficial de la secretaría de guerra, con quien la vió una tarde en el jardin botánico, la envió un papel de despedida lleno de espresiones amargas, y desde entonces no ha querido volverla á ver. Parecióle conveniente ademas pagar con zelos que él la diese, los que le habia causado el tal don Antonio; y desde entonces dió en seguirme á donde quiera que fuese, y hacerme cortesías, y rondar la casa, todo sin duda para que mi hermana lo supiera y rabiase de envidia. Yo, que ignoraba esto, bien advertí las insinuaciones de don Enrique; pero me propuse callar y despreciarle, hasta que informada esta tarde de todo por lo que me dijo Leonor (la cual vino á hablarme muy sentida, creyendo que yo fuese capaz de corresponder á ese trasto), resolví decirle á V. lo que á mí me pasaba, omitiendo todo lo demas para que la estimacion de mi hermana no padeciese... ¿Qué hubiera V. hecho en este apuro? ¿No hubiera V. hecho lo mismo?

D. GREGORIO.

Con que... Adelante.

Dª. ROSA.

Pues como yo la dijese á Leonor que inmediatamente haria saber al dichoso don Enrique, por medio de V., cuanto me desagradaba su mal término, se desconsoló, lloró, me suplicó que no lo hiciese; pero yo le aseguré

que no desistiria de mi propósito. Pensó llevarme á casa de doña Beatriz para estorbármelo; V. no quiso que fuera con ella, y no parece sino que algun ángel le inspiró á V. aquella repugnancia. Lo que ha pasado esta tarde con el tal caballero bien lo sabe V.; pero falta decirle que asi que V. me dejó para ir á verse con el escribano, llegó mi hermana, la conté cuanto habia ocurrido, y... Vaya, no es posible ponderarle á V. la afliccion que manifestó. Llamó á su criada, la habló en secreto, y quedándose conmigo sola, me dijo en un tono de desesperacion que me hizo temblar, que la chica habia ido á su casa á decir que esta noche no iria, porque doña Beatriz se habia puesto mala, y la habia rogado que se quedase con ella. Y que tambien iba encargada de avisar á don Enrique, en nombre mio, de que á las doce en punto le esperaba yo en el balcon de mi cuarto que da al jardin. Con este engaño se propone hablarle, y dar á sus zelos cuantas satisfacciones quiera pedirla.

D. GREGORIO.

Picarona! enredadora! desenvuelta!... Y bien, ¿tú qué la has dicho?

Dª. ROSA.

Amenazarla de que V. y D. Manuel sabrán todo lo que pasa, y que yo seré quien se lo diga para que pongan remedio en ello; afearla su deshonesto proceder, instarla á que se fuera de mi casa inmediatamente.

D. GREGORIO.

¿Y ella?

Dª. ROSA.

Ella me respondió que si no la sacan arrastrando de los cabellos no se irá. Que en hablando con D. Enrique y desvaneciendo sus quejas, ni á V., ni á D. Manuel, ni á todo el mundo teme.

D. GREGORIO.

Mi hermano merece esto y mucho mas... Pero ¿cómo he de sufrir yo en mi casa tales picardías? No señor. Yo la daré á entender á esa desvergonzada, que si ha contado contigo para seguir adelante en su desacuerdo, se ha equivocado mucho; y que yo no soy hombre de los que se dejan llevar al pilon como el otro bárbaro. Yo la diré lo que... Vamos.

(*Quiere entrar en su casa, y doña Rosa le detiene.*)

Dª. ROSA.

No señor, por Dios, no entre V. Al fin es mi hermana. Yo entraré sola y la diré que es preciso que se vaya al instante, ó á su casa, ó á lo menos á la de doña Beatriz, si teme que D. Manuel estrañe ahora su vuelta.

(*Hace que se va hácia su casa y vuelve.*

D. GREGORIO.

Muy bien, aquí espero á que salga.

Dª. ROSA.

Pero no se descubra V., no la hable, no se acerque, no la siga... Si le viese á V. seria tanta su confusion y sobresalto, que pudiera darla un accidente... Si ella quiere enmendar este desacierto, aun hay remedio, y mucho mas si ese hombre se va como ha prometido... En fin, yo la haré salir de casa, que es lo que importa; pero por Dios, retírese V. y no trate de molestarla.

D. GREGORIO.

¡Marta la piadosa!... ¡Cierto que merece ella toda esa caridad!

Dª. ROSA.

Es mi hermana.

D. GREGORIO.

¡Y qué poco se parece á tí la dichosa hermana!... Vamos, entra, y veremos si logras lo que te propones.

Dª. ROSA.

Yo creo que sí.

D. GREGORIO.

Mira que si se obstina en que ha de quedarse, subo allá arriba y la saco á patadas.

Dª. ROSA.

No será menester. Voy allá... (*Hace que se va, y vuelve.*) Pero repito que no se descubra V., ni la hostigue, ni...

D. GREGORIO.

Bien, sí, la dejaré que se vaya á donde quiera.

Dª. ROSA, *se encamina hácia su casa y vuelve.*

Ah! mire V. Asi que ella salga, éntrese V. y cierre bien su puerta... Yo estoy tan desazonada, que me voy al instante á acostar.

D. GREGORIO.

Pero ¿qué sientes?

Dª. ROSA.

¿Qué sé yo? ¿Le parece á V. que estaré poco disgustada con todo lo que ha sucedido?... Nada me duele; pero deseo descansar y dormir... Con que... buenas noches.

D. GREGORIO.

A Dios, Rosita... Pero mira que si no sale...

Dª. ROSA.

Yo le aseguro á V. que saldrá.

(*Éntrase dejando entornada la puerta. Don Gregorio se pasea por el teatro mirando con frecuencia hácia su casa, impaciente del éxito.*)

D. GREGORIO.

Y á todo esto, ¿en qué se ocupará ahora mi erudito hermano? Estará poniendo escolios á algun tratado de educacion... ¡La niña y su alma!... Bien que ¿cómo habia de resultar otra cosa de la independencia y la holgura en que siempre ha vivido?... Mugeres! ¡qué mal os conoce el que no os encierra y os sujeta y os enfrena y os zela y os guarda!... Pero no señor... Mañana á las diez desposorio, á las once comer, á las doce coche de colleras, y á las cinco en Griñon... ¿Cómo he de sufrir yo que la bribona de la Leonorcica se nos venga cada lúnes y cada mártes con estos embudos? No por cierto... Allá mi hermano verá lo que... Oiga! Parece que baja ya la niña bien criada.

(*Se acerca mas á un lado de la puerta de su casa, colocándose hácia el proscenio, y escucha atentamente lo que dice desde adentro doña Rosa, la cual finge que habla con su hermana.*)

Dª. ROSA.

No te canses en quererme persuadir. Vete... Antes que todo es mi estimacion... Vete, Leonor, ya te lo he dicho... ¿Y qué importa que me oigan? ¿Soy yo la culpada?... Vete. Acabemos, sal presto de aquí.

D. GREGORIO.

En efecto la echa de casa... (*Sale doña Rosa de su cuarto con basquiña y mantilla semejantes á las que sacó doña Leonor en el primer acto. Luego que se aparta un poco, cierra don Gregorio su puerta y guarda la llave.*) ¿Y á dónde irá la doncellita menesterosa?...Ganas me dan de... Pero no, cerremos primero.

ESCENA II.

DON ENRIQUE, COSME, DOÑA ROSA, DON GREGORIO.

(*Los dos primeros salen de su casa.*)

D. ENRIQUE.

¿Dijiste al ama que no me espere?

COSME.

Sí señor.

D. ENRIQUE.

Pues, cierra y vamos, que aunque sepa atropellar por todo, he de hablarla esta noche.

(*Cierra Cosme la puerta con llave.*)

COSME.

¡Noche toledana!

D. ENRIQUE.

Y á pesar de quien procura estorbarlo, ella y yo seremos felices.

(*Doña Rosa, despues de haberse alejado un poco hácia el fondo del teatro, vuelve encaminándose á casa de don Manuel: don Gregorio se adelanta igualmente y la observa. Ella se detiene.*)

Dª. ROSA.

Él se acerca á la puerta de don Manuel. ¿Qué haré?... Ya no es posible... (*Se retira llena de confusion hácia el fondo del teatro. Don Enrique se adelanta, la reconoce y la detiene.*) ¡Infeliz de mí!

D. ENRIQUE.

¿Quién es?

Dª. ROSA.

Yo.

D. ENRIQUE.

¿Doña Rosita?

Dª. ROSA.

Yo soy.

D. ENRIQUE.

A mi casa.

Dª. ROSA.

Pero ¿qué seguridad tendré en ella?

D. ENRIQUE.

La que debe V. esperar de un hombre de honor.

Dª. ROSA.

Yo iba á la de mi hermana; pero él me observa, no puedo llegar sin que me reconozca, y...

D. ENRIQUE.

Está V. conmigo... Pasará V. la noche en compañía de mi ama, muger anciana y virtuosa... Mañana daré parte á un juez, y á él, á don Manuel, á su tutor de V., y á todo el mundo, les diré que es V. mi esposa, y que estoy pronto si es necesario á esponer la vida para defenderla... Abre, Cosme. Venga V.

(*Cosme abre la puerta de la casa de don Enrique.*)

Dª. ROSA.

Allí está.

D. ENRIQUE.

Bien, que esté donde quiera. Poco importa.

Dª. ROSA.

Allí, allí.

D. ENRIQUE.

Sí, ya le distingo... No hay que temer, quieto se está... ¡Y qué bien hace en estarse quieto!... Adentro.

(*Asiéndola de la mano se entra con ella en su casa, y Cosme detras.*)

D. GREGORIO.

Pues señor, se marchó á casa del galan. No puede llegar á mas el abandono y la... Pero ¡qué regocijo siento al ver tan solemnemente burlado á este hermano que Dios me dió, necio por naturaleza y gracia, y presumido de que todo se lo sabe!... Vamos á darle la infausta noticia... (*Se encamina á casa de don Manuel; despues se detiene.*) No, el asunto es serio, y si el tiempo se pierde, si yo no pongo la mano en esto, puede suceder un trabajo... Al fin es hija de un amigo mio... Sí, mejor es... Allí pienso que ha de vivir el comisario...

(*Va en casa del comisario y llama.*)

ESCENA III.

UN COMISARIO, UN ESCRIBANO, UN CRIADO, DON GREGORIO.

(*Salen los tres primeros por una de las calles. El criado con linterna. La escena se ilumina un poco.*)

COMISARIO.

¿Quién anda ahí?

D. GREGORIO.

Ah! ¿No es V. el señor comisario del cuartel?

COMISARIO.

Servidor de V.

D. GREGORIO.

Pues señor... Oiga V. aparte... (*Se

aparta con el comisario á poca distancia de los demas.) Su presencia de V. es absolutamente necesaria para evitar un escándalo que va á suceder... ¿Conoce V. á una señorita que se llama doña Leonor, que vive en aquella casa de enfrente?

COMISARIO.

Sí, de vista la conozco y al caballero que la tiene consigo... Y me parece que ha de ser un don Manuel de Velasco.

D. GREGORIO.

Hermano mio.

COMISARIO.

Oiga! ¿Es V. su hermano?

D. GREGORIO.

Para servir á V.

COMISARIO.

Para hacerme favor.

D. GREGORIO.

Pues el caso es, que esta niña, hija de padres muy honrados y virtuosos, perdida de amores por un mancebito andaluz que vive aquí en este cuarto principal...

COMISARIO.

Calle! Don Enrique de Cárdenas: le conozco mucho.

D. GREGORIO.

Pues bien. Ha cometido el desacierto de abandonar su casa, venirse á la de su amante... Vamos, ya V. conoce lo que puede resultar de aquí.

COMISARIO.

Sí... En efecto.

D. GREGORIO.

Ello hay de por medio no sé qué papel de matrimonio; pero no ignora V. de lo que sirven esos papeles cuando cesa el motivo que los dictó... Eh! ¿me esplico?

COMISARIO.

Perfectamente... ¿Y ella está adentro?

D. GREGORIO.

Ahora mismo acaba de entrar... Con que, señor comisario, se trata de salvar el decoro de una doncella, de impedir que el tal caballero... Ya ve V.

COMISARIO.

Sí, sí, es cosa urgente. Vamos... Por fortuna tenemos aquí al señor, que en esta ocasion nos puede ser muy útil... (*Alza un poco la voz volviéndose hácia el escribano que está detras, el cual se acerca á ellos muy oficioso.*) Es escribano...

ESCRIBANO.

Escribano real.

D. GREGORIO.

Ya.

ESCRIBANO.

Y antiguo.

D. GREGORIO.

Mejor.

ESCRIBANO.

Mucha práctica de tribunales.

D. GREGORIO.

Bueno.

ESCRIBANO.

Cocido en testamentarias, subastas, inventarios, despojos, secuestros y...

D. GREGORIO.

No, ahí no hallará V. cosa en que poder...

ESCRIBANO.

Y muy hombre de bien.

D. GREGORIO.

Por supuesto.

ESCRIBANO.

Es que...

COMISARIO.

Vamos, don Lázaro, que esto pide mucha diligencia.

D. GREGORIO.

Yo aquí espero.

COMISARIO.

Muy bien.

(*Llama el criado á la puerta de don Enrique, se abre, y entran los tres. La escena vuelve á quedar oscura.*)

ESCENA IV.

DON GREGORIO, DON MANUEL.

D. GREGORIO.

Veamos si está en casa este inalterable filósofo, y le contaremos la amarga historia... (*Llama en casa de don Manuel, abren la puerta, se supone que habla con algun criado, queda la puerta entornada, y don Gregorio se pasea esperando á su hermano.*) Está? Que baje inmediatamente, que le espero aquí para un asunto de mucha importancia... ¡Bendito Dios! ¡En lo que han parado tantas máximas sublimes, tantas eruditas disertaciones! ¡Qué lástima de tutor! Vaya si... majadero mas completo y mas pagado de su dictámen... ¡Oh, señor hermano! (*Don Manuel sale de la puerta de su casa y se detiene inmediato á ella.*)

D. MANUEL.

Pero ¿qué estravagancia es esta? ¿Porqué no subes?

D. GREGORIO.

Porque tengo que hablarte y no me puedo separar de aquí.

D. MANUEL, *adelantándose hácia donde está don Gregorio.*

Enhorabuena... ¿Y qué se te ofrece?

D. GREGORIO.

Vengo á darte muy buenas noticias.

D. MANUEL.

¿De qué?

D. GREGORIO.

Sí, te vas á regocijar mucho con ellas... Díme, mi señora doña Leonor ¿en dónde está?

D. MANUEL.

¿Pues no lo sabes? En casa de su amiga doña Beatriz. Allí quedó esta tarde, yo me vine porque tenia una porcion de cartas que escribir, y supongo que ya no puede tardar. De un instante á otro... Pero ¿á qué viene esa pregunta?

D. GREGORIO.

Eh! Asi, por hablar algo.

D. MANUEL.

Pero ¿qué quieres decirme?

D. GREGORIO.

Nada... Que tú la has educado filosóficamente, persuadido (y con mucha razon) de que las mugeres necesitan un poco de libertad, que no es conveniente reprenderlas ni oprimirlas, que no son los candados ni los cerrojos los que aseguran su virtud, sino la indulgencia, la blandura y... en fin, prestarse á todo lo que ellas quieren... ¡Ya se ve! Leonor, enseñada por esta cartilla, ha sabido corresponder como era de esperar á las lecciones de su maestro.

D. MANUEL.

Te aseguro que no comprendo á qué propósito puede venir nada de cuanto dices.

D. GREGORIO.

Anda, necio, que bien merecido está lo que te sucede, y es muy justo que recibas el premio de tu ridícula presuncion... Llegó el caso de que se vea prácticamente lo que ha producido en las dos hermanas la educacion que las hemos dado. La una huye de los amantes; y la otra, como una muger perdida y sin vergüenza, los acaricia y los persigue.

D. MANUEL.

Si no me declaras el misterio, dígote que...

D. GREGORIO.

El misterio es que tu pupila no está donde piensas, sino en casa de un caballerito, del cual se ha enamorado rematadamente; y sola y de noche, y burlándose de tí, ha ido á buscar mejor compañía... ¿Lo entiendes ahora?

D. MANUEL.

¿Dices que Leonor...

D. GREGORIO.

Sí señor, la misma...

D. MANUEL.

Vaya, déjate de chanzas, y no me...

D. GREGORIO.

¡Sí, que el niño es chancero!... ¡Se dará tal estupidez! Dígole á V., señor hermano, y vuelvo á repetírselo, que la Leonorcita se ha ido esta noche á casa de su galan, y está con él, y lo he visto yo, y se quieren mucho, y hace mas de un año que se tienen dada palabra de matrimonio, á pesar de todas tus filosofías... ¿Lo entiendes?

D. MANUEL.

Pero es una cosa tan agena de verisimilitud...

D. GREGORIO.

Dale!... Vamos, aunque lo vea por sus ojos no se lo harán creer... ¡Cómo me repudre la sangre!... Amigo, digote que los años sirven de muy poco cuando no hay esto, esto.

(*Señalándose con el dedo en la frente.*)

D. MANUEL.

Ello es que tú te persuades á que...

D. GREGORIO.

Figúrate si me habré persuadido... Pero mira, no gastemos prosa: ven y lo verás, y en viéndolo, espero y confio que te persuadirás tambien. Vamos.

(*Se encamina á casa de don Enrique, y despues vuelve.*)

D. MANUEL.

¡Haber cometido tal esceso, cuando siempre la he tratado con la mayor benignidad, cuando la he prometido mil veces no violentar, no contradecir sus inclinaciones!

D. GREGORIO.

Ya temia yo que no habia de ser creido, y que perderíamos el tiempo en altercaciones inútiles. Por eso, y porque me pareció conveniente restaurar el honor de esa muger, siquiera por lo que me interesa su pobrecita hermana, he dispuesto que el comisario del cuartel vaya allá, y vea de arreglarlo, de manera que evitando escándalos, se concluya, si se puede, con un matrimonio.

D. MANUEL.

¿Eso hay?

D. GREGORIO.

Toma! Ya estan allá el comisario y un escribano que venia con él... Digo, á no ser que V. halle en sus libros algun texto oportuno para volver á recibir en su casa á la inocente criatura, disimularla este pequeño desliz, y casarse con ella... Eh?

D. MANUEL.

Yo? No lo creas. No cabe en mí tanta debilidad, ni soy capaz de aspirar á poseer un corazon que ya tiene otro dueño. Pero á pesar de cuanto dices, todavía no me puedo reducir á...

D. GREGORIO.

¡Qué terco es!... Ven conmigo, y acabemos esta disputa impertinente.

(*Se encamina con su hermano hácia casa de don Enrique, y al llegar cerca salen de ella el comisario y el criado. El teatro se ilumina como en la escena III.*)

ESCENA V.

EL COMISARIO, UN CRIADO, D. GREGORIO, D. MANUEL.

COMISARIO.

Aquí, señores, no hay necesidad de ninguna violencia. Los dos se quieren, son libres, de igual calidad... No hay otra cosa que hacer sino depositar inmediatamente á la señorita en una casa honesta, y desposarlos mañana... Las leyes protegen este matrimonio y le autorizan.

D. GREGORIO.

¿Qué te parece?

D. MANUEL, *reprimiéndose.*

¿Qué me ha de parecer?... Que se casen.

D. GREGORIO.

Pues, señor, que se casen.

COMISARIO.

Diré á V., señor don Manuel. Yo he propuesto á la novia que tuviese á bien de honrar mi casa, en donde asistida de mi muger y de mis hijas, estaria, si no con las comodidades que merece, á lo menos con las que pueden proporcionarla mis cortas facultades; pero no ha querido admitir este obsequio, y dice que si V. permite que vaya á la suya, la prefiere á otra cualquiera. Es cierto que esta eleccion es la mejor; pero he querido avisarle á V. para saber si gusta de ello, ó tiene alguna dificultad.

D. MANUEL.

Ninguna... Que venga. Yo me encargo del depósito.

COMISARIO.

Volveré con ella muy pronto.

(*Se entra con el criado en casa de don Enrique. El teatro queda oscuro otra vez.*)

D. GREGORIO.

No me queda otra cosa que ver... Pero ¿cuál es mas admirable, el descaro de la pindonga, ó la frescura de este insensato que se presta á tenerla en su casa despues de lo que ha hecho; que la toma en depósito de manos de su amante para entregársela despues tal y tan buena?... Ay! Si no es posible hallar cabeza mas destornillada que la suya... No puede ser.

D. MANUEL.

No lo entiendes, Gregorio... Mira, tú has hecho intervenir en esto á un comisario para evitar los daños que pudieran sobrevenir, y has hecho muy bien... Yo la recibo por la misma razon: para que su crédito no padezca; para que no se trasluzca lo que ha sucedido entre la vecindad, que todo lo atisba y lo murmura; para que mañana se casen, como si fuera yo mismo el que lo hubiese dispuesto; para manifestar á Leonor que nunca he querido hacerme un tirano de su libertad ni de sus afectos; para confundirla con mi modo de proceder, comparado al suyo... Pero... Leonor! ¿Es posible que haya sido capaz de tal ingratitud?

D. GREGORIO.

Calla, que... (*Salen por una calle doña Leonor, Juliana, y el lacayo con un farol, y habiendo pasado ya por delante de la puerta de don Enrique, al volverse don Gregorio las ve. Doña Leonor al ver gente se detiene un poco. Se ilumina el teatro.*) Sí... Ahí la tienes. Pídela perdon.

D. MANUEL.

Yo! ¡Qué mal me conoces!

ESCENA VI.

DOÑA LEONOR, JULIANA, UN LACAYO, DON MANUEL, DON GREGORIO.

D. MANUEL.

Leonor, no temas ningun esceso de cólera en mí, bien sabes cuanto sé reprimirla; pero es muy grande el sentimiento que me ha causado ver que te hayas atrevido á una accion tan poco decorosa, sabiendo tú que nunca he pensado sujetar tu albedrío, que no tienes amigo mas fino, mas verdadero que yo... No, no esperaba recibir de tí tan injusta correspondencia... En fin, hija mia, yo sabré tolerar en silencio el agravio que acabas de hacerme; y atento solo á que tu estimacion no pierda en la lengua ponzoñosa del vulgo, te daré en mi casa el auxilio que necesitas, y te entregaré yo mismo el esposo que has querido elegir.

Dª. LEONOR.

Yo no entiendo, señor don Ma-

nuel, á qué se dirige ese discurso... ¿Qué accion indecorosa? ¿qué agravio? ¿qué esposo es ese de quien V. me habla?... Yo soy la misma que siempre he sido. Mi respeto á su persona de V., mi agradecimiento, y para decirlo de una vez, mi amor, son inalterables... Mucho me ofende el que presuma que he podido yo hacer ni pensar cosa ninguna impropia de una muger honesta, que estima en mas que la vida su honor y su opinion.

D. MANUEL, *volviéndose á don Gregorio.*

¿Oyes lo que dice?

D. GREGORIO, *acercándose á doña Leonor.*

Ya se ve que lo oigo... Con que, Leonorcita... Ahorremos palabras... ¿De dónde vienes, hija?

Dª. LEONOR.

De casa de doña Beatriz.

D. GREGORIO.

¿Ahora vienes de allí, cordera?

Dª. LEONOR.

Ahora mismo... ¿No ve V. á Pepe que nos ha venido á acompañar?

D. GREGORIO.

¿Y no sales de casa de don Enrique?

Dª. LEONOR.

¿De quién? ¿De ese que vive aquí en... Eh! no por cierto.

D. GREGORIO.

¿Y no habeis concertado vuestro casamiento á presencia del comisario?

Dª. LEONOR.

Me hace reir... ¿Ves qué desatino, Juliana?

D. GREGORIO.

¿Y no estais enamorados mucho tiempo ha?

Dª. LEONOR.

Muchísimo tiempo... ¿Y qué mas?

D. GREGORIO.

¿Y no estuviste en mi casa esta noche? ¿y no te hicieron salir de allí? ¿y no te fuiste derechita á la de tu galan? ¿y no te ví yo?

Dª. LEONOR.

Esto pasa de chanza. V. no sabe lo que se dice... (*Asiendo del brazo á don Manuel se dirige hácia su casa.*) Vamos á casa, don Manuel, que ese hombre ha perdido el poco entendimiento que tenia: vamos.

ESCENA VII.

DOÑA ROSA, DON ENRIQUE, EL COMISARIO, EL ESCRIBANO, COSME, UN CRIADO, DOÑA LEONOR, JULIANA, UN LACAYO, DON MANUEL, DON GREGORIO.

(*El criado saldrá con linterna. La luz del teatro se duplica.*)

Dª. ROSA.

Leonor!... Hermana!...

(*Corriendo hácia doña Leonor la coge de las manos y se las besa.*)

D. GREGORIO.

Huf!...

(*Al reconocer á doña Rosa, se aparta lleno de confusion.*)

Dª. ROSA.

Yo espero de tu buen corazon que has de perdonarme el atrevimiento con que me valí de tu nombre para conseguir el fin de mis engaños. El ejemplo de tu mucha virtud hubiera debido contenerme; pero, hermana mia, bien sabes qué diferente suerte hemos tenido las dos.

Dª. LEONOR.

Todo lo conozco, Rosita... La eleccion que has hecho no me parece

desacertada : repruebo solamente los medios de que te has valido... Mucha disculpa tienes, pero toda la necesitas.

Dª. ROSA.

Cuanto digas es cierto, pero... (*Volviéndose á don Gregorio que permanece absorto y sin movimiento.*) V. ha sido la causa de tanto error, V... No me atreveria á presentarme ahora á sus ojos, si no estuviese bien segura de que en todo lo que acabo de hacer, aunque le disguste, le sirvo... La aversion que V. logró inspirarme distaba mucho de aquella suave amistad que une las almas para hacerlas felices... Tal vez V. me acusará de liviandad; pero puede ser que mañana hubiera V. sido verdaderamente infeliz, si yo fuese menos honesta.

D. ENRIQUE.

Dice bien, y V. debe agradecerla el honor que conserva y la tranquilidad de que puede gozar en adelante.

D. MANUEL, *acercándose á don Gregorio.*

Esto pide resignacion, hermano... Tú has tenido la culpa, es necesario que te conformes.

Dª. LEONOR.

Y hará muy mal en no conformarse; porque ni hay otro remedio á lo sucedido, ni hallará ninguno que le tenga lástima.

JULIANA.

Y conocerá que á las mugeres no se las encadena, ni se las enjaula, ni se las enamora á fuerza de tratarlas mal. ¡Hombre mas tonto!

COSME, *hablando con Juliana.*

Y en verdad que se ha escapado como en una tabla. Bien puede estar contento.

D. GREGORIO.

(*No dirige á nadie sus palabras, habla como si estuviera solo, y va aumentándose sucesivamente la energía de su espresion.*)

No, yo no acabo de salir de la admiracion en que estoy... Una astucia tan infernal confunde mi entendimiento; ni es posible que Satanas en persona sea capaz de mayor perfidia que la de esa maldita muger... Yo hubiera puesto por ella las manos en el fuego, y... Ah! desdichado del que á vista de lo que á mí me sucede se fie de ninguna! La mejor es un abismo de malicias y picardías : sexo engañador, destinado á ser el tormento y la desesperacion de los hombres... Para siempre le detesto y le maldigo, y le doy al demonio si quiere llevársele.

(*Sacando la llave de su puerta, se encamina furioso hácia ella. Don Manuel quiere contenerle, él le aparta, entra en su casa, y cierra por dentro.*)

D. MANUEL.

No dice bien... Las mugeres, dirigidas por otros principios que los suyos, son el consuelo, la delicia y el honor del género humano... Con que, señor comisario, acepto el depósito, y mañana sin falta se celebrará la boda.

Dª. ROSA.

¿La mia no mas?

D. MANUEL.

Si tu hermana me perdona una breve sospecha con tanta dificultad creida, no seria don Enrique el solo dichoso; yo tambien pudiera serlo.

Dª. LEONOR.

Hoy es dia de perdonar.

Dª. ROSA.

Sí, bien merece tu perdon y tu mano el que supo darte una educacion tan contraria á la que yo recibí.

Dª. LEONOR.

Con su prudencia y su bondad se hizo dueño de mi corazon, y bien sabe que mientras yo viva es prenda suya.

D. MANUEL.

¡Querida Leonor!

(*Se abrazan don Manuel y doña Leonor.*)

JULIANA.

¡Escelente leccion para los maridos, si quieren estudiarla!

EL MÉDICO Á PALOS.

PERSONAS.

DON GERONIMO.	BARTOLO.
DOÑA PAULA.	MARTINA.
LEANDRO.	GINÉS.
ANDREA.	LUCAS.

La escena representa en el primer acto un bosque, y en los dos siguientes una sala de casa particular, con puerta en el foro, y otras dos en los lados.

La accion empieza á las once de la mañana y se acaba á las cuatro de la tarde.

EL MÉDICO Á PALOS.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

BARTOLO, MARTINA.

BARTOLO.

¡Válgate Dios y qué durillo está este tronco! El hacha se mella toda, y él no se parte... (*Corta leña de un árbol inmediato al foro : deja despues el hacha arrimada al tronco, se adelanta hácia el proscenio, siéntase en un peñasco, saca piedra y eslabon, enciende un cigarro y se pone á fumar.*) ¡Mucho trabajo es este!... Y como hoy aprieta el calor, me fatigo, y me rindo, y no puedo mas... Dejémoslo y será lo mejor, que ahí se quedará para cuando vuelva. Ahora vendrá bien un rato de descanso y un cigarrillo, que esta triste vida otro la ha de heredar... Allí viene mi muger. ¿Qué traerá de bueno?

MARTINA, *saliendo por el lado derecho del teatro.*

Holgazan, ¿qué haces ahí sentado, fumando, sin trabajar? ¿Sabes que tienes que acabar de partir esa leña y llevarla al lugar, y ya es cerca de medio dia?

BARTOLO.

Anda, que si no es hoy será mañana.

MARTINA.

Mira qué respuesta.

BARTOLO.

Perdóname, muger. Estoy cansado, y me senté un rato á fumar un cigarro.

MARTINA.

¡Y que yo aguante á un marido tan poltron y desidioso! Levántate y trabaja.

BARTOLO.

Poco á poco, muger, si acabo de sentarme.

MARTINA.

Levántate.

BARTOLO.

Ahora no quiero, dulce esposa.

MARTINA.

¡Hombre sin vergüenza, sin atender á sus obligaciones! ¡Desdichada de mí!

BARTOLO.

Ay! ¡qué trabajo es tener muger! Bien dice Séneca que la mejor es peor que un demonio.

MARTINA.

Miren qué hombre tan hábil, para traer autoridades de Séneca.

BARTOLO.

¿Si soy hábil? A ver, á ver, búscame un leñador que sepa lo que yo, ni que haya servido seis años á un médico latino, ni que haya estudiado el *quis vel qui, quæ, quod vel quid*, y mas adelante, como yo lo estudié.

MARTINA.

Mal haya la hora en que me casé contigo.

BARTOLO.

Y maldito sea el pícaro escribano que anduvo en ello.

MARTINA.

Haragan, borracho.

BARTOLO.

Esposa, vamos poco á poco.

MARTINA.

Yo te haré cumplir con tu obligacion.

BARTOLO.

Mira, muger, que me vas enfadando.

(*Se levanta desperezándose, encamínase hácia el foro, coge un palo del suelo y vuelve.*)

MARTINA.

¿Y qué cuidado se me da á mí, insolente?

BARTOLO.

Mira que te he de cascar, Martina.

MARTINA.

Cuba de vino.

BARTOLO.

Mira que te he de solfear las espaldas.

MARTINA.

Infame.

BARTOLO.

Mira que te he de romper la cabeza.

MARTINA.

¿A mí? Bribon, tunante, canalla, ¿á mí?

BARTOLO, *dando de palos á Martina.*

Sí? Pues toma.

MARTINA.

Ay! ay! ay! ay!

BARTOLO.

Este es el único medio de que calles... Vaya, hagamos la paz. Dame esa mano.

MARTINA.

¿Despues de haberme puesto asi?

BARTOLO.

¿No quieres? Si eso no ha sido nada. Vamos.

MARTINA.

No quiero.

BARTOLO.

Vamos, hijita.

MARTINA.

No quiero, no.

BARTOLO.

Mal hayan mis manos que han sido causa de enfadar á mi esposa... Vaya, ven, dame un abrazo.

(*Tira el palo á un lado y la abraza.*)

MARTINA.

¡Si reventaras!

BARTOLO.

Vaya, si se muere por mí la pobrecita... Perdóname, hija mia. Entre dos que se quieren, diez ó doce garrotazos mas ó menos no valen nada... Voy hácia el barranquitero, que ya tengo allí una porcion de raices, haré una carguilla, y mañana con la burra la llevaremos á Miraflores. (*Hace que se va, y vuelve.*) Oyes, y dentro de poco hay feria en Buitrago: si voy allá, y tengo dinero, y me acuerdo, y me quieres mucho, te he de comprar una peineta de concha con sus piedras azules.

(*Toma el hacha y unas alforjas, y se va por el monte adelante. Martina se queda retirada á un lado, hablando entre sí.*)

MARTINA.

Anda, que tú me las pagarás... Verdad es que á una muger no le pueden faltar medios para vengarse de su marido; pero no me satisface cualquier castigo, yo quisiera uno que él sintiera de veras.

ESCENA II.

MARTINA, GINÉS, LUCAS.

(*Salen por la izquierda.*)

LUCAS.

Vaya, que los dos hemos tomado una buena comision... Y no sé yo todavía qué regalo tendremos por este trabajo.

GINÉS.

¿Qué quieres, amigo Lúcas? Es fuerza obedecer á nuestro amo; ademas, que la salud de su hija á todos nos interesa... Es una señorita tan afable, tan alegre, tan guapa... Vaya, todo se lo merece.

LUCAS.

Pero hombre, fuerte cosa es que los médicos que han venido á visitarla no hayan descubierto su enfermedad.

GINÉS.

Su enfermedad bien á la vista está; el remedio es el que necesitamos.

MARTINA, *aparte.*

¡Que no pueda yo imaginar alguna invencion para vengarme!

LUCAS.

Veremos si este médico de Miraflores acierta con ello... Como no hayamos equivocado la senda...

MARTINA, *aparte, hasta que repara en los dos, y les hace cortesía.*

(Pues ello es preciso, que los golpes que acaba de darme los tengo en el corazon. No puedo olvidarlos...) Pero, señores, perdonen Vds., que no los habia visto porque estaba distraida.

LUCAS.

¿Vamos bien por aquí á Miraflores?

MARTINA.

Sí señor. (*Señalando adentro por el lado derecho.*) ¿Ve V. aquellas tapias caidas junto á aquel nogueron? Pues todo derecho.

GINÉS.

¿No hay allí un famoso médico que ha sido médico de una vizcondesita, y catedrático, y examinador, y es académico, y todas las enfermedades las cura en griego?

MARTINA.

Ay! sí señor. Curaba en griego, pero hace dos dias que se ha muerto en español, y ya está el pobrecito debajo de tierra.

GINÉS.

¿Qué dice V.?

MARTINA.

Lo que V. oye. ¿Y para quién le iban Vds. á buscar?

LUCAS.

Para una señorita que vive ahí cerca, en esa casa de campo junto al rio.

MARTINA.

Ah! sí. La hija de don Gerónimo. ¡Válgate Dios! ¿Pues qué tiene?

LUCAS.

¿Qué sé yo? Un mal que nadie le entiende, del cual ha venido á perder el habla.

MARTINA.

¡Qué lástima! Pues... (*Aparte, con espresion de complacencia.* ¡Ay qué idea me ocurre!) Pues mire V., aquí tenemos el hombre mas sabio del mundo, que hace prodigios en esos males desesperados.

GINÉS.

¿De veras?

MARTINA.

Sí señor.

LUCAS.

¿Y en dónde le podemos encontrar?

MARTINA.

Cortando leña en ese monte.

GINÉS.

Estará entreteniéndose en buscar algunas yerbas salutíferas.

MARTINA.

No señor. Es un hombre estrava-

gante y lunático, va vestido como un pobre patan, hace empeño en parecer ignorante y rústico, y no quiere manifestar el talento maravilloso que Dios le dió.

GINÉS.

Cierto que es cosa admirable que todos los grandes hombres hayan de tener siempre algun ramo de locura mezclada con su ciencia.

MARTINA.

La manía de este hombre es la mas particular que se ha visto. No confesará su capacidad á menos que no le muelan el cuerpo á palos; y asi les aviso á Vds. que si no lo hacen, no conseguirán su intento. Si le ven que está obstinado en negar, tome cada uno un buen garrote, y zurra, que él confesará. Nosotros cuando le necesitamos nos valemos de esta industria, y siempre nos ha salido bien.

GINÉS.

¡Qué estraña locura!

LUCAS.

¿Habráse visto hombre mas original?

GINÉS.

¿Y cómo se llama?

MARTINA.

Don Bartolo. Fácilmente le conocerán Vds. Él es un hombre de corta estatura, morenillo, de mediana edad, ojos azules, nariz larga, vestido de paño burdo, con un sombrerillo redondo.

LUCAS.

No se me despintará, no.

GINÉS.

¿Y ese hombre hace unas curas tan difíciles?

MARTINA.

¿Curas dice V.? Milagros se pueden llamar. Habrá dos meses que murió en Lozcya una pobre muger, ya iban á enterrarla, y quiso Dios que este hombre estuviese por casualidad en una calle por donde pasaba el entierro. Se acercó, examinó á la difunta, sacó una redomita del bolsillo, la echó en la boca una gota de yo no sé qué, y la muerta se levantó tan alegre cantando el *frondoso*.

GINÉS.

¿Es posible?

MARTINA.

Como que yo lo ví. Mire V., aun no hace tres semanas que un chico de unos doce años se cayó de la torre de Miraflores, se le troncharon las piernas, y la cabeza se le quedó hecha una plasta. Pues señor, llamaron á don Bartolo, él que no queria ir allá; pero mediante una buena paliza lograron que fuese. Sacó un cierto ungüento que llevaba en un pucherete, y con una pluma le fué untando, untando al pobre muchacho, hasta que al cabo de un rato se puso en pie, y se fué corriendo á jugar á la rayuela con los otros chicos.

LUCAS.

Pues ese hombre es el que necesitamos nosotros. Vamos á buscarle.

MARTINA.

Pero sobre todo, acuérdense Vds. de la advertencia de los garrotazos.

GINÉS.

Ya, ya estamos en eso.

MARTINA.

Allí debajo de aquel árbol hallarán Vds. cuantas estacas necesiten.

LUCAS.

Sí? Voy por un par de ellas.

(*Coge el palo que dejó en el suelo Bartolo, va hácia el foro y coge otro, vuelve, y se le da á Ginés.*)

GINÉS.

¡Fuerte cosa es que haya de ser preciso valerse de este medio!

MARTINA.

Y sino, todo será inútil. (*Hace que se va, y vuelve.*) Ah! otra cosa. Cuiden Vds. de que no se les escape, porque

corre como un gamo; y si les coge á Vds. la delantera, no le vuelven á ver en su vida. (*Mirando hácia dentro á la parte del foro.*) Pero me parece que viene. Sí, aquel es. Yo me voy, háblenle Vds., y si no quiere hacer bondad, menudito en él. A Dios, señores.

ESCENA III.

GINÉS, LUCAS.

LUCAS.

Fortuna ha sido haber hallado á esta muger. Pero ¿no ves qué traza de médico aquella?

(*Los dos miran hácia el foro.*)

GINÉS.

Ya lo veo... Mira, retirémonos uno á un lado y otro á otro, para que no se nos pueda escapar. Hemos de tratarle con la mayor cortesía del mundo. ¿Lo entiendes?

LUCAS.

Sí.

GINÉS.

Y solo en el caso de que absolutamente sea preciso...

LUCAS.

Bien... Entonces me haces una señal, y le ponemos como nuevo.

GINÉS.

Pues apartémonos, que ya llega.

(*Ocúltanse á los dos lados del teatro.*)

ESCENA IV.

GINÉS, LUCAS, BARTOLO.

(*Sale del monte con el hacha y las alforjas al hombro, cantando; siéntase en el suelo en medio del teatro, y saca de las alforjas una bota.*)

BARTOLO.

En el alcázar de Vénus,
Junto al dios de los planetas,
En la gran Constantinopla,
Allá en la casa de Meca,
Donde el gran sultan bajá
Imperio de tantas fuerzas,
Aquel alcoran que todos
Le pagan tributo en perlas;
Rey de setenta y tres reyes,
De siete imperios... (*Bebe.*)
De siete imperios cabeza:
Este tal tiene una hija
Que es del imperio heredera.

(*Vuelve á beber, va á poner la bota al lado por don de sale Lúcas, el cual le hace con el sombrero en la mano una cortesía. Bartolo, sospechando que es para quitarle la bota, va á ponerla al otro lado á tiempo que sale Ginés haciendo lo mismo que Lúcas. Bartolo pone la bota entre las piernas, y la tapa con las alforjas.*)

Arre allá, diablo. ¿Qué buscará este animal? Lo primero esconderé la bota... Calle! Otro zángano. ¿Qué demonios es esto? En todo caso la guardaremos y la arroparemos; porque no tienen cara de hacer cosa buena.

GINÉS.

¿Es V. un caballero que se llama el señor don Bartolo?

BARTOLO.

¿Y qué?

GINÉS.

¿Que si se llama V. don Bartolo?

BARTOLO.

No, y sí, conforme lo que Vds. quieran.

GINÉS.

Queremos hacerle á V. cuantos obsequios sean posibles.

BARTOLO.

Si asi es, yo me llamo don Bartolo.

(*Quítase el sombrero y le deja á un lado.*)

LUCAS.

Pues con toda cortesía...

GINÉS.

Y con la mayor reverencia...

LUCAS.

Con todo cariño, suavidad y dulzura...

GINÉS.

Y con todo respeto, y con la veneracion mas humilde...

BARTOLO, *aparte.*

Parecen arlequines, que todo se les vuelve cortesías y movimientos.

GINÉS.

Pues señor, venimos á implorar su auxilio de V. para una cosa muy importante.

BARTOLO.

¿Y qué pretenden Vds.? Vamos, que si es cosa que dependa de mí, haré lo que pueda.

GINÉS.

Favor que V. nos hace... Pero cúbrase V., que el sol le incomodará.

LUCAS.

Vaya, señor, cúbrase V.

BARTOLO.

Vaya, señores, ya estoy cubierto... (*Pónese el sombrero, y los otros tambien.*) ¿Y ahora?

GINÉS.

No estrañe V. que vengamos en su busca. Los hombres eminentes siempre son buscados y solicitados, y como nosotros nos hallamos noticiosos del sobresaliente talento de V., y de su...

BARTOLO.

Es verdad, como que soy el hombre que se conoce para cortar leña.

LUCAS.

Señor...

BARTOLO.

Si ha de ser de encina, no la daré menos de á dos reales la carga.

GINÉS.

Ahora no tratamos de eso.

BARTOLO.

La de pino la daré mas barata. La de raices, mire V...

GINÉS.

Oh! señor, eso es burlarse.

LUCAS.

Suplico á V. que hable de otro modo.

BARTOLO.

Hombre, yo no sé otra manera de hablar. Pues me parece que bien claro me esplico.

GINÉS.

¡Un sugeto como V. ha de ocuparse en ejercicios tan groseros! Un hombre tan sabio, tan insigne médico, ¿no ha de comunicar al mundo los talentos de que le ha dotado la naturaleza?

BARTOLO.

¿Quién, yo?

GINÉS.

V., no hay que negarlo.

BARTOLO.

V. será el médico y toda su generacion, que yo en mi vida lo he sido. (*Aparte.* Borrachos estan.)

LUCAS.

¿Para qué es escusarse? Nosotros lo sabemos, y se acabó.

BARTOLO.

Pero, en suma, ¿quién soy yo?

GINÉS.

Quién? Un gran médico.

BARTOLO.

¡Qué disparate! (*Aparte.* ¿No digo que estan bebidos?)

GINÉS.

Con que vamos, no hay que negarlo, que no venimos de chanza.

BARTOLO.

Vengan Vds. como vengan, yo no soy médico, ni lo he pensado jamas.

LUCAS.

Al cabo me parece que será necesario... (*Mirando á Ginés.*) Eh?

GINÉS.

Yo creo que sí.

LUCAS.

En fin, amigo don Bartolo, no es ya tiempo de disimular.

GINÉS.

Mire V. que se lo decimos por su bien.

LUCAS.

Confiese V., con mil demonios, que es médico, y acabemos.

BARTOLO, *impaciente.*

¡Yo rabio!

GINÉS.

¿Para qué es fingir, si todo el mundo lo sabe?

BARTOLO.

Pues digo á Vds. que no soy médico.

(*Se levanta, quiere irse, ellos lo estorban, y se le acercan, disponiéndose para apalearle.*)

GINÉS.

No?

BARTOLO.

No señor.

LUCAS.

¿Con que no?

BARTOLO.

El diablo me lleve si entiendo palabra de medicina.

GINÉS.

Pues amigo, con su buena licencia de V., tendremos que valernos del remedio consabido... Lúcas.

LUCAS.

Ya, ya.

BARTOLO.

¿Y qué remedio dice V.?

LUCAS.

Este.

(*Danle de palos, cogiéndole siempre las vueltas para que no se escape.*)

BARTOLO.

Ay! ay! ay!... (*Quitándose el sombrero.*) Basta, que yo soy médico, y todo lo que Vds. quieran.

GINÉS.

Pues bien, ¿para qué nos obliga V. á esta violencia?

LUCAS.

¿Para qué es darnos el trabajo de derrengarle á garrotazos?

BARTOLO.

El trabajo es para mí que los llevo... Pero señores, vamos claros. ¿Qué es esto? ¿es una humorada, ó estan Vds. locos?

LUCAS.

¿Aun no confiesa V. que es doctor en medicina?

BARTOLO.

No señor, no lo soy. Ya está dicho.

GINÉS.

¿Con que no es V. médico?... Lúcas.

LUCAS.

¿Con que no? (*Vuelven á darle de palos.*) Eh?

BARTOLO.

Ay! ay! ¡Pobre de mí! (*Pónese de rodillas juntando las manos, en ademan de súplica.*) Sí que soy médico. Sí señor.

LUCAS.

¿De veras?

BARTOLO.

Sí señor, y cirujano de estuche, y saludador, y albeitar, y sepulturero, y todo cuanto hay que ser.

GINÉS.

Me alegro de verle á V. tan razonable.

(*Levántanle cariñosamente entre los dos.*)

LUCAS.

Ahora sí que parece V. hombre de juicio.

BARTOLO.

(*Ap.* ¡Maldita sea vuestra alma!...) ¿Si seré yo médico, y no habré reparado en ello?

GINÉS.

No hay que arrepentirse. A V. se le pagará muy bien su asistencia, y quedará contento.

BARTOLO.

Pero, hablando ahora en paz, ¿es cierto que soy médico?

GINÉS.

Certísimo.

BARTOLO.

Seguro?

GINÉS.

Sin duda ninguna.

BARTOLO.

Pues lléveme el diablo si yo sabia tal cosa.

GINÉS.

¿Pues cómo, siendo el profesor mas sobresaliente que se conoce?

BARTOLO, *riéndose.*

Ah! ah! ah!

GINÉS.

Un médico que ha curado no sé cuantas enfermedades mortales.

BARTOLO, *con ironía.*

¡Válgame Dios!

LUCAS.

Una muger que estaba ya enterrada...

GINÉS.

Un muchacho que cayó de una torre y se hizo la cabeza una tortilla...

BARTOLO.

¿Tambien le curé?

LUCAS.

Tambien.

GINÉS.

Con que buen ánimo, señor doctor. Se trata de asistir á una señorita muy rica, que vive en esa quinta cerca del molino. V. estará allí, comido y bebido, y regalado como cuerpo de rey, y le traerán en palmitas.

BARTOLO.

¿Me traerán en palmitas?

LUCAS.

Sí señor, y acabada la curacion le darán á V. qué sé yo cuanto dinero.

BARTOLO.

Pues señor, vamos allá. ¿En palmitas y qué sé yo cuanto dinero?... Vamos allá.

GINÉS.

Recógele todos esos muebles, y vamos.

BARTOLO.

No, poco á poco. (*Lúcas recoge las alforjas y el hacha. Bartolo le quita la bota y se la guarda debajo del brazo.*) La bota conmigo.

GINÉS.

Pero señor, ¡un doctor en medicina con bota!

BARTOLO.

No importa, venga... Me darán bien de comer y de beber... (*Apartándose á un lado, medita y habla entre sí. Despues con ellos.*) La pulsaré, la recetaré algo... La mato seguramente... Si no quiero ser médico, me volverán á sacudir el bulto; y si lo soy, me le sacudirán tambien... Pero díganme Vds., les parece que este trage rústico será propio de un hombre tan sapientísimo como yo?

GINÉS.

No hay que afligirse. Antes de presentarle á V., le vestiremos con mucha decencia.

BARTOLO, *aparte.*

Si á lo menos pudiese acordarme de aquellos textos, de aquellas palabrotas que les decia mi amo á los enfermos... saldria del apuro.

GINÉS.

Mira que se quiere escapar.

LUCAS.

Señor don Bartolo, ¿qué hacemos?

BARTOLO, *aparte.*

Aquel libro de vocabulorum, que llevaba el chico al aula. ¡Aquel sí que era bueno!

GINÉS.

Vaya, basta de meditacion.

LUCAS.

¿Será cosa de que otra vez... (*En ademan de volverle á dar.*)

BARTOLO.

¡Qué! no señor. Sino que estaba pensando en el plan curativo... ¡Pobrecito Bartolo! Vamos.

(*Los dos le cogen en medio, y se van con él por la izquierda del teatro.*)

ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.

DON GERONIMO, LUCAS, GINÉS, ANDREA.

D. GERÓNIMO.

¿Con que decis que es tan hábil?

LUCAS.

Cuantos hemos visto hasta ahora no sirven para descalzarle.

GINÉS.

Hace curas maravillosas.

LUCAS.

Resucita muertos.

GINÉS.

Solo que es algo estrambótico y lunático, y amigo de burlarse de todo el mundo.

D. GERÓNIMO.

Me dejais aturdido con esa relacion. Ya tengo impaciencia de verle. Vé por él, Ginés.

LUCAS.

Vistiéndose quedaba. Toma la llave, y no te apartes de él.

(*Le da una llave á Ginés, el cual se va por la puerta del lado derecho.*)

D. GERÓNIMO.

Que venga, que venga presto.

ESCENA II.

D. GERONIMO, ANDREA, LUCAS.

ANDREA.

¡Ay, señor amo! que aunque el médico sea un pozo de ciencia, me parece á mí que no haremos nada.

D. GERÓNIMO.

Porqué?

ANDREA.

Porque doña Paulita no ha menester médicos, sino marido, marido: eso la conviene, lo demas es andarse por las ramas. ¿Le parece á V. que ha de curarse con ruibarbo, y jalapa, y tinturas, y cocimientos, y potingues, y porquerías, que no sé cómo no ha perdido ya el estómago? No señor, con un buen marido sanará perfectamente.

LUCAS.

Vamos, calla, no hables tonterías.

D. GERÓNIMO.

La chica no piensa en eso. Es todavía muy niña.

ANDREA.

Niña! Sí, cásela V. y verá si es niña.

D. GERÓNIMO.

Mas adelante no digo que...

ANDREA.

Boda, boda, y aflojar el dote, y...

D. GERÓNIMO.

¿Quieres callar, habladora?

ANDREA.

(*Ap.* Allí le duele...) Y despedir médicos y boticarios, y tirar todas esas pócimas y brebages por la ventana, y llamar al novio, que ese la pondrá buena.

D. GERÓNIMO.

¿A qué novio, bachillera, impertinente? ¿En dónde está ese novio?

ANDREA.

¡Qué presto se le olvidan á V. las cosas! ¿Pues qué, no sabe V. que Leandro la quiere, que la adora, y ella le corresponde? ¿No lo sabe V.?

D. GERÓNIMO.

La fortuna del tal Leandro está en que no le conozco, porque desde que

tenia ocho ó diez años no le he vuelto á ver... Y ya sé que anda por aquí acechando y rondándome la casa; pero como yo le llegue á pillar... Bien que lo mejor será escribir á su tio para que le recoja y se le lleve á Buitrago, y allí se le tenga. Leandro! ¡Buen matrimonio por cierto! ¡Con un mancebito que acaba de salir de la universidad, muy atestada de Vinios la cabeza, y sin un cuarto en el bolsillo!

ANDREA.

Su tio, que es muy rico, que es muy amigo de V., que quiere mucho á su sobrino, y que no tiene otro heredero, suplirá esa falta. Con el dote que V. dará á su hija, y con lo que...

D. GERÓNIMO.

Vete al instante de aquí, lengua de demonio.

ANDREA, *aparte.*

Allí le duele.

D. GERÓNIMO.

Vete.

ANDREA.

Ya me iré, señor.

D. GERÓNIMO.

Vete, que no te puedo sufrir.

LUCAS.

¡Que siempre has de dar en eso, Andrea! Calla, y no desazones al amo, muger; calla, que el amo no necesita de tus consejos para hacer lo que quiera. No te metas nunca en cuidados agenos, que al fin y al cabo, el señor es el padre de su hija, y su hija es hija, y su padre es el señor, no tiene remedio.

D. GERÓNIMO.

Dice bien tu marido, que eres muy entremetida.

LUCAS.

El médico viene.

ESCENA III.

BARTOLO, GINÉS, D. GERONIMO, LUCAS, ANDREA.

GINÉS.

(*Salen por la derecha Ginés y Bartolo, este vestido con casaca antigua, sombrero de tres picos y baston.*)

Aquí tiene V., señor don Gerónimo, al estupendo médico, al doctor infalible, al pasmo del mundo.

D. GERÓNIMO.

Me alegro mucho de ver á V. y de conocerle, señor doctor.

(*Se hacen cortesías uno á otro, con el sombrero en la mano.*)

BARTOLO.

Hipócrates dice que los dos nos cubramos.

D. GERÓNIMO.

¿Hipócrates lo dice?

BARTOLO.

Sí señor.

D. GERÓNIMO.

¿Y en qué capítulo?

BARTOLO.

En el capítulo de los sombreros.

D. GERÓNIMO.

Pues si lo dice Hipócrates, será preciso obedecer.

(*Los dos se ponen el sombrero.*)

BARTOLO.

Pues como digo, señor médico, habiendo sabido...

D. GERÓNIMO.

¿Con quién habla V.?

BARTOLO.

Con V.

D. GERÓNIMO.

Conmigo? Yo no soy médico.

BARTOLO.

No?

D. GERÓNIMO.

No señor.

BARTOLO.

No? Pues ahora verás lo que te pasa.

(Arremete hácia él con el baston levantado en ademan de darle de palos. Huye don Gerónimo, los criados se ponen de por medio, y detienen á Bartolo.)

D. GERÓNIMO.

¿Qué hace V., hombre?

BARTOLO.

Yo te haré que seas médico á palos, que asi se graduan en esta tierra.

D. GERÓNIMO.

Detenedle vosotros... ¿Qué loco me habeis traido aquí?

GINÉS.

¿No le dije á V. que era muy chancero?

D. GERÓNIMO.

Sí; pero que vaya á los infiernos con esas chanzas.

LUCAS.

No le dé á V. cuidado. Si lo hace por reir.

GINÉS.

Mire V., señor facultativo, este caballero que está presente es nuestro amo, y padre de la señorita que V. ha de curar.

BARTOLO.

¿El señor es su padre? Oh! perdone V., señor padre, esta libertad que...

D. GERÓNIMO.

Soy de V.

BARTOLO.

Yo siento...

D. GERÓNIMO.

No, no ha sido nada... (*Ap.* ¡Maldita sea tu casta!...) Pues señor, vamos al asunto. (*Saca la caja, se la presenta á Bartolo, y él toma un polvo con afectada gravedad.*) Yo tengo una hija muy mala...

BARTOLO.

Muchos padres se quejan de lo mismo.

D. GERÓNIMO.

Quiero decir que está enferma.

BARTOLO.

Ya, enferma.

D. GERÓNIMO.

S señor.

BARTOLO.

Me alegro mucho.

D. GERÓNIMO.

Cómo?

BARTOLO.

Digo que me alegro de que su hija de V. necesite de mi ciencia, y ojalá que V. y toda su familia estuviesen á las puertas de la muerte, para emplearme en su asistencia y alivio.

D. GERÓNIMO.

Viva V. mil años, que yo le estimo su buen deseo.

BARTOLO.

Hablo ingenuamente.

D. GERÓNIMO.

Ya lo conozco.

BARTOLO.

¿Y cómo se llama su niña de V.?

D. GERÓNIMO.

Paulita.

BARTOLO.

Paulita! !Lindo nombre para curarse!... ¿Y esta doncella quién es?

D. GERÓNIMO.

Esta doncella es muger de aquel.

(Señalando á Lúcas.)

BARTOLO.

Oiga!

D. GERÓNIMO.

Sí señor... Voy á hacer que salga aquí la chica para que V. la vea.

ANDREA.

Durmiendo quedaba.

D. GERÓNIMO.

No importa, la despertaremos. Ven, Ginés.

GINÉS.

Allá voy.

(Vanse los dos por la izquierda.)

ESCENA IV.

BARTOLO, ANDREA, LUCAS.

BARTOLO, *acercándose á Andrea con ademanes y gestos espresivos.*

¿Con que V. es muger de ese mocito?

ANDREA.

Para servir á V.

BARTOLO.

¡Y qué frescota es! ¡Y qué... Regocijo da el verla... ¡Hermosa boca tiene!... ¡Ay qué dientes tan blancos, tan igualitos, y qué risa tan graciosa!... ¡Pues los ojos! En mi vida he visto un par de ojos mas habladores ni mas traviesos.

LUCAS.

(*Ap.* ¡Habrá demonio de hombre! ¡Pues no la está requebrando el maldito!...) Vaya, señor doctor, mude V. de conversacion, porque no me gustan esas flores. ¿Delante de mí se pone V. á decir arrumacos á mi muger? Yo no sé como no cojo un garrote y le...

(*Mirando por el teatro si hay algun palo. Bartolo le detiene.*)

BARTOLO.

Hombre, por Dios, ten caridad. ¿Cuántas veces me han de examinar de médico?

LUCAS.

Pues cuenta con ella.

ANDREA.

Yo reviento de risa.

(*Encaminándose á recibir á doña Paula, que sale por la puerta de la izquierda con don Gerónimo y Ginés.*)

ESCENA V.

DON GERONIMO, DOÑA PAULA, GINÉS, LUCAS, BARTOLO, ANDREA.

D. GERÓNIMO.

Anímate, hija mia, que yo confio en la sabiduría portentosa de este señor, que brevemente recobrarás tu salud. Esta es la niña, señor doctor. Hola, arrimad sillas.

(*Traen sillas los criados. Doña Paula se sienta en una poltrona entre Bartolo y su padre. Los criados detras, en pie.*)

BARTOLO.

¿Con que esta es su hija de V.?

D. GERÓNIMO.

No tengo otra, y si se me llegara á morir me volveria loco.

BARTOLO.

Ya se guardará muy bien. ¿Pues qué, no hay mas que morirse sin licencia del médico? No señor; no se morirá... Vean Vds. aquí una enferma que tiene un semblante capaz de hacer perder la chabeta al hombre mas tétrico del mundo. Yo, con todos mis aforismos, le aseguro á V... ¡Bonita cara tiene!

Dª. PAULA.

Ah! ah! ah!

D. GERÓNIMO.

Vaya, gracias á Dios que se rie la pobrecita.

BARTOLO.

Bueno! ¡Gran señal! gran señal! Cuando el médico hace reir á las enfermas es linda cosa... Y bien, ¿qué la duele á V.?

Dª. PAULA.

Ba, ba, ba, ba.

BARTOLO.

Eh! ¿Qué dice V.?

Dª. PAULA.

Ba, ba, ba.

BARTOLO.

Ba, ba, ba, ba. ¿Qué diantre de lengua es esa? Yo no entiendo palabra.

D. GERÓNIMO.

Pues ese es su mal. Ha venido á quedarse muda, sin que se pueda saber la causa. Vea V. qué desconsuelo para mí.

BARTOLO.

¡Qué bobería! Al contrario, una muger que no habla es un tesoro. La mia no padece esta enfermedad, y si la tuviese, yo me guardaria muy bien de curarla.

D. GERÓNIMO.

A pesar de eso, yo le suplico á V. que aplique todo su esmero á fin de aliviarla y quitarla ese impedimento.

BARTOLO.

Se la aliviará, se la quitará: pierda V. cuidado. Pero es curacion que no se hace asi como quiera. ¿Come bien?

D. GERÓNIMO.

Sí señor, con bastante apetito.

BARTOLO.

Malo!... Duerme?

ANDREA.

Sí señor, unas ocho ó nueve horas suele dormir regularmente.

BARTOLO.

Malo!... ¿Y la cabeza la duele?

D. GERÓNIMO.

Ya se lo hemos preguntado varias veces; dice que no.

BARTOLO.

No? Malo!... Venga el pulso... Pues amigo, este pulso indica... Claro! está claro.

D. GERÓNIMO.

¿Qué indica?

BARTOLO.

Que su hija de V. tiene secuestrada la facultad de hablar.

D. GERÓNIMO.

Secuestrada?

BARTOLO.

Sí por cierto; pero buen ánimo, ya lo he dicho, curará.

D. GERÓNIMO.

Pero ¿de qué ha podido proceder este accidente?

BARTOLO.

Este accidente ha podido proceder y procede (segun la mas recibida opinion de los autores) de habérsela interrumpido á mi señora doña Paulita el uso espedito de la lengua.

D. GERÓNIMO.

¡Este hombre es un prodigio!

LUCAS.

¿No se lo dijimos á V.?

ANDREA.

Pues á mí me parece un macho.

LUCAS.

Calla.

D. GERÓNIMO.

Y en fin, ¿qué piensa V. que se puede hacer?

BARTOLO.

Se puede y se debe hacer... El pulso... (*Tomando el pulso á doña Paula.*) Aristóteles, en sus protocolos, habló de este caso con mucho acierto.

D. GERÓNIMO.

¿Y qué dijo?

BARTOLO.

Cosas divinas... La otra... (*La toma el pulso en la otra mano, y la observa la lengua.*) A ver la lengüecita... ¡Ay qué monería!... Dijo... ¿Entiende V. el latin?

D. GERÓNIMO.

No señor, ni una palabra.

BARTOLO.

No importa. Dijo: *Bonus bona bonum, uncias duas, mascula sunt maribus, honora medicum, acinax acinacis, est modus in rebus; Amaryllida sylvas.* Que quiere decir, que esta falta de coagulacion en la lengua la causan ciertos humores que nosotros llamamos humores... acres, proclives, espontáneos, y corrumpentes. Porque como los vapores que se elevan de la region... ¿Estan Vds.?

ANDREA.

Sí señor, aqui estamos todos.

BARTOLO.

De la region lumbar, pasando desde el lado izquierdo donde está el hígado, al derecho en que está el corazon, ocupan todo el duodeno y parte

del cráneo: de aquí es, segun la doctrina de Ausias March y de Calepino (aunque yo llevo la contraria), que la malignidad de dichos vapores... ¿Me esplico?

D. GERÓNIMO.

Sí señor, perfectamente.

BARTOLO.

Pues como digo, supeditando dichos vapores las carúnculas y el epidérmis, necesariamente impiden que el tímpano comunique al metacarpo los sucos gástricos. *Doceo, doces, docere, docui, doctum: ars longa, vita brevis: templum, templi: augusta vindelicorum, et reliqua*... ¿Qué tal? ¿He dicho algo?

D. GERÓNIMO.

Cuanto hay que decir.

GINÉS.

Es mucho hombre este.

D. GERÓNIMO.

Solo he notado una equivocacion en lo que...

BARTOLO.

Equivocacion? No puede ser. Yo nunca me equivoco.

D. GERÓNIMO.

Creo que dijo V. que el corazon está al lado derecho, y el hígado al izquierdo; y en verdad que es todo lo contrario.

BARTOLO.

¡Hombre ignorantísimo, sobre toda la ignorancia de los ignorantes! ¿Ahora me sale V. con esas vejeces? Sí señor, antiguamente asi sucedia, pero ya lo hemos arreglado de otra manera.

D. GERÓNIMO.

Perdone V. si en esto he podido ofenderle.

BARTOLO.

Ya está V. perdonado. V. no sabe latin, y por consiguiente está dispensado de tener sentido comun.

D. GERÓNIMO.

¿Y qué le parece á V. que deberemos hacer con la enferma?

BARTOLO.

Primeramente harán Vds. que se acueste, luego se la darán unas buenas friegas... bien que eso yo mismo lo haré... y despues tomará de media en media hora una gran sopa en vino.

ANDREA.

¡Qué disparate!

D. GERÓNIMO.

¿Y para qué es buena la sopa en vino?

BARTOLO.

¡Ay amigo, y qué falta le hace á V. un poco de ortografía! La sopa en vino es buena para hacerla hablar. Porque en el pan y en el vino, empapado el uno en el otro, hay una virtud simpática que simpatiza y absorbe el tejido celular y la pia mater, y hace hablar á los mudos.

D. GERÓNIMO.

Pues no lo sabia.

BARTOLO.

Si V. no sabe nada.

D. GERÓNIMO.

Es verdad que no he estudiado ni...

BARTOLO.

¿Pues no ha visto V., pobre hombre, no ha visto V. como á los loros los atracan de pan mojado en vino?

D. GERÓNIMO.

Sí señor.

BARTOLO.

¿Y no hablan los loros? Pues para que hablen se les da, y para que hable se lo daremos tambien á doña Paulita, y dentro de muy poco hablará mas que siete papagayos.

D. GERÓNIMO.

Algun ángel le ha traido á V. á mi casa, señor doctor... Vamos, hijita, que ya querrás descansar... Al ins-

tante vuelvo, señor don... ¿Cómo es su gracia de V.?

BARTOLO.

Don Bartolo.

D. GERÓNIMO.

Pues asi que la deje acostada seré con V., señor don Bartolo... (*Se levantan los tres.*) Ayuda aquí, Andrea... Despacito.

BARTOLO.

Taparla bien, no se resfrie. A Dios, señorita.

Dª. PAULA.

Ba, ba, ba, ba.

D. GERÓNIMO, *hace que se va acompañando á doña Paula, y vuelve á hablar aparte con Lúcas.*

Lúcas, vé al instante y adereza el cuarto del señor, bien limpio todo, una buena cama, la colcha verde, la jarra con agua, la aljofaina, la toalla, en fin, que no falte cosa ninguna... Estás?

LUCAS, *marchando por la puerta de la derecha.*

Sí señor.

D. GERÓNIMO.

Vamos, hija mia.

(*Vanse don Gerónimo, doña Paula, Andrea y Ginés por la puerta de la izquierda.*)

BARTOLO.

Yo sudo... En mi vida me he visto mas apurado... ¡Si es imposible que esto pare en bien, imposible! Veré si ahora que todos andan por allá dentro puedo... Y si no, mal estamos.... En las espaldas siento una desazon que no me deja... Y no es por los palos recibidos, sino por los que aun me falta que recibir.

(*Vase por la parte del lado derecho.*)

ACTO TERCERO.

ESCENA I.

BARTOLO, DON GERONIMO.

(*Sale el primero sin sombrero ni baston por la derecha.*)

BARTOLO.

Pues señor, ya está visto. Esto de escabullirse, es negocio desesperado... ¡El maldito, con achaque de la compostura del cuarto, no se mueve de allí!... ¡Ay, pobre Bartolo!... (*Paseándose inquieto por el teatro.*) Vamos, pecho al agua, y suceda lo que Dios quiera.

D. GERÓNIMO, *saliendo por la izquierda.*

No ha habido forma de poderla reducir á que se acueste. Ya la estan preparando la sopa en vino que V. mandó. Veremos lo que resulta.

BARTOLO.

No hay que dudar, el resultado será felicísimo.

D. GERÓNIMO, *sacando la bolsa y tomando de ella algunos escuditos.*

V., amigo don Bartolo, estará en mi casa obsequiado y servido como un príncipe, y entre tanto quiero que tenga V. la bondad de recibir estos escuditos.

BARTOLO.

No se hable de eso.

D. GERÓNIMO.

Hágame V. este favor.

BARTOLO.

No hay que tratar de la materia.

D. GERÓNIMO.

Vamos, que es preciso.

BARTOLO.

Yo no lo hago por el dinero.

D. GERÓNIMO.

Lo creo muy bien, pero sin embargo...

BARTOLO.

¿Y son de los nuevos?

D. GERÓNIMO.

Sí señor.

BARTOLO.

Vaya, una vez que son de los nuevos los tomaré.

(*Los toma y se los guarda.*)

D. GERÓNIMO.

Ahora bien, quede V. con Dios, que voy á ver si hay novedad, y volveré... Me tiene con tal inquietud esta chica, que no sé parar en ninguna parte.

ESCENA II.

LEANDRO, BARTOLO.

(*Sale el primero por la puerta de la derecha, recatándose.*)

LEANDRO.

Señor doctor, yo vengo á implorar su auxilio de V., y espero que...

BARTOLO.

Veamos el pulso... (*Tomando el pulso, con gestos de displicencia.*) Pues no me gusta nada... ¿Y qué siente V.?

LEANDRO.

Pero si yo no vengo á que V. me cure: si yo no padezco ningun achaque.

BARTOLO, *con despego.*

¿Pues á qué diablos viene V.?

LEANDRO.

A decirle á V. en dos palabras que yo soy Leandro.

BARTOLO.

¿Y qué se me da á mí de que V. se llame Leandro ó Juan de las viñas? (*Alzando la voz. Leandro le habla en tono bajo y misterioso.*)

LEANDRO.

Diré á V. Yo estoy enamorado de doña Paulita; ella me quiere, pero su padre no me permite que la vea... Estoy desesperado, y vengo á suplicarle á V. que me proporcione una ocasion, un pretesto para hablarla y...

BARTOLO.

Que es decir en castellano que yo haga de alcahuete. (*Irritado y alzando mas la voz.*) ¡Un médico! ¡Un hombre como yo!... Quítese V. de ahí.

LEANDRO.

Señor!

BARTOLO.

¡Es mucha insolencia, caballerito!

LEANDRO.

Calle V., señor; no grite V.

BARTOLO.

Quiero gritar... ¡Es V. un temerario!

LEANDRO.

¡Por Dios, señor doctor!

BARTOLO.

¿Yo alcahuete? Agradezca V. que...

(*Se pasea inquieto.*)

LEANDRO.

¡Válgame Dios qué hombre!... Probemos á ver si...

(*Saca un bolsillo, y al volverse Bartolo se le pone en la mano: él le toma, le guarda, y bajando la voz habla confidencialmente con Leandro.*)

BARTOLO.

¡Desvergüenza como ella!

LEANDRO.

Tome V... Y le pido perdon de mi atrevimiento.

BARTOLO.

Vamos, que no ha sido nada.

LEANDRO.

Confieso que erré, y que anduve un poco...

BARTOLO.

¿Qué errar? ¡Un sugeto como V.! ¡Qué disparate! Vaya, con que...

LEANDRO.

Pues señor, esa niña vive infeliz. Su padre no quiere casarla por no soltar el dote. Se ha fingido enferma; han venido varios médicos á visitarla; la han recetado cuantas pócimas hay en la botica; ella no toma ninguna, como es fácil de presumir; y por último, hostigada de sus visitas, de sus consultas y de sus preguntas impertinentes, se ha hecho la muda, pero no lo está.

BARTOLO.

¿Con que todo ello es una farándula?

LEANDRO.

Sí señor.

BARTOLO.

¿El padre le conoce á V.?

LEANDRO.

No señor, personalmente no me conoce.

BARTOLO.

¿Y ella le quiere á V.? ¿Es cosa segura?

LEANDRO.

Oh! de eso estoy muy persuadido.

BARTOLO.

¿Y los criados?

LEANDRO.

Ginés no me conoce, porque hace muy poco tiempo que entró en la casa; Andrea está en el secreto; su marido, si no lo sabe, á lo menos lo sospecha y calla, y puedo contar con uno y con otro.

BARTOLO.

Pues bien, yo haré que hoy mismo quede V. casado con doña Paulita.

LEANDRO.

¿De veras?

BARTOLO.

Cuando yo lo digo...

LEANDRO.

¿Seria posible?

BARTOLO.

¿No le he dicho á V. que sí? Le casaré á V. con ella, con su padre, y con toda su parentela... Yo diré que es V... boticario.

LEANDRO.

Pero si yo no entiendo palabra de esa facultad.

BARTOLO.

No le dé á V. cuidado, que lo mismo me sucede á mí. Tanta medicina sé yo como un perro de aguas.

LEANDRO.

¿Con que no es V. médico?

BARTOLO.

No por cierto. Ellos me han examinado de un modo particular; pero con exámen y todo, la verdad es que no soy lo que dicen. Ahora lo que importa es que V. esté por ahí inmediato, que yo le llamaré á su tiempo.

LEANDRO.

Bien está, y espero que V...
(Vase por la puerta de la derecha.)

BARTOLO.

Vaya V. con Dios.

ESCENA III.

ANDREA, BARTOLO, LUCAS.

(Andrea sale por la izquierda.)

ANDREA.

Señor médico, me parece que la enferma le quiere dejar á V. desairado, porque...

BARTOLO.

Como no me desaires tú, niña de mis ojos, lo demas importa seis maravedis.

LUCAS.

¿No le he dicho á V., señor doctor, que no quiero esas chanzas?... ¿No se lo he dicho á V.?

BARTOLO.

Pero hombre, si aquí no hay malicia ni...

LUCAS.

Vete tú de ahí... Con malicia ó sin ella, le he de abrir á V. la cabeza de un trancazo, si vuelve á alzar los ojos para mirarla. ¿Lo entiende V.?

BARTOLO.

Pues ya se ve que lo entiendo.

LUCAS.

Cuidado conmigo... ¡Se habrá visto trasto mas enredador!

ESCENA IV.

DON GERONIMO, BARTOLO, LUCAS, LEANDRO.

(*Don Gerónimo sale por la izquierda.*)

D. GERÓNIMO.

¡Ay, amigo don Bartolo! que aquella pobre muchacha no se alivia. No ha querido acostarse. Desde que ha tomado la sopa en vino está mucho peor.

BARTOLO.

Bueno! eso es bueno. Señal de que el remedio va obrando. No hay que afligirse. Aunque la vea V. agonizando, no hay que afligirse, que aquí estoy yo... (*Llama, encarándose á la puerta del lado derecho.*) Digo, don Casimiro! don Casimiro!

LEANDRO, *desde adentro.*

Señor!

BARTOLO.

¡Don Casimiro!

LEANDRO, *saliendo.*

¿Qué manda V.?

D. GERÓNIMO.

¿Y quién es este hombre?

BARTOLO.

Un escelente didascálico... boticario que llaman Vds... eminente profesor... Le he mandado venir para que disponga una cataplasma de todas flores, emolientes, astringentes, dialécticas, pirotécnicas y narcóticas, que será necesario aplicar á la enferma.

D. GERÓNIMO.

Mire V. qué decaida está.

BARTOLO.

No importa, va á sanar muy pronto.

ESCENA V.

DOÑA PAULA, ANDREA, GINÉS, DON GERONIMO, BARTOLO, LEANDRO, LUCAS.

(*Salen los tres primeros por la puerta de la izquierda.*)

BARTOLO.

Don Casimiro, púlsela V., obsérvela bien, y luego hablaremos.

D. GERÓNIMO.

¿Con que en efecto es mozo de habilidad? Eh?

(*Va Leandro, y habla en secreto con doña Paula, haciendo que la pulsa. Andrea tercia en la conversacion. Quedan distantes á un lado Bartolo y don Gerónimo, y á otro Ginés y Lúcas.*)

BARTOLO.

No se ha conocido otro igual para emplastos, ungüentos, rosolis de perfecto amor y de leche de vieja, ceratos y julepes. ¿Porqué le parece á V. que le he hecho venir?

D. GERÓNIMO.

Ya lo supongo. Cuando V. se vale de él, no, no será rana.

BARTOLO.

¿Qué ha de ser rana? No señor, si es un hombre que se pierde de vista.

Dª. PAULA.

Siempre, siempre seré tuya, Leandro.

D. GERÓNIMO.

Qué? (*Volviéndose hácia donde está su hija.*) ¿Si será ilusion mia?... ¿Ha hablado, Andrea?

ANDREA.

Sí señor, tres ó cuatro palabras ha hablado.

D. GERÓNIMO.

¡Bendito sea Dios! ¡Hija mia! (*Abraza á doña Paula, y vuelve lleno de alegría hácia Bartolo, el cual se pasea lleno de satisfaccion.*) ¡Médico admirable!

BARTOLO.

¡Y qué trabajo me ha costado curar la dichosa enfermedad! Aquí hubiera yo querido ver á toda la veterinaria junta y entera, á ver qué hacia.

D. GERÓNIMO.

Con que, Paulita, hija, ya puedes hablar, ¿es verdad? (*Vuelve á hablar con su hija, y la trae de la mano.*) Vaya, dí alguna cosa.

GINÉS, *aparte á Lúcas.*

Aquí me parece que hay gato encerrado... Eh?

LUCAS.

Tú calla, y déjalo estar.

Dª. PAULA.

Sí, padre mio, he recobrado el habla para decirle á V. que amo á Leandro, y que quiero casarme con él.

D. GERÓNIMO.

Pero si...

Dª. PAULA.

Nada puede cambiar mi resolucion.

D. GERÓNIMO.

Es que...

Dª. PAULA.

De nada servirá cuanto V. me diga. Yo quiero casarme con un hombre que me idolatra. Si V. me quiere bien, concédame su permiso sin escusas ni dilaciones.

D. GERÓNIMO.

Pero, hija mia, el tal Leandro es un pobreton...

Dª. PAULA.

Dentro de poco será muy rico. Bien lo sabe V. Y sobre todo, sarna con gusto no pica.

D. GERÓNIMO.

Pero ¡qué borboton de palabras la ha venido de repente á la boca!... Pues hija mia, no hay que cansarse. No será.

Dª. PAULA.

Pues cuente V. con que ya no tiene hija, porque me moriré de la desesperacion.

D. GERÓNIMO.

¡Qué es lo que me pasa! (*Moviéndose de un lado á otro, agitado y colérico. Doña Paula se retira hácia el foro, y habla con Leandro y Andrea.*) Señor doctor, hágame V. el gusto de volvérmela á poner muda.

BARTOLO.

Eso no puede ser. Lo que yo haré solamente por servirle á V., será ponerle sordo para que no la oiga.

D. GERÓNIMO.

Lo estimo infinito... Pero ¿piensas tú, hija inobediente, que...

(*Encaminándose hácia doña Paula. Bartolo le contiene.*)

BARTOLO.

No hay que irritarse, que todo se echará á perder. Lo que importa es distraerla y divertirla. Déjela V. que vaya á coger un rato el aire por el jardin, y verá V. como poco á poco se la olvida ese demonio de Leandro... Vaya V. á acompañarla, don Casimiro, y cuide V. no pise alguna mala yerba.

LEANDRO.

Como V. mande, señor doctor. Vamos, señorita.

Dª. PAULA.

Vamos enhorabuena.

D. GERÓNIMO.

Id vosotros tambien.

(*A Lúcas y Ginés, los cuales, con doña Paula, Leandro y Andrea, se van por la puerta del foro.*)

ESCENA VI.

DON GERONIMO, BARTOLO.

D. GERÓNIMO.

¡Vaya, vaya, que no he visto semejante insolencia!

BARTOLO.

Esa es resulta necesaria del mal que ha estado padeciendo hasta ahora. La última idea que ella tenia cuando enmudeció, fué sin duda la de su casamiento con ese tunante de Alejandro, ó Leandro, ó como se llama. Cogióla el accidente, quedáronse trasconejadas una gran porcion de palabras, y hasta que todas las vacie, y se desahogue, no hay que esperar que se tranquilice, ni hable con juicio.

D. GERÓNIMO.

¿Qué dice V.? Pues me convence esa reflexion.

(*Saca la caja don Gerónimo, y él y Bartolo toman tabaco.*)

BARTOLO.

Oh! y si V. supiera un poco de numismática, lo entenderia un poco mejor... Venga un polvo.

D. GERÓNIMO.

¿Con que luego que haya desocupado...

BARTOLO.

No lo dude V... Es una evacuacion que nosotros llamamos *tricolos tetrastrofos*.

ESCENA VII.

LUCAS, ANDREA, GINÉS, DON GERONIMO, BARTOLO.

(*Van saliendo los tres primeros por la puerta del foro.*)

GINÉS.

¡Señor amo!

LUCAS.

¡Señor don Gerónimo!... ¡Ay qué desdicha!

ANDREA.

¡Ay amo mio de mi alma! que se la llevan.

D. GERÓNIMO.

Pero ¿qué se llevan?

LUCAS.

El boticario no es boticario.

GINÉS.

Ni se llama don Casimiro.

ANDREA.

El boticario es Leandro, en propia persona, y se lleva robada á la señorita.

D. GERÓNIMO.

¿Qué dices? ¡Pobre de mí! ¿Y vosotros, brutos, habeis dejado que un hombre solo os burle de esa manera?

LUCAS.

No, no estaba solo, que estaba con una pistola. El demonio que se acercase.

D. GERÓNIMO.

¿Y este pícaro de médico...

BARTOLO, *aparte lleno de miedo.*

Me parece que ya no puede tardar la tercera paliza.

D. GERÓNIMO.

Este bribon, que ha sido su alcahuete... Al instante buscadme una cuerda.

ANDREA.

Ahí habia una larga de tender ropa.

LUCAS.

Sí, sí, ya sé donde está. Voy por ella.

(*Vase por la izquierda, y vuelve al instante con una soga muy larga.*)

D. GERÓNIMO.

Me las ha de pagar... Pero ¿hácia dónde se fueron? ¡Válgame Dios!

ANDREA.

Yo creo que se habrán ido por la puerta del jardin que sale al campo.

LUCAS.

Aquí está la soga.

D. GERÓNIMO.

Pues inmediatamente atadme bien

de pies y manos al doctor, aquí en esta silla... (*Bartolo quiere huir, y Lúcas y Ginès le detienen.*) Pero me le habeis de ensogar bien fuerte.

GINÉS.

Pierda V. cuidado... Vamos, señor don Bartolo.

(*Le hacen sentar en la silla poltrona, y le atan á ella, dando muchas vueltas á la soga.*)

D. GERÓNIMO.

Voy á buscar aquella bribona... Voy á hacer que avisen á la justicia, y mañana sin falta ninguna este pícaro médico ha de morir ahorcado... Andrea, corre, hija, asómate á la ventana del comedor, y mira si los descubres por el campo. Yo veré si los del molino me dan alguna razon. Y vosotros no perdais de vista á ese perro.

(*Se va don Gerónimo por la derecha, y Andrea por la izquierda. Lúcas y Ginés siguén atando á Bartolo.*)

ESCENA VIII.

BARTOLO, LUCAS, GINÉS, MARTINA.

GINÉS.

Echa otra vuelta por aquí.

LUCAS.

¿Y no sabes que el amiguito este habia dado en la gracia de decir chicoleos á mi muger?

GINÉS.

Anda, que ya las vas á pagar todas juntas.

BARTOLO.

¿Estoy ya bien asi?

GINÉS.

Perfectamente.

MARTINA, *saliendo por la puerta de la derecha.*

Dios guarde á Vds., señores.

LUCAS.

¡Calle, que está V. por acá! ¿Pues qué buen aire la trae á V. por esta casa?

MARTINA.

El deseo de saber de mi pobre marido. ¿Qué han hecho Vds. de él?

BARTOLO.

Aquí está tu marido, Martina: mírale, aquí le tienes.

MARTINA, *abrazándose con Bartolo.*

¡Ay, hijo de mi alma!

LUCAS.

Oiga! ¿Con que esta es la médica?

GINÉS.

Aun por eso nos ponderaba tanto las habilidades del doctor.

LUCAS.

Pues por muchas que tenga, no escapará de la horca.

MARTINA.

¿Qué está V. ahí diciendo?

BARTOLO.

Sí, hija mia, mañana me ahorcan, sin remedio.

MARTINA.

¿Y no te ha de dar vergüenza de morir delante de tanta gente?

BARTOLO.

¿Y qué se ha de hacer, paloma? Yo bien lo quisiera escusar, pero se han empeñado en ello.

MARTINA.

Pero ¿porqué te ahorcan, pobrecito, porqué?

BARTOLO.

Ese es cuento largo. Porque acabo de hacer una curacion asombrosa, y en vez de hacerme protomédico han resuelto colgarme.

ESCENA IX.

D. GERONIMO, ANDREA, BARTOLO, LUCAS, GINÉS, MARTINA.

(*Sale don Gerónimo por la puerta de la derecha, y Andrea por la de la izquierda.*)

D. GERÓNIMO.

Vamos, chicos, buen ánimo. Ya he enviado un propio á Miraflores; esta noche sin falta vendrá la justicia y cargará con este bribon... ¿Y tú qué has hecho, los has visto?

ANDREA.

No señor, no los he descubierto por ninguna parte.

D. GERÓNIMO.

Ni yo tampoco... He preguntado y nadie me sabe dar razon... Yo he de volverme loco... (*Dando vueltas por el teatro, lleno de inquietud.*) ¿A dónde se habrán ido?... ¿Qué estarán haciendo?

ESCENA X.

DOÑA PAULA, LEANDRO, DON GERONIMO, BARTOLO, ANDREA, LUCAS, GINÉS, MARTINA.

(*Los dos primeros salen por la puerta del lado derecho.*)

LEANDRO.

¡Señor don Gerónimo!

Dª. PAULA.

¡Querido padre!

D. GERÓNIMO.

¿Qué es esto? ¡Picarones, infames!

LEANDRO, *se arrodilla con doña Paula á los pies de don Gerónimo.*

Esto es enmendar un desacierto. Habiamos pensado irnos á Buitrago y desposarnos allí, con la seguridad que tengo de que mi tio no desaprueba este matrimonio; pero lo hemos reflexionado mejor. No quiero que se diga que yo me he llevado robada á su hija de V., que esto no seria decoroso ni á su honor ni al mio. Quiero que V. me la conceda con libre voluntad, quiero recibirla de su mano. Aquí la tiene V., dispuesta á hacer lo que V. la mande: pero le advierto que si no la casa conmigo, su sentimiento será bastante á quitarla la vida; y si V. nos otorga la merced que ambos le pedimos, no hay que hablar de dote.

D. GERÓNIMO.

Amigo, yo estoy muy atrasado y no puedo...

LEANDRO.

Ya he dicho que no se trate de intereses.

Dª. PAULA.

Me quiere mucho Leandro para no pensar con la generosidad que debe. Su amor es á mí, no á su dinero de V.

D. GERÓNIMO, *alterándose.*

¡Su dinero de V.! su dinero de V.! ¿Qué dinero tengo yo, parlera? ¿No he dicho ya que estoy muy atrasado? No puedo dar nada, no hay que cansarse.

LEANDRO.

Pero bien, señor, si por eso mismo se le dice á V. que no le pediremos nada.

D. GERÓNIMO.

Ni un maravedí.

Dª. PAULA.

Ni medio.

D. GERÓNIMO.

Y bien, si digo que sí, ¿quién os ha de mantener, badulaques?

LEANDRO.

Mi tio. ¿Pues no ha oido V. que aprueba este casamiento? ¿Qué mas he de decirle?

D. GERÓNIMO.

¿Y se sabe si tiene hecha alguna disposicion?

LEANDRO.

Sí señor; yo soy su heredero.

D. GERÓNIMO.

¿Y qué tal, está fuertecillo?

LEANDRO.

Ay! no señor, muy achacoso. Aquel humor de las piernas le molesta mucho, y nos tememos que de un dia á otro...

D. GERÓNIMO.

Vaya, vamos, ¿qué le hemos de hacer? Con que... (*Hace que se levanten, y los abraza. Uno y otro le besan la mano.*) Vaya, concedido, y venga un par de abrazos.

LEANDRO.

Siempre tendrá V. en mí un hijo obediente.

D^a. PAULA.

V. nos hace completamente felices.

BARTOLO.

Y á mí ¿quién me hace feliz? ¿No hay un cristiano que me desate?

D. GERÓNIMO.

Soltadle.

LEANDRO.

Pues ¿quién le ha puesto á V. asi, médico insigne?

(*Desatan los criados á Bartolo.*)

BARTOLO.

Sus pecados de V., que los mios no merecen tanto.

D^a. PAULA.

Vamos, que todo se acabó, y nosotros sabremos agradecerle á V. el favor que nos ha hecho.

MARTINA.

¡Marido mio! (*Se abrazan Martina y Bartolo.*) Sea enhorabuena que ya no te ahorcan. Mira, trátame bien, que á mí me debes la borla de doctor que te dieron en el monte.

BARTOLO.

¿A tí? Pues me alegro de saberlo.

MARTINA.

Sí por cierto. Yo dije que eras un prodigio en la medicina.

GINÉS.

Y yo, porque ella lo dijo, lo creí.

LUCAS.

Y yo lo creí, porque lo dijo ella.

D. GERÓNIMO.

Y yo, porque estos lo dijeron, lo creí tambien, y admiraba cuanto decia como si fuese un oráculo.

LEANDRO.

Asi va el mundo. Muchos adquieren opinion de doctos, no por lo que efectivamente saben, sino por el concepto que forma de ellos la ignorancia de los demas.

FIN.

INDICE.

—

PARIS. — EN LA IMPRENTA DE CASIMIR,
Calle de la Vieille-Monnaie, nº 12.




THE LIBRARY OF CONGRESS
WERT
BOOKBINDING
Grantville, Pa.
Mar — April 1987
We're Quality Bound


LIBRARY OF CONGRESS
0 023 830 698 A